

GEORGES RIGAULT

HISTORIA GENERAL
DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS
DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

TOMO V

LA ERA DEL HERMANO PHILIPPE



*El Generalato del Hermano Anaclet
El Instituto en Francia
en la época del Hermano Philippe*



GEORGES RIGAULT

HISTORIA GENERAL DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

TOMO V

LA ERA DEL HERMANO PHILIPPE

★

EL GENERALATO DEL HERMANO ANACLET
EL INSTITUTO EN FRANCIA EN LA ÉPOCA
DEL HERMANO PHILIPPE

París — 1945

* * *

Traducción: José Martínez Ramos

Edición digital — 2024

 creative
commons



Notas sobre esta edición digital

La **Historia del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristinas** de Georges Rigault, publicada entre 1937 (Tomo I) y 1953 (Tomo IX), nunca antes había sido publicada en castellano.

El H. José nos ha hecho llegar generosamente la traducción de la obra completa, los 9 tomos que la componen. Es un trabajo realizado durante su trabajo como traductor oficial del Instituto en la Casa Generalicia de Roma, donde prestó sus servicios durante muchos años.

Esta edición

Hay que considerar esta edición como “privada” ya que no cuenta con el reconocimiento “oficial” de la Institución La Salle. Se trata de la contribución desinteresada de algunos Hermanos, todos ellos pertenecientes al “*Frente de Liberación Comunitaria Hermano Matías*” y de su interés por acercarse a la labor de Juan Bautista de La Salle y su obra y a la historia y vida del Instituto. Esperamos que sea del interés de cuantas personas, pertenecientes o no a la familia lasaliana, se acerquen a la lectura de esta singular obra.

Elementos de la edición

Esta traducción se corresponde con la publicación de la *Historia General*, sin “revisar”. Nos explicamos. Es importante reseñar que se han dejado las referencias a las obras de San Juan Bautista de La Salle tal y como las publicó Georges Rigault. En la actualidad ya ha sido fijado el texto de las ***Obras Completas de Juan Bautista de La Salle*** (primero en francés y luego en castellano y otros idiomas) y, en concreto, la manera correcta de citarlas, cosa que no había sucedido todavía cuando Rigault escribió su texto. Recordamos al lector/a que lo tenga en cuenta a la hora de recurrir a esas obras de referencia.

En este mismo sentido hay que recordar que después de la edición original de esta *Historia del Instituto*, los estudios históricos y documentales, han sido muy numerosos. Esto es muy importante tenerlo en cuenta, sobre todo, respecto al primer tomo. La documentación manejada por Rigault, fue limitada si se compara con la que está disponible en la actualidad. Aunque hay que decir que biógrafos de Juan Batista de La Salle, posteriores a Rigault, siempre han tenido en cuenta su aportación como una fuente histórica documentada y rigurosa.

Hemos hecho un cambio en cuanto a la presentación de las notas.

Las notas, en el texto original van a pie de página y en cada una de las páginas, las notas comienzan la numeración. En esta edición la numeración va seguida hasta el final del tomo. En el texto, las notas aparecen entre corchetes (y no como superíndice) y el contenido de la nota va al final del tomo. Casi todos los lectores de eBooks tienen la opción de volver al texto una vez leída la nota.

Respecto a las notas de este texto que hacen referencia a capítulos o notas del mismo, hemos dejado la referencia tal cual (capítulo y página). Ya que el texto, en formato digital, no está dividido en páginas, será necesario recurrir a los buscadores

que ofrecen los programas de lectura de textos ePUB, MOBI y PDF. Esperamos que no suponga mucho inconveniente.

Los lectores eBook puede que marquen que el texto tiene muchas páginas. En primer lugar, esa cantidad depende del tamaño de la letra de lectura. También que las “notas al final” están programadas de tal manera que cada nota es una página diferente. Para tenerlo en cuenta: este tomo tiene 369 páginas (419 con las notas) de texto seguido, en formato A4 para una fuente Arial de 12 px.

Recomendamos que, si es posible, en los ajustes de los lectores de eBook se programe: “Usar la configuración editorial”. Esto hará mejorar la experiencia de lectura al dejar la maquetación del texto como se programó originalmente. El cambio del tamaño de la letra no hace cambiar la maquetación original ya que los programas de lectura solo la amplian o la reducen proporcionalmente, sin otro tipo de cambio.

Gracias por tu interés

Acercarse a estos tomos, que se tienen como referencia en lo que se refiere a las etapas y concreciones de la historia de los Hermanos de La Salle, esperamos que sea una experiencia interesante. Queremos agradecer el interés de los hablantes hispanos por confiar en esta edición. Esperamos que la larga espera esté llena de satisfacciones. Y más allá del hecho de ser un texto icónico, sea, así mismo, un acercamiento fraterno a la obra y la vida, con sus luces y sus sombras, de muchas generaciones de Hermanos.

INTRODUCCIÓN

Con este quinto volumen de la Historia del los Hermanos abordamos un periodo tan importante, tan fecundo, que no nos ha parecido posible agotar todo su contenido en una sola vez. Hasta la mitad del siglo XIX, la Congregación fundada por san Juan Bautista de La Salle sigue estando estrechamente vinculada a sus orígenes franceses. Ciertamente, que conserva en Roma, representantes que mantienen la tradición instaurada por el Hermano Gabriel Drolin. Luego enjambra en el Piamonte, en Bélgica, incluso en Canadá, y responde a las llamadas que le llegan de las esferas gubernamentales para ir a enseñar a los criollos y a los negros de la isla Borbón [1]. Pero éstos son tan sólo los primeros pasos por el extenso mundo. Se está esbozando “una vocación misionera”: se concretará en los tiempos de Gregorio XVI y de Pío IX: grandes promotores de la evangelización, estos dos Pontífices reorganizan un apostolado que, comenzado con el descubrimiento de América, extendido a las Indias, al Japón y China mediante las admirables iniciativas de un Francisco Javier, había ido perdiendo intensidad como consecuencia de la debilitación de la fe y había sufrido una detención cuando la Compañía de Jesús cayó víctima de los odios jansenistas y filosóficos, de las doctrinas de Estado. Hubo que esperar el final de las convulsiones causadas por la Revolución de 1789 y por las guerras napoleónicas, para que la Iglesia volviese a lanzar a sus pioneros hacia las conquistas pacíficas. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas se colocan entre aquellos que escucharon el *Docete omnes gentes*. Y no solamente, aceptan un papel en las colonias pertenecientes a Francia; sino que —los países lejanos estuviesen o no bajo la soberanía, bajo la influencia de sus compatriotas— una élite de maestros religiosos se extendió allende los mares, en el Oriente mediterráneo, en África del Norte y hasta el Asia amarilla.

Simultáneamente, las posiciones del Instituto se ampliaron en Europa. Alemania, Austria, Suiza, Inglaterra vieron la creación de instituciones lasalianas. Otro, un inmenso campo de acción se abrió en los Estados Unidos de América. A partir de entonces, se produce una expansión universal. Los métodos, y pronto, el reclutamiento de la Sociedad nacida en otro tiempo a la sombra de la catedral de Reims no conocerán fronteras. Sin dejara de permanecer muy fieles al espíritu, y hasta a la lengua del Fundador, los discípulos del Sr. de La Salle se encaminan hacia una internacionalidad, digamos más exactamente hacia una “supranacionalidad”, que coincide con la de Cristo.

Esa evolución no se desbordará antes de los inicios del siglo XX: la marca francesa se imprime en todas las comunidades de Hermanos; y en ellas permanecerá vigorosa hasta nuestros días. Pero cada vez se irá haciendo más discreta, tratando únicamente de señalar una filiación legítima, de manifestar la unión de corazones en el mismo amor hacia el Padre, en la misma obediencia a los Cabezas de familia: sin ningún orgullo de raza, ni voluntad de dominio, sin fines terrestres, contrarios a la caridad, incompatibles con la lealtad debida a los regímenes políticos y a las aspiraciones de cada pueblo, o por intereses ajenos al catolicismo.

El querer fundir en un relato común todo lo que se refiere a las actividades “centrales” de la Congregación —en París y en el suelo patrio, cuna de los primeros Lasalianos— con lo que va a ser la existencia ampliada de las generaciones contemporáneas, ¿no será exponerse a interpretaciones inexactas? Por lo tanto una discriminación parece imponerse, porque queriendo reunir en un número bastante

limitado de páginas unos acontecimientos tan diversos, se corre el riesgo de sacrificar unos en aras de los otros.

Pero todos se produjeron bajo los auspicios de un único hombre. El Hermano Philippe rige los grandes éxitos de los maestros cristianos en su país de origen y en su propagación a lo largo del mundo. Su nombre llama la atención antes de la llegada de su generalato. Luego, a partir de 1838, crece, se propaga hasta ser conocido —como lo proclamará el Papa en 1867— “en todo el universo”.

De ahí nuestra idea de agrupar dos tomos de esta Historia general bajo un mismo título: LA ERA DEL HERMANO PHILIPPE. Como preludeo, estudiaremos *El Generalato del Hermano Anaclet*. Los hechos justificarán, a nuestro parecer, este modo de ver. Y, puesto que en este comienzo será bueno orientarse y tomar puntos de referencia, no dudaremos en llevar al lector por los diferentes caminos de la cristiandad, Turín, Bruselas, Montreal, sin olvidar Roma.

Luego se desarrollará lo que quizás algunos llamen una “historia de Francia”: situación del Instituto en las convulsiones que siguieron a las jornadas de julio de 1830, en el clima político, religioso, social, de la monarquía de julio, de la Segunda República, del Segundo Imperio; relaciones del Superior General, con las personalidades de su época, los príncipes, los ministros, los líderes de los partidos, con la Iglesia mezclada en las vicisitudes de la nación. Nuestros relatos tenderán a mostrar que la intervención del Estado no deja de pesar sobre los destinos de la escuela, de dirigir los progresos de la enseñanza, de provocar a veces sus desviaciones; que de modo particular, la misión educativa de los Hermanos encuentra apoyo u obstáculo, según los hombres en el poder y según las doctrinas en auge; que nunca los problemas pedagógicos, asociados a los problemas espirituales, fueron discutidos con tanto ardor, con un más vivo sentimiento de su importancia, que en los días en que los católicos se propusieron arrancar a la Universidad su monopolio.

No obstante, esos capítulos dedicados al *Instituto en Francia bajo el Generalato del Hermano Philippe* no pueden ilustrar la historia lasaliana más que desde el exterior. Probablemente se espere de nosotros algo más: una visión general de las vías interiores, una especie de psicología de la Congregación, y también un comentario, una profundización de los métodos empleados por los maestros con la niñez y la juventud. No podíamos aplazar más estos temas: sin lo cual, el relato carecería de alma. Desde el momento en que íbamos relatando las principales fundaciones y cuando recordábamos los nombres, los rostros de los fundadores, era necesario explicar el por qué y el cómo de dichas obras, de buscar la fuente de esos talentos y esas virtudes, analizando las *directrices religiosas y las realizaciones pedagógicas del Generalato*.

Será a la vez, la conclusión del tomo V, el inicio del tomo VI. Los principios se elaboran en la Casa Madre, y en los “distritos” organizados en el territorio francés, y en los grandes pensionados que dirigen un Hermano Leyfroy, un Hermano Théotique, un Hermano Libanos: se aplicarán, con las trasposiciones útiles, a los establecimientos creados en otros países cristianos, o en las colonias, o en las regiones que reclaman la iniciación de la evangelización. Desde un punto de partida claramente deliberado hasta una meta conocida previamente, no dedicaremos a continuación en un largo recorrido. Y si Dios nos da vida, si las barreras levantadas

entre los pueblos se derrumban finalmente, esperamos describir la *Expansión mundial del Instituto*, con todo el desarrollo que merece una tan espléndida epopeya.

Para no dar una impresión de inacabado, parecía mejor narrar enseguida, bajo forma de epílogo, los *últimos años del Hermano Philippe*. Saturados por los lutos de 1870, por los sufrimientos del sitio de París, por las persecuciones de la Comuna de 1871, calmándose en el espectáculo de la recuperación nacional, angustiándose nuevamente ante las perspectivas de las luchas religiosas, los mismos se vinculan, con los lazos más estrechos, a nuestro presente estudio. Y aunque no debamos abandonar al gran Superior más que sobre su lecho de muerte, esta anticipación sobre una estricta cronología no equivaldría aquí en modo alguno a un adiós definitivo.

Hace dos lustros, escribíamos una biografía del “educador apostólico” [2]. Ya entonces, la Casa Generalicia ponía a nuestra disposición la abundancia de sus documentos, cartas autógrafas, correspondencia administrativa, deliberaciones de los Capítulos, informes de los centros, carpetas de los principales Hermanos. No teníamos más que indagar, nuevamente y más a fondo, en ese tesoro. Pudimos completar sus riquezas mediante investigaciones avanzadas en los archivos de las casas francesas, donde los acontecimientos de 1940 nos llevaron a residir. Ese trabajo preparatorio respondía exactamente al tema del libro que se nos permitía que remplazase, en su elaboración, a nuestras publicaciones anteriores.

Los documentos de los Archivos Nacionales (Serie F 17) y todo lo que en los Archivos departamentales de la Seine-Inférieure, se refiere a la escuela normal ubicada, durante medio siglo, bajo la dirección de los Lasalianos, se sumaron a esas fuentes manuscritas.

Los impresos se presentaban en cantidad tan considerable que teníamos que intentar, mucho más que en nuestras obras sobre el siglo XVIII y la Revolución, despejar sus elementos, realizar una síntesis. Se trata, en primer lugar, de la bibliografía propia de la Congregación: circulares del Superior General; “relaciones mortuorias” o “noticias necrológicas” [3]; *Vidas* de religiosos, venerados por su santidad o eminentes por sus obras, tales como el Hermano Benildo, el Hermano Bérain, el Hermano Scubilion, el Hermano Exupérien, el Hermano Joseph, el Hermano Annet; monografías de las escuelas o de los pensionados, Castres, Gaillac, Montpellier, por ejemplo, en la primera categoría, y en la segunda, Béziers, Dreux, Nantes, Passy, Quimper, Rodez, Toulouse; o también, páginas sobre los establecimientos de Saint-Nicolas, sobre el Instituto Agrícola de Beauvais. Para los orígenes de las fundaciones canadienses, para los nuevos comienzos belgas de 1830, disponíamos del magnífico memorial compuesto en Montreal con motivo del “Centenario” [4], y de los tomos II y III de Félix Hutin: *El Instituto de los Hermanos en Bélgica* (bajo el régimen de la libertad constitucional) [5]. Aparecen a continuación algunos volúmenes o publicaciones que proporcionan visiones de conjunto: *El ensayo histórico*, de 1905, *sobre la Casa Madre*; la sucinta *Historia del Instituto de los Hermanos*, por J. Herment; los capítulos de Armand Ravelet, reeditados en 1933; el *Compendio* publicado por la Procura de la Rue de Sèvres, en 1935. Y del mismo filón, de plumas no menos expertas y no menos informadas, los artículos del *Bulletin des Écoles chrétiennes*, del *Messagero delle Scuole Cristiane*, de la *Rivista lasalliana*, que contienen, en su mayoría, una documentación de detalle muy interesante.

Más allá del círculo de las publicaciones “de familia”, encontrábamos datos sobre los Hermanos y sobre toda la pedagogía francesa en el *Tableau de l’Instruction primaire*, elaborado por P. Lorain bajo los auspicios de Guizot, en las *Memorias* del mismo ministro. en la obra dedicada por Eugène Rendu al recuerdo de su padre, Ambroise, en los trabajos de Alfred des Cilleuls, de Émile Gossot, de Marcel Fosseyeux, del canónigo Adrien Garnier. Para el recuerdo de las luchas que tuvieron como apuesta la libertad de la enseñanza, y para un análisis de los debates que desembocaron en la ley del 15 de marzo de 1850, hemos utilizado el *Montalembert*, de Lecanuet, y, sobre todo las actas de la Comisión extraparlamentaria de 1849 [6].

Finalmente, para mostrar el marco histórico en el que actúan nuestros personajes, nos hemos servido de la contribución de Mons. Baunard (*Un siglo de la Iglesia en Francia*), Thureau-Dangin, Pierre de la Gorce, Gabriel Hanotaux, Georges Goyau, Sébastien Charléty, Jean Maurain, Daniel Halévy.

Esos son nuestros materiales, de diversas procedencias. Los Hemos utilizado, intentamos armonizarlos, según su respectivo valor [7]. Nuestra tarea se ha realizado en tiempos crueles, en condiciones difíciles. Gracias a Dios, las colaboraciones no nos han faltado; estamos muy agradecidos a nuestros colaboradores y a nuestros guías. Y en el mismo trabajo encontramos la fuerza para resistir a las pruebas.

G. R.

PRIMERA PARTE

EL GENERALATO DEL HERMANO ANACLET

CAPÍTULO PRIMERO

EL INSTITUTO DESPUÉS DE LOS ACONTECIMIENTOS DE 1830

La situación en el momento del fallecimiento del Hermano Superior General Guillaume-de-Jésus. La Revolución de 1830 en Francia. — Los Hermanos de las Escuelas Cristianas y la monarquía de Julio; el tema de la libertad de enseñanza: las campañas del diario *L'Avenir*; resultados obtenidos, a pesar de la caída de Lamennais; la Iglesia menos sospechosa; la religión a la reconquista de las élites; declaraciones de Guizot. Proyecto de ley escolar presentado por Montalivet; informe de Daunou. — Ataques contra los Lasalianos. Reunión del decimoquinto Capítulo General: elección del Hermano Anacleto; carrera y retrato del nuevo Superior; los Hermanos Asistentes. Circular del 13 de septiembre de 1830. — El Instituto en las provincias francesas: sus adversarios. Animadversiones y cuestiones financieras. Los asuntos de Ruán. Apertura de “escuelas privadas”. — Mejor ambiente en las altas esferas políticas y administrativas; ciudades y poblaciones favorables. — La obra de los Hermanos en las colonias: desdichado fin del establecimiento de Cayena; heroico y fecundo trabajo en la isla Borbón. — Regreso de la Congregación a Bélgica después de las jornadas de agosto de 1830 y la declaración de Independencia. La libertad de enseñanza en el nuevo reino. Los Hermanos en Namur. La carta pastoral del obispo de Lieja, Mons. Van Bommel (15 de octubre de 1831). Establecimiento de los Lasalianos en Bruselas. — El Instituto en Italia; la tarea y las preocupaciones del Hermano Rieul; el problema del hábito. Nombramiento del Hermano Pío di Santa María para el puesto de Vicario General. Actitud y decisiones del Papa Gregorio XVI. El Hermano Abdon en Roma. La fundación de la escuela de Benevento. — El Piamonte: los Hermanos en Turín. La misión del Hermano Hervé-de-la-Croix. Desarrollo y éxito de las escuelas cristianas. — Circular del Hermano Anacleto, con fecha del 6 de julio de 1833.

El 10 de junio de 1830, el Hermano Guillaume-de-Jésus, después de siete años y siete meses de generalato prudente y calmo, moría en paz. Una hermosa tarde ponía fin a esa existencia que, iniciada en la luz provenzal, había conservado su gozoso vigor en los tiempos de las persecuciones y de los destierros. Roma, Lyon, París habían contemplado al sólido anciano, desempeñar con método y valor la tarea cotidiana, enfrentarse tranquilamente, en varias ocasiones, a los poderosos de este mundo, renovar y santificar mediante la oración su natural optimismo. Dios, en definitiva, lo libró de las más crueles pruebas: la respetuosa y confiada simpatía de los poderes públicos, de la jerarquía eclesiástica, la afectuosa obediencia de los Hermanos no le faltaron en absoluto al Superior General. Tan sólo, las decisiones sectarias del rey de los Países Bajos, al cerrar las escuelas cristianas de Namur, de Dinant, de Lieja y de Tournai, lograron perturbar esa serenidad: fracaso parcial, estrechamente localizado, sin consecuencias para el desarrollo del Instituto Lasaliano. Hasta se podía sacar de ello un motivo de gloria como contrapartida, pues el pequeño grupo de los religiosos expulsados se habían replegado hacia Francia sin ninguna defección y, por otra parte, el clero, los notables, el pueblo de Bélgica manifestó muy claramente su gratitud y su pena.

Más de doscientas comunidades, más de mil cuatrocientos Hermanos observaban la Regla, instruían a los niños según los principios del Fundador, en el reino de Carlos X, en los Estados del Papa, y bajo la benevolente protección de la Casa de Savoya. El número, aún insuficiente, de los maestros, la modestia de los programas escolares limitaban la actividad de la Congregación. Las indecisiones de los gobernantes, de los legisladores, en materia de enseñanza, así como sus desconfianzas con relación a los educadores de sotana, tendían igualmente a ir

disminuyendo. La casi aniquilación de 1792, de ahora en adelante, ya no es de temer, para los herederos del Sr. de la Salle. Al desbordar las fronteras de las naciones, si en algún lugar sufre disminución o estancamiento, se desarrolla en otros lugares de climas más favorables. Napoleón I devolvió a los Hermanos la existencia legal en su imperio, aunque dentro de molestos linderos; “animados”, hasta 1814, por el Gran Maestro de la Universidad, Louis de Fontanes, gozaron, bajo los Borbones, de la protección real; han enjambrado en las colonias francesas. En Roma, los Soberanos Pontífices, Pío VII, León XII, Pío VIII, han mantenido para esa sociedad tan meritoria, tan profundamente fiel a la Iglesia, su situación canónica bien definida, las garantías de futuro, que le garantizaba su predecesor Pío VI. Los príncipes de Cerdeña acaban de acoger en Turín a los excelentes pedagogos que Chambéry, capital de su antiguo patrimonio, conocía ya desde hacía veinte años.

Las revoluciones de 1830, ¿resultarán nefastas para los Lasalianos? Naturalmente, perturban a unos hombres habituados a la alianza entre el trono y el altar y que se ven expuestos a los ataques de violentos adversarios. Su situación en Francia, parece comprometida. Las pasiones antirreligiosas explotan durante las jornadas de julio: la Iglesia, considerada solidaria de la monarquía derrocada, tiene en contra suya al partido vencedor. El arzobispado de París es devastado, las sacristías de la catedral profanadas, las casas de los sacerdotes misioneros y de los Jesuitas, saqueadas.

Desde la capital la avalancha llega a las provincias. Expulsa de Reims al cardenal de Latil, que se refugia en Inglaterra; de Nancy, a Mons. de Forbin-Janson, que pasa a América. Châlons-sur-Marne, Chartres, Orleáns, Bourges, Nevers, Niort, Narbonne, Toulouse son también escenario de las manifestaciones y de motines que van dirigidas primeramente contra los sacerdotes. ¡A por “las sotanas negras, y los sombreros colgantes [8]!” Estas amenazas, según observa el duque de Broglie, no perdonan a los Hermanos de las Escuelas Cristianas [9]. Las calumnias, ampliamente extendidas por la prensa en los tiempos de la Restauración, se imponen más que nunca en los auditorios populares, a pesar de las burdas inverosimilitudes. Un diario pretende que se han “encontrado millares de puñales envenenados en manos de los Ignorantillos”, así como “en los seminarios” [10]. ¡El clero ha premeditado una inmensa “Saint-Barthélemy”!

La efervescencia revolucionaria es mantenida por ciertos clubes, en primer lugar por el llamado “Sociedad de los Amigos del Pueblo”. Una crisis social parece a punto de añadirse a la crisis política. Y numerosos “burgueses”, cegados por los prejuicios y los odios, tardarán en medir las consecuencias de su inercia. El 14 y 15 de febrero de 1831, los parisinos de la clase “adinerada” asisten, como espectadores indiferentes, incluso satisfechos e irónicos, al saqueo de la Iglesia de Saint-Germain l’Auxerrois, a la destrucción casi total del arzobispado: hasta se cuenta con algunos de ellos para colaborar en la revuelta. Seminarios y palacios episcopales sufren los asaltos de la sedición en Lille, Dijon, Arles, Nîmes, Perpignan: ¡qué importa! Son golpes contra el “jesuitismo”, casi tan directamente como la ruina de una residencia de los “discípulos de Loyola”, la casa de Montrouge de los que tan solo algunas paredes quedan en pie [11].

Durante varios años se seguirá respirando esa atmósfera de tormenta. Tumultos en las calles de París, principalmente de marzo a septiembre de 1831; cantos facciosos, rotura de farolas, saqueos de tiendas, ataques a mano armada contra los

defensores del orden público... En Lyon se produjeron acontecimientos más graves: ochenta mil obreros, enarbolando banderas negras, se hicieron dueños de la ciudad: horas terribles para el nuevo gobierno francés, cuyas tropas habían cedido ante la insurrección. Aquí, al menos, la profunda miseria del pueblo explicaba la revuelta: “Vivir trabajando, o morir combatiendo”, se leía en la sombría pancarta. Y los momentáneos vencedores manifestaron un espíritu de fe, una deferencia a las exhortaciones de la jerarquía eclesiástica en llamativo contraste con la actitud de los demás cabecillas de la época. Montalembert, al presentarse ante la ciudad conmocionada, se sintió profundamente impresionado por el carácter excepcional de ese movimiento social y realizó un cuadro magistral del mismo [12].

En todas partes se percibe un sentimiento de inseguridad, de inestabilidad. Los recuerdos de 1793 no están tan lejanos como para que los hombres de edad madura se refieran a ellos con angustia. El presente da lugar a lamentar la disciplina rigurosa, tiránica, pero imponente y grandiosa, del régimen napoleónico, la bienhechora paz de los quince años de la realeza legítima. A las tristezas de las almas se añaden los sufrimientos materiales, las que infligen a los pobres los bajos salarios o los paros, las que oprimen a los ricos amenazados en sus fortunas. Y luego la muerte pasa como en ráfagas: en 1832, la espantosa epidemia de cólera, echa por tierra miles de víctimas, no perdona a los hogares, diezma las familias.

No se libra uno de la plaga más que para recaer en la guerra civil. Lyon escucha nuevamente, en 1834, el toque de alarma, los tiroteos y el cañón. Durante el mismo mes de abril, las barricadas surgen nuevamente en París: se necesita un gran despertar de energía, una táctica apropiada a la lucha en las calles estrechas y tortuosas, en los enmarañados laberintos de la vieja capital, para aplastar definitivamente la insurrección. Y en diversos lugares, en el interior, las agitaciones acaban por consumirse [13].

Para entonces los gobernantes han comprendido y actuado. Pero, ¡qué imagen de debilidad después de los acontecimientos de 1830! La elección de Louis-Philippe, duque de Orleans, como “rey de los Franceses” no era más que una especie de improvisación, un expediente pensado para evitar la República, para quitarle a las masas el temible fruto de su triunfo. El “censo electoral”, apenas ampliado por la nueva Constitución, reservaba a doscientos mil ciudadanos toda la “capacidad” política [14]. Una vez realizada esta maniobra, los beneficiarios se sentían obligados a halagar a la multitud, no herir las ambiciones defraudadas, a desviar de ellos mismos las iras y rencores dejando que las mismas recayesen sobre los legitimistas y sobre el clero. En el ministerio del 11 de agosto de 1830, el elemento conservador, representado por Molé, Guizot, Périer, se sentía intimidado, paralizado. El asco, el remordimiento se adueñaba de esos hombres de Estado ante las tareas a las que se sentían asociados, ante una opinión pública entregada a los violentos y a los sofistas. Se retiraron tras los disturbios que, en octubre, acompañaron el juicio del príncipe de Polignac y de sus colegas, responsables de las fatales ordenanzas.

Con Laffite, el “partido del movimiento” sigue solo en el poder. Demuestra ser incapaz, y ni siquiera trata de mantener el orden, disculpa a los demolidores y a los saqueadores de Saint-Germain l’Auxerrois y del arzobispado, sin que con ello conserve el apoyo de sus jefes. Sucumbe bajo el desprecio del Parlamento y del país.

La recuperación, difícil, inseguro, laborioso, comienza en marzo de 1831. Será obra de Casimir Périer. Este gran burgués de rasgos severos, “de ojos profundos escondidos bajo espesas cejas” [15], muestra el rostro y el alma de un señor. Su filosofía, no obstante, parece bastante limitada, su ideal no parece superar el horizonte de un “hombre de negocios”, que detesta la anarquía porque remueve los bajos fondos, detiene las transacciones comerciales, aniquila las finanzas, humilla a Francia ante el mundo [16].

Dudaría en ocuparse de las conciencias, en devolver a la sociedad a los verdaderos principios. Personalmente, no manifiesta ninguna hostilidad hacia la religión; cristiano de origen, aunque no de educación y de práctica, no se encontrará en sus labios ni apostasía ni sarcasmo. Pero deja a la Iglesia al margen de sus concepciones sociales y políticas. Se contenta, en su discurso programático, con garantizar “la libertad de cultos” [17].

El nombre de Dios, en esos días, se encuentra muy a menudo excluido de las arengas oficiales. El Sr. de Salvandy constata que “el joven Gran Maestro de la Universidad (el conde de Montalivet), al hablar a los alumnos que se agolpaban en el campo de mayo, con ocasión de los grandes concursos, y encomiando con razón la patria de la libertad”, guarda un obstinado silencio sobre la Providencia que ha dado esos bienes a los hombres [18].

No obstante, la clarividencia, el valor, la actuación vigorosa de Casimir Périer saca a la nueva monarquía de su peor paso. El intrépido ministro ha logrado reunir una mayoría dócil en la Cámara, dar seguridad a la buena gente, devolver a su país su lugar entre las naciones, justo cuando cae víctima del cólera. La sensatez política subsiste, en menor grado de energía, con el ministerio “del 11 de octubre”, en el que el duque de Broglie, Thiers y Guizot colaboran, bajo la presidencia del mariscal Soult.

Inteligencias privilegiadas, espíritus nobles los de Léonce-Victor de Broglie, ministro de Asuntos Extranjeros, y los de François Guizot, ministro de la Instrucción pública. Adolphe Thiers, ministro del Interior, parece ser una personalidad de no tan buena ley: aunque no cabe dudar de su valor intelectual, inspira poca confianza en su delicadeza moral y no ha adquirido aún la experiencia que amplíe su visión y corrija su ligereza. Para el francés medio, para el francés apacible, he ahí, en definitiva, tres jefes de fila: sobre el terreno, demasiado prudentemente limitado, pero que parece sólido, de la resistencia al desorden, serán gustosamente seguidos. Cuando, desde los barrios revolucionarios de la capital, ascienden rumores preocupantes, cuando las tiendas se cierran precipitadamente, cuando el tambor toca a rebato por las calles, el burgués viste su uniforme de guardia nacional, descuelga su fusil y va, sin entusiasmo, también sin cobardía, a combatir la revuelta [19]... Buen ciudadano, buen esposo, buen padre: en estos términos, al estilo de Prudhomme, se resumen la regla de conducta y las virtudes domésticas de los sostenedores del régimen. Louis Veuillot las esboza, con cierta ironía y algo de amargura; y con el mismo lápiz, dibuja su papel de joven periodista, aún irreligioso, al servicio de una clase social desprovista de firmes creencias, preocupada ante todo de sus propios intereses: “Era sumamente importante”, en ese medio, “fulminar la anarquía, consolidar el orden, restablecer las sanas doctrinas. Trataba con los más excelentes padres de familia del mundo, los propietarios más juiciosos, los más honorables ciudadanos;

tenían un dios: era el orden público; se suplicaban que lo defendiera bien; ellos mismos contribuían a ello, algunos con tanta dedicación como valor...” [20]

El futuro paladín del catolicismo está que trina, se impacienta en esa carrera de horizontes limitados. Sus empleadores del momento caminan con satisfacción. Para ellos, la mejor política sigue siendo la de los buenos negocios: administradores de talento, sesudos psicólogos, como el conde de Rambuteau, prefecto de la Seine, logran calmar las turbulencias, canalizar las ambiciones, derivándolas sin cesar hacia los trabajos de construcción, mantenimiento y transformación de los edificios, mejora de las vías de comunicación, iluminación a gas [21]: obras terrestres, de utilidad inmediata, de rendimiento seguro, a la medida exacta de esos consejeros municipales, de esos consejeros generales, elegidos —según las leyes de 1831 y de 1833 [22]— por los votos de los que constan en el censo y que conforman un grupo de orígenes heterogéneo, que tiene como común denominador la riqueza.

Aún así, un Rambuteau por ejemplo se preocupa por el pueblo, multiplica, en quince años de administración, el número de escuelas en París, se gana las simpatías de los obreros por su bonachonería graciosa, su trato franco. Pero la burguesía, en su conjunto, no piensa para las masas, privadas de sus derechos políticos, frustradas en su victoria de Julio, más que en una tutela bastante arrogante, en la servidumbre de la fábrica y de la granja, con interminables jornadas de trabajo y los salarios de la “ley de bronce”. Notarios, banqueros, industriales, grandes comerciantes encontraron en Louis-Philippe un rey a su imagen: ese descendiente de Luis XIV [23], semejante a su antepasado en algunos rasgos de su fisonomía —y que no ha abdicado del orgullo de raza— no pretende gobernar más que como *paterfamilias* bastante estricto, positivo, ahorrativo, preocupado por su tranquilidad personal, de su fortuna, de la “colocación” de los suyos. Inteligente, y de juicio seguro, carece de amplitud de miras y de visión de futuro. Se fía de su experiencia, grande sin duda, pero incompleta; de su prudencia, sólida pero un tanto pesada; escucha demasiado a menudo los consejos de su parsimonia y de su vanidad [24].

Indudablemente, con innegables cualidades humanas, es un “volteriano”, según el modelo de tantos otros franceses, educados en el racionalismo mezquino, en el escepticismo superficial y burlón del siglo XVIII. No renueva los escándalos de su padre, Philippe-Égalité; trata de olvidar la tacha original que el libertino, el regicida transmitió a los Orleáns. Un barniz de dignidad, de moralidad cubre su alma: y carece de la fe de san Luis y de Luis XIII, y de una perfecta delicadeza de corazón, que el discípulo de Mme. de Genlis no ha podido cultivar bajo la guía de su extraño “preceptor con faldas”. Cree conocer al pueblo, porque él mismo ha vivido en una situación difícil, incluso en la miseria, en los tiempos de la Revolución: la verdad es que no penetra a fondo en los sentimientos, las necesidades y las penas de sus súbditos más humildes. La “religión” le parece, como a Voltaire, muy útil para arrullar la esperanza de la gente pobre, para mantener su resignación y, así, garantizar los deleites de los felices de este mundo. En consecuencia la “respeta”, la “favorecerá” cuando las circunstancias se presten para ello, cuando se calmen los furios sectarios de 1830; la verá practicar, no sin complacencia, cerca suyo, por Marie-Amélie, su “buena reina”, y por las princesas reales. Su propia actitud con respecto a la Iglesia es la de un hombre ajeno: la principio del reino, evita cuidadosamente toda manifestación de cristianismo; por contraste con la consagración de Carlos X, la ceremonia de coronación no tiene ninguna cosa que nos sea estrictamente “civil”; en París, bajo la cúpula de Santa Genoveva, el monumento de Soufflot, de nuevo

transformado en “Panteón”, se celebran, el 27 de julio de 1831, unas ceremonias completamente paganas [25].

Sin embargo, casi por esa misma fecha, el rey, al visitar los departamentos del Norte y del Este, acogía con bondad a los obispos y a los curas, les manifestaba que “recibirían toda la protección que la ley les garantizaba”, pedía, a cambio, al clero que lo “secundara”, que suscitara, entre los fieles, “más que la sumisión” a los poderes públicos, un “espíritu de afecto” hacia el monarca y su dinastía.

Después de las revueltas que hemos narrado, semejantes discursos señalaban una orientación bastante clara: se trataba de sustraerle al partido legitimista el apoyo de los católicos, de disipar las justas desconfianzas cuyo peligro aparecería finalmente. Cuando se derrumbaba el trono de los Borbones, a algunos les había parecido que la Iglesia quedaba enterrada bajo esa ruina; una especie de “muerte civil” se abatía sobre los sacerdotes; y con una satisfacción mezclada de conmiseración, los falsos sabios habían creído “asistir a los funerales de un gran culto”. A falta de convicción profunda, la prudencia y el cálculo de Louis-Philippe se apartaban de ese error. Cuídese, le decía el duque de Broglie, “de enredarse en esas querellas teológicas en las que no se tarda nada en ver contra uno mismo todas las almas buenas, y a favor a todos los golfos”. Y el príncipe habría respondido: “Tiene usted mucha razón; no hay que meter nunca el dedo en los asuntos de la Iglesia, pues de allí no hay quien lo retire” [26].

* * *

Una vez conocido el pensamiento de los hombres de Estado, una vez precisadas las tendencias de las nuevas clases dirigentes, la situación religiosa aparecía, en definitiva, menos sombría de lo que había hecho temer la brusca catástrofe de julio. Ya no se podría contar más con los privilegios, sobre una protección por lo demás demasiado evidente, a veces molesta y cargada de obligaciones, cargada también de impopularidad. La persecución anunciada se quedaba en nada. El Concordato entre Roma y Francia se mantiene, sin graves desviaciones, sin interpretaciones capciosas. En lo que toca a los educadores cristianos, en adelante viven en una sociedad que alimenta contra ellos algunos prejuicios, que de entrada no les concede más que un débil crédito, y quiere verlos manos a la obra.

Reducción al derecho común; estricta aplicación de las leyes: inútil alzarse contra esas condiciones de existencia. Hay que armarse de paciencia, luchar sobre el terreno elegido por unos adversarios o, al menos, unos árbitros de sospechosa imparcialidad. A las exigencias justas, los discípulos del Sr. de La Salle se adaptarán sin dificultad. Desde el siglo XVII, a fuerza de perseverancia y de sacrificios, han triunfado sobre las viejas rutinas; han practicado sus métodos y observado todos sus votos hasta 1792, a pesar de las aprensiones de ciertos magistrados y ciertos obispos; se integraron, con su jerarquía, su hábito, sus tradiciones, en la Universidad Imperial. Bajo la Restauración, en los días de los ministros Lainé y Decazes, la borrasca de la escuela mutua y de las autorizaciones legales no los abatieron. Una adhesión inquebrantable a las prescripciones del Fundador no excluye en ellos el sentido de las oportunidades, de las adaptaciones necesarias. Todo está bien según ellos, si se les permite la obediencia y la pobreza monásticas, el medio de seguir los consejos de perfección evangélica, el derecho de enseñar “a los hijos de los obreros y artesanos”.

Ese derecho, lo conseguirán, lo mantendrán con firmeza, lo ampliarán, con el uso de la libertad. Eso es lo que dará mayor soltura a sus movimientos, más materia para su celo, en el mundo revuelto, confuso, de nuestra época, un mayor campo de acción en el espacio y en el tiempo, que entre los cercados del redil universitario, bajo el báculo de Mons. Frayssinous. Ellos se hacen cargo de ese pueblo que los grandes de aquí abajo desprecian, ignoran, y que pronto se felicitarán de verlos en manos de los Hermanos, formadores de las conciencias, colaboradores de la paz social. Los más conscientes entre los hombres de Estado medirán las ventajas de una educación religiosa; y el egoísmo también entrará en juego para buscar el la escuela cristiana una garantía contra las revoluciones.

Los Lasalianos no serán ni los primeros ni los únicos beneficiarios de los combates en favor de la libertad de enseñanza. La mayoría continuarán siendo, maestros públicos, dependiendo del ministerio, de los inspectores de Academia, de las municipalidades. El decreto del 17 de marzo de 1808 continúa determinando su función y su lugar en Francia, como Congregación oficialmente autorizada. Pero el espíritu nuevo que comienza a soplar a través del país les ayuda a liberarse de las más apremiantes coacciones.

Desde hacía quince años, varios miembros del partido liberal criticaban la organización del régimen escolar. En algunos era cuestión de sinceridad de doctrina, rechazo en admitir la supervivencia del despotismo imperial. Otros lo único que temían era influencia de los eclesiásticos sobre la Universidad: se hubieran menos inclinados a protestar contra una enseñanza exclusiva del Estado, si, bajo el reino de Carlos X, las funciones del Gran Maestre no hubiesen sido confiadas a un obispo. Pocos católicos, a parte el Padre Félicité de Lamennais, pensaban en unirse en semejante campo a unos adversarios que tomaban por blanco a la religión. En su proclamación a los habitantes de París, el 31 de julio de 1830, La Fayette puso la libertad de enseñanza entre la lista de las reivindicaciones populares; la Carta constitucional declaró, en su artículo 69, que una ley no tardaría en sancionar esa conquista... Así, la Providencia quiso que en el momento en que los peligros rodeaban a la Iglesia, en que la fe parecía naufragar, una luz surgiese en el horizonte, desde el fondo de las tinieblas más temibles.

Esa estrella seguía estando lejana: y se pudo llegar a creer que se desvanecería como un meteoro. El partido que, en la oposición, se manifiesta a favor de la libertad, juzga, al llegar al poder, que no le conviene abandonar ningún instrumento de control. Uno bien precioso, es el monopolio universitario. En el mes de marzo de 1831, el joven conde de Montalivet llega a ser ministro de la Instrucción Pública: su padre fue uno de los grandes servidores del Imperio; el hijo ha recogido en su herencia las máximas del absolutismo. Comenzó bajo la Restauración, en la Cámara de París, una carrera política completamente orientada hacia la supremacía del estado, en la senda de los antiguos juristas. Su rápida ascensión no resulta de un valor excepcional ni de notables actividades. Es el clásico alto funcionario, por otra parte inteligente, trabajador, valiente, totalmente fiel al príncipe. Goza de la especial predilección de Louis-Philippe, quien le confiará la intendencia de su lista civil. Ese apoyo real le da notoriedad, asegura su autoridad, estimula su celo. Y enseguida lo utiliza contra los modestos derechos de los que los católicos ya están haciendo uso. Las "escolanías" de Lyon, son consideradas por Montalivet como ilegales. Ordena al rector de Academia de realizar su clausura [27]. Ocho meses más tarde, manifiesta su voluntad de reservar las subvenciones oficiales para las escuelas protestantes o

judías, o a las asociaciones laicas dedicadas a la difusión del método lancasteriano [28]: doble medida que revela claramente el pensamiento y los objetivos del ministro.

¿La enseñanza de la Iglesia es sospechosa? Y la promesa contenida en la Carta constitucional, ¿ha sido olvidada? Una élite valiente no lo permitirá en absoluto. El 16 de octubre de 1830, apareció el primer número del periódico *L'Avenir*, obra común de Lamennais y de Lacordaire. El autor del *Ensayo sobre la indiferencia* ha conservado la fama y el ascendiente que le valió, trece años antes, su magistral obra. Se ha alejado del legitimismo y no quiere seguir peleando por liberar a la sociedad cristiana de las sujeciones políticas, por un Papado que presida las reconstrucciones espirituales y temporales del mundo [29]. “Dios y la libertad”, tal es su lema, la de los seguidores que agrupa en torno a su poderosa personalidad, el Padre Lacordaire, el Padre Gerbet, Harel du Tancrel, de Coux, el barón d'Eckstein, pronto Montalembert [30]. Con el fin de ampliar la propaganda del periódico, ese grupo organiza una “Agencia para la defensa de la libertad religiosa”.

En el plano de la libertad religiosa, Lamennais no modifica sus antiguas posiciones. Se ha confirmado como el vigoroso adversario del monopolio: prosigue dicha lucha; es aquí donde su estrategia se inspira en las concepciones más justas, tiende hacia los resultados más dignos de elogios. Desde el mes de enero de 1831, la Agencia solicita a las Cámaras Legislativas que se pronuncien sobre la libertad de enseñanza. Al mismo tiempo, extiende por todo el reino las listas de petición, que firman más de quince mil personas. Los diputados se niegan a tenerlas en cuenta. En ese mismo momento, Montalivet la toma con las escolanías parroquiales. “Puesto que la Universidad, declara la Agencia, ataca la libertad de enseñanza hasta en los mismos monaguillos, nosotros la defenderemos como hombres”. Carteles expuestos por los muros de la capital anuncian la fundación de “una escuela gratuita de externos”, sin autorización de los funcionarios académicos, en la calle de Beaux-Arts, nº 5. En ella se darán “las nociones elementales de la religión, del francés, del latín, del griego, de la escritura, del cálculo...” El Sr. de Coux, el Padre Lacordaire, el vizconde de Montalembert, transformados en maestros, asumen todas las responsabilidades.

El 9 de mayo de 1831, en presencia de una docena de niños, rodeados por un buen número de espectadores curiosos y simpatizantes, Henri Lacordaire lanza su discurso: “Nos hemos reunido para tomar posesión de la primera libertad del mundo, la que es madre de todas las demás, sin la cual no existe ni libertad doméstica, ni libertad de conciencia, ni libertad de opinión, sino tarde o temprano, el sometimiento de todos los hombres al pensamiento de uno solo...” Y desea a sus alumnos que puedan extraer, de ese suelo virgen, energías viriles, energías santas, que los conviertan en “mejores que sus padres”, capaces de procurarse una descendencia aún más generosa [31].

Los organizadores de la escuela se colocaban al amparo de la Constitución. Pero violaban, muy conscientemente, las leyes no derogadas. Su gesto —gesto de Polieucto, gesta de caballeros, a la vez corneliana y romántica— se proponía conmover las conciencias, impresionar las mentes. Obtuvo los resultados esperados. Intimación de un comisario de policía, compareción ante un tribunal correccional —que se declaró incompetente—, decisión del tribunal de apelación, manteniendo el principio del monopolio, y luego, una vez que Carlos de Montalembert se convirtió en par de Francia a título hereditario, proceso ante la Alta

Asamblea, triunfo oratorio de los acusados, condena inevitable pero limitada a una ligera multa, tal fue aquella brillante hazaña, tan a menudo relatada [32], elocuentemente y con razón conmemorada durante su centenario. El joven par sorprendió, encantó a sus colegas y a sus jueces, aunque no los convenció; Lacordaire y él fueron en adelante saludados como campeones de una gran causa. Sin duda, se necesitarán años antes de que el problema planteado ante la opinión reciba una solución aceptable. La repercusión de estas voces pregoneras parecerá debilitarse durante algún tiempo. No obstante, los prejuicios atacados sistemáticamente vacilarán, y terminarán por derrumbarse.

Posteriormente al proceso, Montalembert, delegado por la Agencia general, lleva a cabo en las diócesis del Sur de Francia una campaña en favor de *L'Avenir*. Se propone despertar a los católicos, darles confianza en la fuerza de su número, en el dinamismo de la doctrina. Sacerdotes y fieles lo acogen con entusiasmo. El santo obispo de Digne, Mons. de Miollis, del cual conocemos su evangélica conducta, su firme actitud frente al poder civil, la entrega a las escuelas cristianas y populares [33], acoge con su abrazo al apóstol de la fe. Éste “nunca olvidará a ese venerable anciano, vestido con una sotana de sayal, en su humilde palacio”. Encuentra, de igual modo, bondadosa audiencia en Marsella, con Mons. Charles-Fortuné de Mazonod.

Pero en su conjunto, el episcopado se inquieta por las audacias de Lamennais, por sus teorías sobre la separación de la Iglesia y del Estado, sobre la emancipación de los pueblos, sobre la importancia política y social, el valor absoluto de la libertad. Estando de por medio el galicanismo, maestro y discípulos se convierten en sospechosos. No se transforman en un día las concepciones y las costumbres seculares. Ironía, falta de respeto, desprecio, violencia no serían capaces de acelerar la evolución de la jerarquía. Pero para un escritor genial es casi imposible no hacer uso de las invectivas, los rayos y truenos de su estilo. Los errores se encuentran de ese modo agravados, las verdades comprometidas.

Muy pronto *L'Avenir* deberá suspender su publicación. Y la encíclica *Mirari vos* [34] sigue el proceso de los tres “peregrinos” al Vaticano. Lamennais, condenado, anuncia que “se retira del campo”. El Papa Gregorio XVI le tuvo consideración; se había abstenido de designarlo por su nombre en la condena. Los anti-menesianos usaron mucho menos caridad: sus gritos de victoria, sus insinuaciones, sus insultos, “capaces de acabar con un hombre ordinario”, exasperaron a un alma excepcionalmente ardiente, orgullosa, y duramente herida [35]. Las *Palabras de un creyente* brotaron como llamas, a finales de abril de 1834: apocalíptica profesión de fe de demócrata mezclando el espiritualismo con la anarquía. La encíclica *Singulari vos* no pudo más que constatar la caída de un ángel.

Desde todo punto de vista, ese final, parecía triste y lamentable. Además del repliegue y la desorientación de las conciencias que gravitaban en la órbita del sacerdote rebelde, era de temer una parada en el impulso católico, nuevos malentendidos entre los franceses. La conducta leal de Lacordaire, la sumisión, más lenta pero no menos franca, de Montalembert aportaron la tranquilidad. En el mundo político, en el que la cruzada mennaisiana suscitaba además más de una objeción, se extiende un espíritu de tolerancia y poco a poco se encamina hacia la concordia. Con respecto a las órdenes religiosas, no volverán a aparecer las decisiones brutales que, en 1831, dispersaron a los Trapistas de la Meilleraye. Cuando en el

mes de julio de 1833, dom Guéranger resucita, en Solesmes, una abadía benedictina, primer resplandor de una gran luz monástica, será sin disimular nada ante los ojos de las autoridades civiles. Guizot, a quien a pesar de su protestantismo su vocación de historiador pone en simpatía con la erudita comunidad, no tardará en asignarle una subvención anual para continuar con la *Gallia christiana* [36].

Progresivamente, la religión irá reconquistando una élite intelectual y moral. Frédéric Ozanam abre, el 1º de diciembre de 1832, entre los estudiantes, un “taller apologético” destinado a transformarse al año siguiente en “conferencia de San Vicente de Paúl”, para socorrer a los pobres, para la santificación de los mismos asociados, para demostrar a todos —no con palabras sino con hechos— la fecundidad social del cristianismo [37].

A pesar de todos siguen subsistiendo algunas inquietudes en las almas eclesiásticas. Algunos prelados conservan su añoranza de los legitimistas, sus desconfianzas hacia la monarquía de Julio. Saben que son menos escuchados, se consideran menos libres que antes de 1830. El arzobispo de Toulouse, Mons. d’Astros, que se ha ubicado entre los más irreductibles adversarios de Lamennais, muestra su pesimismo en una carta del 30 de junio de 1834, dirigida a Mons. de Quélen [38]. El ministerio de la Instrucción Pública ha publicado un “resumen de historia que debe haber hecho ya un mal infinito” y un libro de lecciones morales y religiosas, comunes a los católicos y a los protestantes. “Nos adormecen, continúa su carta, en una falsa paz”. Si se persiste en “corromper” la educación, “nos veremos obligados” a llegar a la lucha, a las más severas censuras. ¿No podrá el episcopado actuar conjuntamente? Habrá que estudiar un plan de acción.

En esa época, el gobierno obtiene de las Cámaras una ley contra la libertad de asociación. Los tejemanejes revolucionarios han provocado esa molesta medida, tachada de tiranía; todo tipo de asociación queda prohibida. El oficial *Diario de los Debates* promete, es cierto, por parte del poder ejecutivo, los “discernimientos” necesarios [39]. No obstante, sobre todas las cabezas pende una amenaza.

Relativa inseguridad; alternancia de gestos amables y de iniciativas peligrosas; brechas que desde hace cuatro años, se cierran en falso entre los hombres de Julio y el clero, eso es lo que llama la atención y deja a las mentes perplejas. Pero los lazos demasiado estrechos, establecidos por los Borbones de la rama primogénita en torno a la Iglesia, aunque de otro modo, frenaban mucho el apostolado religioso. Adheridos a la realeza, obispos y sacerdotes habían sufrido los contragolpes de la política; la impopularidad de Villèle, de Polignac provocaba la del catolicismo. Para que la verdad vuelva a tomar contacto con las almas, es necesario que muestre su independencia.

Así se justificaban varias de las propuestas del periódico *L’Avenir*. Filósofos desengañados del racionalismo, aunque aún no liberados de su influencia, gobernantes alarmados por los progresos de la anarquía, juventud preocupada por los problemas de la vida se volvían hacia el Evangelio, reconocían el error de las generaciones precedentes, tendían a esperar de una Iglesia, que ya no estaba rodeada de prefectos y gendarmes, la respuesta a sus dudas, la ayuda contra las doctrinas perversas, la vuelta a la paz social.

Tema de esperanza y de alivio para los educadores. Y la actitud de la Universidad va a cambiar, y las promesas de la Constitución en lo que se refiere a la enseñanza no serán letra muerta. Naturalmente, el Estado no quiere desprenderse de la dirección de las mentes. Victor Cousin, después de la encuesta que realizó en Prusia sobre la instrucción del pueblo, recuerda al poder civil su “deber” en la materia. “No existe estabilidad, declara, más que en las escuelas públicas”. Según él, la “industria privada” sería incapaz de proporcionar las garantías indispensables. No obstante, añade que “nunca debe ser contrariada” [40]. En consecuencia se le recortará su influencia, pero no se rechazará su colaboración. En cuanto a la Iglesia, deberá realizar una doble función en el futuro: asociarse a los profesores oficiales y crear sus propios organismos escolares, en un primer —y por lo demás incompleto— ensayo de libertad.

Con ocasión de la discusión del presupuesto de cultos, en 1831, Guizot pone a punto las ideas que, mal comprendidas aún en la Cámara y en el país, inspiran su política personal: “La religión crea algunos fanáticos; si, pero por un fanático, la religión forma a cien ciudadanos fieles a las leyes,... enemigos del desorden, del desenfreno y del cinismo. Es por esa razón que la misma [se constituye] en un principio eminentemente social, el aliado natural, el apoyo necesario de todo gobierno regular... Es extremadamente importante para la Revolución de Julio no enredarse con todo lo que hay de grande y de elevado en la naturaleza humana... Es importante no dejarse llevar a rebajar, a recortar todas las cosas, pues podría... encontrarse rebajada y reducida ella misma” [41].

¿Cuándo se traducirá en actos ese hermoso lenguaje? Montalivet prepara, como ministro de la Instrucción Pública, un proyecto de ley que, el 24 de octubre de 1831, deposita en las oficinas de la Cámara. Tan poco favorable como lo conocíamos hacia la propaganda católica, no se atreve a contradecir abiertamente los principios formulados bajo el Imperio, ni siquiera toda la legislación en vigor desde 1815 a 1830. El artículo 1º de su trabajo estipula, al frente del programa de estudios primarios, la enseñanza “moral y religiosa”; y tan sólo con respecto al dogma, lo deja al “parecer de los padres de familia”. Los representantes de la Iglesia —o de los cultos disidentes— conservan un lugar entre los miembros de los comités a los que siguen confiadas la dirección y la supervisión de las escuelas. Hasta los mismos Hermanos obtienen del ministro un notable elogio, aunque concebido de modo a no herir la opinión de las personas hostiles: Montalivet rinde homenaje a la “labor”, y a la “utilidad” de los discípulos del Sr. de La Salle, los proclama “verdaderos fundadores de la enseñanza elemental”. De todos modos debe constatar que “algunos prejuicios *exagerados*” los rechazan como artífices “de rutina y de oscurantismo”. De lo cual se puede deducir que el ministerio, al aceptar sus servicios, se cuidará de dar pábulo a las críticas, a las recriminaciones de los “liberales” a la antigua usanza y de los lancasterianos [42].

Un célebre pedagogo, Daunou, que treinta y seis años antes elaboraba la ley escolar del 3 de brumario del año IV [43], fue encargado por la comisión parlamentaria de examinar el plan Montalivet. El exoratoriano, miembro de la Convención en 1793, en modo alguno podía ser sospechoso de “clericalismo”. Su informe no dudó en mantener la obligación de las lecciones catequísticas y la presencia del cura o del pastor dentro de los comités. Pero fragmento capital del texto propuesto a los legisladores, se encontraba en las líneas siguientes: “Ustedes garantizarán la libertad de las *escuelas privadas*, y admitirán que sería quimérica, si el gobierno

interviniese en su régimen interno mediante los nombramientos, exhortaciones, prohibiciones... Ustedes liberarán sobre todo las escuelas particulares del imperio de un cuerpo docente que, hasta 1830, no les ha dejado ni permitido ninguna independencia”.

Sorprendente evolución ideológica o, más exactamente, regreso a los principios enunciado por Talleyrand en su proyecto de 1791, reafirmados por la Constitución del año III [44], admitidos —aunque a menudo desconocidos y violados— antes del nacimiento de la Universidad napoleónica. Ésta recibía de Daunou un golpe directo, porque veían en ella la más total encarnación del despotismo y uno de los instrumentos del régimen borbónico. Su frase sobre el “cuerpo docente” parecía ser significativa y cargada de persistentes rencores.

Las mismas Congregaciones religiosas se beneficiaban de los temores de un liberalismo real. Evadido de la iglesia, en adelante, el viejo convencional ponía su empeño en no perjudicar a aquellos maestros entre los cuales él se encontraba en otro tiempo en el Oratorio y que la Revolución había golpeado tan duramente. “Que los maestros, escribía, pertenezcan o no a alguna Sociedad, nosotros no hemos [considerado en sus personas] más que a unos individuos que gozan de la misma libertad y están sometidos a las mismas reglas en el ejercicio de su profesión” [45].

Ese informe de Daunou debía, desdichadamente, quedarse hasta nueva orden en un manifiesto puro y simple. Se atravesaban entonces tiempos muy agitados como para que la burguesía parlamentaria no retrocediese ante una acción favorable a los católicos. El proyecto quedó enterrado entre las carpetas. Lo volveremos a encontrar en sus grandes líneas cuando estudiemos la obra de Guizot. Pero al menos, las palabras de La Fayette, el artículo de la Constitución, la polémica de Lamennais y de su entorno, el “proceso de la escuela libre” tuvieron como resultado el orientar —no sin dificultad, no sin resistencia— a la nueva monarquía y a la opinión pública, en el sentido de la libertad.

* * *

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, tras la muerte del Hermano Guillaume-de-Jésus y la convulsión de la Revolución, se sienten verdaderamente no tanto amenazados en su futuro, sino enfrentados a numerosas dificultades y problemas que no pueden ser tratados a la ligera. Sus enemigos enseñan los dientes, estarían muy contentos de morder, pero serían incapaces de asustar a unos hombres que sueñan únicamente en cumplir sus deberes. Uno de los propagandistas de la enseñanza mutua, Jomard, jefe del despacho de Instrucción Pública en la prefectura de la Seine, lamenta que las administraciones hospitalarias, encargadas de las escuelas gratuitas, hayan tenido que recurrir a los Lasalianos y “confiarles unos intereses sagrados” [46]. Su protesta y las medidas que está meditando con respecto a los educadores religiosos manifiestan, sin más, un malhumor pasajero. El volterianismo acentúa sus esfuerzos para soliviantar a la buena gente contra los cuellos blancos y los manteos de mangas flotantes. Hasta la caricatura interviene: una acuarela de Granville, fechada en 1830, representa a tres golfillos armados con palos y amenazando a un Hermano; salen de una casa sobre cuya pared puede leerse la siguiente inscripción: “¡Viva el rey Louis-Philippe I y la escuela mutua! ¡Abajo los Ignorantillos!” [47] Semejantes irreverencias aparecían ya bajo la Restauración. Los anticlericales de la época encontraban audiencia complaciente y

crédula en una parte de la población muy mal dispuesta con respecto a la política borbónica, comparando su miseria con los placeres y el desprecio de los ricos, haciendo sospechosa a la Iglesia de someterlos en provecho de las clases altas. “Mi madre, dice Louis Veuillot, albergaba”, en contra de los Hermanos, “los prejuicios que se propagan en el pueblo cegado y traicionado hasta ser incapaz de comprender la caridad” [48]. Nunca fue a la escuela cristiana; muchos de sus contemporáneos y de sus hermanos menores compartieron ese destino, a causa de las mismas desconfianzas. Había que disociar del Antiguo Régimen a los buenos pedagogos enteramente dedicados a la salvación de las almas, al progreso de una civilización espiritual y cuyo origen, cuyas costumbres de vida, las aspiraciones casaban, muy a menudo, con las de sus alumnos.

Ellos mismos trabajaban con esa finalidad. Sin duda, su respeto por las tradiciones, sus simpatías hacia los príncipes que aparecían como de “derecho divino”, su justo agradecimiento los inclinaban a deplorar la caída de Carlos X. Pero los más jóvenes de entre ellos, sin renegar del pasado, no se sentían solidarios. Se cuidaban de exagerar las alarmas del momento, y ponían su esperanza en Dios.

Este estado de ánimo aparece en un carta dirigida, el 12 de agosto de 1830, por el Hermano Philippe, futuro Superior General, a su madre, la Sra. Bransiet [49]: “Le escribo la presente para tranquilizarla y decirle que continuamos con nuestras pequeñas tareas sin que nada las obstaculice... Las iglesias están abiertas como de costumbre. Es cierto que hay obispos y sacerdotes que son perseguidos; no creo que sea por razones religiosas, sino por opiniones, según dicen, que no deberían haber expresado. Los demás están tranquilos; cada parroquia de París ha celebrado un oficio por los muertos de las famosas jornadas del 27, 28 y 29 de julio...

“No necesito expresarle mi opinión con respecto a todos estos asuntos; sin duda la adivina; pero se necesita prudencia y moderación. Por lo demás, me gusta creer que, manteniendo los principios que hemos recibido en la casa paterna, nos ocuparemos unos y otros más de los asuntos de la eternidad que de los del tiempo... Fieles a las leyes establecidas en la sociedad, no lo seremos menos a las del Señor, guardando sobre todos los acomodos de la política el más profundo silencio... Si todas las personas de religión hubieran tomado este prudente partido, nadie habría condenado su conducta...”

Las atenciones filiales forzaban la nota del optimismo. A pesar de ello, el conjunto de esas declaraciones expresaba una idea exacta de la verdad, respondía a las convicciones profundas que dictarán siempre la conducta de Matthieu Bransiet. En la casa del arrabal Saint-Martin, los jefes responsables del Instituto se mostraban evidentemente más sensibles al estremecimiento de los recientes acontecimientos, a los destrozos materiales que causó la tormenta, a las aprensiones por el futuro; y sus decisiones administrativas recuerdan la actuación del Hermano Agathon en 1789: el Hermano Asistente Anaclét comunica al Hermano Abdón, director de Saint-Omer, que los votos religiosos no serán emitidos ni renovados durante 1830, que los retiros anuales no se realizarán fuera de las casas de cada comunidad; algunos novicios y maestros han debido ser enviados a sus familias: “Hemos gastado mucho en sus viáticos”. Es importante hacer efectivos algunos capitales: “además de que hemos sido francamente estafados,... perdemos nuevamente, en esta revolución, al menos treinta y dos mil libras de renta. El Delfín y el ministro de la Instrucción Pública nos entregaban esa suma” regularmente, desde hacía unos diez años [50].

Otro Asistente, el Hermano Éloi —quien, también él, conserva el recuerdo de días muy malos— se hace entregar por sus conciudadanos de la capital, vecinos de la Casa Madre, un certificado en regla: “Nosotros los abajo firmantes..., declaramos a quien convenga que el Sr. Lafargue... es hombre de honor, ciudadano tranquilo, de buena vida y costumbres y que, durante los rigurosos fríos del invierno pasado, dio pruebas de su beneficencia socorriendo a los necesitados...” [51] De igual modo, el 29 de vendimiario del año VII, treinta y ocho habitantes de Burdeos intervenían ya en favor del interesado, entonces en pugna con los gendarmes del Directorio... [52]

Tantas precauciones serán superfluas bajo el reinado de Louis-Philippe. La Sociedad Lasaliana reunió, el 2 de septiembre de 1830, su decimoquinto Capítulo General, que deberá nombrar al sucesor del Hermano Guillaume. Según el procedimiento habitual, las elecciones, inicialmente dispersas, se concentran sobre las personalidades que han reunido el mayor número de votos, en los escrutinios precedentes. Finalmente recaen sobre el Hermano Anaclét [53].

El recién elegido pertenece a la generación que entró en el Instituto al inicio del Imperio, durante el gran trabajo de reagrupación y reorganización emprendido por el Hermano Frumence. Su vocación se cuenta entre las más hermosas que cultivó el santo Hermano Émery, maestro de novicios del Petit-Collège de Lyon. Nacido el 8 de enero de 1788 en Sirod, cantón de Champagnole, Claude-Louis Constantin es hijo de los campesinos del Franco Condado, Chales-Melchior Constantin y Claudine-Charlotte Romand. Un antiguo clérigo con las órdenes menores, convertido en profesor de los niños del pueblo, y que se llamaba Sr. Monnier, reparó en ese niño bien dotado, le enseñó latín, con los rudimentos del francés y de las ciencias. Al retomar sus estudios de teología después de la Revolución, en el seminario mayor de Besançon, habló de Louis Constantin a un cura de la ciudad episcopal, P. Bacoffe, que buscaba candidatos para la Congregación de los Hermanos. Louis compartía entonces la existencia laboriosa y sencilla de su familia. El 23 de junio de 1805, convence a su padre para que lo lleve a Lyon. La propuesta proveniente del Padre Monnier halagó a Charles-Melchior; ese buen hombre desea, para el heredero instruido, sensato y, además, de poca salud, una honrosa carrera de maestro de escuela. El aspecto del Petit-Collège lo sorprende: una caja antigua, muy pobre, con gente vestida de sotana, con ejercicios religiosos, una Regla que parece severa. Se trata pues de una comunidad, semejante a la de los tiempos antiguos... Decepción; el campesino refunfuñando, quiere llevarse a su hijo. Éste no se deja arrastrar; ha encontrado su lugar [54]. Muy pronto se siente impregnado por el espíritu del Señor de La Salle. El Hermano Frumence, luego el Hermano Gerbaud le muestran gran estima y afecto. Le prodigan sus consejos, presienten el futuro de esa inteligencia y esa piedad fuera de lo común.

El hermano Anaclét recibe, en Saint-Étienne, en Saint-Chamond, en Alençon, en la escuela parisina de la isla de Saint-Louis, la tarea de dirigir a los numerosos alumnos y maestros que son sus contemporáneos o mayores que él [55]. En Burdeos, el 15 de septiembre de 1813, emite sus votos perpetuos bajo los auspicios del Superior General [56]. En 1822, se convierte en el tercer Asistente del Hermano Guillaume-de-Jésus. Al lado de ese veterano, y del Hermano Émery, su formador, representa, junto con el Hermano Éloi, al joven Instituto, continuador exacto del pasado, excelente preparador de las grandes obras del siglo XIX. Ninguno parece mejor cualificado para tomar el timón después de la Revolución de 1830, bajo el

viento, en el oleaje, que presagian la tempestad. Todos piensan que no solamente salvará la nave sino que la dirigirá hacia alta mar, hacia esplendidos horizontes [57].

Se reconoce en él una “prudencia” sin fallos, una extraordinaria “penetración”. Su proceder está tan bien calculado que puede ir derecho hacia adelante, sin vacilaciones, sin vuelta atrás. Su correspondencia, “fuerte”, precisa, “lacónica”, con una escritura elegante y clara, revela toda su clarividencia, toda su voluntad. “No dice nada de más y no olvida nada”. Órdenes, exhortaciones, reprimendas se apoyan sobre motivos tan juiciosos que hay que acogerlas siempre con sumisión mezclada de gratitud.

El Hermano Anaclet se impone a sus religiosos por sus aptitudes intelectuales al igual que por sus talentos de jefe. Ha estudiado mucho, ha puesto a punto los métodos y los libros de la Congregación. Resuelve todos “los problemas de matemáticas”; es músico y canta de maravilla.

No obstante, su “timidez”, incluso su excesiva modestia podrían crearle algún inconveniente. El prestigio exterior le falta algo, como antiguamente al Hermano Gerbaud: rostro afable y delgado, mirada candorosa, fisonomía no desprovista de gracia y de distinción, pero la persistente juventud no recuerda en forma alguna a la soltura majestuosa, la autoridad soberana tan llamativas en su predecesor, el Hermano Guillaume-de-Jésus.

La bondad es sin duda su virtud dominante; seduce a todos los que se acercan a él. Usa un lenguaje amable, formas corteses y delicadas, súplicas más que órdenes terminantes. Compagina el amor a sus inferiores y la profunda simpatía de las personalidades que se relacionan con el Instituto. Cuando muera, sus Asistentes recibirán del ministro de Instrucción Pública una carta dictada por la emoción más sincera: observarán que jamás, un gesto semejante, con ocasión del fallecimiento de un Superior, se había producido con otros gobiernos [58].

La edad del elegido, en aquel mes de septiembre de 1830, hacía esperar un largo generalato. El nuevo Superior estaba terminando sus cuarenta y tres años. Pero la madurez le conservaba aquella “complexión débil” que se notaba en su adolescencia. Su semblante bastante enclenque seguía siendo indicador de un temperamento acechado por la enfermedad. La austeridad de su existencia, las preocupaciones de la enseñanza le impiden las pausas necesarias, que seguirá ignorando igualmente en las tareas de su cargo en la Casa Madre, y durante sus numerosos viajes. Se consumirá pronto: pero no sin haber proyectado una buena llamarada, proporcionado una luz más duradera que él mismo.

Sus colaboradores lo seguirán, alimentarán su fulgor. Cuatro asistentes, a partir de ahora, con el Superior General, forman el colegio supremo, el “Régimen” de la Congregación. Por decisión del Capítulo, el Hermano Éloi conserva entre ellos el primer lugar [59]. Los electores designaron a continuación a los Hermanos Philippe, Abdon y Jean-Chrysostome: tres hombres de valor, cuyo *curriculum vitae* trazamos en nuestro volumen anterior. El Macizo Central, la Haute-Marne, el Baujolais los ofrecieron a la sociedad lasaliana. En la casa de Saint-Nicolas-des-Champs, en Saint-Omer, en Lyon, cada uno de ellos, respectivamente, acaba de dirigir con autoridad magistral. Merecen todos los votos, ejercen sus nuevas funciones como

verdaderos hijos del Fundador. El Hermano Philippe, el Hermano Abdon, tienen por delante aún muchos años fructíferos.

El Capítulo de 1830 se separa a partir del 4 de septiembre. Corta sesión que es suficiente para demostrar la vitalidad y la estabilidad de la familia religiosa. Los tumultos civiles se detienen a las puertas de la Casa del Santísimo Niño Jesús: allí se continúa con las deliberaciones sin agitación, aprobando la *Guía de las Escuelas*, reeditada en 1828 [60], exigiendo el mantenimiento de los métodos de enseñanza y de los usos conventuales. Un estado de revolución no permitía esbozar programas más amplios. Los Capitulares dejan todas las vías abiertas al Hermano Anaclet; para guiarlo y reconfortarlo en una situación difícil, quizás peligrosa, pedían a sus comitentes “oraciones extraordinarias”.

Nueve días más tarde, una “circular” del Superior General resume la historia de la Asamblea y comunica sus decisiones, sus demandas, al Instituto en Francia, en Italia, en las regiones de ultramar. El humilde jefe se considera muy indigno de suceder a los “ilustres” cuyos nombres reitera: los Hermanos Guillaume-de-Jésus, Gerbaud, Agathon. A los dos primeros les debe un homenaje especial. Al uno, del cual fue el auxiliar inmediato, representaba las más antiguas y más puras tradiciones; el otro sigue siendo un modelo de sabiduría, de grandeza de alma y de inflexible firmeza. La evocación del Hermano Agathon aparece como más significativa: ¿no es una muestra de justicia finalmente ofrecida, de la fidelidad restituida a esa gran memoria, cuya aureola se había difuminado ante los ojos de los Lasalianos, después de 1892? El Hermano Anaclet, al renovar el gesto del Hermano Gerbaud, la muestra brillando en el cenit.

Él por su parte, opuso —sus contemporáneos nos lo contarán— una resistencia casi desesperada a su elección. Y el Superior confiesa el vivo “dolor” que provocó en su alma la elección del Capítulo. Pero cuenta con el apoyo de los Hermanos Éloi, Philippe, Abdon y Jean-Chrysostome. No piensa más que en el bien y en el progreso de su Congregación: ¡quiera Dios que todos los Hermanos puedan colaborar en el “cumplimiento puntual, literal y total” de las Reglas! ¡Que observen, más que nunca, la gran ley de la discreción y del silencio! Las horas que están atravesando les imponen una obligación particularmente estricta. “Desterremos de nuestras charlas —ordena la circular del 13 de septiembre de 1830— todas esas noticias de asuntos y de política, cuyo más seguro efecto es el debilitar el espíritu interior, hacer vacilar las vocaciones y acarrear la ruina del Instituto”. Las tumultuosas corrientes de una época provocan casi siempre remolinos hasta en el fondo de los claustros: la naturaleza más domada siente entonces despertar sus instintos de orgullo y de cólera; discutiendo con pasión sobre los acontecimientos, el amor propio se sobrexcita; al plantearse uno mismo diversos problemas a propósito del futuro incierto, se corre el riesgo de criticar la conducta de los jefes, de añorar la independencia perdida, de sucumbir a las tentaciones del siglo. Semejantes fallos se produjeron de 1789 a 1792, luego hacia 1810: el Hermano Anaclet teme su reaparición; sabe que “varios” esparcen murmuraciones y no dudan en desobedecer. Su condena, llena de tristeza, toma los mismos acentos que antaño la del Hermano Agathon y la del Hermano Gerbaud [61].

No serán necesarias rigurosas sanciones; la calma renace rápidamente. Viéndola perfectamente restablecida en torno al Superior General, y reinando el orden en los ejercicios de las mejores comunidades, en las escuelas de la capital, en los servicios

administrativos de la Casa Madre, todos los religiosos se arman de valor y de confianza. El Hermano Anaclet, notable organizador, así como prudente pedagogo y atento conocedor de las mentes, se ha conformado un estado mayor de élite. Su procurador general se llama Hermano Nicolas, uno de los primeros novicios del Hermano Émery, uno de los confidentes habituales del Hermano Gerbaud. El antiguo director de Vesoul y de Saint-Nicolas-des-Champs es el hombre del trabajo oscuro y de la entrega sin parangón. El Secretariado del Instituto se encuentra en manos del antiguo director de Cambrai, el Hermano Maurille, sobre quien recae la estima de un Jefe eminente, y a quien se confía una tarea fuera de lo común [62]. El pensamiento del jefe es bien comprendido, su acción eficazmente secundada.

Por eso el Hermano Philippe, anunciador de consuelos y esperanzas, puede escribir, el 29 de enero de 1831, a la lejana comunidad de Guyana, que, “sus amables cohermanos” se muestran “fervorosos” y dóciles. El Régimen ya no encuentra “ni la menor resistencia, la menor objeción. La Regla está en vigor en todas partes, cada uno se esfuerza por hacerse digno de su vocación, todos manifiestan su adhesión al Instituto, envían [a los Superiores] las más auténticas promesas... de su firme voluntad no vivir más que de pan y de morir en su puesto antes que abandonar a los niños”.

Además, el Hermano Asistente no cree que “se llegue a ese extremo”. El gobierno francés está dando ya “muestras de benevolencia”; los Hermanos jóvenes “quedan exentos del servicio militar y los establecimientos, se ven apoyados”. El público manifiesta a los educadores cristianos un afecto “verdaderamente encantador”. Algunos consejos municipales pensaban en algunas supresiones: “el pueblo se ha opuesto a ello con tanto vigor que ha logrado una completa victoria”. Es cierto que la desgracia del momento, el desorden de las finanzas han ocasionado la negativa de determinadas subvenciones: pero algunos ricos particulares, uniéndose a todos los amigos de los Hermanos, han logrado salvar las escuelas. Setenta y seis clases funcionan en París, los maestros de Saint-Louis ocupan “una de las casas más hermosas de la Isla”; los de Saint-Sulpice poseen una instalación definitiva cerca del jardín del Luxembourg; nuevas construcciones albergan a la comunidad de Saint-Nicolas-des-Champs [63].

Esa curiosa y abundante correspondencia nos informa también sobre los acontecimientos posteriores: cólera de 1832, insurrección que conmocionó París durante el funeral del general Lamarque. La epidemia golpeó al Hermano Agabus, director de Metz: acometido en la mañana del 3 de julio, murió la noche siguiente. “La Providencia, dice la noticia necrológica, quiso que nuestra Congregación pagase el tributo de esa cruel enfermedad que asola Francia desde hace seis meses”. Es, sin embargo, “una prueba sensible” de la bondad divina que el Instituto no cuente, al día de la fecha, con otras víctimas, “mientras que vemos ciudades diezmadas y familias reducidas a la mitad o a la tercera parte de sus miembros” [64].

La carta, que manda, algunas semanas antes, el Hermano Philippe a su madre, habla de un respiro dado por la terrible enfermedad a los habitantes de París. En cambio, “un flagelo más funesto” azota a la población, ese 6 de junio: “Hace ya más de veinticuatro horas que el tiroteo de los fusiles resuena en nuestros oídos... Mi hermano [el nuevo director de Saint-Nicolas-des-Champs, Hermano Arthème] se encontraba muy cerca del fuego... A su comunidad no le ha sucedido nada, he visto

a toda su gente tranquila. Sus vecinos se habían ofrecido para protegerle en caso de necesidad”.

Un post-scriptum del día siguiente hace saber a la Sra. Bransiet que “los republicanos” van perdiendo. La capital respira: aparentemente los amotinados vencidos cesarán en sus tentativas. Y el religioso, amigo del orden, se felicita por el éxito del gobierno [65].

Con toda razón, puesto que la Revolución sangrienta y anticristiana sería más de temer que un régimen aún inestable, sin duda, pero susceptible de mejorarse. Se ha logrado escapar, desde hace dos años, a las más graves consecuencias de las jornadas de julio. En plena conmoción, el Instituto de los Hermanos mantiene sus posiciones: tres estadísticas, elaboradas gracias al mismo Hermano Philippe, nos aportan la prueba; en el mes de agosto de 1830, la Congregación, con sus 237 comunidades, dirigía 380 escuelas, 1.014 clases, en Francia, y en ellas instruía a 86.998 alumnos. Si, en 1832, el número de establecimientos ha disminuido un poco (226 comunidades, 364 escuelas, 962 clases), el total de alumnos (87.098) marca un ligero ascenso. Las cifras, ascenderán al año siguiente a 231, 1.039 y 92.989, respectivamente [66].

* * *

En las condiciones en que se encontraban la Iglesia y la enseñanza religiosa ante los “liberales” volterrianos, ante un pueblo manejado por las sociedades secretas, estos resultados causaban una feliz sorpresa. Debemos dar ahora algunos detalles, entreabrir el informe de las querellas provinciales, de las acusaciones, de los pleitos, de los sufrimientos, y también de aquellas generosas iniciativas a las que se refería el Hermano Asistente.

Sin contradecirse, el ministerio Laffitte-Montalivet se mostró con frecuencia hostil a la enseñanza lasaliana y cómplice de las municipalidades que sustituyeron, en 1830, a los Consejos legitimistas gracias a la Revolución anticlerical. Las medidas dirigidas entonces contra las escuelas de los Hermanos fueron de diversos tipos: algunas solapadas, otras, radicales y violentas. Aquí, se impide el acceso a las clases a los niños, bajo el pretexto de que sólo los indigentes, deben beneficiarse de las lecciones gratuitas; se hace el vacío en torno a los maestros cristianos, con el fin de favorecer las escuelas mutuas que conocen un efímero repunte de prosperidad; se orienta hacia profesores laicos, sobre los bancos de las escuelas primarias superiores, a los jóvenes a partir de los trece años, impidiendo así a la Iglesia y a sus auxiliares ejercer una normal influencia sobre las almas que tendrían especial necesidad de ella. Ese es el tema de las quejas formuladas por el Hermano Anaclét en varias cartas dirigidas al ministro de Instrucción Pública [67]. Allí, se persigue abiertamente a los religiosos; se los expone a los insultos de la muchedumbre; se intenta someterlos mediante el hambre, disminuyendo o suprimiendo sus recursos pecuniarios; se llega al cierre de los establecimientos; y por mala voluntad o por debilidad, el poder central presta sus manos a estos atentados contra la libertad [68].

En Chalon-sur-Saône, donde antiguamente los Hermanos recibieron tan cálida acogida [69], la noticia de la caída de los Borbones produce una reacción antirreligiosa. El partido liberal toma la revancha esperada desde 1818: expulsa a los miembros de las congregaciones de su casa, los entrega al clamor y a los tratos

indignos del populacho. Zarandeados por la calles, esos desdichados no hubiesen encontrado donde refugiarse si el cura de la parroquia principal, P. Bourdon, nos les hubiese abierto sus brazos para instalarlos en el claustro Saint-Vincent [70].

Semejantes dramas son excepcionales. O bien, las expulsiones, los pillajes, las injurias y empujones son cosa de algunas horas; brucas tempestades rápidamente calmadas. La tormenta, no obstante, está en el aire; el peso de las cóleras y las enemistades es perjudicial para la respiración de las víctimas. A propósito de ellas, algunos hombres públicos se expresan con toda la aspereza del sectarismo. Un prefecto —el de la Loire— al entregar a París la solicitud del alcalde de Saint-Calmier que no quiere seguir admitiendo en la escuela cristiana a los hijos de las familias acomodadas, escribe, el 22 de noviembre de 1830: “Es notorio que el partido clerical es el adversario más poderoso de nuestras instituciones y que el medio de combatir su funesta influencia consiste en paralizar su implantación en las familias, oponiéndose a que inculque, en los jóvenes corazones demasiado dispuestos, sus máximas falsas y capaces de resistir a todo lo que no emane de la soberanía del Papa o que no tenga el consentimiento de las congregaciones jesuíticas” [71]. Ese es el mismo lenguaje de los periodistas del *Constitutionnel* en los tiempos de Carlos X; los discípulos del Sr. de La Salle, “ultramontanos”, agentes de la “Santa Alianza” y del “oscurantismo”, se ven englobados en el odio que persigue a los “discípulos de Loyola”.

Se reprocha a los educadores cristianos el no enseñar los principios de 1789, el conservar una peligrosa independencia con respecto a las directivas oficiales. El Consejo Municipal de Versailles se propone, entre 1831 y 1833, eliminarlos de la enseñanza primaria; y he aquí los argumentos que motivan su decisión final: “Los Hermanos forman parte de una corporación regida por Superiores cuya autoridad absoluta reconocen;... esta jerarquía tiene el grave inconveniente” de impedir la acción de los magistrados civiles, de “excluir... todo perfeccionamiento”; una “Congregación indebidamente restablecida” invade la instrucción pública; es importante preservar a la juventud de ese “veneno de jesuitismo” que, bajo la protección del monarca derrocado, se deslizaba por todas partes [72].

En consecuencia, maestros laicos remplazarán “a los Hermanos de la Doctrina cristiana” y “adoptarán exclusivamente” el método más conforme a los espíritus modernos. Se trata, en concreto, de la enseñanza mutua, preconizada por Carnot en 1815 y combatida, después, por la mayor parte de los católicos y del clero [73]. Los “lancasterianos”, cuyas relaciones protestantes y tendencias “republicanas” suscitaban, hacía quince años, las inquietudes del arzobispado de París [74], se beneficiaban del triunfo de sus aliados, los liberales. Además se ha creado una tradición administrativa que les favorece: se vuelve, en contra de Frayssinous, a las ideas de Joseph Lainé [75].

De nuevo, los funcionarios trabajan en ese sentido. Su celo no escatima los procedimientos astutos, las intervenciones expeditivas. “Sé, dice el prefecto del Loiret al alcalde de Orleáns, que la mayor parte de los niños, en la escuela mutua, están en un estado de abandono que da pena... Las damas de caridad dan ayudas” a las familias que forman la clientela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. “Tendríamos que combatir a nuestros adversarios con las armas que ellos emplean para impedir la propagación de la enseñanza primaria. ¿No podría usted... hacer que diesen pan a los más necesitados, alguna ropa a los harapientos? Un cantidad de

doce a quince francos por año... bastarían... Yo proporcionaría gustosamente la mitad” [76].

“Todo el mundo reclama el restablecimiento de la escuela mutua”, declara el alcalde de otra ciudad donde, sin embargo, los Lasalianos gozan, como en Orleáns, de una fama muy antigua: Saint-Omer, uno de los grandes “feudos” del siglo XVIII, recuperado bajo el Imperio. El Consejo Municipal se dispone a expulsarlos, al menos parcialmente, de la casa de Sainte-Margherite. Se inicia una ardiente polémica: terminará con el fracaso de los expulsadores [77].

Lille, que en 1819 había acogido tan generosamente a los Lasalianos, llamados por su alcalde, el conde de Muysaert, se niega, en 1831, a conservarlos en calidad de maestros comunales [78].

Reims quita a los Hermanos dos escuelas para organizar en ellas la competencia lancasteriana [79]. Con la misma finalidad, Rodez ya no suministra más que una insuficiente subvención y considera vivamente la posibilidad de una partida de los maestros reducidos a una posición insostenible [80].

En Lyon, la comisión encargada de investigar sobre la enseñanza primaria, trata de “retardatarios”, de “retrógrados”, a los religiosos del Petit-Collège, objeto de tantos elogios desde 1804. Según ellos, el establecimiento fundado en 1829 por la Sociedad rival, y que practica el sistema inglés, debe poco a poco remplazar a la “Congregación de Saint-Yon”. Pero los lioneses se jactan de moderación: “Nueve mil niños” reciben, cada año, las lecciones de los Hermanos. ¿Sería justo privarles de ellas de repente? ¿No se iría, de ese modo, hacia un “monopolio de enseñanza completamente fuera de la línea de un verdadero liberalismo?”

Ésa es igualmente la opinión del alcalde, Sr. Prunelle: “Los padres de familia tienen el derecho incontestable de elegir” los profesores de sus hijos. No corresponde a la administración, sino al público conceder la preferencia a “tal o cual método”. Se juzgará al árbol por sus frutos. Y el magistrado, mal profeta, no duda en absoluto de que, en definitiva, el método de Lancaster salga vencedor sobre la pedagogía de Juan Bautista de La Salle. “Las Escuelas Cristianas quedarán desiertas”: entonces, sin correr riesgo de ser criticada, la ciudad podrá abandonarlas a su triste destino. Mientras tanto, reduce de 49.600 a 37.000 francos la suma asignada al “jurado” que contribuye al suministro del mantenimiento de los edificios y del salario de los maestros. El vicepresidente de ese organismo se declara, en esas condiciones, incapaz de conservar todas las clases [81].

Con menores miramientos políticos, menos desdeñosa tolerancia, semejantes maneras de actuar se encuentran en Poitiers [82], en Montreuil-sur-Mer [83], en la Flèche [84], en Cherbourg [85], en Cahors [86]: supresión —total o parcial— de los recursos, lo más a menudo en beneficio de una enseñanza sospechosa para la Iglesia. El Consejo Municipal de Cherbourg obliga a los Hermanos a abandonar el edificio construido para ellos antes de 1789: la petición dirigida por el Instituto al ministro choca con una decisión de no-procede, en razón de las leyes que han declarado bienes nacionales, y luego entregado a los municipios, las propiedades de las Congregaciones.

Hacia finales de 1830, Toulouse niega el pago de las asignaciones oficiales a dos maestros de la Dalbade y de la Daurade. En 1831, cuatro de las antiguas asignaciones, en las parroquias de Saint-Étienne, Saint-Nicolas, Saint-Sernin, son borradas del presupuesto. Nueva reducción en 1833. Edificios y material escolar ofrecen un aspecto lamentable: las clases de Saint-Sernin, situadas bajo el nivel de la calle, rezuman de malsanas humedades; en la Dalbade, las mesas y los bancos se caen de puro viejos; en Saint-Cyprien, la greda reemplaza las baldosas. A pesar de ello, la municipalidad permanece sorda a toda petición de reparaciones. Deja que los Hermanos se debatan contra las dificultades, y por otra parte pretende no privarse de sus servicios, y cuenta con su bien conocida entrega, sobre su deseo de apostolado, para conservarlos al menor precio. En efecto, ellos se mantienen, estoicos, en sus pobres casas [87].

La animadversión contra la enseñanza cristiana no alcanza, como se puede constatar, el mismo tono en toda Francia. Sórdidas cuestiones de interés se mezclan a las antipatías o las privilegian bastante claramente. Se refuerzan con los prejuicios relativos a la gratuidad. Tal es el caso de la ciudad de Ruán, cuyo personal político no manifiesta en absoluto un sectarismo a ultranza. Allí, en 1830, los Lasalianos no recibían más que ocho mil francos por sus siete escuelas, de Notre-Dame, Saint-Maclou, Saint-Ouen, Saint-Vivien, Saint-Patrice, Sainte-Madelaine, Saint-Sever. Y de esa irrisoria subvención, debían reservar, el montante de los alquileres, de los gastos de calefacción, del mantenimiento del mobiliario, de la compra de las recompensas escolares.

Su director, el Hermano Calixte, puso al Consejo Municipal al corriente de la situación. Éste, después de haber reconocido que las escuelas de los Hermanos eran “buenas y útiles”, decidió —en su sesión del 30 de agosto de 1832— asignarles en adelante una anualidad de 14.000 francos. Pero exigió que los niños de las familias acomodadas o fuesen obligados a una modesta retribución, o incluso fuesen excluidos completamente, si la fortuna de los padres permitía otra educación.

Con el fin de permanecer fieles a la Regla, los maestros de Ruán propusieron primeramente, dedicarse únicamente a los indigentes. Solución muy radical: la misma hubiera impedido a los habitantes la elección entre los diversos establecimientos de enseñanza primaria. No se podía, declaró el alcalde, Sr. Barbet, ir contra esa preciosa libertad.

Por intermedio del Hermano Calixte, el Superior General continuó con las negociaciones. Ruán no había cesado, desde el tiempo del Sr. de La Salle, de causar preocupaciones al Instituto; a pesar de ello el afecto del Fundador y de sus hijos hacia la capital normanda nunca había dejado de existir. Hasta parecía crecer, en proporción a las pruebas. Y además, en Saint-Yon, “descansaban”, desde 1734, unos “restos” santos, que el Hermano Analet no desesperaba de recuperar del suelo en el que la Revolución los había enterrado. Sentía una “pena extrema” con sólo pensar en una ruptura que podría alejar por mucho tiempo a los Hermanos de esa ciudad y de esa tumba.

Se empleó, pues, toda la paciencia con la municipalidad. La Congregación no se mostraría intransigente más que sobre los principios. Aceptaría tomar, en cierto sentido, a su cargo la retribución escolar, por medio de una disminución de los sueldos calculada según el eventual producto de dicha tasa. De ese modo, todos los

niños encontrarían acogida, sin distinción de rango social, y recibirían gratis los primeros elementos de las ciencias divinas y humanas, según las prescripciones del gran Pedagogo.

Pero Barbet y su Consejo se emperraron en su animosidad. El 18 de septiembre de 1833, pusieron fin a las conversaciones decidiendo la completa supresión de todos los subsidios. Se concedían doce días a los Hermanos para abandonar los edificios municipales. La intervención del prefecto no obtuvo, en favor de los despedidos, más que un aplazamiento trimestral, obligando al Instituto al pago de los alquileres [88].

Golpe verdaderamente brutal y de singular ingratitud. No obstante, los católicos ruaneses sabrán conjurar sus consecuencias. No necesitan más que inspirarse en los ejemplos dados desde hace tres años por otros militantes, sus correligionarios. Para comprender mejor el final del episodio, abramos aquí un paréntesis necesario.

El régimen del monopolio universitario admitía la existencia de escuelas privadas. De todos modos, su apertura quedaba subordinada a la aprobación de la autoridad académica, su organización a su vigilancia, sus programas y sus métodos a los reglamentos oficiales [89]. En ese estrecho marco, la libertad conservaba pocas oportunidades de desarrollo; sofocada por el Imperio, carecía de impulso, de fuerzas, desde 1815 a 1830. Las proclamaciones de Julio la despiertan; Lamennais, Lacordaire y Montalembert la mantienen alerta. Intenta sus primeros pasos, envalentonada por los acontecimientos, empujada por nuevas esperanzas. Y Gizot va a ofrecerle, en 1833, aunque no la más amplia carrera, al menos, algunos caminos prácticos, seguros.

En este terreno se ubican los maestros que se desprenden de los lazos universitarios. Los Hermanos, a la cabeza, se preparan a dar el paso, plantan sus hitos, se abastecen para la marcha, allí donde los enemigos les disputan, les privan de sus antiguas ciudadelas. Parecería que asistimos a una operación de repliegue: la verdad es que se trata de un avance. Mientras que, en las clases municipales, el grueso de las tropas se mantiene en las líneas restauradas desde 1804, como sólida infantería, principal cuerpo de batalla de la enseñanza primaria, otras formaciones, en adelante, dependientes únicamente de sus jefes religiosos, se equipan con miras a actividades inéditas, se ponen en movimiento intrépidamente hacia las llanuras donde triunfará la libertad.

Las armas y la soldada que les niega el tesoro público, lo obtendrán de las fortunas privadas, de los sacrificios de mil bolsas modestas. En Chalon-sur-Saône, el Padre Bourdon reúne tres mil francos y detiene la debacle que los defensores del anticlericalismo daban por supuesta [90]. En la Flèche [91], en Poitiers [92], abundantes colectas suplen de igual modo a la deficiencia del presupuesto municipal. El cura de Saint-Louis, en Versailles, encuentra la colaboración de un rico bienhechor para volver a instalar a los Hermanos [93].

Las personalidades católicas de Lille se entienden con los deanes de las parroquias para iniciar una suscripción. Y las clases recomienzan, con mayor seguimiento, con más popularidad que nunca, bajo la guía del Hermano Adrien, que durante veinte años, desempeñará un papel de primera importancia en el capital de la Flandes francesa [94].

El 11 de septiembre de 1832, la siguiente carta del Hermano director Andoche llega al alcalde de Reims: “Me comunica usted la resolución [tomada por el Consejo] de reducir a siete en lugar de quince” el número de religiosos educadores que la ciudad tenía a su cargo, y a la mitad nuestra asignación global. “Lamentamos infinitamente que todos nuestros esfuerzos... no hayan podido inspirarles la confianza con la que los magistrados, sus predecesores honraban al Instituto”. De todos modos, la voluntad de la Oficina de beneficencia salva la escuela de la calle de los Telliers. Luego, se organiza una Comisión Libre, bajo el nombre de “Asociación Caritativa de las Escuelas de Reims”. Alquila dos edificios, gasta en cuatro años más de treinta mil francos: funcionan nuevas clases, para gran satisfacción de los padres de familia. La población se manifiesta, en su mayoría, a favor de la enseñanza lasaliana, contra el sistema mutuo. Plebiscito impresionante: la ciudad natal del Fundador, finalmente, se muestra justa y agradecida. Los hombres de partido que pretendían manejarla se ven, en definitiva, desaprobados por la opinión general: “Existen —se dice en Reims— dos municipalidades”: la oficial, compuesta por algunos burgueses “del censo”, y “la de los Hermanos”, la Comisión Libre, que es apoyada por el conjunto de los habitantes [95].

Y volvemos de nuevo a las escuelas de Ruán. Allí va a producirse análogo resultado. Tan pronto se conoció la decisión del alcalde, el cardenal-arzobispo, príncipe de Croÿ, convoca a sus curas; el Padre Fayet, su vicario general, desarrolla un plan de campaña: hay que movilizar el dinero, los hombres, acondicionar establecimientos. Un “comité de suscripción”, compuesto por sacerdotes y laicos, a razón de tres miembros en cada parroquia, mantendrá en la capital normanda la obra casi dos veces secular de los Bimorel, de Adrien Nyel, de Juan Bautista de La Salle. Todas las escuelas cristianas son conservadas; siguen siendo absolutamente gratuitas y abiertas a los hijos de los pobres y de las personas acomodadas, de los obreros y de los patronos, sin mezquina investigación sobre los ingresos familiares, en la igualdad del Evangelio. A la “retribución escolar”, causa de exclusivismo, fuente de protestas y de envidias, se le opone, según el espíritu de los discípulos de Nuestro Señor, la puesta en común de los bienes temporales, la ayuda mutua tanto de las ofertas generosas, como de los humildes donativos [96].

Y lo mismo sucede por toda Francia. El 2 de mayo de 1831, los Superiores del Instituto comunicaban a los despachos ministeriales una lista de las casas ya alcanzadas por las decisiones de los Consejos Municipales, o en vísperas de serlo: trece ciudades o pueblos grandes ya habían retirado completamente sus subvenciones; Autun, Dijon, Douai, Mirepoix, Valenciennes [97] se inscribían en ese penoso cuadro. Reducción de los aportes se realizaban en otras veintiuna ciudades: entre las cuales, Angers, Auch, Bourges, Caen, Limoges, Le Mans, Tours y Toulon [98]. Esas medidas hostiles se extenderán nuevamente los años siguientes: en una recapitulación de 1837, el Hermano Anaclet constatará un total de setenta y dos establecimientos víctimas de la Revolución de Julio. Pero añade que cincuenta de ellos se mantuvieron o se restablecieron gracias a las suscripciones de las familias y de los bienhechores. Otros doce fueron reintegrados entre las escuelas públicas, como consecuencia de las mejores disposiciones manifestadas por los municipios. Y de esa forma, tan sólo diez, hasta nueva orden, desaparecieron [99]. Hacia el final del reino de Louis-Philippe, Ambroise Rendu contará ciento catorce “escuelas privadas” en manos de los Hermanos que pertenecen a la Congregación Lasaliana [100]. La Iglesia y el pueblo fiel hicieron fracasar las amenazas de los perseguidores,

y, con el impulso adquirido, llevaron la conquista mucho más allá del punto de partida.

* * *

Recordemos ahora que al apoyo, cada vez más decisivo, de la opinión, se suma, además, la creciente liberalidad de los gobernantes más sensatos. En las altas esferas —incluso entre varios miembros de la Universidad— hay que reconocer, a partir de 1830, un estado de ánimo diferente del de los funcionarios de segundo rango y de los políticos provinciales. Al margen de la virulenta carta del prefecto de la Loire, denunciando “al partido clerical” y a “las congregaciones jesuíticas”, se puede leer el siguiente esquema de respuesta [101]: “Los estatutos de los Hermanos, aunque les recomiendan particularmente los niños pobres, no les prohíben en absoluto admitir los hijos de los padres ricos. El principio de libertad, asentado por la Constitución y por la naturaleza misma, permite con mucha menos razón aún impedir que los padres de familias acomodadas envíen a sus hijos a aquella escuela que juzguen apropiada [102]. De ese modo el sectarismo recibía una merecida lección.

Posteriormente, el ministerio de Instrucción Pública intervino ante la municipalidad de Saint-Omer para hacerle suavizar su ofensiva contra la comunidad lasaliana: “Era mejor no crear nuevos medios de enseñanza a costa de las escuelas que ya existían y prestaban verdaderos servicios”. Los consejeros de Saint-Omer no renunciaron a organizar clases a la Lancaster; pero debieron dejar a los Hermanos en posesión del edificio de Sainte-Marguerite [103].

Ya hemos señalado la actuación del prefecto de la Seine-Inférieure con miras a retrasar la destitución de los Hermanos de Ruán. Su intervención parece entonces completamente extraoficial. Menos reserva se impone cuando el alcalde pretende cobrar la retribución escolar en las clases anexas a la casa llamada de Saint-Lô. Allí, los alumnos reciben lecciones, algunos días, de los alumnos-maestros de la escuela normal: como tal, el conjunto del establecimiento depende no de la municipalidad sino de la administración departamental. Por esa razón, el Hermano Calixte, amenazado de embargo mobiliario, apela al barón Dupont-Delporte [104]. Los derechos del departamento y de la libertad de los profesores de las congregaciones se encuentran, en definitiva, salvaguardados.

El ministro Guizot se interesa personalmente por las escuelas de Ruán. Les concede una ayuda pecuniaria después de su transformación en escuelas privadas. Se preocupa por guiar a la ciudad hacia un entendimiento con el Instituto. No valió la pena: pasarán años antes de que los Hermanos vuelvan a ser allí maestros empleados en la instrucción pública. [105]

En otras partes, también se manifiestan significativos apoyos: el inspector general Matter, al visitar las clases de Toulouse, se declara encantado de su asistencia, y de su excelente conducción; obtiene en las altas instancias una subvención, ciertamente modesta, pero reconfortante, para esos maestros que el arzobispo y su clero deben mantener en sus horas de angustia [106].

Los mismos municipios no siempre manifiestan los prejuicios que hemos señalado. En Lisieux, el alcalde Leroy-Beaulieu protege abiertamente la casa de los Hermanos;

allí lo encontramos, el 31 de agosto de 1832, presidiendo la distribución de premios, a los acordes de la música de la guardia nacional. Cuando dos años más tarde, un consejero municipal reclama una disminución de la asignación de los Lasalianos, todos sus colegas rechazan tan odiosa demanda [107]. Y veremos la gratuidad de la enseñanza cristiana justificada y mantenida en esa asamblea.

Las escuelas de Dieppe prosperan bajo la dirección del Hermano Vivien. El alcalde, Binet, desea, para sus administrados, que el Superior General prolongue los servicios del vigoroso anciano: “Aunque con 78 años de edad, le escribe al Hermano Anaclet, [está] aún muy animoso, desempeña perfectamente su función y ha sabido ganarse la estima y la confianza” de la población [108].

Orleáns, donde el prefecto buscaba dar impulso a la enseñanza lancasteriana, no parece dispuesta a secundar ese celo. Faltan fondos, objetaba uno de los funcionarios de la administración departamental, para distribuir las ayudas a los alumnos de la escuela mutua [109]. En ese mismo momento, la municipalidad está pensando instalar sobre el terreno de las antiguas “escuelas superiores” de la Universidad de Orleáns a los Hermanos que viven demasiado apretados en su vivienda del callejón Sainte-Colombe que Mons. Bernier había acondicionado para ellos en 1805. El nuevo establecimiento se construyó, con la colaboración del obispo Brumault de Beauregard [110]. Entendimiento característico, cuando el gobierno de Julio produce en otros lugares las inquietudes de los católicos. Con respecto a los buenos maestros, la unión de las almas parece realizarse: una eminente personalidad de la diócesis, el Padre Mérault —que, antaño, suscitaba contra ellos algunas críticas [111]— se dispone a dejarles en herencia “su capilla”, crucifijo, cáliz, misal, ornamentos y ropa de altar, como testimonio de su afecto [112]. El Consejo comunal se niega, por dos veces, a reducir sus salarios; estima superfluo crear, a sus expensas, nuevas clases a la Lancaster, visto que las que funcionan presentan un número de alumnos muy inferior a su capacidad [113].

A medida que van pasando los años, el favor público vuelve cada vez con mayor claridad hacia los discípulos del Sr. de La Salle. Las donaciones se unen a los aportes de las ciudades, a las subvenciones ministeriales, para ampliar el campo de la cultura cristiana. Las mismas señalaban como beneficiarios unas veces a las administraciones parroquiales, otras a las ciudades. El gobierno se inclinó primeramente a reconocer el derecho de las administraciones parroquiales en materia de fundación de escuelas. Luego el Consejo de Estado, que tendía hacia una jurisprudencia contraria, exigió la aceptación simultánea de las donaciones o herencias, a nombre del municipio y de la administración parroquial [114]. Este sistema restringía, indudablemente, la libertad de los bienhechores; supondrá en un futuro lejano, consecuencias funestas para el mantenimiento de los educadores religiosos. En general permanecen desconocidas bajo el régimen de 1830.

En Pontarlier podemos ver al abogado Renault completar el generoso gesto de su tío [115]: será necesario que la ciudad abra, en un plazo de cuatro años, un establecimiento dirigido por los Hermanos. El P. Courtois, párroco de Saint-Bénigne, se asocia al bienhechor y a la municipalidad con el fin de realizar el proyecto en el tiempo apropiado. Hace intervenir ante Guizot al ilustre filósofo Théodore Jouffroy, diputado de su circunscripción. Gracias al concierto de todas esas buenas voluntades, las clases comenzarán, en el convento de la Anunciación, el 1º de octubre de 1834 [116].

Nantes asiste, algunos meses antes —y bajo los auspicios de su obispo, Mons. de Hercé— a la inauguración de la escuela Notre-Dame [117]. En el Sur de Francia languedociano, a pesar de las conmociones políticas, de las ásperas controversias, se da una verdadera floración. En diversas poblaciones, el pueblo expresaba, en contra de efímeras tiranías, su adhesión a los miembros de las Congregaciones. “¡Vivan los Hermanos!” gritaba la gente de Revel, en Haute Garonne; y prendían antorchas de alegría para celebrar como una gran victoria la conservación de los maestros preferidos entre todos. Verdadero tumulto en Mirepoix, cuando el alcalde Vigarosy expulsa a la comunidad; los manifestantes reclaman a los Hermanos “o la cabeza” de su adversario. La calma volverá en 1834: el mismo Vigarosy reubicará a los expulsados en su antigua casa y les devolverá sus prerrogativas de maestros públicos [118].

Así hierve la sangre de la raza. Los alumnos de las escuelas cristianas forman un contingente numeroso, ardiente, activo, en ese amplio “distrito” de Toulouse al cual el Hermano Bernardin había dado el impulso, comunicado su fuego. Los sucesores de ese enérgico jefe congregan en torno suyo las simpatías, incluso las admiraciones. El párroco de la Daurade, P. de Gounon, que los observa en su trabajo, pone a disposición de la ciudad un edificio para uso de la escuela. Los Hermanos toman posesión de él en los últimos días de 1830 [119]. Una herencia del barón de Marcorelle recibe su ejecución en Fronton, a pesar de las reticencias de un Consejo Municipal inicialmente hostil a los “Ignorantillos”. El establecimiento se consolida pronto gracias al cuidado del pastor del lugar, el Padre Vigouroux [120].

El departamento del Tarn, como también el de la Haute-Garonne, continúa dando al Instituto toda su confianza. En su capital, los Hermanos, instalados desde 1818 cerca de la catedral Sainte-Cécile, acrecientan muy regularmente el número de sus pupilos, el valor de los resultados obtenidos. Un quinto maestro se suma a la comunidad en 1830; se necesitará un sexto en 1835 [121].

Lavaur no admite cambios, después de la revolución de París, en sus escuelas primarias: los Lasalianos continúan encargados de la dirección de los jóvenes del lugar [122]. Y la otra ciudad de las orillas del Agout, Castres, siempre acogedora para los discípulos de su querido Pierre Blanc [123], no duda, sean cuales sean las dificultades de la época y las opiniones particulares de los dirigentes, en animar en todas las formas una enseñanza cuyo método aprecia. Marc-François Alby, su alcalde desde el 30 de agosto de 1830, pertenece a la religión protestante: no obstante, es él quien aplaudiendo la “feliz” iniciativa de sus predecesores, logra que el municipio se decida a mantener los cursos de geometría y de dibujo organizados por los Hermanos, a completar la subvención anual de 5.200 francos con un aporte asignado a los dos profesores especiales. El capellán de la escuela cristiana recibe también un aumento de los subsidios [124].

Marc Alby, puede con toda razón dar testimonio de su “solicitud personal” con respecto a una fundación que rinde señalados servicios. La presencia de 580 niños obliga a considerar la ampliación del local: y los trabajos se emprenderán, con el consentimiento y la ayuda pecuniaria del ministro de la Instrucción Pública [125].

Si el Aveyron, con Rodez, muestra aún mucha frialdad a los religiosos a los que no se quisiera conservar más que “momentáneamente” en la sucursal necesaria para los alumnos de Rodez, la Corrèze reserva una excelente acogida a los tres

Lasalianos que Brive debe al antiguo obispo de la diócesis, Mons. de Sagey. Éste, dimisionario en 1827, y convertido en canónigo de la basílica de Saint-Denis, ha prometido 15.000 francos de su muy modesta fortuna para dotar con una escuela bien llevada a la ciudad en la que, antiguamente las circunstancias le llevaron a residir. Él mismo se ha encargado de defender la causa de sus queridos feligreses de Brive ante el Superior de la Congregación. El ministro del Interior, la familia real —en los últimos meses de Carlos X— le han asegurado su colaboración. Sobreviene el golpe; los Borbones, enviados al exilio, no olvidan un deber de caridad: la duquesa de Angoulême y el duque de Burdeos envían a Mons. de Sagey el óbolo esperado. ¿Lo conoció Brive enseguida? De todos modos, no siente falsa vergüenza. Su municipalidad compra la “casa Calvignac”, donde, el 15 de diciembre de 1830, entroniza a los nuevos maestros y a sus 200 alumnos [126].

La excelente categoría de varios miembros de la Congregación facilita las relaciones con los poderes públicos, acaba imponiéndose a los recalcitrantes. Así sucede en Bayonne, en los tiempos del Hermano Jurson. Es un valiente y hombre de autoridad; durante los días sombríos, sostiene la esperanza de sus colaboradores: “Luchemos, les dice, a ejemplo de Matatías y de Judas Macabeo; probemos a Dios nuestra fidelidad en la prueba”. Es un poderoso pedagogo: a sus antiguos discípulos les gusta representarlo sobre su “cátedra monumental”, con los ojos bajos, la cabeza recta e inmóvil; “un profundo silencio planea sobre el auditorio”; el maestro enseña: cien jóvenes Bearneses “se sienten bajo su encanto magnético”. A los mejores los alista en su congregación de la Santísima Virgen, y a un buen número de ellos los encamina hacia el sacerdocio o hacia los noviciados del Instituto. Algunos jóvenes, padres de familia siguen sus cursos de formación religiosa. Hasta seminaristas mayores vienen, por orden de su Superior, a escuchar a ese profesor maravilloso. Semejante notoriedad supera los círculos habituales; ya no se cuestiona más a los Hermanos que pueden mostrar personas de tanta valía. En adelante, en vez de ser sospechosos, son reclamados: y el alcalde, israelita, de Saint-Esprit, en las afueras de Bayonne, ruega al Hermano Jurson que organice dos clases para los niños de su comuna [127].

He ahí, pare el conjunto del territorio francés, algunos sondeos concluyentes. Hábiles y prudentes pilotos han evitado los arrecifes, sorteado los cabos peligrosos. Hay que dar razón a los optimistas: al aceptar los hechos consumados, el Instituto preservó su porvenir. Respetuoso de las potencias derribadas, y sin renegar, sin ingratitud, demuestra que su actuación educativa seguirá siendo independiente de la política. No pretende más que servir a la Iglesia, al pueblo, a las almas juveniles y — como consecuencia— al Estado que garantiza el orden, que mantiene la justicia, propaga la enseñanza, se niega a perseguir a los creyentes. El rey y sus ministros, finalmente, comprenden; y poco a poco, esas nociones se extienden a toda la sociedad civil, ya de por sí inquieta en las horas de revuelta, ante los presagios de la anarquía. Por motivos de seguridad individual, una gran parte de la burguesía indiferente a la fe o incluso resueltamente volteriana pone una sordina a sus burlas con respecto a los “ignorantillos”. Por su parte la opinión católica, se considera feliz de contar con esos abnegados auxiliares para frenar la corriente antirreligiosa. Se expresa con mayor facilidad, con mayor atrevimiento, que bajo la Restauración. Si algunas mezquinas vejaciones persisten aquí y allá, si los prejuicios no ceden sino con gran dificultad, la libertad despunta en el horizonte: al precio de bastante grandes esfuerzos, se caminará hacia ella con paciencia, con confianza.

* * *

Fuera de la Francia continental, sobre terrenos donde el gobierno de Julio se encuentra menos preocupado por sus orígenes, las tradiciones de la antigua monarquía siguen subsistiendo en lo que se refiere al papel evangelizador, civilizador, nacional, de la Iglesia y de sus milicias monásticas. La colaboración de los Hermanos de las Escuelas Cristianas sigue siendo deseada, más allá de los mares.

A partir de 1816, la isla Borbón, a partir de 1823, la Guyana se han ofrecido a su apostolado. El establecimiento de Cayena parece aún firme en 1831. Mediante una carta del 6 de mayo, el almirante de Rigny, ministro de la Marina, suministra el siguiente esbozo al Superior General: “Tres clases reciben a los niños de raza blanca, en número de 44, a los niños “de color”, cuyo total alcanza los 78; según los principios “coloniales”, existe un tabique estanco entre los dos grupos. El gobernador solicita el envío de un cuarto maestro, si no se quiere juntar a los negros y mestizos en los mismos bancos, y —además— la autorización para organizar una enseñanza profesional” [128].

La iniciativa de ese proyecto parte del Hermano director Carloman. Nos da idea del favor con que cuenta ese hombre ante las autoridades. Sus Superiores le conceden en consecuencia amplio crédito: ya escuchamos con que tono le hablaba el Hermano Philippe en su carta del 29 de enero [129]. Siete meses más tarde, el Hermano Éloi le anuncia el posible embarque de un nuevo auxiliar, le felicita por vivir bajo el gobierno del respetable Sr. Jubelin”, y le desea que conserve a ese jefe con el cual el Instituto mantiene buenas relaciones.

No obstante, los silencios del Hermano Carloman sorprenden a la Casa Madre. Se teme, en el arrabal Saint-Martin, que ese trabajo manual, esa “escuela de oficios” cuyo programa se perfila en Guyana, “no perjudique a la vida religiosa” [130]. Una segunda misiva, más severa, más inquieta, sigue casi inmediatamente: el director de Cayena se ocuparía de caza, de pesca, se dedicaría a distracciones incompatibles con la Regla [131].

De hecho, la independenciamiento lo ha embriagado; ha experimentado en exceso las facilidades, las perezas de los países cálidos. Deslizándose por la pendiente, olvida su austera vocación; ¡lastimosamente, hasta dar un escándalo público! Y ya, el gobernador a ha debido tomar contra ese desdichado la más grave de las sanciones: una orden gubernativa del 21 de julio de 1831 ha suspendido de sus funciones y prescrito la devolución a Francia “del señor Jean Beraud, llamado Hermano Carloman”.

Verdadero desastre: la escuela cristiana queda “cerrada hasta nueva orden”. Sin duda, la censura no alcanza a los auxiliares del religioso indigno y el Sr. Jubelin les hará justicia. Pero no pueden ellos solos asumir la carga del establecimiento; además, el sobresalto causado por el comportamiento de Jean Beraud les crea una situación dolorosa. El gobernador decide que “los señores Pierre-Louis Houille, llamado Hermano Démètre, y Louis Leprieur, llamado Hermano Louis, continuarán recibiendo su paga durante el tiempo que permanezcan en la colonia”; y (puesto que la administración guarda las llaves de la casa comunitaria) se les proporcionará un local, o en su ausencia, una indemnización de alojamiento a los dos aislados [132].

Será mejor que regresen al centro de su Congregación. Cuando se está preparando su partida, el prefecto apostólico, P. Guillier, explica los motivos al Superior General: “Algún tiempo antes de la catástrofe del Hermano Carloman” una cierta agitación se adueñaba de los ánimos; el Consejo de la Colonia, compuesto por ciudadanos franceses, reclamaba la escuela mutua, en lugar y en vez de la enseñanza lasaliana. El Sr. Jubelin, con buen sentido, se negaba a dar cumplimiento a ese capricho. Ahora, ha quedado “completamente desarmado”. El alejamiento provisional de todos los Hermanos se ha vuelto una necesidad.

El principal pastor de la Guyana hubiera deseado intervenir en el momento oportuno: su influencia, su vigilancia chocaba con impedimentos que no precisa, pero que se adivinan. De todos modos quiere dar su testimonio en favor de los Hermanos Démètre y Louis: “bien dirigidos son dos elementos preciosos para el Instituto” [133].

Ambos se retiraban pues con la conciencia tranquila. Las faltas del ex director eran tan sólo personales; la imparcialidad impedía salpicar con esa vergüenza a sus inferiores y a sus jefes. Así lo juzga el ministro de la Marina: no es en definitiva, más que el intérprete de los guayaneses, vueltos nuevamente a una equitativa apreciación de los métodos lasalianos y del valor moral de los Hermanos.

El 6 de abril de 1832, escribe al Hermano Anaclet: “Según el voto emitido por el Consejo Privado [de Cayena], he decidido que la instrucción primaria de la colonia continuaría siendo confiada” a su Instituto. Se solicitan tres maestros, capaces de garantizar, allí, una enseñanza semejante a la que reciben los niños de Francia en los bancos de las escuelas cristianas” [134].

El Superior usa una respuesta dilatoria. Alega la falta de sujetos, los vacíos causados en la Congregación por numerosas muertes, por las deserciones que siguieron a los acontecimientos de 1830 [135]. Denegación bien comprensible: esa Guyana, temible para los cuerpos y para las almas, ¿no merece su mala fama? Aventurar allí un nuevo grupo de religiosos, ¿no sería cargarse con una responsabilidad particularmente pesada? La fundadora de las Hermanas de San José de Cluny, Madre Anne-Marie Javouhey, que despliega allí su energía viril desde hace varios años, se enfrentará a las recriminaciones de los dueños de las plantaciones, a las contrariedades administrativas, a los prejuicios del mismo vicario apostólico; allí edificará una obra admirable, pero que no durará tal como su genio la soñaba [136].

El P. Guillier, no obstante, conserva hacia los Hermanos las disposiciones más favorables. Se da, por su parte, una real insistencia para lograr el consentimiento del Superior General. Necesita ayudas en el trabajo de la predicación, de reorganización del culto, que continuará desde 1818 hasta 1847 [137]. Y no parece querer otros que no sean los maestros formados en las disciplinas del Sr. de La Salle. Según él, “su establecimiento”, es el único que conviene a la colonia, “sobre todo después de que una multitud de liberación de esclavos” entrega a los negros “a la inactividad”. Los hijos de los antiguos esclavos reclaman la ayuda de un cristianismo práctico, diario, adaptado a sus almas rudimentarias. Los enviados que elija el Hermano Anaclet no deben dudar de que serán acogidos cordialmente: de “la tormenta” de 1831 ya no queda ni rastro [138].

Los Hermanos, por su parte, no la han olvidado. Las inquietudes que la Guyana suscitaba en el corazón del Hermano Gerbaud [139] se han visto cruelmente justificadas. Las paternales recomendaciones del Hermano Guillaume a sus religiosos al embarcarse en el bergantín *L'Adèle* [140], resultaron vanas. Tras esa experiencia, ¿no conviene renunciar? Otras regiones, en el amplio mundo, se prestarán, de manera más fructuosa y más amplia, a la misión de los educadores. ¡Que quede campo libre, en la ingrata colonia, para la Madre Javouhey! El P. Guillier, podrá pensar lo que le plazca de tal resolución. Por lo demás, se dedica diligentemente a liquidar sobre la marcha los intereses materiales de la Sociedad Lasaliana; se ocupa de los dos antiguos sirvientes de los Hermanos, los negros Auguste y Jean-Pierre [141].

La isla Borbón consuela al Superior General de las tristezas llegada de América. Es nuevamente el gobierno de Louis-Philippe el que solicita aquí su leal apoyo. Tres Hermanos son puestos a disposición del ministro de la Marina, el 9 de marzo de 1833: se llaman, en religión, Jean-de-Matha, Scubilion y Vétérins [142]. El primero, natural de Nantes, entraba en 1817 al noviciado de Vannes: empleado primeramente en Bretagne, en Auray y en Hennebot, desde hacía tiempo sentía la atracción de los apostolados lejanos; se ofrecía en 1822, a sus jefes, para Guyana. El Hermano Anaclet pensaba, diez años después, enviarlo allá, cuando la caída del Hermano Carleman quebró todas las esperanzas. Pero la vocación misionera de Agustin Béranger no sufrirá más que un ligero retraso: va a desarrollarse espléndidamente en suelo africano, por más de un tercio de siglo [143].

El Hermano Jean-de-Matha dirigía la escuela de Montereau, en el momento en que le llegaba la nueva obediencia. Los que se le asignan por compañeros no le ceden en virtud, en valor, aunque no posean sus talentos de organizador. El Hermano Vétérins no realizará más que una breve carrera: apenas entrado en el Instituto, solicitaba un puesto en ultramar. La carta que escucha su petición lo encuentra en Burdeos. Parte con entusiasmo, sin ánimo de retorno. Se agotará en un trabajo casi sobrehumano. Obligado a volver a embarcarse, luego devuelto a Borbón por los vientos que cambiaron el rumbo del barco, el enfermo no quiere tener en cuenta su debilidad y comienza a enseñar de nuevo. Su pecho es alcanzado: el Hermano Vétérins no volverá a curarse. Desplegará sus últimos esfuerzos en Francia, en Saint-Louis de Versailles, en Ornans. Y se consumirá el 14 de enero de 1838, en Lyon, con tan sólo 36 años [144].

Un papel de muy distinta amplitud está reservado para el Hermano Scubilion. No en el orden de las grandezas terrestres: estamos en presencia de uno de los más modestos discípulos del Sr. de La Salle. Origen muy humilde, ciencia escasa, empleos secundarios. Una entrega sin límites, un trabajo infatigable e ingenioso de evangelización, una piedad vivísima, una extraordinaria austeridad de conducta elevarán al hombre hasta la santidad resplandeciente.

Jean-Bernard Rousseau, nacido el 22 de marzo de 1797 en el pueblo de Annay-la-Côte, cerca de Avallon, es hijo de un cantero. Su formación intelectual se reduce a algunas lecturas. En cambio, su alma recibe, en el hogar familiar, selectas lecciones, ejemplos edificantes, y se abre a la influencia de dos sacerdotes, el Padre Petitier de Chaumail y el Padre Darcy. Éste dirige al joven campesino hacia el Instituto de los Hermanos. Jean-Bernard aplicaba ya su pequeño saber para instruir a sus compañeros, en calidad de maestro de escuela de Tharoiseau, donde vivían sus

padres, en las cercanías de Vézelay, la ciudad monástica. Estará a punto de cumplir sus veintiséis años, cuando llama a la puerta del noviciado de París. Toma el hábito religioso el 25 de diciembre de 1822 y se le impone el nombre de un monje de Poitou del siglo VI, compañero de san Paterne; las sílabas suenan un tanto extrañas a los oídos modernos: ¡qué importa! El Hermano Scubilion sabrá hacerlas nuevamente populares y venerables.

Al salir de la Casa del Santísimo Niño Jesús, será miembro de la comunidad de Alençon; en tareas muy subalternas, lo sobrenatural se desprende de sus actos. Regresa posteriormente a la enseñanza, tanto en Poitiers como en su primera residencia de Normandía. Finalmente será de Chinon de donde partirá en 1833, para la isla Borbón [145].

Los tres misioneros se embarcan, el 22 de abril, en el barco *Le Commerce*. Lenta travesía de ochenta y cuatro días, por el cabo de Buena Esperanza. Desembarco el 14 de julio, en Saint-Denis. Sus cohermanos, los acogen en el antiguo edificio de la Compañía de Indias. Conscientes de las tristes experiencias de los inicios, se libraron de la dispersión [146]. Pero la llegada de refuerzos permite ceder a las insistencias de los municipios, de los colonos y de los sacerdotes. Mientras que el Hermano Jean-de-Matha permanece en la capital, el primer año, en calidad de subdirector, el Padre Brady, párroco de Saint-Paul, acoge en su casa presbiteral al Hermano Vétérins, con otro maestro, el Hermano Valérien. En Saint-Benoît, el Hermano Scubilion, en compañía del Hermano Zébin-de-Marie, recibe la hospitalidad de un notable, el Sr. Champierre de Villeneuve. En todas partes se están disponiendo locales definitivos. Los jóvenes criollos acuden en masa: 250 en Saint-Denis, 125 en Saint-Paul, 125, igualmente, en Saint-Benoît.

Se muestran inteligentes y afectuosos; su ignorancia, su vivacidad, su indiferencia, sus súbitas cóleras ponen a prueba, a veces, la paciencia de los maestros. El Hermano Scubilion prodiga a sus alumnos los dones de su corazón: demuestra ser, decididamente, un pedagogo en toda la acepción del término. Conquista a los niños porque los ama y —como declaraba uno de ellos— porque los “respeta”. *Maxima debetur pueris reverentia*: no necesita conocer la fórmula del poeta latino para aplicarla. El Evangelio le basta: su delicadeza innata, su mansedumbre ejercen una acción benéfica; el ascendiente de su brillante valor moral se impone a la tropa turbulenta. Su saber, por más que siga siendo elemental, responde exactamente a las obligaciones de su tarea. Y, en sus lecciones de catecismo, en las “reflexiones” religiosas, que preceden y dan brillo a su enseñanza, muestra un ardor, una claridad, una sabiduría, una precisión sorprendentes, en una palabra el arte incomparable, incommunicable, de los santos. Pronto la población servil, los negros despreciados, demasiado a menudo tratados como bestias de carga, abandonados a sus instintos y a sus vicios, aprovecharán de esa maravillosa “habilidad” espiritual.

Allí se delinea el futuro del Hermano Scubilion. Saint-Benoît conservará al buen maestro hasta 1836, antes de cederlo a Saint-Paul. En esa otra ciudad, sufre su compañero, el Hermano Vétérins. Se encuentra solo en la casa comunitaria, desde el 22 de mayo de 1834. Ese día, “jueves después de Pentecostés” —escribe el Hermano Sébastien, director general de Borbón, al Hermano Procurador Nicolas— “el carísimo y santo Hermano Valérien entregó su alma a Dios” [147]. No obstante, la escuela continúa: el Hermano Vétérins se entrega a ella por completo, y en ella se agota. Para mantener su centenar de niños, no puede contar más que con la ayuda

de un alumno mayor y los servicios de un hombre de color. Se detiene totalmente exhausto. El Hermano Jean-de-Matha lo reemplaza, cuando definitivamente vencido, el enfermo abandona la isla. Pero, desde entonces, el Hermano Sébastien deberá multiplicarse, con el fin de aliviar un poco la aplastante tarea de sus auxiliares. Lo vemos confiar, durante seis meses, su clase de Saint-Denis a un ex capitán de la marina mercante, Sr. Bourges, y correr de Saint-Benoit a Saint-Paul.

Sin exageración, puede comunicar, el 5 de septiembre de 1834, a la Casa Madre, que el año escolar ha sido “extremadamente” duro. “Pero, gracias a Dios y al gobierno de Borbón, añade, todo ha superado nuestras expectativas”. Los maestros, matándose a trabajar, han logrado “satisfacer los deseos de la autoridad”. El gobernador, en su reciente gira, ha visitado el establecimiento de Saint-Paul, presidido, en Saint-Benoît, la distribución de los premios. En Saint-Denis, “pronunció un discurso tan elocuente como político”, alabando grandemente las tres escuelas, hablando “del bien realizado por los Hermanos”.

Éstos, evidentemente, subirán en la tarea, si otros no se unen a ellos. Los “barrios” de la isla esperan un nuevo equipo, los “consejeros coloniales” lo reclaman. “Tan pronto como desembarquen”, los maestros lasalianos “recibirán su paga” [148].

No llegan hasta el 23 de junio de 1835, en número de seis: Hermanos Révérien, Magin, Ursice, Louis-Marie-de-Jésus, Aurèle y —devuelto a su vocación misionera— el Hermano Démètre, el ex guayanés [149]. Toda la comunidad de Borbón es colocada, en julio, a las órdenes del Hermano Jean-de-Matha, que sucede al Hermano Sébastien. El precursor desaparece ante el hombre elegido por la Providencia para extender la doctrina cristiana en las regiones occidentales del Océano Índico: jefe de amplias iniciativas, administrador enérgico, apóstol infatigable. Una de sus primeras actuaciones será establecer un noviciado donde se reclutarán los educadores de la colonia [150]. Un trabajo de rectificación moral, de paciente catequización, de esfuerzos incesantes con vistas a mejorar la situación material de los esclavos, una influencia que se ejerce sobre los criollos y sobre sus servidores, por medio de ejemplos y consejos, preparan la emancipación de los negros. El grano enterrado en el suelo tropical en 1817 y que, después de haber estado a punto de desaparecer y, tras diecisiete años, no daba aún más que un muy frágil tallo, se multiplicará en los surcos. Ya está creciendo al sol la esperanza de las cosechas: los obreros comienzan sus jornadas más largas, las más felices. Su conductor, hasta su muerte, cosechará el trigo a manos llenas.

* * *

Aquí tenemos, empapados en la amargura de las angustias religiosas y de las miserias humanas, los gozos, los éxitos del Instituto en su país de origen y en sus primeras conquistas apostólicas. Dentro de las fronteras del reino de Francia, la Revolución, por algún tiempo, lo amenazó, lo aterrorizó, luego —al detenerse su embate ante los diques de ocasión apresuradamente construidos— se libró casi por milagro. Por esas mismas fechas, otro movimiento popular, muy diferente en sus causas y en sus efectos, va a devolverlo a Bélgica.

La revolución de Bruselas, que explota en una noche de agosto de 1830, se confunde, en apariencia, con la de París, y agita de modo semejante a la opinión europea, por razón de sus coincidencias históricas, de las simpatías de raza y de

lengua, manifestadas por los triunfadores. Es cierto que de ambos lados, se celebra una liberación, se derroca una dinastía, se busca rellenar una brecha en el edificio político e internacional de 1814-1815.

Pero, con respecto a la fe cristiana, al papel desempeñado por la Iglesia en la nación, el ejemplo lamentable de Francia no actuó para nada en Bélgica. Los acontecimientos revelan estados de ánimo diametralmente opuestos. Existen, aquí y allá, algunos “liberales” que desconfían del clero o incluso se muestran desinteresados de las creencias tradicionales. En relatos anteriores, narramos la obra de algunos ministros, de ciertos funcionarios de los Países Bajos: varios, nacidos en las “provincias del sur”, y de cepa católica, se mostraron partidarios de la supremacía civil ante los “clericales” y ayudaron a Guillermo I en sus contiendas contra los obispos, los seminarios, contra los discípulos de san Juan Bautista de La Salle [151].

Sin embargo, el rey holandés acabó por perder la inmensa mayoría de sus súbditos belgas. Hierde su dignidad con sus preferencias exclusivas, su amor por la independencia con su despotismo molesto. Demuestra ser incapaz de comprenderlos, de realizar la fusión entre Bruselas y La Haya. En cambio, la unión se realiza en el país oprimido. Católicos y liberales concluyen un pacto y juntos demandan la “corrección de los abusos”.

El príncipe se obstina en sus obsesiones, en su sistema. Y se produce la insurrección, una noche cuando dan en el teatro la ópera *La Muette de Portici*: los espectadores contemplan la revuelta napolitana, dirigida por Masaniello en la época de la tiranía española. Piensan también en sus vecinos que, en tres días acaban de derrocar a Carlos X: “¡Hagamos como los franceses!” gritan. La bandera, roja – amarilla – negra, del Brabante ondea pronto por las calles, en las casas; se organiza una guardia cívica. Siguiendo a la capital, las provincias se sublevan. El hijo del rey intenta recuperar Bruselas, con diez mil soldados: tiene que replegarse, tras cuatro días de lucha.

Las guarniciones belgas confraternizan con los insurgentes. Sintiéndose fuerte gracias a ese apoyo, un “gobierno provisional” declara que se terminó la dominación holandesa. Doscientos diputados, en “Congreso Nacional”, van, a su vez, a proclamar la independencia del país; elaboran sus leyes fundamentales, y eligen un rey.

Nada más atrevidamente “liberal” que la Constitución de 1831; nada también, menos sectario. Los católicos adoptan un programa que se inspira en las doctrinas de Lamennais; ese es el terreno de entendimiento para todos los partidos. Libertad de la persona, de residencia, de la prensa, de las asociaciones; libertad de cultos y de la enseñanza...

En París, el periódico *L’Avenir* celebra esa victoria. Y si la Roma pontificia formula sus reservas, puede tomar nota de las amplitudes que le reconoce el nuevo régimen para el nombramiento de los obispos, así como de las prerrogativas espirituales, de las ventajas temporales de que podrá disfrutar, sin contienda, el clero

En materia de enseñanza, decisión sencilla y clara, gran ejemplo dado al mundo: desde el 12 de octubre de 1830, las trabas establecidas por el rey Guillermo se

eliminaban. El 26 de noviembre se vota el artículo 17 de la Constitución: “La enseñanza es libre; toda medida preventiva queda prohibida; la represión de los delitos no está regulada más que por la ley”.

Seguramente será conveniente que el Estado no renuncie a su derecho de supervisión, a las justas sanciones con respecto a profesores inmorales o anarquistas. Incluso será difícil limitarse a eso: en los tiempos modernos, el poder público debe ocuparse de la educación y de la enseñanza de la juventud; no solamente mediante una ayuda concedida a las iniciativas privadas, sino “por medio de escuelas y de instituciones bajo su incumbencia”, “satisfaciendo las necesidades de la colectividad” mediante los recursos necesarios [152]. El Congreso belga considera pues, con razón, una organización oficial de la enseñanza, con una dotación deducida de los fondos del presupuesto [153].

En lo que se refiere a las escuelas primarias, el régimen holandés había creado “comisiones de instrucción”, encargadas, en algunas provincias, de regular la marcha de los estudios y de entregar los títulos a los maestros. Una decisión gubernativa del 31 de mayo de 1831 suprimió esos comités locales. La dirección general de la pedagogía pertenece al ministerio del Interior, al cual los gobernadores provinciales y los comisarios de distrito servirán de delegados [154].

Durante mucho tiempo, no se superará este estadio, quedando la ley especial prometida por la Constitución en el estado embrionario. Al principio, el gobierno no actúa más que mediante estímulos y consejos, con medidas de circunstancia; los municipios conservaban total libertad con relación a la fundación de escuelas: de hecho comprendieron generalmente su deber; pocos se desinteresaron de la educación del pueblo. El ministerio provocó, mediante la circular del 14 de abril de 1832, el establecimiento de guarderías infantiles. Otorgó subsidios a los maestros, fueran municipales o libres; pero, a partir de 1834, a condición de que admitiesen a los indigentes en sus clases. En 1836, la Cámaras, legislando sobre la organización provincial y municipal, estipularon que los maestros de escuela serían nombrados y destituidos por las autoridades administrativas de los municipios; impusieron, además, a las provincias, la obligación de inscribir, en sus gastos anuales, “ayudas” destinadas al funcionamiento regular de los organismos escolares ya existentes.

Católicos y liberales dudaban en comprometerse más a fondo. Querían salvaguardar su unión, en esos años en los que tantas amenazas pesaban aún sobre la independencia del país. Pero, unos y otros lo sabían bien: el terreno de la enseñanza se convertiría, pronto o tarde, en el campo preferido de las grandes luchas políticas. Sería mejor, hasta nueva orden, dejar la tarea lo más cómoda posible a las iniciativas de los individuos, de las asociaciones particulares, de las colectividades restringidas.

De ese modo, los hombres de acción, en cada uno de los partidos, rivalizaron —sin chocar duramente— para multiplicar las universidades, los colegios, las escuelas elementales, al abrigo poderoso y respetado de la “libertad constitucional”. Ésa fue la hora propicia que aprovecharon los amigos de la Congregación lasaliana para llamarla de nuevo a Bélgica.

El primer impulso provino, como en 1816, de las orillas de la Meuse. Namur no se había resignado nunca a la dispersión, al exilio de sus maestros cristianos.

Eminentes personalidades nunca habían cesado de mantener la añoranza del pueblo, de dirigir una campaña de peticiones, y de guardar contacto con los Superiores de los Hermanos [155]. Inmediatamente después de la Revolución, Guillaume Joseph Danheux, aquel burgués de corazón ardiente, de inagotable caridad, se ponía de acuerdo con uno de los curas de la ciudad, el Padre Minsart, para reunir la “comisión administrativa” de los antiguos establecimientos escolares. Gérard Fallon, secretario de esa asamblea, escribió, el 6 de noviembre, al Hermano Anaclet, exponiéndole la nueva situación y los deseos de sus conciudadanos [156]. Casi inmediatamente recibía la siguiente respuesta: “Todos nos hemos alegrado con ustedes... de las ventajas que la Iglesia podrá obtener de orden de cosas” recientemente establecido. “Damos gracias a Dios de que, por ese medio, la puerta” de su hermoso país, tan católico, se vuelva a abrir “al cielo de nuestros Hermanos”. Conocemos la gran piedad del Sr. Danheux. Antes de fin de año, tres o incluso cinco religiosos podrán, sin duda, volver a Namur [157].

Todo parecía fácil. Ya, el promotor de la obra expresaba su inmensa alegría. Solicitaba la presencia del Hermano Claude, o bien del Hermano Marin, ambos tan capaces de dirigir un equipo lasaliano: los demás maestros, añadía el Sr. Danheux, deberán pertenecer a la nacionalidad Belga [158].

De repente, se perfila en París un retroceso inesperado: ¿cual puede ser la causa? No una desconfianza con respecto a los católicos de Namur, una negativa a unirse a sus perspectivas patrióticas; sino una duda sobre el carácter y las consecuencias de la insurrección de Bruselas. El Superior General se alarma por los apoyos recibidos por los belgas de parte de los revolucionarios franceses; considera quizás temerarias las declaraciones del Congreso; teme consecuencias que puedan perjudicar a la ortodoxia.

Al menos, eso es lo que se adivina bajo las reticencias y las dilaciones en una carta dirigida, en diciembre, al Sr. Danheux: el “generoso afecto”, los “vehementes deseos” de su interlocutor le conmueven en lo profundo de su corazón. Pero la preocupación no se oculta en el resto de la carta: “No nos permitimos, escribe el Hermano Anaclet, ninguna juicio sobre la situación política de Bélgica, ni sobre la de Francia, porque nos encomendamos, para el futuro, entre las manos del Dueño Soberano...” Se demora un poco analizando la apertura de nuevos establecimientos, en Brive, en Château-Thierry, en los progresos del Instituto en el Piamonte. Y es en el momento de concluir cuando manifiesta cierta aprensión. El Hermano Marin no podrá acudir al norte porque su salud no se lo permitiría. Por su parte el Hermano Claude, aunque se admite su partida, la misión a desarrollar se limitará, hasta nueva orden, a una encuesta extraoficial, confidencial. Viajará con “traje civil”, tomará nota del estado de la situación; otros Hermano no se le unirán más que con la firme seguridad de vivir según la Regla, con su hábito religioso [159].

Transcurren seis semanas. El Padre el Padre Minsart renueva, con relación a la Casa Madre, las instancias de su colaborador. Finalmente, el 17 de febrero de 1831, el Hermano Claude llega a Namur, con el disfraz anunciado. Conoce bien el medio en el que debe actuar; mira cara a cara a los interlocutores y a las dificultades; su palabra es franca, si necesario, imperativa. Con su nariz carnosa, sus labios bastante fuertes, produce inicialmente una impresión de vulgaridad: no se engaña uno por mucho tiempo. Se trata, en realidad, de una energía cargada de delicadeza; diplomática a su manera y que juega con las cartas sobre la mesa.

Enseguida, retoma el hábito y el cuello; y va a saludar al obispo, Mons. Ondernard [160]. En el entorno del obispo se encuentra con el canónigo François-Joseph de Hauregard que, consejero de Mons. Pisani de la Gaude, estuvo tan íntimamente envuelto en los dolorosos debates del 1824 – 1825 [161].

Ningún malentendido podría surgir entre los dos hombres. A partir del 19 de febrero, el P. de Hauregard se encarga de ilustrar al Hermano Superior General.

“Ha sido usted inducido a error, le comunica, sobre la manera de pensar de los habitantes de esta región... La revolución que acaba de tener lugar aquí no se parece a la de Francia” más que en el escenario. “Quizás ignora usted, mi venerable Hermano, que lo que más ha disgustado a los belgas, lo que les ha llevado a sacudir el yugo del gobierno [que le fue impuesto en 1815], fueron los esfuerzos [reiterados continuamente] para obstaculizar la práctica de la religión católica; ...durante tres o cuatro años, las clases altas de la sociedad no cesaron de reclamar la “rectificación de los errores”, entre los principales estaban las medidas adoptadas para destruir la disciplina eclesiástica y aniquilar la creencia ortodoxa”. Habiendo agotado, sin resultado, todos los medios legales, los jefes de la opinión se decidieron a romper con Holanda y recurrir al juicio de las armas.

“En todos los motines populares” que han tenido lugar aquí, “ninguna iglesia” fue “profanada”, ninguna “persona clerical insultada”; en ningún sitio “se ha faltado... al respeto debido a las cosas santas”.

Los hechos deformados por la óptica parisina, se encuentran así restablecidos en su verdad; el canónigo de Namur ha vengado la reputación de sus compatriotas. Falta por probar —lo cual es fácil— que no solamente los Hermanos no corren ningún riesgo, sino que su regreso forma parte del programa de los tiempos nuevos. Una declaración de “Antoine Collard, sacerdote, vicario general de Namur”, acompaña la carta del P. de Hauregard: el firmante, que representaba a su obispo en la asamblea de los prelados de Bélgica, reunidos en Malinas el 19 de noviembre de 1830, certifica que el restablecimiento de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fue objeto de un voto unánime [162].

Los caminos se abren ampliamente ante el Hermano Claude. Por ellos enviará a sus tropas, ocupará sucesivamente la vieja ciudadela de Namur, y Verviers, Tournai, Lieja, Bruselas, Nivelles, Mons, Péruwez; asaltará Bouillon, en el último trimestre de 1835 que señalará el final de sus actividades fuera de Francia. Cinco años fecundos; gloriosos y, esta vez, decisivos nuevos comienzos. Los setenta y cinco Lasalianos que pronto se repartirán las dieciséis escuelas del territorio recuperado, acrecentado, se convertirán en los ancestros de una numerosa posteridad.

Desde el origen de la instalación, el Sr. Danheux se propone fundar un hogar central, acondicionar una cuna para esta familia que, importada del otro lado de la frontera, debe multiplicar sus nacimientos entre el pueblo católico de la Walonia y de Flandes, “nacionalizarse” totalmente, sin por ello romper o aflojar sus lazos con los Superiores del Instituto. El celoso negociador se transforma en un recolector infatigable: le llegan recursos de todas partes. El noviciado, que tendrá su sede en Namur, interesa al conjunto del reino. Como tal lo entiende, mejor que nadie, el obispo de Lieja, Corneille-Richard-Antoine Van Bomel.

Este neerlandés, nacido en la ciudad de Leyde —el 5 de abril de 1790— consagró su corazón y sus fuerzas a su patria de adopción. Ordenado sacerdote en Munster en 1816, director del seminario menor de Hagevelde de 1817 a 1825, recibió la consagración episcopal el 15 de noviembre de 1829. Por veintitrés años, gobernó la hermosa diócesis de los antiguos príncipes-obispos; con clarividencia, con energía. “Hombre suscitado por Dios para las obras de la fe que la libertad constitucional permitía realizar”, dijo un historiador eclesiástico [163].

Mons. Van Bommel no tardará en justificar esa definición. Visitó el edificio que la Comisión de Namur prepara para los futuros miembros de la Congregación Lasaliana. Y, el 15 de octubre de 1831, publica la carta pastoral que resonará por toda Bélgica.

No conocía a los Hermanos antes de un viaje a París, confiesa en su introducción. Los modales de los niños que salían de una escuela llamaron su atención. Se informó sobre sus maestros. Un protestante, ubicado en las altas instancias del gobierno del rey Guillermo I, corroboró con sus manifestaciones la impresión favorable que el sacerdote holandés se llevaba de Francia. “Nada mejor” que esos religiosos “para educar y educar bien” a los hijos del pueblo: su “fanatismo” —es decir su catolicismo integral y militante— era lo único que los hacía sospechosos. Semejante reproche se transformaba en elogio, a juicio de un apóstol animado del mismo fervor.

Namur le presentó ochocientos escolares que rodeaban a ocho o diez Hermanos, con un respeto y un afecto inimaginables. Habían bastado algunas semanas para tal conquista. Todo se explica en razón de una entrega sin límites. “Nadie”, en las clases dirigidas según los principios del Sr. de La Salle, “nadie es rechazado, ninguno descuidado, y el conjunto aprovecha”. La religión, la justicia, la caridad, el trabajo cuidadoso, son valorados; en lectura, historia, cálculo, los progresos se hilvanan en una cadencia regular y rápida.

Sin en “sacrificio de uno mismo” —base del Instituto— ningún profesor obtendría esos resultados verdaderamente asombrosos”. “La Francia de 1830, que es acusada de ser tan irreligiosa” no pudo privarse, a pesar de los sectarios, de expresar su más leal simpatía. “Perdona” a unos maestros de semejante temple sus “rosarios”, sus “imágenes”, que no perjudican para nada a la “regeneración” de un mundo anárquico.

Su hábito ya no sorprende a los ojos acostumbrados a él. Según parece, aún incita a bromas a los walones y a los habitantes de Lieja de espíritu revoltoso. Por eso el prelado cree necesario presentar un alegato sobre el particular: sus argumentos, de tipo psicológico, no carecen de una originalidad bastante graciosa, e incluso de cierta curiosidad... Un observador imparcial, declara Mons. Van Bommel, se los ha proporcionado: “El hábito, el cuello y el gran sombrero de los Hermanos son para los niños del pueblo lo que los bigotes, el uniforme, los altos gorros de los granaderos son para los soldados y sobre todo para el enemigo: ...así es el hombre: muy a menudo no es necesario hablar a sus sentidos, antes de haber penetrado” en su alma. “Cuando, bajo un atuendo severo”, los alumnos “descubren un gran fondo de bondad”, de amor, de desprendimiento, la sorpresa inicial produce una especie de impulso para la confianza. El sentimiento se aficiona a la silueta que inicialmente provocó una sorpresa de curiosidad, incluso cierto rechazo. Y continúa

desarrollándose con dicha presencia; la imaginación, la memoria, la gratitud gustosamente se nutren de ella. De igual modo, la vista de la bandera “anima al combate a todo un ejército”.

Ayudemos, por consiguiente, a los habitantes de Namur a crear “la escuela normal” —el noviciado— donde “todas las principales ciudades de Bélgica” podrán obtener maestros para la dirección de sus escuelas, en cuanto hayan encontrado edificios para instalarlos, fondos para mantenerlos.

Lieja debe dar el ejemplo. Para el bien general, y también para su propio interés. Desde ya, el obispo prepara la llegada de los Hermanos a su diócesis. Elabora los planes: casa que hay de disponer para la comunidad, en pleno centro, con clases y jardín, sucursales en otros tres barrios; reorganización del comité que antaño presidía el funcionamiento de las escuelas; lanzamiento de una suscripción, a la cual son invitadas las “familias favorecidas por los bienes de la fortuna”. El capital comprenderá “acciones” de 600 francos. Los suscriptores se beneficiarán de las indulgencias plenarias concedidas por los breves de Pío VII, con fecha del 9 de agosto de 1822 y del 7 de marzo de 1823. “Esas son las ventajas espirituales”. En cuanto a los beneficios que se obtendrán, Dios se encargará: su Providencia es generosa y no escatimará nada. ¿Qué obra le podrá complacer más que la educación cristiana? ¡Ojalá que todos los fieles puedan responder a la llamada de su pastor e imitar su gesto! El primero, Mons. Van Bommel ofrece una amplia cotización para las fundaciones de Lieja [164].

El noviciado de Namur entra en completa actividad en el mes de julio de 1832. Frédéric-Auguste, barón de Cuvelier, vicario capitular tras el fallecimiento de Mons. Ondernard, sigue el ejemplo del Sr. Danheux, propaga en todos los presbiterios el manifiesto de la diócesis vecina. Deja entrever a los curas de los pueblos y aldeas que a falta de Hermanos podrán al menos recibir un maestro formado según los métodos de la Congregación y animado por el mismo espíritu.

Después de Namur [165], antes que Lieja, Verviers encuentra en los Hermanos Nil, Achaire y Braule, los sucesores lejanos del Hermano Jonas de 1793 [166]; el Padre Néven, cura-deán de Saint-Remacle, la Sra. Simonis y la vizcondesa de Biolley fueron los artífices de esa resurrección [167]. Tournai, que se erigía, ante los asaltos del monarca holandés, en suprema muralla de la libertad [168], no iba a desmentir su reputación. Mons. Delplanque, su obispo, y Dumortier-Willaumez, el barón de Cazier, Boucher-Lefèvre, sus notables ciudadanos, acogieron al Hermano Macorat, el exiliado de 1826. Ese religioso belga, con dos auxiliares, abre las clases de la parroquia Saint-Jacques el 21 de julio de 1831, el mismo día en que el rey Léopold inaugura su reinado [169].

Seis meses más tarde, Mons. Van Bommel veía realizados sus deseos. Tres Lasalianos traspasan el umbral de su Seminario mayor donde recibirán la hospitalidad hasta el 21 de febrero de 1832; su jefe, Nicolas-Philippe Savoye, el Hermano Gilbert, es un francés de Rocroi: Lieja había apreciado antaño las virtudes y los talentos de este discípulo del Hermano Claude, entrado en la Congregación en 1819, a la edad de 25 años, y enseguida traído de Charleville a Bélgica por su director. En plena madurez y luego en los tiempos de la vejez, el Hermano Gilbert trabajará de nuevo en las orillas de la Meuse [170]: el obispo lo aprecia, cuida, en la medida de sus posibilidades, una salud frágil, una “sensibilidad” impresionante,

habla un día , al Superior General, en términos conmovedores, de ese hombre especial, de esa “hermosa alma encerrada en una tan mala envoltura”; para evitar al Hermano Gilbert una pena demasiado cruel, no dudará, en contra de la orden del Hermano Claude, en retener en la comunidad de Lieja, a un tal Hermano Corneille, que ya tenía otra obediencia, pero que el director considera como irremplazable. Y, aún presentando sus excusas, aún admitiendo la necesidad de ser amonestado, Mons. Van Bommel sale garante, ante el Hermano Anaclet, de la “edificante humildad”, y de la “buena voluntad perfecta” de aquel a quien ama [171].

Sus relaciones con el Instituto se impregnan siempre de una bondad, incluso de una vivacidad afectuosa, a la cual es difícil resistirse. Apenas ha recibido un primer contingente de maestros que ya pide un número mayor: “La ciudad de Lieja se ha visto devastada, como ninguna, por el espíritu de irreligión... ¡Necesita los Hermanos! Me pongo de rodillas ante Dios para obtenerlos... Carísimo Hermano Superior, usted será el instrumento de la misericordia del Altísimo... Es un milagro que le pido con fe y confianza...”

En 1833, se dirige al director espiritual de los Lasalianos de Saint-Omer, el Padre Delahye, amigo suyo, para conseguir la aprobación del Visitador de ese distrito al envío de un refuerzo. Y una vez instalados los tres nuevos religiosos en el barrio de Sainte-Marguerite, ya proyecta nuevas creaciones de escuelas en Saint-Denis, en el arrabal Sainte-Foi: “Pediré, solicitaré, rogaré, importunaré” hasta ser satisfecho, así se expresa este ardiente organizador [172]. Y las puertas acaban abriéndose, y el pan espiritual es distribuido a los niños.

El Sr. Danheux despliega idéntico celo, las mismas audacias. No solamente para Namur y la región walona, sino en provecho de todos sus compatriotas. Él es el promotor de los establecimientos del Instituto en Bruselas. A lo largo de sus peregrinaciones en favor del noviciado, se detiene en la capital, allí se encuentra con el cura de Saint-Jacques en Caudenberg, P. T’sas. Le expone el cuadro de los servicios que pueden prestar los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El P. T’sas, rápidamente convencido, se alía con el Padre de Coninck, párroco de Notre-Dame du Sablon, con dos senadores del reino, el barón Man d’Obruge y el barón de Sécus. Clases dirigentes y clero están de acuerdo: en necesario salvaguardar las creencias, las costumbres, la paz social. En febrero de 1832, el Hermano Anaclet es puesto al corriente de la petición de los cuatro de Bruselas: estos no se contentarán con profesores muy hábiles, pues se trata de establecer “sólidamente” la reputación de la Sociedad lasaliana en el centro del reino [173].

La empresa es tanto más urgente cuanto que solamente una escuela “verdaderamente católica” existe en la gran ciudad, según dice el Sr. Danheux: y aún esa es una especie de “escuela dominical”, un tipo de patronato con actividades intermitentes. Los “sostenedores de la religión y del trono” son disimulan el peligro de la situación. Con el deseo de apresurar la ayuda de la Casa Madre, el Sr. Danheux incluye los nombres de la más alta nobleza: príncipe y duque de Arenberg, condes de Mérode, de Hoogwoorts, de Thiennes, Vilain-XVIII... Todos declaran unánimemente que los Hermanos pondrán en Bruselas, “la piedra angular” de su edificio en el nuevo Estado. El P. Sterckx, vicario capitular de Malinas (que pronto se convertirá en primado de Bélgica), considera que la Congregación del Sr. de La Salle, puesta bien en evidencia, atraerá del país flamenco “un gran número de excelentes jóvenes”, conquistados por la vocación religiosa [174].

El futuro arzobispo presta, en consecuencia, todo su apoyo a los emisarios de Mons. Van Bommel. Les recomienda una colecta en Amberes, a pesar de la posición crítica de la ciudad, aún en manos de los holandeses [175].

Sí, reconoce el Hermano Superior General, “el honor del Instituto, su propagación y su conservación” entre el mar del Norte y las Ardenas, “parecen ligados a su instalación en la capital”. Los “generosos sacrificios” de los católicos belgas conmueven todos los corazones, en el arrabal Saint-Martin; allí desean que el trabajo de los Hermanos responda por entero a tanta confianza [176]. Las oraciones de la Congregación ascienden hacia el Cielo para el éxito de la gran obra.

¿Cómo no iba a escuchar Dios a los hijos del Santo Pedagogo, dispuestos a extender los beneficios de su Padre, los herederos del Hermano Agathon, realizando los proyectos concebidos por esa amplia inteligencia en los primeros días de la Revolución de 1789? [177] El trío de maestros acompañados a Bruselas, el 30 de abril de 1832, por el Hermano Claude en persona, tiene como jefe a un religioso modelo, un educador fuera de lo común. Se llama Hermano Charles. Oriundo de la diócesis de Amiens (su aldea natal es Mantauban en Picardie), novicio en Saint-Omer en 1817, enseñó primeramente en Dunkerque, luego en Chartres, donde dirigió la comunidad. Dirigía la escuela de Saint-Germain l’Auxerrois en París, cuando el Hermano Anaclét lo designó para responder a las esperanzas de los notables de Bruselas. Con 33 años de edad en ese momento, posee el valor intelectual y moral, la ciencia y la prestancia que convienen a su misión. Rostro noble y firme, trazos regulares, mentón decidido, hermosa y amplia frente presidiendo una mirada un tanto severa [178]. Su nombre, su fisonomía, sus éxitos van a imponerse en Bélgica. Se entregará, en cuerpo y alma, a esa su segunda patria, desempeñará, en la capital brabantona, un papel de primer orden, hasta 1874, e irá a morir, octogenario, en Namur, con su inmutable adhesión a su familia religiosa, a su país de adopción, a las amistades de su prolongada y magnífica carrera [179].

En los primeros días de la nueva fundación lo acompañan los Hermanos Vias y Valence. Un cuarto religioso se une al grupo, a partir del 4 de julio de 1832. Del local provisional de la calle del Chêne, la escuela emigra pronto a la calle del Poinçon, donde el P. T’sas ha construido y acondicionado un edificio adecuado, sobre el terreno adquirido al conde de Robiano. Una suscripción de 65.000 francos ha cubierto los gastos; casi la décima parte ha sido aportada personalmente por el rey de los belgas: y cada año, la generosidad de Léopoldo, ese protestante que no se parece en absoluto a Guillermo de Holanda, vendrá en ayuda del establecimiento. Éste, en 1834, comprende ya seis clases, una de las cuales de lengua flamenca. El Hermano Charles se encuentra al frente de una comunidad de ocho lasalianos [180].

Desde entonces, propaganda y difusión sin parar: en el Brabante, en el Hainaut. Se comprueba la intervención del Sr. Danheux en Nivelles, con la principal bienhechora, la Sra. de Baré; vemos también perfilarse allí las siluetas del P. Leblanc, del Hermano Auxence [181]. El Jesuita reside en esta ciudad desde 1833; comparte sus solicitudes entre sus hijas espirituales, las Hermanas del Niño Jesús, y la otra Congregación docente, los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En 1834, obtiene el puesto de director para su viejo amigo y compañero de armas Paridaens, el Hermano Aucence, el cual devuelve el orden a una casa anteriormente algo revuelta [182].

Mons, de donde —en 1820— llegaba un llamamiento al Hermano Gerbaud [183], puede, después de 13 años y superados todos los obstáculos, recibir tres auxiliares del Hermano Claude. El burgomaestre, engañado por algunos maestros laicos, se muestra, por algún tiempo, hostil. El Padre Descamps, presidente del seminario menor de Bonne-Espérance, apoya a los religiosos, instalados por iniciativa suya. La libertad triunfa [184].

Y, a mitad camino, entre Mons y Tournai, Pérulwez será la próxima etapa de los cuellos blancos [185]. Y la provincia de Luxemburgo los acoge festivamente, sin necesidad de que intervengan los magistrados, en aquellos mismos lugares donde Jean-Louis y François Joly formaron en otro tiempo “brillantes sujetos”. Un “casa cómoda”, un jardín, una paga honrosa esperan a los sucesores de los Hermanos Julien y Agapet [186]. Pero otras invitaciones distraen al Instituto de su cuna ardenesa.

* * *

Mientras en Bélgica los caminos se allanan, los vientos se vuelven favorables, la paz se desprende, resplandeciente, de las nubes de una Revolución, en Italia la era de 1830, comienza bajo un aspecto menos claro. No se trata de que allí los acontecimientos de tipo general sean de naturaleza a comprometer el destino de las escuelas cristianas; la agitación política, los manejos de las sociedades secretas, las primeras aspiraciones hacia la independencia y la unidad nacionales provocan la alarma de los príncipes y la fiebre de los pueblos y algunos levantamientos en armas. Las revueltas estallan en los Estados Pontificios, en los ducados de Parma y de Módena. Pero Austria interviene para restaurar el antiguo régimen. Y durante dieciocho años más, subsiste una relativa estabilidad, se prolonga la seguridad: seguridad, en verdad, solo de fachada, con la única garantía de las bayonetas extranjeras, y bajo la cual rugen los rumores, las tormentas del *Risorgimento*.

Pero de lo que sufren los Hermanos en la península, más que de los movimientos de insurrección, más que de los odios mazzinianos, carbonaristas, es de una especie de crisis interna, cuyas causas son bastante complejas: discrepancias sobre los usos locales, conflictos de temperamentos y de caracteres, choque de dos nacionalidades... La obediencia, no obstante, corroborada por la filial y tradicional sumisión del Instituto a la Santa Sede, saldrá victoriosa, en definitiva.

En Roma y, por algún tiempo, en el Piamonte, se producen las dificultades. El “Hermano Vicario” Rieul, separado de la Casa Madre por los Alpes, se encuentra enfrentado a una tarea delicada y pesada. La realiza como hombre santo, con un gran deseo de conciliación. La comunidad de Trinità dei Monti le causa preocupaciones; y cada año, en el “libro de visitas”, debe anotar las relajaciones; las riendas se le escapan de las manos del Hermano Director Félicissime [187]. Es necesario advertir a los Superiores mayores. Éstos, por otra parte, disponen en Italia de un personal poco numeroso: se ven obligados a sacar de los Estados del Papa algunos excelente sujetos para sacar adelante otras obras. El Hermano Rieul se esfuerza en satisfacerlos: si, en beneficio de Turín, se le quiere privar de los servicios del notable Hermano Sebastiano, se somete, con pesar; pero, al menos, dócilmente. Luego, sugiere el envío del Hermano Francesco Borgia, que se ocupa de los jóvenes reclutas de Orvieto y, que en razón de su nacimiento en Ferrara, se adaptaría más rápidamente al medio piamontés [188].

La edad, una salud enfermiza, junto con una cierta timidez natural, agravan para el Hermano Vicario el peso de su carga. Le gustaría quedarse “tranquilo”: no utiliza su autoridad más que bajo la presión del deber. El grupo únicamente francés, instalado desde 1829 en Nuestra Señora de los Montes, le parece gozar, al respecto, de un privilegio que él no cuestiona. El Hermano Hervé, jefe de esa comunidad nueva, mantenía correspondencia directamente con el difunto Hermano Guillaume-de-Jésus: mientras París no cambie ese *modus vivendi*, el Hermano Rieul se abstendrá de inmiscuirse en el manejo de los religiosos llegados por orden del rey Carlos X. “[Además] Ellos no necesitan visitas”, pues son muy regulares. Y yo, añade humildemente el Vicario, yo me siento demasiado “desprovisto de virtud y de talento” como para “dirigir a los demás”. Su frase final deja sin embargo adivinar tensiones, sobre las cuales daremos algunas explicaciones [189].

Semejantes informes provocan, en la casa del arrabal Saint-Martín, inevitables y justas reacciones. El Superior General estima que el Hermano Félicissime debe procurarse “un buen subdirector” que “mantenga el orden, el silencio, la regularidad”. Naturalmente, “hay que compadecer las miserias humanas”; sin “condescender”, por ello “a la mala voluntad”. El director de Trinità dei Monti se gana pues algunos reproches por negligencia. Un trabajo pedagógico, que le confió el Hermano Rieul, sigue en suspenso desde hace mucho tiempo [190].

Esas no son más que observaciones de detalle. Un tema importante planea desde 1817: los Hermanos, en Italia, ¿continuarán llevando el cuello romano y el manteo sin mangas? Las razones que motivaron en 1792, ese cambio de hábito ¿pueden prevalecer sobre las decisiones de los Capítulos Generales, contra las instrucciones de los Superiores, en detrimento de la unidad familiar? A lo cual el Hermano Rieul no cesa de objetar el rechazo de sus subordinados.

No obstante, la Sagrada Congregación de los Obispos y de los Regulares ha recibido un informe del Hermano Hervé-de-la-Croix, cuya intransigencia se muestra irreducible y los juicios bastante duros hacia las comunidades de Italia. El director de Nuestra Señora de los Montes es, evidentemente, el portavoz de la Casa Madre: defiende una excelente causa; pero su áspera lógica perjudica, según parece, a su caridad fraterna. Viva emoción en San Salvatore in Lauro: la cizaña germina y crece en el campo del padre de familia. Entre sus hijos, el Hermano Rieul toma partido por aquellos entre quienes vive desde hace casi medio siglo: teme que se entienda mal, del otro lado de la frontera, el estado de ánimo de los italianos; se muestra herido por las gestiones y las acusaciones del Hermano Hervé. De ahí la carta del 18 de junio de 1831 dirigida al Superior General, en un tono que recuerda demasiado a las filípicas de 1814 y de 1816 [191]: las órdenes del Hermano Anaclet, escribe el Vicario, son comunicadas “pura y simplemente” a los interesados, tales y como París las ha “dictado”. Más valdría, de todos modos, no “insistir”. Sino, las cosas acabarán por “echarse a perder”. En Roma “no se conoce en absoluto el cuello”. Que los franceses recientemente instalados lo lleven, no tiene ningún inconveniente: “Nosotros nunca les hemos pedido que se adecuen a nosotros”. Sus sentimientos son respetables, a condición de que eso no les lleve a “denigrar” la actitud de sus cohermanos. Nosotros, por nuestra parte, termina el Hermano Rieul, “estamos conscientes de nuestros deberes, espero que tengamos el espíritu de nuestro Instituto [y que] nuestro querido Padre, el Sr. de La Salle, no [reconocerá] como hijos suyos” [192].

Aunque estas líneas, fuesen acompañadas por un emotivo *post-scriptum* del Hermano Sebastiano, expresando su afecto hacia “todos los Hermanos de Francia”, las mismas no podían sino suscitar graves sanciones. Después de su envío, el remitente responsable difícilmente podría conservar su puesto: él mismo lo comprendía y declaraba a la Casa Madre que se le “haría un gran favor”, que cantaría con mucho gusto el *Te Deum laudamus*, si “otro” le sucediese [193]. El Hermano Hervé, se dedicaba, ya, a facilitar la transmisión del mando: proponía al Superior General elegir como Vicario a un italiano, el Hermano Pío, director de la casa de Orvieto, “hombre muy piadoso y regular”, capaz, según él, de suplir mediante su virtud una cierta falta de “talentos”, y al cual consideraba “muy apegado al Instituto”, así como también a los maestros de nacionalidad francesa [194].

Sugerencia aceptada. El Hermano Anaclet decide, en un primer movimiento, llamara al arrabal Saint-Martin al Hermano Rieul. Luego, teniendo en cuenta las circunstancias, considerando su edad, los achaques, las costumbres del anciano, deja al mismo la elección de la casa para lugar de su retiro y le indica principalmente Orvieto.

En ese mismo momento, encarga de una “misión importante” al Hermano Hilarión, subdirector de la comunidad piemontesa de Santa Pelagia. Tres temas deberán precisar la atención del delegado: la situación moral y material de los establecimientos italianos, el reemplazo del Hermano Vicario, la adopción “del hábito” de Regla. “El primer artículo no supone grandes dificultades, el segundo ofrece más; y el tercero quizás aún más que el segundo”. En lo que se refiere a la reasunción del cuello y de las mangas, el Hermano Hilarion dará el ejemplo: que se presente en Roma vestido como conviene. El Papa se muestra favorable, pero dispuesto a una cierta dilación: una bien clara manifestación apresurará, salvo error, las soluciones necesarias.

En cuanto al nombramiento del Hermano Pío, el mismo debería aglutinar todos los espíritus. ¿No ha sido él quien ha recibido en la Congregación “a la mayor parte” de sus compatriotas y quien los ha dirigido durante su noviciado? [195]

No obstante, se produjo una oposición. Las comunidades italianas amaban a su venerable jefe, tan completamente identificado con su vida, tan ardiente en defenderlas, y al que llamaban el bueno, el edificante, el admirable “Fratel Regolo”. Por eso reclamaban, con bastante osadía, su mantenimiento.

Su carta colectiva, del 12 de mayo de 1832, merecía una sanción. El Superior General la escribió, el 19 de junio, en términos a la vez enérgicos y paternales: “Aplaudo de todo corazón las alabanzas que ustedes dan al Hermano Rieul, declaraba; ...es digno de su estima, de su amor, de su reconocimiento... Pero no puedo estar de acuerdo con ustedes en que su cambio lleve a la destrucción de [sus] casas... Lo que causa la decadencia y la ruina, no es la carencia de talentos distinguidos en quien gobierna, sino más bien el debilitamiento de la disciplina regular, el olvido de la obediencia... por parte de los inferiores... La gestión [que ustedes han realizado] nos ha parecido un tanto extraordinaria... Hubiera sido mejor, carísimos Hermanos... que ustedes se sometiesen humildemente...

“El Hermano Rieul no se alejará de su región; podrán ustedes seguir disfrutando la felicidad de verle, escucharle... Continuará siendo útil en todas las maneras que le sean posibles”.

Después de expresar este homenaje a cincuenta y tres años de entrega, después de esa explicación tranquilizadora, la carta volvía a las legítimas lecciones:

“Esforcémonos por conservar el espíritu de nuestro santo Fundador, que es un espíritu de humildad, de sencillez, de obediencia. Seamos fieles a nuestras reglas. Desempeñemos nuestros deberes con celo y sin usurpar, ni invadir las responsabilidades ajenas. Si el deber del Superior es el de gobernar con prudencia, el de los inferiores es obedecer con sencillez. No nos apartemos de [estas máximas] y el Señor nos bendecirá [196].

Nuestro montañés del Delfinado Joseph Agnez, siendo como es verdadero religioso desde 1779, no duda en comprender este lenguaje. La misma elección de su casa de retiro da testimonio de la belleza de su alma, de la delicadeza de sus sentimientos: elige la comunidad de Nuestra Señora de los Montes, prefiriéndola a la de Trinità o a la de Orvieto [197]; de ese modo probará que no conserva ninguna consideración de malquerencia o de rencor hacia el Hermano Hervé-de-la-Croix. Estrecha, con los Lasalianos de Francia, aquel “vínculo de caridad” que en su carta, sin embargo tan amarga, del 18 de junio de 1831, consideraba infranqueable. Profundamente sincero, cuando escribe, el 20 de octubre de 1833, al Hermano Paolo-di-Maria: “Esté muy atento a no enfrentarse nunca con sus Superiores, porque —sabe usted bien— ocupan el lugar de Dios”. “Me gustaría, añade, dedicarme, como usted, a la educación de los niños pobres” [198]. Podrá permitirse esa alegría, catequizando y preparando a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía a los jóvenes romanos, hasta el final de sus días. Vida de humildes y amables ocupaciones, vida de oración, que concluirá en paz, el 2 de marzo de 1838. El Hermano Rieul, de conciencia recta, virtud valerosa e incluso heroica, trabajo incesante entre sufrimientos, había tenido razón en proclamar que el Sr. de La Salle no renegaría de él. Nadie pensaba en condenarlo por algunos errores de actitud o de pluma, que se explicaban por la insuficiencia de informaciones, el largo aislamiento, una confianza y un afecto de padre de familia para con su entorno. En definitiva, un rayo de santidad —sobre ese punto los testimonios son unánimes— surgía de la sombra pasajera.

Los Hermanos de Italia, ¿se conformarían a ese modelo? Sus resistencias cedieron ante la voluntad del Soberano Pontífice. Gregorio XVI, según parece, contrariamente a sus predecesores, mostró cierta tardanza en manifestar su benevolencia a los jefes del Instituto. El borrador, que se encuentra en los archivos de la *Vía Aurelia*, de una súplica del Hermano Analet [199], tiende a dar a entender que algunas palabras indiscretas, pronunciada en Roma, quizás algunas intrigas, estuvieron a punto de indisponer al nuevo Papa y a los dignatarios de su corte, contra el Superior General.

“Enseguida después de mi elección, declara éste, solicité humildemente la bendición de Su Santidad; lo cual reitero... por la presente, no habiendo sido lo suficientemente dichoso como para lograr el efecto de mis deseos y los de toda la Congregación cuyo gobierno me ha confiado la Divina Providencia. Si ese silencio, muy doloroso... para mi corazón, estuviese ocasionado por alguna impresión desfavorable..., me

atrevería a manifestar que nuestra Sociedad ha sido siempre, y [sigue] ahora, en la más perfecta sumisión y unión a la Santa Sede apostólica”.

Suponiendo que se hubiese producido un malentendido tras los acontecimientos de 1830, que la ocupación, bastante brutal, del puerto de Ancona, en 1832, bajo las órdenes de Casimir Périer [200], hubiese predispuerto desfavorablemente a los romanos contra Francia y dado pábulo a las insinuaciones malévolas, crédito a los chismes, las miras del Papa superarán esos bajos horizontes. Su paternidad no se detiene en las fronteras; y, hasta fuera de las cuestiones doctrinales, la verdad no es a sus ojos diferente de este o del otro lado de los Alpes.

Presta oídos a las exposiciones del Hermano Hervé, del Hermano Hilarion; reconoce sus fundamentos. La congregación Lasaliana no debe dividirse contra sí misma: puesto que el Superior favorece con su confianza al Hermano Pio, éste ocupará el puesto de Vicario; entra oficialmente en funciones el 16 de agosto de 1832. Por medio de una obediencia para Turín, se aleja al Hermano Paolo que parece ser el principal agente de la discordia, y al cual el antiguo jefe de las comunidades prodigará en adelante sus más edificantes consejos. Del 4 al 13 de octubre de 1832, los religiosos de San Salvatore in Lauro, de la Trinità dei Monti, de Nuestra Señora de los Montes, se reúnen, para un retiro, con los Jesuitas de San Eusebio. Su predicador, el Padre Massa, los exhorta a escribir una carta a Gregorio XVI, con el fin de que una decisión del Santo Padre regule, de una vez por todas, la espinosa cuestión del hábito.

Veintidós firmas se sumaron a la del Hermano Pio; los nombres de los Lasalianos establecidos desde hacía tiempo más allá de los montes, y de sus cohermanos italianos, figuran junto al nombre del Hermano Hervé-de-la-Croix. El director del joven grupo francés acude, el 15 de octubre, a Castelgandolfo, en compañía del Hermano Vicario, de los Hermanos Félicissime y Nereo. Tres días después de la audiencia pontificia, un breve, que envía el cardenal Odescalchi, constata “la unanimidad de los solicitantes y su deseo de ser uniformes”. En consecuencia, y sean cuales sean las derogaciones anteriormente permitidas, el cuello y el manteo, tales como los prescribió el santo Fundador, obtienen en adelante, por esa exclusiva razón derecho de ciudadanía en Roma [201].

Para confirmar la unión, el Superior General habría deseado realizar un viaje *ad limina*. Retenido en Francia por la situación política y por su delicada salud, delega ante la Santa Sede a un hombre de su confianza, el Hermano Asistente Abdon. Ese religioso inteligente, enérgico y prudente, acabará de mostrar a Gregorio XVI el verdadero rostro del Instituto [202]. Llega el 20 de diciembre de 1833, se instala primeramente en San Salvatore, junto al Hermano Vicario. No pone en duda las disposiciones de esa excelente alma, pero la juzga un poco inferior a las responsabilidades que asume. La reserva y la gravedad del langrés se cansan pronto de la locuacidad meridional [203]. Aún así, contento de ver reinar la paz, la Regla puesta en práctica, deja a los miembros de la veterana comunidad del Ponte Sant’Angelo continuar con sus habituales tareas; son maestros abnegados, muy dignos del afecto, de la veneración de sus alumnos; cuando, en 1834, muera su decano nonagenario, el Hermano Benjamin, no existirá más que una voz unánime para ensalzar su humildad, su paciencia, su espíritu sobrenatural; su funeral atrajeron una asistencia extraordinaria de pobre gente del barrio, dispuestos a invocarlo como a un santo y exigiendo trozos de sus hábito [204]... A petición del

Hermano Pío, el cardenal Grimaldi autorizará la inhumación del difunto en la iglesia vecina [205].

Manifestaciones edificantes, elevado testimonio de estima. Los hijos de Juan Bautista de La Salle, los continuadores de Gabriel Drolin recogen los frutos de su actividad secular. De todos modos se trata de que conserven aquí el contacto con sus cabezas de familia, de analizar los resultados del injerto realizado en 1829. El Hermano Abdon se plantea esos objetivos, mientras reside durante dos meses en la *Madonna dei Monti*. Da todo su apoyo a la obra del Hermano Hervé. Al mismo tiempo, el delegado del Superior General estudia la lengua italiana; y, pertrechado de observaciones personales y directas sobre el medio en el que trabajan sus subordinados, instruido sobre sus condiciones de existencia, de sus relaciones con el clero, con el pueblo, antes de volver —en abril— a la Casa Madre, realiza las indispensables visitas en todas las comunidades lasalianas de los Estados de la Iglesia [206].

Orvieto, Bolsena y Spoleto dan muchas esperanzas, bajo la perseverante protección de sus bienhechores eclesiásticos y civiles [207]. El Hermano Sebastiano dirige el noviciado en la ciudad de la Umbría; una donación que recibe de los Lambruschini viene acompañada, con la firma del cardenal Luigi, de un gran elogio sobre el celo, la piedad, la caridad de los maestros cristianos [208]. Esos *Fratelli* de Orvieto no parecen ser menos estimados por el Soberano Pontífice en persona: cada año les asigna una subvención que transformará, en sus últimas voluntades, en una entrega de capital [209].

En espoletto, los Hermano son tratados como verdaderos personajes, puesto que gozan del derecho de nombramiento para un curato [210] que en otro tiempo dependía de la abadía cisterciense. El arzobispo de Camerino, mediante carta del 5 de junio de 1833, propone un candidato “idóneo” para ser aprobado por el “reverendísimo” Hermano Vicario [211].

Una nueva fundación se prepara en Benevento, en un enclave que la Santa Sede posee en el centro del reino de Nápoles y que, como título principesco de Talleyrand durante las usurpaciones napoleónicas, fue restituido en 1814 al patrimonio de la Iglesia. Allí, el antiguo monasterio de Santa Sofía, construido por los reyes lombardos, yergue su robusto campanil, despliega las galerías de su claustro de encantadoras columnillas, con curiosísimos capiteles. Los jesuitas, llamados nuevamente en 1824 por el arzobispo Giovanni-Battista Bussi, han establecido para los jóvenes beneventinos un colegio cuyos recursos provienen, en gran parte, de los fondos abaciales. A cambio, deben impartir la enseñanza primaria a los hijos de los pobres. Desde 1831, piensan en renunciar a ese acuerdo: los edificios se encontrarán libres, así como también los ingresos asignados a las escuelas elementales. Mons. Bussi piensa en instalar en Santa Sofía a los Lasalianos: ¿no estarían allí bajo la protección del papa que les concedió la Bula de 1725, Benedicto XIII? La ciudad ha consagrado un monumento a la memoria de ese Pierre-François Orsini, su antiguo arzobispo. Garantía de buen recibimiento y de feliz porvenir para el Instituto.

No obstante, las negociaciones son lentas. “Según las apariencias, no se hará nada”, escribe el Hermano Rieul; “el cardenal-arzobispo ha perdido entusiasmo” [212]. En realidad, se encuentran algunos obstáculos por parte de la Compañía de

Jesús. No se allanarán antes de 1835. Pero Mons. Bussi descubre, un año antes, el dinero disponible. Utiliza, particularmente, los excedentes de los ingresos del *Monte dei Tetti*, caja inicialmente creada en Roma para la reparación de los tejados de las iglesias [213].

El 9 de septiembre de 1834, el Hermano Vicario da la orden al Hermano Gioacchino, de ir a tomar posesión de la casa de Benevento. Y el 19 —“en la fiesta de san Genaro, mártir invencible”, patrono de Nápoles— el prelado fundador, provisto con todas las aprobaciones de Gregorio XVI, convoca él mismo a su “carísimo hijo Joachim, delegado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas” en el “magnífico edificio donde vivieron tantos hombres ilustres en santidad y doctrina” [214].

Se necesita cerca de un año para el acondicionamiento. La abadía y su iglesia, en efecto, han sufrido mucho por el largo abandono, así como por las depredaciones de la soldadesca en los días de la ocupación extranjera. Finalmente, el 16 de julio de 1835, el cardenal, los canónigos, los Hermanos, los escolares celebran a Nuestra Señora del Monte Carmelo en Santa Sofía: con gran regocijo de la población, el cortejo penetra en el monumento restaurado, brillante con sus mármoles orientales, enriquecido con numerosas reliquias. Se canta el *Veni Creator* y las letanías de Loretto; Mons. Bussi pronuncia un discurso y bendice una nueva imagen de la Madre de Dios [215].

Dos clases funcionan inmediatamente; otras dos se abren en noviembre, en el momento del acuerdo definitivo entre los Padres Jesuitas y la Congregación Lasaliana [216]. Los maestros —Gicchino de Gesu, Vincenzo Ferreri, Crispino di María, Ermanno, Serafino, Marco Evangelista, Norberto del Sacratissimo Sacramento— enseñarán a varios centenares de sus pequeños compatriotas.

* * *

En el Piamonte, la vida de los Hermanos sigue vinculada a la del Instituto en los Estados de la Iglesia: ninguna barrera moral se levanta entre el norte y la parte central de la península; se nota un constante intercambio de relaciones y de personal. Se plantean cuestiones similares, resueltas de la misma manera por los Superiores mayores. De todos modos, la obra se desarrolla con mayor amplitud, con mayor coherencia, bajo los auspicios de los príncipes de la Casa de Savoya y en manos de religiosos, excelentes administradores, excelentes pedagogos.

Exponíamos en un volumen precedente, la instalación, en Turín, del Hermano Giuseppe-Maria y de sus auxiliares [217]. La misma no se resiente de las sacudidas de 1830. Las autoridades del reino, al reaccionar contra las tentativas revolucionarias, se apoyan sobre el clero, sobre los educadores cristianos. Los resultados obtenidos en la *Mendicità Istruita*, en los edificios de Santa Pelagia, deciden al alcalde de la capital, el conde de Collegno, a entregar a los Lasalianos la dirección de las escuelas municipales. En agosto, la municipalidad declara “es necesario dar a los jóvenes principios sólidos”: la enseñanza de los Hermanos conviene muy bien a la “clase de los artesanos y de los obreros”; puede además, “servir de camino” para estudios de tipo superior. En conclusión, es un verdadero reconocimiento legal lo que el *exequatur* del 23 de octubre concede a la Congregación y a su Regla, y —por parte de la Universidad Real de Turín y de Génova— será la adopción oficial de los libros en uso entre los discípulos del genial

fundador francés [218]. La función social de esos profesores parece en consecuencia de tal importancia que además de los establecimientos que les son confiados, la ciudad favorece la creación de un curso semanal destinado a los adolescentes y a los adultos.

El rey Charles-Félix había apresurado las decisiones del Superior General Guillaume-de-Jésus. Su memoria debía permanecer grata a las comunidades piamontesas: muere el 27 de abril de 1831 y su viuda María-Cristina, ofrece cada año la suma necesaria para el mantenimiento de un novicio; el primero en beneficiarse de dicha pensión llevará el nombre de Hermano Carlo-Felice [219].

El heredero del trono es el príncipe Carignan. Anteriormente manifestaba tendencias “liberales” y se contaba entre el número de los promotores del método lancasteriano. La llegada al trono de Carlo Alberto no va a cambiar nada a las tradiciones de la dinastía. Seis meses después, Santa-Pelagia recibe la visita real: el soberano para revista a los alumnos de la *Mendicità*; escucha la explicación del catecismo; se interesa también por las lecciones que se dan, en Vía delle Rosine, a la clientela obrera de las “escuelas nocturnas”. Y lo vemos ganado por esa enseñanza paciente y hábil, de la cual —en su entorno— se hablaba con admiración. Como prenda de sus sentimientos, suministra de su caja particular unos fondos preciosos para el crecimiento del noviciado [220].

Los elementos esenciales se van pues ajustando, el futuro se anuncia pleno de promesas. Con soltura, los nuevos maestros se insertan en la vida nacional del Piemonte. Portando el hábito “romano”, no causan sorpresa, no chocan con ningún prejuicio. Pero aquí, como en los territorios pontificios, el Hermano Analet ordena el retorno al hábito de Regla, signo de unidad, símbolo de obediencia. Se produce un sobresalto, pero por lo demás prontamente clamado.

El Superior ha elegido como portavoz, también aquí, al Hermano Hervé-de-la-Croix. Conocemos la posición asumida por este religioso en Roma. En su misión de Visitador, su celo se desplegará en el Estado subalpino. Caminando derecho al objetivo, expone al gobierno de Carlo Alberto los motivos de la transformación prevista. El ministro del Interior le responde que es importante obtener el consentimiento de los administradores de la *Mendicità Instuita*. Cabe esperar del Hermano Giuseppe-María, director de la Obra, una fervorosa colaboración: el antiguo auxiliar del Hermano Frumence, del Hermano Gerbaud, ha llevado el cuello en Córcega; no pide sino conformarse a las voluntades de sus jefes jerárquicos. Nada será cambiado de nuestros métodos y de nuestra forma de actuar, le escribe al presidente de la comisión piamontesa; sencillamente confirmaremos, mediante un gesto público, nuestra fidelidad al Instituto.

Pero los demás religiosos, provenientes de San Salvatore in Lauro, se muestran recalcitrantes. Antes de su partida de las orillas del Tíber, a finales de diciembre de 1829, se habían provisto de un “rescripto” de la Congregación de los Obispos y Regulares, que les permitía conservar el hábito eclesiástico. Alegaron la autoridad de esa decisión: temían ser considerado como “franceses”, en un país que recuerda con amargura las invasiones antiguas, la tiranía revolucionaria e imperial.

Durante los meses de agosto y de septiembre de 1831, el Hermano Hervé-de-la-Croix y su compañero, el Hermano Siméon-Stylite, exhiben su manto y su tricordio

por las calles de Turín. No sufren ningún percance. La manifestación, sin embargo, resulta inoperante.

Solicitado, sin duda, por los auxiliares del Hermano Giuseppe, e inclinado a no ofender a la opinión pública, el gobierno, que, inicialmente, empleaba, con el Hermano Visitador, un medio dilatorio, prohibió, en último lugar, toda “innovación” al director de Santa Pelagia.

El *statu quo* se prolongó por más de un año. En el intervalo, Gregorio XVI regulaba la cuestión según el deseo de los Capítulos Generales. El Hermano Hervé, que había vuelto a Madonna dei Monti, veía finalmente coronados sus esfuerzos. Y, a la vez, obtendría también satisfacción en el reino sardo. El 13 de diciembre de 1832, el conde Barbaroux, ministro de Asuntos eclesiásticos y Ministro de Justicia, escribía al marqués Alfieri di Sostegno, presidente de la *Mendicità*, que habiendo hablado Roma, la cuestión quedaba decidida.

El nuevo Visitador del Piamonte, Hermano Anthelme, hizo pues tomar el cuello blanco a sus subordinados. Ningún incidente serio marcó ese retorno a la tradición: de todos modos hubo que calmar a los canónigos de la catedral de Turín. Éstos llevaban un cuello que los distinguía entre todos los eclesiásticos: estimaron su privilegio menospreciado, se quejaron, redactaron una protesta formal. Y al final el sentido común y la caridad triunfaron [221].

A partir de entonces, los progresos del Instituto se sucedieron sin impedimentos. En 1833, los inspectores de las escuelas piamontesas presentan al rey un informe en el que la pedagogía lasaliana es objeto de un análisis concienzudo y muy elogioso. Subrayan los excelentes resultados de la enseñanza simultánea, de la división en tres clases, en las cuales cada niño realiza avances personales, según su edad y sus capacidades, sin perder tiempo, sin molestar a sus compañeros. Semejante sistema, concluyen los delegados del ministro, merece servir de modelo a la organización de los cursos superiores.

Carlo Alberto ordena la publicación de ese informe. Puesto que los Hermanos ocupan un lugar privilegiado entre los educadores, no solamente la educación elemental debe ser confiada a ellos, sino que conviene permitirles una ampliación de sus programas. Y, al mismo tiempo que la capital termina de instalar a los Lasalianos en todas sus escuelas elementales, que otras ciudades —Racconigi, Niza, Vigevano, Génova, Verceil, Pignerol, Saluces, Alexandria— se disponen a designarlos como maestros de los hijos del pueblo, en Turín se les piden lecciones más completas —todo un trabajo de formación intelectual y moral— para los adolescentes que se convertirán en obreros cualificados, empleados de comercio, funcionarios subalternos, pequeños patrones.

La “reforma escolar”, solicitada, en vías de ejecución en el reino de Cerdeña, parece no poder realizarse sin esa colaboración. Italia del norte, al igual que Alemania y Francia, quiere combatir el analfabetismo, incluso superar la etapa de una enseñanza reducida a las nociones más elementales. Necesita un cuerpo profesional a la altura de dicha tarea. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas se presentan a punto. Van a crear un “escolasticado” para sus propios miembros: el gobierno aprovecha la ocasión para utilizar, en beneficio de los candidatos a educadores, esa obra pedagógica. Un “escuela pública de método”, se agrega, en

los edificios de Santa Plagia, al grupo de los jóvenes religiosos, sin confundirse con él. Ahí tenemos el esbozo de un “seminario de maestros”, tal como lo había ideado san Juan Bautista de La Salle; he ahí, en sus modestos comienzos, la primera “escuela normal” de la que se honran los italianos [222].

* * *

En el mes de abril de 1833, un breve paternal del Soberano Pontífice alegraba el corazón del Hermano Anaclet. Era el homenaje tributado a la fe, a la valiente y prudente conducta del Jefe y de sus soldados, en las vicisitudes del mundo moderno. El Superior General encontraba en él respuesta a las críticas, alivio en las penas, alegre y legítimo orgullo. Comentando el lenguaje del Papa, escribía en su circular del 6 de julio: “Más de cien mil niños reciben en nuestras escuelas una educación piadosa y... medios de salvación; en ellas adquieren, al menos hasta cierto punto, el hábito de la vida cristiana”. Resultado considerable después del ciclón de 1792, después del éxito del volterianismo, de la propaganda, cada día más acentuada, de las sociedades secretas, el eclipse de la religión no solamente en las altas esferas de Europa, sino en las clases medias y, ya, en muchas personas del pueblo. El religioso perspicaz y humilde sabe bien que la tarea sigue siendo difícil, que la victoria no está decidida, que nada la garantiza como cercana: se expresa con una significativa reserva. Ni siquiera se jacta de reunir bajo sus órdenes una tropa bastante poderosa, bien aguerrida: “Un buen número de establecimientos se crearían, otros serían aumentados..., continúa, si los obreros no nos faltasen; si todos aquellos que el Señor ha llamado a trabajar en su viña tuviesen el valor de soportar el peso del día y del calor... [de] superar las dificultades que, por más pequeñas que sean, bastan para hacerles abandonar, para escándalo de sus cohermanos y en detrimento de su salvación, una vocación... de la que tendrán que rendir cuenta a Dios” [223].

Así el general arenga y reprende a sus hombres en el fuego del combate. Electriza a los valientes, aviva a los tibios, condena a los cobardes. Hay que tener también en cuenta los inevitables desperdicios. El batallón robusto sabrá colmar sus vacíos. Para él, la cuestión no es rendirse o morir, sino avanzar. Los Hermanos, sólidamente dirigidos y acompañados, más minuciosamente formados que durante las improvisaciones del enrolamiento primitivo, mejor armados, renovándose mediante anuales refuerzos, ganarán terreno sin cesar.

CAPÍTULO II

LA LEY DEL 28 DE JUNIO DE 1833 Y LOS PROGRESOS DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

La obra de François Guizot. Proyecto del ministro e informe de Victor Cousin; definición del maestro; el ideal y las realidades; función del clero francés y de los Hermanos; lugar que se otorga a la instrucción religiosa; las escuelas normales primarias: sus orientaciones y sus objetivos. La gratuidad. Primeros pasos hacia la libertad de enseñanza. Circular ministerial del 18 de julio de 1833. — Situación del Instituto lasaliano: la obligación del diploma; *Modus vivendi* adoptado. La dispensa del servicio militar. — Los Hermanos ante el sistema de la “retribución escolar”: posición tomada por el Hermano Anaclét; luchas y acuerdos con las municipalidades. — Voluntad de buen entendimiento; los prejuicios sectarios; las simpatías: retrato del Hermano de las Escuelas Cristianas en el libro de Lorain. Los Lasalianos y Lamartine. El afecto de Guizot; subvenciones oficiales; protección gubernamental; las Congregaciones docentes en 1834. — Juicio de Cousin sobre el método simultáneo y método mutuo. Los Lancasterianos después de 1830. Pedagogía lancasteriana y pedagogía lasaliana: préstamos y concesiones del Hermano Anaclét al sistema opuesto. Progresos de la enseñanza simultánea. — Los “cursos nocturnos” o “escuelas de adultos”; iniciativas y éxitos de los Hermanos en este terreno; alientos de Guizot. — La enseñanza elemental en las clases lasalianas: ampliación de las bases; redacción de manuales; trabajos de los Hermanos Anaclét y Philippe. El “Comité general” de 1834: sus miembros, sus decisiones. Refundición de la *Guía de las Escuelas*. — La escuela normal de Ruán y el Hermano Calixte; formación de los futuros maestros por los discípulos del Sr. de La Salle. Los orígenes de Malonne, en Bélgica. — Los escolasticados de la Congregación. El noviciado menor de la Casa del Santísimo Niño Jesús: su fundación, sus primeros integrantes; función del Hermano Philippe con los novicios menores. — Los pensionados: Béziers, el Hermano Marin, el Hermano Théotique, el Hermano Leufroy; organización de una enseñanza primaria superior; la educación en la casa de Béziers. Origen del pensionado de Passy.

Con la ley del 28 de junio de 1833 se abre, en Francia, una nueva fase, se diseña una orientación precisa para la enseñanza del pueblo. Es la obra de Guizot, y, junto con sus trabajos eruditos y síntesis de historiador, en un plano diferente al del hombre político, es su mejor título para el recuerdo de la posteridad. Ministro de la Instrucción Pública, François Guizot se considera como encargado de una muy elevada misión: sin olvidar que el Estado encuentra en él un representante y un defensor, pretende no regular su conducta por los intereses de partido y no buscar nada, en su labor legislativa, más que la salvación de un régimen. Se propone una organización sólida, racional, total, de las escuelas primarias: confía a Victor Cousin, a Georges Cuvier, la tarea de estudiar sobre el terreno los sistemas que funcionan en Holanda, en Prusia, y en otros lugares más de la Europa de 1830. Se preocupa por civilizar, moralizar: no quiere ciencia sin conciencia, evalúa todo el poder de la fe religiosa; protestante, pero también cristiano convencido, no dudará en absoluto, como veremos, en pedir la ayuda de la Iglesia. Como educador, desea formar las mentes, adiestrar los caracteres, liberar las almas; sueña con un personal docente a la altura de una tarea magnífica. Después de la encuesta de sus eminentes auxiliares en los países extranjeros, promueve una segunda, no menos necesaria, no menos completa, por todo el reino: sus inspectores se distribuyen por las ciudades y los pueblos, interrogan a las autoridades locales, a los maestros de escuela, visitan las clases existentes. Sus informes le proporcionarán mucha información sobre las deficiencias, sobre los hechos lamentables. A partir de ahí, se convierte en cierto modo en el maestro de los maestros: aplicándose a exponer sus puntos de vista, a justificar su doctrina, en un lenguaje a la vez sencillo y noble, con un exacto conocimiento de la situación. Sus “circulares” son casi cartas pastorales,

llenas de solicitud, empapadas de ideal [224]. A menudo chocan con realidades miserables, no obtienen más que insuficientes y lentas transformaciones. La opinión no apoya en absoluto los ensayos del ministro: la agitación política absorbe a gobernantes y gobernados; ciegos prejuicios, cálculos sórdidos forman una liga contra los mejores proyectos; la enseñanza “que debe ser algo vivo” [225], que una nación debería alimentar con su ardor, con su propio ser, sigue estando, sino abandonada por las gente de bien, al menos indiferente para un gran número de franceses. Ante esa carencia, el mismo Guizot se siente tímido; más adelante confesará que hubiera actuado con mayor vigor, mayor espíritu de continuidad, si las Cámaras de la Monarquía de Julio le hubieran comprendido bien. Llamado por Louis-Philippe a la dirección general de los negocios, abandona en otras manos la enseñanza pública. Las reformas escolares no aparecen más que a intervalos según el orden del día de las deliberaciones legislativas. No desembocarán más que en soluciones parciales y el texto de 1833 resultará, en ese género, el único monumento terminado en las canteras de la burguesía censal. Ésta piensa antes que nada en “enriquecerse”, en conservar el poder, en mantenerse ante el empuje de las “clases inferiores”. Ningún impulso, nada de amplios ideales: ese mundo confinado en sus satisfacciones materiales, no tiene hambre ni sed de justicia.

Se necesitará un tiempo —muy corto— de verdadera libertad, para que inmediatamente después de la revolución de 1848, sea promulgada una carta magna de la enseñanza. Las amenazas de anarquía social asustarán entonces a los políticos tales como Adolphe Thiers. Las mismas ayudarán, a pesar de sus autores, al éxito de las reivindicaciones católicas. Ante el peligro —y hasta nuevos olvidos— se apresurarán en fundar la enseñanza sobre las bases de la moral religiosa; querrán para la infancia y la juventud, maestros sensatos, preocupados por sus deberes profesionales, y que no se sientan amargados por su situación precaria y poco apreciada.

Mientras tanto, los educadores dignos de tal nombre —maestros cabales, profesores de Universidad, conscientes de la importancia de su función, simpatizantes o adeptos a la fe cristiana, miembros de las congregaciones seguros de la adhesión de las familias y, en conjunto, de la buena disposición de las esferas oficiales— avanzan por los caminos trazados por Guizot. Se inspiran en su programa, amplían su cultura intelectual y el campo de su entrega: felices de rendir homenaje al iniciador, de manifestarle el agradecimiento por sus consejos, sus intervenciones, su generosidad, su aliento.

Victor Cousin, al presentar a sus colegas de la Cámara de las grandes líneas de la futura ley, resumía, en la sesión del 2 de enero de 1833, la historia de la enseñanza primaria desde hacía cuarenta años. En consonancia con la Asamblea Constituyente de 1789, de la Convención de Napoleón I, de la Restauración real, afirmaba los derechos y la responsabilidad de los poderes públicos. La enseñanza no formaba parte de la categoría de las operaciones de la industria o del comercio, abandonadas al libre juego de la competencia, a las tentativas, más o menos hábiles, de los ciudadanos; era como una deuda de la nación para con cada uno de sus hijos. Un progreso regular, metódico, universal, de los estudios no era realizable sin el impulso de un jefe, fuera de una organización legal.

Por supuesto, las autoridades secundarias ocupaban su puesto en ese sistema; pero a condición de no actuar más que bajo el control y con el apoyo del Estado. El título

III y el título IV del proyecto de Guizot [226] formulaban, para todo municipio, la obligación de establecer una escuela, sobre su propio territorio o —a falta de los recursos necesarios y de una población insuficiente— de asociarse con sus vecinos para el mantenimiento de un maestro y un edificio dedicado a las clases. Los “suplementos impositivos” de las contribuciones directas cubrirían, en primer lugar, las necesidades de la enseñanza: los departamentos y, si fuese necesario, el ministerio de la Instrucción Pública completarían ese presupuesto con sus subvenciones.

Dos comités —uno llamado “comité local de supervisión”, el otro con su sede en la capital del distrito— se encargaban de la buena marcha del organismo. El primero estaba compuesto por el alcalde o su adjunto, el cura (o pastor protestante), algunos notables designados por el comité de distrito: a sus miembros correspondía la inspección de la escuela, la tarea de elaborar las listas de los niños que debe seguir las lecciones del maestro.

La principal atribución de sus colegas de la subprefectura [227] consiste en la elección de los maestros. El Consejo Municipal les presenta los candidatos a los puestos vacantes, después de haber solicitado el parecer del comité comunal; todo nombramiento recibe finalmente la aprobación del ministro. Aunque el elegido por dichas asambleas no podía ser puesto en posesión de cargo y prestar el juramento oficial más que una vez “confirmado” por el gobierno central, muy pronto fue evidente que la modalidad de designación no garantizaba muy seriamente las competencias. La creación de un cuerpo de inspectores primarios, encargados de vigilar, más efectivamente que los notables, sobre la capacidad profesional y el trabajo cotidiano de los maestros, palió, en cierta medida, el riesgo de preferencias poco claras o evidentemente parciales.

El filósofo, relator de la ley, dibujaba el retrato del maestro de escuela ideal: “Es un hombre, decía, que debe saber mucho más de lo que enseña, con el fin de enseñar con inteligencia y con gusto; que debe vivir en un ambiente humilde y que en consecuencia debe tener un alma insigne...; que debe [mostrar] una rara mezcla de mansedumbre y de firmeza, puesto que es el inferior de muchas personas en un municipio y no debe ser el servidor de ninguno; que no ignore sus derechos pero que piense mucho más en sus deberes; que de a todos ejemplo; [capaz de buenos consejos]; sobre todo que no busque en absoluto salir de su estado; contento con su situación, porque en él hace el bien; decidido a vivir y a morir en la escuela, al servicio de la enseñanza primaria, que es para él el servicio de Dios y de los hombres.

Hermosa definición; se aplicaba a los religiosos educadores, formados según la regla del Sr. de La Salle, o en los mismos principios; podía también convenir a una minoría de los maestros laicos, hábiles pedagogos, asiduos a su empleo y respetados por la dignidad de su vida. Los investigadores de Guizot constataron, lastimosamente, que esos modelos encontraban pocos imitadores en los campos franceses. Observaciones y conclusiones de los “490” profesores, magistrados, delegados voluntarios, que recorrieron, hacia finales del 1833, todas las provincias hasta las aldeas casi inaccesibles, figuran en el “Cuadro de la Instrucción Primaria” publicado en 1837, por uno de ellos, P. Lorain, profesor de retórica en el colegio real Louis-le-Grand [228]. Dan una triste idea del destino de los maestros de escuela, de su saber, de su conducta, del estado de los locales donde imparten el rudimento, a

menudo intermitente y según su fantasía, a algunos alumnos siempre listos para volver a los trabajos del campo. La ortografía y la gramática son ampliamente desconocidas; el dialecto reemplaza en muchos lugares a la lengua nacional. Las clases tienen lugar en una habitación, incluso en una choza, donde hierve el puchero familiar, donde el ama de casa se dedica a sus ocupaciones domésticas, a la colada de los bebés. La disciplina se resiente, es inevitable, en semejante ambiente, con tan extraño abandono. Y cada alumno, más o menos distraído, más o menos dócil, más o menos abofeteado o azotado, acude a balbucear el alfabeto, el silabario, por turno, según las rutinas del antiguo “método individual”.

Los campesinos muestran pocas consideraciones hacia el maestro; incluso a veces desprecio. Lo sitúan por debajo de sus pastores y de sus boyeros. El alcalde cree haber cumplido con él cuando lo ha hecho comer en la cocina. Por toda “paga”, algunas retribuciones de los padres, donativos en especie, frutos o legumbres que no son las mejores de la cesta. El pobre hombre añade otro oficio al que no le da suficiente para comer: zapatero remendón, sastre, cuando no tiene la suerte de ser enterrador o campanero. Tiene que reservar además tiempo para cultivar su parcela de tierra. La miseria lo persigue, o peor aún el envilecimiento de la borrachera y del vicio.

El desprecio que sufre, la avaricia, el egoísmo, todas las malas pasiones que le rodean le hacen tomar asco a su profesión. Si la abandona, la gente se acomoda a la ignorancia. “Nuestros padres, dicen, no sabían leer ni escribir”. Después de la Revolución el número de analfabetos se ha acrecentado en diversos lugares. Los esfuerzos, por lo demás insuficientes, intentados por los diversos regímenes políticos, no han sido secundados por las magistraturas locales salvo en las ciudades de grande o mediana importancia. “No lo podemos disimular, concluye la encuesta de 1833: el país está menos avanzado de lo que a menudo se ha pretendido; sus deseos no están al nivel de sus necesidades por todas partes; la inversión a realizar asusta, el trabajo que hay que tomarse desalienta; y por mucho tiempo aún, la autoridad superior tendrá que vencer la despreocupación de una parte de la población” [229].

En 1834, el gobierno se verá obligado a imponer de oficio a quince mil municipios que se niegan al voto de los créditos escolares; diez años después, dos mil setecientos se siguen obstinando en su mala voluntad.

Sin embargo, la Iglesia no ha renunciado a su misión educadora. En muchas parroquias, el cura se preocupa de la enseñanza elemental, añade algunas lecciones de lectura a su catecismo, busca él mismo al maestro que le ayude con los niños. Futuros Hermanos de las Escuelas Cristianas, como Jean-Bernard Rousseau en Tharoiseau, deberán a un sacerdote su primera formación intelectual, así como el despertar de su vocación [230]. Ya constatamos el papel del clero en el reclutamiento de los maestros, en las llamadas dirigidas a los jóvenes susceptibles de consagrarse a la enseñanza cristiana, y hasta en la creación de nuevas Sociedades religiosas especialmente destinadas a las escuelas rurales [231].

Sin este personal ya preparado, la tarea de Guizot hubiera parecido aún más difícil. Se comprende que a pesar de la agitación anticlerical de 1830, el ministro haya manifestado a los discípulos de Juan Bautista de La Salle, y a sus similares, activa estima y simpatía. En su circular del 12 de enero de 1833, declaraba que “las

asociaciones caritativas, legalmente reconocidas, que se consagran a la educación de los niños de las clases indigentes, serían merecedores de un justo interés” [232]. Durante la discusión ante la Cámara, se le oye expresarse sin rodeos:

“Desde hace quince años, el clero ha hecho mucho por la instrucción primaria en Francia... Ha fundado o mantenido numerosos centros educativos... Existe un ejemplo conocido por todos: son las escuelas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana; es imposible negar que se hayan multiplicado, que hayan realizado mucho bien, adoptado los mejores métodos, en una palabra, desempeñado un papel importante en el progreso de la educación” [233].

El mismo discurso, del 2 de mayo de 1833, no se contenta con constatar lealmente el resultado de las observaciones y las cifras de las estadísticas; se remonta a las causas, proclama en valor absoluto de la religión: “Quizás nunca con tanta evidencia” que en nuestros días, esa verdad se ha hecho tan evidente: el desarrollo intelectual, cuando va unido al desarrollo moral y religioso, es excelente; se convierte en un principio de orden, ...una fuente de prosperidad y de grandeza”. Pero, si uno se limita a él, suscita orgullo, insubordinación, egoísmo; toma la forma de un peligro social [234].

Las amenazas, sobre el particular, se esbozaban en efecto ante los ojos prevenidos: la irreligión se propagaba entre gente de formación “primaria” que mañana serían profesores de socialismo o de anarquía. Cuando el Sr. Lorain pregunta a un maestro de escuela sobre las lecciones de catecismo y de moral, recibe esta respuesta: “Yo no enseño esas tonterías” [235]. El ministro pretende reaccionar inmediatamente; no reserva para la fe su pequeña parte; quiere que sea el alimento de toda cultura espiritual: el niño debe crecer en una “atmósfera” adecuada a las necesidades de su alma. Abandonarlo a los instintos inferiores, darle “al pasar” nociones filosóficas, tal y como se le enseña “el cálculo, la geometría, la ortografía”, sería ignorar la naturaleza humana. La ciencia propiamente dicha no constituye la base de la educación [236].

François Guizot, el historiador, el “doctrinario”, se encuentra así de acuerdo con los grandes pedagogos. Habla como san Juan Bautista de La Salle. En consecuencia, ¿podría rechazar o restringir la colaboración de las Congregaciones docentes? Un diputado, llamado, Vatout, intenta obtener de la Cámara algunas medidas sectarias: el gobierno las combate, las hace descartar.

No solamente “el deseo de los padres de familia será siempre seguido en lo que concierne... a la instrucción religiosa” [237], sino que los municipios están autorizadas a elegir a las congregaciones para dirigir sus establecimientos escolares. Guizot asegura, en sus “memorias” de ancianidad, que hubiese “deseado dar un paso más” y dar a unos maestros tan abnegados “una señal pública de confianza y de respeto” dispensándolos de todo examen. Tuvo miedo de soliviantar a la opinión contra semejante privilegio [238].

Entre los miembros del comité local de supervisión figura, como hemos dicho, el cura de la parroquia. La Cámara de los diputados no admitió, en sus primeras votaciones, esa participación del sacerdote en la vida de la escuela. Los pares de Francia se mostraron menos desafiantes; y, a petición del ministro, apoyado por Victor Cousin, el texto del artículo 17 [239] fue restablecido en su integridad. Pero la lucha recomenzó ante la segunda asamblea, en torno al artículo 21, que

determinaba las atribuciones del pequeño directorio comunal. Al disminuirlas a causa de la presencia de un eclesiástico, el espíritu antirreligioso obtuvo su revancha [240].

Los prejuicios reinantes explicaban pues ciertas lagunas, ciertas limitaciones de la ley. ¿Cabría pensar que la definitiva organización de las “escuelas normales primarias” perjudicaría al éxito de los educadores cristianos? Guizot se defendió vivamente contra ello: “Estaba lejos, afirma, de querer destruir o [hasta] debilitar los otros semilleros” creados por las asociaciones docentes: “deseaba por el contrario, que ellas se desarrollaran también ampliamente y que una sana competencia se estableciese entre ellas y las escuelas normales laicas” [241]. Competencia y no ruda rivalidad, hostilidad declarada. La buena fe del iniciador se discute tanto menos que la misma seguirá dispuesta a pedir la colaboración de los Lasalianos para la formación de los alumnos-maestros.

Sus puntos de vista, por otra parte, se situaban muy por encima de los celos mezquinos. No se podría mejorar la enseñanza primaria, fijar sus programas, orientar su impulso, si los consejos municipales y los comités no eran capaces de elegir maestros seriamente instruidos, que ofreciesen, además de las garantías morales, un mínimo de saber y la prueba de sus aptitudes pedagógicas. Muy difícilmente, las Congregaciones hubiesen asumido la responsabilidad total de la educación del pueblo. Por otro lado, en un país desdichadamente dividido por opiniones y por profesiones de fe, era conveniente respetar las libres preferencias. Finalmente, y en eso entraban en causa las responsabilidades del Estado: si pretendía suministrar a los ciudadanos los elementos de los conocimientos humanos, debía organizar un cuerpo profesoral, elaborar un plan de estudios.

Al final del Imperio napoleónico existía una sola escuela normal para maestros: la de Estrasburgo. La Restauración le sumó cinco o seis. Durante los años 1830 a 1833, la Monarquía de Julio puso en ejercicio una veintena de ellas, entre las cuales la importante fundación de Rennes, y los establecimientos de Nantes, de Angers y de Poitiers [242]. La nueva ley obligó a cada uno de los departamentos a mantener a sus propios normalistas, ya sea con su propio presupuesto, o asociándose a las circunscripciones limítrofes para la adecuación de un edificio común y el pago de todos sus gastos.

Instrucción moral y religiosa, lectura, escritura, gramática francesa, dibujo lineal, medidas agrarias (y otras aplicaciones prácticas de geometría), nociones de ciencias físicas, elementos de historia y de geografía, música, gimnasia, y por último lecciones de pedagogía, tales eran las materias que se enseñaban, a tenor del reglamento del 14 de diciembre de 1832 [243]. Programa modesto, pero al menos ya bien definido para unos jóvenes cuya cultura, en el momento de su admisión en la escuela normal, seguía siendo de lo más rudimentario. La experiencia dará lugar a algunos ajustes, principalmente en el plano pedagógico, al principio concebido de una manera demasiado limitada y superpuesta, más que adaptada, al conjunto de la enseñanza [244].

Ésta exige, para los futuros maestros —como es lógico— las lecciones que ellos impartirán a sus alumnos. Se trata de formar “al ciudadano útil”. Por lo tanto se enseñará a los francesitos su lenguaje con su ortografía y su sintaxis, un poco de su historia, las líneas principales de la geografía de su patria, la aritmética, el dibujo, las

nociones esenciales de la geometría y de las ciencias físicas: en resumidas cuentas, bajo el amparo de los principios y deberes que se imponen a la conciencia, el núcleo fundamental de la civilización, el resumen de los conocimientos transmitidos por los antepasados. De todos modos carecía de un sano realismo, de una toma de contacto directo con la naturaleza, con el mundo exterior, una total adaptación a la psicología infantil, y una necesaria enseñanza profesional. La época seguía siendo aún demasiado “libresca”, demasiado apasionada de abstracciones, demasiado encerrada en la definición del *homo sapiens* [245].

No vamos a desestimar el esfuerzo realizado. Los autores de la ley de 1833 caminaban por las sendas trazadas desde hacía siglos; superaban una apreciable etapa y permitían esperar otros progresos. “Según las necesidades y los recursos de las localidades, declaraban en el umbral de la obra, la instrucción primaria podrá recibir los perfeccionamientos que se juzguen convenientes” [246].

Sobre esos “perfeccionamientos”, ellos mismos indicaban la orientación al hablar de una “enseñanza primaria superior”. Quizás sin saberlo, se situaban a sí mismos como los continuadores del Sr. de La Salle. Y, voluntariamente o no, volvían a abrir a los Hermanos de las Escuelas Cristianas los horizontes que la Revolución de 1789 les había cerrado, hacia los cuales, a pesar de mil obstáculos, el Hermano Guillaume-de-Jésus, el antiguo profesor del pensionado de Marsella, se encaminaba, en los últimos días de su generalato.

Con precisión y claridad, Guizot expresaba sus planes: “Una parte muy numerosa de la nación que, sin gozar de las ventajas de la fortuna, tampoco se ve reducida a una situación demasiado severa, carece por completo... de la cultura intelectual apropiada a su condición... Tendremos que hacer lo posible por [esos] compatriotas nuestros para que puedan [abordar las ciencias] sin recurrir a los estudios secundarios”. Y el ministro no dudaba en comenzar el proceso de ese “clasicismo” que Hippolyte Taine acusará más tarde de haber servido de vehículo a los errores de la Asamblea Constituyente, de precursor de los excesos de 1793: formación “peligrosa”, afirmará “ante los hombres de estado que comprendan su pensamiento”; “por algunos talentos que arranca” a la oscuridad, al desconocimiento, “¡cuántas mediocridades” le deben “unos gustos y unas costumbres incompatibles” con la situación que una sociedad bien organizada les asignaría! “Salidos de su ambiente natural”, inseguros de su camino, se hunden en su descontento, en la envidia, en la revuelta [247].

A los espíritus bien dotados, llamados a ocupar los puestos directivos del artesanado, del comercio, de la agricultura, de la pequeña y mediana industria, se le ofrecerá pues una enseñanza especial, que amplíe sus primeros conocimientos, que utilice, sin desviarlas, sus aptitudes. La recibirán en las “escuelas primarias superiores”, obligatoriamente establecidas en las capitales de los departamentos y otros centros urbanos de más de seis mil habitantes.

El programa de trabajo, como lo diseñaba la ley del 28 de junio y la circular ministerial del 15 de noviembre de 1833 [248], parece muy incompleto, con bastante poca relación con los objetivos perseguidos. No va más allá de las materias anteriormente enumeradas a propósito de las escuelas normales; se añaden, no obstante, la “geometría necesaria para las profesiones industriales”, la historia natural “aplicable a los usos de la vida”, y la enseñanza de una lengua moderna,

diferente según la posición geográfica de la escuela: inglés, alemán, español o italiano. Una aplicación realmente interesante no se producirá hasta los años del Segundo Imperio, y sobre el modelo ya presentado a las autoridades académicas para los pensionados de los Hermanos. En ese momento, la innovación superará el estadio primitivo, para constituir, en paralelo con los estudios greco-latinos, un ciclo literario, científico y técnico que responda a los deseos de una parte de la burguesía francesa.

Previamente, las desconfianzas siguen subsistiendo, los temores frenan los atrevimientos. Guizot constata “las lagunas que dejan, en nuestro sistema de educación nacional, los establecimientos de enseñanza clásica”: pero sólo quiere colmarlas progresivamente, según “las necesidades y los recursos” de las diversas regiones. Ve, no sin motivo, un “grave peligro” en dar el apoyo de los poderes públicos “a los deseos ilimitados, a las vagas fantasías” de teóricos sin representación. Experiencias “superficiales y confusas” arrojarían el descrédito sobre la Universidad. Ninguna que no tenga por objeto una necesidad local, un mejor empleo de las actividades humanas, de los productos del suelo. Eso es lo que debe determinar la elección de las lecciones, ya se trate de física, de química o de lengua viva [249]. En esas consideraciones, hay coincidencia entre el sociólogo preocupado por los “desclasamientos” y el historiador a quien los puntos de vista filosóficos, su sistema generalizador no han desviado de los hechos.

De hecho, sus contemporáneos no lo siguen sino tímidamente, en cuanto se trata de romper un círculo de costumbres, comprometer gastos, aventurarse, en provecho del pueblo. Se muestran más inclinados a favorecer las “escuelas de adultos”, que recomienda la circular del 4 de julio de 1833, y que, en pocas horas, con pocos gastos, espabilan a los analfabetos, trabajadores manuales, o bien suministran a jóvenes obreros un modesto bagaje de instrucción, después de la jornada de fábrica.

Se delatan también los pensamientos de la época a propósito de la gratuidad de la enseñanza primaria. Nuestros razonamientos actuales son desconocidos para la mayor parte de los burgueses de la Monarquía de Julio. Si el analfabetismo, decimos nosotros, perjudica al desarrollo de una raza, todos los niños deben recibir, en las mismas condiciones, los elementos esenciales de la cultura intelectual y moral. La enseñanza de base corre por cuenta de la nación... del conjunto de los ciudadanos, solidarios, y todos interesados en la educación de la juventud, así como en la defensa de la patria, en su prosperidad, en su grandeza. Dejar a los padres de familia el deber de retribuir, aunque sólo fuese parcialmente, a los maestros de escuela, establece la desigualdad, y por consiguiente la injusticia, entre el padre de un hijo único y que asume las responsabilidades de un hogar lleno de hijos. El impuesto, exigido en proporción de las fortunas, se hará cargo de las necesidades de la primera enseñanza: de ese modo el rico pagará por el pobre; las profesiones liberales, que gozan de una más amplia cultura, ayudarán a la civilización de las clases obreras y campesinas; el soltero, que en otros aspectos escapa a las preocupaciones del mañana, no quedará fuera de las obligaciones sociales, contribuirá también él, a la preparación de las generaciones posteriores.

Sin plantear el problema en todos estos términos, san Juan Bautista de La Salle había preparado ya su solución por medio de sus escuelas cristianas rigurosamente gratuitas, abiertas, sin duda, preferentemente, a los pobres, pero accesibles a todo joven cuyos padres lo confiaran a los religiosos educadores. Los Hermanos se

comprometían a no recibir nada de sus alumnos: correspondía a los bienhechores del Instituto, a los colectivos parroquiales y municipales, fundar, mantener los centros educativos, proporcionar a las comunidades docentes los recursos vitales.

La ley de 1833 se ubica desde otro punto de vista. Persiste, a pesar del principio admitido, en contemplar la enseñanza, incluso elemental, como una especie de lujo, una satisfacción personal y familiar que no constituye una obligación absoluta. Se preocupa por no “agobiar a los municipios” proyectando sobre su presupuesto —a falta de una permanente y suficiente colaboración del poder central— todo el peso de los gastos escolares. Para justificarse por reclamar la participación de los padres y madres, alega que “se aprovecha tanto mejor una cosa cuanto exige algún sacrificio”: el salario entregado al maestro “sujetará al niño en la escuela, excitará la vigilancia de los padres y hará que se sientan más orgullosos de sí mismos” [250]. Argumentos, ciertamente, no desprovistos de sentido común, pero que se reducen a unos límites bien estrechos, dan al dinero una especie de poder moralizador, reflejan exactamente la doctrina bastante rastrera y el espíritu calculador del burgués medio.

En consecuencia, el maestro de escuela no recibe más que unos honorarios ínfimos (reducidos en muchas localidades, a un mínimo de doscientos francos al año): completa con la “retribución mensual” de los alumnos, tasa cuyo monto es fijado por el Consejo Municipal. Sólo los indigentes quedan dispensados. El legislador, ciertamente, no se atiene, esta vez, a un *numerus clausus*, cuarta o quinta parte de la población que acuden a las escuelas, como lo habían previsto sus predecesores de brumario del año IV y de floreal del año X [251]. Se remite a la apreciación de los magistrados municipales. Los primeros en sufrir de esta demasiado confiada amplitud serán los maestros: algunos alcaldes de pueblo pondrán en la lista de los que no pagan a la casi totalidad de sus jóvenes conciudadanos. Como, por otra parte, dejarán a su nivel más bajo la tasa de la retribución y del sueldo propiamente dicho, la situación material, el rango social de numerosos encargados de la educación del “B-A... ba”, seguirán en una situación tan lamentable bajo el reino de Louis-Philippe como desde el inicio del siglo: miseria, gorronería o parasitismo cercanos a la mendicidad, recurso a oficios anexos, falta de consideración por parte del campesinado, y, como resultado, fuga de los jóvenes maestros, mejor dotados, hacia otras profesiones [252]. Por su parte, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, no se encontrarán mucho mejor tratados en algunas ciudades: les rechazarán cualquier aumento de salario, sea cual sea la afluencia de alumnos, con la esperanza —siempre en vano— de doblegar a sus órdenes a esos defensores indefectibles de la gratuidad.

Pero, finalmente, la Congregación lasaliana se libra más fácilmente de los apremios, y puede guardar su Regla sin perder sus razones de vivir: los niños del pueblo la conservarán como educadora en otras partes, si es necesario, además de los bancos de las clases municipales. En la nueva ley se está escribiendo un gran acontecimiento: se cumple el primer paso hacia la libertad de enseñanza.

Ya en el artículo 3 del título I, se enuncia el principio: “La instrucción primaria es pública o privada”. De ese modo, ante la carencia parcial de maestros oficialmente habilitados, el gobierno cuenta sobre las iniciativas particulares para multiplicar las escuelas. El artículo 4 del título II precisa en que condiciones un maestro libre puede ejercer su derecho: se requiere una edad mínima de dieciocho años; el maestro no abrirá su establecimiento hasta después de haber justificado sus capacidades

pedagógicas y su integridad moral; para ello, presentará al alcalde del municipio donde quiera enseñar 1º un título, obtenido después de un examen; 2º un certificado de buena conducta entregado, según atestado de tres consejeros municipales, por la autoridad local de su domicilio, o de sus residencias sucesivas durante los tres años precedentes a su solicitud: garantía indispensable, aunque no siempre suficiente, para excluir a los indignos. La prueba del título aporta, en cambio, una restricción seria, y muy discutible, para el liberalismo del Estado: confiere a la Universidad más que un medio de control, una acción directa, que puede llegar a ser fácilmente opresiva; mediante la selección y la obstrucción de las candidaturas, ¿el antiguo monopolio no tenderá a reconstituirse? En un régimen de libertad completa, cada ciudadano, con tal de que su reputación y sus costumbres estén a salvo de las críticas, puede erigirse en profesor; su auditorio, su clientela será juez de sus talentos; la experiencia lo condena o le otorga el éxito. A falta de un sistema tan amplio, se reconocerá el derecho de enseñar a los individuos provistos de un título que supone cierta preparación de tipo científico o literario, de los estudios realizados suficientes como para poder beneficiar a sus discípulos. Son independientes en cuanto a la elección de los programas y de los métodos.

La Francia de 1830, heredera de la Revolución y del Imperio, no habría admitido esas prácticas, atrevidas a la vez que fecundas. Tras una larga tradición de absolutismo, después de veinticinco años de dictadura universitaria, había que considerarse dichosos de una semi-victoria. La campaña de los menesianos comienza a dar sus frutos: Montalembert la retomará, con mejor audiencia, mejor comprendido por los católicos.

En el momento en que nos encontramos, es ya una satisfacción la buena voluntad del ministro, su leal deseo de dar su apoyo a la enseñanza libre, de llevar a cabo el entendimiento con la Iglesia. La ordenanza real del 16 de julio de 1833 estipula que los maestros privados serán admitidos, como maestros públicos, tras el informe de los prefectos y de los rectores de Academia, “a participar en los incentivos y en las recompensas” concedidos a los más meritorios [253].

Dos días después, Guizot escribe, destinada a los maestros de escuela, una admirable circular, un verdadero *sursum corda*: “La Sociedad, declara, no sabría devolver” al educador de los niños el equivalente de lo que él da. “Ninguna fortuna” que ganar, poca fama que conquistar... “Destinado a ver su existencia transcurrir en un trabajo monótono, algunas veces hasta encontrarse con la injusticia o la ingratitud”, el humilde maestro “se entristecería con frecuencia y quizás sucumbiría si no obtuviese su fuerza en algo más que en las perspectivas del interés personal... Es necesario que un sentimiento profundo... le sostenga y lo anime; que el austero placer de haber servido a los hombres y haber contribuido secretamente al bien público se convierta en el digno salario” de su conciencia. “No pretender nada más allá de su oscura y laboriosa condición, agotarse en sacrificios apenas percibidos por quienes se aprovechan de ellos”, entregarse a los hombres y “no esperar más que de Dios” la gloria del siervo bueno; la alocución ministerial no duda en proponerle esos objetivos, alentarlos con esa única esperanza [254].

En efecto, “un pensamiento religioso” debe “unirse con el gusto de la cultura y de la instrucción”. Misión delicada, espléndida, el pedagogo recibe a su carga el alma de sus alumnos. Por eso, debe ponerse de acuerdo con el sacerdote: ningún acuerdo parece “más deseable” [255].

Semejantes recomendaciones se dirigirán a los inspectores de las escuelas primarias, cuando, tras el informe de Ambroise Rendu, la decisión del Consejo Real de la Instrucción Pública, con fecha del 27 de febrero de 1835, haya determinado su función [256]. Mantengan “con los curas y los pastores las mejores relaciones”, les dirá el ministro. “Aplíquense a persuadirlos de que no es en absoluto por pura conveniencia y para establecer un vano respeto por lo que la ley del 28 de junio ha inscrito la enseñanza moral y religiosa al frente” de los programas; “es sincera y seriamente como perseguiremos el objetivo indicado..., como trabajaremos... en restaurar en los espíritus la autoridad de la religión” [257].

Por lo tanto, no cabría conservar la menor duda sobre las intenciones del Gran Maestro de la Universidad. Su recta conciencia fue —“dentro de los límites de su poder”, como reconoce en sus escritos— la responsable de un progresivo acercamiento entre la Iglesia y la nueva monarquía. La lucha contra la ignorancia, indispensable empresa que condujo, antes de 1848, a resultados efectivos [258], va acompañada de una reforma de las almas. Aunque las propagandas anticristianas y antisociales vienen en contra, aunque las angustias de una “miseria inmerecida” y el espectáculo de un mundo sibarita amargan al pueblo, aunque demasiados maestros, por falta de dirección espiritual, falta también de seguridad material, se muestran inferiores a su tarea, muchos prejuicios caen, muchas antipatías se desvanecen. Se juzgará el esfuerzo realizado a partir de la ley de 1833, cuando —el violento empuje de las masas derribando el trono de Louis-Philippe— veamos sobrevivir a esa ruina el respeto de las creencias, las atenciones manifestadas hacia el clero; cuando las reivindicaciones de los católicos y los arrepentimientos de ciertos hombres de estado decidan a la Asamblea de 1850 a proclamar un plan más amplio y más liberal del estatuto de la enseñanza.

* * *

En el campo escolar, el Instituto de Juan Bautista de La Salle habrá colaborado activamente con los jefes de la Instrucción Pública. Conocemos las dificultades que se le presentaron antes de la Revolución de Julio: las venció a fuerza de cordura y de paciencia, en ellas encontró la ocasión de marchar hacia adelante.

Su situación, regulada por el decreto de 1808, no cambia nada. Pero los diplomas ya no serán entregados a sus miembros según el procedimiento especial establecido firmemente desde febrero de 1819 [259]. La ordenanza del 18 de abril de 1831 quita a los religiosos docentes el privilegio que antiguamente les negaba Joseph Lainé, que les concedió Decazes, que les confirmó Frayssinous. “En el futuro, nadie podrá obtener un título de capacitación..., si previamente no ha realizado, en las formas... y ante quien corresponda por derecho, los exámenes prescritos... Todas las disposiciones contrarias... son y permanecen derogadas”. Una circular de Montalivet, dirigida el 23 de mayo a los rectores de Academia, ubica enseguida a los Lasalianos bajo la incumbencia de esa medida: “No deben ustedes dar ninguna autorización para ejercer las funciones de maestro a los Hermanos de las Escuelas Cristianas... que no se hallen provistos con el título”, hasta tanto no hayan superado la prueba legal. Las “asociaciones del mismo tipo” se encuentran comprendidas en ese derecho común [260]. Únicamente se librarán las comunidades de mujeres, porque en vano se buscaría en otra parte un número suficiente de educadoras [261].

De todos modos, incluso en lo que toca a las congregaciones masculinas, habrá que aplicar cierta moderación al radicalismo, considerar un sistema transitorio. Se objeta al ministro que exigencias demasiado severas traerán consigo la desaparición de las escuelas. Él puso al tanto de ello al Consejo Real y, con el parecer de las autoridades universitarias, se atiende, a partir del 20 de junio, a las decisiones siguientes:

1º El Hermano que dirige un centro educativo será el único obligado a recibir el título; 2º si ya ejercía sus funciones de director antes del 18 de abril de 1831, sin hallarse en posesión del diploma, el pergamino le será concedido de oficio.

Pero con el fin de subrayar claramente los motivos de esta condescendencia y su carácter totalmente provisorio, un tercer artículo estipula que, de ahora en adelante, los Hermanos jóvenes ya no gozarán de la dispensa del servicio militar, si no están previamente diplomados [262].

Ante la voluntad del gobierno, ¿qué puede hacer el Hermano Anaclet? La posición de resistencia adoptada trece años antes, por su predecesor, el Hermano Gerbaud, cedería al primer choque. Ya no encontraría el apoyo de la opinión pública. Además, la Sociedad Lasaliana muestra, en adelante, suficiente vitalidad, bastante cohesión, como para que la obediencia a las leyes civiles no comprometa la obediencia a los Superiores religiosos. Lejos de descubrir en los éxitos universitarios pretextos para la defección, la persona bien formada en la disciplina del noviciado atribuirá a sus maestros de la Congregación el honor de su modesta ciencia, se felicitará por aumentar el buen nombre de su Instituto. Como lo probará el futuro, no solamente los Hermanos no temerán para nada la obligación del título, sino que verán que les son atribuidos lo primeros puestos entre los candidatos.

Animado con tal confianza, el Superior General se limitó a intervenir ante el conde de Montalivet, para la regulación de las modalidades inmediatas. La circular del 20 de junio le da la razón; la cita, al escribir a uno de los rectores de Academia: “Algunos de nuestros Hermanos, que enseñan en el campo de su incumbencia, aún no disponen del título necesario... Me tomo la libertad de indicarle sus nombres... El Sr. Ministro, teniendo en cuenta las aclaraciones que tuve el honor de hacerle, consintió en otorgar el título sin examen a aquellos que dirigían una escuela en el momento de la ordenanza. Es gracias a esa condescendencia... que le pido tenga a bien entregar los diplomas” [263].

A continuación, los religiosos capacitados para enseñar a los alumnos mayores, y a dirigir las comunidades, se someten a los interrogatorios de los jurados. En conformidad con los términos de las ordenanzas del 29 de febrero de 1816 y del 21 de abril de 1828, reciben, normalmente, el diploma de “segundo grado”, que supone en su programa “la lectura, la escritura, la caligrafía, la ortografía, las principales reglas de la aritmética”, así como la manera de enseñar esos rudimentos [264]. Su cultura pedagógica, la extensión de sus pensionados los habilitarán para superar as pruebas más difíciles. Un inspector primario de la Academia de París constatará, dentro de algunos años, que están muy bien preparados. “Ejercitan mucho su memoria, a la vez que utilizan los razonamientos exactos”.

Según ese informe, sus conocimientos gramaticales dejarían algo que desear: el libro que se usa entre ellos necesitaría una refundición. No obstante, los tres

“aspirantes” que acaban de presentarse no han sufrido ningún fracaso: y uno de ellos figura el primero de la lista [265].

En 1832, el ministro de la Instrucción Pública, Girod de l’Ain, se revocó las concesiones acordadas por Montalivet. El no exigir el título más que para los Hermanos directores pareció a los medios universitarios la inaceptable supervivencia del antiguo privilegio. Una nueva decisión del Consejo Real obliga a los miembros de la Sociedad Lasaliana, en cuanto sean encargados de una clase a procurarse todos los documentos y autorizaciones reglamentarios [266].

La ley de 1833 parece confirmar esos rigores. Establece, en cada departamento, comisiones de examen. El ministro designará sus miembros, fijará la fecha de las pruebas y confirmará los resultados con su sello. El 19 de julio, el Consejo Real determina las materias del examen: catecismo, historia santa, lectura de impresos y manuscritos, en francés y en latín, escritura (redondilla, bastardilla y cursiva), gramática, cálculo (incluidas las fracciones), sistema métrico, nociones de historia y de geografía. Así quedan, en adelante, sólidamente establecidas las bases de la enseñanza primaria de nuestro país. Los constructores del futuro no establecerán sus más complejas arquitecturas más que sobre estos cimientos. Sobre ese mismo plan se organiza la enseñanza de las escuelas normales donde la geometría, el dibujo, las ciencias físicas y naturales, la historia, la geografía, la música, los métodos pedagógicos, la moral, las verdades de la fe cristiana ocupan su lugar o reciben los desarrollos que necesitan los maestros de las inteligencias juveniles [267].

Nada, sobre ese particular, que no responda a las aptitudes y a la vocación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Su “santo Fundador” se adelantó, en los puntos esenciales, al siglo XIX: comprenderlo, imitarlo, darle continuidad, basta a sus discípulos para no quedarse atrás, incluso para asumir la iniciativa de nuevos progresos.

No necesitan más que un tiempo de reflexión y los medios de acumular sus fuerzas, de aunar su impulso. Así se explican las gestiones del Superior General, inmediatamente después del 28 de junio de 1833. Desea, por parte de los jueces, completas garantías de imparcialidad: el examen público corre el riesgo de confundir a muchos Hermanos jóvenes; éstos encontrarían reconfortante la presencia, entre los jueces, de un jefe de su Instituto: Asistente, Director de noviciado, o el Hermano Anaclet en persona [268].

Guizot declara que un maestro de la congregación puede perfectamente formar parte de las comisiones de instrucción primaria: semejante elección no estará sometida ni a las intenciones gubernamentales ni al texto de los reglamentos [269].

Sigue pendiente la cuestión del título, en lo que se refiere a los maestros de las clases de los pequeños, de los llamados “los Hermanos aspirantes, Hermanos adjuntos”. El Superior expone su función, sus humildes atribuciones: un año de noviciado, consagrado en gran parte, a impregnarse del espíritu religioso, no podría constituir una preparación totalmente adecuada a la pedagogía. (Es aquella época, los “escolasticados” —a los cuales el Hermano Agathon había dedicado tantas atenciones— no se habían restablecido aún). El alumno-maestro se forma pues —siguiendo la más antigua tradición lasaliana— en la comunidad que lo emplea;

recibe, para encargarse y enseñar a los niños más pequeños, los consejos de su Hermano director; es objeto de una supervisión atenta, se somete a estudios cotidianos. “De ese modo, cada una de las casas del Instituto se convierte en una pequeña escuela normal”. Y si, por diversos motivos —voluntaria humildad o timidez insuperable, ciencia demasiado exigua pero útil abnegación, experiencia bastante grande o don especial para hacerse cargo de los principiantes, guiar un grupo de niños— algunos religiosos deben, durante toda su vida, ejercer funciones subalternas, los puestos en cuestión les permiten ser fieles a sus compromisos, sin perjuicio del público, incluso frecuentemente con éxito y satisfacción de las familias [270]. A causa de la obligación del título, ¿se excluirá de la enseñanza a esos buenos servidores? ¿Será bueno perjudicar un reclutamiento ya difícil, impedir un medio de formación que se muestra eficaz?

El ministro y su entorno manifiestan su buena voluntad. Primeramente decidieron que los “antiguos diplomas”, concedidos antes de 1833, “conservaban todo su valor” [271]. El Consejo Real examina a continuación el problema más importante: “Los maestros auxiliares, en una escuela municipal o privada, ¿deben ser sometidos a las formalidades y a las condiciones que la ley impone a los maestros?”. Esta vez, adopta una solución liberal: la legislación en vigor, declara, no concierne más que a los maestros propiamente dichos, los que se encargan de una escuela, que dirigen un centro de enseñanza primaria”. Por lo tanto, no constriñe a obtener los títulos y las autorizaciones oficiales a “los individuos que, bajo el título de vigilantes, ayudantes, monitores, aspirantes o maestros auxiliares”, quedan “a elección o libre disposición” de su jefe jerárquico.

“Solamente” —y aquí se reconoce el espíritu del monopolio, el prejuicio que persiste contra una libertad a prueba— “en virtud de las reglas generales de disciplina y de buen orden que rigen todas las escuelas ubicadas bajo la supervisión de la Universidad, nadie puede ser empleado en la enseñanza... por un maestro sea municipal, sea privado, sin que el rector de la Academia haya sido notificado y que haya dado su consentimiento, expreso o tácito” [272].

Es algo más que un derecho de observación sobre el conjunto de la educación nacional; es la puerta abierta para las inquisiciones y la arbitrariedad. Un rector malintencionado puede crear problemas, molestias, a un establecimiento libre [273]. Entre los Hermanos, no se manifiesta ninguna inquietud, por el momento: se fían de las palabras y los actos de Guizot.

Éste les garantiza, el 16 de septiembre, la validez de los títulos entregados anteriormente con la simple presentación de la carta de obediencia [274]. Aunque el privilegio concedido al Instituto por Decazes, gracias a la interpretación más favorable del decreto de 1808, desaparece definitivamente, al menos no sufre una revocación retroactiva. El Hermano Anaclet comunica esa buena noticia a sus inferiores, en la circular del 26 de septiembre. “Con el fin de prevenir las dificultades que podrían sobrevenir por parte de las autoridades locales”, ordena el procedimiento a seguir para los cambios de maestros: “cada Hermano de una clase superior”, sujeto a las obligaciones legales, “llevará consigo su título al abandonar una casa”, así como su certificado de moralidad; presentará esos documentos al alcalde de su nueva residencia, luego los dará a guardar a su Hermano director, durante todo el tiempo que pertenezca a la comunidad. Los directores ellos también, no volverán a enviar su dossier personal a la casa del arrabal Saint-Martin. Tan sólo,

los Hermanos de las clases de los pequeños, que posean un título universitario, lo entregarán en poder del Superior General [275].

El Lasaliano, empleado en una escuela pública, sigue siendo un dependiente de la Universidad. Por eso, cuando —por orden de sus jefes religiosos— irá a ocupar otro puesto, tendrá que procurarse el consentimiento ministerial, preámbulo de su investidura. Un miembro del Comité de distrito, delegado por el rector de Academia, procederá con las formalidades de la instalación: solicitará al maestro el juramento de fidelidad al rey y a la constitución [276].

Sobre ese particular, el gobierno no tolera ni excepciones ni reservas. Quizás pensando en salvaguardar ciertos escrúpulos, el Hermano Anaclet hubiese deseado que tan sólo la creación de una escuela diese lugar a esa ceremonia, de carácter político. Guizot le opuso una muy firme decisión de no proceder: “Usted y sus Hermanos, consideran la sumisión al rey de los Franceses, la obediencia a las leyes del país, como un deber sagrado. Tales sentimientos excluyen la dificultad que usted parece temer”. En lo referente al juramento, los súbditos de su congregación se encontrarán ubicados bajo “la misma regla que los demás maestros municipales” [277].

La dispensa del servicio militar sigue siendo una de las ventajas concedidas a los maestros, como contrapartida de sus obligaciones para con el Estado. Una respuesta dirigida por el ministro al prefecto del Lot, el 14 de octubre de 1834, no deja ninguna duda al respecto: la ley del 10 de marzo de 1818, se dice, se dirigía expresamente a los alumnos de las Escuelas Normales Superiores y a los demás miembros de la Instrucción Pública, entre ellos los Hermanos de las Escuelas Cristianas; la ley del 21 de marzo de 1832 no reproduce esas diversas denominaciones; pero “se debe entender con la misma amplitud” que la precedente [278].

No obstante, la exoneración no se aplica a los maestros auxiliares, “si no cumplen con las condiciones impuestas”, o sea —se puede creer según el contexto de la decisión tomada en 1833 por el Consejo Real— si no han obtenido el título ni autorización formal de enseñar [279]. En cuanto a los miembros de la nueva enseñanza libre, pagan el precio de su relativa independencia: “No pueden en modo alguno ser confundidos con los maestros comunales”, escriben al rector de Academia de Pau, el 22 de noviembre de 1833, los despachos ministeriales. No tienen derecho a la dispensa: “el acceso al beneficio legal hasta les es más categóricamente negado”, tras la ley del 28 de junio, de lo que lo era para los profesores particulares bajo el régimen del monopolio.

Ese rigor admite, empero, atenuantes: todos los maestros, privados o públicos, que el reciente estatuto ha encontrado en ejercicio, no deben “ser perturbados en modo alguno en su profesión de estado” [280]. En el caso de un maestro municipal que se haya pasado a las escuelas libres tras concurso, la dispensa del servicio militar le es mantenida [281]; lo mismo sucede, cuando ese tipo de mutación no resulta de la iniciativa de los interesados; por ejemplo, si un municipio reduce el personal de los empleados en sus establecimientos de enseñanza [282].

Por medio de interpretaciones semejantemente favorables, los Hermanos —siempre vinculados, además, a la Universidad en virtud del decreto de 1808— no se vieron,

en definitiva, y fuera cual fuera su empleo, llamados a servir a la bandera. La jurisprudencia contraria de 1833 pareció caer en desuso, con respecto a un Instituto que gozaba del reconocimiento legal. No se volverá sobre ello, antes del Segundo Imperio y las famosas circulares de Victor Duruy [283].

* * *

El estudio completo de la ley sobre la enseñanza primaria nos devuelve ahora al problema de la gratuidad. Se trata menos de considerarlo en sus principios, expuestos en nuestras páginas precedentes, cuanto en sus aplicaciones a las escuelas lasalianas. El Hermano Anaclét se muestra al respecto, como sobre tantos otros puntos, el digno sucesor del Hermano Agathon. Al negarse a abrir la brecha en esta muralla de la educación popular y cristiana, no solamente sigue fiel a la Regla del Fundador; contribuye a mantener libres las ciudadelas en las que se elabora el porvenir.

Sus posiciones están tomadas, sus planes de acción elaborados, en los meses que siguen a la votación de la legislación Guizot. Una primera circular del Superior General, refiriéndose a la retribución exigida a las familias, lleva la fecha del 26 de septiembre de 1833 [284]: “Hemos rogado insistentemente a esos señores de los consejos municipales no derogar la perfecta gratuidad de nuestra enseñanza. Varias ciudades han acogido nuestra petición; [renovaremos nuestras gestiones con las otras], con la esperanza de que buenamente quieran, finalmente [atender] nuestras humildes y apremiantes reclamaciones, tan conformes a nuestras Reglas como útiles al verdadero bien de la enseñanza. Si nuestras razones fuesen desechadas, nos creeríamos obligados a retirar a nuestros Hermanos, para ubicarlos en lugares donde son deseados desde hace tiempo y donde tendrán total libertad” para conformarse a su voto. “Sabén ustedes, carísimos Hermanos, cuánto importaba a nuestro santo Fundador la perfecta gratuidad de nuestras escuelas; consideraba este punto como el fundamento y el sostén de nuestro Instituto”.

Pero, tampoco se pueden desconocer los textos oficiales. ¿No parece invencible su rigidez? El esfuerzo del Hermano Anaclét consistirá en hacerlo flexible, y, si se enfrenta a la roca, en realizar un movimiento de rodeo, en aislarlo, en envolver a los adversarios en una red de argumentos juiciosos y un tanto sutiles.

La ley, “en verdad”, impone a los alumnos no indigentes una retribución mensual. Pero otorga su beneficio al maestro. El cual “es muy libre de renunciar a él”. Ahora bien, los Hermanos declaran “hacer su entrega a los niños que deberían pagar”; se contentarán con el sueldo establecido; “este acto de generosidad” no puede, naturalmente, más que suscitar el agradecimiento.

Sin duda será conveniente que los municipios, llamados a determinar el monto de los honorarios, no los escatimen. Pero en buena justicia, deberán proporcionar su parte en los gastos correspondientes a los alumnos pobres. Como, con mucho, ellos son los más numerosos [285], sus gastos de escolaridad —cargas esencialmente municipales— asegurarán la existencia, tan frugal, tan poco costosa, de los educadores religiosos.

Por esa misma época, el Hermano Anaclét desarrolla esa tesis en un informe, conservado en manuscrito en la Casa Generalicia [286]:

1º El “sueldo fijo” representa, de hecho, la “retribución mensual” de los indigentes; los Consejos municipales rempazan a los mismos para pagarla; verdadera “tasa de los pobres”, tal y como la definía en relator de la ley.

2º Las contribuciones de los “ricos” pertenecen al maestro, a título de complemento salarial. En consecuencia las ciudades no deberían valerse de ellas. Si algunas pretenden encontrar en ellas un resarcimiento, con el pretexto de que en materia de sueldo fijo, ellas van más allá del mínimo previsto [de modo tan mezquino] por el legislador, la réplica debe ser: puesto que sus recursos les permiten esa magnanimidad, y puesto que es suficiente para unos maestros decididos a renunciar a la retribución mensual, la cosa debe quedar tal como está. Tal es, en definitiva, el parecer del Consejo Real de la Instrucción Primaria.

Igualmente perentoria resulta la segunda circular, del 11 de noviembre de 1833, que se titula *de la gratuidad de la enseñanza, prescrita por los estatutos de la Orden y puesta en relación con la ley del 28 de junio*.

“Los Hermanos, se nos asegura, deben seguir siendo absolutamente ajenos a la percepción” de la cuota escolar: “no tendrán en ella la menor participación, directa o indirecta”, en dicha recaudación. “Hasta en el sistema paliativo [aquel al que querían recurrir los concejales de Boulogne-sur-Mer, en el siglo XVIII], el carácter esencial de las escuelas de nuestro Instituto —a saber, la gratuidad absoluta, sin restricción y sin reserva, tal y como ha existido siempre y cuyo depósito sagrado esperamos trasmitir a nuestros sucesores— recibiría una profunda agresión”.

La emoción vibra en el estilo del Superior, inspirado por el recuerdo del Sr. de La Salle, por los escritos más solemnes de la Congregación y de los Soberanos Pontífices. Las vejaciones, las inquisiciones, que sufren las familias sospechosas de cierta holgura, provocan sus palabras indignadas. “No, jamás, sucederá un escándalo semejante...; desde hace ciento cincuenta años que enseñamos, nuestros discípulos nunca nos han debido dinero; nuestros actuales alumnos no nos lo deben, los que tengamos más adelante tampoco nos lo deberán. Los instruimos por Dios y para el Estado, y no para nosotros. Les pedimos docilidad y virtudes, pero nunca dinero. Son nuestros niños y no nuestros contribuyentes”.

Suprimiremos sus subvenciones, los ingresos que ustedes reciben de la generosidad pública, replican los magistrados de algunas ciudades. Los Hermanos no se doblegarán ante la amenaza: “No pedimos más que lo estrictamente necesario”. Si a veces no lo obtuvieran, dice el Jefe a sus tropas, “que su frugalidad, su paciencia, y su amor a la mortificación, a la pobreza y a los sufrimientos” suplan a todas las restricciones. “De ese modo..., ustedes comprarán la felicidad de no alejarse” de las ciudades “donde ustedes son apreciados por sus alumnos, bendecidos por los padres, estimados por todos”.

He ahí los sacrificios que a ejemplo del Fundador, el Lasaliano consiente para servir a la infancia sin sombra de ninguna intención interesada, de una solicitud parcial. Si son ineficaces; si los consejos municipales se obstinan en cobrar la retribución; “si la letra precisa e imperiosa de nuestros estatutos, si la santidad de nuestros votos; si nuestras súplicas, nuestras oraciones”, nuestros ofrecimientos de conciliación no mueven los corazones, “entonces, solamente entonces, nos retiraremos”.

Es importante, además, no pecar contra la moderación ni contra el sentido común. El Hermano Anaclet distingue entre las tasas impuestas por la autoridad civil y los dones espontáneamente entregados a los organizadores de las escuelas. Las mismas en diversos lugares, se mantienen por medio de suscripciones: puede ser que algunos padres de alumnos les ofrezcan su óbolo. Se incurriría con toda razón en la censura, en el ridículo, al pretender “que un padre de familia desde el momento en que ha colocado a su hijo” sobre los bancos de los Hermanos, no pudiese participar en una buena obra que entra dentro de sus principios, o que se viese privado de una educación cristiana, porque figura entre el número de los suscritores [287].

Por lo tanto, el Instituto no merece los reproches bastante duros que le dirige el Sr. Lorain en su obra de 1837. “Obstinación fuera de razón”, alega; rechazo a prestarse “a los arreglos imaginados por los municipios”, que se comprometen a realizar ellos mismos la recogida de las contribuciones familiares, o bien que reservan a los defensores de la gratuidad la educación únicamente de los indigentes [288]. En el primer caso, se viola una regla fundamental; en el otro, la acción educativa, evangelizadora de los Hermanos se encuentra injustamente reducida.

Lorain no dudaba en concluir que una rigurosa aplicación de la ley privaría a las Congregaciones recalcitrantes de todas las escuelas municipales. Muchas municipalidades se echaron atrás ante esas soluciones extremas. Se necesitaba a los maestros religiosos: tan pronto el sectarismo se callaba, se las ingeniaban para buscar un *modus vivendi*. De todos modos no fue sin discusión: “Tenemos siempre que luchar..., escribía el Superior General a su Asistente, el Hermano Abdon [289]. Hasta ahora salimos vencedores. Quimper... nos entrega la retribución mensual, Meaux acaba también de darse por vencida. Charleville y Chartres han sido más severos... La segunda ciudad ha reducido el sueldo fijo al mínimo legal. Le hice notar al alcalde los inconvenientes que presentaba semejante trato”.

En Dole-du-Jura, las autoridades locales se preguntan si los Hermanos aceptarán “asociarse al progreso” [¿?] querido por el legislador. Deciden, primeramente, que para conservar la dirección de la escuela primaria, la comunidad deberá pasar por las horcas caudinas. Pero su enérgico jefe, el Hermano Germain, no lo entiende así. Sus protestas no resultan vanas: Dole, después de Quimper, vuelve a la gratuidad [290].

Leroy-Beaulieu, alcalde de Lisieux, logra que su Consejo se decida a tener consideración con el Instituto: “Si los Hermanos se retiran y no establecen una escuela privada, ¡qué terrible impresión... para el pueblo! La obligación nueva de pagar una tasa, en los establecimientos que ocupen su lugar, al coincidir con su partida, hará que el conjunto de los habitantes se sienta herido por el mismo golpe con que los golpea a ellos; no serán únicamente sus numerosos partidarios quienes les recordarán con sus deseos, sino el interés personal quien producirá en favor suyo una reacción entre los hombres que hoy les manifiestan indiferencia u hostilidad; se producirá el mayor de los rechazos contra las escuelas donde uno no será recibido más que pagando o con un certificado de indigencia.

“Si los maestros actuales, expulsados de las clases municipales, abren una escuela particular, piensen lo que sucederá con nuestra escuela de enseñanza mutua. En ella no admitiríamos a los niños más que mediante retribución o presentación de

prueba de falta de recursos. Los Hermanos, en cambio, recibirían gratuitamente, y sin ninguna formalidad humillante, a todos aquellos que se presentasen. Toda competencia sería evidentemente imposible.

“En esa lucha, la enseñanza primaria se deterioraría. Por haber buscado una economía de ocho a novecientos francos, que ni siquiera obtendríamos, habríamos desorganizado lo que nos ha exigido varios años de trabajo” [291].

Semejantes consideraciones son suficientes para esos normandos que saben calcular y que desestiman los manejos de una política intolerante, torpe, de corto alcance. Sus vecinos de Ruán, no obstante, perseverarán en una actitud rencorosa, [292] a pesar de la intervención del gobierno.

Finalmente se comprendió, en las altas esferas, el daño que causa a la enseñanza esa eterna triquiñuela de los negocios. Y muy significativa parece ser la carta escrita, el 9 de marzo de 1836, por el Sr. Pelet, uno de los sucesores de Guizot, al Sr. Faucon, presidente del comité de las escuelas cristianas de Ruán: “En cuanto a lo que se refiere a las diferencias relativas a la retribución mensual, me gusta creer que toda esperanza de conciliación no está perdida; que las dificultades que han llevado al Consejo Municipal a negar a los Hermanos toda asignación pueden ser allanadas. Su apertura, como la del Sr. Superior General, son las apropiadas para facilitar el resultado.

“Dos medios se encuentran indicados: uno consiste en excluir de las escuelas de los Hermanos a los niños de familia acomodada. Según el otro, los maestros sufrirían sobre su asignación fija una reducción proporcionada al número de sus alumnos no indigentes o, en otras palabras, como lo explica vuestro Comité, esa asignación sería disminuida hasta el equivalente del producto de la retribución no cobrada: lo cual, a razón de 150 alumnos y de 10 francos por cada uno, sumaría 1.500 francos a retirar de los 14.000 francos que constituían la subvención municipal.

“El primer medio es inadmisibles: tendería a limitar el ejercicio del derecho que un padre de familia puede ejercer, para elegir el maestro de su hijo. Además, en el aspecto social, tendría el grave inconveniente de aislar, desde esa corta edad, a los niños pobres de sus compañeros de las clases más favorecidas de la fortuna.

“Pero no me parece que nada se oponga a la adopción del otro sistema: si reduce los recursos, ya de por sí tan poco considerables, de los Hermanos, cabe pensar que la generosidad de los habitantes, animados por tan desinteresadas disposiciones para con sus escuelas, suplirán el déficit” [293].

Una opinión ilustrada se sumaba pues al punto de vista del Hermano Anaclet. A pesar de más de un prejuicio, la separación de las clases sociales y, como lo señalaba Leroy-Beaulieu, la “humillación” ocasionada a los obreros, a los pequeños artesanos, por el “certificado de indigencia”, resultaban perjudiciales para la armonía de los ciudadanos.

Esta feliz evolución, a la que nuestros Lasalianos contribuyeron tan eficazmente, llegaba su conclusión casi en todas partes en los diez primeros años de la Monarquía de Julio. Saint-Omer, por mucho tiempo rebelde, dispensaba de la tasa escolar a todas las familias antes de 1840 [294]. Y ese año, el 14 de septiembre, a

una pregunta del alcalde de Chartres, su colega de Orleáns respondía: “De hecho, todos los alumnos son admitidos gratuitamente en la escuela de los Hermanos, puesto que la retribución mensual de los alumnos no indigentes, declarada perteneciente a esos maestros y retenida, cada trimestre, sobre su asignación, es personalmente devuelta por ellos a los padres y madres. Con este estado de cosas, la administración, para conciliar, en la medida de lo posible, los estatutos y los intereses de los Hermanos con la ejecución de la ley, ha limitado convencionalmente a doce el número de alumnos no indigentes cuya retribución no percibida es deducida del sueldo” [295].

La estrechez de las disposiciones legales obligaba a tomar esos senderos indirectos. Por medio de una “ficción” que no engañaba a nadie, el principio burgués de la escuela de pago quedaba a salvo. El Hermano Anaclet no había pensado en considerar sacrificios mayores; al igual que Juan Bautista de La Salle y sus primeros discípulos, la comunidades habrían vivido “de sólo pan”, con el fin de conservar fidelidad a la Regla. Los contemporáneos del rey Louis-Philippe no se mostraron implacables: personas decentes, o al menos en su conjunto, mentalidades amplias; amigos de la paz, del orden, de la “moral”; y generosos aunque sin olvidar el cálculo. Se sintieron interesados en reducir las cargas municipales exigiendo la retribución escolar. La preocupación por las finanzas se aliaba con sus increíbles suspicacias en buscar las cosquillas a los religiosos educadores. Después de reflexionar, se daban cuenta que, para instruir al pueblo y para evitar sus protestas, la colaboración de los cristianos desprendidos de los bienes de este mundo no presentaba más que ventajas: colaboración leal, incansable, poco costosa. La aceptaron, algunos de mala gana, muchos otros con una solicitud cada día más marcada. Los Hermanos — como era de esperar— triunfaron con modestia. Al defender sus derechos, no reclamaron más que lo que les era debido: salvaguardando la gratuidad, trabajaron en la difusión de la enseñanza [296].

* * *

Encontrar las bases de un acuerdo con el poder civil, con los jefes de la Universidad, con miras al bien general, fue siempre una de las máximas del Hermano Anaclet. Al principio de la Monarquía de Julio, se llegó a temer una escisión irreparable: los protectores del Instituto figuraban, muy a menudo, entre los adversarios y las víctimas de la Revolución. Muchas municipalidades que cortaron los víveres a las escuelas cristianas actuaron por hostilidad política contra los legitimistas, los “carlistas”, considerados como los aliados naturales de los “ignorantillos”. Y después de las decisiones que habían acarreado el cierre de varias clases o la salida colectiva de los maestros, la creación de escuelas privadas frente a establecimientos oficiales pareció una revancha de los opositores, la respuesta de su honor al desafío que les presentaban los vencedores del momento. “Poderosas familias” tomaban parte ampliamente, en diversos lugares, al movimiento. Las exhortaciones del clero reunían rápidamente a ricos y pobres, el “denario de la viuda” y las generosidades de grandes propietarios, en una cruzada contra las “inicias decisiones de los magistrados” [297]. Clima de guerra civil: peligrosa para la infancia, penosa para los maestros, capaz de comprometer todo progreso social y pedagógico.

El Superior General quiso salir de él. Su actitud a propósito de los títulos obligatorios, sus negociaciones relativas a la gratitud escolar, nunca revistieron, como hemos visto, la forma de una terca resistencia. Juzgó que su Congregación,

para mantenerse en la línea de su Fundador, para entregarse al pueblo, debía escapar de los partidos. Audazmente, usaba la libertad; pero a condición de no caminar sin una razón grave, al margen del Estado.

Su circular del 17 de diciembre de 1833 manifiesta una resolución bien clara: las dádivas particulares, las fundaciones libres, son aceptadas con agradecimiento; semejantes iniciativas han salvado la existencia de casas importantes, probado la adhesión de los católicos a su fe, a la educación de sus hijos. Es conveniente sin embargo, considerar “las suscripciones como recursos precarios y ocasionales”: el objetivo al que se debe “tender siempre”, es el de obtener la reintegración de las escuelas lasalianas dentro de las escuelas municipales. Cuando, en una ciudad, se creará llegada la ocasión, orden para los Hermanos de no dejarla escapar.

“Mientras tanto”, el Superior “recomienda” a los directores de las comunidades “comportarse con los magistrados de manera que merezcan su estima y su buena disposición, que se los ganen”, tras los antiguos malentendidos, las viejas persecuciones. ¡No detenerse en los obstáculos! ¡Que las relaciones se inspiren en la deferencia y cortesía! ¡Nada de proferir palabras mordaces, aunque existan motivos de quejas! “Esa moderación”, muy conforme al Evangelio, ayudará al “acercamiento de los espíritus y de los corazones” [298].

Siguen subsistiendo muchos recelos, extendidos por la calumnia y que son muy del gusto de la época hacia los “asuntos tenebrosos”, los supuestos “misterios de las Congregaciones”. Los lectores de Eugène Süe los imaginarán gustosamente en los Hermanos como entre los Jesuitas. Y podemos descubrir ese estado de ánimo —de un romanticismo bastante bajo— en un concienzudo e inteligente universitario como Lorain. “No conocemos suficientemente, se atreve a escribir, la constitución interna de esta [asociación], la mano suprema que la gobierna, sus compromisos con el poder eclesiástico y quizás pontificio, como para dar al respecto las clarificaciones que reclama la curiosidad... Creemos que el secreto esta bastante bien guardado como para que nos hayamos visto, hasta el presente, limitados a conjeturas”.

Pero enseguida “hace justicia a la habilidad del jefe, a la docilidad de los servidores”. Si “la envoltura” del Hermano le parece “simple y ruda”, no ignora lo que encubre de sentido común, “de habilidad y de valor” [299]. Los “frutos del árbol” son buenos: el análisis no debe descuidar el examen de las “raíces”.

Por lo cual se aplica a dibujar, con trazos un poco recargados, a la vez que con una evidente simpatía, la silueta exterior y la fisonomía moral de ese personaje que desconcierta a la gente:

“Vemos por la calle un hombre cuyo hábito extraño provoca a veces las burlas de algún transeúnte indiscreto”; el hombre no le contesta; deja el sarcasmo “resbalar sobre su manto de sayal”. Lo vemos, “con el rosario en la mano, por la mañana, conducir a todos los niños que dirige, para enseñarles a comenzar el día con una obra santa”; en la clase donde enseña, fuera de la clase, cuando se prepara para ella, se “concentra por completo en sus deberes... Tal es la vida del *Hermano Ignorantillo*: las disipaciones del siglo, los placeres de la familia, la preocupación por su futuro, el vano deseo de la fama no le causan ningún desvelo. El [Superior] lo envía, él va; cartas de obediencia lo vuelven a llamar, está listo. Cumple su obra con el mismo celo que si esperase fama o fortuna; y sin embargo los ingresos de la

escuela no pasan ni siquiera por sus manos; y los más brillantes éxitos ¿pueden afectar a un hombre que ha renunciado incluso a su nombre? Indudablemente, el Hermano Anthime, el Hermano Amphiloque no suspiran por la gloria y jamás votos más humildes fueron más regularmente observados. Y el novicio [300] que se ocupa de las tareas domésticas, al lado de sus dos compañeros, allá junto a los Alpes o a los Pirineos, y el Superior que maneja desde París todos los hilos de la obra, que dirige una milicia organizada por toda Francia, llevan un manto del mismo paño, un sombrero de igual fieltro y saludan con un simple: *Hermano* [301].

La página, muy del color de la época, parece una imitación del *Genio del Cristianismo*. El autor, si se hubiera tomado la molestia de leer la “Regla Común” y la “Regla de Gobierno”, no hubiese hablado de “secreto” escondido con celosas precauciones; hubiera puesto sencillamente, sino de modo más elocuente, con toda transparencia los motivos sobrenaturales que dictan la actuación de los Lasalianos; hubiera pintado del educador religioso, heredero de una sabiduría muy equilibrada, de una razón totalmente “clásica”, un retrato más sobrio. Pero su abundante descripción vale como un testimonio de los medios intelectuales, como el esfuerzo de un investigador honesto que se separa de las costumbres y de las ideas recibidas para comprender a un pueblo desconocido, una región inexplorada.

El 15 de febrero de 1834, una voz superior —voz de poeta y de hombre de Estado— se alzaba en favor de los Hermanos, ante la Cámara de los Diputados. Por esas fechas aún se encontraban algunos jacobinos para declarar la persecución. Lamartine se encargó de manifestarles el desprecio de las conciencias nobles con el siguiente discurso:

“Mientras el clamor popular reclama la multiplicación de la enseñanza para las clases trabajadoras, mientras que, de todas partes, bajo todos los medios de opinión... se está de acuerdo sobre una sola necesidad, la enseñanza pública..., ¿qué se nos viene a pedir? ¡Expulsar de nuestra tierra a unos hombres que no hacen más voto que el de consagrar su vida a la propagación de la moral evangélica, unos hombres que no piden más que la libertad de la entrega, el derecho de sacrificarse gratis, o por un precio que no es de este mundo, en la enseñanza de las clases desfavorecidas! Y ¿qué quiere decir esta petición, sino que hay que violar toda libertad, toda voluntad, hasta en el corazón y en la conciencia del padre de familia? Señores, si los demandantes de Vitré hubiesen visitado aquellas regiones que nosotros llamamos bárbaras, si hubiesen estado en Turquía, habrían visto que la tiranía ni siquiera llega hasta tanto”.

Así es como el orador de altos vuelos planeaba por encima de las querellas miserables. Él mismo conocía poco a los Hermanos de las Escuelas Cristianas [302]; sus pensamientos, sus ambiciones lo alejaban entonces de la Iglesia. Pero, a falta de una creencia ortodoxa y profunda, basaba en un sentimiento caballeresco, en su afecto por las personas humildes, en su sueño de una humanidad libre y generosa, su más bella inspiración, la justa cólera que fulminaba a los pigmeos de una aldea bretona.

Pero en definitiva, será Guizot en quien “las asociaciones religiosas consagradas a la enseñanza primaria” encontrarán su apoyo más seguro. En sus Memorias, el antiguo ministro no maquilla la verdad cuando afirma: “No solamente las protegí [en el ejercicio de su misión], sino que acudí en su ayuda en sus necesidades,

considerándolas como los más honrosos rivales y los más [sólidos] auxiliares, que en sus esfuerzos por la educación del pueblo, el poder civil pudo encontrar. Y en justicia debo decir que, a pesar de la oscura susceptibilidad que naturalmente sentías dichas congregaciones piadosas hacia un gobierno nuevo y un ministro protestante, pronto tomaron confianza con la seria sinceridad de la buena disposición que yo les manifestaba y vivieron conmigo en las mejores relaciones” [303].

Como una de las pruebas de su muy leal simpatía, François Guizot recuerda su gesto de 1833, cuando en el mismo momento en el que las Cámaras discutían la ley escolar, quiso ofrecer al Hermano Anaclet la cruz de caballero de la Legión de Honor. De ese modo quería “marcar claramente el espíritu” de su obra y manifestar ante la opinión pública “la estima” que profesaba hacia “el principal” de los Institutos docentes. La anécdota ha merecido siempre un lugar privilegiado en los anales lasalianos; creó un precedente, una tradición, que tan sólo los acontecimientos de 1870 pudieron modificar enteramente, antes de las concepciones y las formas de actuar, tan diferentes, de nuestro siglo.

El Gran Maestro de la Universidad envió, el 6 de junio, al Sr. Delebecque, inspector primario, a preguntar al Superior General “si los estatutos de la Congregación permitían” colocar la cinta roja sobre el hábito de los Hermanos. Cálidas emociones, y también escrúpulos, en la casa del arrabal Saint-Martin. Al día siguiente, el Hermano Anaclet respondió que estaba “colmado de agradecimiento, y convencido, cada vez más, de la buena disposición con que el gobierno se dignaba honrar” a los discípulos del Sr. de La Salle.

“Nuestro santo Fundador, continuaba, no ha puesto nada en nuestras Reglas que nos prohíba formalmente aceptar” semejante ofrecimiento; “no pudo prever” que sus humildes hijos se verían, un día, en la situación de recibir “propuestas tan halagadoras”. Pero “consultando el espíritu” de sus instrucciones, “que tienden todas a inspirarnos el alejamiento del mundo, la renuncia a sus honores, creemos deber... rogarle que acepte nuestras excusas y nuestro agradecimiento, al mismo tiempo que nuestra negativa” [304].

Una condecoración, no obstante, muy legítima, merecida réplica a los ataques y desprecios, heriría la humildad del religioso, en esos tiempos muy cercanos aún, a pesar de la Revolución, del rigorismo primitivo, de la voluntaria “abyección” buscada por el Fundador. Pero, si se quiere asegurar la existencia y el reclutamiento de los Hermanos, no cabe negarse a las felicitaciones, a los elogios, en particular cuando van acompañados de liberalidades más sustanciales. Los ministros de Luis XVIII y de Carlos X otorgaban al Instituto asignaciones bastante numerosas: nada más que para el mantenimiento del Superior General y de su entorno inmediato, el Sr. de Corbière daba 6.300 francos en 1822. Esa cantidad mantenida en 1823 y 1824, se elevaba a 8.400 francos los dos años siguientes, iba hasta 10.000 en 1827, para volver luego al término medio: a ello se añadían, como hemos visto, las generosidades de la familia real.

El destierro de los Borbones priva al Hermano Anaclet de esta segunda fuente de ingresos. ¿Hará que se le agote la primera? En la casa del Santísimo Niño Jesús, se recibió la subvención regular, el 22 de marzo de 1830. En 1831, los Lasalianos se arriesgan a recordarle al conde de Montalivet: éste exige justificación de ingresos y

gastos del Instituto en su conjunto. El resultado parece negativo: no hemos descubierto rastro de pagos por el doble ejercicio de 1831-1832. Guizot se ocupa personalmente de reanudar las entregas: a partir de entonces, y contando desde el 25 de abril de 1833, la entrega de 8.400 francos se ejecuta, durante los seis últimos años del generalato en curso. En 1837 se le suma un suplemento, en beneficio de los noviciados de la Congregación [305].

Además de estos fondos que llegan a la Casa Madre, una ayuda intermitente es concedida a un cierto número de establecimientos. Aparece ya en 1832: el ministro de la Instrucción pública concede 3.180 francos a las escuelas de los distritos 1º, 4º, 5º, 8º y 9º de París y 800 que representan la pensión de dos novicios [306]. Se trata, con mucha frecuencia, de facilitar la adquisición de libros y “otros objetos necesarios para la enseñanza”: ése es el motivo en la capital; por esa misma razón Guizot envía 400 francos, durante el año 1833, a los Hermanos de Lisieux [307]. Se interesa particularmente por esta ciudad, que seguirá siendo su feudo legislativo, antes de ser la tierra de su elección para su prolongada vejez. Pero no olvida las necesidades de otras provincias: la comunidad de La Flèche le debe, además de un donativo de 3.000 francos, el volver a caer en gracia a las gentes del lugar: se encarga al Consejo Municipal de controlar el empleo de los beneficios ministeriales; el subprefecto viene, junto al obispo del Mans, a presidir la ceremonia que finaliza las clases de 1834; el inspector de la Academia de Angers declara, tres meses más tarde, que los jóvenes de La Flèche de la escuela cristiana se cuentan entre los alumnos mejor instruidos de su zona. Y las municipalidades vecinas se apresurarán, a partir de 1837, en acrecentar con su aporte financiero la ayuda que, en adelante, la pequeña ciudad del Mans ofrece a los maestros religiosos [308]. En el Sur de Francia hemos señalado la eficaz intervención del inspector general Matter en favor de la casa de Toulouse: el Gran Maestre de la Universidad, “tomando en consideración el celo” del Hermano Apollinaire y de sus colaboradores, los recompensa con 800 francos, en el mes de agosto de 1833 [309].

Las ayudas no se limitan exclusivamente a las escuelas municipales; sucede que los establecimientos libres reciban también su parte. En Beauvais, los sectarios han expulsado al personal de las congregaciones: una fundación nueva surge de las actividades católicas; y Guizot la apadrina, puesto que le otorga mil francos [310].

Condena —y reprime en la medida de sus poderes— las vejaciones de los administradores locales. Su solicitud se manifiesta para con los Hermanos de Reims, siempre blanco de la malquerencia de su consejo municipal. En agosto de 1834, se les indica que deben abandonar sin demora el antiguo convento de los Carmelitas, en el que el alcalde Tronsson-Leconte los había instalado en 1806. Desde París, se intenta retrasar esa expulsión: sería “deseable” que la ciudad mantuviese la comunidad en su sitio; al menos, que el consejo municipal tenga a bien diferir hasta nueva deliberación. ¿Es necesario “recordarle los servicios esenciales que esos maestros han prestado y prestan diariamente a la educación pública?

Pues bien. Los de Reims deciden que el edificio deberá quedar libre el 24 de junio de 1835. Los Hermanos podrán optar entre una indemnización locativa o su traslado al callejón de la Chavrerie: la indemnización no resuelve el problema de la habitación; y en cuanto a la casa que se les ofrece, sus dimensiones y su estado —según el parecer del mismo arquitecto de la ciudad— la hacen muy incómoda para

su uso. El Hermano director Fleury prevé, para los Lasalianos, “la triste necesidad” de abandonar el país natal de su Fundador.

Una vez más, Guizot se pone de su parte: el 25 de abril de 1835, invita al alcalde “a poner fin a una lucha fastidiosa”, otorgando a los religiosos un local conveniente. El 22 de junio, los consejeros votan la compra del ex-monasterio de la Visitación, en la calle del Jard. Pero pretende no admitir en él más que a los Hermanos que se mantienen en las clases municipales, excluyendo a los que dependen de la Asociación caritativa. Es romper la unidad de los miembros de la Congregación: el ministro objeta que “todos” son muy útiles para Reims, “puesto que todos, contribuyen a educar a los niños pobres”. Así respaldado, el nuevo director, Hermano Isidore, aguanta y se opone, con éxito, al uso compartido de la vivienda entre su comunidad, los maestros de las escuelas mutuas y una sala de asilo [311].

Esa protección del gobierno la volvemos a encontrar en Saint-Denis-en-France. Allí, el alcalde ha impedido el acceso a la escuela cristiana a varios niños, para dirigirlos hacia la enseñanza lancasteriana. “La libre concurrencia, le indica el ministro, debe existir entre las diversas escuelas”; las familias, tienen, incontestablemente, el derecho de elegir a los maestros de sus hijos. Sin duda, los primeros puestos disponibles pertenecen, entre los Hermanos, a los indigentes: pero una vez recibidos todos los pobres que la autoridad local propone al director, no se puede impedir al mismo dar respuesta a la población acomodada. Una “limitación” en el número de los alumnos no se explicaría más que en el caso de que una gran afluencia comprometiese el orden y la salubridad [312].

Los Hermanos se consideran bien defendidos: “Conservaremos mientras vivamos, declara a Guizot el Superior General en ese años de 1833, el recuerdo y el agradecimiento de sus inapreciables bondades; proclamaremos sumamente, como lo hacemos todos los días”, las muestras de interés, los gestos de eficaz simpatía, que nos da el gobierno del rey. Al año siguiente, una reunión de los principales Lasalianos renueva oficialmente la expresión de una gratitud total y muy justificada [313].

La mayor parte de las Congregaciones fundadas para la enseñanza masculina se benefician de una amplia seguridad, en cuanto se ponen al servicio del pueblo, cuando practican una exacta lealtad hacia los poderes establecidos, cuando obedecen a las directivas gubernamentales. Un documento de 1834 [314] proporciona la lista de aquellas que se están provistas de todas las autorizaciones necesarias; en aquella época se contaban ocho: la Asociación de los Hermanos del arrabal Saint-Antoine; la Sociedad de los Hermanos de María, fundada por el P. Chaminade en Burdeos y unida a la Congregación de la Doctrina Cristiana de Estrasburgo [315]; los Hermanos de la Instrucción Cristiana, de Ploërmel; los del mismo nombre, para la diócesis de Valence; los del Espíritu Santo, en Saint-Laurent-sur-Sèvre; los de San José de Santa Cruz, en la diócesis del Mans; una sociedad, también llamada de la Instrucción Cristiana, en la diócesis de Viviers. La enumeración se termina con “el Instituto de los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Saint-Yon”, que no son otros sino los discípulos de Juan Bautista de La Salle.

La importancia y la extensión de los siete primeros grupos indicados aparecen, en su conjunto, poco considerables. Únicamente, los religiosos formados (además sólo para la Bretaña) por Jean-Marie Lamennais, dirigen ya, con un total de 375, a 16.290

niños, en 114 escuelas municipales y 53 escuelas privadas. Los Hermanos de María, que cuentan con 70 maestros y 15 fundaciones escolares, enseñan a 3.500 alumnos. Gabriel Deshayes repartió a sus 56 súbditos en 18 escuelas municipales y 19 escuelas privadas de la Loire-Inférieure, del Maine-et-Loire, de la Vendée, de Deux-Sèvres, de Vienne: el número de jóvenes campesinos y de las ciudades, que reciben esa enseñanza asciende a unos 3.000.

Otras cuatro sociedades quedan estrechamente localizadas: 14 maestros en la Drôme, en Hautes-Alpes e Isère, para 7 establecimientos y un total de 570 alumnos; 47, en la Sarthe y la Mayenne, con 27 casas y 2.226 niños; 10 en la Ardèche, 5 escuelas libres, con 430 jóvenes en sus bancos. Los Hermanos de arrabal Saint-Antoine de París, continúan, a pesar del antiguo apoyo universitario, su existencia bastantes precaria, su actividad empapada de ciertas tradiciones jansenistas, con 10 maestros que no pronuncian ningún voto y que imparten la enseñanza rudimentaria a 640 escolares, clientela de 6 escuelas elementales [316].

El Instituto lasaliano, “autorizado en toda Francia y reconocido por el decreto imperial del 17 de marzo de 1808”, conserva el rango eminente, la situación única, entre todas esas Congregaciones que lo han tomado como modelo, inspirándose generalmente en sus Reglas y sus métodos, y que no pretenden sino suplirlo, adaptándose a las circunstancias particulares, a necesidades regionales. Y posee, en ese momento, “diez noviciados con 374 novicios”; ha extendido sus comunidades “en casi todos los departamentos y en la Isla Borbón”. Además de las 316 escuelas municipales que le siguen confiadas, ha abierto escuelas libres y clases de adultos: el documento oficial fija, en bloque, en 130 el total de esos organismos, por los cuales las iniciativas de los bienhechores y el celo de los maestros acrecientan la influencia católica, dirigen la educación popular siguiendo nuevos planes: 1.683 religiosos “de Saint-Yon” forman el batallón de los “Hermanos educadores”, sin tener en cuenta a los directivos superiores y los auxiliares del “temporal”. Se encargan, ante Dios y ante la nación, de 119.500 franceses, en edad escolar, o incluso adolescentes y hombres hechos, que les solicitan, ya sea los elementos, ya sea los complementos de la enseñanza.

La Universidad acepta decididamente la colaboración de estos voluntarios reclutados por la Iglesia. No se mezcla para nada en sus “reglamentos especiales” y de su “disciplina interna”. ¡Que vivan a su aire, que administren sus bienes, que se coloquen, en sus casas, bajo la dependencia de su jerarquía canónicamente constituida! Ante la autoridad civil, ni privilegios, ni *diminutio capitisk* en lo que a ellos se refiere: el simple “derecho común”, título de capacitación, certificado de moralidad, exigidos a los laicos, y, si los miembros de las congregaciones son elegidos para las escuelas municipales, juramento obligatorio, “institución ministerial”. Al someterse a las leyes, se aseguran la libertad de enseñar su fe, consiguen además el apoyo de un régimen que reconoce el catolicismo como “la religión de la mayoría” de los ciudadanos y, sin profesar él mismo la ortodoxia de una creencia, fija los dogmas y el decálogo entre las condiciones del orden social.

* * *

Y se hará justicia al sistema pedagógico preconizado, puesto a punto por Juan Bautista de La Salle, enérgicamente mantenido por el Hermano Gerbaud. En los días en que Victor Cousin investigaba en los Países Bajos, el *missus dominicus* de

la Universidad francesa intercambió puntos de vista sobre la enseñanza con los más calificados educadores holandeses, charló con ellos del papel desempeñado entre nosotros, desde hacía siglo y medio, por los discípulos del genial canónigo de Reims; “Era bastante curioso, escribe, oír en Ámsterdam, a cuatro interlocutores, un católico, un protestante, un cuáquero y un filósofo” (como se designa a sí mismo en último lugar) “coincidiendo en elogiar a esos pobres Hermanos que, sin ruido, hacen tanto bien y que un fanatismo de nuevo cuño trata en vano de denigrar bajo el nombre de Hermanos ignorantillos”.

Las mentes conscientes están ya de vuelta del apasionamiento provocado en otro tiempo por Bell y por Lancaster. Esa conversación entre Cousin y el principal organizador de la enseñanza pública en Holanda, el inspector general Van den Ende, ocasiona una significativa llamada de atención: “Y, ¿qué hacen ustedes de su enseñanza mutua? interroga el consejero del rey Guillermo. ¿Esperan ustedes que pueda formar hombres? Pues los diversos conocimientos que se inculcan a los jóvenes cerebros no son más que medios; todo su valor reside en su relación con este fin. Ahora bien, la enseñanza mutua puede ciertamente impartir una alguna instrucción; pero sobre la educación, demuestra no tener efecto alguno”.

Cousin insiste luego en ese sentido: “Observo la enseñanza simultánea —a falta de la enseñanza individual, que es imposible— como el único método que conviene a la educación de una criatura moral”. Motivos “ocasionales” bastan para explicar la popularidad de la que gozaron las escuelas lancasterianas en Francia después de 1815: oposición del partido liberal al clero; apariencia de *self government* democrático, en razón de las funciones confiadas a los monitores; espectáculo de orden, completamente militar, producido por el mecanismo de los ejercicios; economía de locales y de maestros, y en consecuencia, de finanzas [317]. Los adversarios de la religión sabían que el cristianismo sufriría con el sistema: un golfillo de doce años puede hacer recitar el catecismo a sus compañeros: no alcanza sus almas. Así que no quedan más que fórmulas más o menos vacías de su contenido, una apariencia de oraciones y de señales de la cruz. El maestro, incluso bien intencionado, no actúa sino muy de lejos; en el conjunto, no crea discípulos; es, para la mayor parte de sus alumnos, un simple vigilante [318].

Estas consideraciones caerán como un peso pesado sobre el futuro del “método mutuo”. Aún dejando de lado la cuestión religiosa, las deficiencias de semejante pedagogía se manifestaban en el plan de estudios: no se podía esperar de una enseñanza tan rápida, tan superficial, tan aproximativa, el verdadero alimento de las inteligencias, como tampoco de la formación de las conciencias. Suponiendo que el “eclecticismo” de Cousin se hubiera acomodado —para el pueblo— con un catolicismo bastante vago (y él se negaba a defender semejante tesis), el principio planteado por el protestante Van den Ende conservaba su fuerza en materia de conocimientos prácticos, de saber técnico, casi tanto como a propósito de la formación moral. Políticos o sectarios se quedan, en definitiva, sin argumentos; sean cuales sean los prejuicios de los “liberales” de la época, las desconfianzas iniciales de la Monarquía de Julio hacia los Hermanos de las Escuelas Cristianas, una verdad prevalece: el Sr. de La Salle aparece como el gran iniciador de la enseñanza más racional; la Universidad, siguiendo a sus altos funcionarios, a sus mejores especialistas, recomienda, cada vez más imperiosamente, a su personal primario los métodos que se exponen en el libro de la *Guía*.

A causa de sus relaciones, los lancasterianos pensaron triunfar en 1830. La “Sociedad para el progreso y mejora de la instrucción elemental” se despierta; de Gérando, su animador, envía —el 30 de marzo del año siguiente— una circular a los prefectos: habla como hombre seguro de una favorable audiencia. Se propone “entregar, como anteriormente, medallas y menciones honrosas a los maestros que se distinguen por su celo”. Solemnemente, en una asamblea general, se distribuirán esas recompensas. Que la administración se preste a la propaganda y transmita informes “sobre el mérito, los esfuerzos y los éxitos de los directores de las escuelas mutuas” [319].

Muchas municipalidades siguen sus pasos, felices de poner su política escolar de acuerdo con las tendencias de “izquierda”. Votan fondos para el desarrollo del sistema “inglés” [320]. Y ya sabemos que sus preferencias declaradas tienen como contrapartida indispensable la reducción o la supresión de las asignaciones entregadas hasta entonces a los Lasalianos, el cierre de numerosas clases o el abandono completo de las escuelas cristianas [321].

Para evitar lo peor, dar muestras de buena voluntad y quitar a las autoridades locales cualquier vano pretexto, es importante que los Hermanos se avengan a ciertas concesiones. En algunos detalles, la enseñanza mutua ofrece ventajas que no se pueden negar, facilidades compatibles con la función, bien precisa del maestro. La enseñanza simultánea adoptará, pues, sin renegar de sus principios, tal o cual procedimiento que constituye un pequeño perfeccionamiento: “He notado, declara en 1831 el Hermano Anaclet, que la clase inferior [la de los “principiantes”] que incluye siempre diversas secciones, y en la cual el maestro no hace leer nunca más que una a la vez, eso ocasiona en los niños una pérdida de tiempo... Con el fin de remediarlo, he ordenado que se imprimiesen paneles de lectura: se colocan alrededor de la clase, como en las escuelas mutuas, y algunos alumnos se encargan de hacer leer a un cierto número de sus compañeros más pequeños, sin perjuicio de la lección que tiene que dar el maestro. Idéntico sistema para la aritmética: varias pizarras se colocan en la clase superior y cada nivel [de alumnos] trabaja sobre su pizarra: de esa forma, ninguno está desocupado” [322].

¿Por qué los lasalianos, atosigados de objeciones y de imposiciones, no probarían que son capaces de someterse —al menos provisoriamente— a las reglas de juego? Descubren fácilmente los puntos de contacto entre Lancaster y su propia pedagogía, la parte de colaboración que se debe esperar de los muchachos más inteligentes y más disciplinados. Algunos de entre ellos se iniciarán pues, por mandato del Superior General, en los arcanos poco complicados del famoso sistema; de él sacarán todo el fruto que sus atentos cuidados, su ciencia de buenos jardineros pueden hacer madurar en ese árbol. Sin por ello renunciar a multiplicar sus plantaciones antiguas y vigorosas.

En el momento en el que demasiada tirantez rompería los lazos que unen el Instituto a la ciudad de París, el Hermano Anaclet comunica al Secretario General de los hospicios, encargado de las “escuelas de caridad”: “Según los deseos de [su] Administración, y los del Sr. Prefecto, voy a tomar medidas para que... algunos Hermanos sean capaces de enseñar siguiendo el método mutuo, en los locales que usted tenga a bien preparar con esa finalidad. La cosa me resultará tanto más fácil puesto que uno de los nuestros practicó ese método antes de entrar en el Instituto”.

Sin embargo, el Superior no disimula la “extrema repugnancia” que su Congregación siente con respecto a esa novedad. Se declara estar lejos de esperar de él un perfecto resultado. Se intenta una prueba: si los Hermanos no lo logran “conforme a sus deseos”, si los niños así instruidos permanecen “siempre inferiores, en las evaluaciones,” a sus compañeros de las demás escuelas, las autoridades responsables juzgarán sin duda el ensayo concluyente y permitirán el retorno puro y simple a la enseñanza simultánea [323].

En la escuela normal de Ruán, dirigida por el Hermano Calixte, los alumnos-maestros seguirán cursos de pedagogía lancasteriana, a la vez que de pedagogía lasaliana; cursos teóricos, seguidos de experiencias en las clases de los establecimientos municipales [324]. Se da por supuesto que los futuros maestros que reciben esa doble iniciación, puedan confrontar ambos métodos y, llegado el momento, proporcionen a las escuelas organizadas a la inglesa un personal capaz de atenuar sus inconvenientes.

La mejor enseñanza saldrá finalmente vencedora. “Un profesor de la Universidad” y un inspector primario van a publicar un “manual de la enseñanza simultánea” para uso de los “fundadores y directores” de casas de educación. Ponen en evidencia los principios que estableció el siglo XVII; reclaman su adopción universal. De acuerdo, sobre este punto capital, con sus jefes ubicados en los puestos más altos: en 1835, los rectores de Academia presionan a varios maestros para que renuncien a la antigua enseñanza individual, cuya rutina persiste en los pueblos aislados [325]. Y, para remplazar esa acción continua, regular, están esos ejercicios que tienen en suspenso toda una clase, esa economía de tiempo, de palabras, de esfuerzos, cuyo ejemplo está dado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Para ser bien visto, más de un maestro declarará decididamente que él no emplea otros procedimientos, cuando en realidad no conoce en absoluto su empleo y que en torno suyo, los niños se agrupan, se disipan, bostezan y se duermen, de igual modo que sus lejanos predecesores dibujados por Abraham Bossé [326].

Entre esas curiosas pero lamentables supervivencias de la época pre-lasaliana y el orden moderno que se encuentra en las casas del Instituto, ¡qué abismo! Los encuestadores de 1833 lo constatan, y Lorain nos ha dejado sus testimonios entre los “documentos justificativos” de su libro. Se trata en primer lugar del progreso moral tan ampliamente obtenido, del espíritu de familia que reina en ese pequeño mundo gobernado por la abnegación, la bondad, el afecto: el Hermano director de Asprière, en el Aveyron, se distingue entre aquellos hombres “de mente y de mérito” capaces de transformar un país [327]. Pero las observaciones se refieren también al valor de la enseñanza: sobre ese particular, las fuertes alabanzas van dirigidas a los maestros de la congregación en Belley. Éstos eligen y varían sensatamente sus métodos; tienen “excelentes principios de lectura y escritura”. Las lecciones de análisis gramatical, de aritmética, de geometría, de dibujo lineal, de arquitectura de geografía, de historia forman un “plan completo” de conocimientos esenciales [328].

Idénticos trabajos, iguales éxitos en Pamiers: allí los alumnos “trazan casi todas las figuras de geometría con mucha habilidad”; calculan bien, saben a fondo su gramática, “pintan con gusto”; sus mapas de geografía revelan la seguridad de su mano, la precisión de su memoria [329].

“Escuelas florecientes” honran a los Hermanos de Revel (Haute-Garonne), de Dinan, de Saint-Étienne: en esta última ciudad, bajo un “jefe extremadamente hábil y celoso, el Hermano Dugave”, se afirma la “preponderancia” pedagógica de un personal “bien compuesto”, instruido y experimentado sin cesar [330].

En otros lugares, todo sea dicho, los elogios no van tan lejos, o incluso se encuentran algunas observaciones claramente desfavorables. El programa de las clases le parece corto al inspector que pasó por Metz: allí se cultiva con cuidado la caligrafía; pero la geografía y el dibujo son desconocidos. En cambio, demasiadas oraciones, demasiados “rosarios”: esas piadosas interrupciones en pleno estudio desagradaron al delegado del ministro.

Puesto que se expresa tan francamente, su imparcialidad no parece sospechosa en las páginas donde anote los progresos, por buen camino, en Sedan, en Charleville, en Rethel [331].

La única crítica verdaderamente seria se refiere al amontonamiento de los alumnos [332]. Es muy difícil para los Hermanos negar el pan espiritual a un niño, porque carecen de lugar para acoger al solicitante: responsabilidad que, después de todo, incumbe a las asambleas municipales, a los organizadores de las obras escolares, poco preocupados por ampliar y ventilar las clases, satisfechos con instalaciones precarias.

En cuanto a las lagunas de la enseñanza, al empleo de ciertos manuales un poco obsoletos, a las formas de pronunciar y de deletrear que huelen al siglo pasado, conviene anotar la fecha de tales reproches: las reformas de Guizot aún no han podido recibir su aplicación.

No solamente los Lasalianos no les pondrán obstáculos; por el contrario su buena voluntad se adelanta a las intenciones del legislador. Lorain declara que, “a pesar del espíritu conservador que los distingue, se han *resignado* a introducir” en su pedagogía “mejoras importantes”. A esa “resignación”, que no demuestra ser amargada, nuestro autor le presta motivos interesados: los maestros religiosos habrían apresurado el paso ante el aguijón de la competencia. En eso, al menos, han dado una prueba de inteligencia rápida y una notable capacidad de adaptación. El universitario lo reconoce: llega hasta pretender, a la vez que se excusa por la osadía de la expresión, que en el terreno escolar —y en su propia cultura intelectual— los Hermanos han realizado también ellos una especie de Revolución de 1830 [333].

* * *

En todos los campos, el Instituto lasaliano se dispone a remediar las necesidades del momento, a responder a los deseos del público. Y sin esperar a que la ley de 1833 le de rienda suelta, se ha equipado con provisiones de ruta. Desde los comienzos del Hermano Anaclet, la enseñanza de los maestros recibe los refuerzos que reclama un esfuerzo mayor; los métodos pedagógicos son atentamente estudiados, cotejados, esclarecidos unos con otros; la enseñanza, muy elemental, practicada desde 1803 hasta los años del Hermano Guillaume-de-Jésus, retoma —sino en todas partes, al menos en los centros más activos y bajo el impulso de directores emprendedores— esa extensión que caracterizaba las escuelas cristianas

del siglo XVIII. Siguiendo a los encuestadores de Guizot, acabamos de entrever el buen trabajo realizado en varios departamentos, en el Ain, en el Ariège, en la Loire... El Consejo Municipal de Orleans dirá pronto que las escuelas elementales imparten un saber “comparable, poco mas o menos, al nivel superior” [334].

Enseguida examinaremos las medidas promulgadas por los principales miembros de la Congregación, pedagogos expertos que su Jefe congrega en la casa del arrabal Saint-Martin. Volveremos a hablar del papel asumido por el Hermano Calixte en la escuela normal de Ruán, de una obra similar en Bélgica, del primer “escolasticado”, restablecido en Toulouse, de la fundación de un noviciado preparatorio en la capital, bajo la versada mano del Hermano Asistente Philippe, finalmente de los pensionados, especialmente del de Béziers, donde se ponen en evidencia características y competencias, donde se anuncia una renovación.

Los “cursos nocturnos” —o “escuelas de adultos”— nos servirán de prelude. Ya existían, antes de los acontecimientos de Julio; ensayos muy limitados, muy prudentes. El Hermano Gerbaud, sondeado sobre el particular en 1820, había dejado en suspenso su decisión; el Hermano Guillaume-de-Jésus no se mostró más que mediocremente favorable: temía, para sus religiosos, las fatigas que dichas lecciones añadirían a las obligaciones de la escuela y que tenían lugar, al caer de la noche, a una clientela heterogénea, a veces un poco sospechosa. No obstante, el ejemplo del Fundador, convocando a los ignorantes de cualquier edad en su “escuela dominical”, incitaba a los discípulos a una entrega del mismo tipo, aunque tuviesen que recargar sus horarios y multiplicar sus desvelos.

Las ciudades industriales reclaman particularmente este apostolado. Sus obreros, con frecuencia atrapados por la fábrica desde su infancia, sienten la necesidad de instruirse para desprenderse de su miserable condición, para olvidarla, a falta de algo mejor, durante algunos instantes, en la alegría de un trabajo de la mente. Adquirirán un justificado orgullo en elevarse por encima de las obsesivas preocupaciones materiales, y, después de la tarea cotidiana, abrir un libro, tomar una pluma en sus manos callosas. La asiduidad a semejantes ejercicios les apartará de los rudos placeres, en los que acabarían por rebajarse al rango de esclavos. Calmará sus ímpetus, sus revueltas. Bajo la guía de profesores que no tendrán otra ambición más que hacerles bien, las almas de esas personas jóvenes, de esos viejos “camaradas”, aprovecharán de las luces ofrecidas a sus inteligencias.

En el París que sufre, ruge y se agita, ¡qué canalización de las actividades, que escuela de cordura! Los Lasalianos se dan cuenta; quizás más que los veteranos de la Congregación, será el Hermano Philippe que conoce las necesidades de su siglo, y no ha cesado de vivir en contacto con el pueblo; al sentido común del campesino suma la virtud y el valor del apóstol, los dones del educador; la caridad le pone en el corazón un llama de genio.

Así lo descubriremos, después de su elección al generalato. En 1830, ya hemos presenciado su sangre fría, su intrepidez, su optimismo apoyado en la Providencia, su razón muy equilibrada. Ha previsto —podemos creer— las perturbaciones sociales. Como director de la comunidad de Saint-Nicolas-des-Champs, observaba atentamente el ambiente de París. Sabe lo cambiante que puede ser esa multitud, de grandes impulsos, de bruscos arrebatos, de movimientos generosos, de cambios dramáticos. No esperó la revolución para preocuparse por ejercer, en los barrios

populares, una influencia religiosa y moralizadora. Por intermedio de sus alumnos, ha llegado a los padres, a los adultos de las familias.

La organización de los cursos nocturnos se esboza, en Saint-Nicolas, en los últimos meses de presencia del Hermano Philippe, cuando reinaba aún Carlos X. Las semanas que siguieron a la caída del monarca no habrían permitido el lanzamiento de la obra; y desde septiembre, el iniciador, designado por el Capítulo General como Asistente del Hermano Anaclet, irá a residir en la Casa Madre. Sin interrupción, el Hermano Arthème da al edificio del otro Bransiet su culminación. En adelante, existe en ese punto particularmente sensible de la capital, un centro de reunión para los obreros cristianos, para todos aquellos de sus compañeros que aborrecen las violencias o que han quedado decepcionados por el miserable resultado de las revueltas.

Por lo tanto hay que desarrollar ese éxito, formar otros núcleos de resistencia. Es una realidad en 1831 en las escuelas de los Hermanos en los alrededores de Saint-Roch, en 1832 en el arrabal Saint-Antoine, cerca de la Iglesia de la Marguerite, luego en un barrio menos turbulento, en Saint-Philippe du Roule. En total, en esos años críticos, miles de jóvenes y de adultos frecuentaron los establecimientos lasalianos. Cada tarde, hasta las diez y media, algunos Hermanos se han impuesto la tarea suplementaria de enseñar a esos alumnos, menos maleables, pero menos atolondrados que los niños, lectura, escritura, cálculo, gramática, geometría, dibujo, canto y música, incluso composición francesa y teneduría de libros comerciales...

Algunas escuelas mutuas intentaron las mismas prácticas. Por falta de maestros suficientemente numerosos, bastante competentes, bastante abnegados, no pudieron mantener su esfuerzo. A los miembros de las congregaciones correspondió el mérito de haber propagado la enseñanza entre el pueblo parisino, sembrado los gérmenes de fe religiosa y de ideas sanas en los talleres, las tiendas, las manufacturas, los alojamientos bajo los tejados. Los cursos nocturnos, afirmaba el Hermano Asistente Calixte, han “consolidado el trono de Louis-Philippe”. Efectivamente, la Monarquía de Julio bien pudo felicitar de ese tipo de reuniones; se dice que algunos ministros, aparecieron en ellas, de incógnito; admiraron el programa, la juiciosa distribución del trabajo y el silencio en el cual el auditorio seguía la lección [335].

Guizot se interesa vivamente por esa obra de educación que respondía a sus puntos de vista políticos y sociales. La empresa, le escribía al Superior General, el 28 de febrero de 1833, ha producido ya sus buenos efectos, puesto que 790 obreros reciben en este momento nociones útiles y que están ustedes a punto de terminar algunos arreglos que les permitirán acrecentar su número. Háganme llegar algunas precisiones, con el fin de que les conceda todas las ayudas que vayan a necesitar [336].

El aliciente financiero no faltará por entrar las “escuelas de adultos” en los planes del ministro. Éste se expresa muy claramente sobre el asunto en una de las circulares que comentan y amplían el alcance de la ley del 28 de junio. “Más allá de las escuelas primarias, dice el texto dirigido el 4 de julio a los prefectos, deben existir... establecimientos especiales donde la generación que ya está trabajando, ya comprometida en la vida activa, pueda acudir a recibir la enseñanza de la que ha carecido en su infancia... Dentro de algunos años, cuando la ley... haya producido

sus frutos, el número de hombres que deberán... suplir [semejante laguna] disminuirá sensiblemente; pero no podemos disimular que hoy día es considerable y que, por mucho tiempo aún, la incuria de los padres, la profunda ignorancia de las clases pobres y la apatía moral que la acompaña casi siempre impedirán a los niños de beneficiarse todos, o casi todos, de la enseñanza que ofrecemos. Durante mucho tiempo aún, las escuelas de adultos serán necesarias, sobre todo en los lugares donde la industria reúne a un gran número de obreros a los cuales la actividad del trabajo en común y la emulación que ella suscita hará sentir la importancia de los conocimientos elementales” [337].

Bajo el patrocinio ministerial, los Hermanos continuarán despejando la maraña del analfabetismo. En 1833, cuentan con once escuelas nocturnas, seis en París, las demás en Lille, Valenciennes, Troyes, Sedan y Laon: Lille y la capital poseen, además, tres “escuelas de tarde”, creadas con la misma finalidad [338].

Saint-Omer, Toulouse, Ruán, Orleáns se ubican a continuación entre el número de las ciudades que promocionan esa obra civilizadora. Los jóvenes de Saint-Omer deben a la Sociedad de San Vicente de Paúl la creación de cursos complementarios, seguidos de colocaciones en las industrias de la localidad. La escuela de Toulouse acoge participantes de “todos los grados..., desde el analfabeto hasta el alumno que conoce y aplica las reglas de la sintaxis y de la aritmética”. Los profesores se adaptan a los diferentes niveles y usan, según las necesidades, todos los medios pedagógicos, hasta volver al método individual si se trata de despabilar a un viejo principiante que lucha con el BA, ba. El equipo destinado a los cursos de noche viene de la casa principal de los Hermanos: incluye jóvenes religiosos que están finalizando su aprendizaje de educadores y que así pasan, muy favorablemente, de la teoría a la práctica [339].

Sistema similar, en el establecimiento normando de la calle Saint-Lô. El Hermano Calixte, animado por el Comité de las escuelas cristianas, abrió sus clases de adultos el 18 de octubre de 1834. En ellas emplea al personal de la congregación y a sus normalistas. En los primeros días, recibe ochocientas solicitudes de inscripción: no puede aceptar más que la mitad, a causa de las dimensiones del local. Trescientos hombres, de media, seguirán regularmente sus lecciones [340].

La confianza hacia los Lasalianos se extiende como un círculo sobre la superficie del agua entre los obreros. Un grupo de alumnos atrae a sus compañeros. Les gusta finalizar juntos la jornada. Las corrientes de simpatía se forman rápidamente del trabajador entusiasta al aprendiz algo timorato; los Hermanos ayudan y ellos mismos son objeto de un respeto afectuoso. Logran crear un ambiente en el que se codean gustosamente personas de profesiones diversas, de desigual cultura; donde se disfruta no solamente la satisfacción de aprender, sino también una cierta unión de las almas. La organización de corales contribuye especialmente a ese resultado: para las fiestas de Navidad y de Pascua, los obreros del Languedoc preparan cantos, bajo la dirección de sus maestros del cuello blanco [341].

La clase nocturna, en Orleáns, comienza, en 1834, con cincuenta alumnos. En el verano de ese mismo año ya son ciento sesenta. El Consejo Municipal considera deber contribuir a su instrucción, “un beneficio social tan grande”. Se hace cargo del sueldo del Hermano profesor y de los gastos de alumbrado y calefacción [342].

El desarrollo de esa escuela de adultos pronto acarreará a la comunidad, dirigida por el Hermano Euloge, a toda clase de peticiones: doscientos treinta participantes, en 1835, obligan a “diversificar los estudios” y a aumentar el número de los maestros; diecisiete religiosos asumen con gran dificultad los trabajos de toda la enseñanza primaria. Aquellos de entre ellos que dan los cursos complementarios velan hasta las once de la noche, y deben dormir en el lugar, lejos de la casa de Saint-Euverte: lo cual es “contrario a los reglamentos” y “destruye la ventajas” de la vida conventual.

Se impone la ampliación de los locales. El Hermano director apoya su petición con una larga y calurosa apostilla de los curas de las once parroquias urbanas. A ellas añade las siguientes líneas escritas por el venerable obispo Jean-Baptiste Brumault de Beauregard: “El celo que muestran los Hermanos, incluso a costa de su salud; su utilidad para la enseñanza de los industriales [*sic*] y de los hombres menos favorecidos de la fortuna... conmovieron, así lo espero, al Consejo... Si [éste] concede la gracia deseada, dará consuelo a mi vejez” [343].

Todas esas gestiones conducirán a una nueva subvención, destinada a un segundo profesor [344], luego al acondicionamiento de un amplio edificio, donde tendrán lugar las clases nocturnas, en el vecindario inmediato de la comunidad [345].

Una de las observaciones del Hermano Euloge, en su carta del 22 de abril de 1835, subraya los inconvenientes que presenta un trabajo tardío para los religiosos obligados a madrugar muy temprano en la mañana y cuya jornada se llena de ejercicios piadosos y de todos los deberes profesionales. Además del incremento de fatiga, los maestros podían contraer hábitos de independencia. Así, en el siglo XVII, la escuela dominical causó la pérdida de varias vocaciones... Conversando con los jóvenes, con hombres de edad madura, durante una velada bastante larga, el Hermano descubre sobre el mundo un horizonte que la clase infantil no le permitía ver.

Los Superiores se preocupan por esos riesgos. Al deán de Pérulwez, en Bélgica, deseoso de obtener un maestro para los obreros, el Hermano Philippe responde, el 16 de febrero de 1836: “Sé que las escuelas de adultos pueden ser el principio de algún bien. Pero sería imposible abrir nuevas en este momento, primero porque no tenemos personal disponible y, luego, porque ese tipo de escuelas se convierten a menudo, en nuestras casas, en una causa de irregularidad” [346].

A pesar de lo cual, ni el Hermano Anaclet ni su sucesor romperán el impulso de la obra. La misma es un medio demasiado precioso de evangelización. No perjudica — ¡ni mucho menos!— los estudios de la joven generación lasaliana, su experiencia pedagógica; y podemos creer que en su pasivo se inscribió tan sólo los orgullos y los errores de algún tráfuga. La República de 1848 encontrará las escuelas de adultos numerosas y florecientes. Escucharemos entonces al Superior del Instituto exponer, ante un areópago político, eclesiástico, universitario, todo el bien realizado, los vanos temores y las expectativas superadas.

* * *

La enseñanza impartida a los participantes de los cursos complementarios toma, naturalmente, como base el programa de las escuelas cristianas. En el mes de

octubre de 1834, los Hermanos se preocupan de una revisión y de una ampliación definitivas. Durante los años anteriores, se contentaron con medidas parciales, con el fin de dar satisfacción a los protectores de sus establecimientos, a los comités de instrucción pública, a las familias. Exitosos ensayos, progresivo reconocimiento del terreno.

El Hermano Philippe, también aquí, marcha a la vanguardia. Escribía, el 18 de junio de 1831, al Hermano director de Reims: “Los señores de su comité desean que usted enseñe... geografía, historia, química, mineralogía y física popular... Dígales que vamos a responder afirmativamente y que los Hermanos, amigos del pueblo y consagrados al servicio de la infancia, estarán siempre listos para colaborar en todo aquello que pueda serle útil, sobre todo cuando se trata de extender los conocimientos y propagar la ciencia” [347].

El Superior y sus Asistentes darán pues su aprobación a los maestros de Orleáns, quienes han solicitado de la administración académica “recipientes e instrumentos para enseñar las matemáticas, el dibujo lineal, la agrimensura y la geografía” [348].

Si, en mayo de 1832, el comité de enseñanza primaria de Ruán da a entender, con tono de censura, que los libros colocados en manos de los alumnos son “exclusivamente dedicados a las materias religiosas”, los Hermanos de la capital normanda replican proporcionando la lista de las obras empleadas entonces en sus clases: “A parte del Evangelio, del Catecismo, de un libro de oficios y los *Deberes de un cristiano*” [y a fin de cuentas, esta obra del Fundador es “un tratado completo de moral”], ningún volumen entra en la categoría de los textos específicamente religiosos: “entre ellos hay una gramática, un ejercicio de ortografía, la aritmética con las medidas, uno de geografía, un curso de dibujo lineal, finalmente, desde hace poco, un extracto de la historia universal, autografiado, para formar en la lectura de los manuscritos”.

El director de las escuelas cristianas no pediría nada mejor que añadir a esa modesta biblioteca, una colección donde, según el deseo del Comité, los niños encontrasen algunas nociones relativas a los oficios que se convertirán probablemente en su medio de ganarse la vida. “Lecciones de cosas”, y también “moral cívica”, nuestros ruaneses reclamaban a los pedagogos la enseñanza de las “leyes constitutivas del reino”. Pero sería necesario un pequeño volumen, de estilo muy sencillo, de precio muy asequible. Que esos señores de la ciudad lo descubran: y los Hermanos propondrán su adopción al Superior General [349].

Por incompleto que sea aún el bagaje escolar, ofrece al menos, entre los Lasalianos, la ventaja de la uniformidad. A cada alumno se le entrega un ejemplar del libro que debe usar toda la clase. No sucede lo mismo en las otras escuelas: una asociación que se creará en 1836 en Orleáns para la “propagación de las obras útiles” [350] querrá remediar las deficiencias y los abusos especialmente preocupantes: “Los padres, se declara en una carta inicial previa a los estatutos, los padres se niegan a veces a proporcionar libros clásicos a sus hijos; o, si se deciden a comprarlos, es sin consultar al maestro... De ahí, una diversidad que hace imposible cualquier otro método que no sea el individual”. La asociación (o el comité del distrito que la patrocina y la habilita) elaborará una “selección” de manuales y “recomendará encarecidamente” su uso a los maestros. Además, se encarga de las distribuciones gratuitas.

Los alumnos de los Hermanos se aprovecharán de esas liberalidades. Por otra parte, ninguna duda, en lo que se refiere a sus instrumentos de trabajo: en 1833 han aparecido un “Nuevo tratado de Aritmético”, un “Compendio de Geografía”, un “Compendio de Geometría práctica, aplicada al dibujo lineal”; en 1836, lo hará un “Urbanidad cristiana, revisada y corregida”, una “Historia de Francia, precedida de la Historia Sagrada y seguida de nociones sobre los antiguos y nuevos pueblos”.

Pequeños volúmenes accesibles a las mentes juveniles, bien hechos para ayudar al razonamiento y la memoria, y que tienen en cuenta los cambios acaecidos en las formas exteriores de la educación o en los datos de la enseñanza: la “Urbanidad”, del siglo XIX se aleja ya de la cortesía y de los usos anteriores a la Revolución; en el campo de las ciencias, el sistema métrico ha introducido denominaciones, cálculos nuevos. El “Tratado de Aritmética” de 1833 incluye una tabla para reducir las medidas antiguas a las medidas legales y recíprocamente: no se trata de una demostración erudita, sino de medios cómodos, de hilos conductores para salir de un laberinto [351].

Todas esas obras se publican bajo las iniciales L. C. y F. P., marca registrada lasaliana. Así viene indicada la colaboración de dos autores: Louis Constantin (el Hermano Anaclet) y el Hermano Philippe. Tanto en uno como en otro, una brillante inteligencia, un notable sentido de la medida, una amplia experiencia de escuela dirigen las aportaciones de un largo y fructuoso trabajo. El Superior General se consagró más particularmente a las ciencias: a él se debe incluso un aparato de cosmografía que, en su honor, se llama *la Constantine* [352]. Por su parte el Hermano Asistente, es el maestro capaz de escribir, él solo, un manual, al igual que reunir y dirigir a los equipos de profesores cuyas páginas anónimas, a menudo reelaboradas, no cesarán —durante más de medio siglo— de adaptarse a la edad y al nivel cultural de los alumnos, de estar al corriente de los progresos de la enseñanza.

El decisivo golpe de timón lo dio el “Comité general” en 1834. Hablemos finalmente de esa asamblea que marcó los inicios de una nueva era. El Hermano Anaclet expuso, en una circular del 7 de agosto [353], los motivos y el proceso de la reunión: pretendía consultar a sus Hermanos sobre la indispensable puesta a punto de la *Guía de las Escuelas*. Recoger extraoficialmente el parecer de cada uno no le parecía responder a la importancia del trabajo y del momento. En consecuencia actuaría “de una forma más solemne”: sometiendo los proyectos de reforma al examen de los religiosos más capaces de juzgar sobre su oportunidad. El Capítulo de 1787, último de la Antigua Francia, y cuyas actas formaban la síntesis de la obra “agathoniana”, indicaba al Superior del Instituto el camino a seguir en semejante caso: su decisión número sesenta ordenaba la convocatoria de doce miembros elegidos, seis directores de casa principales y seis Hermanos que contasen al menos con quince años de profesión.

Capítulo en miniatura, el “Comité general” de la Congregación delibera bajo la presidencia del jefe supremo, y con la colaboración de los Hermanos Asistentes, del Procurador General y del Secretario (llamado en esa época “Secretario del Régimen”). Sus decisiones son inmediatamente ejecutorias y permanecen en vigor hasta la Asamblea plenaria que tiene poder de ratificarlas o de modificarlas. Un Comité de este tipo precede, en consecuencia, al Capítulo, cuando no conviene apresurar el momento de sus grandes decisiones. La reunión de 1834, primera

después de la decisión capitular de 1787, será seguida por el Capítulo General de 1837.

De ella formó parte verdaderamente la élite intelectual, a la vez que las principales autoridades morales de la Sociedad Lasaliana: junto al Hermano Anaclet, a los Hermanos Éloi, Philippe, Abdon, Jean-Crysostome, al eminente grupo del procurador, Hermano Nicolas, del secretario del Instituto, del Hermano Maurille, tomaron parte los directores de Toulouse, de Namur, de Orleáns, de Burdeos, de Lyon, de Ruán, Hermanos Apollinaire, Claude, Euloge, Alphonse, Lambert, Calixte, y —en calidad de “veteranos”— los Hermanos Conteste, Joseph-Marie, Augustin, Norbert, Fortuné y Marie [354].

Excepto el Hermano Contexte, veterano de los tiempos heroicos, en su conjunto, eran los representantes y los mejores modelos de la generación heredera de los Hermanos Frumence y Gerbaud. La tradición lionesa del Hermano Pigmenion se encarna en el Hermano Agustin; la tradición del Hermano Bernardin en Toulouse, en el Hermano Joseph-Marie [355]. Los Hermanos Claude y Apollinaire cuentan ya con largas y hermosas hojas de servicios; el Hermano Alphonse se ha ganado en Guyenne, una fama que no cesará de crecer. El Hermano Calixte, director de la escuela normal de Ruán, se encuentra bien indicado para aportar a la discusión cualquier aclaración, para resumir luego los debates en sustanciales fórmulas: desde el inicio de las sesiones, el 25 de octubre, ocupa el puesto de secretario. La influencia preponderante en este cenáculo corresponde al Hermano Philippe, a quien el Hermano Anaclet mira como su *alter ego*. Entre el Superior y el Asistente existe, en efecto, no solamente, poco más o menos paridad de edades, sino también igualdad de talentos, consonancia de virtudes y de caracteres, semejante rectitud de pensamiento y amplitud de miras; Matthieu Bransiet posee, además, una cierta prestancia; su sencillez innata, su rústico rostro no dejan de ejercer un poder de atracción.

Se lo escucha; y se reconoce la cordura de sus razonamientos. Sin duda, los Hermanos, que temen hasta la sombra de presunción y de orgullo, manifiestan poco entusiasmo por una extensión de sus programas. Son “conservadores”, como decía P. Lorain. Pero se decidirán por las innovaciones si se les prueba que el bien de sus alumnos se encuentra comprometido y que el Instituto sigue exactamente por las sendas trazadas por su Fundador. Los guías perspicaces y firmes conducen pues al Comité a tomar la resolución siguiente: [Apoyándonos] sobre el ejemplo del Sr. de La Salle... que, con el fin de atraer a los niños a sus escuelas para impartirles la instrucción religiosa, quiso que en ellas se enseñase todo lo que se enseñaba entonces en los [estalbecimientos] del mismo tipo, y considerando que, vistas las circunstancias y el poco celo de la mayor parte de los padres en lo que se refiere a la religión, es necesario [que procuremos a nuestros alumnos] todas las ventajas temporales que puedan encontrar en otra parte”, declaramos que hay que “tolerar” la enseñanza de estas tres “especialidades”: el dibujo lineal, la geografía y la historia” [356].

No cabe sorprenderse de que la fórmula sea reticente: desde hace treinta años, la enseñanza primaria gira en un círculo muy estrecho; la mayoría de los maestros no saldrán de él sin recelo. No se embarcan hacia lo desconocido sino es por orden de los Superiores. *In verbo autem tuo laxabo rete*. Una vez impulsados por el viento de alta mar, los Hermanos maniobrarán hábilmente y llenarán sus redes.

Si, en las consideraciones, el tema no es abordado más que desde el punto de vista del apostolado, es también por fidelidad al espíritu y al lenguaje del Santo “Fundador”: “dar cristiana educación a los niños”, “instruirlos en los misterios de la religión”, inspirarles los “principios” y las “máximas” conformes con el Evangelio, san Juan Bautista de La Salle no se propone otro “fin”. Sus discípulos no podrían olvidar los términos de la Regla: toda ciencia aparece como un “medio”, más o menos “necesario”; su valor verdadero no existe más que en relación con el destino de las almas; pero, estemos seguros de ello, no la desestimarán en absoluto, no se contentarán con un estudio superficial, con una enseñanza sin interés, sin ardor. Hasta la misma conciencia se ve comprometida en la demostración de un problema, en el trazado de un mapa geográfico. No solamente, por obediencia; sino “para fortalecer a la juventud en el camino de la salvación” [357], para ofrecerles una fe más viva, unas costumbres más puras.

En el orden de las cosas humanas, la Congregación lasaliana está en perfecto acuerdo con la ley Guizot. Ya no sólo se trata de adaptar el libro de la *Guía de las Escuelas* al nuevo estatuto pedagógico. El Hermano Anaclet ha preparado una refundición de la edición de 1828 [358]; esta vez no se limitarán —como bajo el generalato del Hermano Guillaume— a algunas actualizaciones, trasposiciones o añadiduras. El Comité, siguiendo el pensamiento del Superior General, juzga que es necesario proceder a “cambios bastante considerables”. La obra es examinada capítulo a capítulo, y, en varias ocasiones, de nuevo reelaborada. Los delegados del Instituto no dedican menos de treinta y dos sesiones a ese trabajo: el notable director de Burdeos lleva en ellas la parte más activa [359].

Las intenciones del Comité se expresaban claramente: la *Guía* revisada debía ser impresa cuanto antes, tal como salía de las deliberaciones de la asamblea; los dieciocho Hermanos se declaraban sus autores responsables, puesto que todos tenían la intención de estampar uno de sus ejemplares con sus firmas autógrafas [360].

En definitiva, la publicación se retrasó hasta 1838. Al Hermano Anaclet le pareció bien dar cuenta al Capítulo que fue convocado en julio de 1837. Los Capitulares aprobaron la obra del Régimen y del Comité, “aunque con algunos ligeros retoques”.

Tal son, en resumen, los hechos que recuerda el prefacio de la nueva *Guía* [361]. Pretende sobre todo poner en evidencia la superioridad del método pedagógico aplicado por el Instituto. De buena fe, atribuye “la invención” del método simultáneo a “las asiduas meditaciones” y a “la fuerza del genio” del “Señor Juan Bautista de La Salle”. Además, señala como un perfeccionamiento, “el método simultáneo – mutuo” y da una visión general: “El maestro que, habiendo dividido su clase en secciones”, da la lección alternativamente a cada división [como en toda escuela lasaliana] pero que, en lugar de hacer estudiar solamente a los demás alumnos, les hace dar lecciones por monitores, sigue... el método mixto”. Las ventajas del sistema son evidentes para reducir el tiempo perdido, para tener en vilo a una infancia fácilmente distraída y perezosa, para educar a jóvenes maestros auxiliares. Así, el libro de 1838, haciendo justicia en la parte que corresponde —al menos indirectamente— a Bell y a Lancaster, preconiza el método simultáneo – mutuo “para todas las lecciones que sean susceptibles de ello” [362].

Ahí tenemos algo que no huele a rutinario. Con energía, y muy legítimamente, los Hermanos manifiestan que saben progresar: “Llenos del espíritu del Sr. de La Salle, y animados de un verdadero celo por la educación de la juventud no han descuidado nada para mejorar el método de enseñanza. No formando todos más que un mismo cuerpo y proponiéndose un mismo objetivo, tuvieron cuidado de comunicarse mutuamente los descubrimientos que el ejercicio de sus funciones les permitía [realizar]. Esos descubrimientos, sometidos a nuevas pruebas, fueron insertados en las ediciones subsiguientes de la *Guía*; y [ésta] acabó por contener el sistema más completo de enseñanza elemental simultáneo” [363]. En 1816, la ordenanza real que reglamentaba la vida y la organización de las escuelas recomendaba todos aquellos medios de educación y de instrucción garantizados por una experiencia secular. Fuera de los centros educativos del Instituto, los principios y procedimientos lasalianos comenzaron a extenderse en los medios pedagógicos.

La edición de 1828 tuvo por objeto la coordinación del texto primitivo y de las sucesivas añadiduras. La siguiente no pretende destruir lo conseguido: la escuela cristiana, en los tiempos de la Monarquía de Julio, no difiere esencialmente de su primogénita de 1810 o de 1820: se ven siempre los mismos bancos, las mismas “sentencias”, la cátedra magistral, que se eleva sobre dos peldaños, con su “casilla” colocada bajo el asiento, sus apoyabrazos, y su dosel frontal coronado por una cruz [364]. Pero antiguas costumbres que podían dar lugar a abusos, desaparecían; los programas están más reforzados; las lecciones, más variadas; el trabajo mejor dirigido; la llamada a las iniciativas, más amplio y los estimulantes para el esfuerzo, más numerosos, más hábilmente establecidos.

Algunos “niños pequeños” siguen aún trayendo su desayuno matinal a la clase. Esta práctica, antiguamente universal, ya no se beneficia más que de una tolerancia, acompañada de reservas: el alumno no tomará su alimento más que para aprender el *Benedícite* y la *acción de gracias*; no deberá ensuciar la mesa ni el suelo; y podrá ser reprendido si escucha al maestro medio distraído [365].

El desarrollo de los estudios exige, de los maestros y de los alumnos, un incremento de los esfuerzos. En el libro revisado, se introducen materias nuevas y nuevas disposiciones de textos. Los capítulos IV y V de la primera parte enumera todos los “temas de enseñanza”: lecciones “de memoria”, ejercicio de la atención y del juicio, en programas “graduados”; oraciones, catecismo, gramática, aritmética, y también la historia, la geografía, el dibujo lineal, para los “niños que estén avanzados, ...con el fin de que las escuelas cristinas no sean en nada inferiores a las otras”.

Se concreta el “orden de los recitados” y el método de las “explicaciones”. Al comienzo de cada mes, el maestro dará a los alumnos una noción general de sus trabajos, luego subdividirá ese conjunto en “lecciones diarias”, teniendo en cuenta las capacidades intelectuales, para cada una de las “secciones” de la clase. Si se trata de la gramática, adoptará un sistema simple y concreto: “Cuando todos los alumnos tengas su libro en las manos, hará leer la primera frase, hará observar lo que es hablar correctamente”, insistirá en la distinción de las vocales y las consonantes, indicará los sustantivos, y tomará como ejemplos “los diversos objetos que se ofrecen a la vista” de sus jóvenes oyentes, obligándoles a nombrarlos. Proceso no menos seguro y no menos razonado para la aritmética: los “números, unidades, cantidades” serán primeramente definidos; el niño aprenderá luego a

formar las decenas, las centenas. De ahí, pasará a las primeras nociones del sistema métrico.

Hasta nueva orden, el conocimiento de la historia sigue siendo muy somero: se limita a algunos recitados de “resúmenes” completados con algunas lecturas. La geografía, en cambio, dispondrá, mediante el uso de mapas murales, de un mejor medio nemotécnico; el encerado servirá ampliamente para la ciencia del dibujo.

Toda una serie de artículos se refiere a la función, en adelante bien admitida, de los “repetidores”. Éstos, con la ayuda de paneles y de los mapas, ejercitarán a sus compañeros en diversas cuestiones, denominaciones geográficas, ubicación de las ciudades, cursos de los ríos; y, en lo referente a las figuras de la geometría, aplicación exacta y rápida al dibujo lineal.

Lo mismo sucede con el cálculo: en cada “tipo de lección”, los alumnos, “más inteligentes” comenzarán “la lectura del primer problema del día” ante sus condiscípulos pertrechados con el manual de aritmética. Darán las aclaraciones necesarias, procederán a las preguntas; los “pequeños encerados, ubicados en diferentes lugares” de la sala, permitirán las operaciones individuales, ejecutada con la tiza. Por su parte, el maestro mantendrá la dirección general: llamará sucesivamente a los grupos de trabajadores, frente a la “pizarra grande”, para los resúmenes, las puestas a punto, para la presentación de la lección siguiente [366].

En todo caso, la escuela se vuelve más “activa” que en el pasado. “Una composición por semana, sobre cada una de las ramas de la enseñanza”, mantiene la emulación más estable, más saludable. Se ejercita aún más, cuando la memoria entra en juego, por medio de los “campos”: “los dos niños más capaces”, en una sección escolar, eligen alternativamente a aquellos de sus compañeros con los que quieren formar “su partido”; también esto es un perfeccionamiento del método mutuo: los jóvenes jefes preparan para el torneo a la tropa de la que son responsables; luego los campos se enfrentan, preguntas y respuestas se intercambian de uno a otro, en forma de concurso. Por supuesto, el profesor ejerce de árbitro, y juzga en última instancia [367].

Las buenas o malas notas, los “vales de recompensa”, las “cruces honoríficas” sancionan los resultados [368]. Y la “distribución de premios”, al fin del año, se establece como práctica universal. La *Guía* de 1838 recomienda elegir bien las obras que darán a los alumnos la alegría y el provecho de una pequeña biblioteca personal; hay que evitar atiborrar en exceso a algunos premiados y despedir a muchos niños con las manos vacías, “sobre todo en las clases inferiores”.

Pero ¿debe también desterrarse toda “ostentación”? En principio, la regla establecida antiguamente por el Hermano Agathon se mantiene: los Lasalianos deberían abstenerse de exhibir a sus alumnos en los escenarios. En realidad, condescienden ante los deseos de las autoridades civiles o eclesiásticas. La distribución de premios se convierte en ceremonia pública, oficial, donde maestros y alumnos son homenajeados [369].

Esos son los temas esenciales y los capítulos más interesantes del libro. El fin de la segunda parte pasa revisión a los “oficiales de la escuela”, entre los cuales figuran, junto a los repetidores, los “vigilantes” que contribuyen al mantenimiento de la

disciplina [370], y los “controladores de sanciones”, también depositarios de la confianza de los Hermanos para dar el finiquito a los trabajos suplementarios correctamente ejecutados [371].

La tercera parte de la *Guía de las Escuelas* se presenta, en 1838, al igual que en 1811 y en 1828, como una especie de anexo, donde —según las indicaciones suministradas por los manuscritos primitivos— se recuerda brevemente la función del “inspector” en los establecimientos del Instituto, y se subraya la importante misión del “formador” de los maestros jóvenes [372].

* * *

Ese formador, debe existir en la persona de cada director de comunidad. ¿No será mucho pedir de un hombre sobre el que pesan ya numerosas responsabilidades y que, él mismo, a menudo tiene que encargarse de una clase? Los consejos de su experiencia no les faltarán, sin duda, a sus auxiliares; pero ¿los dará en el momento oportuno, con la continuidad, en el orden deseado? Conforme la enseñanza se va volviendo más compleja, la pedagogía exige un estudio más profundo, la función de los “especialistas” se impone más rigurosamente. Se necesitan escuelas normales, cursos preparatorios, escolasticados; y, al frente de ellos, personalidades que sumen la competencia a la entrega.

Ruán posee, en el Hermano Calixte, uno de esos jefes a la altura de las tareas más difíciles, capaces de aportar la doctrina y predicar con el ejemplo a los maestros del mañana. Jean-François-Nicolas Leduc tiene treinta y dos años cuando en 1829 acude a dirigir esa “casa de Saint-Lô” en la que finalmente se ubican algunos becados del departamento de la Seine-Inférieure [373]. La Congregación lasaliana no forma aquí, a su propio personal: colabora en las iniciativas “laicas”, con la administración prefectoral; abre los caminos a unas setenta escuelas normales que, de 1830 a 1836, surgen en Francia, en los tiempos de Montlivet y de Guizot [374].

El Instituto aparece nuevamente como precursor; le basta, en este punto como en otros, retomar sus más queridas y más antiguas tradiciones. El joven director de Ruán inaugura una fecunda carrera, en la que le acompañarán las alabanzas de los ministros de la Instrucción pública, la confianza de las autoridades y de la clientela normanda. Le llegan diez alumnos en 1829, siete en 1830, ocho en 1831. Veintitrés futuros maestros siguen sus lecciones en 1832 [375]. Todos son admitidos mediante concurso: “En general, tienen buenos principios de escritura y de cálculo, declara el jurado de examen en el mes de noviembre de 1830; están menos fuertes en lectura, sobre todo en lo que se refiere a los manuscritos... La inteligencia y la capacidad del maestro que los dirigen ofrecen esperanzas” de un rápido progreso [376].

La comisión, encargada por el prefecto Dupont-Delporte de inspeccionar el establecimiento presenta, el 30 de mayo de 1832, un informe muy detallado: los conocimientos gramaticales de los adolescentes les parecen satisfactorios, incluso (en algunos de ellos) “notables”; los cuadernos de dibujo ofrecen series de figuras “bien ejecutadas”. Historia y geografía dejan aún que desear: pero esa son materias que se enseñan desde hace poco.

“Hemos encontrado las clases bien cuidadas, dicen esos universitarios y el consejero de la prefectura que se ha unido a ellos; hemos quedado muy satisfechos

de ver que el jueves, en sus paseos, los alumnos aplicaban sobre el terreno los diferentes procedimientos de mediciones agrarias”.

Excelentes “métodos de enseñanza”: no se desdeña el método mutuo. Los ejercicios ideados por Lancaster se suceden con precisión, bajo la guía de los jóvenes monitores elegidos y supervisados en su trabajo por los alumnos-maestros.

El “horario diario” crearía problemas en personas con salud menos robusta, en voluntades con menos temple y menos dóciles que las de un campesinado habituado a las penalidades de la existencia. Está inspirado en el reglamento de los Hermanos: levantarse a las 4 h. 30 en verano, a las 5 en invierno, acostarse a las 9 de la noche; entre ambos momentos, acumulación de clases y de estudios, precedidos por la oración, una meditación que los comisionados llaman “lectura reflexionada sobre la religión”, la misa, y únicamente interrumpidas por el desayuno, comida, merienda y cena o por algunos cortos recreos. Historia Sagrada, aritmética, escritura, canto llano, gramática, historia de Francia, geografía, lectura de impresos y de manuscritos franceses y latinos, análisis lógico y gramatical, dictado de textos, lección de pedagogía, explicación del catecismo forman una cadena a lo largo de esa jornada de dieciséis horas. Los profesores intentan modelar a su imagen a la juventud que se destina, sino a las renunciadas totales del monasterio, al menos a las tareas y a la pobreza de los maestros de pueblo.

“En definitiva, concluye el informador, hemos pensado que los Hermanos de la Doctrina Cristiana respondían a las intenciones” de los poderes públicos. La escuela debe suministrar personal de calidad: en ella “se encontrarán los medios eficaces de extender la enseñanza en el mundo rural”.

Pero lo que conviene “señalar sobretodo”, es “la actividad y la entrega del director, Hermano Calixte: su educación, su saber, su celo le convierten en un hombre precioso” para el puesto que ocupa [377].

Vamos a escucharlo a él mismo, en sus comentarios anuales sobre la marcha del establecimiento. En ellos revela la claridad de su mente, la franqueza y el equilibrio de su juicio. Desde 1833, dio a los diferentes cursos una organización racional, repartiendo a sus discípulos según los progresos de su cultura, esforzándose para que no sucumbieran bajo el peso de los múltiples conocimientos.

“Para el francés, las obras adoptadas son las de los Sres. Noël y Chapsal; pero la primera parte de su gramática es demasiado elevada” para unos jóvenes que no han aprendido más que los rudimentos de las escuelas elementales. Se comienza por ejercitarlos con ayuda de la gramática de Lhomond.

En segundo año, componen “narraciones, amplificaciones, ponen en prosa obras en verso, “se aplican” al análisis lógico, a la redacción de los documentos del estado civil y al estilo epistolar”. Reciben, además, “naciones sobre las principales reglas de la lógica” formal.

Física, mecánica, química, mineralogía, zoología, fisiología vegetal, ocupan un cierto lugar en los programas. En verdad, el Hermano Calixto considera que es pedir demasiado a los alumnos. Éstos “nos llegan con un bagaje tan somero, una inteligencia tan poco desarrollada” que corren el riesgo de agotamiento en el trabajo.

Ciertos estudios demuestran ser “nocivos” para algunos, a los que hay que detener al nivel del certificado elemental. “El gran número de asignaturas se presta a confusión en sus mentes”. Los cursos de grado superior no deberían admitir más que a las “capacidades reconocidas”; los demás candidatos a los puestos de maestros, repetirían sencillamente el primer año de escuela normal, completado con algunas lecciones esenciales [378].

En 1834 - 1835, el equipo de los normalistas parece más sólido y más homogéneo. Las tandas que ya habían sido pulidas por el Hermano Calixte se muestran capaces de recibir una enseñanza bastante amplia. El curso de aritmética continúa “hasta los logaritmos, inclusive”. En geometría, se termina el estudio de las proporciones en los cinco primeros libros de Legendre; a ellos se añaden ejercicios prácticos sobre las medidas.

El director no duda en hacer su tarea más dura reuniendo, durante los meses de junio, julio y agosto, a veintisiete maestros de la Seine-Inférieure, con edades de 22 a 40 años, para iniciarlos en los buenos métodos y aumentar un poco su escaso saber [379]. Esos “cursos de perfeccionamiento” se convierten en una institución regular: los beneficiarios, designados por los comités de distrito, se dirigen hacia la capital normanda tan pronto como sus escuelas rurales deben ceder los niños a los trabajos de la siega y de la cosecha. El establecimiento de la calle Saint-Lô suministra el alimento a este grupo especial de participantes, pero les deja a su cargo el alojarse en la ciudad. Más de trescientos pedagogos en ejercicio desfilarán así por Ruán, desde 1834 a 1845; y si esas clases complementarias son suprimidas a partir de 1846, es porque para ese entonces, la mayoría de los maestros de la región, al menos todos aquellos que han manifestado celo y aptitudes, ya han pasado sucesivamente bajo la dirección de los Hermanos de las Escuelas Cristianas [380].

El apostolado intelectual y moral de la Congregación se desarrolla de ese modo, año tras año, con éxitos variables según la calidad de los normalistas, pero en su conjunto incontestables. En 1836, los veinticinco debutantes son poco dotados para las ciencias; en cambio, sus diecisiete predecesores del segundo ciclo han “progresado notablemente en todas las ramas”: el resultado de los exámenes hace esperar en una generación de maestros “distinguidos”. Se han formado en las “escuelas de aplicación” anexas a la casa del Hermano Calixte; han servido, además, de monitores en las clases de adultos, dos o tres veces por semana, durante ocho meses.

Su educador se felicita por su comportamiento, por sus sentimientos religiosos [381]. Lo sigue muy de cerca, habiéndose reservado para él las lecciones de pedagogía, a la vez que enseña geometría y dibujo. Sus auxiliares lo secundan eficazmente, el Hermano Surin, en particular, llegado del Languedoc en octubre de 1831 [382], y encargado de enseñar historia, geografía, aritmética, el método mutuo. En 1834, los Superiores envían a Ruán al Hermano Péloguin, futuro Asistente: éste aliviará las responsabilidades del director de la escuela normal, encargándose de la comunidad lasaliana y de las clases primarias; dará también lecciones a los jóvenes de la calle Saint-Lô [383]. Un sacerdote, el padre Denize, presta su colaboración de filósofo cristiano para mantener bastante elevado el nivel de los estudios religiosos.

Aunque el Hermano Calixte siga reclamando menos “saturación” en los programas y tema que “abordando superficialmente” demasiados conocimientos científicos, sus pupilos no descuiden asimilar el alimento indispensable [384], el trabajo no decae. Vemos desarrollarse notablemente los cursos de historia, que incluyen, en 1837, nuevas nociones sobre los pueblos de Oriente, Roma y la Edad Media; se aborda con más detalle en la geografía de Francia. Y la cosmografía está a la orden del día, con el empleo de la “máquina geocíclica” del Hermano Anaclet [385].

Ocho años de exitosas experiencias, de entrega infatigable, de una dirección “firme y conciliadora a la vez” [386] han sentado la fama del establecimiento de Ruán. Se produce pues una viva conmoción, en los medios pedagógicos, y en el mundo oficial, cuando en el mes de julio de 1837, tiene lugar la elección del Hermano Calixte para el cargo de Asistente del Superior General. El rector de la Academia de Ruán, Badelle, se niega a dejar partir al que él llama “el buen Hermano”. Sus quejas se desglosan en su carta del 7 de agosto, dirigida al Hermano Anaclet; su mal humor hierve. Si el director de la casas de Saint-Lô es llamado a París, “permítame, Señor Superior, no disimulárselo, emplearé todos mis esfuerzos para que la escuela normal sea confiada a personas ajenas a su Congregación. No debía esperarme semejante ingratitud por parte de una corporación hacia la que siempre he profesado la mayor estima y la más pura veneración. Reciba la expresión de mi dolor...” [387]

También la municipalidad interviene con miras a conservar un educador incomparable. Querrían arrancarle al ministro una orden formal contraria a las decisiones del Instituto lasaliano. La Casa Madre necesita tomarse el tiempo necesario para calmar la tormenta. Pasan dos meses; finalmente el 19 de septiembre, una solución parece posible: “Anteriormente, escribe el Hermano Anaclet al prefecto de la Seine-Inférieure, le anuncié que esperaba presentarle al sucesor del Hermano Calixte. He pensado en el Hermano Cécilien: la prudencia, el celo y los conocimientos de ese religioso me dan la certeza de que ocupará perfectamente el puesto”. Por lo demás, no es ningún desconocido para la administración civil y para la Universidad: durante dieciocho meses, en 1833 – 1834, reemplazó en Ruán al Hermano Calixte. El prefecto le manifestó una simpatía alentadora: nos atrevemos, en consecuencia, a confiar en la “protección” del alto funcionario en las gestiones a realizar ante el Gran Maestro [388]. Por otra parte se recurre a la solicitud del rector. Esa mansedumbre, esa paciencia se salen con las suyas: aunque lamentándose por la muy grande pérdida que sufrirá la escuela normal, la Comisión de supervisión del establecimiento acoge de buena gana al Hermano Cécilien, quien sabrá mantener todas las tradiciones del eminente organizador.

Así fue —después de la desaparición de los “seminarios de maestros rurales” debidos al genio de san Juan Bautista de La Salle y tan lamentablemente aniquilados, mientras él aún vivía, por la felonía de un Nicolas Vuyart y de un Jean-Baptiste Clement [389]— el primer, el consolador retorno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas a una obra esencial del “Maestro de los maestros”. La Francia de 1830 comprendió lo que podía esperar de una sabia pedagogía, de una experiencia más que secular, para ayudar a sentar las bases de un edificio definitivo. Conviene no obstante lamentar que, por una parte, prejuicios “laicos”, por otra parte, el demasiado pequeño número de los Lasalianos le impidieran realizar una más amplia llamada a esos obreros cualificados de la enseñanza popular. Un mejor espíritu hubiera inspirado las escuelas normales de la Monarquía de Julio y hubiera

alejado a numerosos maestros de muchos errores, de muchas peligrosas tentaciones, si el modelo de Ruán hubiese determinado la creación de filiales en cantidad suficiente.

Para constatar un éxito análogo al del Hermano Calixte, y con el fin de culminar aquí el estudio relativo a la formación de los alumnos-maestros, atravesaremos, por un momento, la frontera nacional. No será ni salimos de nuestro tema, ni adelantarnos a otros tiempos, en otro mundo, el mencionar los inicios de la más antigua escuela normal dirigida por los Hermanos en Bélgica. Las iniciativas escolares del país vecino coinciden con el esfuerzo, tan deliberado, tan perseverante, de Guizot, y desembocan también en interesantes realizaciones, en un ambiente de la más completa libertad.

La Constitución de 1831 dejaba a los ciudadanos, como ya dijimos, el terreno totalmente abierto para la enseñanza de sus niños. ¿Dónde se prepararán pues los futuros educadores? Bajo el régimen holandés, las “escuelas modelo”, surgidas de la decisión real del 3 de junio de 1827, hacían las veces de escuelas normales para los maestros rurales, a la vez que su enseñanza bastante extensa permitía a los hijos de las familias acomodadas el acceso a las clases de los colegios. No existía más que un solo establecimiento organizado a la manera alemana o francesa, el de Lierre.

Después de 1830, las escuelas-modelo sobrevivieron, siempre bajo la dirección de las autoridades públicas. Pero abandonaron poco a poco, hasta 1837, su participación en el reclutamiento de un cuerpo profesoral [390]. Los católicos, cuyo celo se multiplicaba con el fin de conservar a la iglesia su influencia, debían preocuparse por asegurar su futuro: fundadores, en diez años, por lo menos de los dos tercios de las nuevas escuelas primarias, no podían contar únicamente sobre los Institutos religiosos para remplazar a los viejos maestros o a los difuntos. Se aprovecharon de la carencia gubernamental, de sus posiciones sociales y políticas; con osadía, inteligencia, generosidad, pusieron en marcha, con sus propios medios, cursos prácticos de pedagogía y confiaron la dirección ya sea al clero secular, o bien a las congregaciones [391]. Los obispos apoyaron ese movimiento. En Namur, el proyecto de una escuela normal nació en el entorno mismo del prelado ascendido a la sede episcopal en 1836, Mons. Dehesselle: uno de los canónigos, el P. de Montpellier, se puso de acuerdo, ese año, con dos de los miembros de la comunidad lasaliana, los Hermanos Amos y Ananie, para elaborar un plan de estudios para uso de los futuros maestros. Compró una casa, en la plaza del Palacio de Justicia, la acondicionó para el alojamiento de veinte o veinticinco alumnos internos. Clases y comedor, permitían, además, recibir a semi-pensionistas. El establecimiento abrió sus puertas en diciembre. El Hermano Ananie fue su jefe. Los candidatos se presentaron en abundancia: esa afluencia demostraba enseguida la necesidad y la popularidad de la obra. Obligó al canónigo de Montpellier a trasladar su fundación al castillo de Harlue: esa no sería más que una breve etapa. En 1841, la escuela normal de la diócesis de Namur se establecía en la antigua abadía de Manlonne, donde le esperaban grandes destinos [392].

* * *

A orillas del Sena y de la Meuse, los Hermanos trabajaban al servicio del prójimo: pero sin faltar al espíritu de su vocación, a la letra de su Regla. Esparcirán la sana

doctrina, actuarán sobre la juventud lasaliana o belga, por medio de sus alumnos que permanecen en el “siglo”. Pero la Congregación tiene la obligación de formar en la enseñanza, del modo semejante, a sus propios miembros. Su Comité de 1834 consideró un nuevo comienzo de la empresa esbozada por los primeros sucesores del Sr. de La Salle y llevada a su más alto punto de perfeccionamiento por el Hermano Agathon. Nos referimos a los escolasticados.

El noviciado es, ante todo, una preparación de tipo espiritual. Forma al joven en la oración, en la obediencia en la austeridad, en el olvido de sí mismo. No puede dedicar más que una parte restringida a los estudios humanos, durante las cortas horas que le deja disponibles la cultura moral, mística, teológica. Sin duda alguna, de ese modo tiende hacia el objetivo que se propuso el Fundador: crear pedagogos que se consagran a las almas y cuya acción encuentra su móvil y su fuerza en el sacrificio. Pero este necesario prelude reclama una continuación, desde el momento en que se pretende cristianizar las masas por medio de la escuela, teniendo en cuenta que el progreso de la civilización multiplica y complica las exigencias de toda vida intelectual.

El escolasticado deberá pues acoger a los Hermanos después de haber emitido sus primeros votos, o bien después de algunos años de profesorado, después de una permanencia, útil y concluyente, en una comunidad. Las casas importantes del Instituto se considerarán una obligación y un honor mantener entre todas ellas esa verdadera escuela normal, tal y como se lo imponían antes de 1789 las decisiones de los Superiores. Sólo de ese modo llegarán a ser organizaciones completas, capaces de proporcionar a un “distrito” todo el personal de los centros educativos. Sus jóvenes religiosos se beneficiarán de una existencia colectiva, mejor apropiada al desarrollo de la conciencia, al éxito del trabajo que las pequeñas comunidades; estarán bajo el control de profesores especiales; de ordinario, tendrán ante sus ojos los ejemplos de los veteranos que finalizan en una vejez llena de méritos.

Así es como se plantea y se explica, de la forma más clara, la decisión de los representantes de la Congregación reunidos en el arrabal Saint-Martin en octubre de 1834 [393]. La casa de Toulouse, siempre fiel al pensamiento del Hermano Bernardin, es la primera en pasar a las realizaciones deseadas: sus Hermanos normalistas, puestos en manos de un hombre de elevada inteligencia y de sólida virtud, el Hermano Floride, constituirán una élite cuya irradiación se extenderá desde los Pirineos al Macizo Central. Inicialmente, son seleccionados entre los Lasalianos ya profesos: vuelven al centro del distrito del Languedoc con la experiencia de la escuela, una vocación probada, un sentimiento muy profundo de sus deberes. Aprovechan ampliamente las lecciones que les imparten los más instruidos de sus cohermanos; ellos mismos se encuentran capacitados para aplicar los métodos de la pedagogía, y para utilizar a sus aptitudes en las clases de adultos. El Instituto, por medio de los alumnos-maestros, tales como el Hermano Liéfroy, el Hermano Liébert, más adelante bajo educadores que se llamarán Hermanos Irlide, Leuvar, Léandre, se crea una fama que el Sur de Francia no ha olvidado [394].

La Casa-Madre del Santísimo Niño Jesús se propone, a su vez, abrir un escolasticado, en 1838. En el Capítulo General reunido el año precedente, las resoluciones del Comité recibieron plena fuerza de ley: con el fin de asegurar al mayor número posible de personas el beneficio de diez a doce meses de estudio, además del noviciado, se decide que no se aceptarán, sin “absoluta obligación”,

nuevas escuelas primarias, que obliguen a los Superiores a dispersar demasiado rápidamente a los recién incorporados apenas formados [395].

La preocupación por el futuro exige aún más. Todo apóstol, cualquier fundador de una Orden religiosa busca discernir en las almas de los niños las señales de la elección divina [396]. Si ha creído reconocerlas, y para que no se borren, piensa en reunir en torno suyo una pléyade de discípulos muy jóvenes; cultivará en un terreno propicio el germen aún débil, con la ayuda de obreros designados por su habilidad, su delicadeza escrupulosa. Semejante trabajo se impone más seriamente cuando se quiere llevar más allá de una efímera floración, hasta el desarrollo total de los frutos, la virtud naciente, el talento precoz, de un ser que deberá realizar este complejo ideal: conjugar la vida del monje con las tareas del maestro de escuela.

San Juan Bautista de La Salle no desechó esa necesidad; creó en Reims, luego en París, un semillero de su Instituto. Pero las terribles crisis que, desde 1690 a 1715, experimentó su obra —abandonos, traiciones, persecuciones, condenas, éxodos de refugio en refugio— arruinaron sus “noviciado menores”. Durante el siglo XVIII, el medio resultó desfavorable a la implantación de un nuevo seminario de vocaciones. Se renunció a él, después de un ensayo en 1726. Si, en esa época, la Congregación de los Hermanos se estabilizó en vez de ampliarse, si, en vísperas de los desastres de 1792, contaba tan sólo con ochocientos pioneros, quizás convenga atribuir a las condiciones de su reclutamiento la causa de ese lento crecimiento.

El generalato del Hermano Anaclet aparece como la vigorosa recuperación de todas las iniciativas del Fundador. Es el punto de partida del progreso en todos los sentidos, de un gran trabajo pedagógico, de una expansión conquistadora. Con respecto a los “noviciados preparatorios”, el Capítulo de 1816 se contentó con manifestar un deseo. Unánimemente, el Comité de 1834 “decidió” que se establecería, en diferentes casas, una *Escuela de noviciado* en la que “los jóvenes” que manifestasen predisposiciones para el estado religioso podrían entrar “a partir de la edad de trece años”; pasarían allí unos dos años, luego serían acogidos en los “noviciados ordinarios”. Los delegados confiaban al Régimen la tarea de elaborar un reglamento para la “guía” de los establecimientos así resucitados después de más de un siglo [397].

El primero se abrió en la capital en 1835; el segundo tendrá como sede Aviñón, en 1837 [398]. Funcionará otro en la casa lionesa llamada de los “Lazaristas”. En París, el organizador se encontró enseguida: el Hermano Philippe, siempre dispuesto a las gestiones oportunas, eligió, como residencia de los adolescentes, un edificio anexo a la Casa Madre, antiguo cuerpo pabellón del cuerpo de guardia que la administración prefectoral juzgó apropiado para ese destino. El 1º de octubre, siete novicios menores provinciales, llegado de Forez, se unieron a los seis novicios más jóvenes del Santísimo Niño Jesús, para formar el núcleo de la futura élite.

Pronto, habrá que apresurar la construcción de un edificio de tres pisos. Los postulantes acudían numerosos, y de excelente calidad: en el momento de la fundación, Jean Warville aparecía encabezando la lista, seguido de cerca por Jean Pinatel; los dos serán, a lo largo de su existencia religiosa, Visitadores del distrito de París, uno bajo el nombre de Hermano Nicolaüs-Marie, el otro bajo el de Hermano Angelum. Warville aporta de su Lorena natal una sensatez superior a su edad, un juicio recto, una inteligencia muy despierta: dotado para todo tipo de enseñanza,

estudia el catecismo con un entusiasmo muy particular. En el trabajo, al igual que en el juego, o en la capilla, da un ejemplo irresistible. Su condiscípulo Pinatel, de Saint-Étienne, cuenta apenas con trece años: benjamín del grupo, de ingenuo candor, con amables e ingeniosas réplicas, una sonrisa que denota sencillez de buena ley, una constante igualdad de estado de ánimo [399].

El inicio del segundo años vio la admisión de Alexandre Lagrange quien, convertido en el Hermano Annet, gobernará magistralmente el pensionado de Clermont-Ferrand. Otros jefes entre los más notables que honran al Instituto, saldrán del noviciado menor de París: éste estará dirigido, desde 1850 a 1880, por uno de sus antiguos alumnos, el Hermano Pierre-Célestin, conocido también como el inventor de métodos de lectura, y organizador de las escuelas de sordo-mudos confiadas a los Lasalianos de Francia. Pierre Fumet, no era agraciado en su apariencia: su estatura era minúscula, sus rasgos desgarrados, pero poseía un espíritu dinámico, un corazón exquisito, manos hábiles, y un don de dibujante que el Hermano Philippe no tarda en reconocer y estimular [400].

Antes de Fumet y después de Pinatel, el registro del noviciado menor conserva el nombre de su compatriota Joseph Josserand, nacido en Saint-Étienne el 31 de marzo de 1823. Este hijo de un jornalero, niño de agradable figura, se ganará enseguida todas las simpatías, ejercerá primero sobre compañeros, luego sobre sus alumnos, un maravillosa influencia. Desempeñará un gran papel como educador; y ascenderá finalmente al rango supremo, decimotercer sucesor del Sr. de La Salle.

A ese ilustre “Hermano Joseph” se debe una vivaz silueta de su maestro, el Hermano Philippe, en la plenitud de la vida, en el gozo de la paternidad espiritual, en medio de sus novicios menores. Al celebrar el cincuentenario de la fundación de 1835, el Superior General de 1885 contará como transcurrieron, en la casa del arrabal Saint-Martin, “los mejores años de su existencia”. El Asistente del Hermano Anaclet, a pesar de sus tareas administrativas y entre sus redacciones de obras clásicas, se reservaba el tiempo de cultivar su “jardín” predilecto. Par las jóvenes plantas del vergel parisino, “su solicitud llegaba hasta la ternura; se extendía a la vez, a las necesidades del alma y del cuerpo”. El profesor de Auray, de Rethel y de Reims se despertaba en él. Despertar lleno de alegría; divina compensación al sacrificio que había aceptado al renunciar, por obediencia, a la enseñanza cotidiana. Los niños reunidos entorno a su jefe, formaban una corona de gracia y de generosidad, era la frescura de los sentimientos y de los pensamientos, la alegría de los corazones puros, el impulso que se proyecta hacia el porvenir, con una conmovedora prontitud, pero al cual es necesario pacientemente, discretamente, prepararle el terreno para librar su ímpetu del peligro, de la caída ante los primeros obstáculos.

El Hermano Philippe acompañaba a sus queridos discípulos en sus paseos al bosque de Boulogne. Rezaba con ellos, yendo de camino, charlaba con sencillez. Después tenían lugar los juegos. En el momento de la pausa, el maestro se reencontraba con su ardiente y confiado auditorio, toda las miradas concentrada en su fisonomía enérgica, sobre su tranquila sonrisa. “Lo habríamos escuchado durante horas hablándonos de Dios y de la Santísima Virgen, de historia, de dibujo, y de las obras de la Congregación”.

En clase, daba conferencias familiares, donde se esbozaba la misión de esos futuros Lasalianos. El autor de los manuales enseñaba a los novicios menores aritmética, geometría, dibujo lineal; y el Hermano Joseph lo recuerda ante la pizarra, con la tiza entre el pulgar y el índice: enseñanza de valor; y, para las vocaciones pedagógicas, experiencia de laboratorio, ejemplo ofrecido a las reflexiones y a la imitación de los aspirantes por uno de los hombres mejor calificados.

De una obra tan preciosa, el Hermano Asistente sale fiador ante los amigos y protectores de su Instituto. Les solicita los recursos materiales: se recogen fondos a partir del 26 de diciembre de 1835, fecha de la capital reunión que se celebró en los salones del palacete de los Dreux-Brézé. En ella tomaron parte el Padre Pierre de Dreux-Brézé, el conde de Chabrol-Volvic, el duque de Montmorency, el conde de Harcourt, el conde de Tascher, el marqués de Vogüé, el caballero de la Pailleterie, los Sres. de Saint-Paul, Cubert, Bréton, Choiselet, Fieffi, Lebrun, Pardessus, Poussielgue-Rusand, altas personalidades del mundo católico, donde, sin duda, predominaba el “legitimismo”, pero con la suficiente sensatez como para que la política no comprometiese el esfuerzo religioso.

El 3 de enero de 1836, el Hermano Philippe habló del origen y del desarrollo de la Sociedad Lasaliana. El 20, se organizó definitivamente la “Obra para la fundación y el mantenimiento del Noviciado preparatorio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas”. Se nombró un tesorero para cada uno de los doce distritos de París. Las suscripciones superaron los 13.000 francos, ese primer año. Con ese dinero se cubrieron los gastos de 77 alumnos [401].

* * *

De manera inesperada, va a tener lugar el inicio de un “pensionado” en el noviciado menor de París y, como era conveniente, separado enseguida de su contexto de nacimiento, se convertirá en el establecimiento-modelo de la enseñanza especial, “primaria-superior”, posteriormente “secundaria”, impartida por los continuadores de la casa de Saint-Yon. Esta historia se vincula también con el trabajo paralelo de Guizot y del Hermano Anacleto, con el esfuerzo común que llevaban a cabo los pedagogos franceses, bajo la Monarquía de Julio, con miras a extender la enseñanza, y elevar progresivamente su nivel. Permite, además, seguir la gran corriente que se formó en torno a 1820, en la misma Universidad, y bajo el impulso de hombres como Ambroise Rendu [402], en favor de los estudios comerciales e industriales, así como también de la enseñanza de las lenguas vivas. “La exclusión de esas lenguas es censurable en la educación de la juventud”, declara Villemain, en 1828. Después de la Revolución de 1830, las “secciones” de comercio y de industria se organizan con mayor fuerza en algunos colegios. En ellos se imparten cursos de “lógica francesa”, de “retórica francesa”, de ciencias, de historia, de geografía, de derecho comercial, de inglés, de alemán, de italiano, de dibujo lineal, de teneduría de libros. Durante todo el reinado de Louis-Philippe, se llevará a cabo una activa campaña —principalmente por el *Journal des économistes*— para que esa preparación profesional sustituya ampliamente al ciclo greco-latino [403].

Los discípulos del Sr. de La Salle se abstienen de toda crítica contra las antiguas “humanidades”. Pero sus reglas y sus tradiciones les llevan hacia el sistema “moderno”. De él ofrecerán, las mejores fórmulas, los ejemplos más contundentes.

El pensionado parisino que se irá delineando en adelante bajo los auspicios de su Casa Madre será, por sus programas y por sus maestros, la brillante, la triunfante filial de la casa de Béziers. Conocemos los orígenes de la fundación de Béziers [404]: la autorización de apertura, concedida por Vatimesnil en 1829, no permitía a los Hermanos más que un campo de enseñanza muy restringido; se les prescribía “circunscribirse a los límites del certificado” llamado “de segundo grado”: era para ellos pagar el privilegio que los dispensaba de examen. La ordenanza del 18 de abril de 1831, al someterlos a las obligaciones generales de los maestros, los libró de toda restricción; feliz rebote de una medida desprovista de benevolencia: los diplomas que deben conseguir en adelante les habilitan para una mayor *licentia docendi* [405].

El Hermano Marin, en otro tiempo Visitador del Piamonte, luego director de Namur [406], aprovecha las nuevas circunstancias para establecer sólidos cimientos en la ciudad del Bajo Languedoc. Encuentra un admirable auxiliar en la persona del Hermano Théotique.

Ese maestro, cuya influencia se extenderá tan lejos y permanecerá tan profunda, llega a Béziers en diciembre de 1830. Nacido cerca de Montpellier el 4 de octubre de 1804, fue alumno de los Hermanos Éloi y Euloge, entró en el Noviciado el 19 de septiembre de 1818 y debió su formación religiosa al Hermano Paul-de-Jésus, la antigua víctima de los tiempos trágicos, uno de los más activos obreros de la reconstrucción lionesa [407]. El Hermano Théotique adquirió, en la escuela de tan perfectos Lasalianos, el espíritu y las virtudes del Fundador. Se reveló como pedagogo en Nîmes, Arles y Marsella, completó mediante una labor heroica, un enseñanza que dejaban exigua los estudios de su infancia y su precoz admisión en el Instituto. Mostró la inteligencia viva y flexible del meridional; llegará a ser capaz de enseñar las ciencias más diversas. Su aspecto exterior no responde en absoluto al habitual retrato de sus compatriotas: la frialdad de sus modales, la inflexibilidad de sus máximas y de su comportamiento intimidarán a menudo a sus compañeros, subordinados, que no conocen aún la entrega, la bondad innata del hombre. Lo que parece dominar en él, es la prudencia, la facultad de observación, incluso una lentitud de decisión que se regula según la marcha de los acontecimientos, según el éxito de las experiencias. Por eso casi nunca dará pasos en falso, no chocará más que excepcionalmente con algún fracaso en sus empresas. “No puede equivocarse, es demasiado prudente, demasiado reflexivo” afirmarán sus contemporáneos. Un alto funcionario que tuvo trato frecuente con él declaraba que “si el Hermano Théotique hubiera permanecido en el mundo, hubiera sido ministro; tenía cabeza como para gobernar un Estado [408].

Ese es el religioso de veintiséis años que el Superior General pone a disposición del Hermano Marin: boca severa, mirada escrutadora, algo triste, un poco dura, rostro de rasgos fuertemente marcados, enmarcados en una larga y negra cabellera; bajo la amplia frente, un poderoso cerebro. Y unos hombros fuertes como para aguantar el peso de los días, la carga de una casa.

Mientras el Hermano Marin gobierna a la vez las escuelas gratuitas y el nuevo establecimiento de la plaza Saint-Aphrodise, el Hermano Théotique se ocupa de la disciplina y de la enseñanza, con el título de jefe de los pensionistas. Es ayudado únicamente por el Hermano Exupère en las clases. Es cierto que la inscripción del primer interno data tan sólo del 21 de febrero de 1831 y que en agosto, durante una

distribución de premios después de un examen “del que hablará toda la ciudad”, se cuentan dieciocho alumnos en total. Pero el trabajo aumenta rápidamente: “las dos pobres criaturas, en relación con el director, están, día y noche, en servicio activo” [409].

De 1830 a 1838, salvo un intermedio en Pézenas en 1833, y hasta su partida para la escuela normal de Ruán, nuestro oriundo de Montpellier asume la tarea principal. Le corresponderá a él investigar ante los antiguos profesores de Marsella o de la Rosignolerie, para obtener información sobre la organización de los pensionados lasalianos que perecieron en la gran tormenta [410]; a él, distribuir los alumnos por secciones, prever la materia y el plan de las lecciones, pasar de la cátedra magistral al encerado...

En marzo de 1832, el Hermano Marin, al dirigirse a una dama de Marsella, que quiere confiar a su hijo, indica sumariamente las tres categorías de alumnos: “... 1º los que se destinan a la carrera de letras; 2º los que se destinan al comercio; 3º aquellos que desean aprovechar de una educación cristiana y civil adquiriendo los conocimientos necesarios a los honrados propietarios”. “Los hijos de las mejores familias de Béziers” toman el camino de la escuela de los Hermanos; “feliz presagio de prosperidad”. El pensionista número cuarenta y seis acaba de encontrar puesto [411].

No se dejarán de alcanzar los objetivos que se proponía el P. Jean-Jacques Martin, el fundador: crear en la región una élite urbana y rural, cuya instrucción técnica, fe y costumbres sirvan de ejemplo para la población languedociana. Con esa finalidad se contará con una sólida cultura religiosa, y una ciencia dirigida a lo práctico, y a lo que podríamos llamar, “las humanidades francesas”. No debería producirse desambientación, ni desclasamiento social: por el contrario, arraigo en el territorio, con una savia más rica.

El matemático Gergonne, rector de la Academia de Montpellier, se presta a las intenciones de los Hermanos. Después de haber dado su aprobación al “prospecto” del establecimiento, da a entender que el director gozará de una suficientemente amplia libertad en la puesta en práctica: “Al estar aprobado por decisión ministerial este pensionado, le escribe al Hermano Marin, el 19 de septiembre de 1832, usted no tiene absolutamente nada que temer sobre su existencia, durante tanto tiempo por lo menos en que los cuidados que ustedes le prodigan no les hagan descuidar sus escuelas de pobres...” [412]

El desarrollo del pensionado provoca el traslado de las clases gratuitas, a un local que la municipalidad pretenderá, durante algunos años, abandonar a cargo del Instituto [413]. Pero los Hermanos no dejan de llevar a la vez todas sus tareas. En 1834, Jean-Claude Marie Pierrerfeu, el Hermano Leufroy, es nombrado director. Natural de Amplepuis, en el Rhône, y novicio de la casa de Lyon, dirigió desde muy joven a los corsos de Bastia. Nos lo encontraremos casi constantemente encargado de misiones importantes y delicadas. Es una figura de importancia, un espíritu ilustrado, una energía perseverante, hábil y sosegado. Béziers va a incrementar la valía del personaje. El plan primitivo del Hermano Marin se completa y se coordina. Gergonne lo aprueba en su conjunto, el 28 de julio de 1836.

“En la primera clase, dice el nuevo prospecto enviado entonces a las familias, se aprenden las oraciones, las principales verdades de la religión, los rudimentos de la lectura y de la escritura; se dan algunas nociones de aritmética y de historia de Francia; y se comienza a ejercitar la memoria mediante el recitado de algunas fábulas.

“En la segunda clase, los alumnos se forman de manera más especial en los diferentes conocimientos anteriormente enunciados. Se les enseña gramática francesa, análisis gramatical, se inician en la geografía y en el sistema legal de pesos y medidas.

“En la tercera clase, vuelven, según sea necesario, sobre las lecciones precedentes, principalmente sobre los principios razonados de aritmética y de gramática; se ejercitan en reducir las medidas antiguas a las nuevas, y viceversa. Emprenden el estudio de la geometría, del dibujo lineal, del dibujo de la figura, y reciben algunas nociones de estilo epistolar.

“Admitidos en la cuarta clase, se perfeccionan en todas las materias del programa ya vistas, concluyen su curso de aritmética y de gramática teórica y práctica, redactan narraciones, se familiarizan con el análisis lógico, de aplican al dibujo ornamental, de paisajes, trazan planos. La enseñanza comprende también ese año, cursos de álgebra, de trigonometría, de trazado geográfico, arquitectura, uso de instrumentos de agrimensura, teneduría de libros, en partidas simples y partidas dobles, la geografía histórica y comercial, conceptos de historia natural, de física y de química. El establecimiento puede, además, ofrecer, a quien lo desea, instrucción musical” [414].

Ciclo de trabajo modestamente presentado, pero sensatamente establecido. A partir de los rudimentos, se desarrolla sin interrupciones, los progresos se encadenan, los resultados de un año siempre controlados, consolidados, luego ampliados, al año siguiente. Es el sistema lasaliano, que exige un cuerpo de profesores estrechamente unidos, utilizando los mismos métodos, aplicándolos con paciencia y conciencia, capaces de ayudarse mutuamente, de remplazarse, capaces igualmente, de guiar a sus alumnos en todos los dominios de la enseñanza, exceptuados de algunos campos de la cultura reservados a los especialistas. Si el programa de 1836 guarda silencio a propósito de las lenguas vivas, se debe creer que no se trata más que de un silencio prudente con respecto a la Universidad: de hecho, esos estudios aparecen en Béziers desde esa época [415]. Acaban de dar al pensionado el carácter de un colegio primario superior, conforme a los deseos que expresaba Guizot, incluso yendo más allá, por los caminos en otro tiempo preparados por los maestros de Saint-Yon.

Esa enseñanza satisface a los habitantes rurales de las ricas llanuras del Orb, a los mercaderes de la costa mediterránea: quieren a sus hijos junto a ellos en las explotaciones agrícolas o en sus tiendas, una vez que hayan adquirido el bagaje de conocimientos que dará a esos jóvenes distinción y provecho. Otros padres, en la burguesía de las ciudades, continúan prefiriendo la tradición clásica; pero desean que los futuros candidatos al bachillerato reciban primeramente una sólida formación primaria. Esos serán, entre la clientela de los Hermanos, esos niños “destinados — como escribía el Hermano Marin— a la carrera de letras”.

Llegan, a la edad de siete u ocho años, a los bancos de una clase de los pequeños, allí realizan un aprendizaje de duración variable, suben, con sus compañeros, al escalón superior. La mayoría de los alumnos no abandonarán el pensionado antes de la adolescencia. ¿Será pues necesario que el colegio municipal o algún otro establecimiento universitario, en Montpellier, en Narbonne, en Toulouse, reciba, externos o internos, a algunos niños de Béziers que no han hecho aún su primera comunión? Padres y madres desearían prolongar la estancia del alumno con los Hermanos.

Éstos encargan entonces, para contentar a las familias preocupadas, de obtener la colaboración de los latinistas. Las lecciones de esos profesores no se dan sino fuera del establecimiento; y, de ese modo, se piensa, en la plaza Saint-Aphrodise, que no se viola una regla fundamental de la Congregación. Los Hermanos Leufroy, Théotique y Éxupère lo exponen al Superior General: ardiente alegato en favor de los pequeños que, demasiado pronto alejados de las influencias religiosas, no escapan al “contagio del mal ejemplo”. El Hermano Anaclét, ¿no aprobará o al menos, no tolerará en absoluto el ingenioso ardid que le supondrá el agradecimiento de los languedocianos? Sin duda se conmueve; pero, custodio fiel de los mandamientos del Padre, no debe dejarse convencer. Y los iniciadores de Béziers, realizarán, sobre ese punto, una retirada, a la cual, por adelantado, se declaraban “resignados” [416].

Su gestión indica claramente el precio que se atribuye, en torno suyo, a la educación cristiana. El espíritu de los establecimientos oficiales, con maestros de todas las opiniones, vigilantes reclutados un poco al azar, con la mezcla de creencias, de líneas de conducta, crea recelo. Además, entre el régimen universitario, que no se desprende por entero del militarismo napoleónico, y la disciplina, seriamente organizada, sin duda, pero paternal, de la casa lasaliana, ¿qué diferencia! Las personas que poseen una cierta solvencia no dudan en pagar 500 francos de pensión anual, o los 220 francos de la media pensión. Para la época, el sacrificio debe parecer bastante pesado para los hogares modestos, sobre todo cuando aumenta el número de hijos. Se lo pueden permitir para el hijo bien capacitado, mientras la escuela gratuita sigue accesible a toda la familia. Se hacer gala con cierto orgullo del hijo pensionista, vestido con “el traje burgués, color azul vaporoso”, de “chaleco negro a la chevalière”, con pantalón “marengo”, o “blanco”, según las estaciones [417].

Las relaciones entre los Hermanos y los alumnos se basan en la confianza, en el afecto, austero pero profundo, por parte de unos, respetuosa, por parte de los otros. Vida casi familiar, para esa juventud que constata, en cada momento del día, la entrega del profesor, director de estudios, repetidor de los deberes o de las lecciones, compañero de salidas, organizador de las pequeñas fiestas del año escolar, presente en el comedor, en el recreo, en el dormitorio, junto a la cabecera de los enfermos. Vida religiosa intensa, en función de la Regla de los pedagogos del cuello blanco: en 1837, la Congregación de la Santísima Virgen es erigida canónicamente en ese pensionado que se ubicará, algunos años después, bajo la advocación de la “Inmaculada Concepción”; elegirá como primer “prefecto” al edificante Joseph Maurin; su acceso al clero secular llevará al antiguo discípulo del Hermano Leufroy a la prelaturo, y al puesto de capellán jefe de la guardia imperial, bajo Napoleón III [418]. Las vocaciones para el Instituto del Sr. de La Salle surgen también en el ambiente de trabajo y de piedad: en su momento señalaremos las más

notables, aquellas de las que se beneficiará la misma casa de Béziers, antes que la Congregación en general.

El Hermano Claude, trasladado de Bélgica al distrito de Toulouse, anota, en su informe del 22 de julio de 1838, la presencia de nueve Hermanos de clase, seis Hermanos del temporal, en el establecimiento de Béziers en pleno crecimiento. Según él, el director “hace lo mejor que puede en favor del buen orden de su comunidad”: no le falta “ni la tarea”, ni tampoco “las preocupaciones”. Con igual discreción, incluso de rigor, en los términos, el Visitador habla del Hermano Exupère, que pone mucho empeño, y “responde bastante bien”. A continuación da su parecer, matizado de crítica, sobre un maestro llegado de Carcassonne a Béziers seis años antes: “El carísimo Hermano Libanos” desempeña “pasablemente bien” su empleo; quizás un poco demasiado familiar con los alumnos y sus padres; aún joven en sus modales” [419].

Aquí nos encontramos con la más antigua y curiosa apreciación sobre un hombre destinado a realizar una tan magnífica, tan fecunda carrera en la enseñanza cristiana. Al menos que el Hermano Claude no supere los límites de una legítima severidad, vemos que un eminente educador no logra, de buenas a primeras, la perfección; el Hermano Libanos se corregirá de su “juventud”; la experiencia guiará su conducta. En cuanto a la “familiaridad” del cordial, del exuberante ciudadano de Millau, la misma conservará, de sus primeras manifestaciones, la bondad resplandeciente, la calidez reconfortante; se transformará en afabilidad siempre graciosa, empapada de nobleza.

Nos volveremos a encontrar con este jefe en un campo más amplio de sus actividades. El pensionado de Passy lo espera, después del de Béziers, y lo recuperará después del de La Motte-Servolex. En el momento en que nos encontramos, “Passy” no existe más que en germen: surgirá del grupo de alumnos que se deslizan entre los futuros religiosos educados en la Casa del arrabal Saint-Martin.

La buena imagen de los novicios menores, al atravesar las calles del barrio durante sus paseos semanales, ha llamado la atención de varios habitantes. Éstos solicitan la admisión de sus hijos en las clases organizadas por el Hermano Philippe. El Superior General se opone a ello, al principio: ¿se pueden mezclar, con los jóvenes destinados para la Congregación, con jóvenes parisinos libres de vinculación con la vida conventual? Ante la insistencia de los padres, se arriesgan a un intento: se recibe, el 24 de enero de 1837, un primer alumno, hijo del comisario de policía del V distrito; le siguen otros dos, en febrero y en abril.

Nuevos candidatos se presentan, el Hermano Anaclet autoriza la apertura de un pensionado. Confía la responsabilidad al Hermano Mélit, anteriormente director de las escuelas de Saint-Vincent-de-Paul y de Saint-Laurent. Una clase, un comedor y un dormitorio separados se acondicionan en las dependencias de la Casa Madre. Al principio de mayo, el establecimiento está funcionando. El 29 de agosto, tiene lugar una distribución de premios.

No obstante, el Superior sigue preocupado por esa intromisión molesta. Consiente en sufrirla por algún tiempo a causa de las reiteradas peticiones de las familias. Veintiocho niños conforman, el 1º de enero de 1838, el total de los efectivos. El

Hermano director recibe la orden de terminar con la situación provisional, lo más pronto posible, emigrando del arrabal Saint-Martin [420].

La búsqueda de un inmueble apropiado concluirá poco antes del fallecimiento del Hermano Anaclet. El contrato de adquisición del hotel Valentinois, situado a las puertas de la capital, en el municipio, aún rural de Passy, data del 12 de junio de 1838. Allí se realiza el traslado, al año siguiente, y comienza, bajo un nuevo generalato, una obra maestra [421].

CAPÍTULO III

ULTIMOS AÑOS DEL HERMANO ANACLET

El Hermano Anaclet y el Hermano Philippe. — La paz religiosa en Francia después de 1833: Órdenes monásticas y Congregaciones; relaciones entre la Iglesia y el Estado. Proyecto de ley Guizot sobre la enseñanza secundaria. — Desarrollo de las escuelas lasalianas: París, Reims, Normandía, Nantes, Lorena, el Norte, el Sureste, la región meridional. — Los establecimientos de Bélgica. — Los Hermanos en Italia: dificultades en los Estados Pontificios; el tema del Vicariato General en Roma. Instalación del Instituto en el ducado de Parma. — Canadá: situación política y escolar de ese país; papel de los Sulpicianos. El P. Quiblier llama a los Hermanos a Montréal. Los cuatro primeros pioneros. — Piedad del Hermano Anaclet hacia el Fundador de la Congregación: la Causa de J-B de La Salle; la exhumación de 1835. — Construcciones en la Casa Madre; progreso del Instituto; Capítulo General de 1837; retratos de algunos difuntos. Último viaje y muerte del Hermano Anaclet.

Una breve duración, en la que se acumulan las realizaciones importantes: así podrían definirse los ocho años del Hermano Superior General Anaclet. El Instituto se organiza sobre bases más amplias; exige a sus miembros mayor ciencia, más iniciativas, aún más abnegación, cohesión familiar, de espíritu profundamente lasaliano, en total obediencia a la Iglesia, en una fidelidad y una piedad renovadas con respecto a la persona del santo Fundador. Multiplica sus obras por toda Francia; se convierte decididamente en “supra-nacional”, con el desarrollo de sus casas italianas y belgas; inaugura su expansión “mundial”, no solamente por medio de las escuelas establecidas en una colonia francesa, la isla Borbón, sino —como diremos— con un centro educativo en Canadá.

Toda la grandiosa historia de la Congregación en tiempo del Hermano Philippe, existe en germen inmediatamente después de 1830. Además, el futuro Jefe aparece ya, en primer plano: su perfil, de campesino celta, de apóstol semejante a los pescadores de Galilea, ha surgido de la sombra, se ha iluminado con los rayos de la inteligencia y de la fe, ha suscitado la atención del clero, de los hombres políticos, de una élite social. Duplica, por así decir, la fisonomía del Superior, también ella expresiva, cautivante, aunque de un relieve menos marcado, con sus rasgos ascéticos, su delgadez acentuada siempre por su delicada salud, con su mirada dulce y algo melancólica. Dos rostros en el mismo medallón: uno de ellos se difuminará muy pronto, se borrará prematuramente bajo el dedo de la muerte; el otro recogerá el beneficio de la longevidad. En la distancia, el nombre del Hermano Anaclet se ha perdido casi por entero en la gloria del Hermano Philippe: un espectador desprevenido se detiene a contemplar en el horizonte la más alta cima. Para quien observa mejor, las cumbres vecinas se definen, cobran valor y originalidad, merecen a menudo un interés igual, y un estudio tan detallado, una admiración aún más razonada, al completar y explicar la potencia que las sobrepasa.

Califiquemos exactamente de “preludio” ese generalato que va a finalizar con el periodo más agitado de la Monarquía de Julio. Pero un preludio contiene, condensados o como indicaciones sugestivas, todos los temas de la sinfonía. Consagrarle un largo análisis no es demorarse en el umbral, desequilibrar el plan de trabajo, olvidar la meta lejana. La ruta se ilumina y la marcha se hace más llevadera,

cuando en las primeras etapas se ha reconocido la región y trazado un itinerario que ya no cambiará.

* * *

La misión del Hermano Anaclet continúa, después de 1833, en un clima menos penoso. La paz religiosa marca, en adelante, seguros progresos. La afluencia a las iglesias aumenta; los periódicos más ajenos a las cosas clericales no dejan de tener al tanto a sus lectores, sin hostilidad, sin burlas, sobre las ceremonias del culto y de toda noticia que interese al catolicismo. La Sociedad de San Vicente de Paúl recluta numerosos adherentes entre la juventud. Se nota la creciente publicación de obras de piedad, de teología, de filosofía cristiana [422]. Por otra parte, las polémicas disminuyen, se calman. Tocqueville constata, en mayo de 1835, lo “extremamente raros” que son los escritos contra la fe: “la religión y los sacerdotes, dice, han desaparecido completamente de las caricaturas”. En las conversaciones, no más o casi no más ataques rencorosos, alusiones ofensivas; semejante silencio no prueba, sin duda, la conversión de los corazones; pero las mentes quieren mostrarse imparciales; la incredulidad parece dejar de lado su veneno: Voltaire dormita en el fondo de las bibliotecas; tan sólo intermitentemente se lo escucha murmurar su “aplastemos al infame” [423].

Durante ese tiempo, comienza a resonar la voz de Lacordaire en la cátedra de Notre-Dame de París. El admirable orador sube a ella, por la primera vez, el 8 de marzo de 1835. Sus conferencias congregan ante el altar a un auditorio mezcla de creyentes y de incrédulos, atraídos en primer lugar por la curiosidad, luego cautivados, a menudo conmovidos por la llamada de un alma vibrante, cercana a los suyos, llena de amor por las miserias humanas, y apasionada por Jesucristo. “Como usted sabe, le escribiré Ozanam, el movimiento al que usted dio un tan poderoso impulso no ha cesado de propagarse entre las multitudes inteligentes” [424].

En la fecha de esta carta, el Padre Lacordaire está en situación de restaurar en su patria la Orden de Santo Domingo. Tiene como sucesor, en Notre-Dame, al P. de Ravignan: un Jesuita, cuya elocuencia noble y fuerte de antiguo magistrado, su elevada prestancia, el celo sacerdotal, la vida santa imponen ante la opinión pública el respeto por la sociedad de “Loyola”, ayer calumniada, detestada, punto de mira de todos los sectarismos. En adelante, se la tolera en los medios oficiales, y posteriormente, bajo el empuje de los prejuicios galicanos y las desconfianzas políticas, no resurgirá más que una persecución débil, más aparente que eficaz. Mientras tanto, la Compañía se desarrolla hasta tal punto de tener que dividir en dos sectores su “provincia de Francia”. Las Órdenes monásticas muy antiguas, “robles” abatidos por la Revolución, retoñan del suelo: Cartujos, Cistercienses, que se implantan en nuevos lugares. Dom Guéranger ha retomado, en 1836, la capucha benedictina: un año más tarde, el Soberano Pontífice declara el monasterio de Solesmes cabeza de la “Congregación de Francia”, heredero, por consiguiente, de las ilustres familias de Cluny, de Saint-Maur y de Saint-Vanne [425].

Recordemos el manojito de vidas religiosas que se dedican por entero al alimento espiritual de la infancia: “Hermanos” y “Hermanas” se multiplican en las diócesis, a semejanza de los discípulos del Sr. de La Salle. Una de esas asociaciones, nacida en Normandía, adoptará íntegramente la Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas: Maria Magdalena Postel, después de haber dado a su comunidad

docente un estatuto aprobado por la autoridad eclesiástica, aceptará los consejos de su Superior, el Padre Delamare, vicario general de Coutances; en 1837, estudia la doctrina y los usos de los lasalianos, se somete, con sus compañeras, a los ejercicios de un noviciado idéntico al de los maestros de Saint-Yon. Y los votos emitidos el 21 de septiembre de 1838 establecerán entre las hijas de la santa y los descendientes del gran Fundador un parentesco que no cesará de ser proclamado [426].

Trabajo intrépido, recta conducta, paciencia a toda prueba, esperanza fundada en las promesas divinas han provocado esta resurrección católica, después de los decaimientos que los escépticos y los pesimistas consideraban mortales, tras un enterramiento que los adversarios preveían definitivo. Un universitario, bastante mal dispuesto hacia la Iglesia, Dubois de Nantes, antiguo director del periódico *Le Globe*, llevaba a la tribuna de la Cámara Legislativa esta constatación: “Trescientos años de luchas parecen haber vencido al clero. No se equivoquen: su derrota no es definitiva. La vieja potencia se reaviva” y, doctoralmente, el libre-pensador añadía: se está esbozando una reforma, capaz de devolver a la religión su preponderancia de antaño [427].

Pronóstico arriesgado, por añadidura enunciado por el autor como una amenaza para la sociedad civil. En vano se tratará de asustar con ello a los hombres de Estado. Los de la Monarquía de Julio no siempre parecen muy capaces de comprender el ideal cristiano: pero, en conjunto, se felicitan de la colaboración que la Iglesia aporta a su política. Se cuidan de entorpecer sus movimientos, hasta los secundan, manifiestan sus simpatías personales a un Lacordaire, a un Ravignan. De todos modos, preocupados por marcar una cierta independencia, por no desafiar ciertos prejuicios, algunas sonrisas [428]. Louis-Philippe se mantiene con respecto a los sacerdotes, a los obispos y los monjes, en una actitud de bondadosa gentileza, a veces un poco vulgar, un poco burlona, con agudezas, con réplicas que él juzga ingeniosas y que le muestran sobre todo indiferente a los problemas de la fe.

Las personas de edad madura permaneces gustosas en sus posiciones del siglo XVIII. Tal es el caso de la mayor parte de los miembros de la Cámara alta, grandes señores o grandes burgueses. Cuando en 1835 Charles de Montalembert es admitido a ocupar un escaño y a tomar la palabra en esa asamblea de los pares de Francia, se encuentra, inicialmente, totalmente aislado. Sus viejos colegas le escuchan “con una especie de curiosidad indulgente” [429].

El paladín de la causa católica describe, no sin severidad, ese estado de ánimo. El 15 de mayo de 1838, en un artículo de la *France contemporaine*, titulado “de las relaciones de la Iglesia católica y del gobierno de Julio”, reprocha a este no saber elevarse por encima de las consideraciones simplemente terrestres: lo que les falta a los dirigentes es “un sentimiento íntimo, y sinceramente declarado” de los valores espirituales; es “reconocer el amplio dominio, la inmortalidad del imperio” ejercido por la religión sobre las almas, “la fuerza” que el Estado “podría sacar de ello”. Se desearía, con respecto a los pastores y a las creencias, “aquel respeto delicado, sincero” que se abstiene “de ofender, con daños irreflexivos, a las conciencias susceptibles” [430].

No obstante, Montalembert invita a sus correligionarios “a aceptar” el régimen político “como un hecho establecido”: según él, no se trata de “entregarse” a los

partidos dominantes, sino de ponerse al servicio del país, para el bien general. ¿No se presta la situación a este tipo de lealtad? Verdad “incontestable”, “en ninguna parte la Iglesia es más libre que en Francia, a no ser en Bélgica” [431].

Así lo piensa Gregorio XVI, con un acento de confianza más vivo en Roma que entre los católicos franceses. El Papa, en septiembre de 1838, hablando del conflicto de Prusia y del arzobispo de Colonia, y al anunciar la creación del obispado de Argel, establece un contraste entre la pena que siente por las violencias de Berlín y la “especial consolación”, el “motivo de regocijo” que le da París. No duda en nombrar a Louis-Philippe, al igual que a los antiguos soberanos de nuestra nación, “el rey muy cristiano”, y alaba su “celo hacia el catolicismo: *quod Cristianissimi Regis, studium in rem catholicam gratum imprimis ac jucundum nobis fuit* [432].

Dos años y medio antes, un gesto de Guizot manifestaba esas buenas disposiciones. El ministro presentaba, en enero de 1836, un proyecto de ley sobre la enseñanza secundaria: el principio de la libertad figuraba en él, de la manera más clara; podrían fundarse colegios libres, sin autorización previa. Tan sólo a los jefes de los centros educativos se les imponían algunas condiciones de grado. Si la Universidad se reservaba el derecho de inspección y control disciplinario, esas restricciones, entonces, parecían inevitables. Parecían introducidas como de mala gana en el leal proyecto del Gran Maestro. En lo concerniente a los seminarios menores, el relator de la ley, Saint-Marc-Girardin, sugería someterlos al mismo régimen que las demás casas de educación.

Los católicos no presentaban objeciones: a sus ojos, las ventajas que suponía superaban los inconvenientes. Aplaudieron el hermoso discurso pronunciado por Guizot, durante la discusión ante la Cámara, en marzo de 1837: “El imperio de las creencias religiosas, declaraba el hombre de Estado, no es menos necesario hoy que en otras épocas... Necesario para restablecer no solamente en la sociedad, sino en las almas, el orden y la paz, tan profundamente alteradas. Nos hallamos todos impresionados por el estado de inquietud, de efervescencia, de turbación en el que viven un tan gran número de espíritus; estamos sobresaltados por esa sed desenfrenada de agitación, de bienestar material, de placeres egoístas, de dominio de las pasiones que se manifiesta en todas partes... Las ideas, las convicciones, las esperanzas religiosas [son] el medio más eficaz de luchar contra ese mal... Sin la paz interior y moral, ustedes no restaurarán la paz exterior y social”.

Esa rectificación no se refería únicamente a la juventud burguesa. Pensando en el pueblo, y sin desconocer la inmensa miseria física de los medios obreros, el orador añadía: “Existen otras miserias de las que son víctimas las clases inferiores, ...y por las cuales me siento aún más impresionado, si es posible: peligros morales, ...enemigos que rondan en torno a esos pobres para pervertirlos, arrastrarlos, ...echar a perder su vida y sus fuerzas”. Las “luces” intelectuales que, ciertamente, el gobierno “trabaja por extender”, no son suficientes, si no se procede a la purificación de los corazones y al ejercicio de las voluntades” [433].

Saint-Marc-Girardin aportaba la adhesión más significativa al pensamiento del ministro: quería, como él, que “cesase el funesto divorcio entre la Iglesia y el Estado. “Invocando su propia experiencia”, proclamaba la “necesidad de la fe: se felicitaba al ver a los jóvenes “buscando que hacer y a qué atenerse, en medio de los desórdenes del siglo, y pidiendo a las creencias de sus padres... un poco de vida y

de salvación”. “O ustedes perecerán, concluía, o la religión vendrá nuevamente a visitar vuestra sociedad” [434].

Amplio raudal de elocuencia. Lastimosamente, iría a perderse en la arena. Una enmienda adoptada por la Cámara desvió la corriente. Guizot no había emitido ninguna prohibición contra las Congregaciones docentes, principalmente contra los Jesuitas: Vatout, siempre en campaña y hábil para organizar barricadas, solicitó que todo director de establecimiento libre fuese obligado a jurar que no pertenecía a una “asociación o corporación no autorizada”. Sus colegas le siguieron. La ley no pasó hasta después de aprobada esa cláusula. Después de la votación final, ganada por la débil mayoría de treinta votos, Guizot abandonaba el poder: Molé, su sucesor no se preocupó por presentar a los pares un texto, aún demasiado liberal, sin duda, para su gusto. El autor del proyecto se desinteresó también él de su obra desfigurada. Y las promesas del Estatuto se encontraron nuevamente olvidadas.

* * *

La enseñanza cristiana continuó pues confinada en el marco dispuesto cuatro años antes. Salvandy, convertido en jefe de la Instrucción Pública, rendía homenaje, en su estudio sobre la “estadística escolar” de 1837, a los “maestros de las corporaciones religiosas”: “No he establecido, aseguraba, ninguna distinción entre ellos y los maestros laicos: ambos han rivalizado en celo y abnegación. Pero de todos modos debo una manifestación especial hacia los Hermanos de Saint-Yon que, no solamente, han mantenido en sus escuelas el orden y la disciplina, sino que hasta han reforzado sus labores para dar a sus lecciones el carácter y la extensión que suponen las necesidades de la población”. Si creía tener que formular una queja, esa acusación, verdaderamente especial, redundaba en honor de aquellos a quienes iba dirigida: los Lasalianos, “¡en cuanto comienzan sus actividades, obtienen la confianza que los laicos no consiguen más que después de mucho tiempo de prueba!” [435].

¿Será necesario recordar las causas de semejante reputación? En cuanto a los efectos, los mismos se traducían en el incremento de los efectivos escolares, la mejora constante de las relaciones entre los municipios y los educadores religiosos, en la multiplicación de las clases. En París, las cinco escuelas dirigidas por los Hermanos sobre la orilla izquierda, calle Vaneau, calle Saint-Benoît, calle Saint-Dominique, calle de Fleurus, calle de Sept-Voies, ellas solas, contaban, en enero de 1837, con 1.064 alumnos [436]. Como todas las de la capital, su destino se veía felizmente modificado desde que el gobierno había retirado a la Administración hospitalaria y a las oficinas de beneficencia una ingerencia obsoleta en las cuestiones de la enseñanza. El principio de la enseñanza impartida al pueblo como “caridad” no podía continuar en vigor; entrañaba diversas consecuencias que, los discípulos de san Juan Bautista de La Salle habían sido los primeros en sufrir: alejamiento de los “indigentes”, separados de las demás “categorías sociales”; connotación de inferioridad aplicado a los establecimientos que un cierto número de ciudades les reservan; perpetuos problemas para la admisión de los niños; discusiones irritantes a propósito de la gratuidad; además, extraña intervención de organismos que nada predisponía para funcionar de acuerdo con un sistema normal de pedagogía. Hemos examinado los problemas que planteaba y contado las querellas que, con tal motivo, tuvieron lugar bajo el Imperio napoleónico, en Lyon, en Toulouse, en Reims [437].

Las oficinas de beneficencia renuncian, de buena gana, a sus antiguos derechos [438]. Los hospicios de París siguen siendo propietarios, durante un siglo más, de numerosos edificios para uso de las escuelas: pero conceden su alquiler a la ciudad, que en adelante se convierte en dueña única de la elección de los profesores y del reclutamiento de la clientela infantil [439].

La caridad oficial es recusada; la caridad privada tiene campo libre. Sin duda, como ya lo hemos señalado, la jurisprudencia administrativa retira a las administraciones parroquiales toda atribución de tipo escolar. Pero no se las despoja de los bienes que han dedicado al servicio de la enseñanza, de los capitales, que en otro tiempo, les fueron confiados con esa finalidad. El Consejo de la Universidad admite, por otra parte, que los fundadores “presenten” a las autoridades locales un personal pedagógico que responda a sus intenciones. Aquí reaparece la persistente línea de conducta de François Guizot: conviene “asociar, mediante un vínculo tan estrecho como sea posible, el interés de la religión y el de la educación popular”. Esta doble solicitud inspira frecuentes donaciones: desconocerla iría contra los objetivos del poder público [440].

He aquí, a los Hermanos frente a sus habituales contratantes: consejos municipales, arrendadores de fondos; donantes particulares, que de su propio patrimonio cubren los gastos de los nuevos establecimientos. En toda Francia se asiste a un reconfortante espectáculo: la educación cristiana recibe los más elevados estímulos. Reims, a partir de 1836, restablece las tres clases en cada una de las escuelas donde la municipalidad ha mantenido a los Lasalianos; el 20 de noviembre de 1837, se toma la decisión que eleva de 11 a 15 el número de Hermanos pagados por la ciudad y que, en consecuencia, otorga a todos esos maestros la calidad de maestros municipales [441]. Si Ruán se obstina en negársela, a causa de los relativos desacuerdos sobre la retribución mensual, al menos el presidente del Comité católico, Malfilâtre, se dedica eficazmente en procurar recursos a los cursos de adultos, por medio del ministerio [442]. Orleáns, atento a las reclamaciones del Hermano Anaclet, permite el abandono de la insalubre y mezquina casa de la calle Saint-Euverte y aloja, en un amplio edificio, calles de la Treille y del Bourdon Blanc, a los diecinueve miembros de la comunidad, equipados, después con una capilla, por suscripción de sus conciudadanos [443]. En Nantes, los Hermanos pueden injertar sobre su escuela de adultos, en el hotel Rosmadec, el apostolado de los Jesuitas —del P. Laurent, luego el original y ameno P. Labonde— con los obreros y los soldados: espléndido *revival*, que congrega ante la Santa Mesa a los hombres por millares [444].

Lisieux se conmueve ante la decadencia intelectual, la ignorancia religiosa en la que crecen sus hiladores de lana, sus tejedores, y sus niños sometidos a catorce horas de trabajo cotidiano, por unos salarios de hambre. El Consejo Municipal quiere encontrar un paliativo en las lecciones de los maestros: después de un intento poco satisfactorio con los lancasterianos, solicita a los Hermanos que dediquen una parte de las tardes de los domingos, y algunos momentos de los jueves, a la atención de todos esos niños necesitados de instrucción. Subvenciones y libros vienen en ayuda de los miembros de la congregación en esta tarea [445].

La administración no disimula su predilección hacia los pedagogos que observa a la tarea: cuando el Superior General se dispone a cambiar de lugar al Hermano Jean-l'Aumonier, tras ocho años como director en Valognes, el mismo Sub-prefecto

manifiesta su “inquietud” por perder un sujeto conocido como autor de un vivo movimiento espiritual y popular en la pequeña ciudad [446].

Otras provincias además de Normandía se adhieren en adelante a la enseñanza lasaliana. Las dificultades suscitadas por el principio de la gratuidad o por la moda del método mutuo tienden a allanarse progresivamente: es necesario considerar como excepciones la actitud de la municipalidad de Montreuil-sur-Mer, que aún en marzo de 1837, se gana las quejas de ciertos electores por haber amenazado con la expulsión de los maestros demasiado desinteresados, sostenidos además por la opinión pública [447], o el mal humor que lleva al alcalde y a los consejeros de Metz a quitar la escuela Saint-Vincent a los propagadores del método simultáneo [448].

Por ese mismo tiempo, Verdun se alegra finalmente por el éxito de las gestiones realizadas desde 1817, y varias veces renovadas. La escuela de Notre-Dame se abre el 3 de noviembre de 1836, después de una misa que congrega a una inmensa multitud en torno a los Hermanos, a sus ciento cincuenta alumnos, y al P. Vignon, cura párroco de la catedral, a cuya generosidad se debe esa fundación. El Hermano director Polyène, muy instruido, enérgico, dotado de un notable ascendiente, sabrá poner de relieve su excelente obra: oriundo del Languedoc trasplantado a Lorena, da una multitud de hombres distinguidos a su país de adopción; cuenta con discípulos entre el pueblo fiel y con una élite donde irán a reclutar el clero, el ejército, la magistratura, los jefes de negocios y de industria [449].

El norte vive una magnífica floración de obras escolares, en Lille, Roubaix, Tourcoing, Douai, Cambrai, Calais, Boulogne-sur-Mer, Arras, bajo la dirección de hábiles y muy religiosos sucesores del Hermano Abdon, del Hermano Odilon (François Patin, sobrino del Hermano Lysimaque), del Hermano Salomón, heredero del nombre del mártir de 1792, del Hermano Frédéric, gran apóstol de Roubaix, del Hermano Mellon, del Hermano Honoré, a quien Mons. Parisis calificará como “una de las lumbreras del Instituto” [450].

El Sureste y toda la región meridional se prestan siempre a amplias actividades. Lyon no olvida que fue el asilo de los nuevos comienzos. Cuarenta y cinco Hermanos mantienen allí vivo el recuerdo del Hermano Frumence, forman a los novicios en el antiguo Petit-Collège, trabajan en las laderas de Fourvière y de la Croix-Rousse, a orillas de los dos ríos. La ciudad concede, cada año, 40.000 francos a los establecimientos de los Hermanos y de las Hermanas: es poco, ya que se debe incluir en los gastos, además del salario de los maestros y maestras, el mantenimiento y el alquiler de las casas conventuales y de las clases [451]. El Hermano Mamert, director, a la vez que reclama el legítimo aumento [452], no se doblega ante el peso de la carga.

Piensa en una situación menos precaria para su comunidad. El Petit-Collège, casa central provisional habitada desde hace más de treinta años, carece de jardines y de patios, se asfixia entre las casas y las “pendientes” del viejo barrio de la Saône: demasiado ruido en los alrededores, aire viciado, vecindarios demasiado molestos. Allí se echa a perder la salud, y en consecuencia las vocaciones. Pero, muy cerca, existe una amplia propiedad que se extiende sobre un saliente a media pendiente y que, de plataforma en plataforma, se eleva hasta la cumbre de la colina. Posee sólidos muros, espacios cultivables, hermosos lugares sombreados, abundante agua. Antiguamente era la vivienda y uno de los centros de retiro de los sacerdotes

“de la Misión”, de los “Lazaristas” fundados por san Vicente de Paúl. La compraron, en 1673, al señor Mascranni de la Verrière. La Revolución los expulsó de ella, declaró el inmueble “bien nacional”, lo vendió bajo el nombre de “casa de la Linterna”. Después de varias vicisitudes, ese tranquilo y magnífico recinto recuperaba su destino religioso: las monjas de la Visitación, se habían instalado en él, construyeron el edificio al que da acceso la entrada principal. Pero no se quedaron allí más allá de 1833. De manos de un tal señor Pison, el “claustral de los Lazaristas” fue a parar, mediante una nueva acta notarial, a la fundadora de la Obra de la Propagación de la Fe, Pauline Jaricot. La apostólica y emprendedora lionesa quería establecer allí un hospicio de incurables.

Propósito efímero, que fue abandonado tan pronto como Mons. Gaston de Pins — administrador de la diócesis después del exilio del cardenal Fesch— dio acogida a los deseos de los Lasalianos e insistió ante la Srta. Jaricot, para que les cediese el lugar [453].

Hacía tiempo ya que el Hermano Mamert se había puesto en campaña. En el mes de septiembre de 1835, una circular dirigida a los católicos de la ciudad por el presidente del jurado de las escuelas, Sr. de Verna, exponía los motivos por los cuales la permanencia en el Petit-Collège no podía sino perjudicar a la Congregación, e invitaba a los Lioneses a manifestar su agradecimiento a los buenos educadores ayudándoles, mediante una generosa suscripción, a trasladarse a un lugar más favorable [454].

En esos momentos, tiene lugar la adquisición de Pauline Jaricot [455]. Cuatro meses después de la firma del contrato, ella se deshacía —parcialmente— aunque no de la propiedad, al menos del usufructo, en favor de los protegidos del Mons. de Pins. A petición suya, la capilla permaneció bajo la advocación de santa Philomena, aquella mártir cuyo culto extendería san Juan María Vianney, cura de Ars.

Dieciocho Hermanos, empleados en las escuelas del sur, conservan durante siete años más el Petit-Collège. Los demás, con el Hermano Mamert, se fueron a los “Lazaristas”, subida de Saint-Barthélemy, el 10 de noviembre de 1836. La venta definitiva no tuvo lugar hasta el 9 de marzo de 1839, una vez recogidos los fondos necesarios [456].

Una vez dueños del lugar, los Lasalianos tenían que utilizarlo de la manera más inteligente. Desde el momento del traslado crearon un noviciado menor. El 25 de abril de 1838, su director solicitaba el apoyo del Sr. Soulacroix, rector de la Academia de Lyon, (futuro suegro de Frédéric Ozanam), con miras a obtener del ministro de la Instrucción Pública una subvención destinada a la puesta en funcionamiento de una “escuela normal” [457]. De hecho, se trataba de un escolasticado que completaba las etapas de una casa de formación. Al año siguiente, las solicitudes de las familias lograban que el Hermano Mamert se decidiese a recibir a algunos niños capaces de seguir estudios primarios superiores bajo la guía de profesores selectos: a ese ensayo asciende el origen del pensionado que, más adelante, alcanzará un tan grande extensión y recogerá, bajo la basílica de Fourvière, toda la herencia de los Hermanos de las Escuelas Cristianas [458].

En Septiembre de 1838, éstos impartían sus lecciones a 3.512 alumnos, en las parroquias Saint-Jean, Saint-Georges, Saint-Just y Saint-Irénée, Saint-Paul, Saint-

Martin d'Ainay, Saint-François, Saint-Nizier, Saint-Bonaventure, Saint-Pierre, Saint-Polycarpe, Saint-Louis, Saint-Bernard [459]. Así pues, la partida de los Superiores para la casa del arrabal Saint-Martín de París no había detenido el impulso del Instituto en el punto inicial de su apostolado del siglo XIX. La antigua obra de Charles Demia retomaba vida, crecía maravillosamente, para beneficio del pueblo lionés, mediante el trabajo de los discípulos de Juan Bautista de La Salle.

En el Macizo Central su enseñanza no era menos apreciada. Ante el Consejo Municipal de Clermont-Ferrand, el ponente del presupuesto decía, el 6 de agosto de 1838: “En todas partes, la buena dirección que se da a los primeros estudios obtiene éxitos reales y, desde hace mucho tiempo, los resultados confirman las atenciones y los esfuerzos con que los Hermanos realizan la honrosa misión a la que se consagran. Han también que hacer justicia al excelente espíritu que los anima. Este homenaje debido a sus trabajos, a su sabiduría, a su modestia, la Administración a creído deber dejar constancia aquí; está convencida de que esta asamblea estará de acuerdo en asociarse a él” [460].

Puy-de-Dome, Loire, Haute-Loire, Lozère se benefician, agradecidos, de las influencias de los Lasalianos. Esos departamentos constituyen un abundante vivero de vocaciones. Lo mismo sucede con el Aveyron, país de costumbres patriarcales y de fe robusta. Rodez donde, después de la Revolución de 1830, predominaron por cierto tiempo los adversarios de las Congregaciones, muestra hacia los Hermanos —a falta de generosidad financiera— una atención y una estima que se transformarán pronto en duradero afecto. “Los recursos del municipio no permiten” pagar a los maestros la indemnización compensadora de las pérdidas que sufrieron en 1837, en razón de la disminución de su salario. Los de Rodez cuentan con el gobierno para compensar la injusticia: “el celo” de los educadores, “los progresos de su establecimiento, los sacrificios que se han impuesto para ser autosuficientes, en número de cinco, con la módica retribución de 1.800 francos —mientras que el director de la escuela mutua cobraba él solo 1.200— son otros tantos derechos que el ministro no dejará de valorar”. Y pronto, las clases lancasterianas serán suprimidas [461].

El Sr. Rogery, alcalde de Saint-Geniez, explica a su Consejo, el 24 de mayo de 1835, por qué quiere llamar a los Hermanos. Desde hace treinta y un años que administra el lugar, se dedica a sacar a la enseñanza primaria de la “postración” en que la encontró en 1804. Con los fondos que ha podido reunir (principalmente una renta de 400 francos, adquirida con la venta de los manuscritos del Padre Raynal, el autor de la *Historia “filosófica” del las Indias*), todos los niños, “sin distinción de fortuna”, han recibido “el beneficio” de la enseñanza gratuita.

A causa de la dotación demasiado débil, el método mutuo fue el adoptado en primer lugar; no costaba más que el mantenimiento del maestro. No obstante, nuevas donaciones, nuevas herencias han hecho cambiar poco a poco la situación: “ninguna que no lleve como cláusula expresa, la obligación de confiar la escuela gratuita a los Hermanos”, en cuanto el municipio cuente con los recursos necesarios. Aunque en el momento en que habla el Sr. Rogery aún no disponga de ellos, el mismo piensa que ya no conviene esperar más. Bajo el reinado de Luis XVIII o de Carlos X, habría expresado sus reservas: “En aquella época, las intromisiones y las exigencias de la autoridad eclesiástica” suscitaban cierta desconfianza; y sucedía que las congregaciones debían sufrir las consecuencias. “Su introducción en Saint-Geniez

habría sufrido una oposición insuperable, por parte de aquellos mismos de nuestros conciudadanos que ahora la solicitan”. Los prejuicios se han desvanecido; ya no se pueden alegar prejuicios políticos y las ventajas morales son evidentes: una población “eminente y imbuida de principios religiosos” se declarará favorable a la enseñanza cristiana; “los Hermanos, secundados por el clero, vencerán la indiferencia de las familias con respecto a la enseñanza de los niños”. Su fuerte disciplina domará “el espíritu de insubordinación y de turbulencia” de los muchachos hasta entonces mal encauzados.

El alcalde no dudará pues en solicitar a sus administrados, además de los céntimos adicionales previstos por la ley de 1833, algunas contribuciones voluntarias. El Consejo Municipal lo aprueba. En el año que sigue a esta deliberación, los habitantes entregan 8.800 francos de buena gana; luego su párroco, P. Delbosc, realiza un legado de 5.000 francos para la escuela. Los Hermanos la dirigen a partir de 1838. Así es como una aldea del Aveyron inaugura sus largas relaciones con el Instituto lasaliano.

Saint-Geniez, patria del Padre Raynal, encauza en provecho de la ortodoxia el producto de las obras de un enciclopedista, compañero de equipo de Voltaire: gesto simbólico de los sentimientos del Rouergue. Ese país parece obligar a un hijo emancipado a servir a pesar de todo a la tradición. Millau, ciudad natal del vizconde de Bonald, no puede por menos de presentar a los apóstoles del catecismo un aspecto ameno. Primeramente los había alojado en el convento de los Franciscanos, cerca de la puerta del Mandarous, fuera de las viejas murallas. Como el palacio de justicia se iba a construir en esa ubicación, los Hermanos debieron emigrar a la calle del Cheval-Vert; el Consejo Municipal suministró los gastos de la instalación provisional. Además, votó un gasto de 600 francos, a partir de 1838, para el pago de un cuarto maestro. El Hermano Donat, director de la comunidad, supo conquistar el afecto de los habitantes del Millau: cuellos blancos y tricornios contaron con rostros sonrientes y saludos cordiales en el laberinto de callejuelas, bajo el “abrigo” de la plaza mayor. La vocación del Hermano Libanos nace y se desarrolla en esa luz ya mediterránea, entre esa gente de espíritu despierto, y corazón ardiente [462].

Idénticas simpatías en el departamento vecino, a orillas del Agout como en los márgenes del Tarn. Castres sigue dando siempre su más total confianza a los Lasalianos; y los sucesores de Mons. de Barral, del P. de Lastoures, proclaman bien alto el mérito de los herederos del Hermano Bernardin, del Hermano Chérubin-de-Jésus. El comité del distrito solicita la creación de una escuela primaria superior: ¿para qué? responde el Consejo Municipal en su sesión del 13 de agosto de 1837, estamos cumpliendo de la manera más exacta, con las intenciones del legislador. En efecto, “la escuela dirigida por los Hermanos de la Doctrina Cristiana reúne todo lo que es razonable exigir para la educación, incluso profesional, de los niños del pueblo... En ella se enseña... la gramática, la historia de Francia, la geografía, la geometría, el dibujo lineal”; un maestro de “dibujo de la figura”, un maestro de canto se suman al personal de la Congregación. Los jóvenes de Castres gozan pues de todas las ventajas que el comité querría esperar de un centro especial, organizado con grandes gastos” [463].

“La escuela cristiana de Cahors, escribe el alcalde de esa ciudad en el mes de junio de 1835, se encuentra en tal estado de prosperidad que nos tememos encontrar resultados menos buenos en las demás... Trescientos niños educados con éxito

abogan en favor de los Hermanos...” [464] Es ésta una confesión que surge de labios de un magistrado municipal: puesto que el mismo está maniobrando para no dejar más que a los indigentes a cargo de los religiosos y oponer dos escuelas de pago a la escuela gratuita.

Por eso los progresos de la Congregación se revelan tanto más interesantes; tanto más sólidas sus posiciones en territorios anteriormente abiertamente hostiles. Toulouse, donde pondremos fin a esta visión de conjunto, no ha cambiado totalmente aún su actitud: sus administradores persisten en no entregar a los Hermanos más que un mínimo de dinero, y, a pesar de ello, dar por descontado el máximo de trabajo. “Cálculo muy desacertado y muy injusto”: así se expresa, sin miramientos con relación a los señores del Capitolio, el prefecto de Haute-Garonne en una carta del 14 de febrero de 1837. “El Consejo Municipal sabe que... los Hermanos no abandonarán la ciudad y que preferirán sufrir las condiciones más duras antes que abandonar a sus rivales los niños ganados con sus cuidados, su mérito y su celo”. Cuestión de apostolado, subraya el personaje oficial: y ese apostolado le parece, a la vez, “tan respetable y provechoso” que pide al ministro que permita superar ciertos reglamentos burocráticos asignando a los maestros de Toulouse una suma de 3.000 francos [465]. Proteger al Instituto del Sr. de La Salle entra en adelante en la función de los prefectos de Louis-Philippe.

* * *

En Bélgica, la obra a seguir es un poco diferente. Aquí, sin duda, el gobierno real se abstiene de intervenir; pero los católicos no ignoran que su benevolencia anima sus fundaciones. Varias “diputaciones permanentes” conceden subsidios a las escuelas primarias; algunos “comisarios de distrito” señalan los abusos a evitar, las mejoras deseables [466]. De modo general, las autoridades de las provincias y de las ciudades colaboran con el clero, con las personalidades bienhechoras, para la organización de la enseñanza. Se actúa de modo fructífero en semejante ambiente de entendimiento, en esa preciosa y franca libertad de la que habla Montalembert. Desde 1835 a 1838, los Lasalianos se ven confiar una serie de nuevos establecimientos.

En primer lugar es Bouillon, en la frontera franco-belga: el cura-deán y el burgomaestre comenzaron, en 1834, sus gestiones ante el Superior Anaclet y el Hermano Claude; obtienen satisfacción en el mes de octubre del año siguiente, con la llegada del Hermano Braule [467].

La familia de Mérode-Westerloo, los curas de Saint-Jacques y de Notre-Dame des Sablons crean una tercera escuela en Bruselas, en la calle de Minimes [468]. Crecimiento también en Nivelles, por medio de un subsidio oficial [469]. En 1836, el Hermano Amos abre una sucursal en Namur, a petición del P. Vandresse, párroco de Saint-Nicolas: la comunidad de Namur dirige a partir de entonces, once clases [470].

Chimay debe sus Hermanos a las iniciativas de su deán, el Padre Ducochet. El 25 de julio de 1836, el Consejo Municipal, a propuesta del burgomaestre Poschet, decide sustituir los antiguos maestros por los miembros de la Congregación. Se entrega obediencia al Hermano Santin, que llega para preparar los caminos: cae gravemente enfermo. Con el consentimiento del Hermano Anaclet, el Sr. Poschet lo

acoge y lo cuida en su propia casa. El joven director, rodeado de tan viva simpatía, recupera algunas fuerzas y comienza su actividad en el lugar en enero de 1837: “Sus alumnos lo quieren con ternura”; magistrados, padres y sacerdotes le tienen una profunda estima. Lastimosamente lo perderán muy pronto. El Hermano Santin, destruido por la tisis, morirá en 1840, en la enfermería de Namur. Desaparición que los habitantes de Chimay consideran como una “calamidad pública” [471].

La ciudad de Lieja contaba, en 1835, con dos casas del Instituto que atendían a tres escuelas y enseñaban a 980 niños. Pero, el impulso de su burgomaestre Jamme, trata de provocar la competencia. Establecimientos municipales, cuatro escuelas de varones, cuatro escuelas de niñas, cinco guarderías para los más pequeños, cursos industriales, quedan a cargo de personal laico. Creaciones de los “liberales”, numerosos en la ciudad del Meuse. Los católicos, apoyados siempre por Mons. Van Bommel, no se quedarán atrás. Hay que instalar a los Hermanos en un edificio que les garantice facilidades para el reclutamiento, una situación material en relación con todas las posibilidades de futuro: el canónigo Gotale, presidente del Seminario Mayor, y el Sr. de Sauvage-Vercour, presidente de la Comisión de las Escuelas Cristianas, adquieren el hotel Sélys: la diócesis administrará la propiedad; nuestros Lasalianos organizarán en ella “el Instituto Saint-Barthélemy” [472].

La acción de los partidos políticos aquí, en favor de la enseñanza popular, seguirá estando por mucho tiempo en el campo de una fecunda emulación. En otras partes, se ve ya surgir algún sectarismo. Dinant, después de la persecución del rey Guillermo, había constatado la decadencia de sus fundaciones pedagógicas. La administración local se lamenta por ello, nombra un comité de cinco miembros que debe hacer frente a las necesidades del momento. El cura-deán, P. Roubaud, es miembro de ese directorio; animado por el Sr. Pirson, el burgomaestre, se propone volver a llamar a los maestros añorados desde 1825. Se acondicionan dos casas; llega un grupo de religiosos, el 18 de abril de 1838, bajo la guía del Hermano Bassus. Parece que la unión va a estabilizar prontamente la obra. Pero aparece una grieta: choque de opiniones o rivalidad de personas. La asamblea municipal entra en conflicto con el P. Roubaud. Critica las actuaciones del deán; niega a la escuela cristiana su ayuda pecuniaria. Durante dos años la lucha se agrava entre los habitantes de Dinant. El clero se mantiene firme y protege a los Hermanos. Finalmente, renace la calma, se restablece la concordia sobre bases aceptables. Al igual que en los principales centros de Walonia, los hijos de Juan Bautista de La Salle se sentirán en su casa en la graciosa ciudad que construye sus iglesias y sus techumbres entre las rocas y el río.

Con el país flamenco entran por primera vez en contacto, por estas fechas, a través de Bruselas. La capital que simboliza y confirma la unidad de Bélgica, en torno a Sainte-Gudule, al palacio de Leopoldo, a sus barrios aristocráticos o populares, es para ellos una promesa de desarrollo. Quizás, para extenderse más rápidamente por todo el reino, necesitarían penetrar con mayor profundidad en el alma belga, adoptar todas las costumbres y las condiciones de su nuevo hábitat. Sobre un punto, en particular, el Hermano Anaclet duda en avanzar. Se trata de los “concursos” escolares, a los que son invitados todos los niños. El P. Descamps, cura-dean de Saint-Waudru en Mons, querría que los alumnos de los Hermanos participasen en ellos. Escribe el 17 de julio de 1838, al Superior General: “La instrucción en Bélgica no es igual que en Francia; el gobierno no puede, en modo alguno, restringir su libertad; pero puede cerciorarse de que se da instrucción... Si los Hermanos se

niegan a hacer concurrir a sus alumnos, nos ponen, a nosotros los católicos, en una falsa posición frente a los liberales. Éstos dirán que tememos la competencia o que queremos el monopolio”.

El Hermano Anaclet responde con argumentos que encuentran su valor en París, pero que no convencen más allá de las fronteras: “Si nuestros alumnos se viesen superados, alega, no dejarían de publicarlo al son de trompetas; si destacasen sobre sus competidores, se minusvaloraría esa ventaja, ...lo cual suscitaría polémicas...” [473] Semejante mala voluntad no era de temer en un Estado que no conocía desde 1814, el régimen universitario y que acababa de liberarse del yugo holandés...

El Jefe de la Congregación, para desaprobar las iniciativas belgas, hacía referencia en esto a una experiencia excesivamente nacional. Ciertamente, sus puntos de vista se habrían ampliado, si con sus propios ojos, hubiese podido conocer la situación, si hubiese entrado en contacto con otras personas diferentes de sus compatriotas. Una salud poco sólida, débiles recursos pecuniarios, la relativa lentitud de las comunicaciones, en ese tiempo que precede a la construcción del ferrocarril, explican las costumbres aún sedentarias, una vida claustral, que rompen únicamente algunos viajes a través de los distritos que dependen directamente de la Casa Madre. Por eso esas observaciones realizadas a propósito de Bélgica nos ofrecen la ocasión de declarar que la organización “supra-nacional” del Instituto, sigue estando, durante este periodo, en estado de esbozo. El Comité General de 1834, apenas ha trazado las líneas maestras, con el fin —dice— “de conservar la unión entre los Hermanos y la uniformidad entre todos los establecimientos”.

Prevé que las casas creadas “en el extranjero” formen grupos designados con el nombre de “provincias”. Hasta nueva orden las mismas son cuatro: Bélgica, Savoya, Piamonte, Estados de la Iglesia. En cada una de ellas, “el director de uno de los establecimientos, a elección del Superior General”, asumirá “la inspección” de los religiosos y llevará el título de “director provincial”. Se encargará de todas las gestiones “con las autoridades del país”, según las instrucciones que reciba de París. Se planteaba la cuestión de saber como harían oír su voz en los Capítulos los Hermanos que trabajaban fuera de Francia: en razón de la Bula de 1725, pertenecía a la Santa Sede el pronunciarse al respecto. Se emprenderían gestiones para que cada provincia pudiese enviar a las asambleas de la Congregación un representante elegido por los profesos, entre los directores o los “veteranos”. Se tenía en cuenta una participación relacionada con la importancia del grupo: dos delegados, cuando el número de comunidades “llegase a veinte”; tres, para treinta casas, cuatro para cuarenta [474]. Como veremos, un reglamento preciso se empleará en el Capítulo de 1837.

* * *

Esa participación de diversas nacionalidades en la existencia del Instituto exigía delicados ajustes. Por tanto no es hay que sorprenderse por las dificultades que se presentaron: fueron graves en el Estado romano, y muy dolorosas para el corazón del Hermano Anaclet.

Ya conocemos las que provocaron el retiro del Hermano Rieul. El santo hombre no pensaba más que en su destino final: “Como viejo inútil, escribía, desde Notre-Dame des Monts, al Hermano Paolo, me encomiendo a sus oraciones. Me siento cada día

más viejo, mis piernas se vuelven pesadas; me quedo sin aliento en cuanto tengo que subir unos cuantos peldaños. Son las señales premonitoras de la muerte; me invitan silenciosamente a prepararme para la gran despedida”. Aliviado de las preocupaciones de la autoridad, retornado a sus ocupaciones preferidas, despliega su alma en total obediencia, en la caridad fraterna; continúa sus tareas predilectas traduciendo, para uso de sus compatriotas adoptivos, algunas obras más del Fundador y las circulares de los Superiores Generales. Para los niños, de los que se rodea a ejemplo del canciller Jean Gerson, su trabajo consiste en poner, a su alcance, en lengua italiana, algunos libritos sobre la misa, la confesión, la comunión [475]; también en dirigirles “palabras llenas de una unción muy celestial y de una piedad encantadora”. Lleva a la perfección su regularidad, su amor a Dios, su celo, depurado de amarguras y de posiciones tomadas, para bien de su Congregación, para la más elevada espiritualidad lasaliana [476].

Pero en torno suyo, los hombres siguen víctimas de muchas miserias. Muchos esfuerzos no impiden las disensiones, los malentendidos; no cesan de presentarse ocasiones, que conducen a su sucesor, el Hermano Pio, a decisiones algo arriesgadas, a actuaciones de tipo muy personal, y que suscitan cierta inquietud en los consejos de la Casa Madre. Entre las comunidades romanas, la conformidad en torno al tema del hábito se establece tras el nombramiento del nuevo Vicario General. Pero aún así, subsisten ciertas fricciones: en San Salvatore in Lauro y en los “Monti”, procuran reducirlas, ante las acuciantes exhortaciones del Hermano Anaclet. “Deseo muy vivamente, comunica el Superior a su representante en la península, que su visita al carísimo Hermano Hervé haya contribuido a restaurar la armonía de sus relaciones”. Aprueba la creación de una casa en Tívoli, si de allí “se pueden sacar buenos postulantes”: falta elegir bien a los jóvenes y educarlos con cuidado. Lamenta que, para el Trastévere y el Benevento, el Hermano Pío no haya pedido el parecer del director de Notre-Dame des Monts: esa prueba de cordialidad hubiera significado una actitud muy propicia por parte del Vicario General.

La carta aborda a continuación un asunto de importancia: “Tiene usted mucha razón en estar preocupado por el establecimiento de las Termas. Deseo que no tenga que llegar a conocer nunca por experiencia lo muy difíciles que son de dirigir ese tipo de pensionados... El Cardenal Lambruschini es un hombre cuya protección hay que cuidar. No obstante no hay que aceptar nada... que pueda llegar a ser demasiado oneroso...” [477]

Aquí aparece la nube en el horizonte; encubre una tormenta que, desde lejos el observador parece sentir. Gregorio XVI ha fundado un orfanato cerca de las Termas de Diocleciano, convertidas en la Iglesia de Santa Maria degli Angeli. Allí los niños reciben una enseñanza elemental, luego aprenden un oficio, ya sea en el establecimiento, o bien en la ciudad con diversos patronos. El Soberano Pontífice se interesa muy directamente por la obra cuya “presidencia” ha confiado al cardenal Del Drago. Pero se encuentra con muchos desengaños; la casa está mal dirigida; se producen escándalos en ella. El sacerdote-director ha empleado medios violentos: lo cual provoca murmuraciones, luego revueltas. Los jóvenes romanos amenazan al cura, le golpean, ¡llegan incluso a un intento de envenenarlo! En tal desconcierto el Papa acude a los Lasalianos. Y es en ese momento cuando se produce la intervención del cardenal Lambruschini. A pesar de la advertencia del Superior General, el Hermano Pío acepta reformar el orfanato: confía a dieciocho de sus subordinados esa dura misión. Su jefe inmediato será, bajo las órdenes del mismo

Vicario General del Instituto, el eminente religioso que gobierna los “Monti”, el Hermano Hervé-de-la-Croix. Entra en funciones el 1º de enero de 1835. Su bondad, su energía, su habilidad devuelven prontamente el orden. Despidió a todos los seglares, excepto a los domésticos. Por desgracia, no ha podido dejar de conservar un alojamiento para el antiguo director. Éste —como, en otro tiempo, el abate Compagnon, celoso rival del Sr. de La Salle en las escuelas de Saint-Sulpice— trama, en la casa y fuera de ella, intrigas contra su sucesor. Logra embaucar al cardenal Del Drago; y se gana, lastimosamente, también al Hermano Pío.

La verdad obliga a no esconder las debilidades humanas, a no llegar a creer que aquí abajo, en las almas orientadas hacia Dios, la luz no se cubra con alguna mancha. El Hermano Pío practica elevadas virtudes [478]. Pero, no hace mucho, tuvo quejas del Hermano Hervé, independiente, intransigente, meticuloso e íntegro cuando piensa que se trata de la Regla de la Congregación. Los medios romanos perdonan difícilmente al delegado de la Casa Madre sus lecciones bastante explícitas a propósito del hábito, su papel con respecto al Hermano Rieul. Todo eso se comunica a la corte pontificia, lo hace sospechoso a pesar de los elogios que acaba de dirigirle Gregorio XVI por el buen trabajo y tan rápidamente realizado en las Termas. El objetivo es restringir, lo más posible, la parte del elemento francés en las comunidades organizadas en los territorios de la Santa Sede, y obtener, además, para el Vicario General, amplios poderes, una situación privilegiada entre todos los subordinados del Jefe supremo del Instituto.

El cardenal Del Drago quiere eliminar al Hermano Hervé del orfelinato, remplazarlo por el Hermano Pío, que acumulará este cargo con sus atribuciones anteriores. Consigue la aprobación del Papa. Por ese mismo tiempo, el Hermano Anaclet, puesto al tanto de la actitud bastante extraña del Hermano Pío, y desconociendo las ideas del cardenal, toma decisiones categóricas: envía una obediencia al Hermano Hervé, confirmándolo en el puesto de director del orfelinato; mediada aún más grave, llama a París al Hermano Pío y lo hace sustituir, para ejercer la autoridad sobre todos los Hermanos del Estado romano, con el título de Visitador, por el religioso francés, su predilecto, custodio de las más exactas tradiciones lasalianas.

Podemos imaginarnos el efecto producido. Aunque no cabía poner en duda la buena fe del Superior General, las apariencias lo colocaban en contradicción con las voluntades de la Santa Sede. En los primeros momentos, se encuentra sin medios de defensa. El cardenal Salla, a nombre de Gregorio XVI, ruega al arzobispo de París, Mons. de Quélen, que intervenga muy rigurosamente. La carta de Roma no carece de amargos reproches: se le ha causado al Soberano Pontífice “una pena que corresponden mal a sus bondades”; es necesario que el Superior de los Hermanos de las Escuelas Cristianas anule inmediatamente las órdenes enviadas desde Francia: Su Santidad no le retira su autoridad sobre las casas de Italia, pero “exige” que, desde el arrabal Saint-Martin, no se trate de “oprimir” a los religiosos especialmente protegidos por ella. El Hermano Pío debe continuar gobernando en calidad de Vicario General, hasta nueva disposición” de Roma; el Hermano Hervé deberá abandonar las “Termini” para regresar a los “Monti”. El Santo Padre se reserva el nombrar él mismo al Hermano que asumirá definitivamente la dirección de la “casa soberana” de Santa Maria degli Angeli.

Se imponía la total obediencia. Estuvo acompañada por una humildad bien digna de conmovier a los prelados en su enojo. El 14 de abril de 1835, el Hermano Anaclet

comunica al Hermano Hervé que va a responder a Mons. de Quélen: el cardenal Salla, conocerá, por ese medio, que todas las cláusulas estipuladas anteriormente recibirán total ejecución; conocerá las intenciones y los motivos del Superior General, “la sencillez” con la cual el Régimen tomó una iniciativa tan severamente juzgada.

La Eminencia ha “cargado” excesivamente sobre el Hermano Hervé. Lo acusa de inmiscuirse intolerablemente en la dirección de las Termas. Ahora bien, ese súbdito leal se ha conformado no solamente a la obediencia llegada de París, sino “a los deseos del Hermano Pío”. Él no es responsable de los malentendidos: su misiva, alertando a la Casa Madre, no ha llegado sino cuando ya se había expedido la orden de la convocatoria que ha alterado al Vicario General.

Su jefe lo anima, lo consuela y le aconseja con la más noble serenidad, el más cálido afecto: “Sin duda que si usted hubiese previsto esa cruz, habría dicho como su Divino Maestro: ¡Que se aleje de mi este cáliz sin que yo lo beba! Pero habría que haber añadido enseguida: ¡que no se haga como yo quiero sino como tú dispongas! La cruz que usted carga no es la elegida por usted, es el Señor... quien se la ha puesto sobre sus hombros... Pida a Dios la gracia de llevarla pacientemente. Recemos, “con el fin de que se sepa, en Roma, donde se encuentran” el recto derecho, la regla, la regularidad, el bien de la religión y del Instituto. Espero que pronto o tarde... se le haga justicia... Su tristeza se cambiará en una alegría que nadie podrá quitarle”.

Después de esa exhortación muy evangélica, le llega al ofendido la advertencia de estar sobre aviso, de observar en sus palabras una extrema prudencia. Volverá a Santa Maria ai Monti y allí, de acuerdo con el Hermano Chrysologue, se encargará de la dirección de la comunidad [479].

El Hermano Anaclét quiere apurar la conclusión de “ese terrible asunto”. Expone al Arzobispo de París los pros y los contras; sin apartarse del más perfecto respeto, defiende, con los mejores argumentos, menos su propia causa que la de la familia religiosa fundada por el Sr. de La Salle y fiel observadora de la Bula de 1725:

“Al cambiar al Hermano Pío, creímos sencillamente hacer uso de uno de nuestros derechos. Es cierto, por nuestras Reglas aprobadas por la Santa Sede y por la práctica en todo momento, que todos los miembros del Instituto sin excepción alguna, están a disposición del Superior General... Su Santidad misma, no solamente no se ha opuesto al cambio del Hermano Rieul, predecesor del Hermano Pío, sino que se dignó apoyar con su autoridad la obediencia” que se le envió entonces.

El Régimen se felicita de ver a los Hermanos del Estado Pontificio sujetos bajo la dependencia del Jefe elegido por el Capítulo. “Si fuera de otro modo, se derivarían los más graves inconvenientes; ese ejemplo no dejaría de ser imitado por el Piamonte, Savoya y Bélgica...” Además es necesario que Hermano Pío “no eluda las órdenes del Superior apoyándose, ante el Santo Padre, en la protección de uno de los Eminentísimos Cardenales”. Si puede nombrar, sin la participación del Hermano Anaclét, “para el puesto de director de la más importante comunidad de Roma”, ¿no sería cierto afirmar “que se convierte a sí mismo en Superior de esa parte de la Congregación?”

En esa misma dirección tienden bien claramente los esfuerzos del Vicario General. El cisma se advertía ya: para conjurar tal desgracia, se tomó la decisión de nombrar, en lugar de un hombre que perdía la confianza legítimamente concedida anteriormente, a alguien “cuyos talentos, regularidad, virtudes religiosas [eran] conocidos y apreciados por la mayor y más sana parte de los Hermanos... tanto Italianos como Franceses”.

El Hermano Hervé-de-la-Croix no ha cesado de mostrarse dócil, tanto con respecto a la jerarquía eclesiástica, y del mismo Hermano Pío, como del Superior General, en el asunto de Santa Maria degli Angeli. Su acusador, por el contrario, “se aleja, cada vez más, del espíritu de pobreza, de sencillez, de humildad”, de obediencia. “Nada bueno se puede esperar de su gobierno”. Queda una sola esperanza: que el Papa se digne “consentir la deposición” del Hermano Vicario.

Las mismas “explicaciones” son comunicadas a Gregorio XVI. El Superior y sus cuatro Asistentes suman a ellas la más filial de las cartas: “Postrados a los pies de Su Santidad, profundamente afligidos por haber entristecido su corazón..., suplican, con lágrimas en los ojos, recibir la expresión de su dolor y la seguridad de la rectitud de sus intenciones”. Se someten a todos los artículos contenidos en las páginas del Cardenal Salla. Su gobierno —que los Hermanos italianos estén persuadidos— no será jamás “opresivo”, sino “siempre suave y moderado”. A ejemplo de su venerable Fundador, y según las recomendaciones que el mismo no cesó de dirigir a sus discípulos durante toda su vida y en el momento de su muerte, se comprometen a perseverar en su dedicación, en su amor hacia la Santa Sede apostólica. Y, “con toda humildad”, solicitan una paternal bendición.

Como consecuencia de esta gestión, la Sagrada Congregación de los Obispos y de los Regulares puso a punto la cuestión del Vicariato General. Fue el objeto del decreto del 9 de agosto de 1835, aprobado, el 13 de noviembre, por el Soberano Pontífice: ese documento capital recordaba primeramente el breve del 7 de agosto de 1795, que había creado la función; pretendía “precisarla”, conforme a la solicitud de los “Hermanos veteranos” de la península.

Se componía de ocho artículos:

I. Un Vicario General residirá, de forma permanente, en la ciudad de Roma; se le asocian dos consultores y un secretario.

II. El nombramiento del Vicario y de los consultores corresponderá al Superior General; el elegido por el Jefe designará él mismo a su secretario.

III. El Vicario General será elegido entre los Hermanos italianos; los consultores podrán ser tomados entre los religiosos de esta nacionalidad o entre los franceses. La Sagrada Congregación se reserva todo el derecho de aprobación.

IV. El Superior del Instituto delegará en el Vicario General la misión de nombrar a los directores de las comunidades, que deberán recibir no obstante de la Casa Madre la aprobación de su título, —de distribuir a los Hermanos entre las diversas casas y proceder a las mutaciones útiles, —de admitir a los novicios, y, con el consentimiento del Superior General, declarar que religiosos serán considerados dignos de emitir votos perpetuos, —de supervisar la observancia, —de fundar

nuevos establecimientos, a solicitud de los obispos, —finalmente, de proceder a toda decisión que no pueda sufrir aplazamiento.

V. El hospicio de Santa Maria degli Angeli seguirá “bajo el poder inmediato” del Santo Padre. La casa dei Monti, destinada únicamente a la vivienda de los Hermanos franceses, dependerá, sin ningún jefe interpuesto, del gobierno central de la Congregación lasaliana.

VI. Cada año, el Hermano Vicario presentará al Superior General un informe referente a la situación moral y financiera de las comunidades.

VII. Los consultores ayudarán simplemente con sus opiniones al Vicario General.

VIII. Igual que él, permanecerán en su cargo durante diez años.

El *modus vivendi* creado en tiempos de la destrucción legal del Instituto en Francia, prolongado, después de la partida del Hermano Frumence para Lyon, bajo la responsabilidad del Hermano Guillaume-de-Jésus, luego del Hermano Rieul, en tercer lugar del Hermano Pío di Santa Maria, subsiste pues por la voluntad bien decidida de Gregorio XVI. El grupo italiano gozará de un régimen especial, de una bastante amplia autonomía simbolizada y salvaguardada en la persona del Hermano elegido entre sus miembros, aprobado por la autoridad romana, honrado con un título y provisto con atribuciones que le conceden un rango excepcional.

De todos modos, el Papa de 1835, tan favorable como se muestra hacia las reivindicaciones de sus súbditos temporales, tan preocupado como aparece por conservar un control directo sobre su querido orfelinato de las Termas, no presenta ninguna modificación esencial a la bula de Benedicto XIII. El Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas no se ve privado de sus elevados poderes: tan sólo “delega” una cierta parte al lugarteniente que él mismo designa.

Y el Hermano Anaclet va a probar enseguida, mediante un gesto muy oportuno, que su autoridad no deberá ser deliberada e impunemente ignorada. Se ha manifestado sin ambages, sobre la conducta del Hermano Pio. Éste, a pesar de los apoyos de que dispone, debe abandonar el lugar. En el sacrificio de sus ambiciones recuperará la paz interior, el afecto de sus jefes legítimos, la práctica de todos sus deberes, la eficacia de los buenos ejemplos que con anterioridad a los tan severos reproches del Hermano Anaclet, había dado a los novicios de Orvieto, a los maestros de los establecimientos romanos. Conserva la dirección de Santa Maria degli Angeli, puesto que el orfelinato no depende más que del Soberano Pontífice. Pero un nuevo Vicario General dirigirá a los Hermanos de Italia: uno de sus compatriotas, con una magnífica hoja de servicios, antiguo colaborador del Hermano Frumence, *persona grata* de ambas partes de los montes, el Hermano Giuseppe-Maria, de Ferrara.

Una circular del Superior General, con fecha del 25 de enero de 1836 y escrita en italiano, anuncia ese nombramiento: “Adoremus los designios de la Providencia sobre nuestro Instituto y agradezcamos la paternal solicitud que ha mantenido entre todos los miembros de la familia la unidad de sentimientos, la uniformidad de conducta, esenciales para el bien que la Iglesia espera de nosotros... El deseo de Su Santidad, el decreto de la Sagrada Congregación requieren la más exacta observancia de nuestras Reglas, bajo el control de una sola y misma autoridad...”

Esperamos pues que las dificultades pasadas... redunden en definitiva en provecho de los verdaderos hijos de nuestro Fundador, el Sr. de La Salle.

“Con esa finalidad, y para conformarnos a las intenciones del Soberano Pontífice, hemos nombrado al carísimo Hermano Giuseppe-Maria para las funciones de Vicario General en los Estados Romanos...

“El celo que anima a este religioso lleno de virtudes nos inspira la firme confianza de que desempeñará dignamente sus obligaciones y que contribuirá con todo su poder a vuestra salvación. Su prudencia, su humildad, su mansedumbre... son para ustedes un modelo; la ciencia que él posee de nuestra santa Regla lo capacita para darles sabias direcciones cuando no puedan esperar las nuestras. Caminando tras sus huellas, ustedes aliviarán el yugo que va a pesar sobre sus espaldas y que sólo la obediencia le ha llevado a aceptar.

“Todos nosotros, trabajamos en la misma obra: en consecuencia, tomemos los mismos medios de acción, ejercitémonos en las mismas virtudes... No formemos más que un solo corazón, una sola alma, según el precepto de Jesucristo, y de esa forma seremos felices en este mundo y en el otro”.

Esta llamada a la unión, en torno a un hombre excelente, merecía respetuosa audiencia. Aquellos a quienes iba dirigida lo comprendieron, pero no sin expresar sus pesares por el alejamiento del Hermano Pio. Captamos el eco en una carta dirigida, el 6 de marzo siguiente, por la comunidad del Benevento al Hermano Giuseppe-Maria: “El Estado Pontificio, dice con cierta ironía, no goza de la libertad galicana... Pero aún así, esperamos conocer, bajo su sabia dirección, la santa libertad de los hijos de Dios. No le ocultaremos lo que nos ha impresionado la dimisión de nuestro carísimo Hermano, el ex Vicario General: ...padre que nos recibió en religión, verdadera madre que nos distribuyó, en el noviciado, la leche espiritual; jefe que nos guió a continuación; a decir verdad, un Moisés para guiarnos por los caminos del Señor. Tan sólo la esperanza de encontrar en usted esas cualidades alivia un poco una tan grande aflicción...”

El Hermano Pío seguiría al frente del orfelinato papal, desde 1835 hasta 1839. Un decreto de Gregorio XVI confirmó, el 21 de agosto de 1838, las instrucciones de la Sagrada Congregación de los Obispos y de los Regulares relativas a las “leyes a observar por los Hermanos de las Escuelas Cristianas” en ese establecimiento. El texto proclamaba nuevamente la total e inmediata subordinación de la comunidad al Soberano Pontífice; para la administración, la disciplina, la educación de los huérfanos, los maestros recibían las órdenes del cardenal presidente; para la instrucción religiosa y el uso de los sacramentos, estaban llamados a atenerse a las iniciativas del “diputado eclesiástico”; el Hermano Vicario General presentaría sus informes de visita a la Sagrada Congregación. Aunque le correspondía la elección del “rector del hospicio” y de los demás empleados, debía no obstante someterlo a la aprobación del cardenal; además, obtener, para el rector, confirmación del colegio superior encargado de los Regulares. Los asuntos importantes de Santa Maria degli Angeli se trataban entre el cardenal presidente, el Vicario del Instituto lasaliano y el Hermano Director.

Bajo la guía de tal organización, la casa se pudo beneficiar de la labor y de los métodos de su personal. Al Papa le gustaba visitarla y manifestaba su cuidado

hacia los niños. Cerca de esos jóvenes romanos, ya dóciles, junto a los “Fratelli” que habían sabido motivarlos hacia el trabajo y hacerse querer, Gregorio XVI se dejaba llevar de su bondad sonriente, con palabras fácilmente familiares. Los penosos recuerdos de 1835 se difuminaban progresivamente [480].

Además de las Termas y de Benevento, se abrió una escuela de los Hermanos en Velletri, en el Lacio, bajo el generalato del Hermano Anaclet. En el país natal de César Augusto, lo buenos obreros ponían, una vez más, el cemento de sus cimientos en las tierras de la antigua Roma. En el mismo corazón de la ciudad, sus miradas podían encontrarse con los restos vivos de otro imperio: la Sra. Laetitia, madre de Napoleón, no finalizaba su larga y dolorosa carrera hasta 1836; sin duda nuestros religiosos franceses entrevieron aquel noble rostro, el perfil de matrona antigua donde estaban grabados tantos recuerdos y tantos duelos.

Su protector de 1803 a 1814, Joseph Fesch, sobrevivió a su hermana por tres años más, en su palacio lleno de obras de arte. La muerte del cardenal-arzobispo de Lyon debió suscitar las oraciones de aquellos a quienes, en los tiempos de su poder, había servido diligentemente, y que en su exilio seguía rodeando de su afecto [481].

En Parma, los Hermanos se encontraron en presencia de la exemperatriz Maria-Luisa. La archiduquesa de Austria, convertida en soberana italiana, los llamaba a su pequeño Estado. Había traicionado al Águila; había dejado al Aguilucho consumirse de fiebre, gastarse el alma y el cuerpo entre los barrotes de la jaula dorada de Schoenbrüun; inconsciente más que culpable, en su mediocridad de espíritu; buena, en definitiva, para su entorno, animada de solicitudes con respecto a sus súbditos.

El Conde Charles-René de Bombelles reinaba en su nombre. Hijo de un húsar del ejército de Condé —aquel marqués de Bombelles que, habiendo recibido las órdenes, fue capellán de la duquesa de Berry, luego obispo de Amiens en 1819— Charles René había combatido en Austria como ayuda de campo de Schwarzenberg, regresado posteriormente a Francia en el momento de la Restauración. Después de la Revolución de Julio, aceptaba de Metternich el puesto de gran mayordomo en la corte de Parma. Tomaría, en toda su dimensión, la sucesión de Neipperg... En 1834, María Luisa, “encantada” de su “determinación”, de su “ternura”, de su “virtud” [482], se casaba con él morganáticamente.

Bombelles reorganizó el ducado, impartió a sus administrados una exacta justicia, construyó rutas, puentes, hospicios, creó una escuela militar, construyó una biblioteca pública. Pretendía gobernar según los principios de la Santa Alianza, apoyarse en la Iglesia, manifestando una devoción quizás bastante estrecha, ciertamente sincera [483]. Fue él quien propuso en 1835, a la princesa confiar una escuela a los Lasalianos.

El 5 de febrero de 1836, el Hermano provincial Anthelme le escribe, desde Turín, que el local designado, será apropiado, en razón de su exigüidad, solamente para tres o cuatro maestros. Se logra un acuerdo sobre los gastos de acondicionamiento y de mantenimiento. Durante varios años, la caja particular de María Luisa proveerá al salario de los Hermanos, a los gastos del mobiliario conventual y escolar. La comunidad se instala, bajo la dirección de un romano, el Hermano Michel. El 1º de septiembre de 1836 comienzan tres clases; más adelante ascenderán a 6. Entre el palacio ducal y los modestos maestros se establecen relaciones de mucha

confianza. En 1838, el intendente de la Corte presenta sus condolencias oficiales con ocasión de la muerte de un tal Hermano Chérubin, virtuoso, humilde, entregado, notable por su saber profesional. De todos modos, la situación del pequeño equipo —tomado inicialmente como quien dice a prueba— no se estabilizará sin una cierta lentitud. El 5 de marzo de 1839, Bombelles sugería a la soberana el conferir a los Hermanos de Parma una existencia legal, con los privilegios de las Órdenes religiosas. Un decreto definitivo será acordado el 31 de enero de 1843. Hasta la desaparición de María Luisa, en 1847, la escuela vivió días tranquilos y prósperos; el regreso de los Borbones no cambiaría nada a esa prosperidad [484].

* * *

Boguemos ahora hacia alta mar, lejos de la Europa fragmentada, múltiple, hacia un país que espera, desde hace más de un siglo, a los discípulos del Sr. de La Salle y que les ofrecerán inmensas posibilidades de acción. Canadá, listo para recibir a los Hermanos en 1718, en 1737, vio rechazadas sus solicitudes, por razones indiscutibles, en primer lugar por consejo del mismo Fundador, luego sobre el informe de los enviados por el Superior Timothée. En 1763, el tratado de París lo arrancaba a la madre patria. Los descendientes de los colonos franceses defendieron allí contra los ingleses su religión, sus tradiciones, su lengua. ¡Con cuánto heroísmo y entre qué vicisitudes! El clero católico dirigía esa lucha: pero se encontraba en número muy reducido. Los Recoletos, los Jesuitas habían tenido que abandonar el campo de su magnífico apostolado, esa “Nueva Francia” creada en parte gracias a sus esfuerzos y a su sangre. Los Sulpicianos permanecían: propietarios de amplios dominios, curas de parroquias, formadores de sacerdotes. Pero su reclutamiento se realizaba con dificultad tras la anexión británica. En 1790, el Seminario de Québec no contaba más que con siete sacerdotes. Todas las órdenes religiosas habían desaparecido de las orillas del San Lorenzo.

La política de los vencedores y la ruina de las antiguas instituciones dejaban al pueblo casi totalmente desprovisto de instrucción. Los canadienses preferían la ignorancia al abandono de la lengua de sus padres. A finales del siglo XVIII, 600 quebequenses tan sólo, sobre 14.000, sabían leer o escribir. La mayoría de los habitantes se contentaban con una cruz por toda firma: los anglosajones los llamaban irónicamente “los caballeros de la Cruz”.

A las tentativas iniciadas para la organización de una enseñanza pública, los nietos de los Normandos, de los Saintongeses, de los Potevinos, oponían la fuerza de la inercia. La “Institución Real”, que tomó posesión de los bienes de la Compañía de Jesús y de los territorios de la Corona de Francia, ofrecía, hacia 1800, a las masas iletradas, clases gratuitas. El clero alejó de ellas a sus feligreses, que corrían el riesgo de sufrir la influencia protestante. En 1829 se vieron aparecer algunas “escuelas parroquiales”, de profesión de fe católica. Tan sólo se desarrollaron de modo incompleto, porque en ellas las lecciones se daban en inglés [485]. En el mundo rural, algunos maestros tenían lo que los Canadienses llaman “la escuela de grado”: en ella se aprendía un rudimento limitado a su más simple expresión, con ayuda de viejos silabarios y de viejas gramáticas piadosamente conservadas.

La juventud femenina escapaba con mayor facilidad al analfabetismo. La obra admirable de Marguerite Bourgeoys continuaba dando frutos [486]. Las Damas de la Congregación de las Ursulinas de Québec y de Trois-Rivières enseñaban a las

niñas. De ese modo, en los hogares canadienses, la madre de familia era la defensora de una cierta cultura intelectual, la gran educadora, capaz de mantener a sus hijos en las creencias de sus ancestros. Pero los muchachos, una vez superada la primera infancia, no encontraban ningún sitio donde proseguir sus estudios. Tan sólo los privilegiados eran admitidos en los seminarios de los principales centros, ya sea para prepararse al sacerdocio, o bien para ser capaces de elegir una carrera liberal [487].

De esa forma, acabó tomando forma una enseñanza secundaria. De enseñanza superior, se había tratado en 1789, cuando el obispo anglicano Charles Inglis quiso fundar una Universidad. Su proyecto, por parecer peligroso para los católicos, chocó y fracasó ante la resistencia de Mons. Hubert [488].

Los franceses del Canadá permanecían pues, con algunas excepciones, sin libros, sin ninguna noción de las ciencias más elementales, en los setenta años que siguieron a su separación del reino de la flor de lis. Esa existencia anormal de una raza civilizada preocupa a las mentes privilegiadas. Ante la desventaja de semejantes inferioridades, ¿cómo oponerse indefinidamente a la absorción extranjera? Así llegamos a los tiempos en que los abandonados de 1763 toman conciencia particularmente viva de su nacionalidad, constatan su gran número. Se producen revueltas a mano armada en 1837; un grupo audaz prepara la sublevación de la población contra el régimen inglés. No conducirá más que a un sangriento fracaso; los cabecillas se verán obligados a refugiarse en Estados Unidos [489]. De todos modos han dado el toque de atención, alarmado a los dominadores, que, pronto, se resignarán a las primeras concesiones políticas y lingüísticas.

La Iglesia, preocupada por el porvenir de sus hijos, y que no tiene la costumbre de separar las luces de la fe de las de la inteligencia humana, busca salidas pacíficas para la situación. Entonces en cuando los Sulpicianos entran decididamente en liza. Después de la Revolución Francesa, reanudan sus contactos con sus cohermanos del Antiguo Mundo con mayor frecuencia: la persecución de la Asamblea Constituyente y luego el Terror expulsaron a muchos sacerdotes fieles hacia América; todo el norte de nuevo continente se beneficia de un flujo de apóstoles. Relatábamos anteriormente el papel de los Cheverus, de los Bruté de Rémur, de los Maréchal, de los Flaget, de los Dubourg, de los discípulos del P. Olier, de san Vicente de Paúl, de san Ignacio, en Boston, en Baltimore, en Nueva Orleans, en los amplios territorios que van desde el Atlántico a los Grandes Lagos y al Mississipi [490]. Esos evangelizadores tienen sus imitadores en Canadá. Y el movimiento comenzado después de 1791 ya no se detiene más.

Entre los Sulpicianos llegados de Francia en ayuda del batallón canadiense, observamos, a partir de 1825, a Joseph-Vincent Quiblier. Nacido en Saint-Julien, en la diócesis de Lyon, en 1796, habiendo ejercido el ministerio sacerdotal en Saint-Étienne en Forez, inmediatamente después de su ordenación, a sus treinta años se suma a la Compañía de los Sacerdotes de Saint-Sulpice. Sus Superiores lo envían enseguida a Montréal. La ciudad debe su origen al P. Olier y a su amigo, aquel santo laico, aquel místico emprendedor, que se llamaba Jérôme Le Royer de la Dauversière [491]. Le pusieron el hermoso nombre de Villamaría, crearon para su desarrollo, la sociedad de los "Señores de Montréal", señores de la isla donde la ciudad iba a crecer: proponiéndose, además, únicamente el bien de las almas y organizando Villamaría como un fuerte contra los amenazantes iroqueses tan sólo

para asegurar la conquista del Canadá para Cristo, bajo la protección de la Santísima Virgen.

En condiciones diferentes, sus sucesores del siglo XIX trabajaban en la misma tarea. El P. Quiblier ejerce primeramente como profesor de filosofía en el seminario mayor de Montréal; luego se convierte en director del seminario menor, finalmente superior de la comunidad sulpiciano y vicario general de la diócesis. Da muestras de “una rara inteligencia, un corazón generoso”, virtudes radiantes que le ganan el afecto de sus conciudadanos, un atrevimiento en sus iniciativas que permitirán reconocer a ese modesto eclesiástico como un de los “grandes bienhechores” de los Canadienses franceses [492].

Ya con anterioridad a 1830, se preocupa por la ignorancia en la que vegetan los obreros urbanos y agrícolas, y toda esa joven generación sometida a las tareas materiales, en camino, cada invierno, para roturar los bosques, para el servicio de las peleterías. Desearía proporcionarles maestros, catequistas; piensa en los Lasalianos que conoció en la región Lionesa; en el Instituto que el P. Tronson, el P. Baühin, el P. de la Barmondière, el P. Baudrand contribuyeron a formar en la persona del santo canónigo de Reims, a poner en evidencia por medio de las escuelas elementales de Saint-Sulpice. Encarga a un cohermano de París, el P. Carrière, de las gestiones en el arrabal Saint-Martin. Por mucho tiempo la respuesta es negativa: el Hermano Guillaume-de-Jésus no se apura en las empresas lejanas; recuerda las desilusiones de la Luisiana; y encuentra dificultad en satisfacer en Francia y en las colonias, a un gobierno, a unos obispos, a algunos protectores, cuyas solicitudes le agobian.

El Hermano Anaclet, en los inicios de su generalato, se encuentra enfrentado a muchos obstáculos. Después de nuevos aplazamientos, el P. Quiblier se decide a entablar con él una negociación directa. El 22 de abril de 1836, escribe al Superior General:

“... el Padre Carrière ha tenido a bien expresarle varias veces nuestros deseos y nuestras esperanzas... La mies en nuestra ciudad es muy abundante: más de 600 niños necesitarían maestros... El deterioro de la fe y de las costumbres se acrecienta por falta de ayuda. Montréal, ciudad de 30.000 almas, de las cuales más de 20.000 católicas, es una hija de la Iglesia de Francia: habla su lengua, se siguen sus costumbres; en ella actúan sus sacerdotes. Sus Hermanos se ganarían allí el mismo amor y, quizás, mayores bendiciones. El pueblo de este país es muy religioso: al educar a los niños, se obtendrían los resultados más alentadores.

“No solamente la ciudad, sino toda la provincia, experimentaría la influencia de sus establecimientos aquí. Además de los miles de alumnos, muchos candidatos se presentarían al noviciado que ustedes podrían crear... Se sumarían a su obra y la extenderían por todos los lugares importantes. Las aspiraciones y la confianza de las gentes les solicitarían de todas partes...

“Por eso, reverendísimo Hermano, el medio de librarse de mis importunaciones, es el conceder la gracia que le solicito. Un rechazo, mil negativas no me desanimarán. He conocido su Instituto, incluso le procuré varios novicios, cuando trabajaba en Saint-Étienne... El director de los Hermanos de esa ciudad y los Hermanos de la

escuela de Nuestra Señora han conocido la estima y la confianza que les tenía... ¡Están lejos de haber disminuido!

“Sus Hermanos trabajarían aquí sin alboroto y sin brillo; no se relacionarían más que con el Superior del Seminario... Un sacerdote de nuestra casa les dirigiría en lo espiritual; en lo temporal dependerían de nosotros... No carecerían de nada esencial” [493].

Todos los argumentos son convincentes: evocación del pasado religioso y francés del Canadá; perspectivas, casi proféticas, sobre el porvenir reservado a la Congregación Lasaliana; simpatías personales del solicitante, que ya se ha hecho merecedor para sus antiguos amigos; certeza, para los Hermanos, de una cordial acogida, y de la seguridad material, y, para sus anfitriones, de un exacto conocimiento de su forma de vida, de sus inmutables reglamentos.

El obispo de Montréal, Mons. Lartigue, corrobora esta demanda con una carta, dirigida también al Hermano Anaclet, el 25 de agosto de 1837: “Con mucho gusto” vería “entrar y permanecer en su diócesis a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, persuadido de que realizarían tanto bien como en Francia...” Les ofrece, como donación de gozoso recibimiento, “el uso *gratis* de una hermosa casa” situada cerca de su catedral [494].

La aceptación del Superior esta vez no se hace esperar más que el tiempo de recibir la definitiva y reconfortante misiva. “Desde hace más de ocho años, comunica el 6 de octubre al prelado, los Padres de Saint-Sulpice, establecidos en Montréal me han hecho solicitar, por medio de sus cohermanos de París, el envío de algunos de nuestros Hermanos para hacerse cargo de las escuelas gratuitas de esa ciudad. Habiendo desaparecido finalmente las dificultades que se oponían hasta ahora al cumplimiento de su deseo, me tomo la libertad de enviarles cuatro, naturalmente, después de haberme asegurado de que Su Ilustrísima lo considera favorable. Me atrevo, Monseñor, encomendarlos a su indulgente interés; ... están dispuestos a dedicar todas sus atenciones a formar a vuestros jóvenes feligreses en la piedad y en las virtudes cristianas” [495].

Los pioneros elegidos serán del agrado del dueño del campo. Se llaman Hermanos Aidant, Rombaud, Adalbertus, Euverte. Louis Roblot —el Hermano Aidant— que dirigirá el pequeño grupo, tiene cuarenta y tres años. Nacido en Falmay, en la Côte-d’Or, se encontraba en 1817 entre los novicios que el Hermano Paulien, sucesor del Hermano Jonas, en Langres, dirigía en el más puro espíritu de san Juan Bautista de La Salle. De su formador ha heredado la fe robusta, el culto de la Regla, el ardor apostólico, y hasta la fama de santidad. Después de haber dirigido la casa de Bourbonne-les-Bains, enseñado en París, luego en Nantes, residía en la capital de la Loire-Inférieure, en calidad de Visitador del distrito, cuando el Régimen lo designó para la obra americana.

Personalidad de alto relieve, junto a la cual los tres auxiliares presentan una silueta menos vigorosa, aunque con perfiles de la misma familia. Jean Lucas —el Hermano Rombaud— no posee, según la opinión de uno de sus colegas, especiales aptitudes pedagógicas. En cambio, su conducta religiosa puede servir de modelo; por lo cual se convertirá en el maestro de los novicios canadienses. Oriundo de Saint-Laurent de la Roche, en el Franco-Condado, se encuentra aún en plena juventud,

completando, en los últimos meses de 1837, sus veinticinco años. Pertenecía entonces a la comunidad de Orleáns.

El Hermano Euverte, mucho más veterano que él en el Instituto, se encargará de los humildes trabajos del “temporal”. Es un Lasaliano según el corazón del Padre; todo obediencia y todo abnegación; buscando pasar desapercibido, olvidado de sí misma. Cocinero en el Gros-Caillou, abandona sus hornos de París para encender el fuego en el invierno de Montréal. Nunca más, Pierre Demarquey volverá a ver Francia. Morirá septuagenario, en 1865; el amor de Dios y del prójimo le impidieron creerse exiliado.

El Hermano Adelbertus efectuará un regreso pasajero a Europa; pero fiel al Canadá y último superviviente de los cuatro pioneros, su longevidad le valdrá el título de “patriarca de los Hermanos de América”. En 1887, el cincuentenario de su llegada será festejado en la casa del Mont-de-La-Salle. El anciano de setenta y seis años comunicará a los Hermanos de su entorno la carta que, como joven profesor de Dieppe, en su Normandía natal, recibió del Superior General al final de septiembre de 1837: “Debo enviar Hermanos a Montréal... Me falta un Hermano de la clase de los mayores, y he pensado que podría contar con usted para esta importante misión. Pero como se trata de un país lejano..., no he querido darle orden alguna sin consultarle... Piénselo... y hágame saber si está dispuesto a partir. En caso afirmativo, lo cual deseo en gran manera, deberá usted estar listo para estar el 6 ó el 7 de octubre... en el Havre”.

Pierre-Louis Lesage, tan delicadamente sondeado, no se echó para atrás. Escuchémosle evocar a continuación sus recuerdos. Sus compañeros y él se embarcaron el 10 de octubre sobre el barco *Louis-Philippe*, que se hizo a la vela hacia Estados Unidos. Tres sacerdotes de Saint-Sulpicio, los Padres Billaudèle, Chabos y Raymond, viajaban con ellos. La travesía no se realizó sin sus sufrimientos y su tempestad. Terminó el 3 de noviembre, en Nueva York. Los Sulpicianos y los Lasalianos saludaron al obispo de esa ciudad, Mons. Dubois, un compatriota. En un barco, por el Hudson llegaron a Albany; de allí fueron a Troy; luego por el canal, hasta Witehall. Después de Saint-Jean de Dorchester, se dirigieron hacia la llanura canadiense, por medio del primer ferrocarril que funcionaba en la región. El frío del gran Norte llegó ante ellos, como para poner enseguida a prueba la resistencia física y la fuerza de ánimo de estos nuevos conquistadores. Y finalmente apareció Montréal en su grandioso emplazamiento. La ciudad ya no corría el peligro de ataque iroqués, las amenazas de incendio, de corte de cabelleras y de torturas, como en los días heroicos del caballero de Maisonneuve. Pero tampoco ofrecía un talante muy tranquilizador: las barricadas en ciertas calles daban testimonio de las recientes luchas entre británicos y franco-canadienses. Rencores y desconfianzas seguían reinando aún; se podía temer, por parte de los protestantes, algunas violencias, quizás alguna medida restrictiva con respecto a unos religiosos extranjeros, de hábito insólito. Los Sulpicianos hicieron que los Hermanos usaran provisionalmente el sombrero eclesiástico. Los instalaron en cuatro pequeñas habitaciones en el tercer piso del Seminario y les hicieron llevar sus comidas por medio de un criado.

Así lo contaban, según una memoria precisa y poco tendiente a transfigurar la realidad, los relatos del Hermano Adelbertus. En resumen, ningún acontecimiento preocupante turbó las primeras horas. La entrada de los futuros educadores de

innumerables canadienses se realizó, tal como lo deseaba el P. Quiblier, como lo deseaban los mismos Hermanos, “sin brillo y sin alboroto”. La discreción sulpiciano los protegía. Rápidamente se ganaron las simpatías de los católicos. El Superior del Seminario acompañó al Hermano Aidant y a sus ayudantes a los ante los administradores parroquiales de Montréal; cinco meses más tarde, ese consejo de administradores expresará sus sentimientos de agradecimiento en una decisión poco trivial y seguramente de espíritu muy cristiano: los Hermanos que muriesen sobre el territorio de la parroquia serían enterrados gratuitamente, a cargo de la colectividad, “y al son de dos campanas”. “A partir de ahora somos propietarios en América, escribirá con simpatía el Hermano Anaclet el jefe de la misión; propietarios de la tumba que acogerá nuestros restos mortales”.

En un prelude que anunciaba todo un concierto de elogios no se escuchó más que una fugitiva disonancia. No provino del lado anglosajón, sino de un órgano, que hacía eco, en lengua francesa, a los sectarios de Europa: en el periódico *La Minerve*, del 13 de noviembre de 1837, se leían estas líneas bastante agrias y bruscas: “Cuatro Hermanos llamados de la Doctrina Cristiana y dos sacerdotes han llegado para dar lecciones de obediencia pasiva a la juventud canadiense. Ignoramos cómo el obispo de Montréal ha podido consentir la admisión de eclesiásticos franceses, después de la declaración que formuló en sentido contrario”.

Ese acceso de mal humor no podía perturbar la fiesta. El P. Quiblier, dirigiéndose al Superior de la Congregación lasaliana tres semanas después de la instalación de los recién llegados, se expresaba en un tono gozoso: “Me veo cargado hacia usted con una inmensa deuda de agradecimiento... Nuestros excelentes Hermanos no han sufrido ningún incidente... Cenaron el Havre el 10 de octubre; y han comido con nosotros, en Montréal, el 7 de noviembre. Ningún viaje tan rápido y más feliz. La Santísima Virgen ha debido tener algo que ver... Esta buena Madre conocía demasiado bien con cuanto ardor los esperábamos”.

Y enseguida el sacerdote de celo ardiente sueña con una extensión de la obra. “Usted nos ha atendido perfectamente según nuestro gusto y sus posibilidades, pero no según nuestras necesidades. Necesitaríamos, para empezar, al menos doce Hermanos. Incluso ese número sería insuficiente, si se encontraran capaces de atender a los niños que no hablan más que el inglés o si otros pudiesen encargarse de las escuelas nocturnas... Nuestros obreros terminan su jornada a las 6, en verano; podrían aprovecharse de toda la instrucción religiosa...”

De todos modos, la insistencia no es aún apropiada cuando la primera escuela no ha entrado todavía en funcionamiento. La apertura de las clases tendrá lugar la antevíspera de Navidad. Doscientos alumnos se presentan ante sus maestros. Serán 146 en la sección de los principiantes, 76 con el Hermano Adelbertus, en el mes de mayo de 1838; otros 120 esperan ser acogidos. Para contentar a la población, se necesitaría duplicar la capacidad del establecimiento.

El Hermano Aidant así lo afirma, después del P. Quiblier; su carta destinada a un viejo amigo, el Hermano Euloge —director de la comunidad de Orleáns— contiene, además de esos informes estadísticos, impresiones personales, que muestran al hombre un poco desconcertado por el clima, donde, casi sin transición, el verano sucede al invierno, y por un medio, que él juzga con una franqueza particularmente ruda:

“El 5 de mayo, descubrimos en el jardín las primeras flores primaverales y algunas hojas en los groselleros... El 14, teníamos 14 grados de calor y el 15, 23 grados [Reamur]. No me cuesta creer que, si eso continúa, llegaremos a los calores de África...”

“Las artes y las ciencias están en la infancia entre los canadienses; ... éstos no profundizan en nada, la ligereza de su carácter les hace volubles como abejas... Estamos pasablemente contentos con nuestros pequeños alumnos; sólo que, un buen número se hallan aquejados de la enfermedad del país: la pereza... Animándoles, algo se logra...”

La transformación que se conseguirá, será más profunda, más completa, de lo que el pedagogo, en su modestia, preveía lograr. Según sus métodos habituales, los Hermanos captaron la atención de los alumnos, disciplinaron y refinaron a esa gente menuda que carecía de educación elemental, y a la que una ignorancia heredada de los padres y de los abuelos reducía al estado natural. Un sólido fondo de religión, de rectitud y pureza moral, facilitaba la tarea de los maestros.

La labor intelectual exigió atenciones muy especiales, una serie de ingeniosas tareas. En un país que carecía de bibliotecas, y cuya historia, geografía, particularidades lingüísticas, fauna, flora, técnica industrial y agrícola no habían sido aún objeto de ningún estudio, los Lasalianos se hicieron un deber de forjar ellos mismos esos instrumentos de trabajo. Tenían que renunciar a las obras clásicas utilizadas en Francia: barreras de todo tipo subsistían entre París y Montréal. Las líneas de navegación a vela se dirigían —lo constatamos a propósito del viaje de 1837— hacia los Estados Unidos, no hacia el estuario del Saint-Laurent. La fragata *La Capricieuse* no ha llegado aún, ante las aclamaciones de los ribereños del gran río, a reanudar los lazos directos entre los miembros de una misma familia.

Limitados a sus propios medios, los maestros de Montréal se convirtieron pues en autores, para no dejar a sus alumnos ante manuales de hacía un siglo. El Hermano Adelbertus dio ejemplo con su *Explicación del Catecismo de la provincia*, sus *Nociones de Cosmografía*, su *Curso de Geografía*, primeros ensayos que las generaciones siguientes, mejor preparadas, con más medios, sabrán completar ampliamente.

Todo el Canadá se beneficiará de las lecciones pedagógicas y —en tiempos más modernos— de la obra científica de los Hermanos. Cuanto, una vez sacudido el yugo de las más pesadas servidumbres políticas, la enseñanza primaria se organice definitivamente en el país, con una flexibilidad y un liberalismo muy poco frecuente, el Instituto lasaliano gozará de un renombre no rebajado por ninguna crítica de valor. Encontrará en los “comisarios de escuelas”, elegidos por las circunscripciones parroquiales, y en los Consejos provinciales de la Instrucción Pública, muchos amigos, muchos apoyos, hombres capaces de apreciar los beneficios de la educación cristiana y de contribuir a sus progresos.

El pequeño germen de 1837 contiene todo ese porvenir en potencia. El 22 de enero de 1838, Mons. Bourget, coadjutor de Mons. Lartigue, pedía la bendición del Espíritu Santo sobre los maestros y sobre los alumnos. En junio siguiente, la comunidad se trasladaba, desde su alojamiento provisional del Seminario, a una casa independiente, situada cerca de la escuela. Y allí se inauguraba un noviciado, con la

entrada, por lo demás vacilante, de tres jóvenes llegados de los alrededores de Québec [496].

* * *

Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam. En las mejores horas de su generalato, en la claridad que inunda finalmente el cielo, el Hermano Anaclet repite seguramente las palabras del Salmista. Pero sin duda añade esta oración: “¡Señor, da también la gloria a tu servidor, Juan Bautista de La Salle!”. Ese triunfo del Fundador, del “carísimo Padre”, está aquí abajo en su obra, que se extiende, sin desviarse. En el plano de la eternidad, ¿la Iglesia no proclama que la aureola de los santos nimba al hombre de virtudes heroicas y lo hace digno del honor de los altares?

Los Lasalianos de las edades precedentes han esbozado en Roma algunas gestiones, recogido testimonios y documentos utilizables en vistas a un proceso de canonización. No obstante no se encuentra ningún dossier en la forma debida, según parece, cuando el final del siglo XVIII ocasiona, durante diez años, la ruina de la Congregación, a la cual seguirá, por un periodo más largo, una vuelta a la vida llena de precauciones, un estado de convalecencia poco propicio para emprender pacientes, perseverantes y costosos esfuerzos.

En el Petit-Collège de Lyon, en la casa del Santísimo Niño Jesús, el Hermano Frumence, el Hermano Gerbaud, el Hermano Guillaume-de-Jésus evocan frecuentemente el recuerdo de los orígenes de la Sociedad; profesan, con respecto al “Sr. de La Salle, nuestro Fundador”, la adhesión más respetuosa, la más filial [497]. Pero, se muestran muy discretos en sus manifestaciones. Quizás, los alumnos de las escuelas cristianas no sabían suficientemente que más allá de los “carísimos Hermanos” su gratitud debía remontar hasta el lejano pasado de la Congregación. El público, también, permanece demasiado ignorante sobre la historia lasaliana: la biografía debida a la pluma untuosa y profusa del canónigo Blain data ya de hace un siglo; su forma, su peso, su amplitud la hacen difícilmente abordable para el común de los lectores. No se la ha vuelto a reeditar. La obra del P. Garreau, publicada en 1760, y las del Padre de Montis, que data de 1785, tendrían más oportunidades de dar a conocer, fuera del Instituto, la fisonomía del gran pedagogo: si el libro de Montis, que pretende sobre todo presentar a Juan Bautista de La Salle como modelo del clero, parece un poco olvidada, el elegante compendio de Blain, que Garreau se propuso escribir, vuelve a ver el día en 1825. Sin embargo no parece llegar a un muy amplio auditorio. El Padre Caron, en 1828, trata de escribir algunas páginas familiares, bajo el siguiente título, muy del estilo de la época: *El tierno Amigo de los niños del pueblo o Vida del Padre Juan Bautista de La Salle*. Desgraciadamente su saber histórico es escaso: la voluntad de “edificar” no puede suplirlo. De la misma tendencia se muestra el librito de Lille *El Amigo de la Infancia*, que aparecerá en 1831 [498]. En efecto, los Hermanos son más populares que verdadera y exactamente conocidos; en algunos medios se obstinan en seguir llamándolo “ignorantillos”, como en los tiempos de Voltaire y bajo el Imperio; hasta se duda en las esferas católicas a propósito de su designación oficial: Hermanos de Saint-Yon, Hermanos de la Doctrina Cristiana,.. Mejor hubiera sido llamarlos “hijos del Sr. de La Salle”: pero, para no dudar más o equivocarse sobre ellos, hay que esperar que la sombra se disipe en torno al rostro paterno...

El Hermano Anaclet, con mayor decisión que sus predecesores inmediatos, reclama claridad, la dirige él mismo en el sentido adecuado. Dos gestos marcan el año 1834: orden de colocar el retrato del Fundador en todas las clases donde enseñan sus discípulos, así como en la sala principal de cada una de las comunidades; el Comité reunido en el arrabal Saint-Martin tomó la iniciativa de este homenaje bien significativo [499]. En segundo lugar, se toman decisiones para introducir en la Corte de Roma la causa de beatificación: la Casa Madre se encarga de la composición de una *Vida* en 414 artículos, “para servir de cuestionario a los testigos” que deberá convocar el postulador [500]. Los procesos informativos podrán abrirse en las diócesis a las que perteneció el Sr. de La Salle. Al mismo tiempo se contacta con la Santa Sede. Vemos al Superior General, en una carta del 14 de febrero de 1834, mostrarse preocupado, ante el Hermano Asistente Abdon —encargado entonces de la misión de Italia— por la acogida que el proyecto encuentra entre los prominentes personajes del entorno pontificio. Añade, en los que se refieren a las cancillerías episcopales de Francia, que Reims y Ruán son favorables; París, mudo [501].

No pasará un año antes de que los procesos se inicien en esas tres ciudades. Y, a lo largo de 1835, se exhuma en Saint-Yon lo que queda de los restos mortales, enterrados en ese lugar en 1734, profanados pero no destruidos, en 1793.

Los Hermanos no ya esperan, después de tantas solicitudes infructuosas, volver a ser dueños de su antiguo dominio normando. Por lo cual piensan en recuperar los huesos de su Padre. Hace cuarenta y dos años que la tumba permanece en el abandono: los corazones fieles sufren por ello. Ya, al inicio del siglo, trataban de salvar los venerables despojos [502]. Los mismos se convertirán en reliquias: es tiempo de retirarlos de un suelo revuelto, de una tierra usurpada a los legítimos herederos.

El 30 de abril, una orden gubernativa del prefecto autoriza las excavaciones. El trabajo, iniciado el 4 de mayo, da, al cabo de algunas horas, los resultados deseados: se descubren los restos de una cripta, luego trozos de tablas, los flecos de una estola sacerdotal, finalmente huesos esparcidos. Dos médicos clasifican las piezas del esqueleto: no se encuentran ni las vértebras, ni los omoplatos, ya sea porque se hayan convertido en polvo, o bien porque los profanadores los hubiesen dispersado. De los hábitos que habían recubierto el cuerpo, no se encuentra casi nada.

El comisario de policía, presente en la exhumación, firma el acta de reconocimiento. Una nueva identificación tiene lugar el 9 de mayo, durante el traslado de los restos a la capilla de la escuela normal de la calle Saint-Lô. “El depósito..., anuncia el Hermano Calixte al Hermano Anaclet, nos ha sido confiado. Nos atrevemos a esperar que usted tendrá a bien permitirnos ser los guardianes de aquello que el Instituto tiene de más precioso. Bendecimos a la Providencia por habernos elegidos como testigos de un acontecimiento tan consolador. ¡Nos hubiera gustado compartir nuestra felicidad con todos los hijos de nuestro Padre!

Los deseos de los Superiores no coincidían con los anhelos de los Hermanos de Ruán. Y el Hermano Calixte fue encargado de solicitar un permiso de desasimilación de la archidiócesis en favor de la Casa Madre. Chocó con el rechazo más total. El Padre Fayet, vicario general [503], respondió que Ruán, lugar del fallecimiento del Sr. de La Salle, debía permanecer en el lugar de su sepultura; que esa decisión era

particularmente oportuna en el momento en que se estaba considerando un proceso de beatificación; y que en Normandía la preservación de las futuras reliquias sería más fácil que en la capital siempre amenazada por los disturbios.

La comunidad de la escuela normal conservará, casi durante medio siglo, la totalidad de los restos, con excepción de un fragmento del esternón que el arzobispo, príncipe de Croÿ, consintió en enviar al Superior General [504]. En la casa del arrabal Saint-Martin, al igual que entre los Hermanos de la calle Saint-Lô, el descubrimiento del 4 de mayo de 1835, la certeza de encontrarse en presencia de los restos auténticos provocó una gran alegría. Una mirada sobre esas cenizas humanas, en otro tiempo “templo del Espíritu Santo”, estremece las imaginaciones, acrecienta el entusiasmo de las oraciones. En 1836, la Sagrada Congregación de Ritos, recibe los testimonios y los documentos reunidos en París para la Causa de Juan Bautista de La Salle [505], primer paso hacia una conquista aún lejana; los Hermanos, sin permitirse anticiparse a la lentitud de Roma, invocan ya, en lo secreto de sus almas, al servidor de Dios.

* * *

Es así como el Hermano Anaclet se esfuerza por dar todo su valor al patrimonio espiritual del Instituto. De igual modo dedica sus atenciones al edificio temporal, a la constitución administrativa.

La fundación y el incremento del noviciado menor obligan a añadir un nuevo pabellón a la Casa del Santísimo Niño Jesús. Ese edificio se termina en 1837 [506]. El 26 de abril del mismo año, Mons. de Quélen bendice la nueva capilla, que reemplaza al oratorio estrecho y sombrío, en el centro de la institución. El arquitecto opta por el estilo clásico: una nave central separada de las naves laterales por columnas dóricas, un ábside recubierto por una cúpula. La nave se extiende a lo largo de unos 30 metros, con unos 13 metros de ancho, y mide 10 de alto en el centro de la bóveda de medio punto [507]. Espacio y capacidad suficientes para las doscientas personas más o menos que alberga entonces la Casa Madre [508].

En esa cantidad, el noviciado del arrabal Saint-Martin supone una cifra que, desde el mes de abril al mes de agosto siguiente, pasa de 54 a 76 futuros religiosos. Las otras seis casas de formación —Lyon, Aviñón, Toulouse, Clermont-Ferrand, Nantes, Saint-Omer— elevan, en 1837, el total a 260 jóvenes [509]. Al año siguiente serán 282. Hay que contar además, 60 novicios en los cuatro establecimientos de Namur, Orvieto, Turín y Chambéry, situados fuera de las fronteras francesas [510].

La progresión se confirma continua, aunque bastante lenta, teniendo en cuenta las solicitudes que las ciudades y las diócesis dirigen al Instituto, y en comparación a las estadísticas relativas a las escuelas cristianas. En 1830, la Congregación lasaliana instruía a 87.000 alumnos en el reino de Carlos X, y del otro lado de los Alpes [511]. Solo para la Francia de la Monarquía de Julio, ocho años más tarde, la clientela de los Hermanos comprende cerca de 125.000 individuos: niños de las clases primarias y de los pensionados, aprendices y obreros de los cursos nocturnos, normalistas de Ruán [512].

No son más que nueve los departamentos que no poseen ninguna escuela dirigida por los maestros del cuello blanco: Hautes-Alpes, Charente, Indre, Hautes-Pyrénées,

Pyrénées-Orientales, Deux-Sèvres, Vosges, Haut y Bas-Rhin [513]. Otras Sociedades docentes se propagan en esas regiones, principalmente los Hermanos de María en Alsacia [514].

Sobre los quinientos centros escolares que se reparten por Europa y Canadá, en trescientas ciudades, el Superior a cargo puede reivindicar la creación de ochenta y cuatro. Y los 1.400 religiosos gobernados por él al principio de su generalato superan los dos mil, en el momento de finalizar su carrera [515].

El 8 de enero de 1837, hace referencia a este crecimiento para obtener del Papa el derecho de contar con dos Asistentes más en su Consejo. La súplica, transmitida a la Sagrada Congregación de los Obispos y de los Regulares, tuvo resultado positivo con el rescripto del 17 de marzo [516].

Por ese mismo tiempo se encuentra regularizado el problema de la representación de las “provincias” en los Capítulos Generales [517]. Roma, en favor de las comunidades situadas fuera de Francia, decide que todo grupo que comprenda al menos tres casas elegirá un delegado; y que a partir de diez casas, el Superior General podrá, si lo juzga oportuno, convocar a un segundo representante [518].

Una vez asentadas esas bases, la Asamblea se abre, el 10 de julio. Acepta las medidas tomadas por el Comité de 1834. Nombra a los Hermanos Calixte y Nicolas como quinto y sexto Asistentes. El Hermano Anaclet hubiera querido que se le diese, a él mismo, un sucesor. “Alegó la debilidad de su salud, las enfermedades que había padecido desde hacía cuatro años”. Los Capitulares rogaron al Superior “que continuase ejerciendo unas funciones que desempeñaba satisfactoriamente para todo el Instituto” y en constante conformidad con las “autoridades civiles y eclesiásticas”. La petición de dimisión obtuvo en su contra, en el escrutinio secreto, la unanimidad de los votos [519].

No le queda otra pues al Jefe sino agotar, al servicio de los Hermanos, los últimos recursos de su inteligencia siempre lúcida y prudente, de su actividad, de su abnegación. Muchos de los “veteranos” que amaba, que fueron los guías de su juventud religiosa y los testigos de sus fecundos trabajos, han caído antes que él en la brecha: los Hermanos Antoine, Adélard, Alexandre-de-Jésus, Baldomart, Prince, Benjamin, Jean-de-Matha [520], Godefroy, Sine, François-de-Sales, Pierre-Martyr, Pompée, Rieul, primeros obreros de los nuevos comienzos; el Hermano Antoine, nonagenario, los demás cerca o superando sus ochenta años; el 19 de diciembre de 1836, murió el Hermano Philippe-Joseph, aquel Nicolas Bienaimé, discípulo del Hermano Agathon, maestro en Saint-Yon, en Elbeuf, en Nogent-le-Rotrou, admirable modelo de Lasaliano, en quien se perpetuaban tantos recuerdos, tantas imágenes heroicas, tantos sufrimientos de la época revolucionaria [521]. El superior le dedica una noticia emocionada: el hombre arrancado a su Instituto en 1792, y por mucho tiempo retenido en el mundo, no cesó nunca de practicar las virtudes predilectas del Fundador; raramente se vio mayor mortificación, más afecto a la pobreza total, mayor celo hacia la educación cristiana, más devoción hacia el Sagrado Corazón y hacia la Santísima Virgen. Su agitada carrera retrasó hasta 1817 la emisión de sus votos definitivos. Llegado a la vejez, se retiró al arrabal Saint-Martin: “durante los cuatro años que allí pasó, empleado en el depósito”, no interrumpía su tarea y se descubría, cada vez que sonaba el reloj, “para renovar su atención a la presencia de Dios”. Miró de frente a la muerte, esperándola incluso con santa “impaciencia” [522].

Otras páginas evocaban “al decano del Instituto”, el Hermano Antoine, que imitaba a María Magdalena en su vida contemplativa, y a Marta en la cocina [523]; al Hermano Stanislas, antiguo eremita del Mont-Valérien, errante por Italia después de haber sido expulsado de su soledad, y que acabó, como el caballero du Lac de Montisambert un siglo antes, pidiendo auxilio a los hijos del Sr. de La Salle [524]; Claude Cliquet, el Hermano François-de-Sales, que devolvió a la perfecta regularidad a la comunidad de Soissons, luego, lleno de achaques, remendaba la ropa en la Casa del Santísimo Niño Jesús [525]; un tal Hermano Joseph, cuyo nombre de religión pasaría enseguida a un joven novicio, el futuro Superior General de 1884: este Hermano humilde, muy obediente, particularmente caritativo no había podido abandonar el mundo hasta la edad de 37 años, cuando el Instituto echó nuevamente raíz en Francia; como laico ya se entregaba a las buenas obras. Como Hermano de las Escuelas Cristianas, se entregó a los niños, a los enfermos, a todos los afligidos: después de la batalla de Laon, en el mes de marzo de 1814, recogió a los soldados heridos, enterró los cadáveres del ejército napoleónico. Una parte de sus noches la trascurría en oración. Y moriría en plena oración: el 2 de octubre de 1837, mientras guiaba una peregrinación lasaliana a la basílica de Saint-Denis; al salir de la iglesia, sus compañeros y él “se repartieron algunas sentencias espirituales”; a él le tocó esta frase: “Prepárese a la muerte, porque llegará cuando menos lo piense”. A penas había comentado en voz alta el texto avisador que extendió los brazos, se inclinó hacia atrás y se durmió repentinamente en la paz del Señor [526].

Las víctimas del cólera de 1835, los Hermanos Archange y Ennemond, directores de las dos comunidades marselesas, y los Hermanos Thiémont y Tassillon, novicios de la provincia del Sur de Francia, son causa de intensos lamentos [527]. Esperanzas truncadas, “pérdida inmensa”. Un pasado que se hunde en las brumas de la historia merece también un último *memento*: la amistad agradecida recomienda a los sufragios de la Congregación al Sr. Dubois, el ex-Hermano Boniface [528], que “no habiendo podido reintegrarse” con los Hermanos Frumence y Gerbaud se contó al menos entre los afiliados de la gran familia y entre sus mejores “servidores de puertas afuera”.

Así es como el Hermano Anaclet va degranando sus oraciones fúnebres sobre el camino que le conduce a su propia tumba. A pesar de sus fatigas, quiere responder, durante las semanas de verano de 1838, al deseo de varias comunidades alejadas; se pone en camino, el 28 de junio. Escribe desde Chambéry al Hermano Abdon, el 31 de julio: “Quien no cuenta con el huésped cuenta dos veces... Pensaba estar tal día en tal lugar, tal día en tal otro, ver tales y tales casas, para estar de vuelta en París hacia mediados de agosto; pero me veo obligado, a mi pesar, a demorarme”. El Hermano Léon le ha rogado que acuda a Grenoble; el Hermano Stanislas convoca a los directores de Annecy. Queda por visitar un centro de Lyon.

“No podré partir de esta ciudad, añade el Superior, hasta el lunes [6 de agosto] por Rive-de-Gier, Saint-Chamond, Saint-Étienne, Clermont, Moulins, Nevers... Ése será mi itinerario: pero cuando llegará al final, no lo sé...”

“... Estoy contento de mis visitas, y pasablemente de mi salud. Deseo a todos la paz, satisfacción, valor... No digo fervor, que es entre ustedes donde se encuentra como en su fuente. Les saludo a todos muy tiernamente”.

Parece pues bastante bien portante; conserva su estilo jovial, su mansedumbre afable; abre sus ojos al espectáculo de la naturaleza: “De Grenoble a Chambéry, observa en un post-scriptum, no he cesado de ver la nieve en las montañas: ¡qué hermosura!” [529] Pero más aún disfruta entre sus religiosos, de las alegrías paternas.

Últimas satisfacciones de aquí abajo. El organismo frágil está consumido, al final de su carrera. Vuelto a la Casa Madre el 29 de agosto, al día siguiente el Hermano Anaclet se siente con fiebre y se acuesta, para no volver a levantarse. El médico diagnostica una inflamación del hígado. Reina la inquietud entre los cuatrocientos Hermanos reunidos en el arrabal Saint-Martin para el retiro anual. La enfermedad parece ser muy grave, rápida, con desenlace fatal. Y la muerte llega, el 6 de septiembre, a las 11, en la tranquilidad de la noche, en la calma de un alma que, después de una existencia completamente auténtica, muy piadosa, muy inocente, regresa a su Dios [530].

En la cámara mortuoria, entorno al rostro demacrado, al cuerpo con las manos juntas sobre el rosario y el crucifijo, los Asistentes se arrodillan. El Instituto continúa; el muerto cede su puesto al vivo: sobre el Hermano Philippe se cierne el Espíritu, reposa ya el poder sobrenatural de san Juan Bautista de La Salle.

SEGUNDA PARTE

EL INSTITUTO EN FRANCIA BAJO EL GENERALATO DEL HERMANO PHILIPPE

CAPÍTULO PRIMERO

EL HERMANO PHILIPPE Y LA MONARQUÍA DE JULIO

La era del Hermano Philippe. Carácter del hombre; su retrato físico; sus orígenes. — El Capítulo General de 1838: el Superior y sus Asistentes; el Secretariado de la Casa Madre. Directivas políticas y sociales. — La opinión católica en Francia; campañas en pro de la libertad de enseñanza, de 1839 a 1848: Montalembert, Mons. Parisis; el proyecto Vellemain; entrada en escena del Padre Dupanloup; el proyecto Salvandy. — Posición de los Hermanos en medio de esas luchas; homenaje realizado por Lacordaire. El Instituto ante la Universidad y el gobierno: papel de Ambroise Rendu en el Consejo real de la Instrucción Pública. Los elogios y las subvenciones oficiales. — Multiplicación de los establecimientos lasalianos: escuelas primarias en diversas regiones, principalmente en el Macizo Central y en los departamentos del Sur de Francia. Los Hermanos en Normandía, en Lorena; tentativa de penetración en Alsacia. — Las escuelas normales; la acción del Instituto entre los obreros; el ensayo agrícola de la Saulsaie. — Los pensionados: Béziers, Toulouse, Lyon, Thonon, La Motte-Servolex, Nantes; le “Likès” de Quimper: sus comienzos, su originalidad; la cátedra de agricultura; los Hermanos al frente de esa casa. Semipensionados de Reims y, en París, de los “Francs-Bourgeois”. La gran obra de Passy. — Misión de los Lasalianos en las prisiones: su enseñanza a los jóvenes detenidos de la Petite-Roquette; su tarea en las “casas centrales”: en Nîmes, en Fontevault, en Melun, en Aniane; el Hermano Facile, Visitador de los centros penitenciarios. — El Instituto al final del reino de Louis-Philippe; cifras de 1845. Expropiación de la Casa Madre del arrabal Saint-Martin; el traslado de 1847: la “Casa San José” de la calle Plumet.

De ahora en adelante nos encontramos en el tiempo de las grandes realizaciones. ¿“Edad de oro” para el Instituto? Pretenderlo equivaldría a falsear la historia. La humanidad no conoce felicidad sin sombras; los cristianos saben que atraviesan un “valle de lágrimas”; que las mismas “bienaventuranzas” pasan por el sufrimiento, la renuncia a los tesoros materiales, el perdón de las ofensas, el hambre y la sed de justicia. Cuando las persecuciones externas se detienen o no aparecen más que ocasionalmente, es necesario que la carne y el espíritu conserven dentro de sí, para tender hacia la perfección que no se alcanza, el aguijón de los deberes austeros, de las miserias secretas. Una familia religiosa puede evitar la relajación: no obstante, será al precio de un control incesante. La aportación de cada generación exige un trabajo de puesta a punto, por consiguiente, de reforma. El medio natural, el clima terrestre influyen sobre toda conciencia: algunos santos superan las tentaciones de la facilidad; algunos presuntuosos, algunos perezosos sucumben en ellas; la mayoría debe estar siempre en guardia. Y a veces se encuentran algunos indignos que una sociedad vigilante se apresura a excluir. El crecimiento rápido no sucede sin un amplio reclutamiento: se corre el riesgo de comprometer la prudente lentitud de las preparaciones. Si a la conquista no sucede la organización del terreno conquistado, si la alegría de la acción no va acompañada de la bienhechora austeridad de los exámenes personales y colectivos, los resultados decepcionan.

La tarea más delicada del Hermano Philippe, Superior General, consistió en el mantenimiento del equilibrio entre la expansión y la cohesión del Instituto lasaliano, entre la llamada a las iniciativas y la respuesta a las obediencias, entre el apostolado y la vocación a la santidad. En líneas generales, lo logró porque nutrió a sus hijos con la doctrina muy sustanciosa, muy ortodoxa, y siempre viva, del Fundador; porque él mismo era un ejemplo de fe, de modestia, de regularidad, de ponderación. Sus sucesores no dejarán de acentuar sus directivas religiosas, de profundizar el surco en el que debería crecer no sólo el trigo de la educación cristiana, sino una

cosecha de almas de elección. El hombre que gobernó, durante treinta y cinco años, la Congregación, no incumplió ninguno de los mandamientos: el templo que amplió reposaba sobre cimientos robustos; y columnas de heroísmo lo sostuvieron.

A lo largo de nuestra ruta, hemos caminado ya con tanta frecuencia en compañía del Hermano Philippe que sus pensamientos, sus trabajos, su rostro se nos han hecho familiares. Antes de la edad madura se presentaba, a todas las miradas, como un animador, un jefe. Más que por talentos extraordinarios, por deslumbramientos centelleantes, su personalidad se afirma por cualidades sólidas, por virtudes inquebrantables. Responde exactamente al modelo de religioso tal como lo concibió san Juan Bautista de La Salle. ¿Qué esperaba el canónigo de Reims de los jóvenes destinados a la educación del pueblo, bajo la salvaguardia de los votos monásticos? ¿Un espíritu osado, original, una imaginación viva, intuiciones excepcionales, un gusto selecto y muy seguro, elocuencia, metafísica? No necesariamente. Semejantes dones se encuentran, en las diversas épocas, en el alma de varios Hermanos; pero no son inherentes a la vocación. El Fundador reclama en primer lugar energía física y moral, voluntad perseverante en los planes y en los actos, la intención de colaborar generosamente, humildemente, anónimamente, en una obra de conjunto. Mejor el granito y el basalto, que sirven de cimientos y de pilares a las Iglesias de Auvergne, que la piedra tierna donde se cincelan los ventanales y los gabletes del arte flamígero, incluso que el mármol con el que se tallan las efigies de los hombres ilustres. La bondad, la prudencia, la convicción y la paz de una elevada conciencia, transfiguran una fisonomía cuyos rasgos materiales aparecen sin belleza. El ser del Hermano Philippe se revela en su grandeza menos por el genio natural que por una serie continua de decisiones sensatas, adecuadas a las circunstancias, por una pureza, una sencillez, que lo elevarán a lo alto del cielo, y todas ellas transparentes, dejarán pasar el rayo de Lo Alto.

Erat vir simplex et rectus: esta definición que un obispo, Mons. David, dará del Superior General, conviene perfectamente a su persona. Es un temperamento sin capricho, un carácter sin doblez, una potencia sosegada, una santidad que progresa por un camino percibido desde la infancia y perfilado día tras día. En el punto de partida, y hasta el final, sentido común casi infalible y piedad grave, ardiente, equilibrada. Novicio, profesor, director, autor de obras clásicas y de meditaciones místicas, jefe de Congregación, fundador de centros escolares a millares, relacionándose con la gente sencilla, como ellos hijo del pueblo, y con relaciones con los príncipes de la Iglesia y los gobernantes de los Estados, Matthieu Bransiet no se desconcierta en absoluto. No se considera ni por encima ni por debajo de su obra. No la coloca en relación con su valor individual; no hace entrar en juego su “yo”. Nos atreveríamos a decir que ese “yo” él lo difumina, lo anula. Quiere únicamente lo que Dios quiere, lo que tiende al mayor bien del Instituto. Comprende porque ama. Una vez comprendido, juzga, decide, y su juicio es seguro, su actuación eficaz. Sin equívocos, sin escapatoria, sin medias medidas. Prudente, sin embargo, muy a menudo; heroico cuando es necesario, con entero abandono a la Providencia que el Maestro de los Lasalianos prescribe a sus discípulos.

La paz... Aguacero refrescante que se fluye en torno al Hermano Philippe. Primer beneficio de sus palabras, de su presencia. Por eso dicen de él, con toda razón, que es bueno, aunque le agraden poco las manifestaciones sensibles. Encubre los brotes de ternura humana: se las puede adivinar; se siente su influjo. A veces, un brusco rebrote —un suspiro, una lágrima— los pone en evidencia. Pero, según las

expresiones de uno de los capellanes de la Casa Madre, Mons. Roche, esa “varonil virtud” encubre “austeros exteriores”. Los rasgos más sobresalientes del personaje, en las horas de plena madurez, los descubrimos en la firmeza de sus labios, en la autoridad de la mirada, en la amplitud majestuosa y luminosa de la frente. Horace Vernet las descubrió bien, las puso de relieve en su célebre obra de 1845 [531]: imagen de la que habla Taine en su “Régimen moderno” [532] y que se puede admirar en una de las salas de la Casa Generalicio, en Roma; visión de un guía de hombres y de un asceta: ajeno a las vanidades de aquí abajo, “llevando en su celda la misma existencia que la del último de los Hermanos”; vestido con el mismo hábito de corchetes metálicos, calzado con los gruesos zapatos descritos por la Regla; la pared ocre y agrietada, la mesa, sobre la que reposan sus anteojos, y que se ve coronada por una Virgen de yeso, un Crucifijo, se conjugan con el hábito. Sobre ese fondo de pobreza mística, aparece en relieve, destacada por el cuello blanco, una cabeza de rasgos definidos, severos, de ojos francos, que nada distrae, que ven el objetivo sin vacilación, sin turbación, y que penetran el alma del interlocutor sin ofenderlo; mientras del manto surgen las manos de dedos largos y flexibles, una extendida sobre las páginas de un libro, la otra semiabierta en un gesto como de enseñar.

La osamenta campesina subsiste bajo la envoltura religiosa. De sus ancestros, de su región, el Hermano Philippe conservó la huella; y le manifestó siempre una viva adhesión. No podía olvidar Apinac, de aromas rudos y saludables de rebaños y de resina; muros de lava, techos de tejas reunidos alrededor de una iglesia y de un castillo, patriarcal ciudadela encaramado entre el Loira y el Doré, sobre la llanura del Forez; y Gachat, la aldea satélite; y el arroyo Andrable deslizándose al fondo de los bosques y de las rocas, en una sombra fresca, en un laberinto donde los ruidos se esfuman...

Había nacido en Gachat el 1º de noviembre de 1792, de Pierre Bransiet y de Marie-Anne Varagnat. Familia cristiana, hasta mostrarse dispuesto a todos los riesgos por su fe. En los tiempos del Terror, acogía a los sacerdotes no juramentados: en su establo se celebraba la misa, detrás del heno y la paja, mientras que en las cercanías de la propiedad, un pastor vigilaba la cercanía de los delatores. Y, si se trataba de llevar el santo Viático a los enfermos, el dueño de casa iba él mismo, con un garrote a mano, en las tinieblas cómplices, junto “al buen cura”, su huésped.

Así los primeros recuerdos gravados en el alma del niño pudieron determinar la orientación y la forma de su vida. Una hermana mayor, que más tarde será religiosa de San José, en el Puy, le enseñó la señal de la cruz. Al llevar a pastar a las cabras y los corderos, guiando la yunta de vacas a través del pinar y por las sendas bordeadas de retamas, Mattie desgranaba su rosario. La enseñanza de André Galet —el Hermano Laure— acabó por desarrollar plenamente esa fe germinada en tan buena tierra. Ya sabemos como el alumno se unió a su maestro entre los Lasalianos, en el Petit-Collège de Lyon [533]. Estaba acostumbrado a los rigores de las estaciones, a la pobreza de una casa de labrador y de tejedor, a la frugalidad de los alimentos, a los prolongados y penosos trabajos. El nuevo ambiente no lo desubicó; su antiguo maestro de Chaturange le facilitó la transición entre el pueblo natal y la gran ciudad, entre la familia y la comunidad. Y a partir de ahí, totalmente consagrado al Instituto, modelo de joven religioso, amado por su entorno, por el Hermano Gerbaud, que lo llama “un ángel”, el “Hermano Boniface” —futuro Hermano Philippe— comenzó su carrera en constante ascenso.

* * *

El 21 de noviembre de 1838, dos meses y medio después de la muerte del Hermano Anaclet, el Capítulo reunido en la Casa del Santísimo Niño Jesús procede a la elección del nuevo General. Desde 1822, se ha establecido la costumbre de tomar el Jefe del Instituto entre los miembros del Régimen. Éstos conocen todos los engranajes de la administración; han dado pruebas de sus competencias, dirigido personalmente a un gran número de Hermanos, negociado con el gobierno civil y el episcopado. Los seis en funciones son todos hombres sobresalientes: el Hermano Éloi y el Hermano Jean-Chrysotome se acercan a la vejez; pero sus cuatro colegas siguen en la plenitud de la edad. Los Hermanos Abdon y Nicolas, distinguidos por el Hermano Gerbaud, gozaron de la total confianza de ese gran religioso y de sus sucesores. El Hermano Calixte, en su papel de organizador de la escuela normal de Ruán, ha establecido sólidamente su fama de pedagogo y obtenido la muy elevada estima, la simpatía más viva de los universitarios y de los magistrados. Ciertamente acaba de entrar a formar parte del Consejo supremo de la Congregación; nacido en 1797, es el más joven de los Asistentes. Su íntimo amigo, el Hermano Philippe, no le va a la zaga en renombre en los medios oficiales; y el Instituto lo considera, con toda razón, como quien ha ocupado junto al difunto Superior el principal lugar de auxiliar, incluso a menudo de inspirador y de iniciador. La elección no puede presentar dudas: Matthieu Bransiet es el digno heredero del Sr. de La Salle. El Capítulo no considera oportuno promulgar ningún texto legislativo: se “confía” en la “prudencia” y el “celo” del Reverendísimo Hermano, “para mantener a los Hermanos en el fervor” y velar sobre la ejecución de las decisiones tomadas por la Asamblea del año precedente.

En consecuencia, ninguna ruptura en la continuidad de los dos “reinados”. En la sala común donde deliberan y trabajan el Superior y sus ministros, el futuro de la Sociedad lasaliana y de la educación cristiana se prepara según las disposiciones decididas bajo el generalato del Hermano Anaclet: creación de escuelas, reclutamiento de maestros, formación de los novicios menores, de los novicios, de los jóvenes profesores, desarrollo de los programas de estudio, acuerdos con las diócesis y las ciudades, relaciones filiales con la Santa Sede, expansión del Instituto más allá del territorio francés. El ritmo se va a acelerar; las plantaciones se van a extender y los arbustos serán frondosos y los frutos espléndidos. Se nombrará al Hermano Philippe “segundo fundador” de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Alabanza quizás excesiva: la Congregación ya no está, después de 1838, en la etapa de los nuevos comienzos o de las renovaciones; el genial Fundador del siglo XVII no se encuentra superado, ni siquiera igualado, en su dominio intelectual y espiritual. Sus principios subsisten y se aplican, con todas sus consecuencias; la trama de su obra no sufre cambio; y su santidad rige e impulsa siempre la marcha de sus hijos.

Al igual que el Hermano Thimotheé y el Hermano Agathon cumplían su tarea antes de la Revolución de 1789, el décimo Superior General irá hasta el final de la suya, guiado por la Providencia, ayudado por las circunstancias, favorecido por una prolongada existencia, animado por su posición en un país que conserva aún su prestigio intacto, y en un mundo donde tantos caminos se abren a las relaciones internacionales, a la pagoda católica.

Sobre la modesta mesa del despacho de la Casa Madre, los proyectos se elaboran con paciencia. Ese trabajo exige ser repartido. El Hermano Philippe no multiplica sus cartas autógrafas; las que se descubren en los depósitos de los archivos, llevando la firma de largos flecos en la F y en la P, con al rúbrica muy sencilla enrollada bajo los trazos menudos, son de ordinario bastante breves. No tienen el acento personal, el entusiasmo de la correspondencia de sus predecesores. Se contentan con frases esenciales que dan respuesta a las cuestiones planteadas. Corresponde al Secretario General la tarea de redactar el conjunto del correo administrativo. El Hermano León (Joseph Vernhes), convocado para ese puesto en 1839, lo desempeña de maravilla. Contemporáneo de su Superior (nació en 1792, en la región de Burdeos), no entró en el Instituto hasta la edad de veinticuatro años, después de haber ejercido empleos de dependiente de escribano. Su sordera, su nerviosismo, su constitución enfermiza no le impiden el trabajo duro. Expía sus brotes de malhumor mediante numerosos actos de humildad, con severas mortificaciones, mediante todos los actos de servicio que le dictan su viva inteligencia y su excelente corazón. El Hermano Philippe aprecia mucho a ese precioso colaborador, apto para captar el pensamiento, expresarlo con precisión y prontitud. Amplia memoria, buen juicio, costumbre de clasificación metódica, conocimiento profundo de todos los asuntos de la Congregación, son otras tantas cualidades que facilitan la organización definitiva del Secretariado como una máquina bien regulada, de funcionamiento flexible, de rendimiento inagotable.

Por encima del Hermano León, en torno al Hermano Philippe, actúan los Asistentes. Seis en 1838, serán ocho en 1843, diez en 1858, estado mayor acrecentado, con el consentimiento de Roma, conforme a los progresos de la Sociedad lasaliana. Poujoulat describirá más adelante a esos jefes reunidos en el centro de la Casa Madre, “como sobre el puente de un navío; siempre listos para la maniobra”. “Cada uno tiene su lugar específico, un pequeño puesto y con la misma orientación; cada uno con su silla de paja, su escritorio y sus carpetas...; etiquetas sobre los casilleros indicando las regiones colocadas bajo la dirección de tal o cual... Pequeños mapas en sencillas correderas representan la inmensidad de la obra” [534].

El Hermano Calixte, sigue siendo el gran confidente, el consejero de gran audiencia, el coadjutor. Cubre su autoridad, su influencia con sonriente modestia, del mismo modo que su delicadeza se disimula bajo los fuertes rasgos del rostro de un nativo de la Beauce. El público atribuye al Hermano Philippe todas las iniciativas, todos los éxitos: muchos son debidos al antiguo director de Ruán, que sabe manejar la pluma, que sabe tratar a los hombres.

El Superior, no obstante, se reserva las decisiones últimas y no deja nada fuera de su control, fuera de su aprobación. De él se ha dicho que tenía “madera de ministro del Interior”, o bien de un dirigente de industria. Utiliza, según su categoría, a los hombres de cinco talentos o de dos talentos. “Hubiera ganado millones, si hubiese permanecido en el mundo”, asegura un hombre de negocios en ese tiempo en el que se extiende la consigna: “¡Háganse ricos!”. Cuando se atreven a comparar la Casa Madre con un ministerio o una empresa comercial, el Hermano Philippe no juzga necesario protestar con vehemencia. Replica, con garbo: “Sí, pero los jefes de despacho aquí no tienen más paga que el reconocimiento de sus administrados, y la recompensa que esperan de Dios”.

Es considerado como el primer servidor de su Instituto, el más puntual, el menos libre. No abandona su “claustro” a no ser para visitar las comunidades de Francia: con prontitud, con el bagaje más sencillo —en coche público, una carroza, o el compartimiento de tercera clase cuando funciona el ferrocarril—, en horas muy tempranas, con la más frugal de las comidas, y acomodándose a los alojamientos improvisados.

Sin embargo, pronto lo rodearán los rumores de la popularidad. Su nombre —orgullo de los Hermanos— resonará por todo el mundo. Los hijos del siglo reconocerán en ese hijo de la luz a una persona leal y hábil. Aceptarán, buscarán su colaboración.

En el terreno político y social, el Hermano Philippe no se desvía de la línea que se trazó en 1830. Servir a la nación, servir al Estado, sin ser jamás avasallado, tal es su inmutable voluntad. En ninguna época, su actitud mostrará ser de oposición, de protesta, de recriminación. Tampoco será de genuflexión, ni de fumatas de incensario ante las potencias humanas. Con respecto a las autoridades, actuación en el marco de las leyes, deseo de perfecto entendimiento, desprendimiento y abnegación, quedando siempre a salvo la dignidad. Según la constante tradición del Instituto, un amor muy vivo, muy puro, muy natural hacia la patria. Y hacia los compatriotas, como hacia los extranjeros, sean cuales sean la raza, el color, la lengua, una afectuosa solicitud. Si existe una preferencia, la misma se manifiesta hacia los más desheredados. En cualquier región donde se establecen los Hermanos, su atención se dirige primeramente hacia las escuelas elementales abiertas para los hijos del pueblo. De éstos, el Superior General y sus religiosos no se ven separados por ningún prejuicio, por ninguna barrera de nacimiento y de educación. El orgullo y la envidia que contribuyen a recluir a los hombres en partidos adversos no tienen cabida entre los discípulos de un Santo. “Somos —podrían afirmar—, nos volvemos semejantes a los niños que instruimos. Ellos no intervienen en las querellas de sus padres; contemplan y aman, como nosotros, el hermoso rostro de su familia, de su ciudad”.

En su circular del 27 de mayo de 1844, el Hermano Philippe recomendará a los Lasalianos, “no dejarse mezclar, en modo alguno”, en los asuntos políticos, “no escribir nada, no firmar nada, no decir nada, no comunicar nada, ni siquiera a los amigos, sobre ese tema”. Sencillez de “paloma, prudencia de “serpiente”, de acuerdo con el precepto del Evangelio. Dejando de lado “todo aquello que no se relaciona con nuestra vocación, dejemos a la Providencia el cuidado de regir lo que no depende ni de nuestras palabras, ni de nuestras obras. Comprendamos bien nuestra posición y no olvidemos jamás que la imprudencia de una persona puede recaer sobre el cuerpo entero y convertirse en el principio de su ruina”.

En consecuencia, los educadores religiosos se abstendrán de entrar en liza. La función de militantes no les corresponde más que cuando se trata de combatir la ignorancia o el pecado. No han sido nunca sorprendidos al lado de Lamennais, con ocasión de las polémicas del periódico *L’Avenir*; no se los verá mezclarse, durante los años siguientes, en las grandes luchas que se libran en favor de la libertad de enseñanza. Sin duda, sus esperanzas, sus oraciones son favorables hacia esa causa; ¿lo les atañe de cerca? Y sus sentimientos, ¿podrían discrepar, en los momentos cruciales, de la opinión católica, de las declaraciones del episcopado francés? Pero en público, callan. La cátedra docente no se convierte en tribuna para las controversias. El maestro, plenamente consciente de su deber de estado,

totalmente pendiente del alma y de la inteligencia de sus alumnos, no se impacienta por los retrasos y desengaños que entran en conflicto con sus aspiraciones de ciudadano. Trabaja, esperando la aurora de un nuevo día.

Desde 1830 a 1848, las preocupaciones sociales pasan poco a poco al primer plano. Propaganda saint-simoniana, utopías de Cabet, de Fourier, de Victor Considérant, audacias subversivas de Louis Blanc, de Prudhon; y, frente a los soñadores, los negadores y los destructores, esfuerzos de los grandes cristianos —de un Ozanam, un Armand de Melun— por demostrar, mediante el razonamiento y el ejemplo, la beneficencia, la decisiva influencia del Evangelio sobre la condición humana. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas no se sitúan como teóricos: pero no menos eficazmente que las Fijas de san Vicente de Paúl, que las fundadoras de las Hermanitas de los Pobres, colaboran en la urgente tarea; mediante los servicios prestados a la clase obrera, en la medida de sus posibilidades, actúan de contrapeso a las injusticias y a los rigores del régimen capitalista. No son mediocres realizaciones, vanos paliativos, los servicios prestados a miles de niños, —la instrucción elemental o técnica impartida en los cursos nocturnos— la acogida proporcionada a toda la juventud en los centros educativos lasalianos para ocupar útilmente sus tiempos de ocio, ofrecerles una dirección moral, medios de trabajo, posibilidades de empleos, un objetivo para su existencia, ideas de ayuda mutua y de caridad fraterna. El Hermano Philippe, después del Hermano Anacleto, da pruebas, al respecto, de una generosa osadía, de una inteligencia con amplitud de miras; permaneciendo fiel a las enseñanzas y a las prácticas del Sr. de La Salle, entregándose a las masas populares, cuyo corazón siente latir, sabrá portarse como hombre de su época y gran benefactor de la civilización.

* * *

Como observador atento, se interesa por la corriente de opinión que señala el despertar de los católicos. A partir de 1839, éstos comienzan a comprender que la libertad de enseñanza es, para su fe, para su influencia en el país, un problema esencial [535]. A los Mennaisianos que siguieron en la ortodoxia, intrépida vanguardia, van a añadirse el día de mañana el gran número de los creyentes y la mayoría de los obispos.

En sus inicios, no se trata de una campaña de oposición política. Se desea una negociación entre la Iglesia y la Universidad. Con Villemain, con Cousin, se inician las conversaciones, en 1839 y en 1840: Montalembert se encuentra bastante activamente mezclado en ellas. Las caídas sucesivas de ministerios interrumpen las primeras tratativas [536]. Finalmente, el año siguiente, se presenta un proyecto de ley: lastimosamente decepciona especialmente las expectativas de los negociadores. Para abrir un centro de enseñanza, el ciudadano francés debería disponer de nivel universitario, difíciles de lograr, y de un “diploma” especial, distinto de ese nivel; cada uno de los profesores que quisiera asociar, no obtendría el derecho de enseñar más que disponiendo de títulos semejantes.

Esas exigencias no perdonaban ni siquiera a los seminarios menores. De ahí, las protestas episcopales; y, en definitiva, retirada del proyecto, que las Cámaras no tuvieron ocasión de discutir [537].

La cuestión de los seminarios menores, a ojos de la jerarquía eclesiástica, había primado sobre todas las demás. Era un punto de vista excesivamente exclusivo; presentando las reivindicaciones bajo ese ángulo, se arriesgaban a encontrarse ante la indiferencia o con la hostilidad públicas: no se debía reclamar la libertad como un privilegio clerical. Tampoco era conveniente declarar la guerra a la Universidad: la ruidosa campaña que suscitaron, en 1842 y 1843, algunos prelados —por lo demás legítimamente preocupados por el “eclecticismo” de Victor Cousin— y de sacerdotes como el Padre Combalot, el Padre Védrine, el Padre des Garets, el Padre jesuita Deschamps —renovando las ofensivas de Lamennais y del Padre Dubois en los tiempos de la Restauración [538]— no conducía más que a poner en guardia a los partidarios del monopolio [539]. Semejante asalto no derrumbaría las murallas de la plaza fuerte: la victoria no se decidiría más que a campo abierto, sobre un terreno bien elegido, donde se pudiese luchar al descubierto, con armas iguales, según un plan de acción pacientemente madurado y con la convergencia de todos los esfuerzos.

Organización de las tropas; unidad en el comando, o al menos la necesaria cohesión entre los jefes, tales son los principios que Montalembert hace prevalecer. Al inicio de la empresa, carece del vigoroso apoyo del episcopado: encuentra —como dirá su amigo Foisset— a los obispos de Francia “aislados, intimidados, desbordados, a los que el poder civil toma de uno en uno, los engatusa, asusta, anula”. Dirigen al rey peticiones individuales que, la mayor parte de las veces, se quedan sin respuesta. Siguen pensando en sus seminaristas menores, en sus sacerdotes profesores, en el reclutamiento del clero: justas preocupaciones; pero mientras no vayan más allá, mientras se contenten con lamentaciones discretas, confidencias recíprocas, incluso palabras más vivas y más categóricas, pero sin un gesto de convocatoria que pueda arrastras a la opinión pública, el futuro permanecerá cerrado [540].

Entonces es cuando, con voz sonora, el caballero de la Iglesia indica a los católicos su “deber en el tema de la libertad de enseñanza” [541]: “En ninguna parte se ha visto —afirma— una nación tan oficialmente irreligiosa” como el reino de Louis-Philippe: ¿Por qué, sino porque la juventud, cuya educación sigue entregada al monopolio del Estado, escapa al cristianismo? El remedio no consiste en destruir a la Universidad o en pretender —como lo quiso en vano Mons. Frayssinous— en cambiar su espíritu. La supresión del monopolio, ese es el objetivo a conseguir, el único que puede ofrecer posibilidades de éxito. El gobierno conservará sus colegios y sus maestros: los padres de familia no volverán a verse obligados a confiarle la dirección intelectual y moral de sus hijos.

¡Qué utilicen las instituciones políticas para llegar a ser libres! ¡Qué actúen por medio de la prensa, y en los momentos en los que los diputados soliciten la renovación de sus mandatos! ¡Qué en lugar de lamentarse y de “poner mala cara” a su siglo, se mezclen en la vida de la ciudad terrestre, para “representar” y defender en ella, “los intereses religiosos”! [542]

El lenguaje valiente de este laico ¿basta para convencer a los pastores? Entre estos, felizmente, Montalembert descubre un precioso aliado: el obispo de Langres, Mons. Parisis, buen teólogo, libre de prejuicios galicanos, relacionado con la monarquía de Julio; aún joven, y con la mirada abierta al mundo. Acaba de viajar por Bélgica; en Lieja ha charlado con Mons. Van Bommel, del cual conocemos el celo apostólico, las iniciativas, la clarividencia y la gran sinceridad: el prelado,

organizador de escuelas, protector de los Hermanos, consiguió que su huésped se decidiera a seguir la táctica aconsejada por el publicista; le mostró el uso que los belgas sabían hacer de la libertad [543]. No buscar privilegios; no soportar la opresión; huir de las querellas inútiles; romper los silencios temerosos: así se formula el programa. Mons. Parisis lo concretara, en una serie de comunicados pastorales, de cartas, de folletos.

Según palabras del nuncio, Mons. Fornari, se convierte de pronto, en el “primer obispo de Francia” [544]. Con él, la modesta diócesis de Langres, el antiguo ducado de nobles pares, reconquista —durante varios años— su prestigio de antaño. Se esperan, se escuchan las consignas lanzadas desde la colina altiva y que soporta, sin temor, el asalto de los vientos.

En el ministerio de Instrucción Pública, Villemain elabora un nuevo proyecto, más retrógrado, más sectario, que el precedente. En vez de atenuar las exigencias de titulación, la ley en preparación imagina un diploma de capacidad muy complicado; un jurado especial, verdadero tribunal de excepción, interrogará a los candidatos. Además, imposible para un educador no oficial llevar a sus alumnos hasta el final de sus clases: nadie es admitido a pasar el examen de bachillerato, si no ha seguido los cursos de retórica y de filosofía en un colegio del Estado o en una institución relacionada con los establecimientos universitarios [545]. Finalmente, una cláusula de la redacción ministerial descubre bien claramente el fondo de los pensamientos de Villemain, adversario ofuscado, hasta la obsesión, por el temor de los Jesuitas: todo profesor deberá declarar, por escrito, que no pertenece a una Congregación no autorizada.

Amarga burla, verdaderamente, el incluir en semejante texto la palabra libertad. Los funcionarios y los pedagogos del régimen —como los emigrados al regreso de 1814— no han “olvidado nada, no han aprendido nada”. Es 1844 queda aún un largo camino por recorrer para que los franceses se liberen del despotismo revolucionario y napoleónico. Pero, esta vez, los católicos y sus jefes no chocan, desanimados, contra el obstáculo.

El proyecto Villemain tiene la feliz consecuencia de poner en evidencia la unión y los recursos de energía del episcopado. La cámara de los pares y el ministro de Cultos se ven asaltados por reclamaciones colectivas, provenientes de casi todas las provincias eclesiásticas.

¡Qué sorpresa, qué furor en el campo de los juristas, imbuidos de máximas galicanas e intérpretes de los “artículos orgánicos” del año X! Sus sentimientos se expresan, en su diapason más agudo, en la diatriba de Dupin, aplaudida, el 19 de marzo, en la Cámara de los diputados. Montalembert responde, el 16 de abril, ante los pares, al brutal ataque. Su discurso, sobre la “libertad de la Iglesia”, es una obra maestra de lógica, de inspiración, de ironía, de conmovedora elocuencia: termina con la célebre frase: “Somos los hijos de las Cruzadas; no retrocederemos ante los hijos de Voltaire”.

Con una tirada de 45.000 ejemplares, se extiende por todas partes, provoca el entusiasmo de la juventud, el agradecimiento y las felicitaciones de los obispos. Del otro lado de la frontera llega el elogio de Mons. Van Bommel, que compara al “joven atleta” a David derribando a Goliath [546].

En los medios parlamentarios, los debates se prolongan hasta julio. La Cámara alta escucha el informe del duque de Broglie: en el terreno de los principios, la causa parece ganada; el relator declara que la libertad de enseñanza es el ineluctable corolario de la libertad de conciencia. Admite que agrupaciones particulares susciten una competencia al cuerpo universitario. Y obedece a sus propias convicciones proclamando la necesidad de la enseñanza religiosa.

Pero, de hecho, no retoca el proyecto de ley más que para sugerir —idea interesante y que no se perderá por completo— la intervención de las autoridades sociales, clero, magistratura, delegados de las administraciones y de las asambleas elegidas, en la supervisión de los centros educativos libres [547].

En la Cámara de diputados, no se encuentra ni la filosofía serena, no el primer diseño de un liberalismo aún vacilante. Adolphe Thiers, en sus razonamientos y en sus conclusiones, conserva el lenguaje de un jacobino: sería comprometer, según él, “la unidad” del país el quitarle al poder público el monopolio de la educación. Confía en la Universidad para mantener el “espíritu nacional”, “el espíritu de la Revolución”. Pide al estado forjar la almas, acuñar a su imagen las nuevas generaciones, salidas del mismo molde” [548]. Por eso, el proyecto Villemain no es a sus ojos más que una concesión lamentable, cuyos términos hay que medir cuidadosamente, prever los efectos. El trabajo de Thiers acentúa, en el peor de los sentidos, la obra del ministro.

Un brusco desenlace iba a clausurar ese torneo dialéctico. En diciembre, Villemain manifiesta, mediante palabras extrañas, incoherentes, algunos disturbios mentales. Debe dimitir. Mientras restablece, en un sanatorio, el equilibrio de su mente y de sus nervios, Salvandy, su sucesor, de acuerdo con Guizot, jefe del gobierno, relega el polémico texto de 1844 en el *in-pace* de las carpetas administrativas [549].

En definitiva, cada uno permanecía en sus posiciones. Montalembert se esforzó por consolidar la de los católicos, organizando un “comité para la defensa de la libertad religiosa”. Asumió su dirección, y eligió como vicepresidente a un antiguo miembro del ministerio de Martignac, el Sr. de Vatimesnil, el mismo que, en 1828, parecía contarse entre los más firmes defensores del monopolio y de los más firmes adversarios de los Jesuitas. Ese personaje, en ese puesto se convertía en todo un símbolo, en una prueba viviente de la evolución que se había producido en las conciencias rectas. Era preciso encaminar a la misma situación a un buen número de padres de familia, aún mal informados y llenos de displicencia; había que vencer la permanente hostilidad de esa burguesía escéptica, de tendencias materialistas, que nombraba a los diputados, formaba el “país legal”. El comité creó, por toda Francia, agrupamientos locales, pequeñas “guarniciones” que enarbolan la bandera cristiana, élites que actúen sobre las masas [550].

Para apoyar esa actuación de los laicos, el episcopado se mostró menos decidido que en su ofensiva contra Villemain. El arzobispo de París, Mons. Affre, se había hecho notar, algunos meses antes, por un “informe al rey”, reclamando “la libre competencia” en materia de enseñanza. A decir verdad, le hubiera gustado mantenerlo en secreto; y fue a pesar suyo que el periódico *L'Univers* publicó la respetuosa y juiciosa súplica. Alabado, aprobado, por cincuenta y seis de sus colegas, Mons. Affre no negó su obra, confirmaba ampliamente la solidaridad de los pastores de la Iglesia. ¿No se pondría al frente del movimiento? “Temporizador pesado y lento” —como lo llama un historiador eclesiástico, Mons.

Baunard [551]— se echó para atrás por temor a la agitación. “Ponía su empeño en la paciencia”: la hora no había llegado, o hubiese sacrificado su vida en el fuego del combate.

Montalembert no puede obtener el apoyo ni del arzobispo de Ruán, Mon. Blancart de Bailleul, “para quien el laicismo”, incluso al servicio de la fe, “es el azote de Dios”, ni del arzobispo de Besançon, Mons. Matthieu, “refractario” a todo aquello que “no entre en las senda galicanas”. En Lyon, el cardenal de Bonald “tiene buenos impulsos y grandes momentos, pero no son más que intervalos”. En Reims, Mons. Gousset “no compensa suficientemente, con la solidez de su ciencia teológica”, una aspereza de formas que perjudica a su apostolado [552].

“Cinco o seis obispos” están “listos para la batalla” [553]. El de Chartres, Mons. Clausels de Montals se inscribe en esa corta lista. Pero el “impetuoso” anciano, legitimista que conserva sus antipatías políticas, lucha “como soldado más que como general”, y, de ordinario, “golpea más fuerte que certeramente” [554].

Queda Mons. Parisis. Él, se expresa y se comporta como jefe. Su carta a Montalembert sobre la “misión de los laicos”, y todos sus otros escritos de los años 1844, 1845, 1846, “el diputado padre de familia”, “la libertad de enseñanza”, “la libertad de la Iglesia”, el “caso de conciencia”, suministran los argumentos más definitivos, las directivas más claras y las más sensatas.

No obstante, aconseja, más que ordena; propone mucho más que impone. “Jefe al estilo Turenne, discreto y modesto”. “Se contenta con tener razón” [555]. Poco a poco, va a ser sustituido por otro: un simple sacerdote, pero que se encuentra en el centro de las operaciones; un prodigio de actividad, de lucidez, de habilidad; poderoso luchador y sutil diplomático; conductor de almas, a las que seduce con su inteligencia, con su viva piedad, por afabilidad natural; que sabe también “conquistar al asalto”, “atrapar”, según la expresión de su biógrafo [556], “tiranizar”, escribirá el P. de Ravignan; pero como tirano a quien no se cesa de amar [557]; ya célebre por los “magníficos dones de catequista y de educador”, desplegados en la capilla de Saint-Hyacinthe, luego en el seminario menor de Saint-Nicolas: el Padre Félix Dupanloup. En 1845, “esboza en su libro *De la pacificación religiosa* la idea de una especie de concordato” entre los partidos, a propósito de la libertad de enseñanza [558]. Parisis pedía al Estado reconocer el derecho absoluto, supereminente, de la Iglesia; Dupanloup se dispone a negociar como político. Veuillot se lo reprocha. Montalembert en cambio, se deja ganar por el autor y por la tesis. Antiguas divergencias de opinión, choques de antaño, oposición de caracteres, todo se ha fundido en una muy robusta aleación de amistad. Los dos hombres vencerán juntos y no se separarán jamás. El obispo de Langres se esfuma: precursor de alto mérito, sin que los caminos y los corazones hayan quedado abiertos.

A su vera, “el hijo de los cruzados” se ha mostrado excelente organizador, excelente táctico. A él se deben los éxitos que los católicos obtienen, durante las elecciones de 1846. Ciento cincuenta diputados se han comprometido a apoyar sus reivindicaciones: no se contaban más de una docena en la Cámara precedente. Una estricta disciplina, una clara y prudente actitud frente a los candidatos han bastado para modificar el juego parlamentario [559].

En Roma, el nuevo Papa, Pío IX, aprueba y bendice a los valientes jefes. “Es necesario, dice al padre Dupanloup, continuar reclamando la libertad de enseñanza con valor, con firmeza”. Añade, sonriendo: —“¡Y con caridad!”— “Su Constitución Nacional, observaba en un audiencia concedida al Cardenal de Bonald, contiene una promesa según la cual es obvio que ustedes pretendan su ejecución” [560].

En París, el gobierno se da cuenta de que no podrá escabullirse indefinidamente. En el decimotercero y último año del régimen, hay un nuevo proyecto en preparación: leyendo la exposición de los motivos, todas las esperanzas parecen posibles; Salvandy, en nombre del ministerio, no duda en criticar el monopolio, tal como lo imaginó Napoleón; admite el derecho de las familias, el derecho de la Iglesia; rinde homenaje a la misión del clero; proclama las ventajas de la libre competencia.

Pero los despachos han logrado, una vez más, montar sus triquiñuelas: siempre la misma exigencia de graduaciones excesivas, previstas para impedir el reclutamiento del personal profesoral; siempre obligación de un “certificado de estudios” que obliga a los candidatos bachilleres a justificar varios años de frecuentación en los colegios del Estado; las Congregaciones no autorizadas continúan excluidas de la enseñanza. Los centros de enseñanza supuestamente libres estarán sometidos al propio dictamen de la Universidad en cuanto a su fundación, a su inspección, en cuando a la sanción de los exámenes, a la elección de los libros, a la persecución de los delitos [561].

Casi en cada frase del documento oficial se descubre la influencia de Victor Cousin: ese personaje, “absorbente, molesto, dominante” —uno de los ocho del Consejo Real de la Instrucción Pública, director de la Escuela Normal Superior, presidente perpetuo del jurado de agregación a la filosofía, miembro de la Academia Francesa y de la Academia de Ciencias Morales, par de Francia— reina sobre sus antiguos alumnos, sobre todos los educadores, favorece o destruye a su gusto su carrera, elabora los programas según sus ideas, tiende a instaurar, en los medios intelectuales y para las “clases dirigentes”, una especie de religión nacionalista que sustituya al cristianismo ortodoxo en la predicación de “lo Verdadero, lo Hermanos, el Bien”; no pretende aflojar su dictadura, y no concede a la Iglesia más que el gobierno espiritual y moral del “pueblo”. La situación que ocupa, la fama que usurpa, el alboroto que produce, intimidan a las conciencias, paralizan las buenas voluntades. Aparece como uno de los grandes artesanos, sin duda el principal responsable —con apariencia de un pedagogo experimentado y de un filósofo “tolerante”— de los sucesivos fracasos infligidos a los anhelos de los “líderes” católicos, de los hombres de Estado [562].

El padre Dupanloup destaca en engaño del proyecto Salvandy. Montalembert ejecuta, hace pedazos el informe del diputado Liadières; “el ministro de la Instrucción Pública, escribe Veuillot, nos reúne: es el primer servicio que nos presta” [563].

La Revolución de 1848 demolerá esos montajes de combinaciones hipócritas, barrerá el polvo tenaz de prejuicios y de pasiones. Habrá que anotar entre las faltas capitales de la Monarquía de Julio el haberse negado obstinadamente a construir el amplio y hermoso edificio ideado por los espíritus libres. Aportando una solución al problema de la enseñanza, se habría elevado por encima de los intereses mezquinos y de las querellas en que se debatía su política; hubiera saneado el ambiente de la sociedad “burguesa”, conjurado la preponderancia del dinero,

encontrado un prestigio y una categoría de alma, de las que careció cruelmente [564]. Guizot lo sintió: su ley escolar de 1833 ofrecía una base, aún estrecha, y piedras de esperanza. Ninguno de sus socios o de sus rivales no se atrevió a continuar la obra; él mismo, convertido en el hombre de confianza del rey, de los censatarios, de los hombres de negocios, de los arribistas, empequeñeció su actuación, sino sus pensamientos, a la medida de sus mediocridades. ¿Cómo persuadir a un príncipe que, en la discusión entre la Universidad y la Iglesia, no veía más que una batalla “de patanes y bedeles” [565] que, después de haber cansado a Mons. Affre con sus ironías sobre los “cirios”, o sobre el *deposuit potentes* del *Magnificat*, merecía —al igual que una buena parte de su entorno— el severo juicio del arzobispo: “Esa gente no ven en la religión más que una máquina gubernamental”? [566]

A pesar del cambio de clima que se ha producido, una vez calmadas las tormentas de 1830, el anticristianismo sigue aún rugiendo. Reaparece en los periódicos: no solamente en la prensa de izquierdas y de centro izquierda, en el *National*, donde se expresa el “resentimiento” de Génin, en el *Courrier français*, que denuncia al clero como “el enemigo”, en el *Constitutionnel*, con su equipo de supervivientes del siglo XVIII; sino hasta en una hoja “conservadora”, órgano de la Corte y de los ministerios: el *Journal des Débats* [567].

El respeto humano, la ambición, el amor propio retienen las lenguas y los gestos de gobernantes cuyas creencias son tibias o están muertas. Y el régimen político va a derrumbarse porque reposa sobre las arenas movedizas, porque, despreciando los contrafuertes de la verdad, se apoya sobre los soportes frágiles de la riqueza y de los deleites.

No obstante, los católicos, una vez asegurada su independencia, se curten en la lucha. Aprenden a manejarse, a progresar entre los partidos. Han expulsado de su corazón la falsa vergüenza, afirmado la solidez de sus principios, disipado muchos malentendidos, conquistado algunos aliados; una nueva confianza los anima, en el ocaso de la monarquía de Julio: ¡Qué diferencia entre 1834 y 1844! observa Lacordaire; lo que hemos ganado... en fuerza, en porvenir, parece increíble... ¿Hacia dónde vamos pues y qué será lo que Dios prepara?” [568]

* * *

Este resumen de la vida nacional en tiempos del rey Louis-Philippe nos pareció útil antes de volver a la Historia de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Éstos no se quedan fuera del cuadro: aunque se eclipsan ante los protagonistas, conservan el contacto, en su apostolado modesto, con los poderes públicos, con los militantes de la Iglesia, con las masas agitadas por los vientos de la época. Se benefician de la propaganda cristiana; colaboran con ella cotidianamente mediante sus lecciones, con sus virtudes. A más largo plazo, cuando las campañas de Montalembert y de Dupanloup desemboquen en la victoria, podrán extender las fronteras de su enseñanza, se contarán entre el número de los educadores cuya misión se dirige a todos los jóvenes franceses. Y por eso mismo, el relato de las empresas llevadas a cabo ante las Cámaras legislativas, ante el país, entre 1839 y 1848, se vincula, como un prelude normal, a las futuras etapas de la Congregación Lasaliana [569].

Los jefes de los movimientos religiosos, los soldados de la libertad no se olvidan de ellos en absoluto. El P. Lacordaire, desde la cátedra de Notre-Dame, el 14 de febrero de 1841, envuelto en su hábito de dominico, consagra a los discípulos de Juan Bautista de La Salle una página de su discurso sobre la “Vocación de la Nación francesa” y los inscribe entre los artífices del regreso a la fe: “¿El signo de la resurrección, pregunta, no está visiblemente entre nosotros? Cuenten, por favor, las obras santas, que desde hace cuarenta años, hacen crecer en la patria sus tallos florecientes... Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, revestidos con su sencillo hábito, cruzan incesantemente las calles de nuestras ciudades y, en vez de ultrajes como recibían demasiado a menudo, no encuentran en ellas más que las miradas bondadosas del obrero, el respeto de los cristianos y la estima de todos. Apóstoles humildes del pueblo francés, en el cual están creando sin hacerse notar, mezclando a Dios con la enseñanza elemental, una generación que reconoce en el sacerdote a un amigo y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del orden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal” [570].

Evocados con esas palabras por el monje en presencia de un auditorio de élite, nuestros religiosos obtienen una justa recompensa. En consecuencia, dejan de ser sospechosos para los dirigentes de la Universidad. Tienen, en el Consejo real de la Instrucción Pública, un abogado, cada vez más entregado a su servicio: Ambroise Rendu, reedita, en 1845, bajo el título “De la Asociación en general y especialmente de la Asociación caritativa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas”, sus páginas de 1819 [571], aumentadas con preciosas informaciones y consideraciones muy favorables. En ellas manifiesta, de verdad, una plena independencia de juicio, indica las revisiones que le parecen necesarias en algunas obras del Instituto lasaliano [572]. Pero toda su vida, que se prolongará hasta 1860, se dedicará con diligencia a mantener la concordia, la alianza, entre la Iglesia y los universitarios. El Hermano Philippe le brinda una gratitud inmensa; llegará hasta afiliarlo a la Congregación. El retrato de Ambroise Rendu, en gran traje de gala magistral, figurará en una de las salas de la Casa Madre.

La bienhechora influencia del antiguo secretario de Fontanes actúa sobre las decisiones de los consejeros ministeriales. El 2 de abril de 1839, con ocasión de una donación de 300.000 francos destinada por un tal señor Charpentier a los Hermanos de Lyon, el Instituto es reconocido “apto para recibir todas las donaciones entre vivos o testamentarias”, sea por medio del “Superior de cada establecimiento”, sea en nombre del Superior General. En todo caso, es importante, solicitar una ordenanza real [573].

El Consejo de Estado, favorable desde entonces, escucha un informe del relator Pérignon. Aprueba sus conclusiones, que no dejan ninguna duda a propósito de la existencia legal de la Sociedad Lasaliana. En vano, declaraba el relator, se objetará que las congregaciones religiosas están suprimidas desde 1792; el Instituto goza de todos los derechos de una personalidad civil, a título de “asociación caritativa”. Aunque Pérignon no habla de la autorización consular del año XII, es perfectamente explícito sobre el decreto de 1808, de las ordenanzas de 1816, de 1824 y de 1828; no encuentra ninguna razón para “volver” sobre una posesión de estado que las actas más formales han “consagrado” [574].

Los sucesores de Guizot en el ministerio de la Instrucción Pública elogian de buena gana a los Hermanos. Salvandy constata, en noviembre de 1841, que las escuelas

cristianas ayudan al progreso de la enseñanza; su competencia sirve de aliciente: “casi siempre es al lado de ellas donde se encuentran las escuelas laicas mejor llevadas, los maestros más celosos y los más irreprochables”. Los maestros religiosos, “tan humildes, tan abnegados, se circunscriben”, además, “a los límites de su misión”: se muestran “por lo general ajenos a las pasiones políticas” [575].

Se someten a todas las obligaciones de los miembros de la enseñanza. La cuestión de los títulos se encuentra regulada según las más amplias directivas de 1833: tan sólo los Hermanos Directores están obligados al diploma; las autoridades académicas reciben de ellos la lista de los auxiliares no diplomados. Les proporcional en *exeat* al cambiar de puesto. El ministro se queja, no obstante, sobre el particular, de los frecuentes cambios que realiza el Superior General [576].

Simple observación; si los maestros abandonan el puesto, la continuidad de los métodos permanece. Alumnos y padres se acostumbran a los nuevos rostros tanto más fácilmente cuanto que la Regla del Instituto impide las iniciativas arriesgadas, mantiene a todos los profesores en las mismas sendas, les da, bajo el hábito religioso y bajo el casi anonimato, un aire de familia, una apariencia colectiva. La Universidad se acomoda, en definitiva, a los usos y a las necesidades de la Congregación.

El gobierno real mantiene excelentes relaciones con la Casa del arrabal Saint-Martin. Cordialidad, por parte de Louis-Philippe; confianza, por parte del Hermano Philippe y de sus Asistentes. El monarca puede esperar mucho de su lealtad, de su discreción, de su dedicación; no alberga hacia ellos los prejuicios que pueden dictar su conducta con respecto a los jefes del partido católico y del episcopado. Como los burgueses de su época, les agradece el que formen a sus hijos en la obediencia, que preserven “la moral” en el pueblo, que preparen ciudadanos pacíficos.

No se observa que les haya reservado las mismas generosidades que los Borbones de la rama primogénita. Pero la subvención oficial no le falta al Régimen del Instituto durante ningún año, hasta 1848: quince días antes de la Revolución, Salvandy firma la última orden de pago [577].

Esta ayuda regular manifiesta bien la benevolencia de los hombres de Julio; la misma está destinada, a fin de cuentas, a la Congregación misma, no a las escuelas. Con respecto a los establecimientos que los municipios toman a su cargo, ya no se manifiesta la cicatería: el ministerio considera que los fondos del Estado no deben aliviar los gastos municipales sino excepcionalmente. Ése es el sentido de una respuesta dirigida al rector de la Academia de Toulouse, el 9 de enero de 1840: La ciudad tiene “rigurosa obligación” de suministrar el sueldo de todos los maestros que ella emplea. No se debe admitir que se niegue, bajo pretexto de que las necesidades de instrucción le parezcan demasiado cuantiosas [578].

Por lo demás, se formula una queja contra los de Toulouse: éstos no se oponen a la gratuidad de las clases lasalianas. Perpetua preocupación del poder central durante tres cuartas partes del siglo XIX. La municipalidad de Pau recibe el mismo reproche: concede su ayuda financiera a una escuela privada que dirigen los Hermanos: “Aprecio los incontestables servicios” prestados por esa fundación, escribe el ministro al prefecto de Basses-Pyrénées, el 1º de julio de 1843; pero seos servicios deben justamente determinar al Consejo Municipal a cubrir el gasto. No hay que

“perder de vista” que se trata de una casa donde se practica “la absoluta gratuidad... tanto más preocupante” cuanto que cien de los alumnos por lo menos podrían pagar la retribución mensual. Si los de Pau desean ofrecer a los niños un beneficio tan amplio, ¡que no reclamen nada! [579]

Dóciles a las voluntades del gobierno, los dirigentes de Orleáns exigieron, en 1840, la tasa escolar en la escuela Saint-Bonose, por la cual los jefes de familia estaban sometidos a un impuesto de doscientos francos por año. En consecuencia los Hermanos renunciaron a enseñar a un cierto número de jóvenes burgueses [580].

Reims, con mayor independencia, se asoció, el 22 de marzo de 1837, al sistema del Sr. de La Salle, y en él continúa, por los motivos que expone, de la manera más interesante y la más “moderna”, un informe del 5 de noviembre de 1838: “el deseo de la ley de 1833”, ¿no es el de “extender la enseñanza” en todos los medios sociales? La ciudad champañesa entra pues en el pensamiento del legislador. La moral, la cultura intelectual se benefician de semejante decisión, en vez de verse perjudicadas. Se pretende que la gente no aprecia en absoluto una enseñanza que no les exige ningún sacrificio pecuniario: puro sofisma; existirían muchos más analfabetos si las escuelas no se abriesen libremente a todos los hijos del pueblo. Se dice que es injusto que las cargas escolares se repartan entre todos los ciudadanos, sin tener en cuenta sus intereses directos e inmediatos en materia de educación: pero, ¿no sucede lo mismo cuando se trata de todas las mejoras urbanas, pavimentación, iluminación, edificios públicos? La solidaridad forma parte de todo tipo de progresos. Prácticamente, la retribución escolar no se traduce más que en ahorros insignificantes; con el fin de conciliar el principio con las realidades humanas, se llega a no cargar con tasas más que a unas ínfimas minorías: es testigo la ciudad de Ruán, que —después de haber quitado a los Hermanos, defensores intransigentes de la gratuidad, las funciones de maestros municipales— se contenta con imponer una cuota de diez francos por año a veinte alumnos sobre mil ochocientos que acuden a sus propias clases [581].

Tan enérgico y tan claro alegato acaba por mostrar hasta que punto los discípulos de Juan Bautista de La Salle han conquistado la opinión francesa. No sin dificultad, como sabemos, inclusive en la ciudad natal de su fundador. Es para ellos un hermoso triunfo. Desde el comienzo del generalato del Hermano Philippe, y a pesar de los torbellinos políticos, de los antagonismos religiosos, de algunas oposiciones administrativas, se sienten capaces de continuar tranquilamente su obra.

* * *

No pretendemos seguir el rastro de todas las “escuelas elementales” que surgieron, desde 1838 a 1848, en tantos puntos del territorio. Vigorosa implantación en la capital, donde el sucesor del Hermano Anaclét encuentra once casas en actividad, donde él dejará veintinueve [582]; los Hermanos van remplazando a la Sociedad menguante de los Hermanos del arrabal Saint-Antoine y se agrupan en importantes comunidades, gobernadas con maestría por religiosos de élite: así, el Hermano Jean-l’Aumônier asume la dirección de siete establecimientos de la orilla izquierda [583]. Floración en las grandes ciudades; Lille y todos sus alrededores [584], Ruán, Nantes, Burdeos, Toulouse, Marsella, Lyon, Reims. El Hermano Dauphin, a partir de 1845, dará un nuevo impulso a las organizaciones de Ruán; derribando las resistencias del Consejo Municipal, hasta el punto de que dos años más tarde un

miembro de esa asamblea, Armand Le Mire, considerará el regreso de los cuellos blancos a las escuelas públicas: éstas no cuentan entonces más que con uno 700 niños, mientras que el Comité de la enseñanza libre reúne 3.000 en las suyas. No se encontrará una solución hasta después de la ley de 1850 [585]. El palacete de Rosmadec en Nantes es, bajo el cetro del Hermano Lambert, un reino de fecundo trabajo y de irradiante edificación [586]. Burdeos continúa siendo el gran centro de enseñanza cristiana donde se desarrollan las iniciativas del Hermano Alphonse [587]. En manos del Hermano Claude, los maestros de Toulouse logran el máximo rendimiento: el centro educativo de la calle Mange-Pommes —“Casa Saint-Aubin” tras la creación de la parroquia que lleva ese nombre— alberga a más de mil personas en 1843: novicios, escolásticos, Hermanos veteranos, alumnos externos y pensionistas, profesores que enseñan en ese mismo lugar o que acuden, cada día, a los diversos “barrios”; es necesario añadir amplios edificios al primitivo pabellón del Padre Bernadet. A partir de 1840, la municipalidad restablece poco a poco los salarios rebajados en los tiempos de los vejámenes; acabará por incluir en su presupuesto a todos los maestros que la Congregación sigue manteniendo en las escuelas municipales. Mediante donaciones personales, gracias a una actuación eficaz ante las autoridades civiles, los curas de Toulouse se dedican a fundar o a transformar varios grupos escolares: el P. Portet, en Saint-Jérôme; el P. Cassagne, en Saint-Nicolas; el P. Lartigues, en Saint-Michel [588].

Universal germinación. Particularmente señalada en las provincias del Sur y en el Macizo Central. La Auvergne donde los Hermanos encuentran tantos amigos y protectores, paga al ciento por uno sus esfuerzos: allí siembran la buena semilla, y cosechan las vocaciones. Del noviciado de Clermont-Ferrand parten los equipos de segadores. Llegan a Billon, antiguo dominio de la Compañía de Jesús, en 1834, y allí trabajan bajo el impulso de un clero diligente; en 1838 están en Thiers, en 1842, en Aigueperse, en Ambert: en esta segunda ciudad, durante treinta y dos años, el Hermano Respice dirigirá la obra con pleno éxito. En Montferrand, en la casa de los “Hospitalarios” ocupada por el Instituto desde 1828, un tal Hermano Gaëtan comenzará, en 1847, una labor tan fecunda, por un periodo aún más largo. Riom tiene ya sus Lasalianos por iniciativa de dos grandes funcionarios de la Restauración, los dos condes de Chabrol, uno de ellos prefecto de la Seine, el otro prefecto del Rhône, antes de 1830. Eso en lo que se refiere al Puy-de-Dôme. El Cantal añade a sus escuelas cristianas de Aurillac y de Saint-Flour, las de Mauriac, en 1842, de Salers, en 1844. Volveremos sobre Aurillac; Saint-Flour prosperará, gracias a las virtudes del Hermano Hégésippe; Salers dará muchos de sus hijos a la Iglesia.

El Puy-en-Velay conoce la secular entrega de los discípulos de san Juan Bautista de La Salle. Capital de la Haute-Loire, envía sus enjambres por toda la región. Después de Bas-en-Basset y Langeac, colmenas de vieja data y de intensa actividad, es Yssingeaux, en 1835, Brioude, en 1839, Monistrol, en 1840, Saugues, en 1841, Saint-Didier-la-Séauve, en 1845. Cerca de la negra muralla de la Margueride, en la agreste región del Gévaudan, va a crecer la fama de un educador apóstol: el Hermano Bénildo llega a Saugues para organizar la escuela que la población solicita y que mantendrá valientemente con sus propias aportaciones. Durante veinte años, Pierre Romançon, imitador admirable de Cristo, puntual cumplidor de la Regla lasaliana, se desempeñará allí en pro de la salvación de las almas: en los rigores del clima, en las pruebas que no le escatiman los hombres, en la estricta pobreza, en la

monotonía cotidiana; con una paciencia invencible, hasta lograr el pleno desarrollo de una santidad que Roma hoy se dispone a declarar auténtica [589].

En tiempos antiguos, el Fundador del Instituto, también el sufrió, peregrinando a través de estas montañas. Mende conservaba la memoria de su permanencia. Se preocupa por restablecer la escuela cristiana. Las primeras gestiones — emprendidas por el Padre Vernon, párroco de la catedral, y por el Sr. de Ligonnès, teniente alcalde— remontan a 1817. Las discusiones relativas a la enseñanza mutua las detuvieron por completo. Fueron necesarias nuevas y lentas conversaciones, en las que intervinieron el ministro de la Instrucción Pública, el diputado del lugar y el obispo, para que en 1840 finalmente los Hermanos se viesen reintegrados a la ciudad. El departamento de la Lozère los había acogido anteriormente en Meyrueis, en 1829; luego en Saint-Germain-du-Teil y en la Canourgue, entre 1846 y 1849 [590].

Volvieron al Aveyron en 1819 y ocupan, en Rodez, la antigua morada que Mons. Ize de Saléon había comprado a sus predecesores en 1745. Casa solariega ubicada en una callejuela, a la sombra de la iglesia metropolitana. Allí serán populares por más de medio siglo. El Consejo Municipal, decididamente favorable a sus trabajos, edifica en 1843, nuevas clases, acondiciona en la planta baja, un pequeña capilla. En la “aldea” que prolonga, sobre la alta planicie, la “ciudad” de Rodez, una escuela sucursal atiende a la parroquia Saint-Amans.

Descendiendo por el verdeante valle, entre los horizontes de las llanuras calcáreas y del Ségala, un grupo lasaliano llegaba, en 1822, a Villefranche con sus tejados de tejas romanas y sus casas finamente esculpidas, dominado por la torre truncada de Notre-Dame. Se instalaba allí, en los edificios y cerca del curioso santuario de los “Penitentes Negros”: un sacerdote, el Padre Dufau, había salvado de la ruina el edificio desafectado, con el fin de “consagrarlo para siempre al servicio de la Iglesia católica”. El alcalde del municipio, sobrino del bienhechor, preparó el establecimiento de los educadores religiosos. Éstos estuvieron a punto de sucumbir ante las enfermedades y bajo el peso de una tarea aplastante. Carecían de espacio y de comodidad, lo alumnos se amontonaban en las vetustas clases. Hacia 1837, se procedió a algunas mejoras básicas. Diez años más tarde la comunidad estaba compuesta por siete Hermanos e impartía la enseñanza a 450 alumnos [591]. Saint-Affrique, La Selve y Najac se sumaban a las otras casas del Aveyron.

Continúa la expansión en el Tarn. Albi mantiene bajo sus murallas rojas a los sucesores de los maestros llamados en tiempos de Dominique de La Rochefoucauld; Castres ha recuperado la herencia de Mons. de Barral; Rabastens abrió sus puertas a los enviados del Hermano Gerabaud. Río arriba, una cuarta etapa lleva a los Lasalianos a la aldea de Lisle. De un eclesiástico voluntariamente anónimo, M. de Gélis ha recibido 8.000 francos, que debe emplear en obras piadosas; el Padre Clausade le aconseja crear una escuela y ofrece su propia casa. Numerosos donantes completan la primera entrega de fondos. Al negarse la municipalidad a asumir la responsabilidad de la tarea, Melchior de Gélis paga personalmente, hace construir, y, el 19 de abril de 1844, recibe al Hermano Stéphanus, nombrado director por el Hermano Philippe [592].

A la hermosa fundación de Gaillac [593], el año siguiente, se asocian los nombres de Marie-Céline Plasse, hija de un magistrado del país, heredera de la fortuna de un

antiguo diputado en los Estados Generales de 1789, Édouard Fos de Laborde, —del Padre Mercier, párroco de Saint-Pierre, confesor de aquella santa Émilie de Vialar, que fue la amiga de Eugénie de Guérin y murió como fundadora de una Congregación misionera—, del barón de Yversen, de Théron de Mantaugé. Se adquirió un edificio en el barrio la Hortallisse, principalmente mediante los fondos de la Srta. Plasse. El Hermano Lucil —Guillaume Manaud— nacido en Portes, en el Ariège, el 4 de abril de 1810, fue el director de la comunidad: este oriundo de los Pirineos de 35 años, hombre de alta estatura, de fisonomía inteligente y distinguida, demostró gran energía y supo poner de relieve sus dotes de pedagogo, de catequista, de calígrafo. Gobernó en buena armonía con el comité organizador. Bajo la influencia de una personalidad muy influyente y muy intransigente, el doctor Jean-Joseph Rigal, los consejeros municipales se habían declarado contrarios a la adopción oficial del establecimiento: no obstante, en 1846, votaban una subvención destinada a crear el puesto de un cuarto profesor. Trecientos veinte niños —es decir las cuatro quintas partes de la población en edad escolar— acudían a la escuela lasaliana.

El Hermano Claude, Visitador de Toulouse, había presidido la labor. Todo su amplio distrito experimentaba, como antiguamente Bélgica, los efectos de su emprendedora sabiduría. En 1840, podemos encontrar el Instituto, en Saint-Gaudens de Haute-Garonne, en Saint-Girons del Ariège, en Saint-Antonin en el Tarn-et-Garonne. Desde 1843 a 1845, el Languedoc y el Condado de Foix asisten a la llegada de los Hermanos en las localidades de Rieux, de Belpesch, de Saverdun, de Caraman, de Ax, de Montastruc [594]: pacífica cruzada en esta región en la que las pasiones religiosas explotaron con tanta violencia durante siglos. Quizás la vieja levadura del catarismo sigue actuando aún, fermento de herejía, al cual el protestantismo dio a continuación un nuevo periodo de poder. Antaño, los intendentes de la realcía convocaban, para destruirlo en las almas infantiles, a los discípulos de Juan Bautista de La Salle y de Nicolás Barré. En el siglo XVIII aún se abrigaban algunos odios. Desde entonces, no existen más que oposición de sentimientos y de ideas. Los habitantes de Saverdun, en mayoría, pertenecen, como se decía en tiempos de Luis XIV, a la “religión pretendidamente reformada”; un Jesuita, el P. Guillerme, que acaba de predicar una misión en 1842, demuestra al pequeño grupo católico la necesidad de una escuela en la que se enseñe su fe. Esa gente, en su mayoría, posee escasos recursos. Pero comprende la idea del predicador: en menos de un año, la casa de los Hermanos se encuentra construida, dispuesta. El Consejo Municipal da pruebas de amplitud de espíritu; en nombre de todos los ciudadanos, acepta que el edificio reservado a los maestros de la congregación se convierta en municipal [595].

Después de señalar, en el Sur de Francia, estos detalles característicos, recorreremos las demás regiones a vuelo de pájaro. La génesis de las creaciones escolares no ofrece, en todo el tiempo del reinado de Louis-Philippe, otros rasgos que los que nos ha ofrecido el generalato del Hermano Anaclet. La tropa de los maestros del Languedoc y de Auvergne adelanta sus vanguardias hasta el Limousin y la Marche: en 1835 ocupaba Aubusson; se instala en Bellac, en Felletin, en Bourgneuf, antes de la desaparición de la monarquía de Julio.

Si nos trasladamos a Normandía, es para encontrarnos nuevamente allí a la “Congregación de Saint-Yon” nuevamente próspera, a pesar de la lamentable exclusión de su antigua capital [596]. Sin volver sobre las ciudades que le han

entregado su confianza algunos años antes, hay que señalar la presencia de los Hermanos en Yvetot en 1843, en Elbeuf en 1844, en Forges-les-Eaux en 1845, en Darnétal en 1846, en Gisors en 1847 [597]. La pequeña capital del Vexin recibe, como organizador de su escuela, al Hermano Paul-de-Jésus: es un israelita de nacimiento, alma piadosa y recta, veía a los Lasalianos de Metz pasar ante su casa familiar, puntuales para reunirse con sus alumnos, mañana y tarde, en las clases del barrio. Observaba sus rostros, percibía la oración en sus labios. Ganado de admiración, el joven judío estudió el catolicismo, pidió el bautismo y, finalmente se consagró por entero a Cristo. Al igual que Natanael en Caná, “en quien no había ningún engaño” [598], siguió en su tiempo al Señor, “rey de Israel, hijo de Dios”. Durante siete años, Paul-de-Jésus evangeliza a los niños de Gisors [599].

Esta original incorporación a la Congregación pone de relieve el mérito de los maestros de Lorena. Entre varias sociedades docentes, los súbditos del Hermano Philippe ocupan un puesto privilegiado en las diócesis de Verdun, de Nancy y de Metz. El cuello blanco no ha desaparecido más que de Maréville, donde no cabía pensar en recomenzar el ingrato trabajo impuesto antiguamente por el rey Stanislas. En Metz, las escuelas cristianas se han desarrollado en un ambiente favorable, a pesar de la mala predisposición de la municipalidad. Al cierre de dos escuelas públicas, en otro tiempo creadas por los Hermanos, responde —en 1840— la fundación de centros libres, en la calle Vincentrue y en la calle de la Chèvre. El Instituto descubre, a orillas del Moselle, un protector muy activo, muy clarividente, muy generoso: el vizconde Maurice de Coëtlosquet. Las generosidades de este noble de Metz permiten a los educadores religiosos instalarse perfectamente, bajo los auspicios de un Comité al que no disgustan las iniciativas, y educar a miles de discípulos [600].

Y aquí tenemos una tentativa de penetración en Alsacia: aunque un cierto particularismo sustrae a la influencia lasaliana el conjunto de esta bella provincia, la Casa Madre cede a la solicitud del cura párroco de Masseveaux. El pueblo del valle de los Vosgos manifiesta más que simpatía a los maestros llegados de lejos: la nueva escuela se llena rápidamente. En cambio, en el mundo administrativo explota una conmoción hostil; en 1845, pasiones anticlericales agitan la subprefectura de Belfort; y al leer el informe dirigido desde esta ciudad al prefecto del Haut-Rhin, el 27 de noviembre, creeríamos estar en los días siguientes a la Revolución de 1830. Quieren, declara el funcionario que escribe, atacar “el sistema universitario”: el cura, “según las órdenes del obispo”, ha dicho desde el púlpito, y repetido en diversas casas que, gracias a los Hermanos, la enseñanza iba a dejar de ser “pagana”; que los “oposidores se romperían la cabeza contra la voluntad” del clero. En la “deserción de las escuelas municipales” hay que ver la consecuencia de esas amenazas: los padres de familia han podido temer que a sus hijos no se les “negase la primera comunión”. Sin duda, también, han “mordido el anzuelo” de la gratuidad. El establecimiento privado que se funda en Masseveaux parece el inicio de toda una propaganda: ¿no están ya anunciados Hermanos para Sewen, para Oberbrück? Se habla de negociaciones entabladas con el duque de Broglie con vistas a ocupar un castillo “susceptible de transformarse en una magnífico semillero de Jesuitas” [601].

Las oficinas de Colmar transmiten al ministro la advertencia de Belfort: al menos, su comentario atenúa la virulencia: “... En el fondo, ningún inconveniente” a la puesta en marcha de una escuela privada. En verdad, podrían pasar sin ella: las clases primarias funcionan bajo la dirección de tres antiguos alumnos-maestros de las

escuelas normales de Estrasburgo y de Colmar, y son totalmente satisfactorios. Pero la competencia no dejará de producir resultados útiles. El lado más preocupante del asunto: la población corre el riesgo de dividirse: ya aparecen las querellas. Dos motivos explican la actitud del Consejo Municipal: deseo de combatir “los manejos del cura”; preocupación por defender las finanzas del municipio: pues, con el fin de restablecer el equilibrio entre las dos enseñanzas, será conveniente considerar la gratuidad completa de la escuela pública [602].

Semejantes objeciones no hubiesen bastado para impedir el progreso del Instituto en Alsacia. El país se prestaba admirablemente al apostolado cristiano: hubiese recibido, al igual que los territorios vecinos, a los hijos del Sr. de La Salle, si no hubiese ya poseído numerosos apóstoles. Las familias gozaban, casi en todas partes, de los beneficios de las Congregaciones florecientes, nacidas en el propio suelo. No solamente confiaban sus hijos a los educadores y a las educadoras patrocinados por la Iglesia; favorecían, además, las vocaciones de las que se mostraban orgullosas: a falta de centros educativos, la Sociedad Lasaliana encontraría, en el Alto y Bajo Rhin, preciosas incorporaciones, élite que desempeñará más adelante su función, y que por sus cualidades profesionales, sus eminentes virtudes, contribuirá al renombre de su patria chica y de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

* * *

En otras partes, la obra del Hermano Philippe se continúa con energía, se realiza en diversos dominios. El gobierno francés no piensa en reducir la parte de colaboración que ha dado a los maestros religiosos en la enseñanza oficial. En Ruán, el Hermano Cécilien conserva la dirección de la escuela normal de maestros. El Hermano Surin se convierte en su émulo en el Cantal: a partir de 1841, y durante un cuarto de siglo, forma, según los métodos del Instituto, el personal destinado a las escuelas políticas de ese departamento. Su influencia se ejercerá sobre toda la juventud, sea por intermedio de sus alumnos normalistas, o bien, de una manera aún más eficaz, mediante la creación de una escuela primaria superior, de donde saldrán excelentes maestros [603]. Aurillac se convierte a partir de entonces en un centro de actividad pedagógica.

A los obispos de Bretaña les hubiese gustado que su provincia recibiese las mismas ventajas que la Aubergne: en 1842, intervienen para que la escuela normal de Rennes pase bajo la dirección de los Hermanos. “Estoy convencido, escribe el obispo de Vannes, que... sería el único medio de hacer cesar la insistencia que presentan nuestros municipios rurales en rechazar maestros laicos o, cuando les son impuestos, en dejarlos casi sin alumnos” [604]. Su colega de Saint-Brieuc declara, también claramente: “Aquí, quieren maestros de fe sincera” [605]. En la capital bretona, el jefe de la diócesis no pide otra cosa más que “prestar su colaboración” al ministro: él “se entenderá”, en el momento oportuno, con “su caro rector” de Academia, para elegir el hombre digno de ocupar el primer puesto y capaz de obtener los mejores resultados [606].

Esas gestiones episcopales no parecen suscitar ninguna reacción; el proyecto no encuentra más que desinterés. De todos modos queda en suspenso. Otros trabajos esperan a los Hermanos en Armorique, lo veremos luego.

Hasta la conmoción de 1848, que derribará tantas potencias establecidas y cambiará tantas máximas, la presencia de los Lasalianos al frente de las escuelas primarias no se confirma más que a título de honrosa excepción. Sin juzgarla inútil en los círculos específicamente pedagógicos, se prefiere, en las altas instancias, que actúe sobre el mundo obrero. La burguesía ve ascender el raudal de las reivindicaciones populares: desde 1840, François Arago, el astrónomo demócrata, reclama una transformación social, cuyos efectos superen con mucho una simple reforma política; sus palabras responden a las aspiraciones de la muchedumbre; insisten sobre los sufrimientos de los asalariados; constatan la injusticia en el reparto de los bienes; invitan a la mayoría a influir con todo su peso sobre los destinos de la nación. El ilustre sabio que contempla las estrellas adquiere figura de mago y de profeta; cierto día, un millar de parisienses acuden a mostrarle su agradecimiento, bajo las cúpulas del Observatorio, por sus “nobles” audacias [607]. A partir de ahí, ¿es difícil entender las presiones revolucionarias? Con gran dificultad se las contuvo en 1830; pero se anuncian más temibles. Quizás su violencia, podría ser amortiguada, si el odio no exacerbase los corazones y no armase las manos. Contra las malas pasiones, contra los instintos brutales, se levanta el cristianismo. Pero para que su acción no reste indecisa, es necesario que los desheredados de aquí abajo no consideren a la Iglesia como indiferente a sus males. Un cambio favorable se ha producido: se debe en parte, como lo hemos constatado, a una situación política nueva; la influencia de Buchez y su periódico *L'Atelier* no fue en todo caso ajeno a ella: el sociólogo no profesa creencias ortodoxas; pero manifiesta sus simpatías hacia el catolicismo, habitúa a sus lectores, a sus discípulos, a contar a la religión entre las fuerzas bienhechoras. Entre las almas de buena voluntad se vislumbra una alianza: se llevará a cabo de modo ¡lastimosamente! efímero, en 1848 [608].

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas contribuyen prepararla. Ése es, sino el objetivo directo, al menos el más importante efecto de sus “cursos nocturnos”, que multiplica el generalato del Hermano Philippe. Ahora se los encuentra ya en la mayoría de las ciudades, grandes centros industriales como Lille, o modestas ciudades como Villefranche-de-Rouergue o Castres. Obras de enseñanza técnica, de preservación y de apostolado se incorporan a ellas; tal es el caso, en París, del establecimiento de la calle Neuve-Saint-Étienne, fundado en 1843 para cuatro tipos de aprendices: en primer lugar, huérfanos, o hijos de gente muy pobre, alimentados, alojados, mantenidos en la casa y que trabajan en ella bajo la dirección de dieciocho artesanos calificado; luego otros que, también alojados en la calle Neuve, se reparten, bajo la supervisión de los Hermanos, en los talleres del vecindario; en tercer lugar, algunos que los patronos reciben a su mesa y que vuelven, a la noche, al dormitorio común; finalmente, el mayor número, colocados por los cofrades de San Vicente de Paúl con maestros de aprendizaje y moralmente confiados a los Lasalianos: éstos deben controlar el trabajo y el comportamiento de esos jóvenes obreros; los acogen los domingos y los días de fiesta, entre los demás pupilos, para la asistencia a los oficios religiosos, los recreos, un complemento de instrucción general, algunas recompensas: muy flexible y animado sistema de educación popular, que arranca a muchos adolescentes del vagabundeo y del vicio, constituye el primer modelo de “patronato” organizado, reanima la fe y extiende una atmósfera pacificadora sobre todo un barrio de la capital. El gobierno se interesa en ello, ayuda a la puesta en marcha mediante una subvención; el Consejo Real de Instrucción Pública autoriza y alienta ese “pensionado” de nuevo cuño [609].

Semejante núcleo de cristianismo, en pleno París, es la obra de San Francisco Javier, reservada para los adultos. La misma procura a sus miembros, asalariados de las fábricas, compañeros de humildes empresas, empleados subalternos, jefes de hogar sin fortuna, las luces de la religión, amistades reconfortantes, ayudas espirituales y materiales, principalmente duran los periodos de paro o de enfermedad. Basada, como debe ser, en la “parroquia”, y recordando a su modo a las antiguas cofradías, agrupa a sus adherentes bajo la dirección de un sacerdote designado por el párroco, y por el Hermano que, en la misma circunscripción eclesiástica, dirige una comunidad de maestros. Se reúnen en la iglesia, escuchan una lectura edificante, una alocución catequística, una conferencia apologética; se cantan vísperas, lo cual no sorprende a nadie en esos tiempos aún fieles a las venerables costumbres; se proveen de libros para las meditaciones personales [610]. De ese modo se reorganizan, discretamente, las estructuras destruidas por el individualismo de 1789; así, gracias a la iniciativa de religiosos maestros, a la vez deseosos de continuar las tradiciones de su Padre, el gentilhomme de Champagne, “amigo del pueblo”, y preocupados por comprender las necesidades de su época, se configura un futuro que toma prestados del pasado varios de sus lineamientos.

Si se trata de progreso social, los Hermanos aceptan alejarse de los centros urbanos, terreno habitual de su apostolado. Hacia 1844, un tal señor Nivière crea en el castillo de la Saulsaie, en los Dombes, a doce kilómetros de Lyon, un “Instituto real de agricultura”, provisto de todos los apoyos oficiales. Considera bueno de llamar como profesores a esos hombres cuyos predecesores, antaño, en Lorena, en Normandía, multiplicaron las pruebas de su experiencia educativa y de sus conocimientos rurales. Enseñarán —junto con la gramática y la aritmética— la geometría, la agrimensura, la contabilidad comercial, la física, la química, y —especialmente en las relaciones de esas ciencias con una formación agrícola— la geografía, la botánica, la zoología. Se estudia el suelo para obtener pleno rendimiento; y se proponen educar en la Saulsaie niños que hay que acostumar a la vida del campo [611]. Este intento, celebrado por Ambroise Rendu [612], el universitario de visión amplia, sirve de preludio a los futuros éxitos de la Congregación en sus granjas-modelo, en sus establecimientos de horticultura, en los ambientes del campesinado y de la gran propiedad agropecuaria.

* * *

La vocación pedagógica de los Lasalianos reencuentra pues las diversidades y las profundizaciones de las que había dado pruebas en el siglo XVIII. Interrumpida en su normal crecimiento por las catástrofes políticas, contenida entre los muros de las escuelas elementales, romanas, francesas y belgas, después de la restauración de 1803, franquea decididamente los límites que demasiadas desgracias, excesiva debilidad numérica, y —hasta por parte de sus protectores más celosos— demasiadas incomprendiones le imponían. Su fundador se había mostrado, en materia de educación y de enseñanza, genio intrépido y metódico, quebrantador de rutina, siempre dispuesto para las adaptaciones, según los seres y según las circunstancias. Sus realizaciones, sus ensayos abrieron los caminos a sus hijos; y en sus escritos se descubre el germen de toda la pedagogía moderna.

Al Hermano Philippe le basta consultar tan sensato itinerario, nutrir a sus equipos con tan sustancioso viático, para avanzar a grandes pasos. El retraso causado por la Revolución, el desaceleración forzada que se nota en el primer tercio del siglo XIX

van concluir finalmente. El Instituto alcanza, y pronto supera, el punto al que el Hermano Agathon lo había llevado.

Esta soldadura que restaura los engranajes y permite volver a poner en movimiento la máquina, se realiza sin fallos ni agobios. El restablecimiento de los pensionados constituye la prueba más llamativa del trabajo realizado. El hábil Superior utiliza las facilidades que le ofrece la ley de 1833; la organización de las clases destinadas a los niños y a los adolescentes de la burguesía media entrará en los marcos de la enseñanza primaria superior, por medio de la más completa extensión de los programas científicos y literarios, en espera del momento en el que conquistada la libertad, la preparación de los maestros, las demandas de las familias, la influencia destinada a los medios industriales y comerciales, la propaganda ejercida sobre la opinión pública lleven a imaginar —o a reinventar— una enseñanza secundaria especial.

Así surgen, se desarrollan, antes de la ley de 1850, las más felices creaciones. En el Sur de Francia, la casa de Béziers sigue siendo su prototipo; sigue creciendo bajo la dirección del Hermano Exupère, se acondiciona una graciosa y espaciosa capilla, en la que se exhibe el estilo “neogótico” elogiado por los historiadores y los arqueólogos, y muy apreciado por los católicos de Francia. Por orden del Hermano Philippe, el director ha debido conservar los principales pabellones del antiguo convento de Santa Clara: decidirse a construir haciendo tabla rasa hubiera sido preferible para el futuro del pensionado; pero parece que las oraciones y las virtudes acumuladas en el viejo claustro continúan inspirando las almas; detrás del elevado pórtico de la plaza Saint-Aphrodise, se sucederán las generaciones cristianas, la vida religiosa irá a la par con el progreso de los estudios [613].

Toulouse rivaliza con Béziers. Su pensionado Saint-Joseph, definitiva resurrección de la humilde empresa del Hermano Bernardin, comienza en 1840, con el apoyo del arzobispo, Mons. d'Astros, y los fondos de la generosidad languedociana. Sesenta alumnos acuden en los primeros días; se contarán doscientos cincuenta, menos de dos años después. Con premura, el Hermano Claude compra terreno, instala en improvisadas construcciones a los alumnos que se añaden a los novicios. De 1840 a 1843, 217.000 francos son invertidos en una obra que conocerá gran fama, dolorosas vicisitudes y espléndida prosperidad [614].

El 6 de agosto de 1839, un decreto ministerial autorizó la fundación del pensionado lionés, llamado de los “Lazaristas” [615]. En Savoya, más allá de la frontera establecida en 1815, van naciendo dos ciudadelas lasalianas, que heredará Francia con Napoleón III: Saint-Joseph de Thonon y La Motte-Servolex. Un montañés se ha dedicado audazmente a edificar la primera de ellas: Joseph-Marie Chabord-Blanc, nacido el 15 de noviembre de 1812 en Mégève, en Faucigny; entrado en el Instituto, donde recibió el nombre de Hermano Alman, maestro de escuela en Évian, luego en Faverges, en Aix-les-Bains, en Saint-Jean-de-Maurienne, en Chambéry, su inteligencia muy cultivada, su tacto de educador, su bondad que resplandece en un rostro leal y simpático le han valido, desde sus treinta años, el respeto, la confianza de la gente. Director en Thonon, restableció el orden en las clases primarias, atrajo hacia sí una multitud de niños, instruyó a los adultos analfabetos. Un cura de la ciudad, el P. Delesmillières, lo invita a extender sus actividades. El Hermano Alman dispone de muy poco tiempo: pero sigue adelante; confiando en la providencia, ocupa un antiguo convento de Ursulinas y lanza el programa de su nueva

enseñanza. Desde las orillas del lago de Ginebra, las buenas familias savoyardas responden a su llamada; su gratitud no cesará de crecer hacia el sabio y “santo” Hermano [616].

La Motte-Servolex se inauguró al mismo tiempo en 1844, en una propiedad cercana a Chambéry y que el Instituto adquiere del marqués Costa de Beauregard. Con el fin de dar forma y vigor al bosquejo, el Superior General elegirá pronto a dos artesanos de gran habilidad: el Hermano Libanos, con la obediencia de director; y, proveniente también del pensionado de Passy, el Hermano Calix, un bretón firme en su constancia y en sus creencias, para secundar al jefe del establecimiento. Ambos en plena juventud, van a aplicar según los principios del Hermano Théotique, todo un plan de construcciones materiales, de educación y de estudios. El favor del rey de Cerdeña promete a la casa el más brillante porvenir: Carlo-Alberto piensa poner La Motte a nivel de una escuela militar, siguiendo el modelo del Saint-Cyr francés; los Hermanos habrían conservado la administración, la disciplina, la enseñanza general. Desgraciadamente, las intenciones del príncipe resultan ser aquí, como en política, demasiado ambiciosas para sus medios. Custozza y Novare no tardarán mucho en arruinar sus esperanzas y su fortuna. El pensionado, no obstante, no sufrió los contragolpes de esos acontecimientos. Los alumnos acuden de la Italia septentrional al igual que de Savoya: vienen a buscar en los amplios horizontes de esta residencia una cultura especialmente cuidada; se alaba la buena calidad, en buen ambiente, el espíritu familiar, que reinan en las clases, en el recibidor y en los regocijos escolares [617].

Marsella se prepara a seguir la corriente, bajo el impulso del Hermano Euthyme, carácter ardiente, autoridad indiscutida. Las tradiciones del célebre pensionado del boulevard de la Cordería revivirán, a partir de 1848, en el local provisorio de la calle de la Fare, luego del paseo Devilliers, antes de trasladarse y desarrollarse en “Sainte-Marie”, sobre las alturas que dominan la ciudad foceana. Y los viejos maestros del siglo XVIII, el Hermano Bénézet, el Hermano Patrice, el Hermano Guillaume-de-Jésus, tendrán dignos sucesores [618].

Decididamente, el clero comprende que los métodos lasalianos pueden ayudar a la recristianización de una élite. No será culpa de los vicarios capitulares de Poitiers, P. de Rochemonteix y P. Samoyault, si no se puede abrir un pensionado junto a las escuelas de la diócesis. Sus deseos chocan con la oposición del Comité del distrito; y sus justas quejas llegan al ministro, lastimosamente sin éxito: los sectarios del lugar “no reprochan a los Hermanos ninguna negligencia, ninguna falta... Se inquietan únicamente por los notables progresos” de esos educadores. ¡Eso es lo que “les parece peligroso” y merecedor de las severidades de una autoridad protectora! La misma se ha negado, con conocimiento de causa, a hacer caso a las más diversas exhortaciones: ¿no querrán llegar a privarse por completo de los servicios del Instituto? No tiene ningún interés en un proyecto que supere el nivel primario.

El Oeste bretón no sufre ningún fracaso semejante [619]. En 1835 había llegado a Nantes el Hermano Lambert: a la vez Visitador del distrito y jefe de las comunidades de la ciudad, ese religioso capaz de amplios emprendimientos organiza, en el mes de octubre de 1838, el semipensionado del hotel Rosmadec. Ese inicio colma sus expectativas; pero no hay que detenerse ahí. El Hermano Lambert propone a los Superiores adquirir un terreno en un lugar encantador, que llaman con todo derecho

“el Tivoli nantés”; fresco y pintoresco campo del otro lado del Erdre: la vía de acceso —calle de Bel-Air— indica bien las ventajas del lugar. Se da carta blanca al iniciador. Varias pequeñas propiedades se añaden sucesivamente al primer lote, para conformar un conjunto de 15.000 metros cuadrados. Los edificios se construyen siguiendo los planos del Hermano Bassus: ala norte, que, desde octubre de 1841, alberga a los mediopensionistas, a partir de ahora alejados de la escuela Saint-Pierre y del noviciado de Rosmadec; capilla consagrada en 1844 por Mons. de Hercé; ala sur, de la misma época. Trescientos alumnos en esos años. Algunos pertenecen a la nobleza del país; y, con su presencia, entre la clientela habitual de la Congregación, esa aristocracia acredita el catolicismo profundo, primordial, de las almas bretonas [620]. “Saint-Joseph de Bel-Air”, convertido en pensionado, conservará ese carácter de piedad y ese matiz de distinción.

Con el mismo espíritu cristiano, pero en un ambiente diferente, prosperará el “Likès” de Quimper [621]. Los Hermanos son ajenos a los orígenes de la fundación. *Suum cuique*; será bueno poner de relieve el personaje del actor principal: Germain-Joseph, barón Boullé. Prototipo del gran funcionario de antaño, inteligente, osado y perseverante en sus emprendimientos, entregado al pueblo que administra, heredero de la sabiduría y, en parte, del poder de los intendentes del Antiguo Régimen. Nacido en Pontivy en 1786, es el hijo de un diputado de la senescalía de Ploërmel en los últimos Estados Generales. Al igual que sus antepasados, tiene pasión por el bien público, voluntad de servir. La monarquía de Julio lo convirtió en prefecto del Tarn-et-Garonne, luego del Aude. En 1836, es enviado con el mismo título, a su provincia natal: Boullé será prefecto del Finistère durante once años, hasta la abdicación de Louis-Philippe. Se preocupa por sacar al departamento de una existencia estancada, por enriquecerlo, por civilizarlo. Se interesa muy vivamente por la agricultura y por la enseñanza. Dos hombres le ofrecerán una colaboración muy franca: el obispo de la diócesis, Mons. de Poulpiquet, y el conde de Carné. Éste, gentilhomme de vieja alcurnia, se cuenta desde su juventud, entre el número de los dirigentes de la Bretaña. Aún no tiene treinta años cuando es elegido, en 1833, consejero general; a partir de 1839 ocupa un escaño de la Cámara Legislativa. Letrado, historiador, economista, se ve honrado con la amistad de Lamartine y de Montalembert. El orador católico, cuyas ardientes convicciones comparte, será su huésped en la casa solariega de Marrall’ach. Louis-Marcien de Carné fundará, de común acuerdo con el Padre Cazalès, la revista *Le Correspondant*, órgano de defensa religiosa y de liberalismo cristiano. Su valor intelectual y moral, sus *Estudios sobre los fundadores de la unidad francesa* le llevarán a la notoriedad. Se lo puede ver, en 1847, como director comercial en el ministerio de Asuntos Exteriores; en 1863, uno de los cuarenta de la Academia.

Boullé, Carné, Poulpiquet, buenos ciudadanos, jefes que comprenden su papel. Realizan obra social inspirándose en su patriotismo y en su fe. Lamentan la ignorancia que retrasa todos los progresos del país bajo-bretón: los carros y las mentes quedan “empantanados” en estos “cantones de Quimper-Corentin” desde el siglo en el que Jean de La Fontaine pretendía, en sus fábulas, que “el Destino envía allí a las personas cuando quiere hacerlas enfurecer”. Estos guías del equipaje no se estancarán ante las dificultades. Y, si el cielo ayuda, sabrán salirse del carril.

El prefecto no se hace ilusiones: el Finistère está “prodigiosamente atrasado”, afirma en sesión de Consejo General, el 24 de agosto de 1837. Ocupa el penúltimo lugar (el último le corresponde a la Corrèze) en las estadísticas relativas a la enseñanza:

6.850 niños, sobre 35.000 en edad escolar, son los únicos en recibir algunos elementos de enseñanza; en 1844, tan sólo se encontrarán 57 conscriptos (sobre los 281 del distrito de Quimper) que sepan leer y escribir.

De los 282 municipios del departamento, menos de la mitad poseen una escuela: 122 primarias, dos con el nombre de escuelas superiores. Los Lasalianos no dirigen escuelas más que en Brest y en Quimper; en la capital congregan a unos 350 alumnos, algunos de los cuales bajo la dirección del Hermano Agrève, prolongan sus estudios adquiriendo algunas nociones esenciales de gramática, de aritmética, de geometría y de dibujo. La enseñanza secundaria se reduce a los cursos del colegio municipal.

Para explicar el reducido número de maestros, el débil porcentaje de alumnos, se alega, no sin razón, las condiciones generales del hábitat: diseminación de las granjas a lo largo del campo, alejamiento y escasez de los centros de actividad humana, lamentable situación de las vías de comunicación. Los campesinos son indiferentes a estas desventajas: viven replegados sobre sí mismos, y se contentan con raspar el suelo, según los métodos rudimentarios. Algunos, no obstante, desean para sus hijos algunos estudios: a falta de escuelas en la vecindad, los envía a Quimper a seguir las lecciones no en las escuelas municipales, que no reciben a la gente del campo, sino a instituciones privadas, cuya reputación pedagógica queda por debajo de lo mediocre. Esos niños, separados prematuramente de sus familias, se alojan en común, por grupos de diez o doce, en viles posadas o en hogares de obreros: los padres, cada semana, les proporcionan las provisiones alimenticias; ninguna vigilancia, y el vagabundo una vez terminadas las horas de estudio: es fácil imaginar cuanta malas costumbres pueden contraerse de ese modo.

La situación de estos escolares demasiado independientes —los “Likès”, los laicos, como se los llama (por oposición a los “Cloarecs”, los clérigos)— preocupa a las autoridades. Por lo cual el Sr. de Carné propone al prefecto, instalar una casa de alojamiento, acompañada de una organización escolar. Esa creación salvará del analfabetismo a la juventud de varios pueblos; contribuirá poderosamente a la difusión de la lengua francesa; dará al país una generación educada según buenos principios y capaz de realizar, en sus terrenos patrimoniales, algunos perfeccionamientos.

El barón Boullé se apresura en adoptar la idea. En los amplios edificios del colegio hay un local disponible: el Consejo Municipal acepta prestarlo a la administración del departamento. Allí se establecerá “la escuela especial de agricultura y de lengua francesa”, conocida en la región bajo la designación de “escuela de los Likès” o, más brevemente sin tener cuenta del plural primitivo, de “Likès”. Un informe del prefecto, con fecha del 15 de marzo de 1837, expone la finalidad, las vías y los medios, al ministro de la Instrucción Pública. Salvandy concede, en junio, una primera subvención. La ordenanza del 28 de noviembre aprueba la nueva institución; y el “proyecto de reglamento” elaborado por Boullé, ligeramente retocado por el Consejo Real, se convierte en el estatuto que rige a los pensionistas.

Éstos trabajarán bajo el patronazgo y el control de las personalidades oficiales. Al precio de 25 francos por mes, serán alimentados por el establecimiento; si las familias prefieren enviar los productos de las granjas, no pagarán más que una mensualidad de 5 francos por la preparación de las comidas y “el remojo de la sopa”.

La enseñanza “comprenderá todas las ramas indicadas en el artículo 1º de la ley del 28 de junio de 1833”, y, además, “nociones de agricultura y de economía doméstica”. La religión se inscribirá a la cabeza del programa. Incluso, en esa región, totalmente creyente, no parece posible no elegir a un sacerdote como director. Con el consentimiento de Mons. de Poulpiquet, el Padre Guilcher asume el cargo. Conoce bien el medio campesino; y la lengua bretona le sirve de gran ayuda. Su entrega a la obra irá hasta asumir completamente las responsabilidades financieras, cuando el Consejo General y la municipalidad se niegan a entregar los fondos. El P. Guilcher no puede, sin embargo, él solo, dirigir la casa, mantener la disciplina, organizar las clases. En noviembre de 1838, menos de un año después de la puesta en marcha, ya se han reunido sesenta “camaristas”. Es el momento en que los Hermanos escuchan una primera llamada: los éxitos de su escuela gratuita —algunos de cuyos alumnos han preparado a los exámenes de Artes y Oficios— les valen la estima y los elogios del prefecto. Se les pide que tengan la bondad de enseñar a los Likès. Dos maestros, los Hermanos Préside y Cagnion, vienen a ayudar al director eclesiástico, pero conservando su residencia en la comunidad de Saint-Corentin.

Y luego, la autoridad académica se da cuenta de que el Padre Guilcher no posee ningún grado universitario. Con el fin de regular la situación, hay que atribuir al Hermano Préside el título de director: el economato y la capellanía quedan a cargo del sacerdote. Este *modus vivendi* sigue existiendo después de la muerte del P. Guilcher, en 1840. El Padre Morisset sucede a su cohermano: se dedica seis años a la formación cristiana de los niños y al progreso material del establecimiento.

Bajo su administración, el número de pensionistas se eleva a 160, provenientes de todo los distritos de Finistère. Estos estudiantes rurales tienen necesidad de ser iniciados en los trabajos de su futuro oficio: el barón Boullé actúa en París y en Quimper; se ha ganado plenamente el favor de los consejeros generales, que votan un crédito para el alquiler de una granja y la compra de las herramientas; del Ministerio de la Instrucción Pública obtiene una cátedra de agricultura. El profesor, Sr. Olive, un laico muy entregado, de rostro simpático, inaugura sus cursos el 1º de mayo de 1843; en compañía de sus discípulos llevará a cabo la explotación de la finca de Kermahonet, en Kerfeunteun. La Sociedad Central de Agricultura pone a su disposición instrumentos modelo.

El Likès llama la atención de la Bretaña. Pero no gozará de todas las posibilidades de futuro más que si un Instituto religioso le presta definitivamente sus hombres, le garantiza la confianza de las familias, la continuidad de la ideología y de los métodos. El prefecto no tiene duda: Habiendo muerto en 1846 el P. Morisset, se produce una decisión capital; de acuerdo con la administración del departamento y con el Gran Maestro de la Universidad, el Hermano Philippe acepta, mediante la carta del 21 de enero de 1847, la tarea que se le ofrece. Crea una comunidad autónoma; confía la dirección al Hermano Charlemagne. Elección que denota una gran perspicacia; este Lasaliano tiene la apariencia y las cualidades de un jefe: voluntad dominadora, revelada por los rasgos del rostro; buena inteligencia, notable espíritu de observación, puntualidad matemática, carácter seguro y firme. Dirige a ocho Hermanos, varios de los cuales bretones apegados a las tradiciones bretonas; enseña, en su primer año de gobierno, a 232 alumnos, que serán 287 en 1848.

Un magnífico desarrollo espera en adelante a la original creación, bajo la advocación de “Santa María”. La modestia de los comienzos parece ya lejana: se sigue hospedando al modo antiguo a los niños campesinos; se les imparte una sólida enseñanza primaria; pero el reclutamiento y el programa tienden a ampliarse. Poco a poco, se van acercando a la habitual concepción de los pensionados; y diversas salidas serán posibles para los jóvenes que han pasado bajo la dirección de los Hermanos. Éstos, con el prolongado y fiel apoyo del Sr. Olive, no olvidan “la idea fundamental” del barón Boullé. En el mes de julio de 1847, en un discurso de distribución de premios, el iniciador la reafirmó, y fue como su testamento prefectoral: el Likès debía “formar para la región de Finistère una raza de labradores expertos y sabiamente progresistas”.

Esta historia, en la que se ve poner en común los esfuerzos de un excelente administrador, animado de intenciones verdaderamente “sociales”, de un clero enteramente al servicio de sus feligreses, y de una Congregación que se adapta sin trabas, sin prejuicios, a los usos y costumbres de cada provincia, nos ha parecido digna de ser contada en detalle. Los sucesores del Hermano Charlemagne han utilizado cuidadosamente los documentos de la época, con el fin de conmemorar el centenario de una obra que sigue bien viva. En las páginas y las imágenes de una monografía captamos el aspecto de la Bretaña antigua, y el aporte dado por los Hermanos a las realizaciones de sus más inteligentes contemporáneos.

Comienzos sin ambición, desarrollos prudentes, pero de ordinario sin detenciones y sin arrepentimientos, luego éxitos justificados, brillantes, duraderos, ésa es casi en todas partes la marca de las fundaciones lasalianas. En Reims, el semi-pensionado cerrado en 1832 por la municipalidad, se vuelve a abrir trece años más tarde. Chaix-d’Est-Ange, abogado general ante la Corte de Casación, prometió su apoyo, durante su candidatura para un puesto de diputado. Es elegido, mantiene su compromiso. La casa de la calle Venise acoge a setenta niños; al principio va buscando sus orientaciones. Esperará al Segundo Imperio, y a un pedagogo preparado de amplia visión, para ubicarse entre las más florecientes instituciones [622].

En la capital, un religioso muy joven es, desde el origen, el alma del establecimiento llamado de los “Franc-Bourgeois” [623]. Profesor en Saint-Nicolas des Champs, el Hermano Joseph soñó con crear una escuela comercial, mucho menos por el deseo de ampliar el círculo de su enseñanza que con el fin de arrancar a una adolescencia que ama de los peligros del materialismo. No tienen más que 21 años. ¿Qué hará para pasar a la acción este religioso desconocido, obligado a la obediencia y a la pobreza? Su iniciativa debe encontrar aprobación, subordinarse, “perderse” aparentemente, para llegara a ser fecunda. La pone en conocimiento de su director de comunidad, el Hermano Arthème. Siguiendo el ejemplo del otro Bransiet, el Superior General, es un espíritu atento al mundo exterior, listo para utilizar las competencias, al mismo tiempo que bien dispuesto con respecto a las felices osadías. Algunos buenos cristianos, que son gente de experiencia y que pueden ofrecerse como socios capitalistas, alientan la empresa. El Sr. de Melun dispone de un local: en el número 10 de la calle de los Francs-Bourgeois [624], en uno de los encantadores palacetes del Marais, con la fachada adornada de pilastras, de esculturas en forma de tapices, fragmento de arquitectura donde se expresa la gracia ilustrada del siglo XVIII. El gran empresario reúne allí cada domingo a los obreros que protege; pero los días de entre semana, dejará a los Hermanos que impartan allí su enseñanza.

Solución improvisada, cuyos inconvenientes saltan a la vista: los patios del palacete, estrechos y mal aireados, no se prestan para los recreos. Además, se comparte el edificio con varios inquilinos. Pequeño “hogar”, del cual uno siente que no es el dueño. Por lo cual, no se recibirán más que medio-pensionistas.

La escuela se abre en esas condiciones el 21 de noviembre de 1843. Su personal permanece vinculado a la casa de Saint-Nicolas des Champs. El Hermano Macchabée dirige los estudios. Por su parte el Hermano Joseph, es el encargado de las lecciones de literatura en la primera clase: puesto de confianza que le permite ejercer su ascendente sobre los alumnos mayores.

De todos modos, mientras permanece subalterno, la organización va un poco a la deriva; a la nave le falta un vigoroso golpe de timón. Sus primeros capitanes se suceden, por lo demás, con rapidez: el Hermano Macchabée muere a finales de 1846; el Hermano Alvier fallecerá en el cólera en 1849. Se diría que no recibieron el mando más que para “ensayar” el proyecto, y para que su lugarteniente llegue a la edad de realizar con maestría las decisivas maniobras.

La nave de gran categoría que, en este tiempo, avanza a todo trapo, con todas sus armas, en alta mar, es la incomparable “Passy”. La hemos visto construir en los astilleros de la Casa Madre. Su verdadera botadura data del 8 de abril de 1839. Ese día, el Hermano Mélit se instala, con sus pensionistas, en los pabellones del hotel Valentinois, antaño propiedad de la duquesa de ese nombre; antes que ella, el duque de Aumont, y, a continuación, de Benjamín Franklin, del príncipe de Condé: espléndida propiedad, sitio magnífico, sobre la colina desde donde se descubre París y el valle del Sena. Los nuevos huéspedes lo poblarán con una juventud numerosa y selecta, lo transformarán sin disminuir su encanto, extenderán sobre él un ambiente de felicidad, y dejarán para siempre en él su recuerdo.

Cinco meses después del traslado pedido por los Superiores, llegan a Passy los providenciales maestros de la obra: el Hermano Théotique y el Hermano Libanos. Más tarde estudiaremos el conjunto de sus trabajos: las perspectivas se perderían, si no tomásemos las distancias necesarias. En 1844, el decorado material comienza a plantarse: la primera piedra del pabellón principal es bendecida, en el mes de junio. Y el 1º de mayo de 1846, se inaugura la terraza, grandioso remate [625]. Nos complace subir, con la imaginación, sobre la techumbre con el Hermano Philippe, para contemplar, hasta las extremidades de Francia, a los Lasalianos trabajando en edificar sus más importantes centros de educación.

* * *

Ahora van a guiarnos *ad inferos*... Círculos del purgatorio, sino del infierno de Dante. Cediendo a los deseos de su amigo, el presidente Pontcarré, san Juan Bautista de La Salle consintió en cuidar en Saint-Yon, a jóvenes rebeldes o viciosos, posteriormente a personas de toda edad, presos por orden del rey. Y hasta la Revolución, los Hermanos se ocuparon —no solamente en Normandía, sino también en Lorena, en Maréville— de esta tarea ardua, ingrata, que puede hacer correr el riesgo de endurecer el corazón si no se empapa de una caridad sobrenatural.

Es la virtud que practican dos Hermanos desde 1840, en el lugar de los jóvenes detenidos de la Petite-Roquette. El prefecto de policía de la capital, Sr. Delessert,

había organizado en 1838 esa “casa central de educación correccional”: allí se encontraban jóvenes insumisos, confiados a la administración por las familias, otros en prevención a causa de diversos delitos, otros absueltos por sentencia de tribunal por haber actuado sin discernimiento y aún así colocados bajo vigilancia antes de ser conducidos, como insumisos, a los establecimientos penitenciarios; además una categoría de muchachos de 16 a 21 años, condenados a prisión por un año como máximo.

Trabajo manual y trabajo escolar son obligatorios. A petición del prefecto de policía, la comunidad lasaliana de la parroquia Sainte-Marguerite delega, cada día, a dos de sus miembros, en calidad de maestros y de catequistas, para esa clientela muy especial. Las lecciones colectivas se dan en la amplia sala circular en la que cada preso, invisible para sus vecinos, ocupa un cubículo. Luego, los Hermanos completan la enseñanza, necesariamente según el modelo individual, pasando por las celdillas. En las mentes y en los corazones obtienen buenos resultados; anualmente, numerosas primeras comuniones; luego, perseverancias que los alegran: “¡Vamos, que usted no tiene más que santitos en su clase!” le dirán al Hermano Aurèle, muy apegado a sus discípulos de la Roquette. Su compañero, el Hermano Jason, no abandonará ese medio sino después de una prolongada carrera. Ambos tienen garantizado el apoyo y la amistad del “apóstol de las prisiones”, el venerable Padre Cozes. Y los poderes públicos conservarán a los miembros de la congregación como auxiliares cerca de medio siglo, hasta los días de 1882 que verán al sectarismo ampararse de la pedagogía [626].

El Instituto en esto permanece en su función absolutamente normal. Así como antiguamente en el “Refugio” de la calle de Grès-Saint-Jacques, se trata, para los Hermanos, de desplegar sus talentos de educadores. Pero semejantes éxitos —y el recuerdo de las antiguas “casas de detención forzosa”— llevan pronto al gobierno francés a reclamarles una contribución mayor. Se juzga que su influencia se ejercerá sobre la mejoría moral de los condenados de derecho común; se los quiere residiendo de manera permanente en algunas de las grandes cárceles.

Ante la insistencia de las autoridades, el Superior General se resuelve, en 1841, a enviar a la Casa Central de Nîmes una comisión de averiguación. Los religiosos que la componen, los Hermanos Facile, Mamert, Marin, Hervé, son hombres de primer orden, de inteligencia notable: dirigirán al Régimen un informe sobre el género de apostolado al que podrá dedicarse la Congregación.

Previeron todas las dificultades, todos los problemas, todos los peligros: conflictos casi inevitables con el elemento civil; revueltas, siempre de temer por parte de los detenidos; fatigas y responsabilidades de las rondas de noche. Pero, ¡cuántas miserias físicas y morales que aliviar, que curar! ¡Cuántas bajezas que purificar, cuántas almas que salvar! Había que tratar de realizar un gran bien, imitando la abnegación de los precursores del siglo XVIII.

“Aceptemos”, concluían los ponentes. La experiencia se limitó al principio a algunas lecciones reservadas para los presos de menor edad de Nîmes. El prefecto del Gard, Sr. de Jessaint, se mostró tan contento que se apresuró a ampliar la acción de los Hermanos. El 20 de enero de 1842, un equipo de treinta y siete lasalianos reemplazaba a los tres maestros que había dirigido, durante algunos meses, el Hermano Marin.

Aquel que se convierte en jefe esconde un corazón de oro bajo una ruda corteza: la energía y la bondad del Hermano Facile —un nombre que en modo alguno define al personaje— se desvivirán en los calabozos, antes de aparecer a pleno día sobre un escenario muy diferente, cuando se encumbren ante los horizontes de América... Hay algo de san Vicente de Paúl en este religioso: menos ingenuidad quizás, menor amenidad en el lenguaje; en la apariencia y en la fisonomía, un carácter muy marcado de potencia, de dominio; pero una entrega análoga al servicio de seres fracasados y desgraciados; un arte idéntico en conquistar y conservar una multitud de discípulos; el mismo genio de organización; y el espíritu de apostolado capaz de transformar un mundo.

En Nîmes, maestro-hombre subyuga a sus administrados, inicialmente recalcitrantes y voluntariamente odiosos. Pretende dirigirlos con franqueza y lealtad, guiarlos con mano firme y mantenerlos tranquilos, proporcionándoles un mínimo de bienestar, distribuyéndoles tareas proporcionadas a sus fuerzas: es inútil pretender engañarlo ni vencerlo; revisa los mercados de los proveedores de víveres, vigila muy de cerca las actuaciones de los comisionistas de los trabajos. Al mismo tiempo, no escatima nada para que la enseñanza y la evangelización confiadas a los Hermanos se realicen día tras día, sin obstáculos.

Semejante rigor no gusta nada al personal laico de la prisión. Llegan quejas a París. El ministro del Interior subraya la buena disposición de los miembros de la Congregación: “Cuando fueron llamados, escribe, la casa central estaba, en el aspecto sanitario, en las peores condiciones. Estoy convencido” de que, si el estado de los condenados ha mejorado, se debe en gran parte a la vigilancia de los nuevos responsables, “a su espíritu de justicia”, al cambio que resulta de sus “sabios consejos, de sus piadosas exhortaciones”.

De todos modos, es importante determinar el *modus vivendi* entre civiles y religiosos. Tal es el reglamento de 1843, elaborado en las oficinas de Duchatel, después de un acuerdo con el Superior General. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas remplazan al guardia-jefe y a los guardias ordinarios en calidad de vigilantes; bajo la autoridad de la prisión, y bajo el control del inspector, asumen la dirección de los talleres, de los comedores, de los dormitorios y de las celdas individuales. Se encargan de la alimentación. Y de igual modo que el alimento corporal distribuyen los alimentos espirituales, instrucción profana, instrucción moral y dogmática.

El director de la comunidad lasaliana asigna al director del establecimiento los jefes de grupo —los “prévôts”— que dirigen el trabajo manual; escribe un informe cotidiano del movimiento de la población y de la actitud de los presos. Los Superiores del Instituto son libres de realizar cambios en el personal de la congregación que, por otra parte, en la casa central, obedece únicamente a las órdenes de los dos funcionarios de más alto rango.

En 1844, el sistema se extendió a la prisión de Fontevrault, en 1845, a las de Melun y de Aniane. En todas partes, el Hermano Facile desempeñó el papel principal. Cuando el Hermano Anicet le sucedió en Nîmes, llevó cuarenta y ocho Hermanos a Maine-et-Loire, luego otros diez al Hérault. En el mes de febrero de 1846, el Hermano Philippe le nombró Visitador de todos los centros penitenciarios.

Se imponía esa unidad de mando: a pesar de los reglamentos oficiales, la situación era siempre delicada. El director Lespinasse, que los Hermanos se encontraron enfrentado con ellos en Nîmes, les buscó nuevos problemas en Aniane. En el Gard también se produjeron algunos altercados, que el ministro y el Superior General arbitraron. La dualidad de poderes, la divergencia en las concepciones ponían demasiado a menudo en conflicto a religiosos y administradores.

A estos problemas, que no existían de ordinario en las antiguas casas de detención forzosa, se añadían los desacuerdos y los peligros que los Lasalianos no conocieron antiguamente en su obra de Saint-Yon. Fuese cual fuese la decadencia social y moral de los “libertinos” encerrados a petición de sus familias o por despacho real, el nivel de los “miserables” del siglo XIX se situaba varios grados por debajo; sus vicios no eran menos repugnantes; sus furores estallaban más temibles.

Las antiguas abadías benedictinas, confiscadas, saqueadas por la Revolución, soportaban, bajo el régimen moderno, un bien triste destino y parecían a veces transformadas en pandemonios. Allí no había suficiente seguridad para la vida de los Hermanos vigilantes. En Fontevrault, el 21 de agosto de 1844, dos de ellos corrieron el riesgo de ser asesinados; el año siguiente, los Hermanos Cornélie, Gerasime, Yvarch, Rabulas fueron heridos por arma blanca.

En la prisión de Nîmes, hubo que lamentar el acontecimiento más doloroso: el Hermano Paschal cayó mortalmente golpeado por un detenido. Éste fue condenado a la pena capital y ejecutado, a pesar de la petición de gracia formulada por los compañeros de la víctima.

Estas pruebas, esa sangre no detuvieron en absoluto los ánimos. En total, los subordinados del Hermano Philippe y del Hermano Facile, no solamente ganaron méritos para el cielo, sino que realizaron un fecundo trabajo y se ganaron una excelente reputación. Los Hermanos directores Pipérion y Romon, en la casa central de Aniane, Péloguin y anevin, en Fontevrault, Anicet y Justinien, en Nîmes, se mostraron particularmente activos, previsores, responsables, dignos de los elogios que no les escatimaron los representantes del Estado.

El inspector general de las cárceles declaraba que profundos cambios coincidían en Melun, con la presencia de los Hermanos. El “desenfreno” cesaba; los desórdenes de todo tipo eran reprimidos. El trabajo funcionaba a pleno en los talleres de ferretería, de relojería, de instrumentos de música, de fabricación de muebles.

En aquellos lugares donde se amontonaban los peores elementos —reincidentes, condenados a las peores penas, toda la hez de la región parisiense— y que, antaño había visto a los Lasalianos recibidos con abucheos, con la revuelta declarada, ya no necesitaba llamar al rescate a las tropas de la guarnición. Si algunos energúmenos amenazaban aún a sus guardianes, otros detenidos se encargaban ellos mismos de la defensa de los religiosos atacados. El recitado de oraciones, la celebración de la misa se desarrollaban en un ambiente de respeto.

Sin duda los herederos espirituales del Hermano Agathon pasaban con tristeza delante de la antigua Casa Madre de 1780, perdida para siempre por la Congregación, monasterio reducido a la categoría de cuartel [627]... Y cuando acudían a encerrarse, a orillas del Sena, entre las murallas adustas, podían sentir la

amargura y los lamentos de los exiliados de Sion. Pero se consolaban pensando que tantos sacrificios no resultaban vanos; que intercambiando el asilo de paz de sus predecesores por un receptáculo de las cóleras y los sufrimientos humanos, ellos permanecían a pesar de todo en la línea de su vocación.

Su mansedumbre conmovió las almas. Lo mismo sucedió en el Languedoc. El Hermano Philippe al visitar Nîmes en 1847, admira el orden que reina en las clases y en las salas de trabajo. Intercede ante el ministro en favor de determinados sujetos que, según el parecer del Hermano Director, merecen que se reduzca su cautividad. El inspector general Boilay se presta a dichas gestiones, ya que la administración, dice, se felicita vivamente por la colaboración de los Lasalianos.

Se les concede toda la amplitud en materia de evangelización. Es la época en la que tres Padres Lazaristas predicán un “retiro” a los presos de Aniane: seiscientas comuniones, quinientas confirmaciones la clausuran; sobre los doscientos cincuenta jóvenes que purgan su condena en el establecimiento, doscientos veinte se acercan entonces a la Santa Mesa.

Los presagios de la Revolución de 1848 vienen a comprometer esos hermosos resultados. Cierta efervescencia se manifiesta en las penitenciarías: la actitud de un vigilante civil, provoca entre los muros de Aniane gérmenes de indisciplina; en Melun, el libelo calumniador de un capellán protestante crea sospechas sobre los Hermanos. La situación se volverá insostenible tras la caída de la monarquía. Y el Superior General deberá indicar al nuevo gobierno su voluntad de renunciar a la obra de las prisiones.

Obra, por consiguiente efímera. El Instituto no la emprendió más que para manifestar su lealtad política; de acuerdo con el espíritu de su Fundador, resucitando en su más amplia medida las tradiciones del siglo precedente, había desplegado un celo al cual todos los observadores imparciales rendían homenaje. Pero ese centenar de religiosos sacados de las escuelas, obligados a una existencia singular, era necesario para tareas más urgentes. La enseñanza, en todas sus formas, tal era su misión esencial; multiplicar sus ocupaciones subsidiarias, convertirlos en vigilantes de maleantes, en organizadores de trabajos forzados, les confería un aspecto poco deseable. Seguían dispuestos a enseñar a todo tipo de individuos, a contribuir a la recuperación de toda juventud descarriada. Ese programa, continuaron cumpliéndolo en varias prisiones departamentales: por ejemplo en Orleáns, donde el capellán —el canónigo Pelletier— desde 1841, se hacía ayudar por uno de ellos en la catequización; en Reims, donde los Hermanos ejercieron, desde 1845 a 1851, funciones análogas; a continuación, en Loos, en Rodez. Mejor que los calabozos del tiempo de Louis-Philippe, los orfanatos creados posteriormente, los “protectorys” anglosajones, posibilitarían admirables realizaciones, en el más recto sentido de su Regla [628].

* * *

Semejante cuadro de las actividades lasalianas quizás sea suficiente para sugerir la idea de una potencia en marcha. Evidentemente, el Instituto crecía de manera muy rápida: la Iglesia y el Estado preparaban el terreno, reclamaban las simientes, no juzgaban las plantaciones ni demasiado numerosas ni demasiado apresuradas. Los obispos invocaban las necesidades religiosas de sus diócesis; los gobernantes y los

notables trataban de contener en su deslizamiento la avalancha de las revoluciones sociales. “El celo de los apóstoles, la cordura de los pensadores, el egoísmo de los arrivistas..., otras tantas influencias que pesaban sobre el Hermano Philippe” con el fin de precipitar sus decisiones [629]. El Superior General se veía rodeado de atenciones, asaltado de peticiones. Ante la tela de Horace Vernet, en el Salón de 1845, se despertaban las curiosidades simpáticas, se intercambiaban los comentarios en los que la preocupación por el arte pasaba a segundo plano tras las consideraciones religiosas [630].

El cliente del pintor no consintió en posar más que para obedecer a las voluntades del Capítulo de 1844. Aunque se asustó al verse convertido en vedette, su humildad no se vio afectada. Su “yo” le importaba poco. En cuanto a los éxitos de su Congregación, sin desestimarlos, le gustaba reducirlos a su justo lugar, a su exacto valor. Calculaba que sobre los 40.500 maestros primarios, públicos o libres, extendidos por toda Francia, los maestros pertenecientes a Sociedades religiosas no superaban en mucho, en 1840, los dos mil [631]. Un “ejército” bien pequeño para la difusión del Evangelio.

Sin embargo, su reclutamiento, su formación, corrían el riesgo, en su ritmo acelerado, de provocar ciertos perjuicios. El Hermano Philippe se preocupaba por ello. Cuando, después de la historia “exterior” de su generalato, estudiemos la vida íntima de los Lasalianos, veremos qué precauciones, qué cuidados, qué remedios el Superior se esforzó en emplear. Atengámonos por el momento a las cifras: los distritos del Instituto en Francia —París, Lyon, Toulouse, Aviñón, Clermont, Saint-Omer, Nantes— a los cuales se suma la isla Borbón, comprenden, el 1º de enero de 1845, 386 establecimientos, 3.190 Hermanos (teniendo en cuenta los Hermanos sirvientes y los novicios), 169.500 alumnos. Fuera de las fronteras, nos encontramos —las “provincias” de la congregación— con Bélgica, Savoya, el Piamonte, los Estados Pontificios, Canadá (hasta aquí son países que ya conocemos), Suiza y Turquía (más adelante, recorreremos esos dos países). El total de los países religiosos se eleva hasta los 3.792, que enseñan a 197.000 alumnos en 469 casas [632].

Se amplían los noviciados [633]; se construye en la Casa Madre. El “soberbio jardín inglés”, del que hablaba en 1819 el Hermano Thomas, se ha visto ya reducido para dar espacio a los novicios menores. Aún así forma un oasis favorable a los juegos de los niños, al descanso de los miembros del Régimen. “Cuatro arpendes”, diseñados a la francesa, completan la reserva de aire puro. Un paseo cubierto, de 84 metros, se adosa al muro del fondo: el Hermano Philippe preside los trabajos, desde el inicio de su gobierno, así como la instalación de una enfermería y de una ropería.

El 28 de junio de 1844, Mons. Affre vino a bendecir la primera piedra de un edificio destinado a los nuevos miembros del Instituto. Pero esa empresa no llegó a concluirse. En ese entonces, la Compañía de Ferrocarriles del Este está pensando en establecer su monumental estación en el barrio Saint-Laurent. No solamente desaparecía el ambiente casi rural, los árboles, las flores, la paz de la tierra y de las almas. Los mismos edificios también deberían desaparecer. A pesar de las peticiones de los propietarios afectados, a pesar de las gestiones ante el rey, el decreto de expropiación a causa de la utilidad pública se hace efectivo en 1846. El número 165 del arrabal Saint-Martin —todo lo que los Hermanos habían consagrado al “Santísimo Niño Jesús”— iba a ser aniquilado. Bajo el impulso de los capitanes de

la industria, la ciudad tentacular devoraba su suburbio, en los campos de las cercanías.

El Consejo Municipal de París determinó, en su sesión del 26 de febrero de 1847, que él se encargaría del traslado de los Lasalianos. Sin esperar, el Superior se había puesto a la búsqueda de un nuevo alojamiento. Su elección, después del rechazo de varias propuestas inadecuadas [634], se fijó en un hotel de la calle Plumet, nº 33, en el barrio de los Invalides. Una ordenanza real del 17 de abril de 1847 autorizó su adquisición, por la ciudad, y estableció que “su usufructo sería concedido a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en reemplazo de la casa ocupada por ellos, en la calle del arrabal Saint-Martin, y en las mismas condiciones”. El Instituto seguiría siendo pues, a título gratuito, y en reconocimiento de los servicios pedagógicos, el huésped de la capital.

Régimen, Secretariado y Procura se trasladaron a la orilla izquierda, antes de que el acta notarial fuese firmada. Dejaron su querido recinto del arrabal a partir del mes de enero que precedió a las decisiones de la Asamblea comunal y del gobierno. La enfermería siguió existiendo durante algún tiempo más en los edificios expropiados. Allí fue donde murió, el 1º de abril, el Hermano Asistente Éloi. Todo un periodo de vida conventual se enterraba en su tumba. Los picos de los demolidores echaban abajo las celdas en las que habían rezado los patriarcas: el Hermano Contexte, retornado con Dios, en 1840, a la edad de 87 años; el Hermano Vivien que concluyó, el 14 de septiembre de 1842, en la majestad resplandeciente y calma de su vejez, su carrera de luchador, de reorganizador, de religioso finalmente devuelto a la perfecta obediencia.

Con tristeza, los testigos de los años cumplidos abandonan el lugar de tantos recuerdos. El cura de Saint-Laurent pierde a “sus mejores feligreses”. Los pobres, cuatrocientos de los cuales recibían la sopa durante el invierno, se preguntan: “¿Quién reemplazará para nosotros a los buenos Hermanos?”

No obstante, en la calle Plumet —que se convertirá, en 1851, en la calle Oudinot— la historia del Instituto va a retomar toda su amplitud. Oudinot, ese nombre de guerrero, evoca en la memoria de las generaciones hoy declinantes despliegues de cuellos blancos y de manteos de mangas flotantes, saludos de sombreros de tricorno, resonancias de gruesos zapatos, tintineo de campanas, ecos de procesiones y de cánticos... El encantador palacete, de una gracia ática y francesa, cuyas alas se curvan graciosamente hacia el centro de dos pisos coronados por un frontón, fue, en medio de espacios verdeantes, la residencia de Gaillard de Beaumanoir, su constructor en 1775. Montmorin Saint-Hérem, el ministro de Luis XVI, el padre de Pauline de Beaumont, lo posee a continuación, en él da brillantes fiestas antes de 1789; una vez comenzada la Revolución, reúne allí, en conferencias angustiosas y vanas, a aquellos que, como él, quieren salvar al rey. Pauline plantó en el jardín el ciprés, árbol fúnebre, “presagio de los males que debían agobiarla”; y Chateaubriand, después de haber recogido en Roma, el último suspiro de Pauline, viene en marzo de 1804, a contemplar el ciprés de Montmorin. La casa ha cambiado ya dos veces de dueño después de que el ministro fuera degollado, víctima de los asesinos de septiembre, en la prisión de la Abbaye. Jean Rapp, general y conde del Imperio lo comprará muy pronto y lo restaurará. Un duque de Aumont, par de Francia, un marqués de la Roche-Dragon, mariscal de campo, lo ocuparán después de él.

En adelante se difuminan en el horizonte grandezas y miserias. Y, por un gesto piadoso del Hermano Philippe, san José es elegido patrón de la nueva Casa Madre. ¿No asume, desde los inicios de la Congregación, la función de protector de la familia lasaliana? Su imagen figura, con la del Niño Jesús, en el sello primitivo de los Superiores: la devoción del siglo XVII no ha separado al carpintero de galilea de su Hijo adoptivo. Según la opinión del cardenal de Bérulle, del P. Olier y del Sr. de La Salle, es honrar uno de los “estados” del Verbo el contemplar el trabajo, junto a José, en el taller de Nazaret. Los Hermanos guardan fidelidad a la “escuela” mística del Oratorio, a la tradición sulpiciano.

Bajo tales auspicios, acondicionan los pabellones. En noviembre de 1846, dividieron varias de las amplias salas, instalaron un oratorio. Algunos de los árboles del arrabal Saint-Martin vuelven a echar raíces entre las paulownias y los castaños de las arboledas; recordarán los días del Hermano Gerbaud, del Hermano Guillaume, del Hermano Anaclet.

A los 9.000 metros cuadrados de la propiedad Beamanoir se le han añadido los 5.000 de un terreno contiguo. Por lo tanto espacio no falta; pero las construcciones parecen muy reducidas para el numeroso personal. Noviciados y enfermería se ubican en algunas dependencias, heterogéneas y precarias. Esa provisionalidad durará nueve años: el Segundo Imperio verá levantarse los muros austeros que rodean la calle Oudinot y el boulevard de los Invalides, luego comenzar el ala reservada, sobre el jardín, a los Hermanos ancianos, a los enfermos, y a los novicios menores [635].

Durante cincuenta y ocho años, el Instituto ocupará esa magnífica propiedad; la hará célebre y respetada en todos los países del globo; allí se celebrarán varios de sus grandes eventos; allí soportará las revueltas civiles, la guerra extranjera, las peleas, las artimañas y las violencias de los perseguidores. Y enseguida la van a asaltar las alarmas causadas por una repentina revolución.

CAPÍTULO II

EL HERMANO PHILIPPE Y LA REPÚBLICA DE 1848

La Revolución de febrero. Circular del Hermano Philippe, con fecha del 7 de marzo, a propósito de los acontecimientos políticos. La Iglesia y la República. El socialismo. Las tendencias y la obra de Hippolyte Carnot en el ministerio de la Instrucción Pública. — El motín del 15 de mayo; los días de junio. Discurso de Montalembert sobre la necesidad de una enseñanza cristiana. Los Hermanos y el pueblo: acción social de los cursos de adultos. Fin de la obra lasaliana en las prisiones. Función de los Hermanos durante la abolición de la esclavitud en las colonias. Episodio doloroso: el proceso del Hermano Léotade, en Toulouse. — Circular del Superior General (15 de enero de 1849) sobre “el año transcurrido”. La Asamblea Legislativa; Luis-Napoleón Bonaparte, presidente de la República; Frédéric de Falloux, ministro de la Instrucción Pública y de Cultos. — La libertad de la enseñanza: tarea del Sr. de Falloux y de la “Comisión extraparlamentaria”. Las actas de ese comité. Actitud y lenguaje de Adolphe Tiers; declaración del Hermano Philippe ante los comisarios (3 y 7 de febrero de 1849): las escuelas de aprendices, los cursos de adultos; desiderata del Superior General; su parecer sobre la Universidad, sobre los maestros laicos, sobre las escuelas primarias superiores; situación del Instituto lasaliano en 1849; las expansiones fuera de las fronteras nacionales; la obra realizada en Francia; la gratuidad escolar; los diplomas; el reclutamiento de la Congregación; los Hermanos y la enseñanza secundaria.— Aclaraciones y observaciones sobre diversos puntos, en la sesión del 7 de febrero. Continuación de las deliberaciones: los pensionados, la enseñanza “intermediaria”. — Acción del Padre Dupanloup en la Comisión extra-parlamentaria: las bases del “concordato” para la libertad de enseñanza. — Informe del conde Beugnot; Esquirou de Parieu, sucesor de Falloux en el ministerio. El proyecto de ley ante la Asamblea. — Ley del 15 de marzo de 1850; sus principales artículos en lo que se refiere a la organización de la enseñanza pública, los programas de primaria, las condiciones en las que se ejercerá la profesión de maestro, el lugar otorgado a las congregaciones religiosas, la libertad y la cuestión de la gratuidad de la escuela, los sueldos de los maestros, los pensionados. — La ley Falloux y la Iglesia: carta de Pío IX a los obispos de Francia. Carácter transaccional del texto votado. Doctrina romana en materia de educación. — Resultados de la ley de 1850. La enseñanza y la fe. Nuevas fundaciones lasalianas entre 1848 y 1851.

Al principio de la tarde, el 24 de febrero de 1848, los Hermanos del pensionado de Passy, subidos en la terraza del gran edificio, vieron el coche que llevaba al rey Louis-Philippe en dirección de Versailles, luego el desfile de los regimientos que el pueblo de París había desarmado [636]. Así conocieron el desenlace de los acontecimientos que, desde hacía tres días, se sucedían con una rapidez desconcertante y terrible en la capital.

La campaña de los “banquetes”, el discurso de Lamartine en Maçon, amenazando a la realeza con una catástrofe si se obstinaba en rechazar toda reforma electoral, la agitación a la que Guizós atribuyó demasiado poca importancia, y superficialmente atribuida a las “pasiones enemigas y ciegas”, no habían suscitado muy vivas alarmas en los medios situados fuera de las querellas políticas. Los deberes de estado llenaban las horas: la religión no se consideraba aludida entre las reivindicaciones de los opositores. Era fácil sentir brotar el descontento de los ánimos, agravarse el “aburrimiento de Francia”, aumentar el malestar social. A pesar de todo, el gobierno parecía aún sólido: había triunfado otras veces sobre terribles revueltas. La paz exterior aseguraba una prosperidad creciente. La lucha de las ideas, que ocupaba la atención de los católicos, se desarrollaba en un ambiente ardiente, pero generalmente sin exacerbarse hasta el odio. Aunque no se vivía en una total euforia, el optimismo parecía razonable y permitido.

En París, de golpe, las comunidades lasalianas resultaron espectadoras de los primeros desórdenes: manifestaciones del 22 de febrero en torno a la iglesia de la Madeleine, cargas de la policía para dispersar las manifestaciones, pillaje en un almacén de armero, fuegos encendidos con los destrozos de sillas en el jardín de las Tuileries; y, al caer la noche, barricadas del lado de la Bastilla y del arrabal Saint-Antoine.

Al día siguiente, se produjo la dimisión de Guizot, ante la actitud hostil de la guardia nacional; marcha y griterío a lo largo de las avenidas; choque de los manifestantes con los soldados ante el ministerio de Asuntos Exteriores; fusiles apuntando y disparando sobre la multitud: 52 muertos, 74 heridos; un cortejo, iluminado por las antorchas, paseando los cadáveres sobre una carreta, reclamando venganza por la masacre.

Giro decisivo. Las barricadas se multiplican; la Revolución muestra su rostro. Para alejarla, el rey nombra a Bugeaud comandante en jefe: el duque de Isly, a pesar del prestigio de sus victorias africanas, es impopular. No forzaré el destino. Sus tropas, se desmoralizan ya: después de sesenta horas, están con la mochila a la espalda, los pies en el barro invernal; los jinetes de la caballería están a caballo sobre unos animales rendidos. Bugeaud los lanza hacia los arrabales de los insurgentes. Mientras una de sus columnas sufre una derrota, llega una orden del Louis Philippe: concentrar la resistencia en las Tuileries. Durante el retroceso, algunos soldados se niegan al combate y se rinden; la revuelta sigue su curso.

Y se produce el derrumbamiento. Apenas el viejo monarca, bajo la presión de sus hijos, consiente en firmar su abdicación, el palacio es invadido. La familia real huye por los paseos adyacentes. Tan sólo, la duquesa de Orleans no quiere desesperar: lleva a la cámara de los diputados al joven conde de París, pide que se reconozcan sus derechos de regente durante la minoría de Louis-Philippe II. Ledru-Rollin y Lamartine destrozan ese supremo esfuerzo. En el tumulto, se establece un "gobierno provisional de la República Francesa".

Tendrá su sede en el Ayuntamiento y a él se sumarán Louis Blanc, teórico del socialismo, el obrero mecánico Albert, jefe de una sociedad secreta. Parece a merced de la insurrección.

La guardia nacional, los clubes, los periódicos obedecen a los cabecillas. Los obreros exigen, con las armas en la mano, una pronta mejora de su condición. La burguesía teme volver a ver los excesos de 1793.

El 25 de febrero, la bandera roja seguía ondeando a la puerta del pensionado de Passy, mientras Lamartine se negaba a remplazar por la tricolor este emblema de la revolución social. Unos desconocidos en blusa, con aspecto amenazador, trataban de penetrar en el establecimiento. Pero todo quedó en gestos y palabras. La intervención de un jefe de música de la Guardia Nacional, el Sr. Offrey, bastó para alejarlos.

Algunas protecciones oficiales más tuvieron lugar. Y de ese modo las clases continuaron. El 26, no faltaban más de cuarenta y cinco alumnos. Pero al extenderse el falso rumor de que estaban desvalijando a los Hermanos de Chaillot, las imaginaciones se excitaron. Con el fin de restar toda inquietud a las familias, el

Hermano Director les envió a sus hijos. Llevó sus precauciones hasta hacer vestir a sus profesores con traje civil.

La municipalidad como medida de prudencia, hizo inscribir las palabras “Propiedad nacional” sobre el cercado que bordeaba la calle. Otra protección más, un “puesto militar permanente” se instaló en la casa: entre ellos se encontraban personas felices de manifestar su adhesión a los Lasalianos: éstos recogían el beneficio de sus generosas actuaciones, de su imparcialidad política. El funcionamiento de una escuela gratuita junto a la institución de pago impresionaba favorablemente al barrio. En esos días en que había que declararse “demócrata”, la vida y el comportamiento de los religiosos de hábito modesto, de acceso nada altivo, les valían como diploma de civismo.

El regreso de los alumnos pudo anunciarse para el 2 de marzo. Desde el 7 de ese mes, cuando aún no habían transcurrido dos semanas desde la caída del trono, el Superior General publicaba una “circular” muy significativa.

A continuación de un encabezamiento al estilo Bossuet, sobre “las grandes lecciones dadas a todos los hombres”, el Hermano Philippe recuerda a sus discípulos que por encima de las formas pasajeras de los gobiernos y de las sociedades, “Dios y la Patria permanecen”. El deber no cambia; se especifica aún más: consiste en dotar a las nuevas generaciones con una instrucción seria y en enseñarles la abnegación. “Si esta tarea ha sido siempre importante, ¡cuánto más digna se ha vuelto de fomentar el celo” bajo un régimen republicano “que reconoce y proclama como sus bases esenciales los tres principios consagrados por el evangelio: la libertad, la igualdad, la fraternidad!

Los directores de las escuelas cristianas “visitarán a las autoridades establecidas por el gobierno provisional” y les garantizarán una colaboración activa y leal. “Alejaremos de nuestra mente todo pensamiento que tienda a comparar la revolución de 1848 a lo que sucedió de enojoso en la de 1792.

Y he aquí en qué términos los Hermanos comentarán, en torno suyo, las transformaciones presentes y futuras, mostrarán la posición de su Instituto en el mundo que se está creando: “Digan a los padres... que la enseñanza y la educación de sus hijos estarán en relación con la dignidad del ciudadano... Digan a los obreros que los trataremos como a hermanos nuestros, que nuestra vida está a su disposición, ...sobre todo ahora que van a tener más tiempo para dedicar al cultivo de su inteligencia” [637]. El Hermano Philippe, considera incluso, a propósito de los libros de clase, “algunas modificaciones” destinadas a suministrar “a las ideas y a los sentimientos de los jóvenes franceses la dirección más conveniente” [638].

Sin duda, la cita no carece de énfasis. Lenguaje de la época... París y provincia rivalizan en declaraciones elocuentes, patéticas. Lamartine, el poeta promovido a gran hombre de estado, daba el ejemplo. Todo el mundo mostraba un corazón noble, desinteresado, prendado de justicia. Los egoísmos de la víspera se disimulaban; el burgués, sincero o empujado por el miedo, tendía la mano al obrero, se declaraba él mismo un “trabajador” que ganaba su pan con el sudor de su frente. Hasta las almas más libres de quimeras cedían al impulso general.

El hijo de los campesinos de Apinac, el heredero espiritual de San Juan Bautista de La Salle ama verdaderamente al pueblo. No ha esperado a 1848 para entregarse a la gente pobre, para elevar el nivel intelectual y moral, para atenuar la miseria física de los siervos de la gran industria. Si interpreta las máximas republicanas a la luz del Evangelio, es con toda buena fe, con total conocimiento de causa.

Su entusiasmo encuentra ilustres interlocutores. El arzobispo de París, que ordenaba a los curas de su diócesis, el 24 de febrero, celebrar un servicio fúnebre por las víctimas de las jornadas de insurrección, decía, en su carta pastoral del 3 de marzo, que la Iglesia, independiente de monarquías humanas, se acomodaba muy bien a la Confederación suiza y a las democracias de América. Prescribía que en la misa mayor se cantase: *Dominus, salvum fac populum*. Algunos días después, se presentaba en el Ayuntamiento, con el fin de ofrecer al gobierno la colaboración de su clero. Dupont de l'Eure acogía así esta gestión: “La libertad y la religión son dos hermanas igualmente interesadas en vivir juntas”.

El arzobispo de Lyon, Mons. de Bonald, se hacía eco de Mons. Affre: “A menudo — declaraba a sus colaboradores— se planteaban el deseo de gozar de aquella libertad que hace tan felices a nuestros hermanos de Estados Unidos. Esa libertad, ustedes la tendrán” [639].

Del régimen abolido, según parece, no se recuerdan más que las mezquindades. Los católicos se felicitan de no haberse adherido a él. Con toda justicia, señalan los contrastes entre julio de 1830 y febrero de 1848: la caída del trono, esta vez, no perjudica la solidez del altar; la religión no paga los errores o las torpezas del rey volteriano. Esa palabra “libertad” que Lamennais, luego Montalembert colocaron sobre los labios de los creyentes ortodoxos, les procura la consideración de sus contemporáneos. Toda Francia habla en adelante la misma lengua; los franceses dicen amarse unos a otros, con un amor “fraternal”. Un gesto simboliza ese acuerdo logrado: durante el saqueo de las Tuileries, los obreros victoriosos, procesionalmente, piadosamente, depositaron en la iglesia de San Roque el crucifijo de la capilla real.

Hacen bendecir los “árboles de la libertad”; conmemoran sus conquistas y sus duelos mediante misas al aire libre. Manifiestas hacia los sacerdotes una deferencia que alegrará a Pío IX [640].

Una corriente de simpatía circula entre el clero y las masas populares [641]. El cristianismo, desprendido de antiguas servidumbres, muestra ser un instrumento de justicia social, fermento de una caridad que, más allá de la limosna y de los consuelos del corazón, busca para los pobres una existencia más llevadera, una organización del trabajo, un desarrollo de la inteligencia, una dignidad verdaderamente humana. En el periódico la *Ère Nouvelle*, fundado por Ozanam, Lacordaire y Maret, y en el que colabora el Padre Gerbet, se saluda la llegada de la democracia, se estudian, en todos sus detalles, los problemas que supone ese triunfo [642].

Evidentemente, siguen existiendo susceptibilidades, desconfianzas, incluso ocasiones de conflicto. La multitud está sobreexcitada: hay riesgo de que se produzcan incidentes en Passy, el 26 de marzo, porque los Hermanos, avisados

demasiado tarde de la bendición del famoso árbol, no han puesto bastantes farolillos en las ventanas del pensionado [643]...

La propaganda socialista, aunque no ataca directamente los dogmas ni la moral religiosa, no por ello deja de ser un peligro público. Sus promotores sueñan con mundo enteramente construido sobre el plano materialista, planean cambiar radicalmente el Estado, aniquilar las fortunas, dejar de lado la mayor parte de los mandamientos del Decálogo. Quieren movilizar las “blusas” contra las “levitas”; y el “proletariado” de París que los escucha expresa su descontento, se revuelve contra los patronos, los ricos, y sus garantes políticos, con burlas acerbas, con violentas críticas. Lamartine pintó a “la República terrorista velando, durante setenta y dos horas, a las puertas del ayuntamiento, para imponer sus colores” [644].

En Lyon, la situación estuvo a punto de volverse trágica. El comisario de gobierno, Emmanuel Arago, logró retirar la bandera roja. Pero veía su autoridad atacada sistemáticamente: los tejedores, reducidos al paro, prestaban oídos a los peores consejos. Se perfilaba la lucha entre los clubes y los jefes de la industria: algunas poderosas familias se negaban a admitir la revolución provocada por la capital, a doblegarse a las órdenes llegadas de París; encontraban aliento en ciertos religiosos, capuchinos y jesuitas, menos conciliadores que el cardenal Bonald. En ese choque de opiniones extremas, la ciudad ¿volvería a vivir las tristes jornadas de 1831 y de 1834? Lograron detenerse justo antes del derramamiento de sangre [645].

Por todas partes, la crisis iba a frenar o interrumpir el movimiento de los negocios. El dinero se escondía; los encargos se volvían raros. Louis Blanc intentó ocupar a los obreros en los “talleres nacionales”. La iniciativa, mal concebida, precipitadamente realizada, no condujo más que a crear centros de agitación: decenas de miles de hombres, después de haber removido un poco de tierra en el Champ de Mars, pasaron las horas discutiendo y lamentándose de su destino.

Así se mezclan las inquietudes y las esperanzas, las revueltas y los apaciguamientos, durante esos meses en los que los pilotos improvisados controlan el timón en medio de los sobresaltos de la tempestad. El esfuerzo es tan duro que el equipaje se siente pronto “sin aliento”. Pero por lo menos ha realizado lo esencial de su tarea: Francia conservó la paz en sus fronteras y una relativa tranquilidad en el conjunto de sus provincias; evitó la bancarrota, el desastre de su patrimonio moral, intelectual, artístico; se libró de la tiranía y de la anarquía; se hace digna nuevamente del respeto de Europa. Un hombre se ha calificado como el principal artesano de esa obra: su carácter no careció de debilidades, sus opiniones de errores, sus actos de tanteos y de faltas; pero, en circunstancias decisivas, salvó la autoridad, el orden y el honor. Lamartine sentirá el día de mañana la ingratitud; la beberá hasta las heces. Y tan sólo la posteridad, le hará justicia [646].

La fe cristiana del poeta de las *Meditaciones* y de las *Armonías*, al parecer se había diluido en espiritualismo un tanto vago. Lo vimos, en 1834, tomando la defensa de los Hermanos ante la Cámara de los diputados; en 1836, dispuesto a intervenir en su favor, a petición de su amigo Virieu [647]. A partir de entonces, sin embargo, su buena voluntad no se expresa sin reticencias, sin declaraciones epistolares, a propósito del “pensamiento desconocido de Dios”, poniendo el acento sobre su liberalismo filosófico. Semejante actitud explica quizás el papel que dejó desempeñar, en los consejos del gobierno provisional, a Hippolyte Carnot y la

orientación que éste se permitió dar, a pesar de los católicos y fuera de toda prudencia, a la política escolar.

El hijo menor del convencional, nacido en Saint-Omer en 1801, no destacará por la brillantez de los servicios, como su padre, ni por el genio científico, como su hermano mayor. Es un valor de segundo plano; pero, a los ojos de los republicanos, representa una tradición. A sus quince años, acompañaba al exilio a Lazare Carnot, condenado por haber votado la muerte de Louis XVI. Vivió en la intimidad paterna, recibió las lecciones del anciano, siguió el modelo de ese profesor bienamado. Regresado a Francia después del duelo filial, en 1823, se convierte en uno de los más celosos adeptos del Saint-Simonismo. De todos modos se separó de Enfantin, ascendido al rango de jefe de secta, fundador de religión y “liberador” —demasiado interesado— de las pasiones humanas.

El heredero del proscrito, editor de las memorias de Barère y del abate Grégoire, diputado de la extrema izquierda —desde 1839 a 1848— “se encuentra en la República” como en la casa familiar. Ahí está, ministro de la Instrucción Pública y de Cultos. Hacia el clero, no cabría reprocharle sectarismo. Muestra la deferencia respetuosa que es de actualidad en ese periodo de “fraternidad”.

En la Instrucción Pública, pretende seguir las huellas del ministro de los cien días. Sabemos que Lazare Carnot, al elogiar el “método mutuo” de Lancaster, manifestaba un extraño desprecio por las realizaciones de los grandes pedagogos franceses [648]. Hippolyte afirma, en su circular del 6 de marzo de 1848: “No hay ninguna parte de la enseñanza primaria que haya estado más descuidada, en los regímenes precedentes, que la formación del niño como ciudadano... Es una negligencia de la cual podemos temer, si no tomamos las precauciones, que tendremos que soportar las consecuencias en la actualidad” [649].

Seguramente, todo el mundo reconoce y proclama, por esos días, la importancia de la educación cívica. El Hermano Philippe, también, quiere que los alumnos no ignoren sus futuros derechos, sus futuros deberes. Un pueblo al que se le concede el sufragio universal tiene gran necesidad de ser iniciado en sus responsabilidades. Los obreros, que van a contar entre los electores de la próxima Asamblea Constituyente, saldrán gananciosos si no se encuentran desprovistos de toda cultura. Pero cuando el ministro organiza “cursos nocturnos”, ya tiene a los discípulos del Sr. de La Salle como precursores. La preparación de los hombres ha facilitado la preparación de los ciudadanos.

Y Carnot la comprende de manera muy peligrosa, cuando invita a los maestros de escuela, muy oficialmente, a participar en las luchas políticas. No solamente los compromete a pronunciarse sobre las candidaturas, a liderar las incompetencias campesinas; desea, además, encontrar maestros entre el número de los representantes de la nación; horizontes inesperados, bruscamente abiertos a los educadores más modestos: “¡Qué olviden, proclama la circular ministerial, la oscuridad de su condición!” Es aventurarse muy lejos, embriagar las mentes muchas de las cuales se inclinan ya hacia el socialismo. Siguiendo el ejemplo de sus predecesores de 1795, el republicano de 1848 introduce en la escuela el ambiente de discusión, las preocupaciones partidarias.

Como contrapartida, se niega a excluir de ella la religión. Sobre el particular se expresa correctamente: La ciencia, según él, “está llamada a extender el imperio” de las ideas religiosas, “puesto que cada uno de sus progresos debe tener como resultado el dar al hombre una noción más elevada de Dios”. En la enseñanza, la fe es “irreemplazable”. Y “el edificio” del Estado “se apoya” sobre el sacerdote, como sobre el profesor.

No obstante, todo aquello que pueda parecer un privilegio de Iglesia repugna a Carnot. Su decisión gubernativa del 5 de junio acaba retirando a las “cartas de obediencia” el valor que aún conservaban para ciertos empleos de maestros auxiliares y para el reclutamiento pedagógico de determinadas congregaciones. El principio de “igualdad” domina aquí en todo su rigor [650].

Y, a pesar de las declaraciones tranquilizadoras, es una levadura revolucionaria la que introduce en la Universidad en nuevo Gran Maestro. Sus colaboradores, sus inspiradores, Édouard Charton, y el filósofo del “progreso indefinido”, el autor de *Tierra y Cielo*, Jean Reynaud, no se jactan en absoluto de ortodoxia, no temen bacilar ante las realizaciones audaces. Trabajan en un proyecto de “ley orgánica de la enseñanza primaria”: en ella se constata que el catecismo desaparece de los programas oficiales: ¿no se puede ver en ello un camino hacia el “laicismo”, hacia la “neutralidad”, que defenderán más adelante los enemigos de la fe? En todo caso, bajo capa de tolerancia, es una prenda entregada a los incrédulos; es la voluntad de no dejar al sentimiento religioso más que las formas más imprecisas. Montalembert se revolverá pronto contra esa “ceguera”: comparará a las “estatuas de Egipto”, a los ídolos sordos y mudos, a esas personas que pretenden restringir la actuación del catolicismo hasta el momento en el que las almas estén “enfermas”, en que se nublen las conciencias [651].

Sobre otros puntos, el sistema Carnot, aunque más soportable, parecía capaz de asustar a la opinión. Consideraba la más completa gratuidad para las escuelas públicas y, para todos los franceses, la obligación de hacer instruir a sus hijos. Estos dos principios se encontrarán en adelante como base de las reformas que el partido republicano juzgará necesarias. Se expondrán a las sospecha y a las críticas, porque asociados —en una trilogía en apariencia ineludible— al principio de laicidad; se convertirán en los engranajes de una máquina de guerra contra la enseñanza cristiana. En 1848, al igual que bajo la Monarquía de Julio, provocan las habituales objeciones de las castas adineradas y conservadoras. Después de la reunión de la Asamblea Constituyente, se impone un cambio en el ministerio de la Instrucción. Tendrá lugar el 5 de julio. En diciembre, tras el informe de Barthélemy-Saint-Hilaire, los diputados rechazarán el temerario proyecto de ley.

* * *

Los graves disturbios del 15 de mayo, luego los sangrientos acontecimientos de junio iban a dar razón a las mentes que temían una perturbación social. Apenas había transcurrido un mes desde las elecciones generales cuando los clubes de París, descontentos con el veredicto de Francia, lanzaban sus bandas contra los nuevos “representantes del pueblo”; el motín invadía la sala de sesiones, provocaba, durante tres horas, un terrible tumulto, declaraba disuelta la Asamblea elegida por sufragio universal. Finalmente, una legión fiel a la Guardia Nacional sofocaba esa anarquía.

Había que suprimir los talleres nacionales, donde continuaba incubándose el fuego de la rebelión. De acuerdo con la mayoría parlamentaria, la comisión ejecutiva, que sucedía al gobierno provisional, decidió enviar a los obreros hacia el interior. La respuesta fue inmediata: vuelta a las armas, barricadas, una de las más atroces luchas civiles que haya sufrido la capital. Se combatió durante cuatro días, encarnizadamente. La terrible expresión que mostraban los rostros de los cadáveres sobrecogió a Montalembert: e igualmente, “la indomable actitud” de los insurgentes caídos en manos del ejército victorioso: “Ni uno sólo, escribe, tenía el aspecto moralmente vencido, contrito o humillado. Todos lanzaban miradas de desafío y de odio”.

Y concluía: “Ahí la tenemos, la *invasión de los bárbaros* que estaba anunciada”. Tan sólo sus esperanzas cristianas corregían el pesimismo de esos pronósticos: “La Iglesia saldrá triunfante y popular de esta nueva prueba” [652].

A la Iglesia, Mons. Affre la sirvió con su muerte. Ozanam y sus cohermanos de San Vicente de Paúl habían apremiado al arzobispo para que interviniese como mediador. Avanzaba, con palabras de paz en los labios, y reconocible por su cruz pectoral, su sotana violeta, cuando una bala lo alcanzó. Dios escuchó su deseo: su sangre fue la última en ser derramada [653].

Carvagnac, confirmado después del 26 de junio en sus poderes dictatoriales, debió mantener el estado de sitio. La fuerza no obtenía más que una solución insuficiente: todos los problemas sociales y religiosos seguían planteados. Prudhon lo indicaba a la Asamblea Constituyente: “su antorcha” iluminaba el abismo, desvelaba sus profundidades.

También, Montalembert, atento y lúcido, comentaba el implacable discurso del enemigo de Dios y de la propiedad; él mismo no mitigaba menos los males de la época: proclamaba en la tribuna “el estado deplorable de las personas empleadas por la industria manufacturera”. Que se remedien las miserias y las injusticias, es absolutamente necesario; pero la curación no llegará más que mediante las medicinas espirituales. A los apetitos de placeres, a las revueltas del orgullo, nada podrá resistir, más que la barrera del cristianismo. Los errores han conquistado una libertad casi sin límites; que la verdad sea, pues, también libre... Libre para devolver a los franceses la fe, el respeto hacia la autoridad, y —en el buen uso de las riquezas, en la realización de las tareas cotidianas, en la prueba de la pobreza— todas las delicadezas de la conciencia.

Este lenguaje valiente y claro ofendió algunos egoísmos, suscitó murmuraciones. Pero, al menos, la Asamblea acabó por comprenderlo, puesto que adoptó el siguiente artículo constitucional: “La enseñanza es libre. La libertad de enseñanza se ejerce según las condiciones de capacidad y de moralidad determinadas por las leyes y bajo la supervisión del Estado” [654]. Promesa, finalmente, conforme a la que se encontraba inscrita en la Constitución de 1830. Se trataría, una vez más, de no dejarla olvidar ni travestir.

Rectitud moral, educación religiosa, no existe otro recurso contra la “barbarie”. No la simple letra de los mandamientos y de la doctrina, fríamente, rutinariamente recitada desde lo alto de una cátedra profesoral, como una más de las asignaturas de un programa de Estado... Sino una impregnación evangélica de la enseñanza, una

persuasión continua y suave, mediante la entrega, el ejemplo. El pueblo de París, cruelmente decepcionado, herido en su carne y su corazón tras la represión de junio, se hunde en una cólera silenciosa [655]: se rebelaría, si no se pensase en sus sufrimientos más que para exhortarle, en nombre de Dios, a soportarlos. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas siguieron otro método, el de la bondad compasiva y comprensiva: pronto, su Superior General subraya los beneficiosos efectos de la influencia lasaliana en la capital. De entrada, esos resultados han justificado las afirmaciones de Montalembert; proporcionarán a los hombres de Estado, de vuelta de sus prejuicios, argumentos decisivos en la preparación y la discusión de una ley provechosa.

Más que nunca, los “cursos de adultos” están a la orden del día. Se extienden al interior, especialmente durante los meses de invierno, cuando, a la luz de las lámparas, centenares de obreros acuden a completar su educación, rezar con sus profesores [656]. Los educadores cristianos limitaron las ruinas, pusieron a salvo todo lo que podía ser salvado. Esa acción social los consuela por haber debido renunciar al enderezamiento de los condenados de derecho común. Una de las tristes consecuencias de la revolución se produjo en las prisiones: el trabajo cesó en ellas, bajo engañosos pretextos “humanitarios”; y enseguida, se reanimaron las conjuras, las calumnias contra los Hermanos guardines. En la casa central de Melún, los actos de indisciplina se repiten, la desorganización llega a tal punto que el Hermano Philippe comunica al ministro del Interior: “Se necesitaría un destacamento de las fuerzas armadas”. Los detenidos de Aniane, entregados a la pereza, y sobreexcitado por la propaganda anarquista, gritaron, el 6 de julio: “¡Abajo los Hermanos!” El 11 de octubre, sometían el establecimiento al pillaje.

Los principios erróneos del gobierno, la mala voluntad o la carencia de autoridades penitenciarias no permiten ya a los lasalianos dedicarse útilmente. El Superior General solicita el retiro de sus religiosos: se le concede en breve plazo. Primera salida, de Aniane, el 25 de octubre; luego, Nîmes y Melun se abandonan, el 18 de noviembre; finalmente, Fontevrault, en los últimos días del año [657].

Buen trabajo, ignorado... No obstante, para obviar los riesgos de reformas audaces, los hombres de 1848 podían contar con los Hermanos. Apreciaron su ayuda en el momento de la emancipación de los negros. Sin duda alguna, la esclavitud, en las colonias, mancillaba el honor de las naciones cristianas; mantenía a nivel de parias, sino de vil ganado, toda una categoría de seres humanos. Abolirla era el deseo de las personas con corazón. Pero había que evitar una perturbación social, los desórdenes, las violencias de los liberados, los conflictos de razas, tales como los que explotaron después de 1790 en Santo Domingo, durante los decretos de la primera Revolución Francesa.

El terreno se preparó en la isla Borbón hacia el final de la Monarquía de Julio. En 1840, desembarcaba allí un sacerdote que fue el apóstol de la población sierva; se llamaba el Padre Monnet; y tuvo como principal auxiliar al P. Levasseur, un criollo, discípulo del P. Liberman. El Hermano Jean-de-Matha y su grupo de Lasalianos se pusieron a disposición de los misioneros: las escuelas se abrieron a los negros para los catecismos. Cuando en 1845 una ley autorizó a los esclavos a rescatarse y confirió derechos de ciudadano a los trabajadores libres, la urgencia de la evangelización pareció aún más clara. El barón de Mackau, ministro de Marina, pidió

al Hermano Philippe un mayor número de educadores. Catorce de ellos se dedicaron especialmente a instruir y a civilizar a los obreros de las plantaciones.

Los más hábiles, y los más venerados, fueron los Hermanos Parascève y Scubilion. El primero gozaba ya en Francia de una reputación de verdadera santidad. A la edad de 43 años, recibió obediencia para la colonia africana: después de haber ocupado diversos puestos, donde sus talentos de pedagogo y sus elevadas virtudes acabaron de manifestarse, llegó a Saint-Denis. Ejerció sobre sus alumnos “de color” una caridad incansable, un celo sobrenatural. San Francisco Javier habría reconocido por uno de los suyos a este religioso que vivía en oración continua, incluso en comunicación con el mundo invisible, y cuyos éxtasis tuvieron irrefutables testigos. El Hermano Parascève lograba empapar con el ardor de su fe a los sencillos que le rodeaban; no se enfadaba en absoluto con sus niñerías, con sus inteligencias a menudo obtusas, por su falta de atención. Su alma mística sabía descender al plano de las realidades humildes: bajo el patrocinio del apóstol de las Indias y del Japón, se creó, en 1846, una asociación de colaboración y de ayuda mutua cristiana, en torno a la escuela; los intereses temporales de los adherentes encontraban en los maestros administradores y defensores. Hasta su muerte, en 1867, el Hermano Parascève enseñó a los adultos y a los niños de la isla, dándoles admirables ejemplos de trabajo, de obediencia [658], de ascetismo. Su recuerdo sobrevivió entre ellos como el de un penitente heroico, pronto pasado a la categoría de taumaturgo, de protector celeste.

El Hermano Scubilion es su semejante. Ya hablamos de sus comienzos en Borbón [659]. Desde 1843 pertenece a la comunidad de Saint-Leu. Los sentimientos y la obra de una gran familia, los Villèle —con parentesco cercano al antiguo ministro de Luis XVIII y de Carlos X— facilitan en ese “barrio”, la educación de los analfabetos. No obstante hay que contar con la indiferencia o hasta con la hostilidad de los demás dueños de las plantaciones, para los cuales, los empleados negros no merecen más que las cadenas. Se logran reunir hasta doscientos o trescientos neófitos: el Hermano Scubilion elabora un compendio de doctrina al alcance de su primitivo auditorio. Agrupa las verdades de la fe según un orden numérico: un Dios, un cielo, un infierno, una Iglesia..., dos Testamentos, dos caminos, dos vidas..., tres personas en un Dios, tres virtudes teologales, tres principales misterios... Usa fórmulas rítmicas, en dialecto criollo, cánticos muy ingenuos, recitados acompasados por un estribillo. Y con una bondad jovial, una mansedumbre y una paciencia a toda prueba, grave en las memorias rebeldes o distraídas nociones sencillas pero exactas, introduce la luz en cerebros adormecidos, en almas ensombrecidas.

Los esclavos salen de sus cabañas para escuchar al catequista. Piden el bautismo, asisten fervorosos a los oficios, participan en los cantos, se preparan para la primera comunión. Notable progresos de las conciencias: las uniones se estabilizan, se convierten en matrimonios legítimos; se respetan los bienes ajenos; disminuye la ociosidad: el trabajo —celebrado en un himno (debido probablemente a la pluma del Padre Monnet)— ya no aparece como un mal a esquivar.

Así se va caminando hacia la emancipación. Nos encontramos en el mes de diciembre de 1848: la República ha cambiado el nombre de la colonia. Borbón, ha vuelto a ser la “Isla de la Reunión” ahora que los reyes están en el exilio, ha recibido al comisario del nuevo gobierno, el ciudadano Sarda-Garriga. Éste, antes de la gran reforma, ha tomado medidas muy loables: los liberados del día de mañana deben

concertar compromisos con respecto a sus propietarios, a quienes servirán en las casas o en los cultivos; los colonos les garantizarán, a cambio, el alojamiento, la alimentación, el salario, los cuidados sanitarios [660].

No queda más que el *alea jacta est*. Sesenta mil esclavos son liberados. Para cada uno de ellos, sus dueños de la víspera reciben una indemnización de 733 francos de renta sobre el Estado. Las dificultades se han visto reducidas al mínimo. Las transacciones se realizan sin sobresaltos. Con calma y alegría la población negra llena las iglesias, para las misas de acción de gracias. En la Guyana, en las orillas de la Mana, donde la Madre Anne-Marie Javouhey había organizado sus originales fundaciones, se obtuvo un éxito análogo; mientras que, en todos los demás sitios, en el resto de nuestra colonia sudamericana, como en la Antillas, hubo que deplorar graves errores, sangre derramada [661].

Resultados tan contundentes, obra tan fecunda, virtudes tan espléndidas habrían debido llevar al mundo a inclinarse ante los discípulos de Juan Bautista de La Salle. Pero hay adversarios que no ceden, odios que quieren saciarse. En medio de las esperanzas justificadas, de las generosas ilusiones y de decepciones parciales, en esos tiempos de la segunda República un verdadero calvario se presentó para el Instituto: fue, en Toulouse, el proceso del Hermano Léotade. *Infandus dolor*: no podemos por menos de evocarlo por unos instantes, aún a precio de deslizarnos sobre los más repugnantes detalles. Debería hacer caer la vergüenza sobre los odiosos calumniadores, sobre unos magistrados cuyos invencibles prejuicios, y deformaciones profesionales salieron victoriosos sobre el espíritu de justicia; al final, nos inspira piedad, simpatía, veneración hacia la inocencia condenada.

El 16 de abril de 1847, se descubrieron en el cementerio Saint-Aubin, al pie del muro que separaba el pensionado de los Hermanos de las tumbas de Toulouse, el cadáver de una joven, Cécile Combettes. Empleada de un encuadernador, el señor Conte, había venido, la víspera, a traer unos libros a la casa de la calle Riquet. Su patrón insinuó que la pobre joven había sido violentada y recibido la muerte en ese establecimiento. No hubo ningún otro testimonio más que el de ese hombre de dudoso pasado, de costumbres sospechosas, y que al principio se había mostrado muy poco preocupado por la súbita desaparición de Cécilia.

Sus declaraciones llevaron al arresto del Hermano Léotade, Jean-Louis Bonafous, nacido en Montclar, en el Aveyron, el 3 de febrero de 1812. Este religioso nunca se distinguió más que por su conducta ejemplar: entró en el noviciado en 1836, ejercía desde 1843 las funciones de ropero, de ecónomo, entre los Hermanos de la comunidad de Saint-Aubin. Presentó la más convincente coartada, corroborada por las declaraciones de su entorno.

El procurador general que examinó el asunto pretendió que los testigos de descargo obedecían a las órdenes de sus Superiores. Escribió en ese sentido a París y, el 22 de mayo de 1847, el arzobispo de Toulouse, Mons. de Astros, era informado, por el ministro de justicia, de la siguiente queja: "Todos los Hermanos, bajo la influencia de una misma instigación, no buscan, según parece, más que dificultar la investigación". Advertidos por el prelado, los Hermanos Irlide, Liéfroy, Léandre y Aduacte, jefes de los Lasalianos, protestaron de la forma más firme y más motivada.

Una decisión de la Cámara de acusaciones tuvo lugar el 6 de agosto: dejaba a Conte fuera de la causa y enviaba al Hermano Léotade ante la Sala de lo penal. Las audiencias comenzaron el 7 de febrero de 1848; el presidente, Sr. de Labeaume, admitió el sistema del procurador, de Oms: Los Hermanos conspiraban en conjunto contra la verdad.

A lo cual el enérgico director del pensionado, el Hermano Irlide, respondió en pleno tribunal: “Hace nueve meses que se nos ha lanzado un desafío, lo aceptamos. No temo decir en este augusto santuario, donde veo la imagen de nuestro divino Salvador, que jamás se podrá probar que hayamos recurrido a subterfugios” y a mentiras.

Mientras tanto, se conoció la noticia de la revolución de París. El proceso se interrumpió. Pero, en la noche del 25 al 26 de febrero, personas exaltadas invadieron por asalto los locales escolares, quitaron el cristo que se alzaba en el pabellón del jardín. El Hermano Irlide, aconsejado por el alcalde de Toulouse, devolvió a la mayoría de los alumnos a sus familias.

El 9 de marzo, el Hermano Philippe comunicaba al ministro Crémieux: la instrucción que yo doy a los miembros de la comunidad, es “que deben al Tribunal y al jurado toda la verdad, expuesta con el más alto grado de sinceridad, de claridad, de sencillez y de precisión”.

La sesión judicial se reanudó el 16. Y las afirmaciones de Conte prevalecieron contra veintiocho testimonios en favor de Jean-Louis Bonafous, contra las demostraciones concluyentes del abogado, Sr. Gasc. El presidente Labeaume resumió los debates en esta pérfida frase: “La influencia de las costumbres religiosas y de la vida del claustro es el gran problema que este asunto, memorable por tantos motivos, somete, Señores del jurado, a su experiencia y a su razón”. Ataque digno de los Enciclopedistas, de Diderot, su corifeo: era criminalizar los votos monásticos, por consiguiente el Evangelio y la misma Iglesia, dar a entender que pervertían la naturaleza y torcían los caminos normales.

El Hermano Léotade fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad. En las explicaciones del magistrado, el jurado encontró un medio de conceder ¡“circunstancias atenuantes”! En el penal de Toulon, el pobre condenado no mostró más que un alma llena de ternura, de paz y de sublime perdón. Allí moriría el 27 de enero de 1850. Ante la muerte, manifestó solemnemente su inocencia. El Superior General anunció su fallecimiento a toda la Congregación y pidió, para la víctima, los piadosos sufragios que son de derecho para los profesos [662].

* * *

La justicia humana había fallado. Cómplice de los enemigos de la religión, había superado en encarnizamiento a Herodes y Pilato; había tratado de cubrir de deshonor a los maestros de la infancia cristiana. En vano, a pesar de la algarabía suscitada por el proceso. Los Hermanos aceptaron el duro sufrimiento con todo su “espíritu de fe”; conservaban la confianza de los padres de familia, la estima del mayor número de sus conciudadanos, la libertad de la oración y del trabajo. Su jefe, en su circular del 15 de enero de 1849, vertió “sobre el año transcurrido” un juicio lleno de extraordinaria moderación, de perfecta mansedumbre: “sin duda,

aseguraba, en su lenguaje voluntariamente discreto, tuvo para nosotros momentos un tanto penosos [663]; pero, hay que decir también, que Dios ha querido compensarnos... mediante la protección llena de bondad con la que nos ha colmado, mediante la paz y la tranquilidad de la que ha hecho gozar al Instituto”.

Las escuelas, públicas y privadas, funcionaban regularmente; el tema de la gratuidad se enfrentaba con obstáculos menos irreductibles [664]. Los pensionados recobraban toda su clientela. El París, la Casa Madre continuaba su instalación: el gobierno restablecía la subvención anual, negada inmediatamente después de las jornadas de febrero [665]. Los proyectos pedagógicos de Hippolyte Carnot se quedaban en letra muerta.

Asustadas por las revueltas, las provincias reaccionaban contra el socialismo, y hasta contra el sistema republicano. A la Asamblea Constituyente le sucede, en mayo, una Asamblea Legislativa, en la que los “conservadores” disponen de quinientos votos. La extrema izquierda, ciertamente, representa una masa compacta de ciento ochenta exaltados, elegidos por la capital y las regiones de gran industria o de propaganda antirreligiosa. Ledru-Rollin se cree capaz aún de arrastrar de golpe a doscientos mil electores; y, de hecho, el 13 de junio, algunos grupos marchan, por las avenidas, en dirección a la sala de sesiones: el general Changarnier los dispersa. Los hombres en el poder toman una serie de medidas para que en adelante se respete el orden: prohibición de los clubes más peligrosos, persecución contra los instigadores de revueltas, ley de prensa y, de nuevo, proclamación del estado de sitio.

Por estas fechas, reina el entendimiento entre la Asamblea y el príncipe Luis-Napoleón Bonaparte, al cual cinco millones y medio de franceses han elegido presidente de la República. El carácter, las ideas, el pasado del personaje no dejan de suscitar cierta preocupación: este antiguo carbonaro, este temerario de las locas tentativas de Estrasburgo y de Boloña ¿no decepcionará a católicos y realistas, no buscará mantener su popularidad a costa de ellos? Y ¿en qué aventuras meterá al país? Los jefes de la derecha creyeron dominarlo: se darán cuenta que, por su flexibilidad y su tenacidad, el perpetuo conspirador se les escapa.

Es paciente y no se revela al primer golpe. Durante su instalación en el palacio del Elíseo, ha tomado sus ministros fuera del partido republicano. Un noble angevino, el conde Frédéric de Falloux, ha aceptado —a instancias del Padre Dupanloup— la cartera de la Instrucción Pública y Culto. Es un buen táctico, fértil en recursos, despierto, hábil para convencer. Adolphe Thiers, que se consigue la alianza de los católicos, promete formalmente su colaboración con miras a una ley sobre la libertad de enseñanza.

Falloux, antes de realizar esta obra —su gran idea, su futuro título de gloria— convence al príncipe-presidente a enviar un ejército contra Roma caída en manos de los revolucionarios y de la que Pío IX ha tenido que huir. Francia aparece, como en tiempo de los Carolingios, la defensora del Papado. Pero Luis-Napoleón no es Carlomagno: su carta a Edgar Ney —en la cual quiere dictar al Soberano Pontífice una línea de conducta con respecto al pueblo romano— provoca el malestar entre sus colaboradores. De éstos, se deshará pronto. Falloux ya no será ministro: pero durante su paso por el poder, no habrá fracasado en su tarea esencial.

* * *

Desde el verano de 1848, el problema se encontraba claramente planteado; la opinión pública lo captó en toda su amplitud. No se mantendría el monopolio universitario. Y, bajo el control del Estado —estipulación que parecía indispensable a ojos de los hombres políticos— cualquier francés, que gozase de una reputación intachable y justificase un cierto grado de cultura humana, obtendría el derecho de enseñar a la juventud. El artículo votado por la Asamblea Constituyente enunciaba los principios fundamentales. El 29 de noviembre, Luis Napoleón, en su manifiesto de candidato, declaraba: “La protección de la religión lleva como consecuencia la libertad de la enseñanza”. No podía desdecirse de su palabra.

Llegado a la presidencia de la República, recibe del Sr. de Falloux este informe, con fecha del 4 de enero de 1849: “Uno de mis predecesores, el Sr. Carnot, elaboró un plan para las instituciones primarias; su proyecto de ley levantó las más graves objeciones... Desde el punto de vista financiero, sobrepasa con mucho los medios actuales del Tesoro; desde el punto de vista de los principios sociales, sustituye arbitrariamente al padre de familia por el Estado y la centralización administrativa a la autoridad del municipio”. Había que recomenzar el trabajo desde la base. Y había que extenderlo a los dos órdenes de enseñanza. El nuevo ministro proponía confiarlo a una “Comisión extra-parlamentaria” que reuniese en torno suyo a las más brillantes personalidades, las más altas competencias.

Ese comité comenzó sus sesiones en enero de 1849. Nueve de sus miembros sobre veintidós, pertenecían a la Asamblea Nacional: Thiers, Montalembert, Cousin y Dupanloup serían sus *líderes*, sus inspiradores. Falloux se reservaba el asistir lo más a menudo posible a las sesiones: pero, preocupado por la imparcialidad, deseoso de ver realizarse el acuerdo por encima de las preocupaciones gubernamentales, evitará mezclarse en los debates. Sus amigos, sus correligionarios le servirán de intermediarios; él mismo se difuminará (ante los ojos no enterados, quizás en lo secreto de la verídica historia) ante Thiers, a quien se trataba de asociar definitivamente a una causa de unión sagrada, de paz espiritual.

De hecho, los comisarios, respondiendo al deseo del sabio iniciador, nombraron como presidente —“por decisión unánime”— al antiguo defensor del monopolio. Le dejaron dirigir la discusión, con elocuencia, con franqueza, emitir las afirmaciones más categóricas, interrogar abundantemente a los funcionarios de la instrucción pública, a los representantes de las obras privadas, que comparecieron al final de la encuesta. Un informe y dos proyectos de ley, uno para el ciclo primario, el otro para el secundario, fueron el fruto de los esfuerzos comunes. Tan grande resultó ser la autoridad de esa élite, guiada y apoyada por la habilidad del ministro, que los legisladores de 1850 se adhirieron a las soluciones “preparadas”.

Es en las “actas de la Comisión extraparlamentaria” donde se descubre toda la génesis de la célebre “ley Falloux”. Una publicación reciente nos ha dado el texto íntegro, hasta entonces inédito; de un valor innegable para el conocimiento de los principios y para la aclaración de los acontecimientos, nos aporta además —en los que se refiere a los Hermanos de las Escuelas Cristianas— interesantes precisiones: en ella encontramos, en detalle, las exposiciones de su Superior General; por ella conocemos la situación de la Sociedad lasaliana en vísperas de una nueva fase de

su existencia; en ella descubrimos los juicios que los contemporáneos formulaban con respecto a ellos y los servicios que esperaban de su celo religioso [666].

Desde la tercera sesión, el 10 de enero, se aborda el tema de los Lasalianos. El presidente Thiers —*¡quantum mutatus ab illo!*— descubre el fondo de su ideología: “Yo pido formalmente otra cosa y no esos detestables maestrillos laicos; quiero Hermanos, aunque en otro tiempo haya podido desconfiar de ellos; aún en eso, quiero que sea poderosa la influencia del clero”.

Por temor de la revolución, es verdaderamente ofrecer demasiado. Montalembert se cuida de aceptar el peligro presente: “Lo que yo pido para el clero, replica, es la libertad de la influencia, pero no el dominio”. Tampoco él pretende reducir al mínimo los programas de la enseñanza primaria: semejante vuelta al pasado ocasionaría quizás en la Asamblea vivas y singulares reacciones, proporcionaría “al honorable Sr. Thiers” uno de sus habituales “éxitos de tribuna”; lo cual no impediría que la propuesta fuese rechazada “como imbuida de ignorantismo”.

Breve y curiosa justa entre los dos antiguos adversarios, uno de los cuales —el orador católico— se mantiene firme en su terreno, mientras que el otro ha cambiado completamente sus planes y su táctica de antaño. Veamos en ese intercambio de armas el preludio de la entrada en escena del Hermano Philippe.

El Superior General responde, el 3 de febrero, a la convocatoria de los comisarios [667]. Vamos a escuchar una palabra clara, modesta, muy de acuerdo con la sencillez preconizada por Cristo: “Eso es, eso no es”, sin que la voz se eleve, sin que las declaraciones vayan más allá de los hechos.

Antes de que comiencen, Thiers emprende el proceso de las escuelas normales. Las trata de “clubes silenciosos, hogares de las peores pasiones”; y exige su supresión radical [668]. El Padre Daniel, antiguo rector de la Academia de Caen, reconoce que, en conjunto, el personal de esos establecimientos “no ha estado bien organizado”: los directores, llegados a menudo de lejos, “paseados por toda Francia”, son demasiado ajenos a las necesidades locales, no pueden actuar eficazmente; los maestros auxiliares, la mayoría de ellos profesores del colegio vecino, se contentan con dar su lección, sin ejercer una influencia seria; los maestros de estudios dan a los normalistas ejemplos perjudiciales, a la vez que son “la plaga” de otras casas; el capellán tiene un papel de comparsa: se le piden conferencias, no una experiencia religiosa.

Seguramente, no cabría aplicar esta crítica a las escuelas normales de Ruán y de Aurillac, tan bien dirigidas por los Hermanos. Parece además demasiado generalizadora para las mentes imparciales, para excelentes cristianos, tales como el sr. de Riancey: éste afirma a sus colegas de la comisión que Angers prepara a los futuros maestros de manera satisfactoria. Mejor que obstinarse en los prejuicios y pensar en destruir el sistema elaborado en 1833, hubiera sido razonable seguir en esto las sendas trazadas por san Juan Bautista de La Salle...

El Hermano Philippe no tiene que intervenir en la discusión; pero no se desinteresa de ella, y la tiene en cuenta, como veremos enseguida.

Pero ahora las miradas se fijan sobre el hombre del cuello blanco y se establece el silencio para escucharle. Su exposición comienza por las cifras: 3.500 Hermanos, unos 200.000 alumnos. Luego aborda un tema especialmente digno de atención: “Nuestras clases están abiertas, desde el atardecer, a un cierto número de aprendices que vienen a completar su educación”. Obra muy útil: el niño abandona la escuela a los trece años, es decir a la edad en la que hay que prevenirlo contra el ambiente del taller, de la fábrica, tan conflictivo, tan favorable al vicio. ¿Perseverará en su fe? ¿Conservará sus costumbres? Lastimosamente, demasiados jóvenes, lanzados a un mundo que desconoce el Evangelio, pierden “el fruto de la enseñanza” cristiana: no obstante muchos —y “principalmente en París”— manifiestan, “en los encuentros frecuentes que mantienen” con los Hermanos, una total fidelidad.

Sería peligroso mezclar a los aprendices con los adultos. Para éstos, la Congregación lasaliana reserva sus cursos nocturnos más abiertos. Pero hay gente que pretende que la institución impulsada por Guizot, y que no hace mucho Carnot quería imitar, contribuye a los conflictos sociales. Opinión verdaderamente mezquina, estrecha, retrógrada. La gente peligrosa no es la que frecuenta nuestras salas de estudio: 48.500 obreros y empleados han acudido, desde hace varios años, a instruirse con los Hermanos; después de las jornadas de junio, tan sólo aparecieron 17 que, mezclados en los combates, solicitaron de sus antiguos maestros una certificación capaz de evitarles represalias. Si entre los individuos amenazados, un mayor número hubiese podido declararse alumno de los profesores religiosos, en los momentos de la terrible reacción, seguramente no se habría privado de este medio de salvación.

Consideremos los resultados tangibles: bautizos, primeras comuniones, matrimonios legitimados. El apostolado se ejerce a una amplia escala; en torno a la cátedra magistral reina una gran calma, sin que los oyentes se preocupen por los rumores de afuera: recientemente, algunos alborotadores trataron de arrastrar a tres o cuatro de estos valientes compañeros asiduos a las lecciones de francés y de dibujo; algunos cristales saltaron en pedazos, pero no salió ni un solo alumno.

Y el Superior emprende, frente a Thiers, la defensa de sus queridos obreros: son “buenos, honrados”, accesibles a los sentimientos del corazón, a las verdades de la fe. En ese inicio de 1849, entre 12 y 13.000 de ellos, ofrecen, en la capital, y muchos otros en las diversas regiones donde el Instituto se ha propagado, el espectáculo de una voluntad pacífica y de una recta conducta. Quizás no sea demasiado tarde para rehacer una sociedad cristiana, fuera de la cual no se encontrará más que la tiranía, la revolución, las violencias desde arriba, las violencias desde abajo. A las autoridades nacionales corresponde hacer la actuación religiosa “más eficaz” no solamente mediante la buena voluntad, los elogios, los estímulos materiales y las disposiciones legales, sino mediante el ejemplo y la doctrina.

Es de desear pues que nada entorpezca el trabajo de los miembros de las congregaciones docentes. Los encuestadores ruegan al declarante que formule sus deseos sobre el particular. El Hermano Philippe cree deber insistir sobre cuatro puntos:

1º “Que los consejos municipales estén llamados a elegir libremente sus maestros”. (Sorprende un tanto esta amplia confianza concedida a la iniciativa municipal: el

sectarismo podía muy bien entrar en juego; y ni la Comisión ni la Asamblea admitirán una “descentralización” tan arriesgada);

2º Que la ley, confirmando la práctica, dispense del título a los maestros de las clases inferiores;

3º Que los novicios continúen gozando de la exención del servicio militar;

4º Que los Superiores puedan proceder a los cambios con una “cierta amplitud”.

Hasta ahora, tan sólo una interpretación benévola de los textos legislativos en vigor ha permitido a los Lasalianos beneficiarse de esas ventajas. Su jefe aprovecha la ocasión de reconocer la “protección” y los estímulos recibidos de la Universidad. Lejos de querer librarse de las consecuencias del decreto de 1808, se siente honrado evidentemente por pertenecer al gran Cuerpo pedagógico; mantiene muy buenas relaciones con los funcionarios de la enseñanza oficial, al igual que con el clero.

No puede ser sospechoso de prejuicios. “Los maestros municipales laicos no pueden —a su parecer— verdaderamente estropear el país”; la “exaltación” del año precedente no fue más que “pasajera”. Observemos esta segunda réplica — bastante directa— a los “pavores” de Thiers, y esta graciosa lección añadida a las observaciones de Montalembert y de Riencey: “En lo que se refiere a los maestros privados”, el Hermano Philippe se declara muy dispuesto a defender su causa, “aunque ellos atacan” a los religiosos, que les hacen la competencia: por su parte, en la mayoría de ellos él ve “padres de familia muy respetables”.

En cambio, las experiencias realizadas en las escuelas primarias superiores parecen, a este experto educador, poco concluyentes, incluso capaces de provocar grandes decepciones. Teme la desubicación social. Los niños y las familias llegan a pensar que un poco de ciencia “vale para todo”. De hecho, los desencanta de los oficios manuales y, no obstante, no les da acceso a “posiciones” más sólidas y más altas. Por eso no duda en cargar con la parte de culpa de su propio Instituto: más de una escuela de los Hermanos ha cedido al entusiasmo del siglo; adolescentes, orgullosos de su bagaje escolar, se han convertido en chupatintas de “algún notario o abogado”; han bloqueado su futuro en un camino sin salida.

¿Se trata pues de encerrar al pueblo en la ignorancia, como proponía Voltaire, o al menos limitarlo a los conocimientos más elementales, como lo sugería Thiers? Eso sería pasar de un exceso a otro. Invitado por el presidente de la comisión a “definir las categorías de enseñanza” que distinguen las diferentes casas de los Lasalianos, el Hermano Philippe no reniega de ninguno de los progresos realizados desde hace veinte años. Muestra que su sucesión se realiza con orden, a partir de un punto inmutable: instrucción religiosa en la base, programa de la antigua *Guía de las Escuelas*, adaptada a las necesidades de la existencia moderna, diversificada según las regiones. El fondo permanece siempre, en las clases primarias, en los cursos complementarios, en los pensionados. En todas partes, donde no se haya producido alguna desviación desafortunada, se ha tratado de preparar al alumno para llevar adelante su tarea en su medio natural. No se ha temido dar a la enseñanza de los adultos un desarrollo conforme a sus actividades profesionales. No la ciencia por la ciencia, como en más de una “escuela superior”; sino —en la medida en que lo han

permitido las directivas universitarias y las exhortaciones de los comités locales—objetivos prácticos y de valor inmediato.

A decir verdad, el gran pedagogo no se revela aquí completamente: conoce los prejuicios de varios de los jueces y no esboza ante ellos más que un cuadro esquemático de su obra. Se le interroga sobre la enseñanza popular; él explica la manera como la concibe, la colaboración que presta a los hombres de Estado para el enderezamiento del país. Pero en lo que se refiere a la función de los Hermanos ante la burguesía industrial y comercial, ante los explotadores de las fincas rurales, lo ha pasado prácticamente por alto. Entonces una pregunta de Victor Cousin dejará traslucir la inquietud que agita a los universitarios: éstos temen ver a los discípulos del Sr. de La Salle “invadir” su terreno, extender la influencia de la Iglesia sobre las “clases dirigentes” que el filósofo se reserva adoctrinar.

La exposición versa después sobre el Instituto en sí mismo, considerando su fisonomía del ayer y de hoy. Rápido repaso de historia, desde los orígenes hasta la República de 1848. Los Hermanos ocupan en París una posición importante, ya que, además del personal de la Casa Madre, cuentan con setecientos cincuenta miembros en las comunidades dedicadas a la enseñanza.

Poseen en Francia siete noviciados. Los novicios mejor capacitados acaban su preparación en “alguna de las escuelas normales” —los escolasticados— organizados por los directores de los principales centros formativos. Los ancianos y enfermos corren a cargo de la Congregación: lo poderes públicos no garantizan ningún retiro a esos educadores; y para alimentar a los Hermanos ancianos, los Superiores deben deducir cinco francos por año del salario de los maestros en ejercicio.

No obstante, casi todos los establecimientos lasalianos dependen, en lo civil, de las municipalidades. El Imperio, la Restauración, la Monarquía de Julio apreciaron los servicios de la congregación y no han establecido el sistema de enseñanza nacional sin contar con ellos. La aportación de los fundadores particulares se suma, en algunos lugares, a los aportes de los municipios, con el fin de acrecentar el número total de profesores en determinadas escuelas que, por ello, reciben el nombre de “escuelas mixtas”.

Pero, desde hace tiempo, los hijos del canónigo de Reims se han sentido apóstoles para una misión que supera las fronteras políticas. Han cruzado los Alpes desde el siglo XVIII; Bélgica los solicitó después de 1830; Canadá se beneficia de su celo desde hace once años; acaba de entregar a Estados Unidos algunos de esos sólidos pioneros; se están introduciendo también en Oriente Próximo.

Todos esos enjambres de la colmena francesa, conservan con ella relaciones muy exactamente establecidas. Nadie puede tocar sus tradiciones y sus usos, imponerles métodos de enseñanza que contradigan el método lasaliano. Perderían la gracia de su vocación, si no se mantuviesen unidos a su Instituto; si, en materia de pedagogía, de organización escolar, de vida religiosa, aceptasen órdenes que no les fuesen transmitidas por sus superiores jerárquicos. Éxito de los trabajos, influencia intelectual y moral, porvenir espiritual de los maestros y de los alumnos, la misma existencia de los centros educativos, todo quedaría comprometido.

Ninguna otra intención, ninguna otra voluntad, seguramente, más que la de extender el Reino de Dios. El patriotismo, sin embargo, no puede desinteresarse de esa conquista. Al aparecer la civilización francesa como uno de los aspectos de la civilización cristiana, ¿será sorprendente si sus ventajas se confunden? Si Francia sirve a Cristo, y si Cristo bendice a Francia, ¿cómo no iba a alegrarse de ello el Hermano Philippe?

Semejante honor no se disimula ante el areópago de 1849. Después de haber declarado que “los Hermanos”, en cualquier país en que se encuentren, incluso en Roma”, dependen de la Casa Madre, el Superior General pone el acento —no se puede negar— sobre el carácter muy nacional de su Congregación: “En los países extranjeros, son franceses, subraya, los que dirigen todas las casas principales. El hecho no se discute y la juventud de las creaciones lejanas bastaría para explicarlo. Hablando a compatriotas, a jefes responsables del destino de un pueblo —y también él mismo lleno de un amor ardiente, incluso singularmente exclusivo, hacia “la hija mayor de la Iglesia” (*¡gesta Dei per Francos!*)— el Arverne fiel a su raza añade atrevidamente: “Únicamente entre los franceses se encuentra la energía de carácter” indispensable.

¡Qué el amplio mundo perdone esta expresión al Hermano Philippe! No impide la caridad universal. Y, hace cien años, cuando el Instituto no albergaba aún —del otro lado del Atlántico, y de los Alpes— más que débiles expectativas, la misma no parecía extraña ni injusta.

Además, enseguida se ofrece una enmienda. Thiers se dispone a concluir que “en todas partes los Hermanos establecen la influencia francesa”. Su interlocutor reacciona, con una aclaración bien precisa: no, la única finalidad, en la elección de los directores, es el bien de la religión. La sociedad espiritual se sitúa pues en un plano superior; la ciudad humana no la invade por completo. El catolicismo del educador le recordará sin cesar la fraternidad de las naciones.

A continuación, como era de esperar Victor Cousin insiste sobre lo que vincula la familia lasaliana a Francia: el artículo 109 del decreto de 1808 la colocó en la categoría de las instituciones del Imperio. Cuarenta años más tarde, el hábito del Hermano —ese manteo de la Champagne, el tricornio del siglo XVIII— parece en cierto modo un accesorio obligado en el marco típico de la mayoría de nuestras provincias, se convierte a sus ojos en una de las imágenes de la patria. El Hermano Philippe menciona los teatros donde brilla con mayor plenitud: la región lionesa y de Saint-Étienne, en primer lugar, que conserva el mérito de los nuevos comienzos heroicos de 1804; luego los departamentos del Pas-de-Calais y del Norte, Artois y Flandes francés, regiones de hogares prolíficos, de cristianismo militante, donde se realizó el apostolado del Hermano Abdon; y también, todo el Sur languedociano y provenzal, favorecido por la proximidad de Lyon, por las iniciativas del Hermano Bernardin, por el celo del Hermano Claude y de los religiosos de Toulouse, y por la fama del pensionado de Béziers... Y habría que añadir la región de Burdeos, de Auvergne.

El Centro es menos rico en centros educativos, salvo el poderoso conjunto de las escuelas de la capital. Hacia el Este, la Congregación progresa en el Franco-Condado, en Lorena, pero se detiene a las puertas de Alsacia. En el Oeste, finalmente, va recuperando una a una las parcelas del territorio normando; en cuanto

a Bretaña, los Lasalianos la comparten con los discípulos de los Padres Gabriel Deshayes y Jean-Marie de Lamennais: el Padre Deshayes “expuso en otro tiempo al Hermano Philippe un proyecto de tercera orden” del Instituto, “para suplir a los Hermanos de las Escuelas Cristianas en el mundo rural... El Superior General de entonces no creyó deber” autorizar ese emprendimiento; desconocía la “regla fundamental” que exige la presencia de tres religiosos por lo menos en cada comunidad. Esa regla, el sucesor del Hermano Gerbaud naturalmente pretende mantenerla.

Montalembert, que le pregunta sobre el tema, llevará también la discusión hacia el terreno de la gratuidad. Pero conviene antes terminar con la enumeración de las obras. Las escuelas normales de maestros no podrían estar ausentes del cuadro: puesto que las mismas han dado excelentes resultados en la Seine-Inférieure, en el Cantal, ¿por qué no crear otras semejantes en otros departamentos? Varios Consejos Generales lo desean: y el Hermano Philippe hubiera dado respuesta a su petición, si hubiese podido disponer del personal competente. No obstante, se ha iniciado un ensayo en Beauvais; parte de la iniciativa privada. Lo veremos tomar forma oficial en 1851.

El auditorio no hace ningún comentario; vuelve al tema que le preocupa. “El Instituto —pregunta el conde de Montalembert— ¿seguirá permaneciendo fiel a la gratuidad absoluta?” La misma, replica el Superior General, es una prescripción de nuestros estatutos [669]. ¿Para qué insistir? No obstante uno de los jefes de la enseñanza cristiana, presente en la sesión, el P. Étienne, que, como superior de los Lazaristas, dirige también a las Hijas de la Caridad, alega que los municipios pueden siempre percibir una retribución en provecho suyo. El Hermano Philippe no tiene en cuenta esas palabras, contra las cuales la Sociedad Lasaliana no ha cesado de manifestarse. Sus actuaciones posteriores siguen siendo conformes a los principios del Hermano Agathon y del Hermano Gerbaud, mientras no se enfrente a necesidades ineludibles.

La controversia se ocupa ahora del tema de los “títulos”. El Sr. Giraud, consejero de la Universidad, convocado por los comisarios para determinar el lugar de las congregaciones en la educación de los varones, pretende que el examen legal no impide que los educadores religiosos se multipliquen; él vería más bien el obstáculo en el elevado precio de coste para toda fundación de una escuela de Hermanos. Interrogado por el presidente, el Hermano Philippe se mantiene en su opinión. Algunos de los jóvenes que serían capaces de impartir los primeros elementos de la enseñanza retroceden ante la obligación del título: por ejemplo un maestro, cuyas cualidades son indudables y que desde hace veinte años, lleva muy bien una clase elemental, aparece ante los examinadores como un mal candidato. Así, el pedagogo experimentado se muestra adversario de ese mandarínismo que en los tiempos modernos algunos países de Occidente han tomado prestado de China, y que ofrece una escala de los valores humanos, fuera de toda psicología y según los datos más ilusorios, más dudosos, más falsos. Un rápido examen otorga el valor principal a la memoria, a la facilidad de palabra, a las recetas de la habilidad; deja en la sombra aptitudes que se ejercitan en el trabajo cotidiano, potencias intelectuales y morales que —en cualquier empleo y principalmente para la vocación de profesor— serán necesarias antes que nada. Solo los empleadores, los formadores, los guías de almas y de inteligencias, son capaces de juzgar. En el Instituto de Juan Bautista de

La Salle, se busca como esencial “en espíritu de entrega”: ¿piensan que “se adquiere con un título”?

Observaciones profundas y justas, diremos, pero que van contra los prejuicios del siglo. No convencen a los franceses y, menos que a ninguno, a unos universitarios. Los Hermanos seguirán pasando exámenes; los prepararán a conciencia; lucharán con armas iguales, incluso ni sin algunas superioridades manifiestas, contra sus concurrentes. Una vez aceptadas las costumbres, ni la perspectiva de las pruebas ni la decepción de los fracasos ni la legítima satisfacción de los éxitos les perjudicarán en su reclutamiento.

En cuanto a la extensión numérica de la Sociedad Lasaliana, el Sr. de Melun, Montalembert y Thiers manifiestas una viva preocupación. Disposiciones legales, sugiere el primero, quizás producirían efecto sobre el acrecentamiento de las vocaciones. El Hermano Philippe lo duda: la fe, y no la ley, crea el ambiente favorable. Montalembert quiere saber como logra el Superior cubrir los gastos de los noviciados: un gran problema para la Casa Madre y para los directores; pero la caridad acude en su ayuda. “¿Es la falta de candidatos y la insuficiencia de donaciones” lo que les obliga a rechazar nuevos establecimientos? —“Las dos causas [actúan] a la vez”. A fin de cuentas, si frenan una marcha demasiado rápida en el desarrollo de la Congregación, el Jefe, responsable de las almas, no lo lamenta en absoluto: “prefiere mucho mejor ir lentamente”.

Es lo que repite al Sr. Thiers, cuando éste piensa en ayudas del Estado suficientemente abundantes como para generalizar la instrucción gratuita de los novicios. La afluencia de postulantes garantizaría la muy deseable multiplicación de las escuelas cristianas. —“Sí, pero con el tiempo. Pues, más que nunca es importante, no recibir indiscriminadamente a los candidatos. Una persona sensata compartirá el parecer del Sr. de Montreuil, diputado del Eure: “El dinero, en vez de ser el principio de la abnegación, la debilita”; hay que evitar que los noviciados religiosos aparezcan como un reclamo “¡para la buena vida!”.

Con estas palabras se concluyó la sesión del 3 de febrero. Pero, algunos minutos antes, Cousin no se aguantó en romper un silencio que se le debe hacer pesado: “Seguramente, insinúa de repente, el Instituto [de los Hermanos] no ha pensado nunca en ocuparse de la enseñanza secundaria”. Grave problema a ojos del “dictador” de inteligencias: si una Congregación, famosa por sus métodos pedagógicos, por el ascendiente moral de sus profesores, organiza centros educativos libres frente a los colegios y liceos del Estado, ¿qué sucederá con la filosofía “ecléctica”, de una cultura humanista independiente de los dogmas? Cousin acepta de buena gana abandonar el pueblo a la tutela de los sacerdotes y sus auxiliares: es una garantía de seguridad que encuentra contra la ola de rebeliones. Pero una aristocracia compuesta por gente intelectual y por sabios debe recibir sus consignas en otra parte. La Universidad, custodia de la educación “clásica”, salvará sus privilegios, o su monopolio, en este campo.

Con una ingenuidad bien representada, Victor Cousin se declara muy tranquilo sobre la respuesta del Hermano Philippe. Efectivamente, puesto que en ese momento por “enseñanza secundaria” todo el mundo entiende el ciclo de estudios latinos, no parece posible nada que temer. La voluntad del Fundador prohíbe a los Hermanos de las Escuelas Cristianas hasta el uso de la lengua de Cicerón y de Virgilio. No

ciertamente por desconfianza con respecto a la civilización antigua, cristianizada por la Iglesia romana, y de la que él mismo se nutrió; sino con el fin de evitar a sus discípulos, en el medio social en que vivían en el siglo XVII y XVIII, la tentación de abandonar a su clientela popular, y buscar, con el ministerio sacerdotal, un rango entre los “clérigos”, entre los doctos. Faltar —aunque sea provisionalmente y con las mejores intenciones— a una regla tan claramente formulada alarma al más alto nivel a la conciencia lasaliana; será necesario todo un cambio de ideas y de costumbres, la exhortación de la suprema autoridad religiosa, para introducir el latín en los programas escolares de la Congregación.

El Superior de 1849, si la sutileza del filósofo le tiende una trampa, caerá en ella por falta de atención: “Nunca, declara, sean cuales sean los favores del Estado, sea cual sea el atractivo de las novedades, el Instituto se ocupará de la enseñanza secundaria”.

Cousin se apresura a registrar esas palabras, que se siente “feliz de haber provocado”. Thiers las aprueba, no ciertamente sin una reserva en la que hay algo más que cortesía: “La intención” de los Hermanos es pues “no salirse nunca de la enseñanza primaria”. De acuerdo: y sin embargo, en la situación en la que se debaten los seres humanos, “algo se ganaría quizás” en ampliar los medios de acción de tales educadores.

La restricción del Instituto a la “primaria”, fue querida por Napoleón I, su Universidad imperial se dedicó a ella, hombres de Iglesia y excelentes católicos la estimaron conveniente. No se trata más que de ponerse de acuerdo sobre las definiciones. Si, como lo pensaba con sus contemporáneos, el Hermano Philippe, “secundaria” es igual a “clásica”, es posible, no obstante, imaginar un conjunto de conocimientos científicos y literarios fuera de esa clasificación. Que se lo llama “primaria”, o “primaria superior”, o “enseñanza especial”, o “enseñanza moderna”, poco importa. Pero ya no será “elemental”. Servirá para formar generaciones aptas para las investigaciones de laboratorio, para las artes aplicadas a la vida, a los trabajos agrícolas, aptos para mandar. Los Hermanos obtendrán de ese modo “la extensión” que Thiers juzgaba tan útil. Y entonces la promesa que Cousin obtuvo de su Superior ya no conservará su sentido.

* * *

El 7 y el 10 de febrero, el Hermano Philippe vuelve a comparecer ante los encuestadores. Pero lo esencial de los interrogatorios ya se ha agotado. No se trata más que de ofrecer algunas aclaraciones. El presidente pregunta cuales son los votos propios de la Congregación: “Votos simples, emitidos primeramente por tres años”, explica el religioso. A la expiración de cada periodo trienal, el Hermano puede retirarse en lugar de suscribir un nuevo compromiso. E incluso durante alguno de esos tres años el Jefe del Instituto autoriza a veces alguna salida. Los votos definitivos no se realizan hasta haber cumplido los treinta años; y no todos los Hermanos se convierten en “profesos” [670].

Las relaciones de los educadores cristianos tanto con la Universidad como con los Consejos Municipales son luego objeto de varias observaciones. A los inspectores de Academia y a los inspectores primarios es conveniente hacerles justicia: se

abstienen de mezquinas triquiñuelas. Los Lasalianos consideraría deseable recibir de esos funcionarios imparciales sus diplomas de capacidad.

Agustin Cochin recuerda el alegato del Hermano Philippe en favor de los municipios. ¿Por qué el Superior se muestra tan partidario del nombramiento del maestro por el Consejo Municipal? —Es, responde el interpelado, porque la autoridad local expresa el sentimiento de la población; si a un municipio se le imponen maestros contra su voluntad, se las arreglará para que la escuela no pueda subsistir.

El Padre Daniel presenta serias objeciones: una municipalidad se enfrenta, en más de una circunstancia, a muy malas elecciones. Mejor será salvaguardar la iniciativa del Comité de distrito o del Comité cantonal, tomando las disposiciones necesarias para que sus miembros ofrezcan todas las garantías de competencia y de buena disposición, y obligándoles a informarse con los alcaldes, los curas y los inspectores. El Consejo académico, modificado también en su composición, debería pronunciarse en última instancia.

Nuevo debate a propósito de los exámenes. El antiguo rector de Caen piensa en introducir en el jurado un delegado del obispo. El Hermano Philippe se lamenta del rigor de los examinadores de París, lo que ocasiona una protesta de Poulain de Boissay, miembro del Consejo Superior de la Universidad. Con el fin de evitar a los miembros de las congregaciones las horcas caudinas, el Sr. de Riancey imagina un sistema de convalidación: el curso de maestro auxiliar dispensaría de las aleatorias pruebas del título. El pastor Cuvier emprende la defensa de los usos universitarios: según él, la capacidad se juzga por el éxito de los candidatos.

Finalmente, Victor Cousin no quiere dar por perdida la causa de las escuelas normales: ¿no se podrían idear de dos tipos, unas para los maestros urbanos, las otras para los “maestros rurales”? Le gustaría conocer el parecer de los pedagogos religiosos. El Hermano Philippe, sin recordar los geniales ensayos y los inmerecidos fracasos del Sr. de La Salle, se limita a constatar que sus subordinados, por lo demás extendidos fuera de las aglomeraciones urbanas, no reciben preparación especial para los pueblos [671].

Ya no lo volveremos a escuchar ante los comisarios del Sr. Falloux. Asiste, como espectador silencioso, a la sesión undécima, la del 10 de febrero, después de la cual el comité retomará en curso de sus trabajos. El Superior del Instituto se lleva a la Casa de la calle Plumet un gran alivio: nunca, por parte de los hombres de Estado, testimonios más solemnes y más numerosos de simpatía han llegado a los Hermanos de las Escuelas Cristianas; nunca el porvenir ha parecido tan despejado de nubes. Se llega incluso a pensar que el momento es demasiado hermoso. ¿Habrá que fiarse por completo de los cumplidos, del interés del Sr. Thiers? Al igual que un naufrago, el ex ministro del gobierno de Julio pide “auxilio”. ¿El día de mañana hará cierto el refrán: “Pasado el peligro, adiós al santo”? Un alma bastante equilibrada no se complace en las bromas, la petulancia de ese meridional; y ciertamente el Hermano Philippe hubiera preferido que las alabanzas de su Congregación no pareciesen la antistrofa de las acusaciones reiteradas contra los maestros; que en su presencia, Thiers se abstuviese de condenar en bloque “el cuerpo” de la enseñanza primaria, sospechoso de “demagogia” [672]. El religioso, en su deposición, había intentado atenuar semejantes vehemencias: en la Ciudad, los Hermanos no querían actuar más que como artesanos de paz.

Sin embargo, Montalembert mismo se sorprende de tan prudente y tan caritativa actitud. Fogoso adversario de la Universidad, lamenta los miramientos del lenguaje del P. Étienne, del Hermano Philippe, tan indulgentes, tan optimistas —a su parecer— como el P. Daniel. ¡La encuesta hubiera sido más reveladora si esas personalidades de la Iglesia no hubieran vacilado en informar a la Comisión, ya sea a causa de su posición oficial, o por miedo a “perjudicar” las relaciones establecidas entre sus “corporaciones” y los funcionarios de la Instrucción Pública!

Hay mucho ímpetu en esa acusación, y sospechas poco amables. El ataque surgía de la parte en que uno se podía considerar a salvo, la réplica llegó no menos inesperada: contra la lanza y la espada del conde, Victor Cousin se presenta como el caballero escudero de los dos Superiores, cuya sabiduría exalta [673].

La audiencia del Hermano Philippe, no sólo provocó ese breve tintineo de armas. El eco se prolonga en varias sesiones. El 21 de febrero, el Sr. de Riancey habla de los pensionados: “el favor con que el pueblo ha acogido los de los Hermanos prueba suficientemente la utilidad” de este tipo de establecimientos. Por eso el orador se lamenta de los procesos de la administración que no autoriza de buena gana su apertura: “¿no ha declarado recientemente que el pensionado de Marsella sería el último admitido?” Según las explicaciones de Cousin, la Universidad no se opone más que a los pequeños pensionados rurales, donde la higiene y la supervisión dejan mucho que desear. Las grandes casa fundadas por el Instituto escapan seguramente a sus críticas [674].

Ese día no se avanza más. Pero, el 3 de marzo, y de nuevo a iniciativa de Riancey, el problema de la enseñanza “intermedia” se vuelve a tratar, ampliamente [675]. Todo converge —observa el comisario— hacia el bachillerato; es un verdadero peligro social. ¿Cómo remediarlo? —Colmando la discontinuidad entre la enseñanza primaria y la enseñanza secundaria. Se trata de realizar, en escuelas especiales, “la educación profesional”: eso es lo que las clases medias necesitan más claramente; corresponde a los municipios, a las asociaciones, a los ciudadanos bienhechores y ricos, darle respuesta. Se debería reservar par aun número reducido “la escuela latina”, donde —como en otro tiempo— se daría una fuerte cultura, basada sobre el estudio de las instituciones antiguas y de la fe cristiana.

El Sr. de Corcelles se asocia a las observaciones de su colega. La subcomisión que él preside ha comprendido perfectamente la importancia del tema. Pero esperaba una discusión general que aclarase y precisase las directivas. Un punto fuera de duda, es que la enseñanza clásica produce demasiados fracasados y desclasados; según un informe de 1843, sobre 116.000 alumnos, 95.000 no consiguen el diploma. En realidad, no han recibido más que la peor de las “enseñanzas intermedias”.

Saint-Marc-Girardin añade a las palabras del diputado del Orne el peso de su opinión de catedrático de la Sorbone: considera las escuelas profesionales como una incontestable necesidad. Por su parte se siente acusado de “querer *aristocratizar* los estudios clásicos”: en efecto, ha prometido, “no emprenderlos más que con aquellos que tienen suficiente capacidad para conseguirlo”. Pues sí, un buen número de niños y de jóvenes se encontrarían mejor en otros sitios en vez de en los liceos y colegios secundarios. ¡Qué nadie piense en negarles el alimento intelectual! Pero que se les ofrezca de modo asimilable.

Thier, hasta ese momento, no ha chistado. Pero su bilis se acumula; el 7 de marzo, su cólera explotará. Arremete contra Riancey y Saint-Marc-Girardin: “Lo que yo nunca combatiré bastante, es la enseñanza de esas escuelas profesionales; es la clase de establecimientos que detesto y que más desprecio en el mundo. Las escuelas profesionales..., ¡no servirán más que para hacer de sus alumnos pequeños americanos!” Se objeta que muchos de los alumnos de los colegios no terminan sus clases: ¡peor para ellos! Al menos, habrán oído hablar durante tres años, “de Escipión y de Catón”. Discursos más sabios y más útiles que las demostraciones de teoremas... Puesto que la religión se debilita, ¡tengamos cuidado de no reducir la parte de las ideas morales! “Escuadras y triángulos”, ¿para qué le sirven a la conciencia? ¡Apoyemos la educación “sobre los grandes ejemplos del pasado”! [676]

Esta salida, por más brutal e injusta que sea, no carece de relieve y de color. Nos gusta ver a Adolphe Thiers transformado en abogado de los héroes de Plutarco... Y sus paradojas encierran ciertamente una onza de verdad.

El Sr. de Corcelles la destaca, ocho días después, insistiendo en que hay que tener cuidado con la acogida del materialismo [677]. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas han sabido evitarla: no han separado la técnica de la moral; y han conseguido resultados alentadores.

Así la discusión vuelve a la luz y la calma. Reconozcámoslo, añade el opositor cortés, existe “en la enseñanza a todos los niveles un vicio capital: la falta de adecuación”. El espíritu clásico tiende hacia el desprecio de lo concreto; quiere formar al hombre ideal; teme la influencia de la tierra, de la raza, de la costumbre, del oficio; y llega a ignorar —en sus momentos de aberración— a romper los marcos donde se mueve el hombre real.

Una instrucción literaria muy completa puede dejar una inteligencia inadaptada para las decisiones vitales; con mayor razón, la misma instrucción “truncada”. La “enseñanza intermedia” contribuirá, una vez organizada, al equilibrio, a la salud del país. Que el legislador se preocupe, con mayor continuidad y firmeza que bajo la monarquía de Julio; que procure a los alumnos de las escuelas profesionales la entrada en un cierto número de carreras; que prevea, en su favor, títulos y grados, sin los cuales el francés se sentirá frustrado, y pedido en un callejón sin salida.

* * *

Tales son los elementos de reforma que tomando a la Congregación Lasaliana como ejemplo, la “Comisión Extraparlamentaria” de 1849 propuso a la atención pública. De los otros debates, de los trabajos de sus subcomisiones de la enseñanza primaria y de la enseñanza secundaria, no nos fijaremos —por el momento— más que en varias orientaciones significativas: la voluntad de flexibilizar y de descentralizar el sistema de educación nacional, especialmente mediante la creación de “comités departamentales” en los que la Universidad ya no será dueña absoluta; el proceso seguido contra las escuelas normales de maestros: “Ustedes prefieren destruirlas, observa Victor Cousin; olviden esa fantasía; porque, les digo que no tardarían en restablecerlas” [678]; el deseo de facilitar el reclutamiento de los maestros religiosos, decidiendo como “regla de derecho común” que las prácticas sustituirían al título, en las escuelas de primer grado [679].

Semana tras semana, la acción del Padre Dupanloup se afirma sobre sus colegas. El 10 de marzo, hablando como sacerdote, “en nombre del clero”, desenmascaró, condenó los sofismas que dictan la conducta de tantos hombres políticos y de grandes burgueses desde hace medio siglo: “He aquí, declaró, la distinción que me es imposible admitir: es que la religión es buena para el pueblo y superflua para las clases elevadas; que se nos debe permitir una total influencia en lo que se refiere a la niñez popular, mientras que hay que reservar para la niñez... más afortunada lo que se llama una dirección más elevada; porque en definitiva es necesario que el pueblo sea cristiano y al burgués le basta con ser filósofo. Ideas funestas... que llevan a un país a la ruina”. Así, la sociedad del siglo XVIII pereció en 1792; así, la del siglo XIX ha estado a punto de sufrir el mismo destino en 1848 [680].

Ahora bien, estas ideas se encarnan en la persona de algunos de los miembros de la Comisión: en Thiers, Cousin, Paul-François Dubois, antiguo director del periódico *Le Globe*. Thiers se disponía a poner toda la enseñanza popular en manos de la Iglesia; pero en cuanto se trata de la enseñanza secundaria, su cambio de opinión es completo: nos encontramos con el relator del proyecto Villemain, el jacobino de 1844, en el hombre que reclama, para el Estado, el derecho de “esculpir a la juventud a su imagen”. Una vez más, al escucharlo, la libertad de enseñanza puede llegar a ser una palabra inútil.

Dupanloup despliega sus facultades de dialéctico y de diplomático. Ya había tenido cuidado con romper duramente con la Universidad: evitaba, el 19 de marzo, inculparla, sólo a ella, al buscar las causas del “mal religioso y moral”; “la influencia casi irresistible de medio social” seguía siendo el principal factor de las revoluciones, de las decadencias. “Una educación heroica”: ningún otro remedio parecía capaz de “neutralizar” los venenos [681].

No se espera de la Corporación oficial los medios de salvación. Pero entre ella y la Iglesia, para el bien general, ha llegado la hora de un “concordato”. Tocaré esbozarlo a Dupanloup, y llevarlo a término. Rada se conseguirá sin concesiones recíprocas. La Universidad renuncia a su monopolio, pero los católicos pierden una parte de la independencia que reivindicaban. Admitirán la supervisión de sus establecimientos libres, la inspección de los funcionarios académicos, la equiparación de los niveles de educación por las Facultades del Estado. A cambio, obtienen los cuatro artículos que su portavoz señaló como “absolutamente indispensables, si se quería lograr la paz”: supresión del famoso “certificado de estudios” que Villemain y Salvandy ponían en otro tiempo como barrera ante el bachillerato [682]; derecho de enseñar reconocido a toda Congregación religiosa, incluidos los Jesuitas; dirección de los seminarios menores reservada exclusivamente al episcopado; reducción, a un mínimo razonable, de las exigencias de títulos con respecto a los jefes de los colegios y de las pensiones [683]. La obra está hábilmente, solidamente modelada. Los comisarios de 1849 han desplegado una gran maestría. A los procuradores de la Asamblea, corresponde ahora esculpir la ley en el mármol.

* * *

Arthur-Auguste, conde Beugnot, hijo del antiguo ministro de Jérôme-Napoléon y de Luis XVIII, se convierte en el relator del “proyecto del gobierno sobre la enseñanza pública” presentado en las oficinas de la Asamblea legislativa el 18 de junio de 1849. Católico, autor —aunque no siempre de una ortodoxia segura— de una *Historia de*

la destrucción del paganismo en Occidente, miembro del Instituto de Francia desde 1832, Beugnot, desde hace tiempo, se ha colocado junto a Montalembert para defender la libertad. Permanece fiel a las opiniones que sostenía valientemente ante la cámara de los pares. Su trabajo, finalizado a principios de octubre, aprueba, justifica plenamente el de la Comisión Extraparlamentaria. Su estilo es noble, incluso un tanto enfático, y, en definitiva, responde a la elevación de sus pensamientos: un preámbulo muestra la sociedad, la religión, las costumbres, como objeto de los más audaces ataques; las “nociones elementales” de verdad, de derecho, de justicia, perturbadas, oscurecidas; los abismos súbitamente abiertos... “Entonces todos los hombres sensatos han comprendido... que era necesario reunir [el conjunto de] las fuerzas morales”, unirse para “derribar” al enemigo “que victorioso, no perdonaría a nadie”.

Unión, “paz, concordia”, he ahí el clima en el que hay que vivir, esas son las condiciones fuera de las cuales el legislador no sería capaz de superar las dificultades de su tarea. “Cuando todo anuncia” que es tiempo “de concluir la controversia, de pasar de la teoría a la aplicación..., las mentes más absolutistas aceptan... no seguir nutriendo esperanzas irrealizables”.

Así se expresa Beugnot como historiador, como hombre político, como cristiano animado de un sincero liberalismo. Con esa misma clarividencia y la misma moderación de juicio explica las intenciones de Falloux, subraya los principios y las directivas del texto ministerial: “Pretender... reglamentarlo todo, con el fin de conservar bajo el nuevo régimen la unidad rigurosa del régimen antiguo; no tener en cuenta los hechos, las aptitudes, el celo y la abnegación de los individuos y de las asociaciones...; extender por todas partes el nivel de prescripciones inflexibles... sería desconocer que no se debe hacer mediante la ley lo que puede ser realizado por las costumbres”.

“Sólo un sentimiento hace digno de formar a la juventud: la dedicación” cotidiana. Ninguna ordenanza administrativa la crea ni la remplace: es por eso que el legislador, en vísperas de pronunciarse según la justicia y el sentido de la libertad, no negará su confianza “a la virtud, a la caridad, al amor del bien público” que rigen aún los actos de tantos ciudadanos.

Colaboración del Estado y de los particulares, de los poderes sociales y de las energías individuales, para un enderezamiento de las almas, y en el respeto del derecho de las familias, he ahí la forma en que debe interpretarse el artículo 9 de la Constitución del 10 de noviembre: ¡“la enseñanza es libre”! [684]

Desde ese preludeo hasta la votación final, queda aún mucho camino por recorrer, muchas vicisitudes que soportar. Mediante un mensaje del 31 de octubre, el príncipe-presidente despide al ministro con el cual está en desacuerdo sobre la “cuestión romana”. Lo hace remplazar por hombres no menos resueltos a gobernar con firmeza, pero de todos modos más dóciles a sus tendencias, más adeptos a su persona... ya “bonapartistas”. En la Instrucción Pública, Esquirou de Parieu es el sucesor del conde de Falloux. Su físico y su carácter aparecen en llamativo contraste con el aspecto y las formas del gentilhomme de Angers. Parieu, diputado del Cantal, es un montañés de complexión maciza, amplio cráneo, tez biliosa. La mirada, grave y negra bajo la profunda arcada de las cejas, busca dominar más que seducir; no desmiente el humor un tanto melancólico. Y sobre sus labios se aprecian

la ruda franqueza y un cierto desdén. Natural fuerte, austero, sin matices: alma de gran legista; pero por suerte de legista cristiano. La cual renueva su valor y su fe en una asistencia cotidiana a la misa; se dice que somete su cuerpo con instrumentos de penitencia [685]. Al elegir ese ministro, al colocarlo como Gran Maestro al frente de la Universidad, Luis-Napoleón está siguiendo un plan: “vierte bálsamo sobre la herida de la derecha” [686]; tranquiliza a los católicos. De hecho, Parieu usará una constante benevolencia, a falta de favores especiales, de amabilidades manifiestas, para con las Congregaciones religiosas. Pero sobre todo, ejecuta su consigna, más que escrupulosamente, con ardor, con vigor, totalmente desprendido de amor propio, como si no se tratase de la obra de otro, al urgir la discusión del proyecto Falloux.

El 7 de noviembre se presentó una “retención”. A propuesta del anticlerical Pascal Duprat, y con un voto mayoritario, la Asamblea reenvía el texto al examen del Consejo de estado: retraso de seis semanas, durante el cual se producirán innumerables críticas. Ataque de todas partes: “desde la izquierda, dirá Montalembert, nos han tratado de ultramontanos y de jesuitas; desde la derecha, nos han denunciado a Roma por haber traicionado los intereses de la religión” [687]. Louis Veuillot desata, en su periódico *L'Univers*, una dura campaña: las concesiones de Dupanloup le parecen desastrosas. Lacordaire se calla, y su silencio se parece mucho a una censura; dom Guéranger se pasa de repente al campo de los opositores. Mons. Pie, obispo de Poitiers, se cuenta entre los más irreductibles; Mons. Parisis, que trabajó tan bien en aclarar la opinión, a hacerla favorable a las reivindicaciones católicas, guarda una actitud de contención. Los demás prelados de Francia manifiestan, en general, mayor resignación que entusiasmo. Y se acusa ante la Santa Sede al P. de Ravignat de seguir a Montalembert “como sectario ciego” [688].

El 11 de enero de 1850 se vota, de forma provisional, una ley relativa a los maestros municipales. La misma otorga a los prefectos “la supervisión” de la enseñanza primaria; a la administración política corresponde el poder de corregir, de suspender y —con ciertas garantías ante los comités de distrito y ante el Consejo Superior de la Universidad— de revocar a los maestros de escuela. Medidas circunstanciales, sin liberalismo, y que revelan sobre todo una voluntad de reacción después de las osadías preocupantes de Hippolyte Carnot, un sentimiento de desconfianza con respecto a los funcionarios de la Instrucción Pública.

El Consejo de Estado presentaba sus observaciones el 17 de diciembre; Beugnot las ponía a punto en su informe complementario del 31. Y, el 14 de enero, la Asamblea aborda, en una “primera lectura” la discusión de conjunto. La batalla se prolonga dos meses: Falloux, gravemente enfermo en Nice, no puede defender su obra. Se fía de la lealtad de su sucesor, de la intrepidez de sus amigos y lugartenientes, Montelembert, Vatimesnil, Riancey, Kerdrel, Fresneau, Bazé, Béchard, Poujoulat [689].

En las posiciones opuestas se ubican Barthélemy-Saint-Hilaire, Wallon, hijo del *Alma Mater*; pero también, más violentos en la ofensiva, los diputados de extrema-izquierda, Victor Hugo que se descubre entonces una vocación “republicana” y piensa desempeñar la función de profeta, Emmanuel Arago, cuyo tema se limita a estas afirmaciones injuriosas: “Los Jesuitas no son franceses; los Hermanos y las Hermanas no merecen, tampoco, el reconocimiento de su patria de nacimiento,

puesto que las congregaciones a las que pertenecen se vinculan a la Compañía de Jesús, de la cual son simples “secciones” [690].

Thiers, varias veces, sostiene el combate casi en solitario: se lo ve intervenir a cada momento, encontrar la réplica a los intransigentes de derecha, a los sectarios de la “Montaña”. Pronuncia tres grandes discursos. Fiel a todos los compromisos asumidos con Dupanloup, pleitea en favor de la presencia de los obispos en los Consejos de la Instrucción Pública. Y, sin dudar en contradecir abiertamente sus antiguos prejuicios, se erige en abogado de los discípulos de San Ignacio, reclama para ellos, como para todos los ciudadanos, el derecho de abrir colegios. ¡Horas magníficas de su carrera, inspiraciones elocuentes! El periodista de 1830, el belicoso e inquietante ministro de Louis-Philippe demuestra verdaderamente su elevada figura de hombre de estado. Arrastra una mayoría imponente: la votación definitiva de la ley se ganó, el 15 de marzo, por 399 votos contra 237 [691].

* * *

Resumamos —en lo que se refiere a nuestro tema— este texto capital, estatuto de la educación nacional durante la segunda mitad del siglo XIX, ciudadela de las libertades religiosas, escavada en la roca por una generación valiente y generosa, por la más rara colaboración de buenas voluntades francesas, y que, atacada sin cuartel, desmantelada, descoronada, no ha cesado de servir de abrigo, de último refugio al ejército cristiano.

Mientras conservó su integridad, los miembros del clero tuvieron no ya, un puesto preponderado, sino la situación que la Iglesia podía esperar de hombres políticos favorables a su influencia y deseosos de rendir homenaje a sus prerrogativas de educadora. En el Consejo Superior de la Instrucción Pública figurarán, junto a las altas personalidades del Consejo de Estado, del Tribunal de Casación, del Instituto de Francia, cuatro arzobispos u obispos, elegidos por sus colegas. Y a los ocho universitarios, que constituyen la “sección permanente”, se sumarán, durante las deliberaciones generales, tres miembros de la enseñanza libre, nombrados —como los precedentes— por el presidente de la República, a propuesta del ministro [692]. En los Consejos Académicos, encargados de la supervisión del cuerpo profesoral y del control de los estudios en cada departamento, figuran el obispo o su delegado, más un eclesiástico elegido por el pastor de la diócesis [693].

A continuación se afirma claramente el principio de la libertad: “La ley reconoce dos clases de escuelas primarias o secundarias: 1º las escuelas fundadas o mantenidas por los municipios, los departamentos o el Estado, y que llevan el nombre de escuelas públicas; 2º las escuelas fundadas y mantenidas por particulares o asociaciones, y que llevan el nombre de escuelas libres” [694].

Los programas de enseñanza se imponen no obstante a los jefes de cualquiera de las instituciones. En lo que se refiere a las clases primarias, suponen esencialmente: “la instrucción moral y religiosa, lectura, escritura, elementos de la lengua francesa, cálculo y el sistema legal de pesos y medidas”. Pueden, a título facultativo, ir más allá; entran dentro de ese campo de ampliación: “la aritmética aplicada” a las prácticas comerciales, “los elementos de la historia y de la geografía, nociones de ciencias físicas y de historia natural..., enseñanzas sobre la agricultura, la industria y

la higiene, las medidas agrícolas, nivelación, dibujo lineal”, finalmente, “el canto y la gimnasia” [695].

En resumidas cuentas, nos encontramos ahí las materias que constituían la materia de las lecciones de los Hermanos de las Escuelas Cristianas desde antes de 1789 y que, desde 1830, ponían como bases de los estudios de sus alumnos, tanto de las mejores clases de sus establecimientos primarios como de sus grandes pensionados. La Asamblea Legislativa no decidía el desarrollo de la cultura popular; concedía a los profesores un margen suficiente para la formación de una categoría social dispuesta a cumplir sus deberes de estado en los centros urbanos y en el mundo rural francés. Estará de acuerdo también en ampliar y profundizar el trabajo, hasta crear, por encima de las escuelas elementales, una verdadera enseñanza técnica y, más tarde, un “humanismo” constituido por el conocimiento de las lenguas y las literaturas modernas. Ese progreso se realizará dentro de un ambiente de libertad.

Todos los niños estaban llamados a gozar de los beneficios de la enseñanza. Aún así, los redactores del código escolar de 1850 retrocedían aún ante la gratuidad completa: en principio, persistían en no admitir sin retribución más que a los indigentes. Esta toma de posición traería como consecuencia, en tiempos del Segundo Imperio, más de una dificultad entre el Instituto Lasaliano y el gobierno.

Por fortuna, los derechos de que gozan las fundaciones particulares en virtud de la ley de 1833 —y que los nuevos textos les confirman— permiten a los Hermanos observar íntegramente en muchos puntos del territorio, la Regla de su Fundador. No existe ninguna estrechez en la indicación de las condiciones en que se ejercerá “la profesión de maestro”. El título de capacitación será el único diploma necesario [696]; incluso puede ser remplazado por el “certificado de prácticas”: así lo decide el artículo 47 del título segundo: “El Consejo Académico entrega, si procede, certificados de prácticas a las personas que justifiquen haber enseñado, durante tres años por lo menos” los primeros elementos de las clases primarias “en las escuelas públicas o libres autorizadas para recibir practicantes”. Los jefes de los centros reclutan, según su parecer, maestros auxiliares, que están dispensados del examen previo [697].

A los ministros de los cultos queda reservado el más precioso privilegio, puesto que sus funciones, su carácter eclesiástico los hace legalmente aptos para dirigir una casa de educación [698]. En eso se revelan muy claramente las intenciones de los hombres de 1850.

Por supuesto, los miembros de las congregaciones, siempre que pertenezcan a las asociaciones autorizadas o reconocidas como de utilidad pública, pueden ser elegidos como maestros públicos. Los Superiores presentan a los que les convenga. Y que se trate de religiosos o de laicos, las asambleas municipales son dueñas de la elección definitiva. Si prefieren no recurrir a los miembros de los Institutos docentes, deberán designar a los maestros de escuela de una “lista de admisibilidad y de progreso” elaborada gracias al consejo académico departamental. El reclutamiento de los pedagogos no se realiza pues sin el visado de la autoridad episcopal que colabora, en ese areópago, con el delegado del prefecto, dos magistrados judiciales, cuatro representantes del consejo general, el rector de Academia y otro universitario. Con la garantía de todas esas personalidades oficiales, se piensa limitar la

arbitrariedad de ciertas municipalidades, lograr la eliminación de los candidatos sospechosos de opiniones peligrosas [699].

Para abrir una escuela libre, las formalidades se limitan al mínimo: el alcalde de la localidad, el rector, el procurador de la República, el subprefecto recibirán una declaración mencionando la situación del inmueble escolar, las residencias y las profesiones anteriores del demandante responsable. Si el rector de Academia presenta una oposición, no debe ser más que “en interés de las costumbres públicas” y durante el mes que sigue a la fecha de solicitud. Las objeciones emitidas son examinadas por el consejo académico, actuando como juicio entre partes y en última instancia. A falta de oposición universitaria, el establecimiento adquiere pleno derecho de ciudadanía, al finalizar el plazo [700].

El capítulo III aportaba a los partidarios de la escuela gratuita una seria satisfacción: todo municipio obtenía “la facultad de mantener” clases de ese tipo, a condición, no obstante, de proveer a los costes con la ayuda únicamente de “sus propios recursos”. Luego —nueva prueba del favor concedido a la enseñanza libre— los consejos académicos estimarían si una fundación privada, que responda a todas las necesidades de una población, no puede tener la función de escuela pública.

Era bueno procurar a los maestros una situación material menos precaria que la que continuaban sufriendo bajo el régimen de la ley Guizot. Sus ingresos anuales —considerados como salario vital— no deberían estar por debajo de los 600 francos. Se calculaban añadiendo la retribución escolar al “sueldo fijo”, mantenido en la cantidad, evidentemente muy débil, de 200 francos por año. Si los dos elementos reunidos no producían la suma indispensable, el municipio se veía obligado a proporcionar el suplemento.

El maestro, menos mal pagado, dispensado de acudir a arreglos suplementarios, a los regalos y a la mesa de las familias, ocupaba su justo puesto entre sus conciudadanos. Se esperaba que fuese respetado. Pero se evitaba alentar, del mismo modo que Hippolyte Carnot, sus tendencias a la emancipación: seguía siendo en su medio social, un servidor modesto, el empleado de las autoridades civiles y religiosas, no el representante de una corporación autónoma y todopoderosa. El alcalde, el cura, uno o varios habitantes, delegados por el consejo académico, supervisaban sus palabras y sus actuaciones. Los ministros de los cultos entraban en las clases cuando les parecía bien, se ponían al corriente de su celo en enseñar a los alumnos las nociones catequísticas [701].

Sus aptitudes profesionales habían sido juzgadas por una comisión de siete miembros que nombraba, cada año, el consejo académico. De él formaba parte “necesariamente” con el inspector primario, y dos expertos de la enseñanza pública o libre, un sacerdote, un pastor protestante o un rabino, según la creencia que el candidato declarase como suya [702].

Al considerar las “instituciones complementarias”, la ley autorizaba “a todo francés con 25 años de edad, con por lo menos 5 años de ejercicio” en las escuelas, y provisto de sus diplomas o certificados en regla, a abrir un pensionado primario, simplemente con notificar al rector de academia o al alcalde del municipio [703]. El plano de los locales, el programa de estudios eran examinados por estos controladores, con el fin, por una parte, de que la higiene y el buen orden fuesen

observados, y que, por otra parte, toda incursión en el campo de la enseñanza clásica, quedase prohibida. Estas estipulaciones van a permitir, durante los próximos años, al Hermano Philippe y a sus principales colaboradores, promover una obra coherente y sólida.

* * *

Por su parte, se consideraban bastante bien tratados por el legislador. Su actitud, sus trabajos posteriores no dejan suponer ni por un momento que se sintieran inclinados a situarse entre los descontentos. No piensan más que en obedecer a las exhortaciones del Papa. Montalembert había escrito a Pío IX para exponerle los orígenes de la ley, el objetivo de sus autores, las actuaciones de sus adversarios. El 16 de mayo de 1850, el ardiente y perseverante estratega de las conquistas católicas recibía del nuncio comunicación de dos cartas de Roma. Una de ellas expresaba los agradecimientos de Soberano Pontífice a los hombres de Estado; la otra contenía instrucciones para uso de los obispos; les suplicaba que se uniesen contra los peligros que amenazaban la civilización cristiana: “Será mediante la unión, declaraba, como se podrán obtener las ventajas que cabe esperar.... y alejar, al menos en gran parte, los obstáculos mediante nuevas mejoras” [704].

Sí, sin duda, la obra realizada no alcanzaba el punto de perfección. Viendo la iglesia subordinada al Estado para el control de la enseñanza y para la ratificación de los títulos, se comprende que Mons. Parisis se mostrase decepcionado; que dom Guéranger, que Louis Veuillot no lograsen disimular sus amarguras; que el episcopado francés, antes de que se pronunciase la Santa Sede, formulase ciertas reservas algunas de las cuales llegaban hasta el pesimismo, incluso hasta la desaprobación [705]. Pero era importante no juzgar nada de modo absoluto. “Si no podemos obtener todo aquello que pedimos y a lo que tenemos derecho — observaba el P. Rozaven, Asistente del General de los Jesuitas— ¿será ello una razón para rechazar lo que se nos ofrece?” [706]

Montalembert proclamaba: “Hemos sustituido la lucha por la alianza” [707]. El momento, en efecto, no se prestaba para las definiciones decididas por un Concilio para uso de un pueblo fiel. Hubo que debatir los términos de un Concordato. Dupanloup había esbozado, varios años antes [708], el perfil de ese tratado, logrado entre los católicos y los no creyentes ansiosos de paz en la Ciudad: al igual que Bernier, en 1801 —pero con mayor espíritu sobrenatural y más lealtad— se había dedicado a acercar los puntos de vista; su nombramiento para el obispado de Orleans completaba una relativa semejanza con su predecesor...

Concordato napoleónico, legislación constantiniana, transacción del rey Henri IV, esas evocaciones históricas eran obligadas. El P. Lacordaire, repuesto de su primera sorpresa y meditando a voluntad, en su retiro de Sorèze, sobre los resultados conseguidos, aclaraba todo el problema en las siguientes frases testamentarias: “La ley sobre la libertad de enseñanza ha sido el Edicto de Nantes del siglo XIX. Ha puesto fin a la más dura opresión de las conciencias, establecido una lucha legítima entre todos aquellos que se consagran al sublime ministerio de la educación... y dado a todos aquellos que tienen una fe sincera el medio de transmitirla sana y salva a la posteridad... Hay puntos de la historia de un pueblo que

no se deben remover: el edicto de Nantes era uno de ellos, la ley de 1850, es otro” [709].

En nuestros días, la voz más elevada se ha hecho oír para prevenirnos, en estas delicadas cuestiones, del error, de la torpeza y de la obstinación [710]. “La Iglesia es la maestra suprema y muy segura de los hombres”, no ha dejado de afirmar Pío XI. Y de esta máxima fundamental sacó “la consecuencia necesaria”: “independencia” de esa Sociedad perfecta y divina “con relación a todo poder terrestre, tanto en su origen como en el ejercicio de su misión educativa”. Por lo tanto, derecho absoluto para ella “de emplear y sobre todo de juzgar toda ciencia y toda enseñanza que, consideradas en sí mismas, son el patrimonio común de los individuos y de las naciones”.

La enseñanza, “la dirección de la escuela, el personal, los programas y libros, en toda clase de disciplina”, deben “regirse por un espíritu cristiano, bajo la maternal vigilancia” de la autoridad eclesiástica, de tal forma que la religión constituya la base y la culminación del edificio.

En verdad, los católicos, cuando reclaman y organizan para sus hijos escuelas totalmente animadas por su fe, “no hacen en absoluto obra política, obra de partido, sino obra religiosa, indispensable para la paz de sus conciencias; no buscan para nada separar a sus hijos del cuerpo y del espíritu de la nación, sino darles la mejor educación, la más capaz de contribuir a la prosperidad del país.

¿Menospreciarán, por eso, la función de los poderes públicos? El Papa los disuade de hacerlo, en el lenguaje más claro; sabe que, en semejante terreno, los encuentros, las conversaciones, el establecimiento de un *modus vivendi* siguen siendo de primera urgencia: “La Iglesia no se opone a que las casas de educación destinadas a los laicos se adapten a las legítimas disposiciones de la autoridad civil, con la cual, de todas formas, está dispuesta a entenderse, con la finalidad de solucionar, de común acuerdo, las dificultades que puedan surgir”.

Una vez tenidos en cuenta los derechos de Dios, no se minimizarán los derechos del César: “Al Estado le corresponde principalmente, para el bien general, el proveer, de todo tipo de formas, la educación y la enseñanza de la juventud: primeramente, favorecerá y ayudará él mismo la iniciativa de la Iglesia y de las familias... Además, completará su acción cuando ella no logre su objetivo o que resulte ser insuficiente. Incluso, él realizará sus fines por medio de las escuelas e instituciones de su incumbencia, ya que, más que cualquier otra colectividad dispones de recursos..., y debe usarlos en beneficios de aquellos de donde provienen.

“Por otra parte, puede exigir —y, en consecuencia tomar las medidas adecuadas— para que todos los ciudadanos conozcan sus deberes cívicos y nacionales, luego para que posean la cultura intelectual, moral y física verdaderamente necesaria en nuestro tiempo”.

Así se explicita la doctrina romana. En principio, el legislador de 1850 se suma a ella, al prescribir la enseñanza religiosa en las escuelas, cuando se esfuerza por excluir de sus propios establecimientos la inmoralidad, la perturbación social, cuando —no contento con devolver la libertad a los padres de familia— solicita la colaboración del sacerdocio para la elección, para la supervisión de los maestros,

reconoce a los sacerdotes aptitudes especiales en las funciones de maestros, llama a los representantes del episcopado a participar en los consejos académicos y en el consejo superior.

A decir verdad, los obispos o sus delegados no serán más que una minoría entre colegas provistos con los mismos poderes. Pero pondrán en evidencia la ortodoxia, defenderán —como los invita Pío IX— “la ley de Dios y de la Iglesia”; y se los escuchará respetuosamente, se tendrán en cuenta sus pareceres. Progreso seguro, aunque no satisfacción completa. Y el hecho de dar participación en la educación no ya exclusivamente a los universitarios, sino a toda una élite religiosa y civil, indica una orientación particularmente interesante.

Los prelados siguen las perspectivas del Soberano Pontífice. Eligen para el Consejo Superior de la Instrucción Pública a cuatro personalidades de primer orden, honor del clero, elevadas competencias teológicas, pedagógicas, administrativas, los mejores embajadores del catolicismo ante el mundo oficial: Mons. Morlot, arzobispo de Tours; Mons. Gousset, arzobispo de Reims; Mons. Parisis, arzobispo de Langres; Mons. Dupanloup, obispo de Orleáns [711].

* * *

Los temores de los intransigentes resultaron ser excesivos; las expectativas de los autores y de los partidarios no se vieron decepcionadas. La enseñanza cristiana se desarrolló al mismo tiempo que la cultura nacional. Un mayor número de maestros de escuela, mejor formados, sabiamente dirigidos, desempeñarán sus deberes a conciencia, permanecerán “ajenos a las ambiciones, a las maniobras, a las fechorías”, que tras la revolución de febrero Thiers reprochaba a sus antecesores [712]. Las congregaciones docentes, solicitadas por los municipios, animadas por los hombres de acción, reclutaron nuevos elementos, ampliaron el campo de sus trabajos.

El “Comité de la enseñanza libre” pasó enseguida a la acción. Desde 1850 a 1852, creó 257 establecimientos. “Preparemos la generación presente”, escribía Dupanloup; esforcémonos por construir el futuro. Su libro *De la Educación*, publicado enseguida después de la votación de la Asamblea, añadía a las gestiones del negociador las máximas de un firme conductor de la juventud [713].

Todas las mentes perspicaces descubrían sin dificultad la situación. Los acontecimientos hablaban suficientemente alto: burgueses, “conservadores”, “país legal” de ayer, ahora algunas gotas de agua en el océano del sufragio universal, ¿en qué iba a convertirse la aristocracia de la fortuna y de las profesiones liberales? Para no esfumarse, necesitaría apoyarse sobre un pueblo que no se daba por vencido. La élite social y nacional no sobreviviría más que contrayendo alianza con las masas, aceptando la afluencia de sangre joven; y el éxito de semejante operación, ¿no dependía de una exacta correspondencia entre los organismos humanos, de un movimiento armoniosamente regulado de los corazones y de los cerebros? Era importante que los franceses conociesen la mejor manera de comprenderse y de amarse. ¿Dónde obtendrían más fácilmente esa comunión que en la fe, en la fraternidad cristiana? Eso es lo que deseaban un Ozanam, un Lacordaire; es a lo que se dedicaron los fundadores de escuelas, de pensionados, de colegios religiosos.

Adolphe Thiers temía que la enseñanza embriagara las mentes poco sólidas, que provocase —mediante algunos “desclasamientos”— comparaciones envidiosas y revueltas: “No necesariamente, pretendía, debe estar al alcance de todos... Es un comienzo de holgura y la holgura no está reservada para todos... No puedo consentir que pongan fuego debajo de la marmita sin agua” [714].

El problema no podía resolverse con esa simplicidad brutal. Considerar la ciencia como un fuego peligroso, el cristianismo no acepta una condena tan radical a no ser que se abandone el hogar en manos de los incendiarios. Ella ve en el conocimiento de la naturaleza, en la filosofía, en la toma de contacto de inteligencia a inteligencia, una luz para todo hombre que viene a este mundo, dado que Dios es el principio y fin de nuestros pensamientos, puesto que la conciencia moral anima y regula esas llamas. La Iglesia no niega a ningún espíritu el derecho a desarrollarse: basta con recordar la historia de sus iniciativas pedagógicas.

Al confiarle la enseñanza, se evitan desilusiones. Y se asegura un progreso estable. En esa ascensión del pueblo, en esa ampliación y ese movimiento continuo de los directivos, los discípulos de san Juan Bautista de La Salle encuentran, bajo la custodia de un ideal supraterrrestre, justas razones para actuar.

El clima de 1850 favorece su expansión. Pero no han esperado tanto tiempo para sembrar y plantar. El Hermano Théotique acaba la instalación de su escuela gratuita en Passy en octubre de 1848. Normandía, de 1848 a 1851, cuenta con nuevos establecimientos en el Havre (barrio Saint-Michel), en Caudebec-en-Caux, en La Haye-du-Puits, en Montvilliers, en Saint-Lô, en Granville. Esa irradiación de la Congregación se prolonga hasta Chantilly, donde los Hermanos viven en el Ayuntamiento, antes de que una humilde mujer, una antigua criada, Srta. Pertuy, dedique sus ahorros a buscarles una casa [715].

El espíritu nuevo se manifiesta en Ruán. Sabemos que, desde 1833, la municipalidad niega a los Hermanos el título y las ventajas de maestros públicos. El comité de las escuelas cristianas se ve, para el año 1849, ante un déficit de 4.800 francos: su tesorero no duda en solicitar la ayuda de la asamblea municipal. Y ésta, mediante un hermoso gesto que “muestra su solicitud hacia la clase obrera”, restablece, por medio de una subvención, el equilibrio del presupuesto.

La misma liberalidad para el año siguiente, esta vez a petición del cardenal-arzobispo. La feliz evolución llega a su término el 11 de marzo de 1851: “Hemos pensado, se lee en un informe del Consejo Municipal, que, si los Hermanos enseñan a más de 1.500 niños pobres, sería de toda justicia conceder al comité que asume la responsabilidad de sus casas, una asignación como compensación”. El cálculo de la indemnización se realiza sin escatimar: la ciudad pagará los gastos escolares de todos los “indigentes” que acuden a las escuelas libres. Considerando que representan los dos tercios de los 3.174 alumnos inscriptos durante los meses precedentes, fija en 18.000 francos su parte contributiva en un gasto anual de 27.000. Esta subvención, aumentada a continuación, no cesará de ser entregada más que bajo el régimen sectario de la Tercera República [716].

Varios municipios del Sur de Francia, durante este periodo, recurren a los Lasalianos. En el Lot, la aldea de Martel los acoge en su antiguo colegio, el 10 de noviembre de 1849; Saint-Céré los ubica también en un exconvento de la Visitación,

pero los costes de la primera instalación corren por cuenta del párroco, P. Pilaprat. En Gourdon, es la municipalidad la que regula todos los acuerdos con el Instituto.

El Tarn continúa siempre manifestando un vivo interés por la enseñanza cristiana. En 1848, la ciudad de Castres no paga a menos de trece Hermanos [717]. En Lacaune, uno de los principales centros de cantón del Distrito, una señorita Anne Cavaillès da un inmueble y 20.000 francos para que una escuela pública sea confiada a los religiosos educadores. Será una realidad en 1850 [718]. Ese mismo año, los Hermanos abren una escuela libre en Mazamet: allí obtienen tal éxito que pronto el alcalde propone a su Consejo Municipal concederles los fondos disponibles por la supresión de la escuela primaria superior y reconocer su establecimiento como municipal. Ese proyecto suscita ardientes discusiones: la mayoría de la asamblea teme contrariar a los protestantes, numerosos en la ciudad. Finalmente, se resuelve la organización de dos escuelas, repartiendo el presupuesto entre los dos cultos. Tres Hermanos serán nombrados maestros públicos [719].

En el Aveyron, las escuelas de Mur-de-Barrez, de Espalion, de Laguiole datan de esta fecha. Rodez añade a las suyas algunas clases para un centenar de niños de su barrio Saint-Cyrice. Y el progreso de la Congregación en esos parajes es tan considerable que el Hermano Philippe va a crear un nuevo distrito, que tendrá con centro la capital del Rouergue.

El territorio que en consecuencia pierde Toulouse, no tardará en recuperarlo con nuevas fundaciones. Desde 1848 a 1850, tienen lugar los comienzos de Montesquieu-Volvestre, de Rieux, de Villemur, de Auterive, en la Haute-Garonne, de Fleurance, en el Gers: en Fleurance, el fundador resulta ser nada menos que un universitario, Louis Monge, profesor del liceo de Burdeos; cooperación simbólica, garantía de un pacífico porvenir [720]. En el Capitolio de Toulouse, los ánimos sobreexcitados, en febrero de 1848, por las noticias de París y los acontecimientos locales, recuperan la calma, retornan a las reflexiones equitativas. Los honorarios de los Hermanos habían sido suprimidos durante seis meses: esa desgracia fue pasajera. Y, en 1850, el número de los Lasalianos que firman en el presupuesto municipal pasa de 35 a 40 [721].

En todas las regiones, el impulso, detenido por un instante, reparte con un creciente vigor. Así en Dreux, donde una mujer de corazón y de carácter, la Sra. de Couasnon, trata, desde hace varios años de realizar “la obra más oportuna”. — “Será la fundación de una escuela gratuita para los muchachos” le dice el cardenal de Bonald, consultado por ella. Orientada por el arzobispo de Lyon, su amigo, hacia el Hermano Philippe, la Sra. de Couasnon y su marido en su proyecto a pesar de los obstáculos. En la primavera de 1847, el Consejo Municipal de Dreux se pronunció contra la apertura de una dirigida por los Hermanos: el “caso Léotade” acaba de explotar en Toulouse; las calumnias se propagan, los adversarios del Instituto se expresan sin ambages. Hasta en Eure-et-Loire, se han dejado impresionar por su odiosa campaña.

No obstante, de acuerdo con el Hermano Asistente Calixte, delegado por el Superior General —y que, originario de Chartres, desea extender la influencia lasaliana en su departamento natal— la Sra. Couasnon decide seguir adelante. El Hermano Philippe en persona se encarga de intervenir ante el ministro de la Instrucción Pública. En el entorno del Sr. de Salvandy, los funcionarios se muestran contrarios. Mientras que

dan largas al dossier duerme en los despachos, sobreviene la Revolución. Olvido completo del proyecto: pues no; la enérgica iniciadora no lo permitirá. Y, el 23 de junio de 1849, acaba obteniendo el decreto presidencial que autoriza al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas a recibir su donación. La escuelita abrirá sus puertas en octubre siguiente. Contiene en germen el pensionado de Saint-Pierre [722].

Éste no nacerá hasta 1855. Clermont-Ferrand precede a Dreux en seis años. Las compras del terreno y de los edificios situados en torno a la casa del noviciado permiten al Hermano Visitador Aggée dar respuesta a los deseos de las familias creando un centro primario superior. El Sr. de Falloux concede la autorización el 25 de enero de 1849. Las clases comienzan el 2 de octubre, con siete profesores y treinta y cinco alumnos. El Hermano Aggée conserva la dirección principal, pero otorga al Hermano Geoffroy la tarea de organizar los estudios. Entre el número de los maestros aparece ya el Hermano Annet: todo el futuro del pensionado se encuentra en esa cabeza poderosa y noble. Durante más de medio siglo Clermont lo venerará [723].

Por más breve que sea el periodo transcurrido entre el final de la monarquía orleanesa y el golpe de estado del 2 de diciembre de 1851, para la congregación lasaliana al igual que para Francia, se presenta como extraordinariamente lleno de realizaciones. Vida política y social, enseñanza, religión, todo parece entrar en una nueva fase. Un hombre va a captar en provecho propio las fuentes vivas, desviar algunas de ellas de su normal dirección, guiar otras a perderse en las charcas o en los arenales. Derrochará, neutralizará o incluso corromperá muchas de las fuerzas nacionales, antes de lanzarlas al abismo de una guerra funesta. En esos días en que están ausentes la verdadera grandeza y el puro ideal, aún será posible para los educadores cristianos seguir trabajando por las almas.

CAPÍTULO III

EL HERMANO PHILIPPE Y EL SEGUNDO IMPERIO

El “ambiente” del Segundo Imperio: las provincias, la capital, el entorno imperial, la Iglesia. — La educación nacional; brechas en la ley del 15 de marzo de 1850. Actitud del gobierno con respecto a los religiosos educadores. Progresos de la irreligión en Francia. Quejas de los católicos; malas voluntades administrativas. La “Liga de la enseñanza”; la gavilla de las fuerzas anticristianas. — Victor Duruy, ministro de la Instrucción Pública; sus tendencias, su carácter, su obra. “La enseñanza secundaria especial”: Duruy en el pensionado de Passy. Ley del 21 y 26 de junio de 1865. Programa del ministro a propósito de la obligación y de la gratuidad de la enseñanza primaria. Decreto del 2 de julio de 1866 referente a las escuelas normales. Ley del 10 de abril de 1867: ampliación de la gratuidad. Relaciones de Duruy con los Hermanos. — La Historia de Francia y la historia del Instituto lasaliano. La Casa Madre de la calle Oudinot, desde 1852 a 1870. Solicitudes con vistas a la creación de escuelas: condiciones exigidas para obtener Hermanos. — Las municipalidades y las escuelas lasalianas. Establecimientos especiales; vistazo general, de punta a punta del Imperio Francés: fisonomía de las escuelas primarias, de los maestros de la congregación, de los fundadores locales. — Total de comunidades y de las escuelas elementales. La cuestión de la enseñanza gratuita, en las clases municipales del Instituto; el decreto de Fortoul; el ultimátum de Rouland; decisión del Capítulo General de 1861. — La dispensa del servicio militar: interpretación rigurosa de la ley de 1850 por el Sr. de Parieu; arreglos en la práctica; la circular de Duruy, del 4 de febrero de 1866, su aplicación. Ley del 1º de febrero de 1868. — Escuelas normales primarias dirigidas por los lasalianos. Los grandes pensionados; algunas etapas de su historia: Passy, Reims, el Likès de Quimper, Clermont-Ferrand, Béziers, Marsella, Dijon. Creaciones nuevas: Saint-Gilles de Moulins, Saint-Omer, Notre-Dame du Puy, Metz, Saint-Pierre de Dreux, Notre-Dame de Nazareth en Orleáns, Bayona, Saint-Joseph de Rodez, Saint-Louis de Saint-Étienne. — Realizaciones de carácter particular: el Instituto Agrícola de Beauvais; Édouard de Tocqueville, Louis de Gossin y el Hermano Menée. El establecimiento de Saint-André, en Clermont-Ferrand, y el orfanato de los Choisinets, en Lozère. — La obra de Saint-Nicolas: sus orígenes, su fundador el Padre Martin de Bervanger; su desarrollo y sus vicisitudes; la crisis de 1858; los hermanos se hacen cargo de las casas de la calle Vaugirard y de Issy-les-Moulineaux. La escuela de horticultura de Igny. Función y éxitos de los Hermanos que continúan la obra de Mons. de Bervanger.

Toda la obra francesa del gran Superior termina de realizarse bajo el reino de Napoleón III. Al mismo tiempo, el Hermano Philippe se dedica a plantar los nuevos jalones de una expansión mundial. Nuestro primer objetivo debe limitarse al estudio del medio humano y del sistema político, así como también de las relaciones establecidas entre el Segundo Imperio y los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Luego, avanzaremos más en profundidad, analizando las almas de los religiosos lasalianos, sus orientaciones pedagógicas, sus procedimientos de enseñanza. Terminando esta historia específicamente “nacional” con los acontecimientos de 1870-1871 y sumándole el relato de los últimos días del Jefe de la Casa Madre de la calle Oudinot, dejaremos despejado el campo para abordar, en otro volumen, la historia “supranacional” de la Congregación.

Las iniciativas del régimen napoleónico favorecen la civilización material: desarrollan la riqueza, hacen la existencia más fácil y provocan, en consecuencia, en la burguesía y en el pueblo, la voluntad de instruirse, de actuar, de asegurarse un mejor porvenir. Administradores de gran envergadura, prefectos elegidos cuidadosamente, aportan al país orden, regularidad, continuidad, creaciones duraderas. Los ferrocarriles, las carreteras, las redes telegráficas se multiplican; las ciudades se transforman; las aldeas, los pueblos, los caseríos, las granjas adquieren también un aire de juventud: construcciones nuevas, más amplias, más sanas,

quizás más elegantes y más conformes con el buen gusto. Todos esos hogares, todos esos centros, entre los cuales las comunicaciones se han vuelto más frecuentes, rápidas, agradables, constituyen el hábitat de una Francia provinciana y rural que no rebaja su energía, que conoce su fuerza: ahí es donde se establecen las familias de los pequeños propietarios, acostumbrados ahora a la holgura, ávidos de relaciones sociales, de influencia sobre sus conciudadanos, prontos a juzgar a sus representantes y a sus dirigentes, ambiciosos para con sus hijos. Amplían sus patrimonios, colocan sus ahorros en los bancos, compran valores mobiliarios, piden préstamos, si es necesario, del “crédito hipotecario”. Nación moderna: el sufragio universal, logrado por la Segunda República, restringido por algún tiempo por la Asamblea Legislativa, proclamado intangible por Luis-Napoleón durante su golpe de estado, se traduce en las costumbres, antes de producir todos sus efectos sobre el plano político.

En semejantes circunstancias, la educación popular se desarrolla. La escuela ya no es desdeñada, ni por los muchachos, no por las chicas. Se intenta organizarla hasta en lo más recóndito del mundo rural, menos someramente que en los tiempos de la Restauración y de Louis-Philippe. Los maestros reciben una preparación suficiente, gozan de un estatus aceptable. Las Congregaciones religiosas se benefician de esos reglamentos, de esa emulación, de esa actividad universal; ven crecer el número de sus alumnos, las liberalidades de los fundadores; se atreven a edificar, también ellas, hermosos y sólidos centros educativos.

El París que con la colaboración directa del soberano, el barón Haussmann hace surgir transformando por completo la vieja capital, presenta el símbolo y la síntesis de la Francia imperial: amplias aperturas, vías estratégicas en las que la caballería puede cargar y que no es posible obstruir con barricadas; bulevares de Strasbourg, de Sebastopol, Saint-Michel; avenida de la Ópera. Todo un barrio de lujo que se extiende sobre Chaillot, la explanada Monceau, las Termes; el parque de Buttes-Chaumont plantado; el Louvre unido a las Tuileries; mercados, mercados de abasto; más iglesias, con bastante empaque, teatrales, La Trinité, Saint-Augustin; un “palacio de la Industria”; cuatro puentes sobre el Sena, con los nombres gloriosos de Austerlitz, Arcole, Iéna, los Invalides. Trabajo inmenso, costoso, donde fueron sacrificados muchos recuerdos, mucho encanto, mucho de lo pintoresco, donde se exhiben numerosas vulgaridades; pero también la higiene, la seguridad y la luz. Y conjuntos imponente, que suscitarán la admiración de los extranjeros. En 1867 — año de la Exposición— la ciudad se mostrará digna de los homenajes del mundo, en su decorado de magnificencia [724].

Esta fachada oculta miserias y amenaza ella misma con resquebrajarse. Se ha construido demasiado deprisa y casi sin cimientos. El Segundo Imperio no descansa ni sobre la tradición, ni sobre el derecho, ni sobre consentimientos verdaderamente libres. La violencia instauró la dictadura, mantenida por el miedo a la anarquía y se realzada, al principio, por un halo de gloria. “El pueblo, inclinado sobre su pedazo de tierra, se acostumbra a esa actitud inclinada. Pero la burguesía conserva... la sensación de una especie de sofocamiento”. Repitémoslo, con Gabriel Hanotaux: “Hay un modo de sentirse cómodo en la vida común que contribuye, más que todas las constituciones políticas, más que el sufragio, más que el mismo bienestar, a la felicidad individual. Hablar y pensar sin coacción, es una condición de salud, de buen humor nacional, para la mayoría de los hombres, y en particular para los franceses... Nada más hiriente que una ingerencia oficial constante, envenenando la

intimidad de las familias, la sencillez de las relaciones, la forma de relacionarse de los administrados con los administradores. La estrecha vida local sufre con esa espina invisible... La vida moderna es insoportable sin la libertad" [725].

Esa convicción se encuentra en toda la élite intelectual y social y pronto, como veremos, en un gran número de católicos. Escritores, oradores, filósofos, hombres de Estado formados por la monarquía constitucional, miembros de las Academias o de las Facultades, personas de profesiones liberales, gente de los "salones", antigua nobleza, pasan de Napoleón III. Causa de debilidad permanente: la carencia de clases preparadas y "capacitadas" impide al régimen alcanzar a las masas profundas [726]. El personal gubernamental es singularmente heterogéneo: hombres de opiniones divergentes, inteligentes, a menudo bien intencionados, pero reunidos únicamente por el atractivo del poder, por el aliciente de las prebendas. En cuanto al entorno del príncipe, revela sus orígenes a veces dudosos, costumbres a menudo sospechosas. Con soportes de ese tipo, el edificio no puede sino vacilar, hasta el día del derrumbamiento total.

El socialismo amenaza: se propaga entre los obreros cuya existencia sigue siendo precaria, cuya alma se ve privada de esperanzas religiosas. Y la sincera solicitud del emperador con respecto a los trabajadores no es suficiente para tener a raya el desarrollo de las doctrinas subversivas. En los últimos años del reino, "la Internacional" formulará un programa anunciador del marxismo; incluso del "sovietismo" de nuestra época: "No queremos más gobierno, pues los gobiernos nos aplastan con impuestos; no queremos más ejércitos, pues los ejércitos nos masacran; no queremos más religión, pues la religión asfixia las inteligencias. ¡Ni Dios, ni amo!" [727]

¿Cuál podía ser la actuación de la Iglesia? El clero, en su conjunto, la mayoría del pueblo fiel concedieron al principio su confianza al presidente-dictador, al nuevo jefe de la dinastía de los Bonaparte: se les presenta como el restaurador de la autoridad. El mismo Montalembert acepta, durante algunos meses, las consecuencias del Dos de Diciembre. En un primer momento, el episcopado se entrega casi por completo al Imperio: Mons. Donnet, arzobispo de Burdeos, Mons. Brossais-Saint-Marc, obispo y pronto arzobispo de Rennes, entonan ditirambos en honor "del nuevo Constantino, del nuevo Carlomagno". No habrá que esperar mucho para ver bajar el tono. A partir del 30 de octubre de 1853, Montalembert escribe: "El emperador Napoleón III no ha hecho nada ni a favor ni contra la causa católica, nada, al menos, de significativo y de duradero. Pienso que es bondadoso hacia la Iglesia, creo que tiene un fondo de fe sincera, aunque muy poco ilustrada... Pero de ahí a ser un san Luis o un Carlomagno... hay mucha distancia". Con toda exactitud, el luchador de los viejos tiempos, subraya la situación del catolicismo de Francia: "En realidad, todo el bien que se hace es el resultado de la abnegación [de los creyentes] bajo los regímenes que ahora la gente se complace en renegar y calumniar... Se sembró bajo Louis-Philippe, se cosechó bajo la República, ...y comemos lo que se ha cosechado" [728].

En la fecha de este comentario, las tendencias del monarca a penas se perfilaban. ¿Su "carbonarismo" no estará dormitando? Su interés le empuja a buscar apoyos de la derecha, sin por ello ceder ninguna de las prerrogativas cesarianas. La guerra de Crimea, cuyo motivo o pretexto proviene de la defensa de los Santos Lugares contra las usurpaciones cismáticas, encuentra acogida favorable en las esferas religiosas.

Hay que esperar los sucesos de Italia, la unificación de la península en provecho del rey de Cerdeña, la invasión de los Estados de la Iglesia por los aliados de Napoleón, para que las conciencias cristianas comiencen a inquietarse seriamente. Entonces, se darán cuenta de que “la salvación está en el Papa, no en el Emperador” [729]. Mons. Dupanloup, Mons. Pie alzarán sus protestas, sus condenas. “Muchas timideces” subsistirán, no obstante, entre los obispos: “Diez o doce son irreprochables, unos treinta más, muy condescendientes”, declarará su colega de Poitiers al Sr. de Falloux.

Mons. Darboy, arzobispo de París, es ahora la cabeza del partido galicano e imperialista. Mons. Plantier, en su diócesis de Nîmes, debe “desprenderse de las seducciones” del poder civil. En Ruán, el cardenal de Bonnechose, “que sigue siendo magistrado bajo la púrpura romana”, es “merecedor de las confidencias” del Jefe del Estado: por su parte, ciertamente, no deja de enunciar “verdades útiles”.

Algún prelado brilla por su piedad, por la elocuencia, y sabe, en su momento, mostrarse valiente: por ejemplo Bertaud en Tulle, Desprez en Toulouse, Guibert en Tours. Si el Obispo de Orleáns se esfuerza en conciliaciones difíciles entre las ideas modernas y los principios de la Santa Sede, su colega —a veces su adversario— el digno sucesor de san Hilario, en Poitiers, es, en cambio, buen teólogo: y lo mismo sucede con el obispo de Montauban, Mons. Doney.

En resumen, la Iglesia de Francia sigue presentando como siempre eminentes personalidades. Vela por la moral y la doctrina, aporta generalmente al papado una colaboración cada vez más fervorosa, más filial. Su relativa impotencia reside en algunas lagunas, en la clase de estudios clericales, en una incompleta formación cívica, en los obstáculos que crea para el trabajo en común, para el entendimiento mutuo, en el modo de relacionarse con el Estado [730].

Esa dispersión de esfuerzos explica por qué las diferencias del catolicismo resisten mal a las exigencias del Imperio en materia de enseñanza [731].

* * *

Tres meses después del golpe de estado, nueve meses antes de que el príncipe-presidente no se apoderase de la corona, el absolutismo se manifiesta contra la ley de 1850. El gobierno manifiesta ya su intención de retomar el control sobre la educación nacional: por un decreto del 9 de marzo de 1852, se atribuye el nombramiento de todos los miembros del Consejo Superior de la Instrucción Pública, arzobispos y obispos al igual que magistrados o representantes de la Universidad; a ellos les suma tres senadores, personalidades políticas, intermediarios, particularmente autorizados, del jefe cuya voluntad se convierte en la regla suprema.

El mismo texto priva a los consejos municipales la elección de los maestros: en adelante, en virtud de su artículo 4, son los rectores de Academia quienes “por delegación del ministro” proceden a los nombramientos: a las asambleas locales no les queda más que el derecho de emitir una opinión previa.

Este sistema estadista se ve aún más agravado en 1854. La ley votada por el Cuerpo Legislativo el 27 de mayo, y promulgada el 14 de junio, trastorna toda la organización concebida por el Sr. de Falloux: divide Francia en dieciséis

circunscripciones académicas, al frente de las cuales un rector ejerce los más amplios poderes [732]. Se acabó la autonomía departamental que garantizaba a élites independientes el control de los maestros y de los estudios. En cada uno de los centros de circunscripción universitaria funciona un consejo presidido por el alto funcionario de la Instrucción pública: sus inspectores y los decanos de las facultades lo asesoran. Y los otros siete consejeros —un solo arzobispo u obispo, dos “ministros de culto” (católico, protestante o israelita), dos magistrados, dos delegados del poder civil— únicamente reciben su investidura del gobierno.

Por debajo de esta asamblea preponderante, el “consejo departamental” conserva más o menos su composición anterior, pero con un prestigio y unas atribuciones fuertemente disminuidas.

Finalmente —decisión significativa, cargada de futuras consecuencias— la instrucción primaria entra dentro de los engranajes de la política: los maestros quedarán a merced de los prefectos, puesto que en lo que a ellos se refiere se traspasan a los administradores que representan esencialmente al régimen imperial los poderes que se habían devuelto a los rectores por el decreto del 9 de marzo de 1852.

Ciertamente, el Estado, no pretende desempeñar más que el papel de árbitro y proclama sus excelentes disposiciones hacia los educadores religiosos. En la circular del 31 de octubre de 1854, el ministro Fortoul comenta así la nueva legislación: Es preciso que un consejo municipal “sea capaz de declarar si desea ver su escuela confiada a un laico o a una congregación. El prefecto nombra a continuación, a propuesta del Inspector de Academia, un candidato elegido, según el parecer expresado, sea sobre una lista de admisibilidad elaborada por el consejo departamental, o bien entre los candidatos presentados por los superiores de las asociaciones dedicadas a la enseñanza y reconocidas como instituciones de utilidad pública. No necesito añadir que ninguna coacción debe [pesar sobre] la opción de los consejos municipales... El gobierno busca en todas partes el bien y, con esa finalidad, hace un llamamiento a la disponibilidad de todos”. Se cuida de manifestar la menor preferencia.

Si Foutoul se dispone a impulsar el desarrollo de las escuelas normales, no desea que se quiera ver en ese proyecto un medio de poner obstáculo a la “propagación de las escuelas dirigidas por los Hermanos; reconoce el valor y los beneficios de tales establecimientos. Pero, hace notar que, un esfuerzo de “más de cuarenta años” y tantos favores oficiales concedidos a la enseñanza religiosa no han permitido a las congregaciones más que dirigir “1.700 escuelas públicas o libres sobre las 43.000 existentes en Francia”. Se trata pues sencillamente de remediar deficiencias inevitables [733].

El futuro desmentirá esas declaraciones de imparcialidad. En efecto, “el trabajo de demolición” contra la ley de 1850 —según los términos de Mons. Dupanloup— iba a continuar. “Se la combate con ensañamiento”, escribirá el obispo, porque es “claramente liberal”: “se le han dado todo tipo de distorsiones” ya sea por las interpretaciones del *Moniteur* (que publica las circulares y las decisiones ministeriales), “como por una práctica silenciosa y astuta, algunas veces por jurisprudencias inesperadas... Pronto, de esa pobre ley, no quedarán más que harapos” [734].

Los progresos de la irreligión se combinan con las intromisiones cesarianas para avivar la lucha. Se les da rienda suelta en esa sociedad sin principios, en un momento en el que las satisfacciones materiales y las ambiciones ocupan el cuerpo y el alma de los dirigentes, en el que numerosas bocas profieren con indiferencia, con el escepticismo de Pilatos, el “¿Qué es la verdad?”. El hegelianismo germánico se extiende en los ambientes intelectuales; el positivismo de Auguste Comte y de Littré, el ateísmo de Prudhon ganan terreno incluso entre el pueblo. La Sorbona, el Collège de France, hasta las gentes de mundo prestan atención al criticismo histórico de Havet, al naturalismo de Maury, a las negaciones elegantes y matizadas de Renan. El exclérigo sulpiciano lanza, en 1863, aquella *Vida de Jesús* que seduce, turba y mata la fe de muchos jóvenes. Y luego vendrán los éxitos del “transformismo” y del “evolucionismo” de Darwin y de Spencer. A contener todos estos embates se dedican el Padre Freppel, Mons. Gerbet, el Padre Gratry y, en la cátedra de Notre-Dame, el P. Félix: felices cuando logran limitar la ofensiva [735].

Los católicos resultan afectados en sus creencias por las propagandas de las falsas filosofías, y en su lealtad religiosa y nacional, por la política exterior de Napoleón III. A partir de 1860, se produce, sino la ruptura definitiva, al menos la desconfianza entre el Imperio y la Iglesia. El hombre del Dos de Diciembre daba por descontada la ayuda del clero, siguiendo el ejemplo del Primer Cónsul antes y después de los días del Concordato: pero, al igual que el fundador de la dinastía, sus errores le empujan lejos de ese plan sensato [736].

La “circular Persigny”, con fecha del 18 de octubre de 1861, manifiesta suficientemente el cambio de conducta. El ministro del Interior, cuya devoción hacia el príncipe y la influencia, decididamente tiránica sobre su dueño, son célebres, la toma con las Conferencias de San Vicente de Paúl, tratadas como sociedad secreta y sospechosa: da a los prelados la orden de prohibir las reuniones de todo consejo superior, central o provincial; luego vienen las disoluciones brutales, las suspensiones de la actividad caritativa; la obra, sobre todo en las pequeñas ciudades y en el mundo rural, se resentirá por mucho tiempo [737].

Entonces se pueden observar, entre la autoridad civil y la autoridad religiosa, actitudes muy particulares: molestia recíproca, “cortesía llena de prevenciones, vigilancia continua” para acechar, denunciar las palabras y los gestos [738]. Se comienza a “distinguir entre los funcionarios” los “clericales” y aquellos no lo son. La marca más visible, la más habitualmente aceptada, del empleado, del burócrata, del magistrado clerical, es la de confiar a las congregaciones la educación de sus hijos: algún prefecto observa con humor y señala a las altas instancias este uso, en adelante peligroso, de la libertad [739].

Síntoma de la mala voluntad oficial: de 1863 a 1869, la administración se muestra cada vez menos dispuesta a abrir a las Sociedades de Hermanos docentes el acceso a las escuelas públicas: no son llamados más que una proporción del 5% a dirigir los nuevos establecimientos de muchachos, mientras que entre 1850 y 1853, les confiaba el 47%. En cuanto a la educación de las niñas, la cifra —aunque considerable todavía— cae del 60 al 30%. El periodo que había seguido a la entrada en vigor de la ley de 1850 había visto la creación de más de 2.000 casas de enseñanza libre: durante la segunda fase del Imperio, se cuenta un total de 476 fundaciones [740]. A decir verdad, la disminución se explica, en parte, en razón del gran esfuerzo realizado precedentemente: pero un cierto ostracismo no le es ajeno.

En 1862 el prefecto de Ille-et-Vilaine nombra un maestro laico en un municipio que pedía maestros de una congregación. La decisión provoca una tempestad: el arzobispo de Rennes subraya la osada ilegalidad, escribe una demanda al Senado, la envía llena de firmas. Su gestión provoca en la Asamblea prolongadas y vivas discusiones [741].

El Hermano Joseph, director de Francs-Bourgeois, había creado becas para los alumnos que finalizaban las clases primarias y capaces de seguir las lecciones de su escuela comercial. En 1864, solicitaba la ayuda de la ciudad de París para esa generosa empresa: el senador Le Verrier defendió su causa antes las autoridades. Por dos veces, sondeó las intenciones del prefecto de la Seine. El mismo permaneció “inconmovible”, negándose a “trasladar a las escuelas primarias superiores la asimilación y la igualdad, sobre la que se había hecho una ley en la enseñanza elemental, entre los Hermanos y los laicos”. Poco después, declaraba que la escuela Turgot le parecía suficiente para el barrio de la Bastille y del Marais. “Toma de posición que daría mucho que pensar” escribe el solicitante rechazado: aunque “se guardase sus pensamientos en lo profundo de su corazón herido”, constata que el funcionario imperial reserva su favor para “una idea que no es la más popular”, el principio de laicidad en materia de educación, claramente opuesto al deseo de las familias [742].

Tal principio inspirará la actuación de la “Liga de la enseñanza” ideada en 1866 por Jean Macé. El obispo de Metz, Mons. Dupont des Loges, no tardará en lanzar su condena sobre ella; Mons. Dupanloup la estigmatiza en su folleto *Las alarmas del Episcopado justificadas por los hechos*: “Bajo el pretexto de propagar la enseñanza, de combatir la ignorancia, se extiende la incredulidad, la inmoralidad, se combate la religión; y se prepara la ruina de todo orden moral y social”. En efecto, mediante toda una organización de cursos públicos, de conferencias, de bibliotecas populares, de lanzamiento de octavillas, la Francmasonería pone a punto un poderoso y terrible instrumento de lucha [743].

Después de los funestos acontecimientos del año —batacazo de Sadowa, retroceso de Francia ante las amenazas prusianas, sangrienta y decepcionante expedición a México— a lo que se añade, para abatir los ánimos, el desastre de grandes inundaciones, el obispo de Orleáns puede impregnar de pesimismo su carta pastoral del 9 de octubre de 1866 “sobre las desgracias y los signos de los tiempos”: Plagas de todo tipo... “¿Cabe sorprenderse cuando vemos el estado de las conciencias? En lo alto, esa elegante y terrible corrupción de las costumbres que, de vez en cuando, la prensa nos cuenta; abajo las pasiones más amenazadoras... En todas partes, el desbordamiento de los más subversivos errores; la guerra contra Dios y contra la iglesia más universal, más radical, más implacable que nunca. Eso es sobre todo lo que me espanta y me hace temer, por los últimos días de este siglo, las peores calamidades”.

En manifestaciones recientes —congreso de los estudiantes en Lieja, congreso internacional de obreros en Ginebra, reuniones masónicas, actuaciones de la demagogia italiana— el prelado observa el sorprende acuerdo entre todas las fuerzas del mal. “Se conocerá, concluye, lo que costará el haber alzado la mano contra Cristo y lo que caerá en torno a esa columna derribada del orden y la justicia” [744].

Entonces crece aquella generación positivista que, diez años después, se va a apoderar del poder y, enseguida, elaborar las leyes de opresión contra los católicos de Francia. ¿Qué hubiera sido de nuestra fe si nuestros padres, demasiado confiados por las apariencias de paz, no hubiesen usado la amplitud que les conferían aún la obra de Montalembert, de Dupanloup, de Thiers y de Falloux? ¿Si toda su energía se hubiese disipado en deplorables disensiones, en las polémicas y animadversiones que, ya demasiado profundamente, soportaba su causa? Por fortuna, los polemistas supieron muchas veces elevarse por encima de sus querellas. Y, fuera del ruedo en el que los paladines de los sistemas y de los métodos adversos se propinaban rudos golpes, hubo sacerdotes, religiosos que se consagraron únicamente a la formación cristiana. A primera vista, parecería que el apostolado seguía siendo fácil, porque algunos altos personajes continúan manifestando su benevolencia hacia los Lasalianos, porque el Instituto y su Superior General gozan de una amplia popularidad. Conviene rasgar un velo de ilusiones y descubrir, al fondo de la escena, las sombras que se acumulan, las transformaciones que se preparan, los actores cuya intervención provocará los dolorosos desenlaces.

* * *

Uno de ellos, que parece avanzar con gran sigilo, se llama Victor Duruy. Durante más de veinte años, ha sido docente en el colegio Henri-IV luego en el liceo Saint-Louis. Universitario de alma y, como dirá su amigo Jules Simon, “librepensador hasta la médula” [745]. La *Historia Universal*, cuya redacción dirigirá, es de inspiración materialista: el primer volumen, *La Tierra y el Hombre*, escrito por Alfred Maury, es una prueba de ello. Duruy adora la antigüedad pagana, el antiguo mundo romano. Con él y muchos de sus colegas, la enseñanza oficial se implica libremente en las sendas que ya no cesará de seguir: camina hacia el racionalismo integral, hacia la religión de la ciencia. Ciertamente pretende formar “humanistas”: pero, denunciando el concierto que el siglo XVII había establecido entre la Grecia platónica, los Latinos de la época de Augusto y el cristianismo, sueña con una civilización clásica de la cual la Iglesia quede virtualmente excluida.

Napoleón III conoce las obras de Duruy y lo convoca a las Tuileries para que el erudito profesor le ayude a componer la *Vida de Cesar*. Le complace ese espíritu honesto, concienzudo, “sólido, aunque sin relieve” [746], autor de “manuales” y convertido él mismo, según la expresión de Gabriel Hanotaux, “en un pequeño *manual*”. Es el tiempo en el que el emperador, hundiéndose en su política italiana, se arriesga a los conflictos con la Santa Sede; invita al historiado a definir, en un folleto evidentemente tendencioso, la función de los Papas como príncipes temporales. Una media vuelta en el pensamiento del soberano impide la publicación de esas páginas. Pero Napoleón persiste en proteger a Duruy; lo convierte en inspector de Academia, inspector general y finalmente —el 23 de junio— en ministro de la Instrucción Pública [747].

Esa presencia en los Consejos del Imperio es la señal “más sorprendente de la evolución que se está realizando. La inspiración de Renan se introduce en el palacio; y pronto Sainte-Beuve podrá aclamar al librepensamiento en pleno Senado [748].

Clara ruptura, a partir de entonces, con los católicos sobre la cuestión de la enseñanza. “Reformador febril”, el nuevo ministro pretende, en el fondo, asegurar la

revancha de la Universidad. No admite más que como inventario la ley de 1850. Escribe al Emperador, en una carta confidencial, a propósito de la enseñanza femenina: “Hasta aquí, hemos dejado esa educación en manos de personas que no son de su tiempo ni de su país” [749].

Sin duda, imbuido de un sentimiento de justicia, respetuoso de las convenciones ajenas, probo y leal en las suyas, no actuará como un sectario. Se indignaría si fuese considerado agresivo incluso malintencionado. No obstante, a cada momento, sus prejuicios lo embargan; no duda en favorecer a Jean Macé. Su entorno, que conoce su estado de ánimo, sus subordinados, que no se ven obligados a ser tan prudentes, que, según la costumbre, tienden a mostrar exceso de celo, en seguir su inclinación, ni siquiera conservan, en más de una ocasión, la apariencia de liberalismo. Donde el jefe no quiere manifestar desconfianza de los “clericales”, ellos dan libre curso a sus pasiones antirreligiosas [750].

Victor Duruy va a multiplicar las iniciativas, desperdigarse en decretos, circulares, proyectos de leyes. Trabaja enormemente, con la constancia, con la meticulosidad y la regularidad de un hombre de oficina, con el rigor de un teórico. Se anotan como extraordinarios los días que reposa su pluma incansable.

No carece de ideas interesantes, generosas, fecundas. Bajo su impulso, se ejecutan encuestas en todos los campos pedagógicos: programas de la enseñanza elemental, condición de los aprendices, vínculos a establecer entre la escuela y el empleo, ampliación de la cultura profesional. Sobre ese particular, ni su buena voluntad, ni su competencia, ni sus logradas realizaciones, pueden ser contestadas. Al igual que los juristas de la antigua Francia y los administradores del Primer Imperio, se muestra abnegado servidor del Estado, utiliza para fines inmediatos y prácticos el poder que el monarca le delega [751].

Los resultados obtenidos por la Iglesia —y principalmente por los discípulos de Juan Bautista de La Salle— no le pasaron desapercibidos. Su meta, como veremos, consiste en estudiarlos diligentemente, en resaltar el valor y en apropiárselos: táctica hábil y, entre sus manos, táctica alarmante, peligrosa. Mons. Plantier, el obispo de Nîmes, la pone en evidencia cuando escribe a Mons. Dupanloup, no sin amargura:

“Hay que hacer justicia al ministro en esto: lo que ha tomado prestado para su sistema nos compensa un poco de los errores o de la parcialidad de sus discursos, de sus libros. En él, el orador, el historiador se vuelve ingrato, o poco equitativo, hacia el catolicismo; pero el hombre de Estado, por sus actos, si no es por sus palabras, aporta su homenaje a nuestras instituciones; es sobrio en sus alabanzas, pero —lo que es mejor— se aplica en copiar bien... Si lo considerásemos animado por el desinterés, él nos acusaría de candor... Sus préstamos se convierten para nosotros en amenazas” [752].

Las “clases de perseverancia”, las escuelas de adultos, los centros de enseñanza profesional, todas ellas obras ministeriales de las cuales, con toda razón, el prelado restituía la prioridad a los Hermanos. Fuera de esas, las clases nocturnas, reservadas para los obreros, vegetaban en una lamentable indigencia de locales y de material [753]; la enseñanza técnica, adaptada a las posibilidades y a las costumbres de cada región, no se desarrollaba en absoluto. En la enseñanza primaria superior, la única tentativa de los laicos coronada por un éxito total fue

debida al fundador de la escuela Turgot, el pedagogo Marguerin, que dirigía vigorosamente a sus alumnos y les proporcionaba sólidas lecciones [754].

En general, “era sorprendente que las cosas del colegio no tuviesen más que poca relación con las cosas de la vida”. Esta observación de Duruy se aplicaba a los estudios secundarios; valía también para la enseñanza del pueblo. Muy a menudo, el maestro —incluso en razón de la elevada idea que se hace de su profesión— medita en primer lugar en “extraer de la masa una élite de clérigos”; un cierto “orgullo corporativo” le impulsa a despreciar la condición obrera, artesana o campesina. Buscándose imitadores, sucesores, corre el riesgo de olvidar su misión normal: formar a hombre capaz de continuar una tradición de familia, de colaborar en la vida social, en el taller o en la granja. No se da cuenta de que el niño encuentra en la escuela un “clima” ajeno al de su medio natural. “Hace ya ochenta años, señalaba el ministro, que Francia espera una enseñanza que responda a las necesidades de la clase obrera”. Digamos, para dar a la observación su mayor alcance: “y de la clase rural” [755].

En tal sentido, como bien sabemos, trabajaban los Hermanos de las Escuelas Cristianas desde la Revolución de 1789. Sus iniciativas, después de 1830, se habían ajustado a los deseos de Guizot. Las mismas podían fácilmente inspirar a Duruy. ¿No pensaba en ello, cuando escribía su famosa circular del 2 de octubre de 1863? Sobre la base, menos limitada, más rica de conocimientos prácticos, de la escuela popular, “se elevarían paralelamente dos enseñanzas secundarias, la una clásica, para las carreras liberales, la otra profesional, para las carreras de la industria, del comercio, de la agricultura”. En el programa, nada de centralización a ultranza, nada de reglamentación rígida: un marco flexible, cuya disposición variaría según los tiempos y lugares. ¿Se trataba de ciudades marítimas? Allí se profundizaría particularmente la geografía y la legislación comercial. Las regiones fronterizas estudiarían, entre las lenguas vivas, la más necesaria para sus relaciones con el vecindario. Cada provincia daría a las lecciones de dibujo el giro y la extensión conformes con los gustos artísticos, con las orientaciones industriales. “Se llevará a los alumnos al laboratorio de química para las manipulaciones, sobre el terreno para la elaboración de planos, al campo para estudiar determinados cultivos, a las fábricas para ver funcionar los aparatos” [756].

El manifiesto iba a servir de prefacio al proyecto de ley enviado al Consejo de Estado en 1864, luego presentado al Cuerpo Legislativo. Una doble comisión de su autor en el pensionado de Passy se ubica en el tiempo de esa elaboración. El 18 de marzo, tres inspectores generales llegan como vanguardia: el ministro se anuncia para el comienzo de la tarde en compañía del Hermano Philippe; visita la casa con todo detalle [757].

De todos modos, una simple toma de contacto. Duruy ha sacado provecho de las cosas que ha observado. Al encontrar una cierta resistencia entre los miembros de la comisión que examina su texto, les propone llevarlos a casa de los Hermanos: “Allí les mostraré mi plan realizado”. Nueve diputados acuden a la invitación. Son recibidos, el 12 de mayo, por el Hermano Libanos; asisten a una clase de química, dada por el Hermano Albert-Marie, luego escuchan la lectura de composiciones francesas: la hermosa presentación de esos trabajos de los alumnos les encanta; y el ministro no deja de decir que esos significativos resultados se obtienen sin necesidad del latín. Se pasa luego a las lecciones de lenguas vivas: los alumnos se

expresan en inglés con facilidad. Siguen las interrogaciones sobre la botánica, sobre la contabilidad comercial. En las salas de dibujo, han preparado a Duruy una agradable sorpresa: se encuentra ante su propio retrato. Y el día termina con unos ejercicios de gimnasia.

Demostración concluyente ante los ojos de los legisladores. La causa de la “enseñanza secundaria especial” está ganada. Su abogado no escatima los elogios a los Hermanos cuyo testimonio había solicitado. Pero no les oculta tampoco que su obra podrá perjudicarles: “Vamos a hacerles la competencia, le declara al Superior General y al director; lo que pasa es que no es fácil luchar con las congregaciones religiosas” [758].

La ley Duruy lleva la fecha del 21-26 de junio de 1865. La exposición de sus motivos es una hermosa página en la que los Lasalianos se ven, en general, honrados, y la cual, treinta años de sus esfuerzos, reciben una consagración oficial [759].

El ministro considera “la expansión de las clases agrícolas y comerciales”, de la burguesía industrial, como “el gran acontecimiento” del siglo, “el signo evidente de las transformaciones económicas. En consecuencia, para que “el nivel moral e intelectual del país no descienda”, es necesario asegurar una enseñanza conveniente a esos elementos cuya importancia no cesa de crecer.

La iniciativa particular lo ha comprendido. Y “espontáneamente” se han creado centros educativos que responden a esa “necesidad nueva, real y general”. El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, él solo, congrega, en 32 de sus casas, 7.000 niños y jóvenes, instruidos con miras a su función en la sociedad del mañana.

¿Cuál es pues el programa que se ofrece a esa juventud? La misma no tiene necesidad de las lenguas o de las literaturas antiguas. En cambio, debe, “mediante un conocimiento profundo” de su lengua materna, “abrir, elevar su espíritu”. El estudio de la historia nacional le inculcará el amor a Francia; y si no puede “disfrutar del encanto de la antigüedad en su misma fuente”, encontrará, “su perfume y su sabor” en las obras maestras de nuestros autores.

Las lenguas extranjeras contribuirán al ejercicio de la memoria, a la formación del gusto. No obstante, se deberá insistir sobre el interés práctico de su enseñanza. De igual modo, las ciencias no se extenderán sobre la teoría: los profesores no perderán de vista el uso que el industrial y el agricultor deben sacar de las matemáticas, de la física, de la química.

Al arquitecto, al mecánico, el dibujo lineal le permitirá traducir en imágenes de geometría sus concepciones, familiarizarse con los aparatos científicos.

En cuanto al dibujo ornamental y de imitación, “desarrollará la facultad creadora”, enseñará “la maestría de la mano, la precisión del ojo”. La educación del espíritu quedaría incompleta si el sentido de la belleza no se sumara a ella.

En su conjunto, la comisión elegida por el Cuerpo Legislativo respetó el pensamiento del ministro. No obstante, amplió, considerándolas como facultativas, varias materias de enseñanza [760], para acercar el nuevo ciclo con el antiguo “primario superior”. El

relator proclamaba como muy sensatas las medidas tomadas en 1833 por Guizot y parecía lamentar que hubiesen desaparecido de la ley de 1850. [761]

Pero no por eso, quitaba a la enseñanza especial el carácter y el título que Duruy había querido conferirle. Los establecimientos que se conformasen a la ley de 1865 entrarían, al igual que los liceos y colegios de la enseñanza clásica, en la categoría de la “secundaria”.

Sus alumnos, al final de sus estudios, obtendrían un diploma oficial, distinto — ciertamente— del bachillerato. El examen se realizaría no en las facultades, sino ante un jurado nombrado por el ministro de la Instrucción Pública.

Todas estas ventajas corresponderán tanto a las casas libres como a las instituciones organizadas por las ciudades o por el Estado. En esto, ningún ataque al liberalismo de Falloux; para el éxito de su experiencia, el pedagogo juega a partes equitativas: “competencia”, dijo a los Hermanos de Passy. Se mantiene fiel a su palabra, aunque —como lo anunció— la “lucha” se realice en condiciones poco favorables a los universitarios. El diploma de bachiller o, en su ausencia, un diploma de capacidad particular será, desde el punto de vista pedagógico, la única justificación exigida al eventual jefe de un colegio secundario especial. No se exige ninguna otra capacitación previa [762].

De hecho, durante mucho tiempo, no se verán otros establecimientos fuera de los pensionados lasalianos que salvaguarden los principios e impidan el éxito de la ley. La mayoría de las municipalidades temían comprometerse por caminos poco transitados: su rutina no concebía nada fuera del viejo colegio donde algunos maestros, a menudo mediocres, con frecuencia amargados de su suerte, machacaban las reglas de la gramática latina a un escaso contingente de alumnos [763].

“A partir de la fecha de la presente ley —se leía en el último artículo del texto del 21 de junio— la enseñanza primaria puede comprender, además de las materias determinadas por... la ley del 15 de marzo de 1850, el dibujo artístico, el dibujo de imitación, las leguas vivas extranjeras, la teneduría de libros y elementos de geometría”. De ese modo Duruy, según sus promesas, ampliaba las bases del saber elemental, sobre las cuales debía reposar el doble edificio de los estudios clásicos y de los estudios “modernos”.

Para la instrucción del pueblo, tendrá que batallar firme, sin temor de herir a sus contemporáneos. El *Moniteur* del 6 de marzo de 1865 publica un informe de dieciocho columnas que retoma, pero en “un lenguaje mucho más preciso y positivo”, las declaraciones de Hippolyte Carnot relativas a la obligación y a la gratuidad escolares: atrevimiento que alarmó durante varias sesiones de Ministros, a los colegas del firmante. Esta vez, Duruy se adelantó demasiado; queda al descubierto ante todos sus adversarios. La inserción de su informe en el periódico oficial del Imperio —curiosa anomalía, puesto que sus conclusiones no son admitidas— sirve de prelude a las justas oratorias entre diputados: la extrema izquierda, en la persona de Jules Simon y de Carnot, aplaude un programa que se une a sus propias máximas; en el banco de los comisarios del gobierno, el Sr. de Parieu, antiguo Gran Maestro de la Universidad, ahora uno de los vicepresidentes del Consejo de Estado, argumenta contra las tesis de su sucesor en la Instrucción

Pública. Desautorizado por la mayoría de los imperialistas, sostenido por republicanos, el ministro queda en una mala posición: en el sesión del 9 de abril, en el Cuerpo Legislativo, Havin y Guérault junto al elogio de Victor Duruy añaden una serie de acusaciones atacando la enseñanza libre. Casi únicamente los Hermanos de las Escuelas Cristianas salen bien parados. Sin duda, el combate secular que libran en favor de la gratuidad impide ubicarlos entre el número de las “congregaciones hostiles” al espíritu del progreso [764].

Guizot, al dirigirse a sus correligionarios protestantes, condenó el principio de la obligación, susceptible de acarrear “exigencias tiránicas”. No obstante, el nuevo reformador no sucumbe bajo esta protesta general: sostenido aún por Napoleón III, continúa su tarea en la medida de lo posible.

El decreto del 2 de julio de 1866 se convierte en el estatuto de las escuelas normales primarias [765]; determina los temas de la enseñanza (que siguen siendo los del periodo precedente), fija en tres años la duración de los estudios, confía al ministro el nombramiento de los directores, estipula las condiciones del examen de admisión, precisa el reglamento cotidiano y la forma de las sanciones disciplinarias. Estos seminarios laicos tienen asegurado en adelante un largo porvenir; su necesidad ya no da lugar a ninguna contestación. Al igual que los religiosos docentes, en sus escolasticados, los futuros maestros de escuela reciben, durante su vida de “normalistas”, una formación completa: nutrición intelectual, teoría y práctica de la pedagogía. La instrucción religiosa y moral no cesa de figurar en el programa; la jornada se inicia con las “oraciones comunes”, la “asistencia al oficio divino”. Sean cuales sean los secretos deseos de Duruy, en ese tiempo, no es posible exaltar la irreligión, hablar de neutralidad... El ambiente, a decir verdad, a menudo se muestra, lastimosamente, poco propicio para las conciencias cristianas. Al menos, en el marco conservado en 1866, un buen director puede salvaguardar la fe de sus alumnos: los Hermanos que ocupan ese puesto oficial en varios departamentos, trabajan por procurar a los municipios maestros irreprochables.

Las declaraciones de los gobernantes y de los legisladores, a propósito de la enseñanza, no dejan escuchar entonces ninguna falsa nota. Un discípulo del Sr. de La Salle podría firmar este informe de abril de 1867 [766]: El Emperador y nosotros mismos nunca separamos “la idea del perfeccionamiento moral de la del desarrollo intelectual... No queremos impartir únicamente la enseñanza a los niños; queremos ante todo nutrir sus corazones con sanos principios, fortificar los buenos principios mediante ejemplos... Únicamente con esta condición, el hombre no se vuelve perjudicial para sí mismo y para los demás; la luz que se le proporciona, lejos de cegarlo, lo guía”. La educación popular, así entendida, obtiene la “viva solicitud” del soberano: se impone a su alma en nombre de la “fraternidad cristiana”. “Preocuparse por las clases trabajadoras, amar a los pequeños, no descuidar nada, en el orden material y moral, de todo aquello que mejora, de lo que eleva su destino”, eso ha sido en efecto —reconozcámoslo lealmente— la mejor regla de conducta de Napoleón III.

Las frases que acabamos de citar sirven de prefacio a la ley que, añadida más que remplazando a las de 1833 y de 1850, regirá en adelante la enseñanza primaria. Duruy, no habiendo podido obtener la gratuidad de la escuela a título universal, se replegó oportunamente: el Cuerpo Legislativo admitirá, tras el informe de la comisión competente, un sistema, bastante amplio, bastante liberal, de “gratuidad facultativa”.

Desde hacía diecisiete años, un gran número de clases elementales ya no eran de pago: 2.250 consejos municipales, y principalmente los de todas las ciudades de cierta importancia dispensaban a las familias de la retribución, en 5.000 escuelas. Esos consejos consideraban esta manera de actuar particularmente acertada, y no lamentaban para nada el gasto resultante: así lo manifiesta la confesión de la comisión. “La gratuidad, considerada desde el punto de vista de las relaciones sociales, del trato entre los ciudadanos, no puede producir más que excelentes efectos. Cuando los niños se sientan sobre los mismos bancos, unos se aprovechan de las ventajas de los otros, por los buenos modales, por la delicadeza de los sentimientos, por la actividad de la inteligencia. El nivel de los humildes se eleva. Las amistades de la infancia dejarán recuerdos durables en la edad madura y mantendrán una benevolencia recíproca entre los hombres colocados en las situaciones más desiguales”.

Sobre la fe de este optimismo —generalmente justificado cuando la actuación del maestro promueve las influencias bienhechoras, elimina los gérmenes nocivos— se consiguió la votación favorable de la mayoría. El artículo 8 decidió: “Todo municipio que quiera usar de la facultad, concedida por la ley del 15 de marzo de 1850, de mantener una o varias escuelas totalmente gratuitas, puede, además de sus propios recursos y de los suplementos especiales del impuesto [que dicha ley autoriza], destinar a ese mantenimiento el producto de una imposición extraordinaria... En caso de insuficiencia [de los ingresos y de las recaudaciones anteriormente indicadas], y según el parecer del Consejo Departamental, puede serle asignada al municipio una subvención sobre los fondos del departamento y, en su ausencia, sobre los fondos del Estado...”

Allí donde se haya establecido la gratuidad, los maestros recibirían además de su sueldo fijo, una “paga especial, calculada en razón del número de alumnos presentes, según una tasa determinada, cada año, por el prefecto”; finalmente, su fuese posible, un suplemento que les permita alcanzar los “mínima” previstos por las leyes y decretos anteriores.

El mismo documento legislativo alentaba a las municipalidades a crear “cajas de las escuelas”, destinadas a suministrar recursos a los escolares pobres y recompensas a los asiduos. Añadía, con toda legitimidad, la historia y la geografía a las “materias obligatorias” de la enseñanza primaria. Organizaba también la enseñanza elemental de las niñas.

El comentario ministerial del 30 de octubre de 1867 insistía especialmente sobre esas “clases de perseverancia” que debían coronar los años de escuela y que su iniciador pretendía que fueran sobre todo profesionales [767]. La actividad del hombre de Estado llegaba a su término: tratando de controlar la educación femenina, había puesto decididamente en su contra no solamente a los obispos —tales como Mons. Dupanloup [768]—, no solamente a los católicos pasados a los partidos de oposición, sino a todos aquellos bonapartistas que temían aventurarse demasiado a izquierda. Émile Ollivier, cuando el emperador le entregue el destino de la nación y de la dinastía, no recordará al timonel universitario, al cual, sin embargo, deberían acercarle su pasado republicano, sus tendencias democráticas, su agnosticismo religioso. Probablemente no matiza suficientemente su juicio sobre Duruy, no es suficientemente diplomático.

Después de 1871, la Asamblea Nacional no se preocupara por ocupar a ese viejo educador, doblemente sospechoso, por asociarse a los adversarios de la Iglesia, por haber servido al Imperio. Pero el antiguo ministro de Napoleón conservará, hasta su muerte, en 1894, la estima y el respeto de las personalidades más diversas, el afecto de los profesores y de los funcionarios que dirigió, que tuteló con sus consejos y su ayuda.

Guardando todas las reservas sobre las metas de su política, los Hermanos de las Escuelas Cristianas no conservan de él ningún recuerdo más. Sus relaciones con el Hermano Philippe fueron corteses, incluso impregnadas de cordialidad. En el plano de la pedagogía ambos coincidían. Y al plantearse el problema con motivo de la enseñanza primaria, de la enseñanza “especial”, de la gratuidad o de los cursos complementarios, las ideas de Duruy encajaban con las concepciones lasalianas, sus planes tomaban como modelo sus realizaciones. Es por eso que su nombre, tan importante en la historia de la enseñanza pública, merece también ocupar un puesto importante en la historia del Instituto de los Hermanos. Se la hemos otorgado con todo conocimiento de causa: sin ocultar nada de sus convicciones humanas; sin disimular las hostilidades que provocaba; sin disminuir sus responsabilidades en los inicios de la lucha contra la enseñanza libre, en los primeros síntomas de descristianización del país.

* * *

Parece que este largo prólogo contiene toda la obra. Nosotros no lo creemos. Dedicado a acontecimientos y a decisiones de tipo general, exteriores —aunque enlazados— a los anales de la Congregación lasaliana, nos suministra algunas líneas maestras, fija los colores, quiere facilitar la evaluación de las perspectivas. Los Hermanos, en esa época, continúan muy vinculados a sus orígenes franceses, se ven —más completamente, quizás, que nunca— interesados en las actuaciones de los poderes públicos, asociados a sus iniciativas en materia de enseñanza, llamados a colaborar en la educación nacional. Que se trate del medio social, de las condiciones políticas, de las leyes pedagógicas, del ambiente religioso, el Superior y sus miles de auxiliares están en juego. No sería suficiente un análisis de las almas para explicar sus actitudes y sus reacciones.

En el París de 1852 a 1870, en esa brillante y nueva capital que hemos descrito, la Casa Madre puede figurar entre los edificios oficiales. La administración prefectoral, actuando en nombre de la ciudad propietaria [769], levanta, en 1856, el edificio situado al borde la calle Oudinot. La primera piedra fue bendecida el 2 de julio: en la jamba del pie derecho de la puerta, una placa de cobre recuerda esa ceremonia y la fecha “en la fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen, bajo el régimen de Napoleón III, Emperador de los franceses, siendo Haussmann prefecto de la Seine, el Rev. Hno. Philippe, Superior General, los Hnos. Abdon, Calixte, Nicolas, Amos, Anthelme, Théotique, Péloguin y Firmilien, Asistentes”. Diez años después, otra construcción del mismo estilo sobre el boulevard de los Invalides; pisos sin adornos, sin gracia, muy diferentes del encantador hotel de Montmorin —cuyo severo marco constituyen—. Arquitectura muy “haussmaniana”, proyectos con doble finalidad: detrás de esos muros de apariencia indiferente se instalará una burocracia, al igual que una comunidad. Está prevista también una gran capilla, que ocuparía el centro del establecimiento. El proyecto se queda sin ejecutar. Hasta 1879, los Hermanos se contentarán con el oratorio, bastante reducido, bendecido en 1851. Luego, cuando

su situación de ocupantes corre el peligro de convertirse en precaria, se limitarán a una obra de materiales ligeros, recubierta con suntuosos decorados [770].

En el interior de la propiedad, se encontraba uno con los usos, las particularidades, los recuerdos de familia: corredores con piadosas imágenes, salas adornadas con los retratos del Fundador y de los Superiores, mesas y bibliotecas para el trabajo en común, pilas del agua bendita junto a cada puerta, reducido mobiliario de cada sala. Paz monástica en el jardín que, en plena capital, puede pasar por muy extenso: avenidas llenas de sombra, arboledas, glorietas cubiertas de verdor. Los religiosos acuden allí para recrearse, desgranar su rosario, meditar, con “un libro de lectura espiritual” en mano. Una estatua monumental de la Madre de Dios atrae y hace más fácil su oración. En el gran recibidor se erige un Juan Bautista de La Salle, mármol del escultor Oliva, encargado en 1862 y que será más tarde trasladado al patio principal.

Bajo el pórtico de entrada circulan los Hermanos a los que una “obediencia” envía a la Casa Madre, los pobres que están seguros de una compasiva acogida, los amigos a los que no se les negará la hospitalidad. Se presentan personajes importantes: aquí vemos a Ambroise Rendu, testigo de los orígenes de la Universidad napoleónica, de los nuevos inicios de la Congregación lasaliana, ahora anciano venerable, con un pasado de trabajo y de abnegación. En 1852, ofreció su *Tratado de Moral* al Hermano Philippe: éste se declara “tanto más sensible” a dicho homenaje por cuanto “conserva preciosamente el recuerdo de los inmensos servicios rendidos”, durante medio siglo, al Instituto por el secretario de Fontanes, el miembro, muy influyente, del Consejo Superior de la Instrucción Pública. Se propone poner en manos de todos los alumnos el “excelente libro” [771].

También el clero conoce bien la calle Oudinot. De un coche desciende una sotana violeta: prelado al que la educación cristiana no deja nunca de preocupar y que se dispone a reclamar al “Régimen” los maestros deseados. A menudo, las cartas y circulares del Superior mencionan esas solicitudes acuciantes, provenientes de “santos obispos”, de “curas respetables”, de las municipalidades, de hombres caritativos, esas llamadas del este y del oeste, del sur y del norte, esas “delegaciones” que exponen sus condolencias, sus exigencias, que quieren obtener “un favor especial”.

Es importante evitar los malentendidos precisando las condiciones *sine qua non* para la creación de un centro educativo. Un hoja de 1866 [772] las enumera con todo detalle:

“ARTÍCULO PRIMERO. — Las escuelas dirigidas por los Hermanos... deben ser perfectamente gratuitas, conforme a sus estatutos, es decir que ni los alumnos ni sus padres deben pagar, a quien sea, ninguna retribución...

“ARTÍCULO 2. — El personal de cada establecimiento deber estar compuesto al menos por tres Hermanos, dos de los cuales para dirigir las clases y el tercero para encargarse del temporal. Cuando haya clases en la ciudad además de las de la casa, el director no tendrá que dar clase, con el fin de que pueda supervisar todas las escuelas y reemplazar a un Hermano en caso de necesidad. Su hubiera ocho clases o un número mayor, además del Hermano Director, habrá también un suplente.

“ARTÍCULO 3. — El Superior, al aceptar un nuevo establecimiento, trata de común acuerdo con las ciudades o los fundadores que corren con los gastos, sobre lo que corresponde a la habitación, las clases, los muebles, las reparaciones, la contribución que los Hermanos solicitan, según los tiempos y las circunstancias, para cubrir sus necesidades...

“ARTÍCULO 4. — Los Hermanos no estarán obligados a recibir alumnos menores de seis años ni a admitir más de sesenta por clase de *escritura* y más de cien en las demás. El Hermano Director es libre de admitir los alumnos que se presenten y de despedir a aquellos cuya conducta merezca la expulsión. No obstante nunca se niega a recibir a los alumnos enviados por la autoridad municipal o por los fundadores. Los alumnos, una vez admitidos, pueden seguir sus cursos por tanto tiempo como los padres consideren oportuno.

“ARTÍCULO 5. — Los Hermanos harán oír la santa misa a los niños todos los días de clase, a menos que el mucho frío, la lluvia, el hielo, etc. no lo permitan. Los domingos y las fiestas, asistirán con ellos a la misa parroquial y a las vísperas, si se les asigna en la iglesia un lugar conveniente; los mismos días, les darán el catecismo durante una hora y media: todo según la costumbre de su Instituto.

“ARTÍCULO 6. — Para la enseñanza seguirán el método simultáneo, desarrollado en las *Guía de las Escuelas Cristianas*. Dicha enseñanza comprende, además de la enseñanza religiosa que es la base, la lectura, la escritura, la gramática francesa y la aritmética, algunas nociones de historia, de geografía y de dibujo lineal.

“ARTÍCULO 7. — Los Hermanos deben tener total libertad de observar sus Reglas, tanto las que se refieren a su régimen interno como las que se refieren a la realización de sus clases; todo ello, con el fin de que puedan conservar la uniformidad que es uno de los principales sostenes de su Instituto y lograr el objetivos que se propuso su Fundador”.

El artículo 8 reserva al Superior General el derecho de cambiar a un maestro de residencia: reconoce a las ciudades y a los bienhechores la posibilidad de solicitar ellos mismos una mutación, si aceptan correr con los gastos. Y el artículo 9 aborda el caso de una supresión de escuela, decidida por los donantes de fondos: el Instituto debe ser advertido con seis meses de anticipación; se entregará, en el momento de partir, una indemnización equivalente a un semestre de sueldo por cada Hermano, en vistas a la mudanza y al viaje.

Este texto, destinado a ser entregado a todo promotor de establecimiento — metropolitano, colonial, extranjero— lleva claramente la marca del Hermano Philippe. Al discípulo del Sr. de La Salle le gusta la claridad, posee el sentido jurídico: es un legado del hombre del siglo XVII, del hijo de magistrados de Reims, a la mayor parte de los dirigentes de su obra. El administrador debe mostrarse tan vigilante como el jefe espiritual. Prohíbe tratar a los Hermanos como asalariados, que están siempre listos para cualquier tarea y a la merced del capricho de sus empleadores, revocables *ad natum*. La Congregación no pierde la memoria de los obstáculos que ha encontrado en su camino: perpetuas triquiñuelas a propósito de la gratuidad, molestias que atentan contra la vida comunitaria, hasta las fatales dispersiones de los maestros, ordenadas en determinados lugares; sobreabundancia de alumnos, trabajos agotadores, alojamientos insuficientes, malsanos, salarios de

hambre; obligación de conservar alumnos indeseables; o, por el contrario, prohibición de enseñar a tal o cual categoría de niños, exclusiones decididas con respecto a la clientela escolar después de la primera comunión, con miras a favorecer a alguna organización laica o reservar a los industriales una mano de obra barata; prejuicios con respecto a los estudios llevados más allá de lo rudimentario; críticas relativas a los usos de piedad; negativa a conceder a los Hermanos un puesto conveniente en las iglesias parroquiales, intromisiones en sus catecismos; antiguas luchas a propósito de la enseñanza simultánea. Los nueve artículos de 1866 resumen doscientos años de experiencia; se esfuerzan por prevenir, con vigor, todas las arbitrariedades, todos los mangoneos, todas las negligencias. Idéntico fondo que las respuestas del santo Fundador al P. Baudrand, al P. de la Chétardie, a los obispos, a los “maestrescuelas” y a los jueces del tiempo de Luis XIV; que los sabios y firmes razonamientos opuestos por el Hermano Claude a Dominique de La Rochefoucauld; por el Hermano Gerbaud al Sr. de Lainé [773]. El Instituto no puede vivir, no puede actuar, más que si se respeta su unidad, su Regla, sus métodos. Las buenas voluntades menos sospechosas no siempre lo comprenden. Un espíritu de dominio se insinúa a veces en las intenciones rectas; un egoísmo, una tacañería, que se disfrazan de motivos explicables, limitan los gestos de la caridad. La política, también, se mezcla para imponer a la pedagogía sus directivas: y el Hermano Philippe se verá obligado, en algunas ocasiones, a someterse a ellas.

* * *

A pesar de las espinas, a pesar de las sequías, a pesar de los sembradores de cizaña y de los que pisotean los sembrados, el grano bueno se extiende y germina. Casi sin excepción, las municipales del Segundo Imperio no manifiestan hostilidad alguna a los Lasalianos. Pero no muestran mucho apresuramiento por llamarlos, cuando solamente conocen sus éxitos de oídas. Celosas de sus finanzas, vacilan ante los gastos que supone la apertura de una escuela de la congregación, esperan la colaboración de herencias, donaciones, suscripciones. Pretenden únicamente completar los resultados de la generosidad privada.

Por otra parte, los fundadores se sienten muy a gusto de aprovechar las ventajas y la seguridad que los presupuestos municipales garantizan a un establecimiento. De buena gana ceden a las ciudades los edificios y las ganancias que constituyen su aportación y la de sus gestores; a menudo, no hay ninguna cláusula a parte de la designación de los Hermanos como maestros públicos. Incluso sucede que esa voluntad se expresa en términos demasiado vagos, que el acuerdo se preste a subterfugios. En el momento de las “laicizaciones”, semejantes vacíos jurídicos, facilitarán la “intervención de la administración pública”, la transferencia de las propiedades, de los muebles, de los títulos, en beneficio de los nuevos maestros [774].

Por otra parte, el gobierno y el Consejo de Estado afirman nuevamente la incapacidad absoluta, por parte de los obispos y las administraciones parroquiales, de crear escuelas y, por consiguiente, de recibir donaciones para tal efecto. Una advertencia de la alta jurisdicción administrativa, con fecha del 10 de junio de 1863, se atreve a reservar para los municipios las liberalidades confiadas a las diócesis, a las parroquias, con destino escolar. Los consejos municipales, en tal caso, están habilitados para intervenir: dirigirán la escuela, fijarán su régimen, administrarán los bienes provenientes del donante. La persona moral a quien éste otorgó su confianza

se encuentra reducida al papel de ejecutor testamentario. De esa forma, el católico, cuya voluntad tendía a proveer con una institución libre a sus correligionarios, promueve, en definitiva, la creación de clases públicas, sometidas a las vicisitudes del sistema electoral [775].

Para ser sinceros, sus intenciones, en los comienzos, no dejarán de ser respetadas. Rectores de Academia y prefectos pueden ciertamente manifestar después de 1860, y sobre todo durante el ministerio de Victor Duruy, una “natural ternura” hacia las escuelas laicas. No obstante, ceden a las influencias que se despliegan en favor de las congregaciones. ¿Se trata de una casa nueva? Hay que elegir los religiosos que el bienhechor indica en su testamento o en su acuerdo con la ciudad interesada. Si una municipalidad, animada por el aporte de subsidios, o a petición de sus conciudadanos desea remplazar al maestro de la escuela por Hermanos, el procedimiento sufre mayores dificultades. Los funcionarios del departamento y de la Instrucción Pública buscan pretextos para la negativa o los aplazamientos. Lo más habitual, es que haya que esperar la dimisión del titular. Se prolonga, lo más posible, el *Statu quo*. Como solución, los municipios netamente dispuestos a cambiar al personal docente ofrecen al excluido compensaciones pecuniarias u otra situación administrativa.

Por medio de estas negociaciones a veces delicadas, y bajo el beneficio de distintos reglamentos, el Instituto lasaliano logra progresar sin parar. En cierto número de sus centros educativos primarios, y aún permaneciendo encargado de funciones públicas, se coloca fuera de la dependencia directa de la Universidad. Así es como en París, en la calle de Enfer, en Reims, en Ruán, en Niza, enseña a niños recogidos en los hospicios, bajo el control, en ese caso, de la Asistencia Pública, en otros de las comisiones competentes. En la capital se sigue ocupando de los jóvenes detenidos de la Roquette, con el consentimiento de la prefectura de policía. En Versailles, sigue ofreciendo a los prisioneros sus atenciones pedagógicas, según las voluntades del departamento de Seine-et-Oise. En el Havre y en Marsella, dirige clases especiales para los hijos de los aduaneros: el ministerio de Finanzas los ocupa en Normandía, y la administración de aduanas, en Provenza. Los futuros marineros, también ellos son alumnos de los Hermanos, por decisiones oficiales, en varias ciudades de la costa: “escuela del puerto”, en Rochefort, en los edificios del arsenal, “escuela de grumetes” en Marsella, “pupilos de la Marina” en Brest. Estas instituciones están a cargo del presupuesto del Estado o de alguna Cámara de comercio. Finalmente, existen para los sordomudos algunas fundaciones que el ministerio del Interior, los departamentos y las municipalidades confían a los cuidados de los miembros de la congregación y subvencionan: en Saint-Étienne, en Besançon, en Corinthe de Savoya. El gobierno sardo se interesaba por la interesante tentativa esbozada a partir de 1841 en esta última localidad; el gobierno francés mantuvo la obra, después de la anexión [776].

Las casas de París no cesan de prosperar. La escuela de Saint-Sulpice se convierte en una de las más importantes. Al llegar a la parroquia, el Hermano Jean-l’Aumonier constató el escaso número de locales que respondían a las necesidades de una población muy densa y caótica; deseaba un establecimiento modelo, donde los cursos se organizaran racionalmente, donde el ciclo de los estudios se desarrollara con amplitud. Debió aguardar veintiséis años. Su cura párroco, P. Hamon, se decidió finalmente a las iniciativas: alarmado por la apertura de una escuela protestante, compra en 1863, un gran terreno en la calle Assas; lanza una suscripción, que

consigue quinientos mil francos. Se construye un hermoso y espacioso edificio, destinado a la difusión de la enseñanza religiosa, al apostolado entre el pueblo y la pequeña burguesía del barrio, para útiles realizaciones sociales, hasta nuestros días [777].

Algunas fundaciones tienen como origen humildes y admirables caridades. Tomemos un ejemplo en el distrito de Normandía. Julie Diftot, sencilla vendedora de quesos, en Vernon, se preguntaba que gesto procuraría la gloria a Dios y el bien del prójimo; se le ocurre poner en marcha de una escuela cristiana. Céntimo a céntimo, ahorra, durante años, prescindiendo del menor gasto superfluo, privándose hasta de lo necesario. Hacia 1857, cae gravemente enferma, llama a su cabecera a una de sus primas, Josephine Delacour, maestra en Andelys, le entrega 36.000 francos que representan el esfuerzo de toda su vida. La comisionada deberá actuar según las instrucciones de la moribunda. El cura-deán de Vernon, P. Moulin, es informado; el alcalde, duque de la Albuféra, recibe el capital. Ambos se apresuran a acomodar las clases. Los Hermanos entran en funciones el 1º de octubre de 1859, desdichadamente, demasiado tarde para que la humilde bienhechora pueda ver aquí abajo cumplido su sueño [778].

El Eure, la Seine-Inférieure, la Mancha rivalizan, en ese tiempo, en benevolencia para con la Congregación Lasaliana. La misma llega a Bernay en 1852, abre la escuela Santa María en el Havre en 1854, se propaga luego a Louviers, Saint-Velery-en-Caux, Neufchâtel-en-Bray, Pont-de-l'Ardeche, Saint-Sauveur-le-Vicomte, Villers-Bocage, Sotteville, las Andelelys, Barentin.

En 1859, las escuelas de Ruán cuentan con 42 Hermanos, 3.417 alumnos. Están en plena actividad en las parroquias de Saint-Maclou, Saint-Paul, Saint-Vivien, Saint-Hilaire, Sainte-Madeleine, Saint-Gervais, Saint-Ouen, Saint-Nicase, Saint-Patrice, Saint Vincent. Los Hermanos dirigen además un curso superior, clases de aprendices, clases de soldados, reúnen, los domingos, a los jóvenes y a los hombres para los ejercicios religiosos y las distracciones de una especie de "patronato". Y el Hermano Cécilien continúa dirigiendo la escuela normal con sus diez auxiliares. La casa de la calle Saint-Lô se vuelve demasiado reducida para albergar a la vez a los maestros de los futuros maestros y a los de los alumnos normales. Habrá que formar dos comunidades. El Hermano director Gilles pone al corriente al alcalde de Ruán de sus proyectos. Y, con el fin de facilitar el alquiler de un edificio, en la calle del Grand-Maulévrier, el Consejo Municipal aumenta la subvención anual concedida a las escuelas libres. Dos años más tarde nuevo traslado, a causa de la eventual ampliación del liceo: los Hermanos, cuyos arrendadores son expropiados, se instalarán en la calle Beauvoisine. La ciudad los indemniza, les ayuda en los acondicionamientos indispensables, se encarga de pagar la diferencia entre el antiguo alquiler y el que pagarán en adelante. Pero las atenciones municipales no terminan ahí: unos subsidios complementarios servirán para pagar los impuestos, la compra de libros y de suministros para los niños pobres. En 1865 se vota una asignación especial en provecho de los religiosos que enseñan a los aprendices y a sus cohermanos del curso superior. Finalmente, en el mes de diciembre de 1867, el total de la subvención asciende a 30.000 francos. Se ha conseguido la armonía, después de tantas vicisitudes, tras ciento sesenta años, entre las autoridades y los discípulos del Fundador de Saint-Yon [779]. Marca el apogeo del Instituto en la capital normanda.

En Nantes, la comunidad del palacete Rosmadec mantiene las mejores relaciones con los notables, con el clero. El Padre François Richard, vicario general —futuro arzobispo de París— la considera con particular afección, colabora con la “comisión administrativa de las escuelas cristianas” [780]; los testimonios de alta estima dados por un sacerdote tan edificante, la colaboración que aporta a las obras lasalianas honran al valiente equipo de Nantes y prueban que también ella camina por las sendas de la santidad.

Dirigiéndonos hacia las fronteras del este, vemos el establecimiento de los Hermanos bien consolidado en Rethel; del “priorato”, en el que se había instalado después del regreso de 1805, se traslada, en 1855, a los edificios del antiguo Hospital, como consecuencia de un intercambio negociado con el arzobispo de Reims. Este intercambio permite crear una sexta clase. Nuevo crecimiento, siete años después, mediante la apertura de un pequeño pensionado. El grupo de Rethel no olvida que posee, en la congregación, rango de la más venerable antigüedad. Fiel al espíritu de Adrian Nyel y de Juan Bautista de La Salle, deseoso de mostrar a la población su adhesión casi dos veces secular, organiza, en 1865, un curso de dibujo, clases de adultos. Dos buenos ciudadanos, los Sres. Collart y Peltier, fundan premios en favor de “los obreros que siguen asiduamente las lecciones de los Hermanos”. El director, Hermano Berardus, es el tipo de hombre emprendedor y hábil, los gastos que realiza transforman muy positivamente el edificio: una gran prosperidad corona su celo. Y los éxitos de una “banda de música” no son ajenos a la fama de sus alumnos en la región de las Ardenas [781].

En Lorena, las escuelas de Sarreguemines, de Saint-Avold, de Sarralbe, de Boulay, de Bitche, se suman sucesivamente, desde 1849, a las instituciones de Metz. Otros tantos puntos de apoyo para ir avanzando, con toda confianza, en la diócesis de Mons. Dupont des Loges; otros tantos escalones que conducen a los jóvenes lorenos hacia el noviciado, cuyos inicios se ubican en 1854 [782].

Savoya y Niza, ahora francesas, no sufren molestas sorpresas. La verdad, que el personal de sus escuelas apenas se da cuenta del cambio político. En Chambéry, en Thonon, en La Motte-Servolex, los Hermanos son ya, o de nacionalidad o de lengua, gente de Francia. François Fillion —Hermano Louis, en 1860 profesor en La Motte— savoyardo de Chablais, no piensa para nada en irse del otro lado de los montes. Su padre, sirvió en los ejércitos del Primer Imperio; él mismo es un experto en nuestros autores clásicos y enseña nuestra gramática con la precisión y la pasión de su compatriota Vaugelas. La mañana en la que este hijo de la vieja cepa montañesa se despierta como súbdito de Napoleón III, su corazón ya no se siente dividido. Cuando sus labios pronuncien, con entusiasmo, la palabra “patria”, nadie podrá engañarse sobre el significado y la extensión que poseen...

En Niza, el director de la comunidad es oriundo del Languedoc. Nacido el 30 de enero de 1821 en la diócesis de Montpellier, Barthélemy Avineus era admitido, en 1834, en el noviciado de Aviñón, bajo el nombre de Hermano Salutare. Se mostró brillante profesor en Béziers, luego en Turín. A partir de 1853, y durante veintidós años, gobierna las escuelas de Niza. Su valía moral, su ágil inteligencia le ganan la estima del clero, de las autoridades sardas y, después de la anexión, de las autoridades francesas. Una veintena de religiosos —piamonteses y savoyardos al principio— trabajan a sus órdenes. Y tiene un precioso lugarteniente en la persona del “santo Hermano Alexion”. Jean-François Perroud, natural amable, servicial,

conciliador. Los Lasalianos ocupan la antigua residencia de los Jesuitas, en la calle de la Condamine. Se construyen clases, gracias a los cien mil francos que un barón de Rothshild ha puesto a disposición de la ciudad. Alumnos y maestros obtienen diversos éxitos: elogios y recompensas académicas, no le faltan al Hermano Saltaire que manifiesta un gusto literario refinado e incluso talento poético [783].

A él le debe el principado de Mónaco la primera de sus escuelas cristianas. Se lamentaban allí de lo revoltosos y perezosos que eran los niños. A los jóvenes monegascos les gustaba vagabundear bajo el sol, ante las olas azules que sugieren partidas de pesca o que invitan al *dulce farniente*. Acudían a las aulas de estudio, distraídos, indisciplinados, ariscos, rebeldes. ¿Qué futuro se podía esperar de semejantes generaciones, seguirían permaneciendo, como su roca, durante años, semisalvajes? El director de Niza se ofreció para prestar ayuda a sus vecinos; obtuvo el consentimiento del príncipe Carlos III, envió tres Hermanos. Una banda de muchachos los recibió a pedradas. Los nuevos maestros no se inmutaron. Las tradiciones del Instituto les recordaban aventuras semejantes, seguidas de extraordinarias realizaciones. En la *Guía de las Escuelas*, en las *Doce virtudes de un buen maestro*, leían cómo una aleación de severidad, de calma y ternura, de palabras claras y de silencios oportunos, el espíritu de justicia y la infatigable abnegación, llegan a dominar el desorden, a conquistar los corazones. Se mantuvieron firmes y transformaron a sus alumnos. Su enseñanza se inauguró el 14 de octubre de 1868. Su iniciador fue el Hermano Théonis, delegado del Hermano Saltaire: hasta 1880, dirigirá el establecimiento, y lo verá desarrollarse, orientarse hacia un destino muy envidiable, bajo la protección de los soberanos atentos a las necesidades de su pequeño estado, interesados por la existencia de sus súbditos, muy generosos para con los educadores religiosos. Los príncipes de Mónaco considerarán un deber, en su principado, el asegurar al Instituto los recursos indispensables, la situación material y moral más sólida [784].

Sin abandonar el Mediterráneo pero, más allá del continente, volvemos al territorio nacional arribando a Córcega. Relatos precedentes han puesto en evidencia la obra del cardenal Fesch en su querida isla, el trabajo y las preocupaciones, las esperanzas y decepciones que se encontraron allí los enviados del arzobispo de Lyon, de los Hermanos Frumence y Gerbaud [785]. Ya presentes en Ajaccio, en Bonifacio, en Isolaccio, en Sartène, los Lasalianos se establecen o regresan a algunas otras localidades durante el Segundo Imperio, principalmente Bastia, cuya población los recibe muy bien, en 1859. Una suscripción pública permitió la compra de un terreno y la construcción de un edificio maravillosamente ubicado: ventanas y jardines, por donde la vista se extiende sobre la ciudad y sobre el mar; muy a lo lejos en el horizonte se divisan las montañas de Italia. Esa satisfacción de los ojos no es suficiente, sin duda, para los ocupantes; y, según las lecciones de su santo Fundador, no les conviene abandonarse a ella. Su sentido de la vida resulta ser otro: consagran sus días al servicio de los insulares. La municipalidad de Bastia, propietaria de su casa, los emplea oficialmente. En Vico, sus cohermanos se afanan, por obediencia hacia Mons. Casanelli de Istria, el obispo de Ajaccio, que los ha solicitado para ese municipio, su lugar de origen. La adhesión de los corsos hacia los maestros ya populares se acrecienta. Y la piedad de las familias, en Bonifacio por ejemplo, aporta satisfacciones al celo apostólico. No obstante, la "Isla de la Belleza" sigue siendo a menudo, para cuerpos y almas, isla de sufrimiento: se dice que en Isolaccio, la vivienda de los religiosos "recuerda el establo de Belén". En

otros lugares, la rivalidad de los clanes, la dureza de las luchas electorales colocan en una posición molesta a los Hermanos decididos a no tomar partido [786].

Si, después de este viaje por los extremos de Francia, regresamos a las regiones donde el Instituto desempeña, desde hace tiempo, un gran papel, Lyon se presenta, cada vez más abierto a las actividades pedagógicas, más y más atrayente para las almas que se proponen las conquistas espirituales. La ciudad, que incluye ahora Vaise, la Guillotière, la Croix-Rousse, cuenta con 400.000 habitantes; los ha duplicado desde el principio del siglo. Allí se escucha, en 1867, el rumor de 70.000 “oficios”, en lugar de los 27.000 de 1827. Inmensa colmena obrera y, al mismo tiempo, centro de iniciativas religiosas, de fundaciones sociales. La beneficencia privada, la asistencia pública, las ayudas mutuas, todas las formas de enseñanza de desarrollan allí a lo grande. “El movimiento de los corazones secunda en ella”, más que nunca, “el trabajo de las manos”. Los Hermanos, en todos los barrios, han contribuido a esa paz cívica, restablecida finalmente después de 1848, a esa “solidaridad humana que se imponen a la lucha de clases”, y que permiten, bajo el reino de Napoleón III, a Vaïse, el eminente administrador, levantar o restaurar los monumentos municipales, trazar avenidas y paseos, acondicionar el parque de la Tête d’Or. La Iglesia es respetada, su misión predicadora y caritativa no encuentra serios obstáculos [787]. Para la Congregación que se reconstituyó bajo la protección de Notre-Dame de Fourvière, Lyon sigue siendo, desde la colina mariana hasta las dos orillas del Ródano, un campo fecundo, un terreno privilegiado.

La capital de la Auvergne, en condiciones más modestas, no impacta en menor grado la atención de nuestros educadores. En 1851, Clermont goza de una escuela lasaliana en cada una de sus parroquias, Saint-Pierre, Notre-Dame du Port, la catedral, Saint-Genès, los Carmelitas y Saint-Eutrope. Una comunidad de Hermanos reside, además, e imparte la enseñanza primaria, en el territorio de Montferrand. En total, 1.650 alumnos, en veinte clases. El amplio distrito integra nuevas posiciones hasta en la Haute-Vienne, en Saint-Yrieix, en Eymoutiers, en Château-Ponsat, en Dorat, y en la Creuse, en Auzances y en la Souterraine. El Cantal posee los establecimiento de Murat y de Maurs, la Corrèze, el de Curemonte. Por su parte el Puy-de-Dôme, puesto de mando, cuartel general muy activo, añade a sus antiguas formaciones algunos destacamentos de valientes tropas en Saint-Saturnin, Romagnat, Pontgibaud, Volvic, Aulnat, Saint-Amand-Tallande, Cournon y Job [788].

En el distrito del Puy se observa un crecimiento tan rápido, gracias a las numerosas vocaciones. Tenemos Pradelles en 1852, Lapte en 1854, Rosières y Retournac en 1863, Saint-Front y Grazac en 1868, Polignac en 1869 [789].

Todo el Macizo Central y las regiones vecinas siguen siendo el surtidor cuyas fuentes providenciales, provenientes de un suelo muy cristiano, alimentan la mayor parte de las otras provincias. Pero ese vivero de Hermanos conserva para él mismo religiosos en cantidad suficiente para reforzar y acelerar todos los organismos motores de apostolado. Rodez encuentra manifestaciones de aliento en su obispo, Mons. Delalle: “No olvidaremos nunca, escribe el padre Alazard, biógrafo del prelado, con cuanta afectuosa bondad acudía a la casa de los Hermanos, con qué tierna sencillez se mezclaba con los niños pequeños, los exhortaba a la piedad y al trabajo... Muy a menudo, en las veladas de invierno, iba a prodigar sus consejos a los jóvenes adultos, que... al atardecer volvían a los bancos de la escuela. Su

asiduidad se notaba también entre los soldados que se acercaban a dedicar algunas horas al estudio...” [790]

Desde que, el 31 de diciembre de 1850, el centro de la diócesis se ha convertido en el centro de un nuevo distrito, las creaciones escolares se multiplican en el Aveyron, el Lot y el Tarn. En tres años, de 1855 a 1858, la cifra de alumnos asciende de 4.683 a 8.169 [791]. En el mismo Rodez, en 1859, los Hermanos censan 442 alumnos, mientras que la clientela de los maestros laicos se reduce a 110 niños, 54 de los cuales vienen de los pueblos suburbanos. El Consejo Municipal considera, en cierto momento, el no conservar a cargo del municipio más que los establecimientos de la Congregación. Se echa para atrás. Pero, diez años más tarde, no quedan más que 54 muchachos que acudan a la escuela que compite con los Lasalianos [792].

Por esas mismas fechas, éstos son llamados a Aubin, Decazeville, Marcillac, Saint-Chély d’Aubrac, Villeneuve, La Besse-Vors. Los administradores de la cuenca hullera se preocupan por proporcionar a los hijos de sus asalariados una educación religiosa. Piden tres maestros al Hermano Philippe en 1854. La caja de ayuda mutua de los mineros, en Decazeville, corre con los gastos de acondicionamiento y del alquiler de un edificio, el salario de los maestros, los gastos de los libros clásicos. Pronto, la municipalidad adopta oficialmente la escuela de los Hermanos [793].

Eso, porque casi por todas partes se confirma la excelencia de su enseñanza. El alcalde de Villefranche-de-Rouergue, Sr. Lortal, que se ocupa —desgraciadamente sin éxito— del traslado de una comunidad instalada contra toda norma de higiene, declara en su exposición de 1866: “Nuestras escuelas primarias están, desde el punto de vista de los estudios, en plena prosperidad. Los resultados obtenidos por nuestros alumnos, tanto en el concurso departamental, como en el cantonal, demuestran que el establecimiento está confiado a un director hábil, secundado por unos auxiliares inteligentes y celosos. Una situación tan satisfactoria sorprende al considerar en qué condiciones [materiales] se encuentran los alumnos y sus maestros” [794].

El entusiasta alegato del Sr. Lortal no logra conmover a la mayoría de su Consejo. Según la ley, ha sido necesario solicitar el voto de los “que pagan mayores impuestos” en la ciudad: esas personas ricas —y los consejeros que sostienen su causa— prefieren dejar sin ventilación las celdas de los religiosos y obligar a los niños a trabajar encima de un establo, antes que ver inscribirse en su hoja de contribuyentes algunos céntimos adicionales.

En el departamento del Lot, ya dominado por un cierto anticlericalismo, los Hermanos chocan no con la dureza de los corazones avaros, sino con los prejuicios partidistas. Si, en Cahors, obtienen, en lugar de una casa exigua e insalubre, un edificio con capacidad para contener 400 alumnos, en Souillac son fríamente acogidos por la población, que parece desaprobador la iniciativa de su primer magistrado, Sr. Doussot, y el contrato aprobado por él con el Superior General. Al Hermano Director Laudon corresponde el honor de haber vencido esa hostilidad: cuando en 1861 un incendio destruye dos aulas, será un notable del lugar, Sr. Malvy [795], quien, durante varios meses, da a la escuela cristiana la hospitalidad de su casa. Pero las oposiciones renacen: y, en 1868, los miembros de la congregación dejarán de ser maestros municipales; única laicización realizada en ese distrito bajo el Imperio [796].

En Figeac, un sacerdote dotado con una inteligencia privilegiada y especiales cualidades administrativas, el Padre Massabie, cura párroco de Saint-Sauveur, solicita para la enseñanza de sus jóvenes feligreses la colaboración de la Casa Madre. La ciudad se encuentra en disposición de recibir una herencia Gach, de 15.000 francos a condición de mantener una escuela de Hermanos: pero la rechaza. La heredera del bienhechor concluye un acuerdo directo con el clero. De ese modo, en 1862, la propiedad M. Gach sirve de fundamento para un establecimiento libre, que muy pronto comprende cinco clases, y permitirá la fundación de un pensionado, uno de los mejores de la región, bajo la hábil guía del Hermano Ingène y de su subdirector, el Hermano Ildéphorien, de palabra nítida y vibrante, de “fluido imperativo” [797].

De modo parecido, Gramat, se beneficia de las felices disposiciones de la ley del 15 de marzo de 1850, gracias a la generosidad de uno de sus ciudadanos, Sr. Mercié, enriquecido en el comercio de París [798]. En Puy-l'Évêque, los inicios no carecen de dificultades: el gobierno imperial no autoriza, quizás por insuficiencia de capital, al municipio a tomar posesión de un legado de 10.000 francos, suscrito por una señora de Guiscard, con el objetivo de poner a los Hermanos al frente de una escuela pública. A continuación, se entabla una negociación entre el alcalde, el cura, y el heredero de la testadora. El maestro en funciones cede la plaza, incluso favorece la llegada de sus sucesores, en cuanto se ve nombrado secretario del juzgado de paz. Las gestiones emprendidas en el ministerio de la Instrucción Pública consiguen su objetivo. Y el 1º de diciembre de 1866, el Hermano Idilonien, nombrado por el prefecto del Lot, abre las clases: se presentan únicamente 39 alumnos. La gente de Puy-l'Évêque prefiere esperar a ver a los Lasalianos en acción. Hacen justicia al evidente éxito, puesto que, el segundo año, se cuenta ya con un número de 80 niños [799].

Tercera circunscripción del distrito, el Tarn crea, de 1852 a 1870, los establecimientos del barrio de Villegoudou, en Castres, de Brassac, de Lautrec de Labastide-Rouayroux, de Anglès, de Sémalens. A las habituales secciones de enseñanza se suma, en el barrio industrial de Villegoudou, hasta 1867, un curso especial para los muchachos muy jóvenes sometidos, a pesar de su edad, a trabajar en las manufacturas. En la otra orilla del Agout, en la ciudad propiamente dicha, la municipalidad de Castres no duda ante un importante gasto para reconstruir el edificio del siglo XVIII, que recordaba las generosidades de Mons. de Barral [800].

En abril de 1852, el maestro laico de Lisle-sur-Tarn era despedido: el Consejo municipal se decidía a transformar en escuela pública la institución privada cuya dirección asumía, en esa época, el Hermano Libier. Lautrec, tres años más tarde, daba también la preferencia a los miembros de la congregación, que enseñaban en una escuela libre, desde 1854, a petición del cura párroco: las familias al confiarles todas ellas a sus hijos, habían emitido un verdadero plebiscito, muy pronto ratificado por las autoridades civiles [801]. En la población de La Bastide, los súbditos del Hermano Philippe continuaron, a partir de 1863, el apostolado de los Marianistas.

Seis burgueses de Sémalens se ocuparon, ellos mismos, de tratar con la Casa de la calle Oudinot, a pesar del alcalde y del equipo comunal. El 7 de julio de 1867, se comprometen “solidariamente y durante cinco años” a pagar tres Hermanos y el alquiler del edificio que ocuparán esos religiosos. El Superior General aceptó esa solución. Una proclama, firmada por los suscriptores, anunció que “todos los niños,

ricos o pobres, serían admitidos gratuitamente”. Además del programa ordinario de primera enseñanza, “los carísimos Hermanos enseñarían dibujo, agrimensura, música, canto llano, contabilidad o la teneduría de los libros de comercio, y otras ciencias” necesarias para las carreras abiertas a los jóvenes de la localidad. En efecto, una industria de telas de sarga y de hilados de seda había aportado notables cambios en Sémalens, anteriormente un pueblecito. Los habitantes consideraban mediocres las lecciones del único maestro oficial. Muchos se apresuraron pues a prestar su colaboración a los iniciadores. La comunidad pudo gozar de una amplia casa y de un hermoso jardín. Al lado suyo, Casimir Séguier, suegro del propietario, daba un terreno para las clases, se encargaba de la construcción, a costa suya, y supervisaba él mismo la obra minuciosamente [802].

Este recorrido por el Alto Languedoc nos lleva, una vez más, a Toulouse y, a lo largo de los Pirineos, nos conduce hacia la Gascogne, hacia el Béarn. Pero nuevas detenciones parecería fastidiosas. Basta, creemos, con saludar a lo lejos la gran ciudad donde los Hermanos no cesan de acrecentar su número y sus casas y de donde parten, con armas y equipajes, las escuadras destinadas a la Haute-Garonne, al Ariège, al Gers...

En los límites con España, vela el antiguo director del pensionado de Toulouse, el Hermano Irlide. Ese meridional de ideas atrevidas, con alma recia y vigorosa, de rostro severo, dirige ya sus miradas hacia el reino católico, más allá del Bidasoa: Convertido en Superior General, será quien introduzca allí el Instituto, para una obra grandiosa, fecunda y, cuando surja el momento de las persecuciones, heroica. Mientras tanto, a la vez Visitador y director de Bayonna, entre 1852 y 1873, organiza admirablemente su dominio. En los primeros años, 400 niños se apretujan en cuatro clases. El jefe obtiene de sus auxiliares el máximo de esfuerzos, el más completo rendimiento. Nada lo detiene, ni la doble tarea que asume, ni los problemas de dinero, ni la enfermedad (en los días en que una epidemia de fiebre tifoidea abate a la mayoría de los profesores, ataca a setenta y cuatro alumnos y al mismo director), ni algunas oposiciones locales, contra una actividad tan intrépida, contra una autoridad que se afirma claramente. Por otra parte, goza, durante el Imperio, de la simpatía de los poderes públicos. El alcalde de Bayona, diputado por Basses-Pyrénées, Sr. Labat, le presta una estimable colaboración. A las escuelas municipales, en amplio desarrollo, se suman clases para los aprendices y para los adultos, luego un pensionado. Los Hermanos pueden construirse una capilla. En marzo de 1870, inauguración solemne de los edificios escolares de Saint-André; el alcalde interino, Furtado, toma la palabra: relata a grandes rasgos la historia de la Congregación fundada por san Juan Bautista de La Salle. Y de boca de ese israelita surge un espléndido elogio de los religiosos docentes [803].

* * *

No es nuestra intención hacer una prospectiva sobre la región de Burdeos, puesta siempre de relieve gracias al Hermano Alphonse, sobre el Poitu y la Vandée, donde los Lasalianos ceden el paso a los Hermanos de San Gabriel, sobre las provincias del centro, menos ricas, además, que el Sur de Francia en escuelas cristianas, o sobre la Picardie, el Artois, Flandes, el Cambresis, aunque esta región septentrional forma un bloque impresionante de comunidades [804]: demasiadas repeticiones cansarían al lector. Y de esas verdaderas plazas fuertes del Instituto que eran entonces ciudades como Lille (la cual, a iniciativa de su alcalde Richebé, devolvió a

los Hermanos sus escuelas municipales en 1852), como Roubaix y Tourcoing, volveremos a hablar en otro volumen; su potencia, establecida por un grupo de religiosos militantes, y cuya abnegación iguala a su valor —entre los que destacan como primeras figuras los Hermanos Adrien, Messien, Eleuthérius— se manifestará durante las luchas consecutivas a la llegada de la Tercera República [805]. En ese momento, la casa de “la Monnaie” de Lille se convertirá en el reducto de una admirable defensa, al mismo tiempo que el punto de partida de una nueva y amplia conquista en las masas populares. Al final del Segundo Imperio, los Hermanos cuentan a sus alumnos ya a millares, hijos de numerosas y católicas familias de la llanura de Flandes.

Sobre los 89 departamentos franceses, solamente 4, en esa época, el Bas-Rhin, los Vosgos, el Yonne y el de Côtes-du-Nord, no conocen, o ya no conocen, el quehacer cotidiano de los cuellos blancos. El territorio metropolitano, comprende más de 700 casas del Instituto [806]. El total de los establecimientos escolares, conviene tenerlo en cuenta, es superior al de las casas, puesto que en diversas ciudades muy populosas, equipos de maestros, salen cada mañana, del edificio conventual para dirigirse a sus “barrios” respectivos.

Desde los comienzos del periodo imperial, los Hermanos gobiernan alrededor de 800 pequeñas escuelas, dos tercios de las cuales son municipales; el otro tercio, está formado por clases primarias de la enseñanza libre [807].

Esa amplia proporción de escuelas pública deja a los religiosos bajo la autoridad de los universitarios, les obliga a aguantar las órdenes ministeriales. Esa es la razón por la cual el tema tan delicado, tan complejo, de la gratuidad no deja de preocupar, de afligir —cabe decir— al Hermano Philippe.

Se trata, ahora, de considerarla en su conjunto. Reaccionando contra las tendencias de la Segunda República, contra el liberalismo (tímido sin embargo en esta materia) de la ley Falloux, el decreto del 31 de diciembre de 1853 estipula que los prefectos fijarán, a propuesta de los delegados cantonales y visto el parecer del inspector primario, la cifra *máxima* de los alumnos que serán admitidos sin pagar. La lista de esos alumnos, “elaborada por el alcalde y los ministros de los diferentes cultos, y aprobada por el Consejo Municipal”, no deberá superar el número así indicado. Hay que negar el acceso a las clases al indigente —o supuesto tal— que no presente un “comprobante” entregado por la autoridad local.

Semejantes medidas —cuya responsabilidad correspondía a Fortoul— hacían correr el riesgo de impedir el beneficio de la más elemental enseñanza a muchos hijos del pueblo. Causaban el sobresalto de los educadores, de todas las almas generosas. Se oponían a la Regla de los Hermanos. No obstante, por apretadas que fuesen las mallas de la red, el Superior General esperaba que sus escolares lograrían deslizarse a través de ellas. El 10 de marzo de 1854, escribió a los directores que dependían de las municipalidades: “Es posible que con ocasión del decreto, el Sr. Alcalde les invite a dejar a su cargo la admisión de los alumnos... Tengan a bien objetarle que esa disposición alejará probablemente a un gran número de niños; que los padres sentirán mucho fastidio en realizar unos trámites que les parecerán penosos o que les forzarán a interrumpir sus trabajos. En consecuencia, rueguen al Sr. Alcalde que les permita admitir provisionalmente a los alumnos... No obstante, si ustedes consideran que esas medidas tienden a imponer la retribución escolar,

habría que requerir insistentemente [al magistrado] para que continúe con la aplicación del párrafo tercero del artículo 36 de la ley del 15 de marzo de 1850...: “Todo municipio tiene la facultad de mantener una o varias escuelas totalmente gratuitas, a condición de que la mantenga con sus propios recursos”. “Harán ustedes observar que este artículo no ha sido revocado por el decreto del 31 de diciembre: de donde se sigue que cada municipio puede aprovecharse de él, para mantener nuestras escuelas en la situación en que se encuentran en este momento”.

Dejar el problema en suspenso, si no se consigue hacer aceptar enseguida una solución conforme con los principios del Instituto, tal parecía ser el procedimiento más prudente. El XX Capítulo General acababa de adoptarlo, durante sus deliberaciones de marzo. Una circular, con fecha del 15 de ese mes, comentaba así la carta del 10: “Sabén ustedes, carísimos Hermanos hasta qué punto los miembros de nuestra Sociedad, en todos los tiempos, han sobresalido por su sumisión a la autoridad, por su espíritu conciliador y pacífico; con cuánto cuidado, en circunstancias difíciles, han tomado todos los medios de prevenir todo aquello que hubiese podido suscitar divisiones y descontentos. Es hermoso, es edificante, ver a todos los miembros de una numerosa Congregación docente adherirse de corazón y de alma a los usos que regulan sus relaciones con sus alumnos”.

Pero el ministro no se contentaba con buenas palabras. El 6 de julio de 1855, decidía el envío al Consejo de Estado de un proyecto de donación que era importante, en el orden escolar, para la ciudad de Elbeuf. La inserción “de la cláusula de la gratuidad absoluta” en el contrato motivaba esa mala voluntad. Con el tono más seco, Fortoul hacía saber al Hermano Philippe que “el decreto del 31 de diciembre de 1853 era obligatorio en todas partes, que debía “recibir su aplicación en todas las escuelas públicas”. Era “lamentable” tener que recordarlo [808].

El *statu quo* se prolongó sin embargo, hasta el ultimátum de Rouland, sucesor de Fortoul. En 1856, la Casa Madre no había recibido del gobierno la subvención habitual. El Hermano Philippe se inquietó por ese olvido ante el Gran Maestro de la Universidad. Éste respondió, el 28 de enero de 1857: “Conozco las necesidades de su Instituto; sé que las cargas soportadas por el establecimiento central de París son las consecuencias de una amplia organización; que el ayudar a sus ancianos y a preparar nuevo personal, es alentar y remunerar los servicios prestados por sus escuelas”. Pero invocaba el difícil equilibrio del presupuesto de la enseñanza primaria: “Las causas de estas dificultades financieras podían ser atribuidas, en parte, a la perniciosa influencia” ejercida por los establecimientos lasalianos en el tema de la gratuidad. Por “una falsa interpretación de los estatutos de su Orden”, el Superior “persistía” en seguir un mal camino...

No obstante, con el fin de evitar “perturbaciones”, Rouland se dignaba firmar, aún para 1856, antes de la clausura del año presupuestario, la orden de pago de 8.400 francos. Gracia suprema, no renovable, si los Hermanos no manifestaban arrepentimiento. “Espero de usted y de sus colaboradores, finalizaba al misiva oficial, el allanamiento de los obstáculos sobre los que he debido llamar su más seria atención. Espero que usted no me pondrá en la dura necesidad de negarle las ayudas del Estado” [809].

La amenaza se cumplió en 1858. Diecisiete años más tarde, el Hermano Asistente Firmilien recordaba a las oficinas de la Instrucción Pública esa sanción tomada por el

Imperio [810]. No sería la única. Por no haber hecho caso del decreto Fortoul, las escuelas de Auxonne, de Tarascon, de Cluny se cerraron. Al igual que Lainé en los tiempos del método lancasteriano y de la disputa de los diplomas, los altos funcionarios de Napoleón III, ponían trabas a sus predecesores en la Restauración, se disponían a tratar a los Hermanos como rebeldes. Y esta vez, no se encontraría a nadie para sugerir un acuerdo.

El mal menor parecía el someterse, conservando la esperanza de un cambio en la legislación. Ese fue, para el Hermano Philippe, un gran y amargo sacrificio [811]. El XXII Capítulo General, que se celebró del 4 al 22 de septiembre de 1881, precisó los límites de la forma siguiente: “Los Hermanos se conformarán a las circulares ministeriales relativas a la retribución escolar” hasta que puedan “retomar los usos que ahora se ven obligados a derogar... Entregarán la lista de los alumnos a las autoridades competentes; pero se abstendrán de toda intervención directa y personal en la imposición o en la percepción de la tasa, si la misma es exigida a algunos de sus alumnos”.

No obstante, como hemos visto [812], muchas municipalidades lograron salvaguardar el sistema de 1850. Otras, que contaban con realizar ahorros por medio de las contribuciones familiares, confesaron, más o menos rápido, sus desilusiones: en Clermont-Ferrand, por ejemplo, se constataba un descenso regular en la cifra de alumnos de pago y el total, casi irrisorio, de las cantidades percibidas, era siempre muy inferior a los ingresos previstos [813]. No se atrevían a perseguir a los refractarios, no se quería excluir a ningún indigente. La propaganda en favor de la enseñanza gratuita, universal, sino obligatoria, daba sus frutos.

Con Duruy, los rigores de un Fortoul y de un Rouland ya no son de temer. El decreto del 28 de marzo de 1866 volvió al régimen anterior a 1854. Semejante amplitud permite a las ciudades con recursos, o especialmente generosas, suprimir las retribuciones [814]. Y la ley del 10 de abril de 1867, al autorizar a los municipios a imponer tasas especiales sobre el conjunto de sus contribuyentes o a pedir al poder central excepcionales subvenciones, orienta decididamente a Francia por las sendas de la gratuidad escolar, sin dispensar por ello a los Hermanos de doblegarse a las exigencias de las municipalidades retrógradas [815].

* * *

En sus relaciones con el Estado, el Superior General conoce otras desavenencias. Ya no se trata de valorar en dinero el pan cotidiano de la enseñanza, sino de quitar a los miembros de la congregación un privilegio que les pertenece en calidad de maestros y que necesita la libertad de su vida religiosa.

La ley de 1850 no innova, cuando declara en su artículo 79: “Los maestros auxiliares de las escuelas públicas, los jóvenes que se preparan para la enseñanza primaria pública en las escuelas designadas para el efecto, los miembros o novicios de las asociaciones religiosas consagradas a la enseñanza y autorizadas por la ley, o reconocidas como establecimientos de utilidad pública, los alumnos de la escuela normal superior, los maestros de estudio, regentes y profesores de los colegios y liceos están dispensados del servicio militar, si, antes del momento fijado para el sorteo, han contraído, ante el rector, el compromiso de dedicarse, durante diez años, a la enseñanza pública, y si cumplen con ese compromiso”.

El Primer Imperio observó, no sin ciertas dificultades, esa regla; la Restauración y la Monarquía de Julio, la erigieron como ley definitiva. Y desde 1815, ningún Hermano de las Escuelas Cristianas, que perseverare en su vocación, se ha visto obligado a manejar armas. Sin embargo, un problema sigue pendiente: los religiosos educadores, ¿gozan de la dispensa aún cuando sus Superiores los empleen en las instituciones libres? El texto votado habla de un compromiso decenal en la “enseñanza pública”: ¿esta fórmula excluye *a priori* a los maestros de las escuelas privadas, de los pensionados, de los escolasticados, de los noviciados? En la decimoquinta sesión de la Comisión de 1849, Montalembert protestaba de antemano contra semejante interpretación: “Quiero señalar, decía, la confusión deplorable que se ha introducido desde hace cincuenta años en Francia a propósito de lo que debe entenderse por *enseñanza pública*. Hoy día se aplica solamente esta expresión a las escuelas del Estado. Ahora bien, hay que restablecer el verdadero sentido de la palabra *público*. En consecuencia, declaro desde el momento en que un cierto número de niños están reunidos en la misma casa e instruidos en común, ése es un establecimiento de enseñanza pública” [816].

De hecho, los Lasalianos gozan, al respecto, de una actitud favorable, de precedentes siempre útiles de recordar. El Hermano Philippe no deja de argumentar como es conveniente, en una carta dirigida, el 30 de diciembre de 1850, al Sr. de Parieu: “En ciertas Academias, se ha pensado que nuestros Hermanos empleados en las escuelas municipales deben ser los únicos admitidos a contraer el compromiso decenal y que aquellos que están en las escuelas libres no pueden beneficiarse de la dispensa. Le ruego tenga a bien notar que, desde el decreto imperial del 17 de marzo de 1808, todos nuestros Hermanos indistintamente han sido eximidos del servicio militar; la continuación de ese favor es necesaria para la existencia de nuestro Instituto.

“Por otra parte, permítame, Señor Ministro, hacerle observar que la letra y el espíritu de la ley van perfectamente en el sentido de mi reclamación... El artículo 79 está concebido como sigue: Los miembros o novicios de las asociaciones religiosas dedicadas a la enseñanza y autorizadas... [Eso en cuanto a la letra. En cuanto al espíritu no cabe dudar] que los legisladores no hayan querido favorecer a las congregaciones aprobadas. Sería actuar en sentido contrario si no se eximiera más que a nuestros Hermanos de las escuelas municipales” [817].

Pero en las oficinas del ministerio, los sentimientos no se inclinaban por el mejor liberalismo. Se sentía en ellos cierta añoranza del monopolio, se negaban en absoluto a poner en pie de igualdad las dos enseñanzas —la del Estado y la de la Iglesia— entre las cuales, a partir de entonces, los franceses podían elegir. Funcionarios y juristas se aferraban a las concepciones antiguas: la enseñanza pública, a pesar del orador cristiano, pertenece por entero al gobierno, a la Universidad. Fuera de ella, los establecimientos *privados* no desempeñan más que un papel subsidiario. No queda más remedio que tolerarlos, dejarlos vivir, puesto que así lo han decidido los hombres políticos: pero sus profesores y sus jefes no deberán, con mucha gratitud hacia la nación, reivindicar ningún otro derecho más que aquellos, estrictamente medidos, rigurosamente definidos, que se encuentran inscritos en los documentos oficiales.

La respuesta, sometida a la firma del Sr. de Parieu [818], se presentará pues como el final de un no procede; reproduce los términos del artículo 79: “Son precisos”,

añade; no dan lugar a ninguna discusión. Los Hermanos que dirigen escuelas libres “no pueden estar exentos de ese servicio”. Por más católico, por más personalmente benévolo hacia las congregaciones que sabemos que era el ministro de 1850, no cree posible conceder total tranquilidad al Superior General. Su formación jurídica, sus opiniones cesarianas siguen la línea del decreto de 1808: cuando Napoleón I renunciaba a acuartelar, para sus guerras, a los novicios y a los jóvenes religiosos del Hermano Frumence, del Hermano Gerbaud, era como gracia y con el fin de evitar la ruina de una pequeña sociedad que consideraba preciosa para la enseñanza del pueblo: razón de Estado, y no respeto hacia una Regla religiosa, consideraciones con respecto a las conciencias, menos aún argumentos y reflexiones a propósito de una misión pedagógica que tiene su valor propio, su independencia espiritual, su margen de libertad...

Algún progreso resulta a pesar de todo, en Francia, tras treinta años de régimen parlamentario, de tres años de una República sin sectarismo. Las ideas de la Comisión que preparó la ley Falloux no han resultado ajenas al sucesor y continuador del gentilhomme de Angers. Parieu enuncia, en su carta del 10 de enero de 1851, un principio rígido. La práctica no será inexorable: ni mucho menos. Bajo el Segundo Imperio, los Lasalianos se librarán, en su conjunto, del cuartel: sin dificultades hasta 1866. Se juzgará, implícitamente, sino en voz alta, y al modo de Montalembert, que no merece la pena detenerse en discriminar entre Hermanos pagados por los municipios y Hermanos que se benefician de las liberalidades particulares: unos y otros provenientes de los mismos noviciados, subordinados al mismo Jefe, empleando los mismos métodos de enseñanza; todos, en definitiva, realizando una obra cristiana y francesa.

Será necesaria la “llegada” de Victor Duruy para modificar esa situación. Aquí, nuevamente, en circunstancias, en realidad, más molestas que portadoras de catástrofes, nos vamos a encontrar con el heredero de los revolucionarios que destruían las órdenes docentes mientras las proclamaban merecedoras del agradecimiento de la patria; el primogénito de los jacobinos modernos, de los pedagogos enemigos de la Iglesia, de aquellos que, con mucho gusto, reconocían su deuda hacia san Juan Bautista de La Salle, y desterraban a sus discípulos de la República, después de haberlos cubierto de flores.

Su circular ministerial del 4 de febrero de 1866 parece retornar sencillamente a las máximas del Sr. de Parieu, esta vez, la Universidad no se contenta con un gesto platónico. Los actos seguirán a las palabras y, para defenderse, el Hermano Philippe deberá hacer uso de una destreza, de una habilidad cabalmente muy legítima y muy leal.

Dos años antes, Duruy saludaba, con admiración, los trabajos de los profesores de Passy. Ahora bien, la decisión que acaba de tomar implicaba el riesgo de que ellos fueran los primeros en verse afectados. Para ser dispensado del servicio militar, un educador está obligado a pertenecer a un establecimiento público de educación, es decir “una escuela municipal, un colegio municipal, un liceo...” La enseñanza libre, por decisión del ministro, queda ubicada en la categoría de los “oficios” naturalmente honrados y protegidos por las leyes; pero inapropiados para conferir la más elevada manifestación de las ventajas oficiales, a las personas que los ejercen. La libertad acentúa su deslizamiento hacia la “tolerancia”; la ley de 1850 pierde nuevamente algo de su vigor, de su significado original.

Desde ese punto de vista, es sabida la importancia histórica de cambio de orden en sí mismo secundario. Y por esa razón insistimos en ello. El Senado, en dos sesiones, de los días 22 y 23 de junio de 1866, fue llamado a juzgarlo, a consecuencia de varias peticiones. Seguía la influencia violentamente anticlerical del príncipe Napoleón, del académico Sainte-Beuve. A pesar de los discursos de los cardenales Matthieu y de Bonnechose, sancionó la tesis del ministro.

Por fortuna, la manera de realizar el reclutamiento del contingente enrolado bajo bandera permitió paliar los efectos de ese golpe solapado. El sorteo repartía a los reclutas en números “buenos” y “malos”. En una nota de 1867, el Hermano Philippe observa una constancia casi regular de proporción entre las dos categorías en lo que afecta a sus jóvenes religiosos: éstos tienen, cada año, en torno a 125 “números buenos”, sobre los 300 sometidos a la jurisdicción de la ley militar. Esos 125, en adelante, serán asignados a las escuelas libres, puesto que la suerte les libera de los trabajos y de los peligros de los campamentos militares, de una serie de años tan largos, tan penosos, tan esclavos, que muy pocas de las vocaciones superiores los pueden resistir. Los dispensados, por razones de familia o de insuficiencia física, se dedicarán también a la enseñanza “privada”. Los demás serán asignados a las escuelas municipales, cuyo compromiso decenal conserva su valor.

Pero la espada de Damocles sigue suspendida sobre las cabezas. La inmunidad de los Hermanos depende, finalmente, del capricho de los gobernantes. Si el ministerio de la Instrucción Pública favorece o provoca el cierre de un cierto número de establecimientos municipales dirigidos por la Congregación (varias municipalidades, ya, se muestran impacientes por las “laicizaciones”) ello implica otros tantos equipos lasalianos que verán negado el medio de mantener la promesa exigida por las leyes. En cuanto a la multiplicación de las escuelas libres y —particularmente, en esta época— de los grandes pensionados, ello supone exponer una masa, siempre creciente, de religiosos a no poder ya cumplir las condiciones del artículo 79, tal como lo interpreta Duruy. La ley del 10 de abril de 1867, sanciona, aunque atenuándolas, las decisiones del 4 de febrero de 1866 [819].

Luego, después de Sadowa, que puso de manifiesto la fuerza de Prusia con respecto a nuestros efectivos, se prepara un nuevo estatuto del ejército. Los “números buenos”, siempre exentos del servicio septenal en las tropas de primera línea, constituirán una “guardia nacional móvil”, instruida militarmente en tiempos de paz, con el fin de convertirse, en tiempos de guerra, en una reserva dispuesta tras los habituales soldados. De hecho, las ilusiones, los prejuicios, las voluntades nefastas dejarán dormir los proyectos del mariscal Niel. Durante la discusión en el Cuerpo Legislativo, había que considerar todas las consecuencias. ¿Los Hermanos que fuesen destinados a la guardia móvil no se arriesgaban a pasar semanas o meses en los cuarteles? De ser así, los maestros faltarían a sus clases, las escuelas quedarían vacías; los niños permanecerían ociosos, abandonados. El Hermano Philippe añadía: novicios, profesores, al sucumbir a las tentaciones de un medio muy promiscuo, no volverían nunca a su puesto de actuación.

El peligro le parece tanto más grave cuanto que los textos presentados a la Cámara prevén la llamada retroactiva de los liberados de 1863, 1864, 1865 y 1866. De golpe, quinientos Hermanos deberían ponerse el uniforme: todos aquellos que, enseñando en las escuelas libres [820], ya no tienen derecho a la dispensa. Es necesario ilustrar a los legisladores. El 18 de diciembre de 1867, seis días antes de la presentación del

proyecto, el Superior General les envía un informe de una dialéctica vigorosa y de una lógica impecable; lo concluye con una sugerencia de enmienda, “en favor de los maestros, sean laicos, sean de las congregaciones, que dirigen una clase con un mínimo de cuarenta alumnos”.

El arzobispo de París apoya esa gestión. Se invoca al cielo. En caso de éxito, el Régimen del Instituto, asegurará, “todos los primeros lunes de cada mes, en todas las comunidades francesas, una misa en sufragio de las almas del Purgatorio”. Oración escuchada. El artículo 4 de la ley del 1º de febrero de 1868 estipuló que los consejos de revisión dispensarían del servicio en la guardia móvil “a las personas jóvenes... que hubiesen contraído, antes del sorteo, el compromiso de permanecer diez años en la enseñanza primaria y que estuviesen vinculados, sea en calidad de maestros, sea en calidad de maestros auxiliar, a una escuela libre que existiese al menos desde por lo menos dos años, y que tuviese al menos treinta alumnos”. Debiendo entenderse que esa dispensa se aplicaría a los maestros de una escuela “en la proporción de uno por cada fracción de treinta alumnos”.

“En el futuro, como en el pasado, explicó el Hermano Philippe, los Hermanos jóvenes que por su número sean ubicados en el contingente del ejército activo serán dispensados del servicio en virtud del compromiso decenal; y todos aquellos cuyos números no estén comprendidos en ese contingente serán dispensados del servicio de la guardia móvil en virtud de semejante promesa; con la diferencia de que estos últimos podrán ser empleados en cualquier escuela pública o libre” [821].

Estas combinaciones bastante sutiles, desembocaban en el mantenimiento de los necesarios privilegios. Complacían al gobierno imperial que, una vez caído Duruy, no se preocupaba de dar a la opinión católica nuevos motivos de descontento, pero se negaba a tocar la obra del antiguo ministro. La preeminencia de la enseñanza oficial continuaba afirmándose; los maestros libres no se encontraban totalmente asimilados a sus colegas municipales. No obstante, su utilidad era reconocida, puesto que iban a beneficiarse de una situación especial dentro de una nación en armas. Nadie, por otra parte, pone en duda su patriotismo: tan sólo en nuestros días se proclama que el impuesto de sangre no tiene ningún equivalente. Antiguamente, y aún en 1870, otras cargas —y principalmente la de maestro— exoneraban de él. Cuando la Asamblea Nacional decida, en 1872, el reclutamiento de un ejército numeroso, enrolando a todos los ciudadanos en su conjunto en el momento de la mayoría de edad, volverá al principio negado por los funcionarios de Napoleón III: los miembros de las Congregaciones docentes, sea cual sea su propio destino, no estarán sometidos a las obligaciones militares, en razón misma del voto que los destina a la enseñanza.

* * *

Es también un servicio de Estado el que los discípulos de Juan Bautista de La Salle desempeñan con los jóvenes normalistas. En 1851, el prefecto del Oise y el Consejo General de ese departamento han ofrecido la dirección de la nueva escuela normal de Beauvais al Hermano Menée que goza ya, en Beauvais, de una gran fama de organizador y de pedagogo. Durante veintiocho años, los profesores religiosos formarán maestros laicos, en pleno ambiente cristiano [822].

En Ruan, continúa el buen trabajo. En 1850, se cuentan doscientos sesenta y seis maestros públicos de la Seine-Inférieure que han pasado bajo la dirección del Hermano Calixte y del Hermano Cécilien. En 1864, cincuenta alumnos se preparan a ocupar los puestos de los centros educativos municipales. Desde 1857, ponen sus talentos a prueba en una “clase de aplicación” creada según el tipo de las escuelas rurales. Además, continúan ayudando a los Hermanos, una hora o dos cada día, con los demás niños [823].

Nos encontramos en la cumbre de la enseñanza primaria. Ahí se detiene la colaboración directa de los Hermanos con la Universidad. Más adelante, más arriba, estos educadores caminan libremente, bajo la garantía de la ley Falloux. Sus pensionados, sus casas similares —como la escuela comercial de los Frangs-Bourgeois— aparecen cada vez más claramente como a medio camino entre la primaria y la secundaria, en el plano en el que Duruy se esfuerza por establecer su “enseñanza especial”. A ella atraen una clientela cada vez más abundante y no obstante cada vez más selecta: se establecen, prosperan, sin serios obstáculos por parte de las autoridades oficiales, incluso con muestras de indudable favor, puesto que el mismo gobierno envía a Passy, de manera regular, alumnos becados [824].

Más adelante hablaremos de la disciplina y de los estudios en estas originales instituciones. Diremos los medios empleados, los resultados obtenidos, la influencia ejercida por personalidades muy marcadas, por el conjunto muy homogéneo de las colaboraciones lasalianas, sobre los hijos de las familias católicas durante todo el curso de la vida escolar y, más allá, sobre los “antiguos alumnos” de los pensionados. Actualmente, nos limitaremos a anotar algunas etapas en la historia de esas fundaciones.

El Hermano Théotique, director de Passy, construye, después de 1852, una capilla sobre la ubicación de una parte del palacete Valentinot: la inauguración de ese santuario, el 19 de marzo de 1856, da énfasis a la obra pedagógica [825].

Uno de los mejores auxiliares del eminente religioso recibe, al inicio del Segundo Imperio, la tarea de guiar el equipo, aún un poco titubeante, del pensionado de Reims. Ese Hermano Adorateur trae a la Champagne una experiencia adquirida en la capital, un carácter firme, amplio espíritu de empresa. Concluye con éxito nuevos edificios, desarrolla el programa de enseñanza: 26 profesores, 275 alumnos dan prueba de su éxito. El Hermano Renaux, que le sucede, también proviene de Passy, trabaja cinco años en la calle Venise y aunque el progreso disminuye un poco su velocidad por sus hábitos prudentes, circunspectos, en el momento de su partida en 1869 deja, no obstante, en la tarea, una comunidad de 37 Hermanos dedicados a la educación de 422 alumnos. En vísperas de la guerra franco alemana, el Hermano Bajulien termina todos los pabellones.

En Bretaña, el Likès se orienta hacia las más eficaces transformaciones. Se trata de dar a la casa una sede definitiva, alejándola del viejo colegio de Quimper. El Hermano Charlemagne adquiere, en 1854, un edificio —el albergue de la Casa Blanca— en los alrededores de la ciudad, a la altura de Kerfeunteun. Recibe el apoyo del prefecto, pero debe contemporizar ante los obstáculos que el Consejo Municipal presenta. Mientras tanto, es nombrado director en Poitiers. El Hermano Dagobert entrará en la tierra prometida: rostro afable, labios sonrientes, mirada inteligente y clara, su encanto, su distinción, su perseverancia conquistarán los

ánimos, vencerán las resistencias. A la vez director del Likès y visitador del distrito, es un jefe en toda la expresión del término. Exige espacio, campo libre, las condiciones y las comodidades indispensables para esos 430 niños, sus 22 religiosos, sus 8 clases. Pone en juego sus relaciones oficiales, osadamente dirige varias súplicas a Napoleón III: el emperador le da 6.000 francos, el Consejo General del Finistère vota una subvención de 3.000. Con fecha del 15 de diciembre de 1859, los Superiores conceden la autorización de construir; la primera piedra se coloca al año siguiente. Finalmente, el 28 de abril de 1864, se inaugura, con la bendición del clero, el pensionado completamente nuevo, que tomará en adelante la advocación de Santa María: obra suficientemente amplia y bastante racional, con una bella perspectiva sobre su colina, centro de actividad en medio de los campos, altiva silueta en el cielo bretón. El Hermano Dagobert congregará allí, en 1867 – 1868, 36 Lasalianos que se distribuyen los servicios interiores y las lecciones de 10 clases. La población escolar comprende, es esa época, 342 “internos”, 59 pensionistas alimentados por la casa, 192 externos: esa clientela acude no solamente de las cercanías, sino hasta de los departamentos del Morbihan y de las Côtes-du-Nord; Glaziks, Bigoudins, Capistes, Léonards, niños de Fouesnant, de Concarneau, de Pont-Aven, de Quimperlé, de Châteaulin, de Carhaix, todos los cantones de la Bretaña que se expresa en bretón, están representados, todos los dialectos se entrecruzan, todos los atuendos (pues el uniforme aún es desconocido) forman un cuadro curioso, en ebullición de colores [826].

La afluencia de estudiantes de la ciudad, cuya ambición se dirige hacia las carreras administrativas, industriales, comerciales, provoca la multiplicidad de las enseñanzas: el secundario “moderno” aparecía ya en el primer Likès; una sección industrial se esboza en Santa María a partir de 1866. Los alumnos de los Hermanos coparán el acceso a las escuelas de Artes y Oficios, de la administración de Puentes y Caminos, así como también a la escuela normal de Rennes y a los empleos del servicio postal [827].

No obstante la cátedra de agricultura, que el Sr. Olive, maestro tan competente, tan abnegado, no cesa de ocupar, sigue siendo la realización esencial, la ilustración principal del establecimiento. Suscita las envidias, causa al profesor injustas incomprendiones; los dirigentes de una “granja-escuela departamental”, organizada por las oficinas ministeriales de la Agricultura, se quejan de una competencia molesta, demasiado extendida, demasiado viva. Olive no se limita a lecciones elementales; explota muy bien el terreno, varía los métodos de siembra, se dedica a diversos ensayos de aclimatación, prepara sus disciplinas para revalorizar en plenitud la tierra ancestral. Pero los funcionarios pretenden que no tiene la calificación para esa misión: a los encargados del departamento, del Estado, debe pertenecer el monopolio de las iniciativas. La cólera explota cuando una carta del Hermano Dié, que solicita ayuda de los poderes públicos, revela el fecundo trabajo realizado, los proyectos en curso, principalmente la voluntad de equipar completamente un laboratorio de química agrícola. En 1869, el ministro Leroux reprocha al emprendedor auxiliar de la Congregación su independencia, sus “intromisiones”, y “un cierto espíritu crítico” con respecto a la granja-escuela oficial. Semejantes quejas parecen preludiar amenazas contra el Likès. Felizmente, Olive se ve apoyado por los notables que forman el consejo de vigilancia de la fundación Boullé [828]. Conserva su puesto, su programa de enseñanza teórica y práctica. Algunos años más tarde, el inspector general de agricultura Boitet declarará,

después de su paso por Quimper: “En mi larga carrera, he visitado muchas grajas-escuela, escuelas de agricultura instaladas sin reparar en gastos. No he encontrado nada mejor, más apropiado para desarrollar la enseñanza rural que la cátedra de agricultura y el pensionado del Likès”. [829]

Con un modelo menos especial, y presentando muchos rasgos de semejanza en su reclutamiento, en sus clases y sus costumbres, Clermont-Ferrand, Toulouse, Béziers constituyen en las provincias más acogedoras para los Hermanos, el trío de los grandes establecimientos ya en plena actividad. Los pensionistas de Clermont se encuentran un poco apretados sobre el terreno que en la parte baja de la ciudad comparten con el noviciado. Después de haber estado dirigidos por el Hermano Hermenfroy, reciben como director al Hermano Aulin, quien, en 1862, será trasladado al otro lado del recinto, al frente de la casa de formación. Aunque el puesto de mando cambia entonces, con bastante frecuencia, de titular, un prudente y valiente piloto permanecerá a cargo del timón: el Hermano subdirector Annet; él es quien imprime al barco el impulso y quien, con la mira puesta las estrellas, analiza la situación, determina la ruta. Sucesor del Hermano Aulin, posee en adelante toda la autoridad que, bajo la protección de Nuestra Señora del Puerto, empleará para guiar al equipaje y a los pasajeros a las costas deseadas [830].

En Béziers, en 1852 y 1853, la capilla recibe su decoración. El Hermano Sabinien, profesor de arquitectura, dirige la ejecución de los hermosos revestimientos de madera, el Hermano Samuel, pintor de talento, comienza a revelarse en el pequeño oratorio de Santa Filomena, luego despliega sobre las paredes de la nave sus procesiones de patriarcas, de profetas, de apóstoles, de mártires, al modo de Hippolyte Flandrin [831]. *Dilexi decorem domus tuae*, puede repetir a Dios el Hermano director Leufroy. A este jefe le gusta moverse en los niveles supraterrrestres, sin que por ello deje de administrar como un intendente fiel, como buen padre de familia; ciertamente, a él le debe la casa de Béziers su denominación resplandeciente: *Pensionado de la Inmaculada Concepción*, en los años siguientes a la proclamación del dogma [832].

En Provenza, una semilla, lanzada antaño sobre el surco, crece bastante lentamente, durante las estaciones desfavorables. Se había comenzado con amplias esperanzas: dirección espiritual confiada al santo Padre Timon-David, apóstol de los obreros marseleses; seis alumnos tan sólo el día de la apertura, pero que pronto alcanzan el centenar, superando, al cabo de un lustro, la cifra de trescientos sesenta; y luego, en junio de 1854, una epidemia de cólera obligó a su cierre. El Hermano Euthyme, nombrado Visitador de Reims, es remplazado por el Hermano Cyprius: un maestro de Passy, un joven —35 años de edad— un hombre de acción, un notable pedagogo. Sin embargo, no tiene éxito. Carece de flexibilidad para adaptarse al carácter meridional: aplicar en Marsella los métodos y los horarios del Hermano Théotique, es una prueba de admiración y de fidelidad con respecto a un formador sin par, es también falta de tacto, de psicología. Los provenzales protestan cuando sus hijos deben pasar con sus profesores la víspera y la fiesta de Navidad, en lugar de colocar los tradicionales “santones” junto al pesebre dispuesto en el hogar familiar...

En septiembre de 1855, los Superiores vuelven a llamar al Hermano Cyprius a París. Y esta vez, se resuelven por la más eficaz de las elecciones. El nuevo director, el Hermano Trivier —Édouard Mourard— no ha dejado nunca de lado los horizontes

lentos de sol. Nacido, en 1917, de una familia muy cristiana de Bollène, fue alumno de los Lasalianos en su país natal, novicio en Aviñón, prodirector en Veaucaire, director en Aigues-Mortes, y —a 29 años— jefe de la gran comunidad reconstruida en los tiempos modernos en la Ciudad de los Papas. Afable y alegre con sencillez, “hombre atento” —aseguran los que lo tratan— ejerce un “ascendiente irresistible”. Su fama y la del pensionado de Marsella van a crecer conjuntamente. A partir de octubre de 1861, brillan en un marco de armonía con la obra y con el obrero: el Hermano Trivier ha hecho a su Congregación dueña de unas propiedades admirablemente situadas, no lejos del palacio de Longchamp y de la magnífica avenida Saint-Charles: lugar saludable, apacible, desde donde se divisa el panorama de la ciudad y del mar. El hábil administrador levanta allí un edificio adecuado a sus finalidades pedagógicas: altos edificios cuyo cuerpo principal y las alas parecen planear en el espacio; grandes patios orientados hacia el sur, con la sombra de los plátanos que los circundan. Las clases son espaciosas y bien distribuidas; un gimnasio, un estanque de natación, una sala de baños se le suman. Es, para la época, un conjunto impresionante, un modelo raro; Duruy, que lo visita en 1866, no podrá dejar de felicitar al director: “Si tuviera que construir un liceo, diría, tomaría su establecimiento como modelo”. Palabras halagadoras, según las costumbres del ministro, pero perfectamente justificadas.

Noble casa sobre el Mediterráneo, el pensionado de Santa María, apreciado por los católicos marseleses, que lo designan de ordinario con el nombre de “San Carlos”, a causa del barrio vecino. Para culminar su peculiaridad, el Instituto lo completa con una capilla ojival, bendecida el 29 de mayo de 1862, en la fiesta de la Ascensión, estando presente el Hermano Philippe. Los Hermanos Samuel y Sévoldus la adornan con pinturas murales que reproducen la vida de la Santísima Virgen.

Además de tantas ventajas, los alumnos disfrutaban de un “campo”, adquirido y acondicionado a una media hora del establecimiento. Acuden numerosos: cerca de 500, en el momento del traslado. La mayoría internos, felices internos, seguros de no conocer las “prisiones de una juventud cautiva”, junto a sus 50 profesores que todos, a excepción de 13 seculares, pertenecen a la Sociedad del Sr. de La Salle. Algunos jóvenes vietnamitas se mezclan, entre 1867 y 1880, a los provenzales: después de la conquista del delta del Mékong, el gobierno imperial pidió a los Hermanos iniciar a esos niños del Extremo Oriente en la civilización francesa; la inteligencia y la sabiduría de una raza refinada, se prestan fácilmente a semejante ensayo. Los religiosos educadores, desempeñando en el lugar el papel de misioneros, enseñan a esos alumnos exóticos nuestra lengua, nuestras ciencias, nuestra historia; los forman en nuestras costumbres. En materia de creencias, no traspasan, al igual que en los establecimientos de ultramar, los límites de la discreción. Las selecciones del Estado, por lo demás supeditado al consentimiento de las familias, recaen lo más a menudo sobre hijos de paganos. Los Anamitas de Santa María asisten a los ejercicios de la capilla, a las oraciones de la clase, escuchan la “reflexión” cotidiana del maestro: participación exterior, que no compromete las conciencias. Si posteriormente actúa la gracia, los Hermanos tendrán el derecho de alegrarse: el 30 de mayo de 1868, sus alumnos Nghia y Bût reciben el bautismo en el santuario dedicado a la Madre de Dios; otros 19 los imitarán, durante los años siguientes, sobre unos 70 alumnos de la colonia que han llegado de Saigón al pensionado de Marsella. El Hermano Trivier, a la vez Visitador del distrito y jefe de

la comunidad de Saint-Charles desde 1867 hasta 1871, considerará su apostolado bien recompensado [833].

Los orígenes de Saint-Joseph de Dijon, como los de la casa provenzal, remontan a los tiempos que preceden a la ley de 1850. La Borgoña llamó a los Hermanos ya en vida del santo Fundador: Dijon, no obstante, se ha limitado, desde hace un siglo y medio, a emplearlos en las escuelas elementales; aquí no existen las tradiciones creadas en el Sur de Francia por el centro particularmente activo y los emprendedores Lasalianos de Avignon. Un pensionado va surgiendo poco a poco del medio primario, gracias a las inteligentes diligencias del Hermano Manuel. Al principio no se trata más que de la reunión en algunas clases “de pago”, de varios niños que los padres y las madres desean confiar a buenos profesores, sin ponerlos en los bancos de los pobres: “escuela burguesa”, dicen los borgoñones, simple externado con un programa muy limitado. Abierto en 1837, se transforma en semipensionado, al cabo de tres años. Algunos alumnos vienen de las aldeas más cercanas y buscan alojamiento en casa de algún habitante. En 1848, el Hermano director admite a varios adolescentes a vivir en una habitación. Muy pronto cree poseer los elementos de una creación más importante: la hermosa escuela gratuita de la calle Berbisey acoge, a partir de 1850, un embrión de pensionado. Tras cinco años de ejercicio, se cuenta con 136 hijos de ciudadanos o de campesinos. Se impone la ampliación, se inician los trabajos de una capilla; el fundador no verá más: muere en 1856. El Hermano Namphase llega de Beaume para recoger la herencia. Realiza una completa separación entre los pensionistas y los alumnos gratuitos, trasladando a éstos a otro edificio. En ese momento, el ciclo de estudios se amplía de tal forma que el inspector de Academia Tacher de Barnevol reprocha a los maestros de Dijon el traspasar sus funciones. Según él, dan una enseñanza secundaria, ¡se atreven a preparar a los jóvenes a los concursos de las grandes administraciones! En verdad, el Hermano Namphase no se halla en posesión de los títulos necesarios para dirigir un establecimiento de enseñanza técnica. El Régimen de la Congregación lo sustituye por el Hermano Pol-de-Léon, profesor de primera clase desde 1847, subdirector tras la organización definitiva. Pero aún es necesario reducir —oficialmente— el cuadro de las lecciones al nivel del diploma elemental: “Enseñen lo que quieran, se dice al oído de nuestros pedagogos; pero no muestren sus programas en sus prospectos y en sus boletines escolares”. El ministro Rouland habría proferido amenazas contra todos los pensionados de los Hermanos, si el Consejo departamental de Côte-d’Or se pronunciaba en favor de Saint-Joseph, contra la Universidad” [834].

Saint-Gilles de Moulins no parece soportar los mismos inconvenientes. Su personal docente orienta a la juventud hacia las Artes y Oficios, hacia los Puentes y Caminos, los servicios de Recaudaciones y de Correos. Se crea en 1853, bajo la dirección del Hermano Adelphe. El obispo de la diócesis, Mons. de Dreux-Brézé, ferviente amigo de los Lasalianos, uno de los promotores y bienhechores del noviciado de París, solicitó en persona la creación del nuevo establecimiento. Acababa de adquirir el antiguo hospital fundado, en 1499, por Pedro II de Borbón y desafectado después de haber servido de asilo a los dementes. Instala las clases y la comunidad en aquellos viejos edificios, de aspecto triste, de mediocre extensión. Por mucho tiempo se contentarán con someras reparaciones, con un acondicionamiento del terreno para edificar un pabellón anexo. Luego se levantará la torre cuadrada cuya silueta caracteriza a Saint-Gilles. Comienzos sin brillo: una media docena de pequeños

aprendices de la maestría. No obstante, los éxitos escolares no se harán esperar; la protección episcopal no fallará. Un desarrollo regular conducirá la obra hasta la maduración y la igualará a las mejores del Instituto [835].

Éstas van a multiplicarse, en los años 1854, 1855, 1856, 1857, 1858, los más eficaces durante el Segundo Imperio, los más tranquilos, y los más fecundos para la enseñanza cristiana. El Hermano Visitador Honoré, aquel Jean-Baptiste de Bray que se cuenta entre los supervivientes de la Restauración lasaliana y entre los artesanos de gran valor, resucita, el 24 de abril de 1854, el antiguo pensionado de Saint-Omer. Podemos ver aquí de nuevo una prueba de fidelidad al recuerdo de san Juan Bautista de La Salle, a las glorias familiares del siglo XVIII. El fuego no ha cesado de mantener su rescoldo bajo las cenizas; las ruinas no han querido perecer. Nacido en 1796, el Hermano Honoré se siente como emparentado con las víctimas de la Revolución: prosigue con la tarea que valió al Hermano Lysimaque tan dolorosos sufrimientos; corona los grandes trabajos que fueron, hasta 1830, la gloria del Hermano Abdon. Él mismo, durante ocho años, asumirá la dirección de la casa reconstruida y desde entonces ubicada, como tantas otras fundaciones modernas del Instituto, bajo el patrocinio de San José. En 1862 le sucede el Hermano Fidèle; después de un cuarto de siglo, este muy prudente administrador habrá extendido la legítima fama de su colegio, no solamente entre los habitantes de Saint-Omer, sino en toda la región del Norte [836].

No menos querido, para el corazón de los Lasalianos, que el Artois era Le Velay; su abnegación, demostrada en el Puy, desde muy antiguo, en las escuelas gratuitas, buscaba ampliarse en la ciudad mariana, antiguo centro francés de peregrinaciones, foco siempre intenso de vida religiosa. La presencia de otras Congregaciones, en particular de los Hermanos del Sagrado Corazón, parecía hacer un poco difícil la creación allí tanto de un noviciado como de un pensionado del Instituto. Un gesto del Hermano Philippe conmovió al obispo, Mons. de Morlhon: ese prelado lanzaba en 1854, una suscripción nacional para levantar, sobre la roca Corneille, la estatua de Nuestra Señora; el Superior General invitó a todos los niños, que se educaban con sus subordinados, a entregar un centavo, cada uno. Y llevó al Puy los 15.000 francos que produjo esa multitud de óbolos. Así se pagó el pedestal de un monumento gigantesco, fundido mediante el bronce de los cañones conquistados en la guerra de Crimea: figura de la Virgen María y del Niño Dios, que domina la catedral románica, los techos y las callejuelas de la ciudad, las llanuras basálticas, el Loira torrentoso; símbolo de la bendición celeste sobre nuestras montañas, sobra la nación entera.

¡Nuestra Señora de Francia!

La admirable advocación iba a convertirse en el nombre de un próspero centro educativo, cuando los Hermanos se vieron autorizados a formar las inteligencias y las almas, a promover sin obstáculos las vocaciones de jóvenes "Ponots" [837]. El pensionado se abrió el 1º de julio de 1854, en un inmueble vecino al baptisterio de Saint-Jean. El jefe de la empresa, el Hermano Visitador Paulinus, lo trasladó muy pronto a la calle Raphaël, luego, con 14 Hermanos, 7 clases, cerca de 200 alumnos, lo dejó a cargo del Hermano Charlemagne. La completa estabilidad no se consiguió, el progreso completo no se logró hasta que la comunidad entró en posesión del antiguo convento de los Capuchinos. El 4 de noviembre de 1859, Jean Perrin, panadero, cedía 50.000 francos "al Sr. Dominique Baro, representante de los Sres.

Bransiet, de Bonneil, Vernier y Leduc, el “predio”, de unas dos hectáreas, muy bien situado fuera de los muros de la vieja ciudad, en un barrio tranquilo, en el límite de la campiña. El Hermano Isinger negoció la compra en nombre del Instituto; luego cedía el puesto, en 1860, al Hermano Hugolin quien, durante sus catorce años de dirección, construía unos sólidos pabellones, organizaba los estudios, suscitaba en el antiguo monasterio un rebrote de piedad, una floración de juventud seria y disciplinada [838].

Después de Le Puy, después de Metz y su pensionado de Beauregard en el que se afianzan las grandes personalidades de los Hermanos Euthyme, Athanasius, Armin-Victor, en el que se edifica una capilla monumental, es Dreux quien se beneficia de un nuevo esfuerzo. El Sr. y la Sra. de Couasnon dan a los Hermanos toda su propiedad de la calle del arrabal Saint-Martin. Esa donación lleva la fecha del 8 de abril de 1850; los bienhechores no precisaron el destino. Conservan por algún tiempo el usufructo del lugar. En 1854, se produce el fallecimiento del Sr. Couasnon: la viuda renuncia a su casa, a su vida habitual. Mediante el desprendimiento de los bienes de este mundo, se encamina hacia el claustro: atravesará su umbral en 1860, como monja de la visitación en el convento fundado por ella misma. Inteligente y de buen consejo, no cesará, hasta su extrema ancianidad, de seguir el desarrollo de su obra inicial. Pero parece que la idea de fundar un pensionado pertenezca al Hermano Calixte; adecuadamente ubicado en los límites del Perche y de Ile-de-France, recibirá doble contingente de clientes, provinciales de la pequeña ciudad y de las ricas fincas de los alrededores, parisinos atraídos por un clima saludable, por el encanto de la región, pronto por la fama del establecimiento de los Hermanos. “Saint-Pierre” de Dreux, de ese modo, adquirirá su carácter muy interesante, muy original: escuela de mentes despiertas, de trabajadores bien capacitados, ávidos de una completa instrucción, excelente terreno para el cultivo literario y científico, para el crecimiento de las ideas personales, y también —en un ambiente de fe, de las costumbres cristianas, de los ejemplos más convincentes— para el nacimiento de vocaciones sacerdotales o monásticas.

Las clases comenzaron el 11 de noviembre de 1855, con trece niños y tres profesores. Dreux acoge, para la enseñanza, a una verdadera élite de la Congregación: allí vemos llegar en 1865 a un joven religioso de excelente familia savoyarda, Léon Tissot —el Hermano Léon-de-Jésus— rostro de asceta y de artista, de una delicadeza seductora, de una modestia admirable, de una distinción suprema, guía de almas, que —reservando el juicio a la iglesia— no es quizás aventurado calificarlo de santo [839].

En la diócesis de Mons. Dupanloup, una obra local sirve de preludio a la fundación de una casa lasaliana. El Padre Tabouret regenta, cerca de la Iglesia Saint-Pierre le Puellier, un orfelinato que ha llamado “Nuestra Señora de Nazareth”. Necesita ayuda e incita a su obispo a solicitar dos Hermanos del Instituto de la calle Oudinot: desea que esos religiosos trabajen bajo sus órdenes y vivan junto a él. Bajo esas condiciones no parece posible un acuerdo: la Congregación no desliga a sus miembros de los organismos previstos por la Regla; y el Superior General responde con una negativa a la carta episcopal del 14 de noviembre de 1850. Porque además conoce el autoritarismo del prelado, el poco lugar que el mismo reserva para las órdenes autónomas en las tareas apostólicas. Hasta nuevas disposiciones los Hermanos se contentan, en Orleáns, con sus escuelas primarias, la principal de las cuales funciona en la calle del Bourdon-Blanc, bajo la denominación de Saint-

Bonose. De todos modos, desde 1854, el Hermano director Basilide —Guillaume-Hubert Misset— un ardenés muy decidido, de resoluciones francas, ha creado en su establecimiento un pequeño grupo de unos sesenta pensionistas y un externado de pago, esbozo de un curso de estudios que van más allá de la enseñanza elemental. Los poderes públicos aprueban el ensayo.

Ése será el punto de partida de un camino a seguir. Y el Padre Tabouret aparece sobre la ruta. Pero no será más que para desaparecer rápidamente, sabiamente, ante los pioneros que ofrecen todos los medios de asegurar las próximas etapas. Cede a los Hermanos la dirección de Nazareth. En adelante existirán dos obras al abrigo de los viejos muros de Saint-Pierre: el orfelinato, viviendo según sus costumbres, y un pensionado cuyo núcleo se encuentra compuesto por los internos de Saint-Bonose; ambos en manos del Hermano Basilide y de sus sucesores. La calle del Bourdon-Blanc conservará la escuela gratuita y la maestría de la catedral.

La puesta a punto se realiza en 1856. Nueve años más tarde, un decreto Imperial autoriza al Instituto a convertirse en propietario de los edificios acondicionados por el P. Tabouret. Esa solución, no obstante, parece incompleta para muchos de los habitantes de Orleáns: el barrio bajo sito a orillas del Loira, con sus calles estrechas y su amontonamiento de casuchas, no se presta en absoluto al desarrollo de una organización escolar. En 1867, algunos notables quieren obtener del Hermano Philippe una obra en un lugar mejor, un gran establecimiento más digno de su ciudad y capaz de dar satisfacción a todos los progresos pedagógicos, principalmente en forma de educación profesional. Pasarán aún muchos años antes de la realización de esos planes [840].

La cronología nos devuelve hacia en Sur pirenaico. Mientras que el futuro “Saint-Euverte”, cuya advocación recordará a los Hermanos de Orleáns los días del caballero Claude-François du Lac de Montisambert y de Mons. Nicolas de Paris, yace aún en el limbo, el futuro “Saint-Bernard” de Bayonne comienza a tomar forma, en 1857, bajo las manos creadoras del Hermano Irlide. Las metas lejanas se vislumbran: frente a España, tierra de promisión, se levantará, en las regiones vascas y del béarnais, un observatorio donde se escrutarán los astros favorables, un faro que dirigirá su luz hacia los pasos de las montañas. Se asientan las piedras de la espera en el territorio del municipio de Saint-Esprit: entre los muros que ascienden, ocho niños escuchan las primeras lecciones. A fin de año, ya son sesenta. Surge una tormenta suscitada por los jefes de diversas pensiones para echar abajo esa casa de la competencia: la municipalidad la detiene. En 1863, se abandona un local insuficiente, para elegir domicilio en un hotel histórico, la propiedad Dubrocq donde Napoleón comunicó a los Borbones Carlos IV y Fernando VII su destronamiento. El Visitador-Director se apoya sobre dos columnas, el Hermano Calimer-de-Jésus, subdirector, el Hermano Iblasios, prefecto de disciplina; tiene profesores de dibujo, de lengua española: las autoridades de Bayona, que se interesan cada vez más por las iniciativas del Hermano Irlide, hicieron posible, mediante sus subvenciones, la anexión de esos cursos a la enseñanza general [841].

La actitud de las mentes independientes y clarividentes se resulta ser en todas partes la misma con respecto a la pedagogía lasaliana. Más de un miembro de la Universidad alienta a los Hermanos a perseverar en las sendas de la enseñanza media, a no dudar ante los riesgos de esas empresas. De ello encontramos una

prueba, particularmente significativa y curiosa, en la larga carta, dirigida desde Saint-Eulalie d'Olt, el 28 de agosto de 1857, al Superior del Instituto por un inspector de primaria del Aveyron, Sr. Grailles. Ella fue la que provocó la decisión relativa al pensionado Saint-Joseph de Rodez.

El Sr. Grailles mantenía relaciones amistosas con el Hermano Jurson, Visitador del distrito. Le exhortaba a establecer en la capital del Rouergue un cuerpo profesoral que extendiese más allá de las escuelas elementales la irradiación de la Congregación. Su interlocutor le objetaba que los éxitos de las Clases de Notre-Dame colmaban sus deseos, que un pensionado podría perjudicar esa floreciente fundación; que por añadidura el gasto a prever quebraría el equilibrio de un presupuesto modesto. El tenaz inspector resolvió poner al tanto al Hermano Philippe en persona.

“El honor del Instituto, el interés moral del departamento, el bien de la religión, escribí, me fuerzan a someter a su conocimiento y a su elevada sabiduría algunas observaciones cuya urgencia usted compartirá... Mejor que nadie, por mi posición, puedo juzgar sobre la necesidad y la oportunidad” de la creación que aconsejo. “Sus Hermanos han crecido desde hace algunos años; las administraciones civiles, el clero, las clases altas de la sociedad, al igual que el [pequeño] propietario y el obrero les son cordialmente favorables. Todos esperan, con ansiedad, impaciencia, la feliz noticia de la apertura del pensionado. Un aplazamiento sería achacado a la incapacidad [de los jefes], llenaría a los Hermanos de humillación, paralizaría sus esfuerzos y heriría el corazón del noviciado de Rodez...”

Tras estas duras palabras, el autor de la carta se ofrecía como garante de una rápida prosperidad. “El Aveyron, país eminentemente religioso, posee diez establecimientos de enseñanza secundaria, tres de los cuales únicamente están dirigidos por laicos; cada uno de ellos posee un número considerable de alumnos. ¿Cuál no sería el porvenir del primer pensionado fundado en esta región por una corporación que puede dar respuesta a todas las exigencias de una enseñanza dada con excepción de las lenguas muertas? ¡Cuántos alumnos no veríamos desertar de las clases preparatorias de los liceos y de los colegios... para venir a recibir las lecciones de sus Hermanos! Si fuese necesario citarle el nombre de los padres de familia que gimen por el estado actual, la lista sería larga y yo me inscribiría a la cabeza. Nos encontramos bajo las horcas caudinas”.

El Sr. Grailles creía útil advertir a su interlocutor que otras sociedades docentes estaban pensando en remplazar a los discípulos de Juan Bautista de La Salle. ¿Les convenía frenar su expansión, contradecir a su venerable Fundador? Sus rivales no disponían de la misma fuerza. El Rouergue veía claro, se expresaba sin ambages: “Desde la colocación de la primera piedra de su noviciado”, el tema de un pensionado “corre de boca en boca”; el eco se repercute desde el magistrado hasta el obispo, del cura al aldeano. “Corriente providencial”, a la cual es ajeno el humilde comportamiento de los maestros quienes, a pesar suyo, son puestos por las nubes. De donde caerán, si quieren llevar la contraria a la opinión pública.

Su causa importaba tanto al voluntario abogado, que un viaje a París no le asustaría en absoluto para convencer al Superior General, ¡aunque se jugara su futuro de universitario! [842]

Este testimonio de viva adhesión, de extraordinaria y apremiante franqueza, era apropiado para conmover al Hermano Philippe. Las responsabilidades a tomar impedían sin embargo la decisión “instantánea” que reclamaba su autor. Y no se podía actuar en contra del Hermano Jurson. La respuesta de la calle Oudinot, con fecha del 3 de septiembre, se limitó al agradecimiento, a la aprobación de los argumentos presentados: “la falta de personal” obligaba a postergar.

En el fondo el principio estaba aceptado. La solución del problema no tardará mucho. “Conforme al artículo 53 de la ley del 15 de marzo de 1850, el señor Esquerre, François-Marie, en religión Hermano Jurson, Visitador del distrito de Rodez” declaraba, el 26 de diciembre de 1858, ante el alcalde de esa ciudad, abrir un establecimiento libre, que dirigía “el señor Burguière, François-Joseph, en religión Hermano Inglevert, nacido en Rodez el 12 de febrero de 1824, poseedor de un diploma de capacitación” y que justifica cinco años de ejercicio como maestro” [843].

El 23 de marzo de 1859, el prefecto Baragnon comunicaba al nuevo director que el consejo departamental de la instrucción pública había “fijado en 80 el número de pensionistas que podrían ser admitidos y en 12 el número de maestros y vigilantes a ser empleados” [844]. Estipulaciones oficiales, puras cláusulas de estilo administrativo, que no impedirán el desarrollo predicho por el Sr. Grailles. De 61 alumnos que, el 14 de febrero, asistieron a la lección inaugural, la cifra asciende a 209 en el segundo año de Saint-Joseph. Un lustro después de la fundación, 312 niños y jóvenes se agrupaban en torno de los Hermanos. Serán 410 en 1869.

El noviciado había tenido que soportar algunas molestias para dar lugar a los alumnos al principio. Pero, en 1860, se edificaban importantes construcciones. Se extenderían hacia el extremo sur de la ciudad, sobre el promontorio que rodea un magnífico horizonte: bosques del Ségala, cantados por el poeta François Fabié; robledos dorados por el otoño y descendiendo, por los banales, hasta las verdes llanuras donde pastan los rebaños, donde se hunde el río como una fina lámina de plata; espacios libres que se curvan por 50 kilómetros, profundizando a cinco leguas entre la colina de Rodez y las alturas de las Causses; hacia la izquierda al contemplar esas lejanías, aparece el pintoresco pueblo de Monastère, plantado como un decorado de teatro en el valle; a la derecha, las terrazas y los jardines, la ciudad que cuelga sus casas al zócalo de las rocas, bajo la protección de la catedral, bajo la bendición de la Virgen que remata la torre maravillosamente esculpida. Viejos palacetes, señoriales y burgueses, obispado, seminario, escuelas, conventos y capillas, iglesias que resuenan en la calma de la tarde... “Saint-Joseph, en avanzadilla, un poco alejado, parece un vigilante que vela y reza: los Hermanos realizaron allí, durante la segunda mitad del siglo XIX, una obra de robusto armazón, muy según el modelo del Rouergue, una de sus regiones predilectas.

En Lozère, el establecimiento de Mende, dirigido por Antoine Quenille, el Hermano Habide, no es, poco después de 1862, más que una modesta “pensión”, centro de acogida para los hijos de la montaña que reciben, junto con el alojamiento, una educación aún bastante rudimentaria [845]. El pensionado de Saint-Étienne, en el departamento de la Loire, sale, por esa misma época, de un prolongado periodo de incertidumbre e inestabilidad: una breve experiencia se había realizado en 1849, en la zona de Montauc; el edificio, pasado a manos de la Compañía de Jesús en 1851, se convertirá en el colegio Saint-Michel. Los Lasalianos no tienen, desde 1854 a 1858, fuera de sus escuelas municipales, más que una pequeña escuela de pago,

que acepta semipensionistas. Un curso de enseñanza primaria superior, organizado en la calle Chappes, se ha reducido a algunas lecciones impartidas mañana y tarde, antes y después de las horas reglamentarias, a los mejores estudiantes de la enseñanza gratuita. Hay que esperar, para las transformaciones radicales, la llegada del Hermano Papyle al frente de la comunidad de Saint-Étienne. Este hábil político comienza por sacar a flote, con un buen equipaje, a los alumnos de Chappes. En 1859, les asocia los semipensionistas de la calle de Gauds. Este grupo compacto, rápidamente homogéneo, le sugiere la idea de una empresa más perfecta. La municipalidad autoriza la apertura de un pensionado: en cambio, los altos dignatarios de la Congregación se muestran poco favorables; y las autoridades académicas, decididamente hostiles. A éstas, el programa de enseñanza les parece demasiado ambicioso: el Hermano director se limita a cambiar las denominaciones de las materias científicas: con esa condición, las lecciones conservan el orden y la plenitud requeridos. Y se libran de las investigaciones oficiales. En cuanto al Consejo supremo de la calle Oudinot, acaba por abandonar una oposición justificada, sin duda, por serios motivos: ¿por qué comprometer grandes gastos, inmovilizar en Saint-Étienne un personal numeroso, cuando el Instituto posee ya en las regiones limítrofes los establecimientos de Lyon, y de Clermont-Ferrand? Pero hay que reconocer que el humilde poblado de antaño, aunque sigue presentando un aspecto mediocre, se ha convertido en capital industrial. Entre la población obrera, se ha creado una élite intelectual y social; ella suministra al Hermano Papyle una abundante clientela, le anima en sus amplias perspectivas. En 1861, tres alumnos de los maestros lasalianos son admitidos en la escuela de Artes y Oficios de Aix: éxito que influye en la opinión de la Casa Madre. Pronto, un joven religioso, admirablemente dotado para las ciencias, un italiano trasplantado, el Hermano Rodolfo, comienza a preparar candidatos de innegable valor para la escuela de Minas. Se vislumbran los lineamentos de un magnífico porvenir: Saint-Étienne y luego toda Francia y después las naciones extranjeras que van a realizar prospecciones en busca de sus riquezas subterráneas, crear sus herramientas, solicitarán ingenieros formados en los métodos y dóciles a los consejos de un profesor fuera de serie.

Los locales del barrio de Chappes no responden a los planes del Hermano Papyle. Un almacén situado en la calle Désirée está en venta, tras su quiebra: el Instituto autoriza a su representante a declararse comprador. El Hermano Gonthelinus, desempeñando el papel de arquitecto, adapta los pabellones a su nuevo empleo. “Para enseñar el camino a los alumnos”, se realiza allí, en 1863, la distribución de premios. El traslado de las clases se ejecuta el 5 de abril de 1864. El establecimiento no desentona, ni por el color, ni por el estilo, sobre el negro vecindario; ni tampoco por su espíritu: trabajo ardoroso, fe profunda, preocupaciones sociales y caritativas, seriedad que no impide los brotes de buen humor. Su nombre queda fijado desde entonces: “pensionado Saint-Louis”, en honor de san Luis de Gonzaga, y también, quizás, a causa del nombre recibido en el bautismo por el director-fundador [846].

A orillas del Furens concluimos nuestro viaje por la Francia imperial, las peregrinaciones por las principales casas que datan del generalato del Hermano Philippe. Su enumeración ha podido parecer larga: el espectáculo de iniciativas tan fecundas, de actividades tan variadas, quizás haya aumentado el interés, atenuado la sequedad. Al igual que los reyes Capetos, bien servidos por su diplomacia y sus ejércitos, el Superior de un reino próspero, con un fiel y brillante séquito, ¿no

aparece como el colonizador de tierras, constructor de ciudadelas, padre de un pueblo indisolublemente unido, príncipe que, de año en año, añade a su corona joyas y honores?

* * *

Hay que proporcionar un lugar aparte en este relato a dos realizaciones, evidentemente muy diferentes entre sí, pero que no entran ni la una ni la otra en la categoría de los pensionados. La primera, es el Instituto agrícola de Beauvais; la segunda, la Obra de Saint-Nicolas. A ellas sumaremos los ensayos, menos importantes de los Choisinets, en Lozère, de Saint-André, en el Puy-de-Dôme. La infancia que se trata de salvar y de educar en esos orfanatos provinciales ofrece cierta analogía con los jóvenes parisinos recogidos en Saint-Nicolas; el trabajo para el que son preparados manifiesta, como en Beauvais, una notable flexibilidad pedagógica y la muy firme voluntad de mantener en Francia una clase rural: los antiguos alumnos del Instituto agrícola, en su mayor parte grandes propietarios de tierras, formarán su élite —perseverante en sus tradiciones y abierta a todos los equilibrados progresos—, los pupilos del Macizo Central, al igual que en Bretaña un cierto número de jóvenes del Likès, seguirán siendo, entre el pueblo, los representantes cristianos.

La fundación de Beauvais debe sus orígenes y su éxito a tres hombres de gran mérito, tres cabezas bien plantadas, tres corazones llenos de amor hacia el prójimo: Édouard de Tocqueville, presidente de la Sociedad de los Agricultores de Francia, hermano de Alexis Tocqueville, el célebre historiador; Louis Gossin, profesor del departamento del Oise; el Hermano Menée, Visitador y director de las comunidades lasalianas de esa región.

Drouyn de Lhuys ha dicho de su amigo, el vizconde Édouard: “Era uno de esos misioneros, de esos apóstoles laicos cuyas palabras y ejemplos extienden el bien por el mundo. No podía permanecer indiferente a todo lo que se refería a los métodos agronómicos y al bienestar de los campesinos. En Normandía, donde le llevaba a menudo sus afectos familiares, transformaba sus vacaciones en jornadas de propaganda, útiles para dar ánimos, consejos provechosos”. Unía a una inteligencia potente y clara la elevación de los sentimientos, el ardor de las convicciones, el encanto de su persona y de su voz; predicó y supo obtener la unión de los terratenientes franceses.

Louis Gossin, hijo de un director de aduanas en Nantes, se destinaba originalmente a la magistratura. El ejemplo de su hermano lo arrastró hacia su carrera definitiva; durante doce años administró una propiedad en las Ardenas. Transformó la propiedad anteriormente abandonada, trabajando con sus propias manos junto con sus empleados. Este buen trabajador, como Tocqueville, soñaba con ejercer en este mundo una misión. En 1841, a sus 23 años, publicaba un manual de agricultura. En 1847, se encontraba con el noble normando: el intercambio de sus puntos de vista, las gestiones emprendidas en las esferas oficiales, y secundadas muy eficazmente por el conde Alexis, desembocaron en la creación de una cátedra de agricultura en el colegio de Compiègne; Louis Gossin se convertía en su titular. Triunfó maravillosamente en dicha enseñanza, que amplió en varias facetas con lecciones y mediante conferencias. Nombrado profesor de Beauvais en 1852, dio cursos a sus

alumnos de la escuela normal primaria y se encontró de esa forma en presencia del Hermano Menée.

Este religioso, también él bretón de nacimiento [847], de elevada estatura y de rasgos rudos poseía un alma de jefe: cejas negras sombreaban una mirada profunda, perspicaz, imperativa; las arrugas de su cara revelaban una indomable energía; la boca y los labios apretados se abrían para formular ideas claras, órdenes breves y perentorias.

Profeso en 1833, sus Superiores lo trasladan de Amiens a Beauvais, para dirigir la escuela primaria que data de 1817. Ubica ese establecimiento en buena posición, le consigue —en la calle del Moulin-Allard— unos locales espaciosos y luego le añade, en 1842, un pensionado Saint-Joseph, prontamente provisto de su autonomía, con sus programas, sus edificios. La escuela normal contribuye después a aumentar las cargas del Hermano Menée. El maestro-hombre considera, no obstante, que aún le quedan fuerzas disponibles. Como conclusión de una entrevista con los Sres. Gossin y Tocqueville, reconoce urgente la creación de un centro de enseñanza reservado a una juventud que, una vez terminado el primer ciclo de estudios, siente vocación de agricultor.

No hay que contar en absoluto con la ayuda del Estado. Por su parte, los dirigentes de la Congregación se asustan: ¿no les piden asumir responsabilidades aplastantes? Proporcionar los profesores y las viviendas, alquilar una granja, adquirir material y ganado para los trabajos prácticos, es decir una cantidad considerable de personal y de capitales, una organización un tanto inusual que instalar, puesto que la experiencia individual llevada a cabo por el Sr. Olive en Quimper no es comparable con ésta. El Hermano Menée defiende la causa, con su tenacidad bretona: finalmente, se le concede un *licet* poco alentador, mezclado de objeciones y de reticencias. En 1867, el Hermano Philippe confesaba a los antiguos alumnos de Beauvais reunidos en Asociación: “Peleé contra el Hermano Menée... No quería rendirme”. “Déje hacer, y verá”, me dijeron los Sres. Tocqueville y Gossin, y el Hermano director. “Les dejé hacer y ahora veo”.

En ese momento el Instituto agrícola existía ya desde hacía trece años. Autorizado por una decisión ministerial del 20 de diciembre de 1854, una solemne designación lo colocaba —el 8 de diciembre de 1855— bajo el patronato de la Inmaculada Concepción. Responsables de los cursos, vigilantes, colaboradores fueron cuidadosamente elegidos: el Sr. Gossin enseñó agricultura y economía rural; el Sr. Dubois, veterinario departamental, la zootecnia; el Sr. Le Père, ingeniero jefe del Oise, inició a los alumnos en la “ingeniería rural”; el Sr. Auger, procurador imperial, les comunicó su saber jurídico; la horticultura, durante más de medio siglo, fue el campo de acción del Sr. Louis Doyat. El Hermano Milhau, durante sus catorce años de profesorado en Beauvais, se creó una fama universal de entomólogo. Sus artículos, solicitados por la *Enciclopedia de la agricultura práctica*, llamaron a atención del mundo cultural. Al Hermano Eugène-Marie, brazo derecho del Hermano Menée, correspondió una tarea inmensa: no retrocediendo, algunos días, ante diez o doce horas de clase, se encargó de las matemáticas, la zoología general, la botánica, la física, la química. Actividad “absorbente”, competencia casi universal, conciencia rigurosa, inteligencia asimiladora y realizadora, el Hermano Eugène desempeñaría una función decisiva en la orientación de “Beauvais”.

Al no ser suficiente la teoría, se eligieron como campos de experiencias las tierras de la antigua abadía de Saint-Lucien. En 1856, los productos de un suelo bien cultivado, en pleno rendimiento, le valieron al Instituto la más alta recompensa en una Exposición local [848].

Frente a esta obra magnífica la fundación agrícola de Clermont-Ferrand conserva un aspecto más bien modesto. Un miembro de la Sociedad de San Vicente de Paúl, Sr. Forestier, puso los cimientos. Tuvo como continuadores a los Hermanos de Santa María, conocidos como “de la Cruz de madera”, pequeño grupo religioso que se dedicaba, en la prefectura del Puy-de-Dôme, a la dirección de una casa de salud. El éxito no llegó hasta que los huérfanos fueron confiados a los discípulos del Sr. de La Salle. El Hermano Visitador Arthème adquirió, el 22 de noviembre de 1853, una amplia propiedad en el barrio Saint-André, al pie del macizo coronado por la sierra de Dômes. Eligió, para llevarlo adelante, a un auvernés de excelente familia, Louis-Joseph Describes, nacido en Issoire en 1821, entrado en la Congregación con el nombre de Hermano Habet-Deum, y que será siempre llamado por sus conciudadanos “el Hermano Describes”. Físicamente un coloso de cabellos morenos; “el cuerpo de un carabinero”, músculos de hierro; en lo moral, la bondad, la ternura, expresadas en la más agradable de las miradas, una perfecta humildad, que dirige las palabras y las actitudes; una dedicación incansable, inteligente, múltiple.

Clermont responde de buena gana a las peticiones de dinero que frecuentemente le dirige el Hermano Describes: venera en él a uno de los representantes de la raza elegida, el hermano de un sacerdote, de dos Jesuitas, de cuatro monjas; el padre espiritual de cuarenta niños, librados del abandono, educados con firmeza, preparados para ganarse honrada y cristianamente su pan.

El director de Saint-André recibe como auxiliar, en 1856, a un Hermano Généalius, llamado Hermano Jean: éste, hortelano jefe durante más de cincuenta años, transforma la propiedad en una especie de paraíso terrestre. El Sr. Dubreuil, eminente profesor de arboricultura, dio lecciones a la gente de la región en el recinto de Saint-André: los alumnos de los Hermanos no se quedaron sin sacar provecho de esa presencia y de esa ciencia [849].

Aún más rústico se presenta el orfanato de los Choisinets. Una pareja patriarcal, los esposos Bonnefille, Philémon y Baucis de nuestras montañas, la quiso crear; se procuró la colaboración de un sacerdote, el Padre Favier, vicario en Langogne en 1850. Por esa empresa, por la salvación de las almas de esos pequeños protegidos rurales, el P. Favier renuncia a cualquier otro ministerio, acepta la más dura existencia; piensa en crear una congregación de Hermanos pedagogos y agricultores. El ensayo es casi infructuoso. Los fundadores se dirigen hacia los Lasalianos quienes, llegados en 1859, conservan junto a ellos al obrero de la primera hora y admiten en su congregación a dos de sus discípulos bajo los nombres de Hermano Narceau y Hermano Nérée. Tienen que explotar 262 hectáreas, enseñar y dirigir a 33 muchachos. La situación es precaria, el suelo ingrato, el clima, temible, a 1.000 metros de altura. Llegan a conocer en los Choisinets, la extrema pobreza, aliviada momentáneamente por un premio Montyon. Bajo las órdenes del Hermano Thomaïde, el valiente equipo trabaja, siembra, desbroza. Por la tarde se reservan dos horas para las clases elementales; además, uno de los religiosos lleva la escuela municipal. El obispo de Mende, Mons.

Foulquier, se interesa por el establecimiento. Las Hermanas de San Esteban de Lugdarès llegan, en 1864, para encargarse de la lavandería, la enfermería, la cocina. Así los trabajos se reparten entre manos competentes, la vida se organiza, un poco menos difícil. Todo Lozère acoge a los antiguos colonos del orfanato, avezados al trabajo cotidiano y capaces de integrarse en una población de costumbres sencillas, de fe incontaminada. El Padre Favier podrá alejarse, tranquilo, cuando se convierta, en 1870, en capellán de los soldados de la guardia móvil, luego —antes de morir— en pastor de la parroquia de Auroux [850].

* * *

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas han dado ampliamente prueba de celo, de desprendimiento, del método que les permite adaptarse a las funciones más inesperadas y a las circunstancias más diversas. ¿Hay que ampliar algunas iniciativas, una creación parece poco viable, alguna exploración por los campos de la caridad se ve, tras un hermoso comienzo, a punto de hundirse en la tormenta? Se buscan salvadores; se piensa en esos compañeros del deber cristiano, incansablemente reclutados y organizados por el Hermano Philippe.

Esa es toda la historia de la Obra, bien conocida, de Saint-Nicolas. Remontémonos a sus comienzos y sigámosla hasta los días en que va, no a confundirse con el Instituto lasaliano, sino a unirse al curso límpido y majestuoso del generalato de Mathieu Bransiet.

El Padre Martin de Bervanger dirige en la capital, a partir de 1826, la Asociación San José, que creó el Padre Loewembrück, su compatriota de Marches de l'Est. El programa de esos dos apóstoles: ofrecer a los obreros una ayuda material y moral; educar a la infancia pobre. Desde el reinado de Luis XVIII, los fundadores multiplicaron sus ingeniosos organismos: restaurantes baratos, caja de desempleo, oficina de colocación, cursos de adultos, sociedad de ayudas mutuas, cooperativa de ropas, incluso grupo de gimnasia... El gobierno real les anima, Carlos X les manifestará una particular benevolencia.

El P. de Bervanger se ocupa también de los jóvenes presos, de las salas de asilo. Una asociación anexa, los *Amigos de la Infancia*, coloca a los aprendices: pero éstos, por carecer de supervisión no satisfarán a sus empleadores. El eclesiástico piensa entonces en un internado profesional. Para comenzar, recoge siete pequeños parisinos vagabundos, los instala en unas buhardillas de la calle Saint-Hippolyte, en el arrabal Saint-Marceau: un obrero dirige el taller, su mujer prepara las comidas y se encarga de los cuidados caseros. Saint-Nicolas, obispo de Myre, se convierte, a causa de la leyenda popular, en el celeste protector de esos niños.

A finales de 1827, traslado a Vaugirard, 6, Grande Rue, en la casa de "la Guinguette". El grupo es más numeroso: 40 niños, distribuidos en cuatro talleres, encuadernación, fabricación de broches, depilación de pieles, perforación de bandejas para la cardadura. Posteriormente se trabajará en las zapatillas, en los calcetines, en los botones de metal, en los fósforos. Y se producirá un nuevo éxodo, con 70 aprendices, siempre en Vaugirard, en el número 58 de la misma Grande Rue.

El organizador sobresale más por su entrega que por sus aptitudes financieras. La providencia, en quien confía, se sirve de Félicité de Lamennais para poner sobre el

camino del P. Bervanger al vizconde Victor de Noailles: gran señor, ferviente cristiano, alma generosa, desprendido de las vanidades de casta y de los bienes de este mundo; verdaderamente, segundo fundador de Saint-Nicolas, que le saca de su postración [851].

Cuando llega la Revolución de 1830, la obra parece momentáneamente amenazada, a causa de las opiniones de sus dirigentes y de sus vínculos oficiales con el régimen depuesto. Su carácter benéfico la salva. En 1833, encuentra una sede definitiva, en París, calle Vaugirard, nº 98 (actual 112), y toma como auxiliares a los Hermanos establecidos en Lyon y a las Hermanas llamadas de la Providencia. Funcionan 6 talleres: sastres, cajistas-tipógrafos, grabadores, fabricantes de carteras, fabricantes de etiquetas. El vizconde y el Padre, peregrinos en Roma, reciben la bendición del Soberano Pontífice.

Se separan de los Hermanos lioneses en 1835 y elaboran el plan de una sociedad religiosa, que tenga un superior, unos sacerdotes-directores, miembros laicos de la congregación —“los Hermanos de Saint-Nicolas”— sometidos a una regla, pero que no emiten ningún voto. El Sr. de Noailles muere en 1837: su compañero de armas queda solo en la labor; energía sin decaimiento, bondad sin límites pero que no está guiada por la prudencia...

Provisto con una autorización oficial, por decreto del 21 de enero de 1839, el establecimiento se desarrolla muy ampliamente. La casa de la calle de Vaugirard se ha convertido, desde 1836, en propiedad de Saint-Nicolas. Un proceso, que corría el riesgo de comprometer la reputación del fundador y el porvenir de la obra, termina con una absolución, de la cual el beneficiario saca gloria y popularidad. Cuatrocientos alumnos se congregan en el inicio del curso de 1840.

Desde hace dos años, se ha organizado un anexo en Issy-les-Moulineaux, en una propiedad que el cardenal Fleury ocupó en el siglo XVIII. Será para los pupilos, la escuela de agricultura. Mons. de Bervanger —Gregorio XVI lo ha hecho prelado romano— reside en ella habitualmente: sus hijos adoptivos le llaman “señor papá”. Familiar con ellos, el hombre de tierna y agraciada fisonomía parece encarnar verdaderamente el santo obispo de la *Leyenda dorada*.

¡Lástima! La vejez se acerca, las manos se vuelven más débiles, las riendas de la dirección se relajan. El carro, mal guiado, se dirige hacia las más peligrosas cunetas: se prevé no solamente la ruina material sino catástrofes de otro tipo. Entre el personal de los maestros y vigilantes existen demasiadas carencias: la cofradía de Saint-Nicolas no posee ni las tradiciones ni la estabilidad de una congregación religiosa. Hay que lamentar las frecuentes partidas, un reclutamiento a veces arriesgado. Algunos colaboradores se muestran claramente indeseables. Y entre los 1.400 alumnos de Vaugirard y de Issy, se aprecian elementos perniciosos que se dedican a sembrar inquietud en el vecindario. Tan pronto la disciplina brilla por su ausencia como se ejerce con excesiva rudeza. Se producen incidentes preocupantes; se denuncian acusaciones de robo, de inmoralidad. El 19 de agosto de 1857, el Sr. Pillet, jefe de división en el ministerio de la Instrucción Pública, dirige al Sr. Rouland un informe impregnado de extrema severidad: señala el triste estado de la Obra; 600.000 francos de deudas; la alimentación y la higiene se resiente por la delicada situación financiera; algunas correcciones manuales, por lo demás condenables, no acaban de vencer el alboroto y la desobediencia de los niños.

Adhiriéndose a las conclusiones del alto funcionario, el ministro escribe esta nota marginal: “Hay que convocar al P. de Bervanger, exponerle la necesidad de un Consejo de administración, hacerle comprender que, si se niega, continuaré, *sin dar más explicaciones*, por todos los medios a mi alcance, la reforma de los abusos señalados”.

Explota un escándalo: muerte del joven Verney, atribuida a la brutalidad de un castigo o, al menos, a negligencias culpables. El fiscal imperial no se quedará más que con la segunda acusación; pero el prefecto de estudios Morel y, solidariamente, el director-fundador serán condenados, por el tribunal de la Seine, a una multa y al pago de una indemnización.

Las pruebas abrumaban a Martin de Bervanger. Una congestión cerebral lo ha debilitado físicamente desde hace algún tiempo. Muy lúcido, sin embargo, comprende que se presenta la hora del sacrificio más doloroso; va a encontrar al cardenal Morlot, arzobispo de París: “¡Salve al niño!” le dice. ¡Qué la obra sobreviva a cualquier precio! El que la concibió no reivindica ningún derecho sobre ella. Heroicamente desaparecerá de Saint-Nicolas, para enterrarse en la soledad, en el silencio, en sus queridos recuerdos [852].

Esa dimisión data de octubre de 1858. El arzobispo piensa en crear una sociedad legal que reciba los bienes y asuma las cargas de las dos casas. El 16 de enero de 1859, reúne en su palacio a personalidades cuya situación social, las relaciones políticas, los sentimientos cristianos ofrecen las mejores garantías. Se conseguirá la consolidación del enorme pasivo mediante un préstamo hipotecario; se solicitará el reconocimiento de utilidad pública [853]. Y, bajo la presidencia del jefe de la diócesis, un consejo de administración juzgará, en última instancia, todo lo que se refiere a los intereses pecuniarios y morales de los centros.

Pero se necesita que una congregación proporcione los maestros necesarios para la dirección de los estudios, el buen orden de los servicios y de los talleres. El cardenal Morlot solicita al Hermano Philippe hacerse cargo de Vaugirard y de Issy. Pesada responsabilidad: se trata de retirar de las escuelas 80 Hermanos, en provecho de una institución que está en decadencia. El prelado no ahorra las insistencias; el mismo Napoleón III se declara interesado en el éxito de la negociación. Por el bien de las almas, el Superior consiente en comprometerse. A partir del 12 de febrero de 1859, los Lasalianos se ponen a la tarea. La instalación solemne tendrá lugar el domingo 10 de abril. Un ambiente de revuelta ronda por la casa parisina: el Hermano Souffroy, director, sabrá calmarlo. En Issy, la acogida ofrecida al Hermano Générose manifiesta respetuosa deferencia. ¡Pero cuantas dificultades siguen subsistiendo! Los corazones de los niños acabarán por abrirse; las conciencias tornarán al camino recto. Cuestión de tacto y de tenacidad para los nuevos educadores. Estos, de todas formas, se muestran a la altura de la tarea. Su gestión restablece el equilibrio en las finanzas; sus relaciones con los alumnos, las familias, los jefes de taller, los empleados, restauran la antigua fama de la Obra.

En 1862, 1.540 jóvenes —en su mayoría parisinos de apariencia avispada, de inteligencia despierta— pueblan la doble sede. Los locales de la calle de Vaugirard se amplían para atender con holgura a los cinceladores y modeladores en bronce, los fabricantes de instrumentos de música, los ópticos, los joyeros, los diseñadores para chales, los doradores de madera, los guarnicioneros-maleteros, los canasteros-

embaladores, los escultores-carpinteros artísticos. En el suburbio, el Hermano Florel, sucesor del Hermano Générose, dará una seria formación profesional y la más sólida disciplina a sus horticultores. Sucumbirá en el puesto, en plena madurez de la edad. Sus reemplazantes, el Hermano Adelme, el Hermano Photius labrarán el surco con idéntico vigor.

Una tercera fundación vendrá a unirse a los internados de Mons. de Bervanger. El Padre Mullois, capellán de la corte imperial, había comprado, en 1853, una granja de 14 hectáreas en Igny, en el valle de la Bièvre. No carece de espíritu, de buena voluntad, de amenidad seductora; es también muy temerario, poco práctico. Se lanza a la aventura en su sueño de colonia agrícola, con una treintena de pupilos y seis Hermanos que el Instituto de la calle Oudinot ha creído deber prestarle. Llegan las desilusiones; el déficit se agrava de año en año. Felizmente, el Hermano Philippe, cuando la debacle amenaza, va a aparecer como salvador. Se rinde, nuevamente, ante los ruegos de las autoridades religiosas y gubernamentales. Igny, en 1863, queda vinculado a Saint-Nicolas [854]; diez Hermanos, cuatro criados, cincuenta niños trabajarán, inicialmente ayudados por sabios consejos: los jefes jardineros del Luxembourg y del Jardín Botánico perfilan los planos de una escuela de horticultura; la región parisiense se ve así dotada de un magnífico centro de aprendizaje rural, mejor situado, mejor provisto que el primer ensayo del parque de Issy-les-Moulineaux. Su principal organizador se llamará, nueve años más tarde, el Hermano Bertandus.

He ahí, en breve, todo el relato de ese primer medio siglo de empresas muy originales, muy bienhechoras y muy admirables. “Geórgicas cristianas”, epopeya del trabajo y de la fe, que recuerda las proezas civilizadoras de los monjes de la Edad Media, que conserva algo del sabor bíblico. Martín de Bervanger sigue siendo el patriarca de los orígenes; y el P. Mullois, después de él, representa el papel de roturador y de precursor. Los equipos lasalianos les suceden para explotar los campos conquistados, para gobernar, pacificar, instruir, moralizar a las jóvenes tribus. Religiosos y hombres de diversos oficios colaboran; la división de tareas se realiza inteligentemente. Vaugirard, Issy, Igny realizan las esperanzas de sus fundadores: hogares familiares, colmenas rumorosas y activas. Preparación profesional, educación física, aptitudes musicales, nada se descuida. Las fanfarrias de Saint-Nicolas resuenan gozosamente por las calles de la capital. La oración mantiene a las almas por encima de la vulgaridad. El cuidado de los cuerpos se encuentra confiado, con sensatez, a las maternales atenciones de las Hermanas pertenecientes a Órdenes caritativas.

Se comprenden las atenciones del Segundo Imperio —y de la República Francesa antes de los días sectarios— con respecto a una obra tan hermosa. “Un cierto número de niños pobres, escribirá el Hermano Photius en 1872, eran mantenidos en Saint-Nicolas por cuenta de Napoleón III y de la emperatriz”. El ministerio de la Instrucción Pública concedía también becas y subvenciones. Jules Simon continuará, después de la guerra de 1870, pagando la pensión de varios hijos de obreros.

Con ocasión de la Exposición universal de 1867, algunos premios subrayan los prontos y espléndidos resultados debidos a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Saint-Nicolas, establecimiento autónomo, asegurado, por contrato, de la ayuda de una Congregación, con una asociación de maestros y de técnicos, de

administradores elegidos entre las personas del mundo, y de maestros religiosos, seleccionados con el mayor cuidado, tan pronto el Hermano Philippe le presta los discípulos del Sr. de La Salle, se apresura hacia su más venturoso destino.

Finalicemos definiendo su carácter y su puesto en la pedagogía, en la organización social, en el siglo XIX. En 1871, Octave Gréard, en aquella época director de la enseñanza en la prefectura de la Seine, hablaba en estos términos del problema del aprendizaje: el niño, en el taller ordinario, se ve empleado “en los encargos, en los traslados de fardos, en colocaciones... y la única cosa que aprende, es a distribuir, a distraerse durante su jornada. Su inteligencia se marchita, pierde el gusto por el trabajo, y toma el de la pereza; rápidamente cae aún más bajo. Al no encontrar ningún aliciente para el bien, y en contacto continuo con hombres que lo dominan por la edad, la fuerza, las pasiones, y que no siempre tienen respeto por la infancia, se crece para ponerse a su altura, de la única manera que puede igualarles, por la imitación del mal. El vicio lo arrastra, un vicio precoz, el peor de todos, el que es el resultado de una imaginación pervertida, el que, física y moralmente, corrompe la vida en sus fuentes” [855].

En el orden moral, como en el aspecto profesional, constataciones tan dolorosas, ansiedades tan agudas, llegan al corazón de los educadores, de los sociólogos, de los jefes de familia, los fejes de industria, nuestros contemporáneos. El interés de la nación, el futuro de la raza se encuentran comprometidos. El legislador moderno se esfuerza por conjurar “la crisis del aprendizaje”; los grandes empresarios, las Cámaras de Comercio multiplican, simultáneamente sus iniciativas. Los Hermanos, en sus “cursos nocturnos”, en sus clases de aprendices, buscaban sobre todo dar al mundo adolescente o adulto algunos elementos de enseñanza general, preservar o despertar sus creencias. Sucesores de Mons. de Bervanger, aportaron a las teorías y a la práctica de la formación de los obreros una de las contribuciones más interesantes, las más eficaces [856].

TERCERA PARTE

**DIRECCIONES RELIGIOSAS Y
REALIZACIONES PEDAGÓGICAS DEL
GENERALATO**

CAPÍTULO PRIMERO

EL GOBIERNO Y EL ALMA DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

Los Asistentes del Hermano Superior General. — Los Hermanos “Visitadores”; las “provincias” y los “distritos” de la Congregación. — Los noviciados y sus directores. — El gran noviciado de la calle Oudinot: fisonomía del Hermano Exupérien, su jefe, del Hermano Alban-Joseph, del Hermano Bérain-Denis, principales auxiliares de ese religioso. Los “retiros del jueves”. — El noviciado menor de París, bajo las órdenes del Hermano Pierre-Célestin. — La Causa del Sr. de La Salle: milagros obtenidos por la intercesión del santo Fundador; la decisión romana del 10 de julio de 1873. — El Hermano Philippe y la Santa Sede: relaciones del Superior General con Pío IX. — El espíritu religioso de los Hermanos concuerda con las directivas del pensamiento católico; de qué manera el Hermano Philippe lo encarna y lo inspira. — Las “circulares” del Superior General: llamada al valor, al fervor, al optimismo. — El ideal “monástico” del Hermano de las Escuelas Cristianas; los “ejercicios”, medios de perfección; las grandes devociones del Instituto. — Los deberes de caridad: comportamiento a seguir con relación al clero; el amor fraterno en las comunidades; la misión de los Hermanos directores para con sus subordinados. — El Hermano Philippe continuador del Sr. de La Salle; algunos retratos de veteranos Lasalianos y de “santos Hermanos” en los tiempos de su generalato.

En sus manifestaciones exteriores, la obra francesa del Generalato nos ha ocupado largamente. En adelante conocemos la fachada, las proporciones del edificio. Incluso hemos podido dar algunos vistazos hacia sus perspectivas profundas, adivinar el poder de su estructura, la solidez de sus junturas. Nos queda por penetrar hasta el centro del hogar lasaliano, intentar descubrir su alma. Sin duda, al ir trazando la historia de algunos centros educativos, no hemos descuidado de saludar a sus autores y fijar sus rasgos en nuestro recuerdo. Tomar contacto con esos hombres de elevado carácter y de osadas iniciativas, era ya entrar en la intimidad de la casa. Bastará ahora seguir sus huellas para encontrarnos en presencia de otros inspiradores, de otros jefes, sus compañeros de vida, para familiarizarnos con los usos y costumbres de la Congregación, para acabar de sentirnos en pleno ambiente religioso.

Desde el umbral, ya hemos percibido la fisonomía del Hermano Philippe. Domina sobre el conjunto que lo rodea, formado, como los pares de las canciones de gesta alrededor de Carlomagno, por los Hermanos Asistentes. Éstos son ocho a partir de 1844, luego —con motivo del rápido desarrollo del Instituto— constituyen, en 1858, un Consejo de los Diez. La silueta de varios de ellos sigue presente en nuestro horizonte: veteranos de los años de lucha, lugartenientes de los antiguos superiores generales. Digamos adiós al Hermano Éloi, el restaurador de las escuelas de Bordeaux, el discípulo del P. Chaminade, el hábil y abnegado auxiliar de los Hermanos Gerbaud, Guillaume-de-Jésus, Anaclet. Con él se cierra una página de los anales lasalianos: murió el 1 de abril de 1847, último de los ancianos que quedaban en la casa del Santísimo Niño Jesús, en el arrabal Saint-Martin, después de la partida del Régimen hacia su nueva sede. En todas partes se ganó la estima y el afecto de los hombres, apareciendo como uno de aquellos “mansos” que gozan ya aquí abajo de la bienaventuranza y “poseen la tierra”. Tuvo éxito en misiones delicadas, contribuyó fuertemente a las pacificaciones políticas, a la concordia de los ánimos. Antaño, catequista modelo, edificó al clero de la Guyenne, de la Gascogne, del Languedoc. Septuagenario, continuaba estudiando cada día la doctrina cristiana,

con el fin de practicar su Regla. Su apostolado se prolongó entre sus herederos espirituales mediante dos obras que permanecen manuscritas: *Reflexiones cotidianas sobre los pensamientos del libro de los Ejercicios de Piedad*, y *Treinta exhortaciones o Mes de preparación a la primera comunión*. Su afabilidad, su cortesía, su humor constantemente ameno dejaban transparentar una virtud sólida, una sabiduría muy lúcida. El Hermano Philippe se informaba con él sobre diversas tradiciones administrativas y se beneficiaba de sus últimos esfuerzos [857].

De los Hermanos Calixte, Abdon, Nicolas, no desconocemos en absoluto su valor intelectual y moral, los múltiples trabajos en la dirección de los jóvenes maestros, en la fundación de las escuelas, en el impulso dado a las conciencias y a los estudios. Mantienen, bajo los auspicios del Superior General, elevadas responsabilidades, una acción preponderante; sobre todo los dos primeros: los “Colbert y Louvois” del Luis XIV del Instituto. Ese jefe merecía ser bien servido; y llevó a su más alto grado el arte de asegurarse las colaboraciones más eminentes, así como también las más obedientes y las más discretas.

Al Hermano Jean-Chrysotome le sucedió, en 1844, el Hermano Jurson. Su carrera de miembro del Régimen será breve; pero se encuadra con abundantes y fecundas obras en las provincias meridionales de las cuales es una de sus glorias. Toulouse lo vio nacer en 1806, lo conserva como novicio, lo envía a Burdeos bajo las órdenes del Hermano Alphonse. Tan excelente formador encuentra en ese religioso de veinte años una inteligencia ágil, una notable facultad de observación, una sorprendente aptitud para sacar provecho de la experiencia ajena.

El Hermano Jurson se convierte en subdirector de la comunidad de Burdeos, luego funda definitivamente su reputación como administrador y profesor en Bayonne. El Superior General, bien informado sobre los éxitos obtenidos, lo llama al centro en 1842, le nombra Visitador de los pensionados y, casi simultáneamente, director de la gran comunidad de Lille. Pero tanto cambio de aires va a terminar con la reunión del Capítulo General: el nuevo Asistente desplegará, en la Casa Madre, su potencia de trabajo, sus talentos de piloto y de capitán. Contribuye en gran medida con todas las obras de la Congregación, mantiene seguros a sus subordinados, sus escuelas, durante los días turbulentos de 1848, desempeña un papel notable en las asambleas plenarias de 1849 y de 1853. No obstante, durante la realización de esta segunda presenta su dimisión, cuando acababa de ser reelegido. Su salud no parece haber sido la causa: le quedan por vivir más de cuarenta años, y los emplea diligentemente. Desciende de la cumbre para acercarse a sus Hermanos, para cultivar en profundidad una parcela del patrimonio lasaliano. Será Visitador del distrito de Rodez: allí encuentra “su consuelo y su felicidad”; y allí dejará su impronta para siempre [858].

Otro Asistente que tampoco permaneció por mucho tiempo con el Régimen (de 1838 a 1849) recibe en 1855 el cargo de procurador general: es el venerable Hermano Benoît, uno de los primeros novicios del Hermano Emery en el Petit-Collège de Lyon. Al principio de 1871, el Hermano Philippe señalará las virtudes del difunto en términos particularmente afectuosos. A un trabajo muy asiduo, muy exacto, el Hermano Benoît sumaba una caridad, una paciencia, una humildad que le merecieron la fama de santo [859].

Los Hermanos Anthelme, Amos, Péloguin, Firmilien, los cuatro se ubican entre los más fieles obreros del reino. Italia puso de relieve al Hermano Anthelme; y Bélgica, al Hermano Amos. Ambos fueron elegidos Asistentes con el Hermano Jurson: conservarán sus antiguas “provincias” entre el número de regiones que gobiernan. De origen y de formación diferentes (el primero natural del Beaujolais, entrado en el Instituto antes de los quince años de edad, el segundo de Lorena, alumno del maestro de su pueblo, y que ya es mayor de edad cuando en 1823 se presenta en la casa del Arrabal Saint-Martin), los dos aportan a las deliberaciones una muy amplia experiencia del mundo, mucha clarividencia, y —lo que ayuda a las soluciones exitosas, a los acuerdos unánimes— una “serenidad amable”, incluso una franca alegría. El rostro del Hermano Anthelme parece “no envejecer”: de todos modos el cuerpo se resiente de las fatigas de una larga existencia, de misiones a veces penosas; dimisionario en 1861, el anciano se retirará a su país lionés, en la casa conventual de Caluire. Por su parte el Hermano Amos, continúa su tarea casi hasta el final del generalato: el Capítulo General de 1873 aceptará su partida; y el Hermano Philippe pronunciará, en ese momento, el elogio de “ese compañero de trabajo, de esa naturaleza tan recta, de ese hombre de buen consejo” [860].

El nombre del Hermano Péloguin se vinculaba, de 1834 a 1845, a las escuelas de Ruán. Director general de esos establecimientos, lo habíamos visto ofrecer al Hermano Calixte una gran y útil colaboración, mediante las lecciones de física y química impartidas a los alumnos de la escuela normal. Luego, gobernó —durante quince meses— la casa penitenciaria de Fontevrault, se hizo cargo de la escuela de Aurillac, pasó a ser, en 1847, Visitador de Lyon. El 15 de diciembre de 1849, ocupa, en el Régimen, el lugar dejado vacante por el Hermano Benoît. Jefe indiscutible, por su prestancia, cabeza majestuosa, mirada escrutadora bajo espesas cejas; y muy digno, también, de elogio por sus méritos y sus servicios. Todos reconocen en él una mente cultivada, una rica memoria, de la cual extrae conmovedores relatos. Su carácter jovial de languedociano le vuelve fácilmente abordable: pero no resta nada a la distinción de sus modales, a la nobleza de su carácter. Y se gana el afecto de todos en cuanto muestra la bondad de su corazón [861].

Más rudo parece su colega y compatriota, el Hermano Firmilien. Al igual que el Hermano Péloguin, ha llegado del Hérault, su departamento natal, al noviciado de Aviñón. Fue maestro en esa ciudad, luego en Lodève, en Bollène, en Lunel, en Marsella. En 1833, lo encontramos como director del noviciado menor de Lyon, que no será más que un ensayo efímero. Y el año siguiente recibe la obediencia de Visitador, para el distrito de París. La antigua “provincia meridional” de la Congregación presta así a las otras regiones de Francia directivos y soldados. Devuelve centuplicados los adelantos que Normandía, Champaigna o Lorena le habían ofrecido un siglo antes... El Hermano Firmilien presenta a las comunidades de la capital y de los suburbios de París un rostro grave, austero, impone, a todas ellas, justas exigencias, orden, trabajo, regularidad. Idéntico celo desplegará en el distrito de Aviñón, donde está de vuelta, desde noviembre de 1841. Lo encontramos como viajero infatigable, a través de los Alpes, a orillas del Ródano y del Mediterráneo, sobre las rocas del Ardèche y de la Lozère. Organiza el noviciado de Marsella. Su fama de sólida virtud y de sabiduría metódica, le merecen la votación favorable del Capítulo de 1853. Es el hombre de las investigaciones pacientes, y quien clasifica los informes y los tiene al día. Entre los Asistentes, está especialmente indicado para la oficina del personal. En 1861, compone una “reseña

histórica sobre el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas” y la hace distribuir a los Capitulares reunidos en la calle Oudinot. Este religioso, destinado a sobrevivir al Hermano Philippe, a morir como primer Asistente, en 1880, ofrece claramente algunos rasgos de alto funcionario: pero el escrupuloso ejercicio de sus cargos no le impide ni la abnegación, ni la piedad [862].

He aquí, ahora, a una de las más señaladas fisonomías de la Sociedad lasaliana: Benoît Rabut —el Hermano Facile— nacido en Cublize (Rhône) el 15 de abril de 1800, y fallecido en Marsella, el 2 de abril de 1877. Retengamos la elección de 1861, que lo sitúa junto al Superior General. Es la coronación de casi medio siglo de vida consagrada a los niños pobres, a los cautivos más miserables, y luego a los escolares de Canadá y de los Estados Unidos. Por su parte, el Hermano Philippe no pretende separar de la obra maestra que se edifica en América al artesano de hombros robustos, de poderoso cerebro: los establecimientos del Nuevo Mundo figuran bajo el cetro del Hermano Facile, junto con las casas de Normandía, de Inglaterra, de las Indias y de Vietnam [863]. Esta sola enumeración nos advierte que el momento sería prematuro para estudiar a fondo el personaje. Esbozamos ya su retrato con motivo de la función que le correspondió en las prisiones francesas; lo conoceremos mejor cuando lo veamos en toda su gloria de fundador.

De igual modo, nos dedicaremos con mayor interés a las actuaciones del Hermano Asistente Jean-Olympe, observaremos con mayor atención y respeto su rostro de tez pálida, de cabellos ondulados, de rasgos entrecortados, —“esa envoltura desfavorable de un alma totalmente sobrenatural” [864]— tan pronto nos encontremos a las puertas del generalato inaugurado en 1874 por el sucesor del Hermano Philippe y, clausurado, al año siguiente, por su muerte [865].

A estos principales representantes del gobierno central del Instituto, creemos que conviene añadir, *in memoriam*, el Hermano Floride, Vicario en los Estados Pontificios desde 1859 a 1870, y a partir de 1870 hasta 1880, procurador general ante la Santa Sede. Su carrera en Italia estuvo sembrada de obstáculos y de pruebas, puesto que se desarrolló exactamente en la época en que Pío IX perdía su soberanía temporal, en que se realizaba la unidad italiana según planes contrarios a los deseos de los católicos, y en un ambiente de recelos, incluso de persecución, con respecto a las congregaciones religiosas. El Hermano Floride era un alma bien templada, ejercitada en el sufrimiento, totalmente abandonada a la voluntad divina: así se había mostrado en el pensionado de Toulouse, en la dirección del Noviciado de Clermont, en la carga —en ese tiempo excepcional— de Visitador de las casas de formación. Roma terminará de aureolar esa frente pura, ese candidato a la santidad. Más adelante deberemos cruzar las fronteras para relatar sus trabajos [866].

* * *

Siguiendo el ejemplo de la Compañía de Jesús, los Hermanos de las Escuelas Cristianas están estrictamente jerarquizados bajo un mando supremo. Situación personal de cada uno de los religiosos, nombramientos y cambios de los profesores, cuestiones de tipo espiritual o de orden material relativas a las comunidades, programas pedagógicos, todo depende, en última instancia, del Superior General, todo, no a grandes rasgos, sino en los detalles, debe converger en la Casa Madre, para ser allí objeto de estudio y de decisión por parte del “Régimen”.

La elección de los Asistentes reviste pues una importancia extrema. Y una vez que ha sido decidida por los Capítulos Generales (o, en el intervalo de esas asambleas, por las “Comisiones electoras”), habitualmente se impone el prolongado mantenimiento en el cargo. No siempre fue así antes de 1789. Pero el Instituto en el siglo XIX se presenta con otras condiciones de existencia y de progreso: sus escuelas y sus maestros mucho más numerosos, su área de conquista mucho más extensa, su situación legislativa —y ya internacional— singularmente más compleja, exigen cabezas experimentadas, duchas en las dificultades cotidianas, capaces de defenderse contra las impresiones fugitivas, los errores de imaginación, la precipitación en los juicios.

Es por eso por lo que acabamos de recorrer —como se podía hacer antiguamente en los apacibles, acogedores corredores, de Lembecq-lez-Hal, la antigua Casa Madre— una galería de retratos. Con los ojos fijos sobre la imagen de un Hermano Calixte o de un Hermano Péloguin, se puede captar el carácter y la función de esos hombres; se adivina por qué caminos, de abnegación, de humildad, de docilidad silenciosa, y de apostólico fervor, pueden guiar a sus pioneros.

Éstos se cuentan por millares: en 1839, 313 comunidades reunían a 2.317 Hermanos. En 1854, son 5.723 en 776 casas; en 1864, 8.385. Al final del generalato, superarán los 10.000, en más de 1.000 establecimientos [867]. Una década después de la Revolución de 1830, enseñaban a 144.000 alumnos en los estados de Gregorio XVI, de Louis-Philippe, de Carlo-Alberto, de Léopold I. En 1874, su clientela, no solamente europea, sino americana, asiática, forma un conjunto de 340.000 alumnos.

De ahora en adelante el sistema administrativo responde a las necesidades del organismo. Sin un cambio radical de las tradiciones, sin innovación sorprendente. El Hermano Philippe ha puesto a punto, ha utilizado sensatamente la institución de los “Visitadores”, prevista por las “Reglas de gobierno”. Durante la vida del Sr. de La Salle, y bajo el generalato de sus tres primeros sucesores, las comunidades dependían directamente del Superior de la Congregación: en principio las visitaba anualmente. Si se veía imposibilitado, confiaba la inspección a uno de sus religiosos, *missus dominicus* de modo temporal. El “Hermano Visitador”, en el siglo XVIII, no necesitaba salir de esa modesta función, estrechamente delimitada.

Así se encontraba, después de la restauración del Instituto. Para examinar el estado de las clases, el saber de los maestros, los resultados obtenidos por los niños, para controlar los registros de ingresos y gastos, para dar a los Hermanos el medio de charlar libre y confidencialmente con un delegado del Régimen, para transmitir y, si fuese necesario, explicar a las comunidades determinadas decisiones, el Hermano Asistente, de acuerdo con el Superior General, elige de ordinario al director de una “casa importante” perteneciente a la región concerniente. Recibido con respecto y obediencia, en calidad de representante de las altas instancias, y, además, conocido personalmente por sus subordinados temporales —sus vecinos, sus antiguos compañeros— el Visitador deja constancia en algunas observaciones sobre los registros del establecimiento, decide el balance de las cuentas; luego dirige a la Casa Madre un informe capaz de ilustrar a sus jefes.

Se comprende fácilmente que el Hermano Philippe haya descubierto en ese *missus* el elemento esencial indispensable para el funcionamiento regular, sin interrupción,

de todos los engranajes. En la Sociedad lasaliana, ampliamente expandida, los Visitadores ocuparán, en cierto modo, el lugar de los “intendentes de justicia, policía y finanzas” en la nación francesa, en tiempo de los Borbones. Al igual que aquellos “Relatores del Consejo de Estado”, originalmente designados para garantizar la ejecución de las leyes y rendir cuentas al príncipe, acabaron por convertirse en los más poderosos y los más estables funcionarios de la antigua monarquía, los religiosos inspectores de otro tiempo —cuyo título ya no expresa exactamente la idea de su posición jerárquica— toman a su cargo la responsabilidad de amplios territorios.

En 1771, el Hermano Florence había repartido las comunidades en tres provincias: una de ellas “más allá de Lyon”, la “meridional”, las otras dos “más acá”, la “occidental” y la “oriental”; cada una de ellas teniendo como centro respectivamente Aviñón, París, Maréville. Pero esa organización no pretendía más que sustraer, tan completamente como fuera posible, al Instituto de las molestas e ilegítimas ingerencias del arzobispado de Ruán; facilitaba la reunión de “capítulos provinciales” considerados en el artículo XV de la Bula de 1725. En cuanto a erigir como mandatario permanente del Régimen al Visitador que el Acta Pontificia llamaba a presidir las asambleas, el Hermano Florence no quiso resolverse a ello, a pesar del deseo bien definido del capítulo celebrado en Aviñón [868].

En aquella fecha, ciertamente, el Superior y sus tres Asistentes, sin excesivos esfuerzos, podían administrar la Sociedad entera. Y, por supuesto, el Hermano Frumence, después de la Revolución, no tuvo que buscar el medio, ni siquiera concebir el deseo de modificar las viejas costumbres. Solamente, los Lasalianos de Roma gozaron, como sabemos, de una situación excepcional, bajo la inmediata autoridad del “Vicario General”.

Sin embargo, la extensión del Instituto exigía medidas de conjunto. Con ocasión de la primera instalación en los Países Bajos, de amplias iniciativas, —en razón de las exigencias del rey Guillermo— hubo que conceder una autonomía casi absoluta al Hermano Claude [869]. En 1834, bajo el generalato del Hermano Anaclet, Bélgica, Savoya, Piemonte, los Estados Pontificios, constituyeron las cuatro “provincias” de la Congregación, fuera de Francia.

Faltaba actuar por analogía en el medio francés. Sobre el mapa, se designaron los límites de grandes circunscripciones, de las cuales las comunidades deberían recibir sus consignas y proveerse de personal en las “casas principales”, provistas de un noviciado. Así se organizaron, desde el comienzo de la era “philippina”, los primeros distritos: París, Lyon, Aviñón, Toulouse, Nantes, Clermont... Los jefes que las gobernaron fueron los Visitadores; fijaron su residencia en las cabezas de distrito, vigilaron, de forma constante, la formación de los religiosos, los progresos de los centros educativos, la marcha de todos los asuntos. Procedieron a los nombramientos y a los cambios de empleo, salvo en lo que se refería a los puestos de director, que el Superior General se reservó proveer. Y algunas cuestiones —administrativas y financieras, o que atañían a la conciencia de los religiosos— quedaron sometidas al examen y a la decisión del Régimen.

Primera descentralización, o, más justamente, “desconcentración”, para servirnos de un término corriente en el siglo pasado. No existe, en efecto, desmembramiento del

poder supremo: los Visitadores no reciben más que una delegación parcial, secundaria, y siempre, además, revocable.

Su carga es pesada, sus viajes, continuos y fatigosos, su correspondencia, multiplicada; pues necesitan verlo todo y saberlo todo, resolver diversos problemas planteados por los Hermanos directores, tomar decisiones sobre diversas dificultades entre éstos y sus auxiliares, entre los fundadores o bienhechores de escuela y los maestros, mantener o restablecer buenas relaciones con las autoridades civiles, universitarias, eclesiásticas.

Y el territorio que se les asigna se extiende muy lejos. Demasiado lejos, se puede decir, en razón de la lentitud de las comunicaciones, de la incomodidad y de la insuficiencia de medios de transporte. Es la época en la que, en los límites —que hoy nos parecen estrechos— de un departamento, se despliegan completamente las energías de notables prefectos.

Los Visitadores lasalianos no le van a la zaga, en actividades, a cada funcionario. Pero el de París debe, además, obligarse a recorrer desde Nancy a Cherbourg, de Mézières a Blois... En ese espacio, se hallan diseminadas cerca de setenta y cinco casas, cuyos umbrales deberá franquear, conocer a fondo sus moradores, participando en los ejercicios religiosos y escuchando las confidencias de sus habitantes. El distrito de Toulouse es, originalmente, un feudo que desborda las fronteras del antiguo Languedoc: dieciséis departamentos —Haute-Garonne, Ariège, Pyrénées-Orientales, Aude, Hérault, Aveyron, Tarn, Tarn-et-Garonne, Lot, Lot-et-Garonne, Dordogne, Gironde, Landes, Basses-Pyrénées, Gers, Hautes-Pyrénées— alimentan su noviciado; suministra maestros tanto a Burdeos, como a Bayonne y a Montpellier. Clermont sirve de capital a un territorio que, además de Auvergne, comprende Velay, Vivarais, Gevaudan, Bourbonnais, y el Limousin, incluso supera los confines de esas regiones.

Conviene escindir los bloques. Ya Burdeos lleva una existencia independiente de Toulouse, aunque se sigue practicando entre las dos ciudades intercambio de personal. En 1847, el Régimen decide la creación del distrito de Béziers, en 1850, del distrito de Rodez. Normalmente, atribuye a uno de ellos los departamentos nacidos del Bas-Languedoc y del Roussillon [870]. Trece comunidades forman inicialmente el nuevo grupo de Rodez: Rodez, Millau, Villefranche, Saint-Affrique, Espalion, Saint-Geniez, Mur-de-Barrez, Martel, Cahors, Najac, Saint-Céré, incluso hasta nueva orden, Meyrueis en Lozère y Saint-Antonin, en el Tarn-et-Garonne. En 1851 se esboza un noviciado [871]. Lo mismo sucede en Burdeos, ese año. Béziers no abrirá el suyo hasta 1856. De Toulouse dependen aún, por esa época, unos cuarenta establecimientos, en mayor parte agrupados en Haute-Garonne y Ariège.

En el mes de agosto de 1851, veintitrés escuelas son desligadas de Clermont: se reparten entre Moulins y el Puy [872]. En 1852, Aviñón cede a Marsella veintiséis comunidades gestionando casi el doble de escuelas, el Bouches-du-Rhône, Var, Basses-Alpes y Hautes-Alpes [873].

Los días siguientes a la ley Falloux marcan la fecha de la mayoría de esos cambios. La libertad posibilita todas las esperanzas: hay que tener en cuenta el rápido incremento de las fundaciones escolares; hay que prepararlo mediante una organización juiciosa, en marcos apropiados. En el oeste, tenemos el distrito de

Ruán, únicamente compuesto por las casas de la Seine-Inférieure; posteriormente el Calvados y la Mancha se convertirán, enseguida, en el distrito de Caen. Esa parcelación, demasiado marcada, durará hasta 1867. Los tres departamentos normandos pasarán entonces bajo el cayado de un solo pastor [874].

Gracias a la solicitud del Hermano Philippe, la geografía administrativa de la Congregación se encuentra precisada, por no decir definitivamente fijada. Los distritos de Francia, en 1861, son, por orden alfabético: Ajaccio, Amiens, Arras, Aurillac, Avignon, Bayonne, Beauvais, Béziers, Bordeaux, Caen, Clermont-Ferrand, Dole-Besançon, Le Mans, Le Puy, Lyon, Marseille, Moulins, Nantes, París, Quimper, Rodez, Ruán, Saint-Omer, Thionville, Toulouse. Se sobreponen a todas las regiones de la metrópoli. Las posesiones coloniales, por su parte, las volveremos a encontrar en el mapa del mundo lasaliano, entre las “provincias” del exterior.

Bajo la autoridad de los Hermanos Asistentes —entre los cuales el Superior General distribuye provincias y distritos, no según un plan preconcebido, sino teniendo en cuenta antecedentes, aptitudes, conocimientos lingüísticos— los puestos de Visitadores ponen de relieve a las personas más brillantes y más sólidas de la familia lasaliana. En Toulouse habíamos saludado ya al Hermano Claude, sobresaliente durante su permanencia en Bélgica. El prudente Hermano Lucil vincula su recuerdo a los inicios del establecimiento en Rodez; no se encargará de ello más que dos años, así como su reemplazante, el Hermano Judore. Pero, en 1854, se inaugura el largo y vigoroso gobierno del Hermano Jurson; el hombre se muestra a la altura de su misión: capaz hasta de dominarla gracias a su experiencia de antiguo Asistente, por la amplias concepciones de su mente. Enseguida descubre lo que puede dar al Instituto ese Rouergue de hogares poblados y cristianos, de costumbres patriarcales, de creencias profundamente arraigadas. Allí, las vocaciones religiosas germinan en abundancia: el Hermano Visitador, siempre respetando las preferencias y las decisiones de las almas, llama a los jóvenes a centenares para su noviciado. Su juicio muy certero los elige, los dirige, los utiliza. Su cultura personal y su muy clarividente cordura los provoca, los anima hacia los estudios. Numerosos son los futuros maestros que se presentan con éxito a los exámenes del certificado elemental y del certificado superior. Su jefe no los reserva celosamente para su distrito: de la casa que instaura definitivamente junto al pensionado de Saint-Joseph, en 1857, Hermanos, bastante bien provistos de ciencia y con la conciencia bien dispuesta, parten hacia todas las regiones que solicitan la difusión de la enseñanza católica, especialmente hacia París, hacia Burdeos [875].

En la capital del Suroeste, acentúan sus progresos pedagógicos y religioso bajo el impulso del ilustre Hermano Alphonse. Éste, como sabemos, goza, en toda la región de Burdeos, de una inmensa popularidad, de una situación verdaderamente excepcional; ejerce su ascendiente sobre los magistrados civiles, sobre el entorno profesoral, sobre la élite social; arrastra a sus subordinados en una estela luminosa.

En Bretaña, se venera siempre la memoria “santa” del Hermano Valentin, Visitador de Nantes durante ocho años (1856-1864). El Hermano Osée le sucede al frente de ese hermoso distrito, que agrupa entonces diez departamentos: naturaleza fuerte, de “imperativo fluido”, este oriundo del Franco Condado trasplantado a orillas del Loira. Tuvo un éxito maravilloso como jefe del pensionado de Bel-Air. Bajo su ruda corteza late un corazón sensible, que ama a “esos nanteses” tan tiernamente como una madre. Su palabra, de timbre grave, de expresiones sazonadas, se eleva fácilmente

al entusiasmo o a la indignación; sacude, cautiva. Y su generosidad, su delicadeza, su piedad le merecen el respeto universal [876].

Su colega en Quimper se llama Hermano Dagobert: hijo de trabajadores bretones, ha permanecido siempre en su provincia natal, salvo un breve paso en Sables-d'Olonne. Rennes lo conoció como alumno, Vannes maestro. Nantes director de la escuela Saint-Pierre, Quimper en el pensionado del Likès... Trabajaré durante un cuarto de siglo al servicio del distrito creado en 1854. Desprendido, austero, apostólico, modelo para sus inferiores por su asiduidad al estudio, por sus gustos litúrgicos, por su muy viva devoción mariana [877]. París había asentado la reputación del Hermano Arthème, Hermano menor del Superior General. Después de la muerte del Hermano Agée, Clermont-Ferrand se beneficia con la actuación metódica, la energía realizadora de un religioso digno de su hermano mayor. El nuevo Visitador llega a Auvergne en el momento en que tiene lugar la indispensable división, de la provincia lasaliana extendida por todo el Macizo Central. Él conserva, junto con un noviciado floreciente, unas treinta casas y, sobre los 308 Hermanos que dirigía su predecesor, un conjunto homogéneo de 176 maestros y profesores, en ejercicio en los departamentos del Puy-de-Dôme, Cantal, Loire, Corrèze, Haute-Vienne y Creuse. Veinticuatro años de hábil gobierno (1851-1875) incrementarán hasta más de 400 la cifra de maestros, a cerca de 60 las escuelas, a 14.000 el total de los alumnos. Y Clermont como Rodez, seguirá siendo un importante centro de hermosas vocaciones y de vida religiosa [878].

Filial desprendida de la sede auverñesa, el Puy —cuya primitiva circunscripción comprende la Haute-Loire y la Lozère— manifiesta también un celo edificante, un espíritu totalmente conforme con la Regla del Fundador. El Hermano Paulinus, luego el Hermano Hugolin no ignoran lo que se puede esperar de esos montañeses trabajadores, bien plantados, contentos con su suerte, fieles a sus tradiciones, dóciles a la obediencia. Transforman un gran número de ellos en pedagogos de buena ley; no dudan en enviarlos a los cantones de difícil acceso, en medio de sus rústicos compatriotas. La vivienda será, muy a menudo, de extrema pobreza; el viento soplará muy duramente; la nieve obstruirá los caminos. En ese clima, en ese aislamiento, las pequeñas comunidades se mantendrán firmes: heroicas, como en el caso del Hermano Benildo; orientándose, a imitación de este modelo, hacia la total abnegación, hacia la entrega sin recompensa terrestre. Por el valor de sus personas, por los resultados obtenidos y siempre tangibles tras tres o cuatro generaciones, se puede juzgar la inteligencia, la perseverancia y la fe de los iniciadores [879].

* * *

Éstos, en todas partes, se esfuerzan por acercar a sus discípulos al ideal lasaliano. A decir verdad, las circunstancias y los tiempos suscitan a veces obstáculos a su buena voluntad. La multiplicación de los centros educativos exige un reclutamiento intenso; se corre el riesgo de admitir postulantes de mediocre calidad, con el fin de mantener el personal docente al nivel de las necesidades escolares. Una preparación sin prisas supliría algunas lagunas de enseñanza elemental; un año completo de noviciado sería el periodo mínimo requerido para iluminar las jóvenes conciencias sobre todos sus deberes, para asegurar a las vocaciones una base inquebrantable. A algunos Hermanos les ocurría que eran rápidamente separados de sus formadores. Armand Le Lièvre, pequeño campesino de Normandía, debuta como maestro adjunto en Caen, en el “barrio” de Vaucelles, en 1864, menos de seis

meses después de haber tomado el hábito y recibido el nombre de Hermano Aucte [880]. Adolphe Relaut, entrado en el noviciado de París el 1º de abril de 1866, no permaneció en él más que el tiempo establecido por el derecho canónico: “si alguna cosa le faltó al Hermano Adolphe-Marie, llegado a su hermosa madurez, ¿no sería ese perfecto equilibrio entre la vida activa y la vida contemplativa que únicamente el retiro, la soledad establecen?” [881]

No obstante, tanto el Hermano Adolphe como el Hermano Aucte llegaron a ser excelentes religiosos. Bajo la influencia de sus directores, en comunidades regulares, su natural generosidad se desarrolló en una donación total al servicio de Dios. Pero no cabe duda que les hubieran ahorrado muchos pesares, muchos momentos preocupantes, si no hubieran sido lanzados a la pelea, como los “Marie-Louise” [882] de 1814, cuando apenas habían aprendido a manejar las armas.

Al lado suyo, ¡cuántos jóvenes combatientes improvisados flaquearon, sucumbieron! Pedagogos obligados a instruirse mientras daban sus clases, niños ayer, desalentados en su oración, invadidos por la nostalgia, a los cuales el yugo de la obediencia y los golpes de la existencia parecen insostenibles... Los hay que dudan en comprometerse definitivamente. Han emitido los “votos trienales” habituales en la Congregación o, después de 1858, votos de un año, introducidos por el Capítulo General de ese año y que el rescripto pontificio del 6 de mayo de 1859 ha declarado válidos [883]. No los han renovado. Sin convertirse en profesos, un número bastante grande de ellos no abandonan ni las escuelas ni a sus cohermanos; persisten en vivir bajo el hábito y el cuello lasaliano: son llamados “novicios empleados”. No se exponen a ninguna censura; su conducta exterior, ante los ojos de la gente del mundo, y hasta, de ordinario, su piedad, para observadores más expertos, no se distinguen en nada de los edificantes ejemplos dados por los demás hijos del Sr. de La Salle. No obstante es una categoría especial, híbrida, elemento inestable, que la familia monástica se propondrá hacer desaparecer para conservar todo su vigor, y sin esperar el momento en que la Santa Sede dicte leyes más estrictas.

Las condiciones en las que se ejecuta el trabajo escolar, los horarios sobrecargados impuestos a los maestros, las fatigas de una enseñanza impartida a veces a cincuenta o sesenta alumnos, no facilitan nada, para algunos, la observancia de las Reglas. Algunos Hermanos directores se dejan desbordar por las preocupaciones administrativas; sus subordinados se ven distraídos en la meditación y en la oración, por la lección que tienen que preparar, el examen que ellos mismos deberán efectuar. En los pensionados, sobre todo cuando se comienza con un personal reducido a algunas unidades, la tarea parece absorber las mentes. Por ejemplo, en Béziers, antes del Hermano Leufroy. Al volver de Italia, el Hermano Asistente Abdon visita el establecimiento; interroga a los profesores: “¿Son ustedes fieles a sus ejercicios?” —El descanso se les escapa, responden. Oración de la mañana con los alumnos, en el dormitorio. Y, el resto del día, no abandonan nunca a los alumnos: el examen particular, de lectura espiritual, a su parecer, serían totalmente imposibles.

El Superior General, seguramente, se inquieta por esas deficiencias. Como lo dijo a la Comisión extraparlamentaria en 1849 [884], él desearía frenar el desarrollo apresurado del Instituto, teme la afluencia de candidatos mal informados sobre las obligaciones religiosas, de maestros apenas preparados. Lo que pretende impedir, a partir de entonces, es el insuficiente aprendizaje del personal en las casas de escuela, en medio de cohermanos de edad y de cultura diversa, demasiado

ocupados por su enseñanza, o poco aptos para cuidar las vocaciones nacientes. A falta de cosa mejor, hubo que resignarse, en diversos lugares, a ese sistema, cuando se esbozaba la restauración de la Sociedad. Progresivamente ha desaparecido ante la multiplicación de los noviciados.

Abrir casas de formación autónomas, cumplidamente instaladas, que posean una capilla, colocadas bajo una autoridad paternal, afectuosa y firme, formadas según el modelo y totalmente penetradas de la espiritualidad de los antiguos establecimientos de Reims, de Vaugirard, de Aviñón, de Saint-Yon, tal fue el pensamiento de los grandes reorganizadores lasalianos, después del Hermano Frumence. Su sucesor no deja de imitarlos. Imagina, en 1849, la creación de nuevos centros: la puesta a punto de los distritos, el papel adquirido por los Hermanos Visitadores rinden urgentes y más fáciles esas realizaciones, que, además, se ven alentadas por los poderes civiles.

En 1851, se fundan los noviciados de Metz, de Bourges, de Rodez, de Talence cerca de Burdeos, de Caen. Una nota escrita, el 23 de abril de 1852, por el vizconde de Melun, entregada por él al príncipe-presidente y comunicada, el 3 de mayo, al Consejo de Ministros, señala el funcionamiento de quince noviciados de los Hermanos en el territorio francés. El autor certifica que, de esas casas, podrían salir anualmente unos cuatrocientos sujetos, si las subvenciones garantizaran el mantenimiento de las incorporaciones [885]. De hecho, Napoleón III manifestará su interés por dicha obra [886].

El dinero no es suficiente, sin el esfuerzo de las voluntades, sin la cooperación de los maestros y de los discípulos a la gracia divina. Pero, precisamente, el Régimen elige, para dirigir a los novicios, a religiosos muy calificados. Bajo la guía de semejantes hombres, una masa imponente de educadores cristianos permanece fiel a los principios del Fundador. De ahí surge una élite capaz de escalar las cumbres de la santidad: “cordada” ininterrumpida, que se enlaza con los guías más experimentados, los más intrépidos, y que, en su seguimiento, conducirá sobre las rocas y los glaciares de los “consejos evangélicos” a los equipos listos para todo tipo de generosidad, hasta la inmolación.

Ya, casi desde el inicio del siglo, los de Toulouse han tomado la cabeza del movimiento. Su noviciado se ha fortificado gracias a los cuidados de admirables expertos en almas, herederos del Hermano Bernardin: el Hermano Seurin, luego el Hermano Victor, el Hermano Aduacte, el Hermano Julien. En 1819, el Hermano Victor dirigía a una veintena de adolescentes. Apenas se sentía el hermano mayor de sus alumnos; dio pruebas de una sensatez superior a su edad; e hijos espirituales que se llaman Hermanos Floride, Jurson, Libanos, Judor, dan testimonio en favor de su celo apostólico [887].

El Hermano Aduacte —Gilles-Joseph Dethier— belga de Fléron-lez-Liége, se había presentado al noviciado de Namur, con ocasión de la llegada de los Lasalianos a su patria. Expulsado por la persecución neerlandesa, se consagró a los niños de Francia. Su antiguo director, el Hermano Claude, apreciaba las elevadas virtudes del exiliado: lo hizo llamar a su lado, primeramente en Nantes, luego en Haute-Garonne. El Hermano Aduacte, hombre del Norte con energía concentrada, imprimió su marca sobre los candidatos de la región pirenaica, como el Hermano Irlide, sobre los del Languedoc, como el Hermano Esupérien, sobre los provenzales, como el Hermano

Louis-de-Poissy: pléyade de superiores mayores, cuyo brillo recae sobre el humilde y profundo religioso que los formó [888].

En él sus discípulos veían “una encarnación del espíritu del Instituto”. Se pinta a sí mismo, en toda la fuerza de su carácter y en su habitual sobriedad de lenguaje, cuando, al recibir en Toulouse a Adrien Mas —el futuro Hermano Exupérien— en 1847, en medio de las tristezas del asunto Léotade, se dirige al joven postulante de Béziers en estos términos: “Amigo, nos llega usted en muy mal momento; pero es una buena ocasión de mostrar a Dios su amor. Cuando los servidores de Jesús son humillados es cuando es mejor seguirlo llevando la cruz con Él” [889].

Del Hermano Aداucte al Hermano Julien, perfecta continuidad. Thomas Boyancé, girondino nacido en Bieujac en 1823, fue criado por una madre eminentemente cristiana y por un tío sacerdote, que le hizo entrar en el seminario de Burdeos. Después de varios años de estudio, declara a los suyos que su verdadera vocación le conduce hacia el Instituto del Sr. de La Salle. Sale triunfante de las bien comprensibles resistencias. Novicio en Toulouse, permanece al lado del Hermano Aداucte, se empapa de la doctrina y de los métodos, imita la austeridad de su director. A ello añade la llama de su temperamento personal, los recursos de su cultura clerical, el atractivo de su educación, de su noble fisonomía, de su prestancia. El coadjutor sucede al titular en 1850. No tiene más que 27 años: esa juventud no quita nada a la confianza que inspira al Hermano Claude, al respeto que merecen sus talentos, su aspecto grave, su palabra severa. Su carrera no será prolongada; hasta 1861 en Toulouse, para ir a morir en Marsella, en 1864, director de otro noviciado [890].

Intenso trabajo el de los maestros asignados al semillero del Languedoc. En dieciocho años, el Hermano Aداucte recibió más de 1.200 postulantes: la cifra de las admisiones no cesó nunca de crecer; de 21 en 1831, se eleva a 70 en 1840. El máximo se alcanza, cuatro años después; 145 jóvenes toman el hábito religioso, en esa fecha [891]. La Revolución de 1848 sólo interrumpe momentáneamente la aportación del Sur de Francia católico. Entre aquellos Lasalianos de otro tiempo, sometidos a una vigilante y estricta disciplina, a todas las exigencias de una verdadera vida monástica, varios han honrado en gran manera a su Congregación; además de los tres novicios del Hermano Aداucte, cuyos nombres ya hemos citado y que ocuparon puestos eminentes, podemos recordar que de Toulouse surgieron: el Hermano Lucard, director de la escuela normal de Ruán, escritor de los anales del Instituto; el Hermano Asistente Junien; el Hermano Jaime, Visitador en Mans, en Amiens, en Bélgica; el Hermano Liguori, Visitador en Canadá, luego en Londres; el Hermano Liacim, procurador general; el Hermano Jean-Népomucène, director en las Indias; el Hermano Justinus-Marie, organizador de las escuelas de España [892].

Las virtudes florecieron en una atmósfera de fervor; las personalidades más diversas y las más fuertes supieron tomar allí conciencia de sí mismas, ser capaces de las iniciativas y de las adaptaciones más variadas, captar —en el ejercicio cotidiano de la obediencia— la noción de la autoridad. Un pueblo de espíritu despierto, de inteligencia abierta, pero que fácilmente, hubiese sido sospechoso de escabullirse de las duras obligaciones y seguir la pendiente hacia el capricho individual, hacia las temeridades de gestos y pensamientos, dio sin escatimar, sus hijos a la muy ortodoxa, muy austera, muy laboriosa Sociedad creada, en otros climas, por el canónigo de Reims. La región de Toulouse, después de haber recibido, al final del

siglo XVIII, la herencia espiritual de Juan Bautista de La Salle, naturalmente, la ha mezclado con el sabor del terruño: comunicó al árbol un nuevo vigor, produjo los frutos abundantes y ricos de sustancia que deseaba el santo Fundador. En consecuencia no hay que sorprenderse de que éste haya encontrado, suscitado, allí, algunos de sus continuadores auténticos. A pesar de las amputaciones sufridas por el distrito, en 1851, luego en 1856, en favor de Rodez, de Burdeos y de Béziers, el reclutamiento no disminuye en absoluto durante el periodo del Segundo Imperio. En el registro de las entradas en el noviciado, se advierten —del 3 de septiembre de 1851 al 11 de julio de 1853— sobre 100 vocaciones, 28 suministradas por Haute-Garonne, 12 por Aude, 11 por Ariège, otras tantas por Hérault, así como por Tarn, 10 por Hautes-Pyrénées. Guardando esas proporciones, el esfuerzo se mantiene. Las perseverancias definitivas no son, es cierto, más que 39, una vez eliminados los “impropios” y desaparecidos los que fallan: pero es el residuo que toda familia espera sufrir, sobre todo cuando tiene que recurrir a candidatos muy jóvenes, cuando la práctica de los votos perpetuos no se generaliza totalmente y que su vencimiento no se encuentra completamente fijado [893].

Anotémoslo, dos grandes corrientes, surgidas del Rouergue y de los países vascos, van tomando su andadura propia de ahora en adelante. Burdeos y Bayonne captan la segunda sin debilitarla. Rodez ofrece al Aveyron la salida muy cercana, entre márgenes sólidamente construidas. Su noviciado, primeramente albergado en los pabellones de la escuela municipal, luego transferido, por poco tiempo, a Espalion, vuelto, durante tres años, a la sombra de la torre de Notre-Dame, se instala finalmente con toda la amplitud conveniente para numerosos efectivos. Se presentan unos cincuenta postulantes, en cada renovación del ciclo de ejercicios. Los cantones que rodean la capital suministras muchos de ellos: y muy raramente, esos adolescentes, “miran hacia atrás, después de haber puesto la mano en el arado” [894]; sus padres los han habituado a la docilidad, a la constancia. Sus formadores religiosos los ven modelados ya para el trabajo, la oración, la alimentación frugal, las camas rústicas. Aunque los caracteres se muestran a veces replegados, si el equipaje intelectual parece demasiado somero, los músculos y las almas tienen buen temple, las inteligencias son susceptibles de desarrollo. Un metal resistente y puro se desprende de la ganga, incluso un metal precioso. En 1869, el hijo de un jornalero, natural de la aldea de Comps, seguirá las lecciones del maestro de novicios, el Hermano Innocent-Joseph; amará a ese educador que, “mediante sus cuidados individuales y los consejos apropiados, repara las lagunas” de sus discípulos [895]; por su parte, él completará una instrucción cuyas bases se fueron estableciendo pacientemente, indestructiblemente establecidas en la escuela del barrio Saint-Amans; se adherirá para siempre a la Regla, “principio de vida, felicidad de los corazones”; sin quejarse de las rígidas “amonestaciones”, de las “penitencias públicas”. Al término de ese camino, Antoine Lafabrègue se convertirá en el Hermano Superior General Imier-de-Jésus, poderoso en palabras y en obras [896].

Tanto por la cantidad y calidad del reclutamiento, como por la difusión de los maestros lasalianos a través de Francia y en el extranjero, Le Puy rivaliza —casi victoriosamente— con sus vecinos meridionales. Su casa de formación, abierta, el 1 de julio de 1850, en los antiguos edificios de Gouteyron, adquiere su verdadero rostro y su necesaria dimensión en 1854, del otro lado de la peña del Puy, sobre una propiedad anteriormente de los Carmelitas. Los futuros Lasalianos se sucederán allí a centenares, unos reservados para el país natal, otros destinados a integrarse, al

cabo de algunos meses de pruebas, en el gran noviciado de Paris o a cualquier otro centro donde las vocaciones no satisfacen las exigencias de los establecimientos. A partir de 1869, la larga y decisiva influencia del Hermano Passarion, venerado patriarca, asegurará el futuro de ese pueblo elegido, tribu de Judá en medio de Israel.

Ochocientos treinta y nueve jóvenes recibieron, en Clermont-Ferrand, el hábito y el cuello blanco, desde 1851 a 1875. El noviciado, desde sus comienzos en 1816, tuvo todo el apoyo de los obispos y del clero. Aubergne, esa “tierra de buenos espíritus” —como la llama san Francisco de Sales— se muestra generosa con el Instituto. Sus curas envían a numerosos de sus mejores feligreses a los “Jacobinos”; es el nombre conservado por el antiguo dominio conventual donde se forman los maestros de las escuelas cristianas. Sustrayendo a aquellos a quienes una obediencia ha conducido hacia otras regiones, y a los 69 fallecidos prematuramente, el distrito puede emplear a 686 individuos: pero 320 no perseveraron. Proporción más considerable aún que en Toulouse, síntoma de una cierta debilidad humana, innegable efecto de esa preparación, un tanto breve, que ya señalamos, que la solicitud de los Visitadores, de los directores no bastó a compensar; será importante buscarle remedio [897].

Entre las provincias francesas que proporcionan a la familia lasaliana un contingente muy apreciable, ubiquemos Saboya, Franco-Condado, Bretaña, Normandía. Charbéry pone de relieve al Hermano Ursano, quien, buen psicólogo, discernía los corazones y los talentos, antes de conservar junto a su cátedra profesoral a discípulos ardientes, originales, tales como el Hermano Vighert-Louis [898]. Los del Franco-Condado no cesan de predicar con el ejemplo: despliegan al servicio de la Iglesia y de los pobres una buena voluntad, una actividad más amplia aún que en los tiempos de su primer noviciado en Dole. Esta ciudad del Jura, uno de los “seminarios” lasalianos del siglo XVIII, no recupera sin embargo más que desde 1858 a 1861 a los neófitos de la Congregación. Besançon la suplanta primeramente, luego Neurey, cerca de Vesoul. Finalmente, después de tres años de una instalación precaria el noviciado regresa y se fija en su centro de Doubs [899].

El Hermano Pionius, uno de los excelentes religiosos que nacieron en Bas-en-Basset, en Haute-Loir, forma para el Instituto, desde 1848 a 1854, a los jóvenes de Nantes según los principios recibidos por él en la casa de Lyon. Desempeñará idéntica tarea en Normandía, desde 1855 a 1867. El Hermano Visitador Robustien, en 1851, resucitó el noviciado de Caen, cuya existencia efímera, en la época de la Restauración, se había concluido en 1826. Los superiores le enviaron, desde la calle Oudinot, al Hermano Albanus, con seis alumnos, ya formados, en parte, en la Casa Madre; a ese núcleo se suman, algunos meses más tarde, dos postulantes de la Manche y del Calvados. El pequeño grupo se alojó en las buhardillas del edificio en el que residía la comunidad, en la calle Geole: faltaba el espacio, la independencia, un mínimo de bienestar. El distrito no había podido destinar más que unos recursos bastante limitados; aún así las asignaciones decididas por la municipalidad y la prefectura le ayudaron a cubrir los primeros gastos. En ese “desván”, 260 vocaciones germinaron, hasta 1870; es decir una modesta media de 13 por año. La diócesis de Cuotances, ella sola, dio un centenar; Rouen, 62; Bayeux, 34; Sééz, 10; Evreux, 6. Los restantes representaban la aportación de diversas provincias. En el momento del compromiso definitivo, se pudieron contar 216 nuevos Hermanos. La herencia de una señora de Lisieux, Sra. de Cordemanche, iba a permitir, con la

compra del “Recinto de la Misión”, en Hérouville, el desarrollo de la obra sobre una propiedad muy hermosa [900].

* * *

Una visión general de los noviciados fundados fuera de Francia —por ejemplo, el de Namur, que el Hermano Nonce, émulo del Hermano Aduacte, dirigió durante más de veinticinco años— se agregará, como es natural, a la historia mundial de la Congregación. Queremos terminar nuestro estudio actual sobre la principal casa de formación: la que funciona en París, justamente en presencia del Hermano Philippe. La misma, reunió, en los años más prósperos, 120, 140, hasta cerca de 180 candidatos [901]. Dio impulso a grandes virtudes, a hermosos destinos. Dirigida, durante toda la duración del generalato, por eminentes maestros, los Hermanos Bertin, Exupérien, Alban-Joseph, su alma refleja sobre todo el alma del segundo de ellos, asociado al Hermano Bertin en 1859, único director desde 1860 a 1873, y cuyo auxiliar será el Hermano Alban, posteriormente su heredero espiritual.

Trataremos aquí de trazar un primer esbozo de esa ascética y muy noble figura, que ya no cesaremos de encontrar a lo largo de todos los acontecimientos del siglo XIX hasta su ocaso [902].

Adrien-Jean-Félix Mas nació en Poujol, en el departamento del Hérault, el 7 de junio de 1829. Hijo de una familia acomodada, se convirtió, desde 1840, en Béziers, en uno de los alumnos del pensionado dirigido por el Hermano Leufroy. Adolescente, se abrió a la influencia del Hermano Exupère, sucesor del Hermano Leufroy en 1844. Su maestro no pudo dejar de notar la inteligencia de gran envergadura, el carácter recto y firme, una voluntad a la vez poderosa y muy dócil a la gracia de lo alto, desde su despertar. Adrien Mas reunía verdaderamente los dones más envidiables: su fisonomía grave y distinguida dejaba transparentar su valor de ser excepcional. Sus compañeros no dudaban en reconocer en él a un jefe, un modelo: lo eligieron, en 1845, como prefecto de la Congregación de la Santísima Virgen; se alegraron, al año siguiente, al verlo como presidente de su academia literaria.

Estas líneas constan en el registro de la Congregación Mariana del pensionado, en el año 1847 [903]: “Emprender... el elogio del Sr. Mas, nuestro antiguo prefecto, sería un cosa superior a nuestras fuerzas... Digamos no obstante, para edificación de quienes [nos] lean, y para dar satisfacción al deseo de nuestro corazón, que después de haber desempeñado dignamente la tarea que le fue confiada, después de habernos edificado a todos con sus saludables consejos, su conducta irreprochable, su piedad sincera, su ejemplar obediencia, en fin, por los buenos ejemplos que nos dio en toda circunstancia, este virtuoso joven, movido por la inspiración divina, fue a recluirse en el noviciado de los Hermanos de Toulouse...” [904]

Estilo solemne de la época... Expresa, además, muy justamente el respeto, la reverencia profunda, que el joven “veterano” del pensionado inspira a sus cadetes. Sus dieciocho años tienen ya la seriedad de la edad madura. Un rayo de santidad se desliza sobre esa frente.

Adrien tuvo que vencer la oposición de su familia. Su padre formuló un *veto* irrevocable. Luego la muerte se llevó al Sr. Mas. ¿Podía el hijo añadir al duelo de los

suyos el dolor de su partida? En su memoria y en sus labios, sin embargo, seguía persistiendo el texto del Evangelio: “¡Quien ama a sus padres más que a mí...” Y la madre acabó cediendo.

El 28 de agosto de 1847, el futuro Hermano de las Escuelas Cristianas superaba brillantemente, en Montpellier, el examen del certificado superior. El 12 de septiembre, abandonó Pujol, después de conmovedoras escenas. El 14, en compañía del Hermano Exupère, llegaba al antiguo edificio del P. Bernadet.

Ya hemos relatado su encuentro con el Hermano Aduacte. Es fácil imaginar que fue seguida por charlas numerosas e íntimas. El Hermano Exupérien —el nombre es un testimonio de afectuoso agradecimiento hacia el maestro de Béziers— entra con gran impulso, en las sendas de su nuevo guía: oración, humildad, caridad, mortificación...

Pero no por eso olvida que su amor de Dios y del prójimo deben manifestarse no en un claustro, sino en las tareas de la enseñanza. Su Superiores no colocarán su luz debajo del celmín; Béziers, donde brotó, se iluminará con ella durante once años. Ahí tenemos, en sus comienzos, al profesor bajo la guía del Hermano Leufroy, nuevamente director del pensionado. No tardará mucho en verse responsable de la primera clase.

Ciencia, elocución, arte de gobernar, posee las cualidades necesarias. ¿Cómo iban a permanecer insensibles sus oyentes a esa palabra precisa, impresionante, voluntariamente insistente, a esa mirada luminosa, bondadosa, que los fija a través del tenue prisma de sus gafas? Además, nadie podría ignorar el prestigio moral y religioso del Hermano Exupérien. Es una persona discreta, con una amable sencillez, una educación exquisita; y a veces se digna sonreír. Pero lo sobrenatural inspira sus conversaciones; heroicas virtudes se adivinan bajo la calma de su rostro.

La fama del religioso del Languedoc ha llegado hasta París. El Hermano Philippe ha oído hablar de una colección de “Meditaciones” que su autor destina para uso de los Lasalianos. Una visita al pensionado le proporciona la ocasión de apreciar la medida de esa persona de élite. Luego, lo enviará, por algún tiempo, a la Casa Madre. Al comienzo de 1859, se lo quita para siempre a Béziers.

La actuación del Hermano Exupérien va a ejercerse sobre un terreno más amplio. Queda definida en la oración que se extraerá —medio siglo después— del “diario” de sus retiros espirituales:

“Dios todopoderoso..., me comprometo a ofrecer, cada día, a vuestra divina majestad mis sufrimientos y mi vida por la salvación de las almas y, en particular, por la santificación de nuestro Instituto”.

Ser un santo, suscitar santos, dar a Juan Bautista de La Salle una posteridad que, por medio de la Regla y por la imitación del Fundador, lleve al Hermano a poder alcanzar la perfección cristiana; en adelante, llamado a trabajar al lado del Superior General, no se propondrá otra finalidad.

No recibe inmediatamente título oficial, tarea claramente delimitada. Pertenece a la comunidad del Secretariado general, que dirige el Hermano Léon; colabora en un

manual de piedad que aparecerá bajo el nombre del Hermano Philippe. Pero, poco a poco, se va introduciendo en el Noviciado: la juventud presta oídos atentos a sus conversaciones, a sus conferencias; el Hermano Bertin solicita; estima en todo su valor esa colaboración. Así es como, el 19 de diciembre de 1859, el Hermano Exupérien ocupa, al lado del maestro de novicios, la categoría de “pro-director”. Cuatro meses más tarde, se convierte en totalmente responsable de la formación de las almas lasalianas.

Cada día se inclina hacia ellas, las instruye, las exhorta. Sus discípulos, antiguamente, lo evocaban ante nuestros ojos en sus actitudes habituales: “De pie, las dos manos en las mangas del hábito, sin un gesto durante diez minutos, procediendo mediante afirmaciones rápidas, por imágenes pintorescas e imprevistas, con amenazas y profecías, predicador austero de la renuncia, de la inmolación total” [905]. Le gusta llevar los temas, o al menos las conclusiones de sus charlas hacia esas ideas esenciales, fondo de su doctrina, inspiradoras de sus actos. Esa elevación, esa severidad de lenguaje no dejan de desconcertar a un buen número de aquellos que lo escuchan. Se asustan de la distancia a recorrer, de los obstáculos a superar: siguen, un poco vacilantes, la mano que, de golpe, se pone en movimiento y puntualiza las frases capitales; y con una veneración mezclada de temor, descubren el puño cerrado por un apretado cilicio... Probablemente se desanimarían si, en las relaciones personales, su director no les pareciese muy humano, dispuesto a ayudarles, a elevarlos. Se sienten expuestos al encanto de su espíritu cultivado, de su sensibilidad, contenida pero no ahogada, de su imaginación original y fresca. Las oraciones, las gestiones, los sacrificios que el Hermano Exupérien multiplica por ellos, no permanecen ineficaces: les han hablado del Hermano Irénée, aquel hijo predilecto del Sr. de La Salle, ilustre modelo de todos los maestros, en los noviciados; lo reconocen en su jefe: idéntica grandeza de alma, igual abnegación, desprendimiento tan completo de las comodidades, de los intereses, de las curiosidades del mundo, similar piedad hacia la Santísima Virgen. El punto de partida es diferente: François du Lac había salido del pecado para caminar hacia Dios; Adrien Mas, desde la infancia, a progresado con el corazón en paz, ha dominado constantemente el orgullo y los sentidos. Los dos alcanzan las cumbres *sub signo fidei*, bajo la estrella simbólica de su Instituto. Y su atracción, aunque no puede ser todopoderosa sobre las conciencias libres, se ejerce osadamente, enérgicamente, sobre los espíritus de media altura, incluso sobre los retrasados que se estancan en la llanura, pero que buscan, de buena fe, el acceso, a “la vía estrecha” del Cielo.

Existen, en la Casa de la calle Oudinot, algunos intrépidos capaces de abalanzarse, casi de un brinco, hasta el punto donde su Jefe los invitaba a alcanzarlo. *¿Quis ascendet in montem Domini?* “Aquel que ha conservado puros su corazón y sus manos; que no ha recibido en vano su alma”. [906] Después de una mención sobre el Hermano, Attique, profesor en el noviciado de París desde 1855, que desempeña, a la perfección, modestos empleos, admirablemente modesto, penitente, y aún así siempre alegre, transcribamos lo que dice el Hermano Exupérien de sus dos principales colaboradores: “Aunque no tuviese que formar más que al Hermano Alban-Joseph y al Hermano Bérain-Denis, ya sería mucho. Ellos son mis ojos, mi mano y mi corazón. Quiero identificarme con ellos por mi comunidad de objetivos, de esfuerzos y de méritos”.

El Hermano Alban-Joseph es dueño de una hermosa naturaleza, una tenaz voluntad, un gran sentido común. Mira de frente a la realidad, la utiliza hábilmente, teniendo siempre presente el ideal, y arreglándoselas para adecuarla a él. Complementa perfectamente a su director. Éste trabaja en flexibilizarlo, sin romperlo. Recomienda a su auxiliar la humildad suave, *in corde Jesu*. Los progresos del Hermano Alban aportan al Hermano Exupérien más que esperanzas, la certeza de haber descubierto, valorizado, perfeccionado, un apóstol, que se entregará, hasta el sacrificio total: hombre de acción, modelador de espíritus y de caracteres, que ejerce sobre los jóvenes, laicos o religiosos, una influencia completamente impregnada de oración. El Hermano Exupérien descansa sobre él en el futuro: según él, él mismo no desempeñaría más que el papel de precursor, desbrozando la espesura, igualando los senderos escabrosos: “Es necesario, escribe, que el Hermano Alban, crezca y que yo disminuya”.

De hecho, desde siempre, los dos Lasalianos no cesarán de perseguir y obtener juntos los mismos resultados. Como veremos, el hermano mayor no dejará de permanecer cercano de su sucesor. El Hermano Bérain-Denis, por el contrario, se extinguirá prematuramente, una vez cumplida su misión terrestre de la forma más espléndida, la más fecunda. Pierre-François Denis, hijo de un molinero, que es también bedel y campanero de Mesnil-Bruntel en Picardie, ha crecido a la sombra del santuario y servido de ejemplo, en la casa familiar, a siete hermanos y hermanas. Nacido el 29 de enero de 1841, entra en 1854, con trece años, en el noviciado menor de París. Toma el hábito el 21 de noviembre de 1857, y después de haber enseñado a los alumnos del Instituto, comienza en el gran noviciado, el 2 de diciembre de 1860, su obra de catequista, de profesor, de entrenador espiritual. En sus explicaciones, pone una lucidez que encanta, en sus exhortaciones, una gracia que inspira con delicadeza. Se alaba su prudencia, su tacto con respecto a los adolescentes, de quienes discierne sus aptitudes y adivina sus problemas y debilidades. Personalmente, sufrirá violentas pruebas de alma: “mártir místico de la divina purificación”. El Hermano Exupérien le dedica un profundo afecto y le apoya en medio de sus angustias. En las elevadas regiones de la conciencia, por encima de las “más terribles tormentas”, anota el maestro de novicios, reina en el Hermano Bérain la calma perfecta. Pronto, la luz ilumina todo el corazón del joven religioso. Nuestro Señor mantiene con él conversaciones familiares, y comunica, a ese privilegiado, consideraciones que el Hermano Exupérien se encarga de recoger. El P. Caubert, preguntado sobre el particular por los Superiores del Instituto responde: “No tengan temor sobre lo que encuentren de extraordinario en el camino interior” de su contemplativo; “lo que siente proviene del Espíritu Santo”.

Así se manifiesta lo sobrenatural en la familia lasaliana. Aunque el sagaz y santo Jesuita no hubiese hablado, la humildad del Hermano Bérain-Denis habría tranquilizado a cuantos le rodeaban sobre la proveniencia y el significado de los fenómenos que se producen en esa existencia. El Hermano Exupérien constata que sus propias relaciones con el amigo de Cristo “le forman mejor que todos los libros espirituales”. Cuanto más el místico avanza por los caminos de santa Teresa y de san Juan de la Cruz, “más se simplifica”. No queda nada de sus deseos, de sus inclinaciones humanas; actúa únicamente “movido por Dios”.

Muerto el 11 de noviembre de 1872, el Hermano Bérain se convierte, en el piadoso culto de los novicios y de su maestro, en un secreto inspirador de heroísmo, en un protector celeste [907]. *Adhuc loquitur*. ¿No servirán de garantía todas sus virtudes,

sus revelaciones, a la doctrina del Hermano Exupérien? Este puede sin reserva propagar sus propios opúsculos, sus folletos: *Recuerdo del Noviciado*, *Motivo de aliento a un Hermano joven*, *Agenda espiritual*, meditaciones diversas, “aguinaldos” para sus discípulos, comentarios sobre la devoción al Sagrado Corazón, a la Santísima Virgen, a las almas del Purgatorio...

Esa dirección espiritual se extiende más allá del noviciado. Los Hermanos que han pasado bajo la dirección de este formador no podrían sustraerse, sin perjudicar su perseverancia, su celo, a tan poderosa influencia. Los del distrito de París, especialmente, siguen siendo objeto de una necesaria vigilancia. Son muy numerosos, dispersos por múltiples escuelas; en la capital, se encuentran expuestos a diversos contactos profanos; respiran una atmósfera embriagadora, disolvente, a veces un aire febril. Los estudios, los éxitos de sus alumnos les preocupan: se desasosiegan, se agotan preparando concursos, en los que los brillantes beneficiarios de la educación cristiana deben obtener los primeros premios.

Todo ello son peligros para la modestia religiosa, para la fidelidad a la Regla. Con el fin de remediarlo, el Hermano Exupérien, de acuerdo con el Superior General organiza recolecciones periódicas: los “retiros de los jueves”, en la Casa Madre. Allí son convocados los lasalianos de las comunidades vecinas, maestros públicos o asignados a los establecimientos libres, por grupos bien determinados. Ninguna obligación, pero sí los consejos más apremiantes. Inicialmente con cierta sorpresa, hasta, para algunos, con un sentimiento de desconfianza, los llamados se movilizan hacia la calle Oudinot: 25, 30 Hermanos, a veces 60, 80 como máximo. Se entregan a una serie de ejercicios: oración mental, lecturas, vía crucis; se confiesan, si así lo deciden, con un franciscano, el P. Auguste; a menudo el Hermano Philippe pronuncia la alocución final. Y, mientras pasan las horas, el maestro de novicios se prodiga, para con sus antiguos discípulos; con los nuevos rostros, que se emocionan por su tierna acogida. En entrevistas personales, deja que fluyan las confidencias; en público, repite sus máximas favoritas. Durante seis años, de 1864 a 1870, y a razón de doce a quince reuniones por año, muchos religiosos, lanzados en plena acción profesional, debilitados, agobiados por las tareas cotidianas, recuperan el temple de su valor en las entrevistas y en las conferencias del Hermano Exupérien.

En 1873, el director del noviciado de París será elegido Asistente del Superior General. Desde ese elevado puesto, seguirá siendo guía de almas. Hasta el final, amará a los suyos con un gran amor, no deseando otra cosa sino aumentar el ardor de su fe, la irradiación de sus méritos, por medio de las iniciativas de su inteligencia, a precio de los sufrimientos de su cuerpo y de su corazón.

* * *

No conviene separar del “noviciado mayor” que prospera en la Casa de Saint-Joseph, una institución fundamental, la fuente de donde nace el río. Sin los “novicios menores”, el reclutamiento de la Congregación hubiera sido difícil; hubiera corrido el riesgo de disminuir tanto en valor como en número. Los niños muestran temprano señales de vocación: teniendo el consentimiento de las familias para educarlos en el hogar central de la Sociedad lasaliana, los Hermanos se crean una especie de filiación directa; transmiten a esos hijos de adopción la herencia completa del Padre. De ese modo una considerable élite de educadores y de jefes salió de ese medio no

estrictamente claustral, sino adaptado a las finalidades religiosas y pedagógicas del Instituto.

El Hermano Philippe captó toda la importancia: comunicó su convicción a los hombres de Iglesia, a todos los dirigentes de la opinión católica. Ya conocemos la organización y los miembros del Comité “para el noviciado preparatorio”. A partir de 1839, la marquesa de Dreux-Brézé consigue fondos en una venta de caridad o en la colecta que sigue al sermón predicado en favor de la obra. Varias veces, es el P. Ravignan que pone su elocuencia y su autoridad al servicio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Y el arzobispo de París, Mons. Affre, se muestra muy bondadoso hacia ellos.

Bajo tales auspicios, cabe esperar felices resultados. En 1840, en las clases primarias, 58 jóvenes profesores son los novicios menores de la víspera. En 1843 alcanzan la cifra de 136. Del arrabal Saint-Martin, los niños emigran a la calle Plumet. Tienen lugar las jornadas de febrero: el Superior considera necesario alejar a la mayoría de sus pupilos. Tan sólo una quincena muestran, con su presencia, que el establecimiento sobrevivirá.

En efecto, poco a poco, las adhesiones cruzan nuevamente el umbral de la Casa Madre; sus voces, en la capilla, sus juegos y sus risas en el recreo conmueven a los Hermanos ancianos, procuran a los más severos Asistentes, emociones gozosas, paternales. Unos sesenta justos antes de la Revolución de 1848, los novicios menores vuelven a esa cifra en 1851, progresan a más de 120 en 1855, superarán, en 1866, un total de 150. El Comité protector ha cesado de reunirse, desde el comienzo de la dictadura bonapartista: en gran parte formado por personalidades que desapruban el golpe de estado, consideró sin duda que su patrocinio podría perjudicar a la Congregación. Ésta mantendrá la obra, hasta nueva orden, por sus propios medios.

Acaba de confiar la dirección al Hermano Pierre-Célestin, aquél Pierre Fumet cuyos inicios señalamos como alumno en la casa del Santísimo Niño Jesús, cuya frágil y minúscula silueta evocábamos. El novicio menor de 1846, apreciado por el Hermano Philippe por el corazón, el espíritu, el talento que mostraba una carta dirigida a su familia de Saint-Étienne e ilustrada con hermosos dibujos, se ve —catorce años después— encargado de una misión verdaderamente excepcional: los grupos de niños antiguamente reunidos en Lyon, Aviñón, y por algún tiempo en Saint-Étienne, se han dispersado sin producir vocaciones duraderas. Únicamente subsiste el noviciado menor de París. Hay que conservarlo bien vivo, demostrar que en él (y por consiguiente, si es posible, en fundaciones similares) residen las mejores esperanzas.

El Hermano Pierre-Célestin va a dedicarle su actividad fácilmente desbordante, convertirse, durante treinta años, en el alma de la institución. Su aspecto enclenque, su rostro irregular, sobre un cuerpo bastante mal conformado, no le garantizaban el prestigio. Pero su lenguaje inspira confianza a los niños; su bondad los conquista; su enseñanza los entusiasma.

Desde los primeros días, aquellos provincianos llegados, unos del Velay, otros de Lozère —otros en menor cantidad, de Savoya, de Lyon, de Normandía, de Lorena— se sienten rodeados de afecto, se despojan de su timidez, algunos con muchas

lágrimas. No encuentran, entre los parisinos más despabilados, sino excelentes compañeros, y entre los veteranos de la casa, guías complacientes, atentos. El Hermano director mismo los ayuda a aclimatarse con su buen humor. Rápidamente se ponen al corriente del reglamento, listos para la oración y para el estudio. Su maestro desarrolla, en voz alta, el tema de la pequeña meditación matinal, que los iniciará, sin demasiada dificultad, a la oración mental. Les inculca una sustanciosa doctrina catequística, una muy sólida instrucción primaria. No tarda en prepararles para las futuras tareas: Hermanos de las Escuelas Cristianas, si perseveran en sus propósitos, los buenos métodos deberán inspirarles; no les son presentados *ex profeso*, pero cada lección se adapta a los principios en vigor en el Instituto. Cuando los novicios menores lean la *Guía* del Sr. de La Salle, las *Doce Virtudes* del Hermano Agathon, encontrarán en ellos ideas, costumbres bien conocidas.

Lejos, muy lejos del Hermano Pierre-Célestin las concepciones anticuadas, mezquinas, en materia de pedagogía. Aplica en la primera clase, el programa de las escuelas primarias superiores. Quiere que sus alumnos posean nociones bastante amplias, reciban una cultura, en la cual no se marchite ninguna de sus facultades. Se leen, en el comedor, obras diversas; se asiste a conferencias dadas por Lasalianos venidos del extranjero, de los países de misión. El noviciado menor crea un “museo escolar”, un gabinete de física. Visitas al jardín botánico, al Palacete de las Monedas, a los Invalides, completan los cursos de botánica y de zoología, de historia de Francia.

El artista, en Pierre Fumet, no podía perder sus derechos; quiere que la música ocupe su lugar en la educación: especialmente los cantos de Iglesia se ejecutarán cuidadosamente, con inteligencia. En cuanto al dibujo, es fácil imaginar que será su enseñanza predilecta, y su triunfo. La exposición universal de 1867 ofrecerá unos resultados sorprendentes, admirables. Para formar el gusto de sus alumnos, el director los lleva a Notre-Dame, a la Sainte-Chapelle; les explica detalladamente los frescos de Hippolyte Flandrin, en Saint-Germain des Près, en San Vicente de Paúl.

Algunos religiosos considerarán excesivo el papel asignado a la estética. Parece, en efecto, que el Hermano Pierre-Célestin haya, momentáneamente, cedido a sus inclinaciones. Y sin embargo, fue sin grave perjuicio para las almas de sus discípulos, a juzgar por las virtudes que florecieron en el jardín del “buen Hermano Pierre”. Tres de los miembros del noviciado menor le hicieron especialmente honor, en el plano de la perfección religiosa: El Hermano Bérain-Denis, sobre el cual no necesitamos volver a tratar, los Hermanos Victoris y Léon-de-Jésus, a quienes saludaremos en otras páginas.

Su maestro no olvidó nunca su primer deber: cuidar el germen de las vocaciones, no impedir, no frenar el trabajo de la gracia. Procedió prudentemente a las eliminaciones inevitables, con el fin de mantener muy alto el ideal de su escuela apostólica; después de la interrupción —tan penosa— de siglo y medio, ha retomado en el sentido recto la senda de san Juan Bautista de La Salle en Reims, calle Neuve, y en París, calle Princesse.

* * *

Nobleza obliga... Los Hermanos deben guardar todo el espíritu de su Regla, incluso redoblar sus esfuerzos y su piedad, cuando la gloria de su Fundador asciende en el

horizonte. Sale de esa bruma en la que el jansenismo y el galicanismo la retuvieron. Los procedimientos preliminares felizmente concluidos, Gregorio XVI firmó la introducción de la Causa, el 6 de mayo de 1840, un año y medio después de la elección del Hermano Philippe. Juan Bautista de La Salle tuvo derecho, al año siguiente, al título de “Venerable”, bajo el cual, en adelante, lo designan los documentos oficiales del Instituto [908]. El 22 de abril de 1842, un decreto pontificio constata “la fama de santidad”. El 6 de septiembre de 1846, los procesos diocesanos de Reims, París y Ruán quedan canónicamente aprobados.

La encuesta relativa a los escritos del Siervo de Dios se prolonga luego durante cinco años, bajo la dirección del cardenal Lambruschini, “ponente” de la Causa, y con la colaboración del cardenal Gousset [909]. El 10 de enero de 1852, la Congregación de los Ritos proclama la ortodoxia de las cartas autógrafas, únicos textos de los cuales el arzobispo de Reims creyó poder afirmar la autenticidad absoluta.

Al mismo tiempo, las oraciones de los Hermanos y de los demás fieles, implorando la intercesión del Fundador, obtienen asombrosos milagros. De los tres que Roma examinará durante la última fase del proceso, la curación de Victoire Ferry, es de esa misma época. Esa mujer, empleada en el hospital de Orleáns, fue arrollada, pisoteada, terriblemente herida, por una multitud, en 1832. Después de ese incidente, sufrió los tormentos de una interminable agonía: fiebres terribles, vómitos de sangre, rara hinchazón del cuerpo, manifiesta descomposición. Los médicos le hicieron más de doscientas sangrías. Uno se pregunta cómo logra sobrevivir. Alguien de su entorno le aconseja invocar a Juan Bautista de La Salle: los discípulos del gran Fundador, después de que Mon. Nicolas de Paris y el Hermano Irénée los han establecido en la ciudad, gozan en ella de una muy grande popularidad; el pueblo cristiano se siente interesado por la glorificación de su Padre. Nada sorprendente pues que Victoire Ferry, en 1844, conozca las esperanzas de la Congregación, lea una biografía del héroe. Por la noche escucha una voz: “¡Está usted curada!” Percibe un rostro celeste... De un brinco, salta fuera de su habitación: corre hacia la iglesia y allí se postra en acción de gracias.

Los otros dos que fueron agraciados con los “milagros” y cuyo testimonio servirá para la beatificación no entran en escena hasta veinticuatro años después. Esta vez, el lugar de los prodigios será la diócesis de Ruán. ¿No amaba, el Sr. de La Salle, con predilección, la ciudad de su gran establecimiento de Saint-Yon, de su descanso, de sus últimas pruebas, de su muerte? Sería fácil imaginar que haya dado al país del Loira, “un trato de favor” como para contentar a su carísimo hijo, el caballero de Montisambert...

Pero se trata también de uno de sus hijos que, en 1868, se arrastra penosamente hasta la tumba del Venerable: el Hermano Adelminien, director de la comunidad parisiense de Saint-Nicolas des Champs, resultó afectado, muchos meses antes, de ataxia locomotriz. Ese valiente religioso no es más que un pobre inválido; sus miembros escapan, cada día más, al control de su voluntad. Los sufrimientos físicos y morales, le torturan. Una energía casi sobrehumana lo guía a esa casa de Saint-Lô que conserva los huesos santos exhumados en 1835. Nueve mañanas, nueve tardes, él suplica... No se produce ninguna mejora en su estado. Obstinadamente, emprende otra novena. De repente, unos dolores fulgurantes lo asaltan; se siente

morir... Se levanta lleno de fuerza, sin el menor de sus males, enteramente renovado en un maravilloso fluir de vida.

Por entonces, en una noble familia normanda, un muchacho de once años, Étienne de Suzanne, parecía un viejo precoz. Espantosamente descarnado, raquítrico, replegado sobre sí mismo hasta el punto de que “la barbilla le tocaba las rodillas”. Ataques de tos lo sacudían, lo rendían hasta el ahogo. Su primera comunión, piadosamente preparada, se hizo como sobre un lecho de muerte. El cardenal de Bonnechose, poco después de la ceremonia vio al padre y a la madre de Étienne: “Pidan al Venerable de La Salle una intervención decisiva, sugirió el arzobispo; acaba de salvar al Hermano Adelminien; quizás salve a su enfermo”. Al tercer día de la novena, el niño asegura que curará. Sin embargo, sufre más que de costumbre. “Me curaré, me curaré”, repite. “¡Mamá, tenga lista mi ropa para que pueda ir a la misa!” Al día siguiente del día noveno, en efecto está de pie, bien derecho, preparado, muy contento. Ejecuta su resolución. En adelante su crecimiento proseguirá con normalidad. El conde Étienne de Suzanne, tan extraordinariamente devuelto al mundo de aquí abajo, se convertirá más tarde en alcalde de Arques; en 1888, se lo verá entre los fieles que escucharon al P. Monsabré, pronunciar el panegírico del “Beato Juan Bautista”.

Para el Hermano Philippe y sus contemporáneos, esa hora lejana permanecía en los arcanos de Dios. Esperándola, el Jefe y los miembros de la Congregación encontraban en el relato de los milagros una profunda felicidad, poderosos motivos de aliento, de paz interior, de perseverancia. La misma Providencia se les mostraba de una manera casi visible, casi tangible. ¿No expresaba de esa forma, su alianza con el Instituto? Hablar de Sinaí, o de Tabor, hubiera traicionado el pensamiento, herido la humildad del Superior General. No obstante, recibía de esas manifestaciones de lo sobrenatural, un legítimo consuelo, una primera recompensa.

En Roma, después de 1852, se continuaba la “instrucción sobre las virtudes del Venerable”. Hubo que tener paciencia. Finalmente, el 10 de julio de 1873, la Congregación de los Ritos reconoció que Juan Bautista de La Salle “había practicado, en grado heroico, las virtudes teologales de Fe, de Esperanza y de Caridad hacia Dios y para con el prójimo, las virtudes cardinales de Prudencia, de Justicia, de Fuerza y de Templanza, y las virtudes anexas”.

La lectura solemne del decreto se hizo en el Vaticano el día de Todos los Santos. En la sala del Trono, ante Pío IX, asistido por los cardenales Patrizi y Pitra, cien Hermanos de las Escuelas Cristianas se habían reunido junto con su Superior. Instante de puro triunfo, en la luz del atardecer que descendía sobre el Hermano Philippe octogenario.

Éste quiso, en una carta fechada en ese 1º de noviembre, luego en un circular del 1º de diciembre, comunicar a todos los Lasalianos sus impresiones, sus alegrías. Precisando que la reciente decisión de la Santa Sede no era aún “un decreto de beatificación”, subrayaba no obstante, el “enorme” progreso realizado; la personalidad del Sr. de La Salle se cernía definitivamente por encima de toda discusión.

Irradiaba en el cielo; recibía los homenajes de la tierra. El filial esfuerzo del Hermano Anaclet y de su continuador, con miras a conceder al santo Pedagogo su lugar en

los fastos de la historia religiosa y francesas, se producía en el mismo momento en el que su Instituto adquiriría un reconocimiento universal, en el que la Iglesia proyectaba para el siervo de Dios, los honores de los altares.

El 2 de diciembre de 1872, el Hermano Philippe había comunicado a los directores de las comunidades lasalianas: “Probablemente hayan tenido conocimiento... de que se ha formado un comité en Ruán para erigir un monumento a la memoria del Venerable...; que además el consejo municipal [de esa ciudad] ha tenido a bien asociarse a esa obra... concediendo un terreno. Lo que debe colmar nuestra alegría, es... que el gobierno mismo se ha dignado, mediante un decreto especial [910], autorizar la erección de ese monumento por vía de suscripción pública... Esa solemne manifestación, en las actuales circunstancias, nos parece providencial, puesto que prueba a todos la importancia que se atribuye a la enseñanza cristiana...”

La estatua de Juan Bautista de La Salle, esculpida por Falguière, se alzaría, algunos años más tarde, sobre la orilla izquierda del Sena, recordando los trabajos de los Hermanos y la muerte del Fundador en el arrabal de Ruán.

* * *

En ese hermoso día de noviembre de 1873, cuyo esplendor acabamos de recordar, el Superior General tomaba la palabra ante el Soberano Pontífice: “Los discípulos del Venerable de La Salle, proclamaba, no se han alejado nunca de los principios de su Padre”; sus enseñanzas, como las de él, se basan sobre la religión, no sobre la “filantropía” imaginada por los incrédulos del siglo XVIII, no sobre la “falsa filosofía”. Se vinculan estrechamente a la doctrina romana; siguen siendo la manifestación de una adhesión inalterable a la Santa Iglesia, a la Sede apostólica”.

Semejante testimonio, el Hermano Philippe podía expresarlo con el más legítimo orgullo. El amor filial, afectuoso de su Instituto hacia el Papado —herencia muy explícita del Fundador, tradición y convicción defendidas hasta el martirio en 1792, en 1794— se había convertido en aquella “devoción” que, bajo el reino de Pío IX, animaba los corazones católicos entusiasmados, conquistados, por la relevante figura del Vicario de Dios. En torno a su persona, el elegido por el Cónclave de 1846, el exiliado de Gaeta, la víctima de las usurpaciones sardas, el doctor de la Inmaculada Concepción, de la Encíclica *Quanta cura*, el intrépido adversario de las herejías modernas, el jefe muy bueno, muy generoso, de magnífica mirada, de resplandeciente sonrisa, había acabado de realizar la unidad de los fieles [911]. Cuanto más atacado se sentía por las potencias de este mundo, odiado, calumniado por las sectas, más crecía una “santa popularidad” de las que se beneficiaba la fuerza interna del catolicismo. “Hecho nuevo, hecho característico”, en la historia de la Iglesia, como lo subrayó justamente Mons. Baunard [912]. Y Georges Goyau lo había comentado anteriormente en estas frases de un libro sobre *el Vaticano*: “Atrayendo hacia él a sus hijos de toda nación, Pío IX hacía acercarse, conocerse a esos miles de hermanos precedentemente aislados, separados no menos de ideas que en sus cuerpos, para que se diesen la mano bajo su mano paternal... Un flujo y reflujo de pensamientos y de deseos comunes se estableció [desde entonces] entre los miembros del cuerpo docente y del cuerpo discente... El Papa inyectó sangre en el corazón de la Iglesia; hasta las extremidades, gracias a ella recobró vigor...” [913]

Los lasalianos entraron de lleno en ese movimiento. “Que se sienta usted incondicional con toda su alma hacia la sede de Pedro... no tenemos la menor duda”, comunicaba Pío IX, el 13 de enero de 1864, a su “bienamado hijo” el Superior del Instituto de las Escuelas Cristianas. Acababa de recibir de él una carta desbordante de “efusiones”; no olvidaba que los Hermanos “se sentían orgullosos” de tener la herencia de un hombre “que cifraba su principal honor en proclamarse y en firmar como *sacerdote romano*”.

Entre los alumnos de estos maestros, varios, totalmente compenetrados de las exhortaciones escuchadas en los bancos de las escuelas, se comprometían en el pequeño ejército pontificio para defender el patrimonio de la Iglesia contra las agresiones de Garibaldi y de los sucesores de Cavour. La casa de los Francs-Bourgeois conserva el piadoso recuerdo de Ernest Renaudière de Vaux y de Louis Sarazin, aquellos dos “Zuavos” [914] de Mentana, que ofrecieron su joven vida por la causa del Papa y, en definitiva, la ofrecerían por Francia, en 1870 [915].

Roma consideraba, pues, como enteramente suyos, los educadores de esa élite. Entre el Vaticano y la calle Oudinot, se había establecido una corriente continua de correspondencia: “no pasaba año alguno sin que el Superior obtuviese la concesión de algunas indulgencias o de otros favores: “El Papa es tan bueno, afirmaba el Hermano Philippe, que uno puede atreverse a solicitarle con toda amplitud y sin temor” [916].

Alta estima y, en ciertos momentos, afecto muy familiar, bajo las dos formas se revelan los sentimientos del Pontífice con respeto al jefe de la Congregación lasaliana. Pío IX aprecia la piedad sencilla y profunda, la incesante labor, el apostolado tranquilamente osado, el razonamiento grave del religioso. Cinco veces lo ha visto a sus pies. El primer viaje *ad limina* del Hermano Philippe remonta al mes de mayo de 1859: su circular del 24 de junio relata la audiencia privada, la alegría del augusto interlocutor al conocer el celo de los Hermanos “en pro de la salvación de los niños”, y su perfecta unión.

En 1862, la beatificación de los mártires japoneses conduce a San Pedro a multitudes inmensas. Muchos turistas se mueven por curiosidad: quieren contemplar ceremonias que quizás los amenazantes acontecimientos no permitirán volver a ver. Esos pronósticos agitan también las conciencias cristianas; pero es para decidir las a responder, con el más vivo impulso, a las llamadas de su Padre: voces apasionadas aclaman “¡Pío IX Pontífice, Pío IX rey!”. Obispos de todos los países, misioneros, peregrinos abarrotan la basílica, los palacios, la ciudad. Oficios y procesiones revisten un carácter grandioso: supremo resplandor de la Roma de los Papas, antes de la tormenta que se prepara [917].

El Superior del Instituto se ha unido a las demostraciones de los fieles. Al día siguiente de su llegada, se lo ve confundido en el abarrotamiento de las audiencias públicas: el cuello, el manteo hacen que atraiga la atención. Pío IX, que gusta del buen humor, le lanza al pasar, esta broma... de sabor evangélico: “Philippe, ¿dónde encontraremos suficiente pan para toda esta gente?” [918]

En junio de 1867, al celebrar el decimoctavo centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo; nueva presencia del infatigable peregrino; el papa lo señala a los

prelados y a los acompañantes: “Ese es el Hermano Philippe, cuyo nombre es conocido en todo el universo”.

Se está preparando el Concilio Vaticano. Marcará el apogeo del reino, sellará el pacto entre la filosofía cristiana y la fe, extraerá del *Tu es Petrus* de Cristo las conclusiones definitivas. En la Iglesia de Francia, los ánimos se dividen aún sobre la cuestión de la infalibilidad pontificia: ¿es conveniente, es “oportuno” proclamar ese dogma? Los Hermanos de las Escuelas Cristianas no se mezclan en esas controversias: pero su pasado, su comportamiento habitual los inclina en el sentido de Mons. Pie, de dom Guéranguer, de Louis Veillot. En 1869, el anciano en quien se encarna el alma de la Congregación desde hace treinta años no duda en franquear los montes para asociarse a los significativos entusiasmos del pueblo cristiano.

Encontramos en sus palabras de 1873, los ecos de los vivas de otros tiempos, aunque amortiguados por las recientes desgracias de la patria y del Santo Padre. Durante la audiencia que, el 25 de octubre, preludió el solemne decreto, se mostró muy conmovido al escuchar al Papa interesarse por su salud, preguntarle su edad — Jean Mastañ y Matthieu Bransiet habían nacido, ambos, en 1792— recibir, con agradecimiento, la ofrenda pecuniaria, la “limosna” del Instituto lasaliano. El 28, en una entrevista particular, Pío IX manifestó el más ardiente interés por las obras pedagógicas realizadas en Francia, en las colonias francesas, en las dos Américas.

El Superior General se despidió del Pontífice el domingo 2 de noviembre. Fue con el corazón oprimido. Aunque deseaba volver nuevamente para la beatificación del Fundador, sabía que sus 81 años le limitaban dilatadas esperanzas. Lloraba pensando que había, sin duda, formulado el adiós que tanto cuesta a los mortales.

Esa “piedad romana” quedará fijada en la memoria de todos los cercanos al Hermano Philippe. Sor Marie Bransiet, una de sus sobrinas, religiosa de Nuestra Señora en el Puy, recordando —desde el fondo de sus años lejanos— la imagen del “querido tío, tan sencillo, tan modesto, tan fiel a sus ejercicio de regla, tan caritativo” reconocía que él tenía pocas actitudes y expresiones llamativas. Sin embargo, ese rostro le parecía iluminado, radiante: para transfigurarle, bastaba que se evocase Roma y Pío IX...

* * *

El espíritu religioso de los Hermanos está de acuerdo con las direcciones del pensamiento católico. Desde el siglo XVII, siguiendo a los grandes místicos españoles, siguiendo “la escuela francesa” de Bérulle, se nutría de la devoción a san José, meditaba sobre la infancia de Nuestro Señor. Atribuía, en sus oraciones y en sus capillas, un lugar privilegiado a la Madre del Verbo encarnado, a Aquella que los discípulos de La Salle llaman siempre, con un amor respetuoso, “la Santísima Virgen”. Esas formas de su culto resistieron victoriosamente a las insidiosas influencias del jansenismo. Después de Juan Eudes y Marguerite-Marie Alacoque, las mismas se amplían, se completan con la adoración del Corazón sagrado de Jesús. El siglo XIX les dará un nuevo acento.

El Instituto se considera emparentado con las numerosas Congregaciones que, en el suelo francés, adoptan como signo de unión el Corazón divino, se encomiendan a

sus promesas, no quieren ninguna otra denominación. Registra, con una gozosa docilidad, las decisiones de la Santa Sede incorporando en el calendario de la Iglesia, el 23 de agosto de 1856, la fiesta solicitada por la vidente de Paray-le-Monial, a la cual, en 1864, le será conferido el título de Beata.

Del mismo cielo, la devoción predilecta de los Lasalianos recibe un nuevo impulso. Todo el periodo de historia que corresponde al generalato del Hermano Philippe se encuentra cadenciado por intervenciones de Lo Alto que anuncian o confirman la piedad de las almas hacia la Santísima Virgen y las gestiones del mundo cristiano, las definiciones de la Santa Sede a propósito de los privilegios de María: de 1830 a 1836, en la calle del Bac, como preludio, está la misión confiada a Sor Catherine Labouré para crear confianza en la “Medalla Milagrosa”; seguidamente, el Padre Dufriche-Desgenettes, por repentina inspiración, crea la archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias; y en 1842, se produce en el santuario de Roma, la sorprendente conversión del joven israelita Alphonse Ratisbonne. La Madre dolorosa aporta un severo, un angustioso mensaje a dos pastores, en 1846, en la montaña de La Salette. Vuelve a aparecer en Lourdes, misericordiosa, siempre acuciante, y se proclama a sí misma “la Inmaculada Concepción”, en 1858, menos de cuatro años después de aquel 8 de diciembre en el que Pío IX explicitó solemnemente el dogma. Las multitudes van a acudir a la fuente de la gracia y de la curación que ha brotado de la mano obediente de Bernadette Soubirous. Y además durante la guerra estarán los prodigios de Pontmain... [919] Por supuesto, los Hermanos vibran de emoción, de consuelo, de esperanza; su fe se siente reconfortada, colmada.

Una de las últimas dichas del Hermano Philippe será, en el orden sobrenatural, el decreto *Quemadmodum Deus* que, el 8 de diciembre de 1870, designará como “Patrono de la Iglesia Universal” al cabeza de la Sagrada Familia, san José, ya protector especial de la Casa Madre, defensor elegido por la Congregación en los días en que se estaba organizando.

Nunca pues, según parece, ambiente más favorable rodeó a las comunidades de los maestros cristianos. “El Instituto es bendecido por el Cielo”, constataba el Superior en 1866. Sin duda, pensaba entonces en la “paz” mantenida —en la medida que cabía esperar aquí abajo— en la escuela, en el oratorio, en toda la existencia religiosa. Pero además de “la libertad de hacer el bien, de evangelizar las almas, extender el reino de Jesucristo”, los educadores veían que se les ofrecían los medios para participar en la plenitud de los dones espirituales.

Hubieran pecado descuidándolos. Y la preocupación capital de quien gobernaba el Instituto siguió siendo, hasta el final, recordar a las conciencias —no solamente, como hemos dicho, en los noviciados, sino en toda circunstancia, en todo lugar— los deberes de estado y los más apremiantes consejos de perfección.

La mies crecía tan abundante que era necesario buscar obreros en todas partes. En 1874, serán 10.235 los Lasalianos. Las vocaciones se han multiplicado. De ordinario, el ambiente —sobre todo en las sólidas familias campesinas de entre el Loira y los Pirineos— no los desanima en absoluto. Si un hijo sacerdote causa a los padres mayor orgullo, el cuello blanco da aún suficiente honor como para que el reclutamiento no suscite demasiada inquietud. Y a los ojos de los creyentes convencidos, las recompensas eternas que esperan a sus hijos parecen merecer el sacrificio de los bienes terrestres, el sacrificio del nombre.

Queda por situar a cada religioso a la altura de su elección. *Ego elegi vos ut eatis, et fructum afferatis...* La vida del Hermano no podrá parecer, en ninguna época, como agradable, confortable, fácil. Libres, por lo menos, de persecuciones, y en la monotonía de días idénticos —la clase, la vigilancia, el paseo, las entrevistas con los padres y madres de los alumnos— el nivel de heroísmo corre el riesgo de disminuir; a menudo, tanto más rápidamente cuando crezca el número de religiosos. ¿El alma de una colectividad no se cristaliza, según la naturaleza de las cosas, en torno a los elementos menos buenos? Los individuos superiores, en una multitud, descienden a veces por debajo de su nivel.

Para el *sursum corda*, se espera el ejemplo y la voluntad de un guía. ¡Que sepa hablar alto y firme! ¡Que sepa rezar y hacer rezar! ¡Que sea una Regla viva, el verdadero discípulo, el espejo del Fundador! De entre la multitud, sabrá desprender a la élite. En la multitud, pondrá la levadura. Una vez excluidos los indeseables, los inadmisibles, realizará la unidad según el plan previsto por el Evangelio.

Amor de Jesucristo, celo por las almas, tierna caridad, serena modestia, espíritu de pobreza, constante sujeción a todas las observancias, las virtudes religiosas del Hermano Philippe fueron bien conocidas por sus subordinados. Para alguno que otro de ellos, “enfrentado a la prueba”, había tenido, en charlas íntimas, “alguna de esas delicadezas cuyo recuerdo no se podría borrar en cincuenta años”. [920] Despojado de egoísmo, de ambición, sin apego hacia las apariencias terrestres, sin curiosidad, sin “originalidad” —en el sentido que se tome ese término—, expresándose con facilidad, con energía, pero en un lenguaje tan impersonal como fuese posible, el Superior General propone a todos los Hermanos el modelo que parece, a la vez, el más accesible y el mejor. “Hay en él y a su alrededor algo superior a él”, declaraba, en su oración fúnebre, el capellán de la Casa Madre, futuro obispo de Gap, Mons. Roche. “No es un hombre, es un prototipo; no es un Hermano: es *¡el Hermano!* El Hermano aclamado... por las virtudes de su vida, por los servicios de su apostolado”.

De hecho, esa reducción de todas las aristas de la personalidad ha hecho incómoda la tarea de los biógrafos. En todo momento, la historia del Hermano Philippe no es más que la historia de su Instituto; su palabra, sus obras, no se puede escuchar y ver en ellas más que manifestaciones y actuaciones colectivas; su rostro tiende a confundirse con el rostro de uno de los innumerables Lasalianos que, desde hace dos siglos, han seguido la lección del Fundador.

En las direcciones que necesitan las comunidades mezcla ampliamente la experiencia y la ciencia de los demás a sus aportaciones individuales; recurre a las tradiciones, se difumina detrás de los textos y los testimonios que, de acuerdo con sus colaboradores, ha recogido. Pero, sin duda alguna, ha meditado, pesado las doctrinas; las ha vivido, antes de transfundir la sustancia en la sangre de su congregación. Y se adivina su juicio de psicólogo, su talento de pedagogo, la calidad de su “oración”, en la elección de las fórmulas y la lógica de las páginas. Éstas, sea cual sea la importancia que tenga el trabajo ejecutado por orden suya, pueden figurar con toda legitimidad bajo su firma. Las autentifica con su espíritu, con sus intenciones, sus responsabilidades, aunque no siempre las escriba con su propia pluma.

Así se presentan los *Temas para los exámenes particulares*, aprobados en 1859 por Mons. Guibert, arzobispo de Tours, y reimpresos en Versailles en 1863: breves y

prácticos, constituyen en su conjunto una verdadera síntesis de vida cristiana y de vida religiosa, y no dejan en la sombra nada de cuanto pueda ayudar a los Hermanos jóvenes, incluso a los profesos ya avezados a los usos monásticos, a progresar en las virtudes de su estado, mediante una puesta a punto cotidiana, a captar todas las fuentes de las gracias sacramentales, a sacar partido de las pruebas, a mejor conocer sus deberes de educadores [921].

Los *Manuales de piedad* son del mismo estilo: uno de ellos se dirige de modo especial a los miembros del Instituto: “aguinaldo espiritual” dado el 1º de enero de 1860, conjunto de instrucciones y de oraciones, no todas compuestas, sino clasificadas por el Superior, para “ejercitar el celo” en los maestros, para nutrirlos con las enseñanzas “de su Venerable Padre”. El segundo libro, destinado sobre todo a los alumnos, data de 1864, y lleva el nombre del Hermano Philippe en la edición, corregida y aumentada, de 1872; contiene consejos a propósito de la vocación religiosa, de la conducta en el hogar, del comportamiento en medio del mundo, un reglamento de existencia, meditaciones, pensamientos de fe. Los esenciales ejercicios de la jornada cristiana, oraciones, misa, recepción de los Sacramentos, abren esa colección en la que el autor da pruebas de un vivo espíritu sobrenatural, de una creencia robusta, confiada, sin rastro de jansenismo, pero exigente, susceptible de aclarar, de mantener, de fortalecer a una juventud que aún no se ve alcanzada por inquietudes.

Evidentemente, ahí no se encuentra toda la sustancia litúrgica que sirve de alimento a las almas hoy en día y que los Hermanos buscarán, gustarán más adelante con el mismo ardor y el mismo provecho que los demás hijos de la Iglesia. Los trabajos de dom Gueranger han abierto caminos desde el año 1841 que vio aparecer las primeras obras del sabio Benedictino de Solesmes. Pero, aunque han recibido los ánimos y conquistado la poderosa colaboración de Mons. Parisis, su pleno éxito choca con hábitos seculares, con opiniones episcopales, muy categóricas, con las protestas de Mons. de Astros, arzobispo de Toulouse, de Mons. Fayet, obispo de Orleans. El grupo de monjes que rodean al iniciador se dedica con pasión, con conciencia, a descifrar, a cotejar los manuscritos de canto gregoriano; su Padre Abad es uno de aquellos intrépidos a quienes gusta librar la batalla: los volúmenes en los que describe y comenta los fastos del “Año litúrgico”, multiplican los adeptos a la reforma. En 1854, Roma se pronuncia favorablemente: “Deseamos vivamente, escribe entonces Pío IX a Mons. Parisis, que el canto gregoriano sea restituido cuidadosamente y usado en las iglesias de Francia”. Una escuela de música religiosa, bajo la dirección de Niedermeyer, se funda en 1856 en la capital [922].

No obstante, se necesitará más de medio siglo para que la oración colectiva de los fieles se desarrolle “con elegancia”. La rutina cede difícilmente; y tampoco se quieren abandonar las tradiciones a menudo respetables, modificar los misales, omitir los himnos y las prosas colmadas de un perfume de la vieja Francia, de la majestad de las épocas de la realeza. El galicanismo, en constante retroceso, organiza aquí uno de sus últimos atrincheramientos.

Sus partidarios nunca se reclutaron entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas. ¿Dónde encontrar mayor docilidad a las órdenes del Papa que en la Sociedad del Señor de La Salle? Pero unos religiosos que ni siquiera son “clérigos” no pueden pretender remplazar a la Iglesia docente; deben tener en cuenta la voluntad de los obispos, seguir los ritos, cantar los cánticos de las parroquias. Su modestia, su

sencillez rehusarían tomar la delantera. La prohibición que recibieron de su Fundador de transformarse en “latinistas” los mueve a servirse, lo más posible, de la “lengua vulgar”; les corresponde inculcar a los humildes las máximas de la piedad, los artículos del *Credo*, con las palabras más accesibles: ni los niños, ni las familias los comprenderían si, apresurando una evolución inapropiada, se alejasen, en la expresión del sentimiento católico, del común de los creyentes. Por eso, en sus escuelas se repiten las fórmulas legadas por los autores eclesiásticos de los tiempos modernos; aunque desde 1853, los alumnos ya no se suceden unos a otros, desde el comienzo hasta el fin de las clases, en la recitación del rosario, en ningún sitio se renuncia —y es tan conmovedor como legítimo— a desgranar una decena de *Ave* a continuación de la oración principal de la mañana [923]. De ese modo se manifiesta, siempre regular, siempre viva, la auténtica devoción de los Lasalianos hacia la Santísima Virgen. Y, en los pensionados, las corales de voces juveniles ejecutan brillantes piezas, las fanfarrias propagan su música sonora, que gusta a la imaginación, que da impulso a las almas, y no dejará de estimular, a lo largo de más de una vida, los pensamientos de fe, los mejores recuerdos de la adolescencia.

* * *

En definitiva, la profundidad y la solidez de la doctrina residen en los escritos del santo “Fundador”: Regla, Método de oración, Colección de diversos trataditos, Meditaciones, Deberes del cristiano. Todas ellas expresan en términos precisos, exactos, a veces conmovedores, habitualmente nobles, dignos de la época de Bossuet y de Bourdaloue. El Superior las recuerda y las explica con insistencia. Sobre este particular, el principal documento que nos lo descubre —a la vez que nos instruye sobre la situación espiritual de su Congregación— en la colección de sus “Circulares” conservada en los archivos de la *Via Aurelia*. A partir de 1822, los jefes del Instituto hicieron imprimir las cartas de interés general que dirigían al conjunto de sus súbditos. El Hermano Philippe, en 1855, decidió reunir en varios volúmenes las hojas ya publicadas. A partir de ahí ese trabajo se prosiguió sin interrupción.

Gran medio de actuación. Mediante la correspondencia personal, con las visitas a las comunidades, presidiendo retiros, mediante las conferencias dadas a los novicios al igual que a los profesos, los miembros del “Régimen” lograban llegar a la mayor parte de los Hermanos. La circular, carta que se leía en cada casa, colocada en la biblioteca, retomada oportunamente por el celo de los directores en el comedor o en la “sala de ejercicios”, no deja a ningún religioso al margen de los pensamientos y de las voluntades de la jerarquía. Llega a las aldeas lejanas, a los países de ultramar, reafirmando los lazos de familia, manteniendo la unidad de juicios, de costumbres, y hasta de reflexiones.

Es preciso que los Hermanos se conozcan para comprenderse, para amarse, para buscar entre ellos modelos. El relato de hermosas vidas sirve de estimulante. La Sociedad Lasaliana, muy fiel a la memoria de los difuntos, no dejaba —al recomendarlos a las oraciones— de señalar los rasgos edificantes de su existencia, su actitud ante la muerte. De esas “noticias necrológicas” el Hermano Philippe compuso una serie especial de obras: no, ciertamente, panegíricos, hagiografías; en ellas las figuras se esbozan con sus imperfecciones, pero reflejan también los rayos de la gracia divina, conservan, claramente señaladas, las huellas de las intervenciones providenciales. Dan testimonio, con la diversidad de las naturalezas, de los caracteres dominantes de una tribu elegida: el más oscuro Lasaliano es el hijo

espiritual de un patriarca bendecido por el Cielo; y cada noticia subraya esa filiación, pone en evidencia los parecidos, sin esconder, si cabe, los desacuerdos, la distancia entre el ideal y las realidades terrestres.

Esta predicación concreta aparece quizás como la más penetrante, la más convincente. La doctrina saca de ella sus ejemplos y algunas de sus pruebas. Pero la inteligencia y el corazón se encuentran igualmente captados cuando el doctor expone directamente la verdad. Por más atento que esté a disimular su “yo”, uno se da cuenta que el Hermano Philippe ha construido el edificio de sus circulares sobre los cimientos de su virtud personal. En los momentos más gloriosos de su generalato, considera importante resguardar a su pueblo contra el peligro del éxito, contra la embriaguez de los elogios; tanto más exige a su obediencia cuanto menos son de temer las persecuciones. Cada año nuevo, páginas firmadas por el Superior responden los deseos del Instituto mediante un análisis de algunos pasajes de la Regla, con una homilía sobre la “verdadera felicidad”, sobre el fervor, sobre la caridad, sobre la santidad, sobre las devociones preferidas del Sr. de La Salle. Otra circular del mismo género sigue, con frecuencia, en el transcurso del año. Así, la palabra del Jefe arrastra, en una cadencia más o menos rápida según las disposiciones, las fuerzas, el impulso inicial de los individuos, al ejército que ha sido necesario poner en formación apresuradamente.

Después de haber elegido a Matthieu Bransiet, el capítulo de noviembre de 1838 se había abstenido de legislar, “dejando al Reverendísimo la tarea de mantener a los Hermanos en el espíritu” del Fundador. Desde el 28 de diciembre, el joven Superior lanza la primera de sus cartas; no oculta en absoluto que tendrá que poner orden en ciertos abusos. Evoca la admirable historia de los discípulos de Juan Bautista de La Salle que viven en torno al maestro en una casucha abierta a todos los vientos, miserablemente amueblada, en la que ni la despensa, ni la bodega contenían la menor provisión; y concluye: “¡Acordémonos de Vaugirard!”

Abandonar la senda común de los cristianos para tomar la de los consejos evangélicos, y no buscar más que la santidad, un absurdo que produce a menudo consecuencias desastrosas... Dios exige más al servidor que tiene cinco talentos. En la vida religiosa, como en el ejercicio de las facultades morales y mentales, es importante no contentarse nunca con lo conseguido, conservar —con la juventud del alma— una inquietud fecunda; no hay que confundir la calma, la paciencia, la paz y el reposo en Dios con la pereza y la confianza en uno mismo. Sino, se acabaron los progresos, los méritos, la verdadera libertad. El Hermano Philippe se declara enemigo de esa rutina, se muestra como médico de ese estancamiento, de esa esclerosis terrible. La diagnostica con finura: “El alma tibia, escribe el 15 de enero de 1843, tiene una cierta dureza de conciencia que la vuelve casi insensible a una multitud de pecados veniales... Como casi nunca entra en sí misma, su fe se debilita; las amenazas de Dios le causan poca impresión, porque la buena opinión que tiene de sí misma la lleva a absolver todo el conjunto de su conducta... Comulga sin devoción y por más que a menudo coloque el fuego sagrado sobre su corazón, éste permanece gélido...”

“Fervor” igual a calor y movimiento, fervor y energía vital. El cuerpo participa en él junto con el espíritu: la sangre circula más rápidamente, los miembros se vuelven menos rígidos y menos pesados, el cerebro más claro en el ser generoso “que sabe no rehusar nada a su Dios”. [924]

En ciertos momentos, el hastío, el *taedium vitae* nos asalta a todos: los nervios fallan, la inteligencia no encuentra alimento que le convenga; sobre todo, falta la acción. Ese terrible aburrimiento, ¿por qué se iba a detener a la puerta de las comunidades religiosas? La naturaleza humana se le ofrece siempre como cómplice y víctima; y no tiene, para alejarlo, la ayuda —al menos intermitente— de la distracción. Sí el Hermano Philippe lo admite; “la vida que se lleva en el Instituto es muy uniforme... Lo que hacemos en los primeros años de vocación, lo haremos también cuando la edad madura haya blanqueado nuestros cabellos... Para no desanimarse ante semejante futuro, para considerarse inclusive feliz”, ¿qué se necesita? “¡Ser fervoroso!” El fervor, he ahí “la sal que sazona esa vida”. [925]

El Hermano, si quiere observar sin fastidio la letra de la Regla, debe conservar el sentido íntimo, mediante un esfuerzo de reflexión, mediante una adhesión libre de la voluntad. Su día consiste, desde la mañana a la noche, en una “sucesión”, en un entrelazarse, de actos de virtud, de actos de piedad. ¡Ojalá perciba el valor de esos “ejercicios”! Todos, “tienden, por sí mismos, a su santificación, a la gloria de Dios, a la salvación del prójimo”. Si los realiza sin negligencia, será “infaliblemente llevado” hacia las cumbres, como por “la misteriosa escala de Jacob”. [926]

Desalentarse, ¡qué locura! Es agravar el sufrimiento contra el que se lucha, la impotencia que causa horror. El religioso desalentado puede compararse al cuadragésimo mártir de Sebaste: abandona el “estanque helado, donde debía dar su vida por Cristo”, y encuentra, en las aguas termales donde lo arroja su apostasía, “la muerte que pretendía evitar”.

Una inteligencia iluminada, un corazón desprendido de sus comodidades, superan esa clase de tentación. No nos forjamos “falsas ideas” sobre el mundo, sobre los hombres, sobre la caridad fraterna, incluso sobre los medios de alcanzar la perfección. Tengamos sentido común y tengamos desprendimiento. Las “pretensiones del amor propio” nos inclinan a perder todo impulso, toda seguridad, en la práctica del bien.

Pureza de la mirada espiritual; pureza de intención; no complicar nada; no amontonar nubes; no desviarse ni a izquierda ni a derecha; no asociar los contrarios; no perseguir varios fines. Se pueden esperar todos estos preceptos del hombre sencillo y recto, decididamente optimista, sanamente realista, y que se fía de la Providencia como un niño de su madre.

Para fortalecer a sus Hermanos en la alegría, les muestra los trabajos que se están llevando a cabo vigorosamente, los incontestables resultados de medio siglo de enseñanza cristiana: “La familia del Venerable de La Salle continúa la obra de ese gran siervo de Dios. Gracias a ella, el evangelio es anunciado a los pobres y los jóvenes reciben en masa el pan del alma. Un edificio de virtud se construye en la sociedad: nosotros contribuimos a colocar los cimientos. Jesucristo es más conocido, más amado... Y nosotros no somos ajenos a ese progreso [927].

Todo el pecado del mundo, todas las conmociones políticas y sociales, todas las licencias de que goza el error no impiden la victoria de la verdad. El Hermano Philippe no piensa en lamentarse de su siglo: fácilmente, podría decir, como su contemporáneo Dupanloup, que si hubiera podido elegir, no preferiría vivir en ningún otro. No cabe duda de que en él, el mal domina un campo inmenso; el bien, también.

Que se examine la situación de la Iglesia, con menos de un siglo de intervalo, bajo en pontificado de Pío VI, bajo el pontificado de Pío IX. “¿Dónde está hoy la obra del demonio?” —“Estos dos primeros tercios del siglo actual aparecen eminentemente como tiempos de reconstrucción... Pocas épocas, partiendo de tan abajo, han llegado relativamente tan alto... ¡Habría que haber oído a nuestros antiguos Hermanos hablar de los años que pusieron fin al siglo XVIII!”

De la persecución ha brotado un renacimiento. Francia, en particular, se ha cubierto nuevamente de iglesias y de monasterios. Ha vuelto a ver a las grades Órdenes religiosas en todo su esplendor, en su integridad primitiva. Los laicos han tomado parte en el magnífico movimiento cristiano: las terceras órdenes reflorecen, las archicofradías se multiplican, la Sociedad de San Vicente de Paúl une la caridad y la fe. “¿Quien sufre sin que yo me compadezca de sus males?” puede repetir el siglo XIX con el Apóstol. Tantos “prodigios de abnegación”, ¿no son la manifestación de “progresos espirituales”? Además, el Evangelio es predicado por toda la tierra; “de un polo al otro” resuena la Palabra de Dios; “los viejos ídolos vacilan”, se hacen pedazos, como Dagón en presencia del Arca de la Alianza. Con la “Obra de la Propagación de la Fe”, es nuevamente Francia la que sirve a Cristo.

Tono de epopeya, muy apropiado para suscitar el entusiasmo entre los Hermanos. Ellos se cuentan entre los soldados de la nueva Cruzada. Su Superior lo proclama, sin disimular las diversas vicisitudes de esa lucha, con una franqueza que pueden sostener los valientes, con una alegría que vence toda vacilación.

“Nuestros alumnos encuentran muchos peligros en el mundo... Se necesita tiempo para que una sociedad se vuelva hacia el bien...” La juventud formada en las escuelas cristianas se encuentra a menudo con la ignorancia del dogma, incluso con la incredulidad instalada en el hogar familiar. Luego, se encuentra en medio de las negaciones y de las blasfemias del taller. “Una parte considerable de la simiente evangélica se pierde; pisoteada por las almas disipadas; ahogada por las espinas de las preocupaciones materiales; arrastrada por la tormenta de las pasiones; helada por el frío de la indiferencia”.

¿Se podría, no obstante, negar la influencia duradera de la buena educación? En torno a la casa donde se enseña el catecismo, el aire se sana. Menos errores, menos vicios. Se crea como una reserva de pureza y de verdad de la que se benefician las familias y las ciudades. Poco a poco se ampliará esa capa bienhechora, esa atmósfera sin miasmas, respirable para los elegidos. Una sociedad verdaderamente cristiana está en proceso de surgir.

Desde los días aún inciertos que se están viviendo, mientras tantas creencias y tantas costumbres continúan marchitándose, las almas formadas por la Iglesia conservan generalmente el sentido del pecado, el sentido de la muerte. Y de ese modo siguen permeables a las impresiones religiosas, abiertas a la gracia. No cabe desesperar de su salvación. Las reflexiones y las decepciones de la edad madura, facilitan la vuelta al *Credo*. Y luego, en la hora suprema, los recuerdos de la piadosa infancia se reaniman, un grito brota de las profundidades de la conciencia hacia el Padre: “En 1848, un gran número de eclesiásticos, y principalmente Mons. Fayet..., notaron, al visitar las ambulancias, que, entre los heridos de las Jornadas de junio, los antiguos alumnos de las escuelas cristianas acogían a los sacerdotes con diligencia y ellos mismos pedía confesarse”. [928]

* * *

He ahí las experiencias y los consuelos de los Religiosos educadores. A su misión, así definida, conviene un ideal que no sea exactamente el de la vida “eremítica”. O más bien, necesitan adaptar el ideal de los contemplativos a los deberes del apostolado. Son monjes en su celda, en su capilla, y en sus votos. Fallarán en su vocación y en su tarea si no se crean un “hábito de la presencia de Dios”, [929] una concepción muy monástica de la “felicidad” mediante la unión del alma con Jesús, el perfecto abandono, el espíritu de penitencia, el dominio de los sentidos a la razón [930]. Pero en cuanto maestros, directores de los centros educativos, mezclados en los asuntos terrenales, no conseguirán la perfección —que puede situarse muy alta— más que siendo fieles a las llamadas de la gracia, persistiendo en la senda trazada por Juan Bautista de La Salle.

“Hijos de los santos”, su santidad imitará la de sus padres. Estricta observancia de la Regla, pedagogía impregnada de sobrenaturalidad, para los Hermanos ningún equilibrio, ningún avance, sin esos dos puntos de apoyo. Sus almas se encuentran vinculadas, en cierto modo, a las almas de sus alumnos. “El que enseñe a muchos la justicia poseerá la vida eterna”. (*Ecle. XXIV, 31*). “Aquel que practique y enseñe los mandamientos de la ley, será grande en el reino de los cielos” (*Mat. V, 19*). “Aquellos que hayan enseñado la doctrina a muchos, brillarán como estrellas durante la eternidad” (*Dan. XII, 3*). Esas son con respecto a ellos las máximas y las promesas de la Escritura. Que se propongan antes que cualquier otra ambición, el aplicárselas [931].

El Fundador declaró que “el espíritu de fe” debía inspirar todos sus actos. Virtud primera, que el Hermano Philippe describe según “aquellos que la poseen en su plenitud” y (lo añadimos nosotros, ya que el no se permitiría insinuarlo) por medio de la introspección más justificada: “El error no tiene entrada en su inteligencia porque juzgan todo sin pasión y, por así decir, como Dios mismo lo juzga. Son almas fuertes y al abrigo de la inconstancia, puesto que no actúan más que por motivos de tipo inmutable. En ellos, la razón personal cede sitio a la razón divina; en consecuencia se elevan sin cesar por encima de ellos mismos...” [932]

Se forja una extraña ilusión sobre la vida religiosa, cuando se supone que reduce el campo del pensamiento y de la voluntad en provecho de la obediencia. Aún después de emitidos los votos uno se vuelve a encontrar frente a problemas y opciones. No es posible para el Hermano plantarse en la mediocridad sin situarse en una postura de rebelión, sin quebrantar abiertamente la Regla. De ese modo, corre el riesgo de sufrir tanto y más que otro; y sufrirá “sin el mérito y la gloria del martirio”, del heroísmo consentido. Pero, finalmente, aprenderá, según la expresión popular, a “tomar y dejar”: “tomará justo lo suficiente como para no exponerse a reproches demasiado frecuentes”; “eludirá lo que es muy molesto para el amor propio y para el cuerpo”. Aquellos religiosos que conceden una parte tan amplia a la “naturaleza” ocasionan infaliblemente, si se multiplican, la decadencia de su Congregación. Ahora bien, no existe ningún hombre “sobrenatural” que no deba ejercitar asiduamente su inteligencia mediante la meditación y el estudio, fijarse una línea de conducta, exigirse un esfuerzo constante, obtener por medio de la oración y la renuncia el auxilio directo, irremplazable e incommunicable, de la gracia. Desde ese punto de vista, los votos perpetuos son votos cotidianos. No hay que contentarse con haberlos emitido, o renovarlos únicamente de palabra, en las épocas prescritas;

hay que vivirlos, dándoles un valor presente, una razón de ser que responda a las experiencias y a los desarrollos de la personalidad [933].

Los Lasalianos, con esa marcha sin parada —y, aquí abajo, sin triunfo completo—, disponen de los mismos viáticos que las demás familias monásticas: oración mental, examen particular, retiros, advertencia de defectos, acusación, mortificaciones, lecturas espirituales. Reconocen toda aquello que, de modo particular, su Sociedad se considera deudora hacia la Compañía de Jesús. Pero, como sabemos, en tiempo del Hermano Philippe, un gran número no ha recibido, junto con una modesta enseñanza primaria, más que una corta formación teológica y mística. Su Superior no se impacienta de sus pasos, a veces un poco vacilantes; él les tiende la mano, como un padre a sus hijos pequeños, con el fin de que se decidan a dar los primeros pasos.

En enero de 1850, les “recomendaba”, en términos de afectuosa ternura, “el santo ejercicio de la oración mental”. Se felicitaba por los resultados ya obtenidos: “Varios Hermanos nos han dicho que son mucho más felices, mucho más fervorosos, y que les parece que hacen mayor bien en la clase desde que se aplican seriamente a la oración [934], desde que se esfuerzan... de no volver a perder un tiempo tan precioso”.

En el mes de junio siguiente, vuelve sobre ese tema, que considera importante. “Exhorta a todos sus carísimos Hermanos... a adquirir y a aumentar en ellos el espíritu de oración”. A su juicio “todo Hermano de las Escuelas Cristianas que no hace oración comienza por desanimarse, luego se siente a disgusto”. Pero el Superior conoce las dificultades que presenta ese ejercicio: las preocupaciones exteriores se imponen fácilmente al pensamiento de un maestro, se amparan de una imaginación rápidamente desalentada fuera de lo concreto y de lo visible. El inicial vigor de una hermosa página espiritual provocará y prolongará los impulsos de la conciencia: máxima, relato edificante, comentario de una hagiografía, análisis de un libro inspirado, cuyas palabras continuarán vibrando en la memoria, mientras que los deseos del lector y del oyente ascienden hacia Dios. El Superior pondrá en manos de sus discípulos una colección clara y cómoda.

Dedica al “examen particular” toda la circular del 7 de marzo de 1859. Abunda en indicaciones del tipo más práctico. “Procedamos con prudente lentitud, recordándonos que pronto seríamos perfectos si, como nos dice el autor de la *Imitación*, consiguiésemos desarraigar un defecto cada año”. “Tomemos nuestras resoluciones por un tiempo muy limitado”: solamente, por ejemplo, “de un ejercicio al otro”, si el esfuerzo parece muy difícil para el día entero. Y siempre, con calma, sin mezquindades, sus sutilezas enfermizas: “Cuando se tiene una volunta recta, cuando uno no se dedica a sus tareas por una inclinación demasiado natural, y que la conciencia es tierna y delicada, Dios da la gracia de que, sin tensión y sin turbación, seamos advertidos, en cada instante, en el fondo de nuestro corazón, de nuestros deberes y nuestras faltas; como un censor secreto y asiduo, la buena conciencia no deja escapar nada”.

No obstante, hay que prestar atención a la fatiga moral. Se la cuida, se la cura durante esa pausa, esa cura de alma, que es el “retiro” anual. “Saben ustedes, carísimos Hermanos, cuáles son los desgastes espirituales de un año escolar y en consecuencia cuánto necesitamos... de luces, de fuerza, de constancia, de celo,

para cumplir dignamente nuestros deberes de cristianos, de religiosos, de maestros” [935]. Por eso, cuando ya los alumnos están de vacaciones, su profesor, que se ha consumido en su servicio, se recupera en el silencio y prepara una nueva campaña de apostolado.

Si el retiro ordinario le parece insuficiente, puede solicitar rehacer “los santos ejercicios del noviciado” [936]. Se sumergirá en el ambiente de su juventud religiosa, releerá la historia y los preceptos del Sr. de La Salle, utilizará la metódica y vigorosa ascética de san Ignacio. El Hermano Philippe en esto se limita a las sugerencias. Sus sucesores, adoptando las iniciativas del Hermano Exupérien, impulsará más osadamente a su Congregación por las sendas de la alta espiritualidad.

Pero al menos, él habrá trabajado en mantener la piedad más ardiente. Y ahora es el momento de señalar las exhortaciones que hacen eco a todo el pensamiento de Pío IX y de todo el universo cristiano: circular del 18 de enero de 1855, ordenando una novena de acción de gracias después de la definición del dogma de la Inmaculada concepción; circular del 20 de abril de 1861, para celebrar “los dones de María” durante los doscientos años del Instituto, exponiendo el valor educativo de la devoción virginal, fuente de nobleza, de delicadeza, de conducta caballeresca; precedentemente, el 18 de febrero de 1860, páginas relativas al culto de san José; luego, el 26 de mayo de 1862, tratado sobre el “origen, el objetivo, los motivos”, las modalidades del culto del Sagrado Corazón, lejano prefacio a la gestión por la cual la Sociedad Lasaliana se consagrará solemnemente al Corazón de Jesús, en junio de 1873, con motivo del XXIII Capítulo General.

El Superior General se sitúa en la línea del Fundador antijansenista defendiendo la comunión frecuente: “La misma nos está prescrita por nuestras santas Reglas, nos es necesaria en nuestras indigencias del alma”, declara el 3 de febrero de 1867. “Nadie mejor que nuestro Venerable Padre, tuvo conciencia de esas necesidades: por eso, nos impone la obligación de comulgar dos veces por semana y nos muestra que eso es lo indispensable... Nos deja entender que, según el espíritu de la Iglesia..., es conveniente” no limitarse a ello. Que los Hermanos se defiendan contra “el espíritu rigorista que ha producido en Francia tanto daño”, viento funesto, insensibilizando y matando nuestro más hermoso amor. Que mediten el texto del Concilio de Trento: es de desear que “los fieles vivan de manera que puedan comulgar todos los días”. Que no olviden este axioma: la Eucaristía es el centro del dogma, de la disciplina, de la liturgia, y la base de toda vida verdaderamente católica. “Quizás no hablamos bastante a los niños de la bondad de Jesucristo, de las misericordias que ofrece en su Sacramento...” Inculquémosles un vivo sentimiento de la Presencia Real. El sagrario, donde Dios reside, no solamente debe suscitar el más profundo respeto, sino aparecer ante la mirada y el corazón como el asilo de la paz, de la felicidad, de la confianza: *¡Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum!*

* * *

Las relaciones con el Creador y el Salvador se encuentran, de ese modo, bien establecidas. Queda por precisar los deberes hacia el prójimo. En primer lugar, ¿cómo se comportan los Hermanos con respecto al clero? No pertenecen a una Congregación parroquial o diocesana; dependen del Soberano Pontífice; pero se comprometen, el igual que cualquier fiel, y, muy especialmente por las

estipulaciones de la Bula de 1725, a manifestar a los obispos la más entera docilidad. Religiosos “laicos”, desprovistos del sacerdocio, incluso de todo carácter clerical, se prohíben toda intromisión en el campo del sacerdote. Su posición a veces se vuelve delicada: es importante no dar lugar ni a los acaparamientos ni a las quejas: se juzgará de ello por los consejos muy francos, y de una psicología inteligente, que el Hermano Philippe dirige a los directores de escuela, el 19 de enero de 1851:

“No meterse nunca en ninguna de esas pequeñas disputas, de esos pequeños diferendos” que surgen en ciertas parroquias. Recordarse que “la familiaridad engendra el desprecio y que por otra parte, hay demasiada diferencia entre esos señores [del clero] y nosotros como para que semejante comportamiento pueda ser soportado por mucho tiempo. Esos desahogos, que ni la prudencia, ni la virtud pueden admitir, y que a menudo no tienen otra causa más que la ligereza, las ganas de hablar, el descuido y la pérdida de tiempo, no producen nunca buenos resultados. Tarde o temprano, la necesidad de una reconciliación con un superior, o un roce cualquiera, dejará al descubierto los pequeños secretos y producirá el sacrificio del más débil. Entonces, todo cambia: se producen agravios, perjuicios, persecuciones... Las confidencias son para el confesionario y no para las conversaciones”.

Abstengámonos de polémicas. “Nunca disputas, sobre todo nunca por escrito. Si se nos pide alguna cosa contraria a nuestras reglas, a nuestras costumbres, formulemos humildemente nuestras observaciones; si se insiste, no tengamos vergüenza de decir que, siendo dependientes, no podemos decidir nada por nosotros mismos...”

Mucha consideración, y una firmeza tan inquebrantable como respetuosa, ésa es, en resumen, la consigna. “Sin ser inoportunos con nuestras visitas frecuentes, conviene, sin embargo, no hacer que sean muy raras”, principalmente con respecto al “Sr. Cura párroco”. Hay que invitarlo “a venir a la escuela a presidir un examen de oraciones, de catecismo, dar algunas recompensas”. De igual modo se debe actuar con los vicarios; “es la manera de ganar su confianza y su propia tranquilidad, de edificar al público”, de realizar el bien.

Los eclesiásticos figuran en el primer lugar de aquellos a quienes la Regla llama “las personas externas”. En lo que se refiere a las relaciones con los magistrados civiles y políticos, con las familias de los alumnos, los textos y las tradiciones informan suficientemente a los educadores, y el Hermano Philippe no insiste sobre el comportamiento a seguir. En cambio, transmite, en diversas oportunidades, a los miembros de las comunidades sus puntos de vista sobre sus obligaciones de apoyo mutuo y de ayuda mutua.

Los Lasalianos, después de haber emitido o renovado sus votos, cantan triunfalmente el siguiente versículo: *Ecce quam bonum, quam jucundum, habitare fratres in unum...* A ellos que llevan el nombre mismo de la fraternidad, corresponde ofrecer el modelo de la caridad sobrenatural, en el afecto y la asistencia mutua. En 1845, el Superior denuncia ciertas ilusiones cuyo descubrimiento podrían causar un peligro para los Hermano jóvenes: “Al entrar en religión, no hay que esperarse encontrar un sociedad de hombres perfectos... Debemos recordar nuestros propios defectos... Así como queremos que los demás nos soporten y nos sufran, así debemos también nosotros soportar las penas que nos vienen de los otros. Así

cumpliremos la ley de Jesucristo... Callarse y perdonar, esa es una verdadera fuente de paz”.

Curiosidad, maledicencia, indiscreciones, ¡malditos vicios que arruinan los monasterios! Se deslizan en ellos bajas formas benignas, la mirada baja, manos entre las mangas, lengua meliflua. Ejercen suavemente sus estragos, y difícilmente uno se zafa de ellos. El Hermano Philippe, excelente observador, los describe como lo hubiera hecho La Bruyère, según los originales: “Guardémonos de esos grandes charlatanes, de esos hombres cuyo espíritu está tan vacío de Dios como lleno de mil historietas verdaderas o falsas; de esos hombres que dicen todo lo que saben, y todo lo que no sabrían si hubiesen escuchado menos. Saben demasiadas cosas, carísimos Hermanos, como para ignorar aquellas cuya manifestación podría justamente desagradarnos; conocen demasiado bien los defectos de los demás como para ignorar los nuestros y tienen demasiada necesidad de hablar como para que podamos contar con su discreción. Tienen, además, buenas razones [aseguran ellos]: es por la gloria de Dios, es por el bien de la Orden, es para aclarar a un amigo... Sí, ¡será por la gloria de Dios por lo que violan uno de los mandamientos más caros a su corazón... por lo que destrozan la reputación de sus hijos!” [937]

Ahora bien, si una Congregación exige de sus miembros la caridad que practicaban entre ellos “los cristianos de la Iglesia primitiva”, esa es la Sociedad Lasaliana, con sus reglas tan estrictas de vida común casi continua, trabajo intelectual, ejercicios religiosos, recreos, comidas y (aún en el siglo pasado) sueño que no permitían nunca la soledad completa [938]. He ahí por qué el Superior, al enumerar las cualidades de “las personas que serán admitidas en el Instituto”, las quiere también “sociables, que disfruten de la compañía de sus Hermanos, haciéndoles amable la suya por un carácter pleno de amenidad, siempre igual, siempre sereno, tan alejado de una disipación pesada como de un humor sombrío y taciturno”. [939]

Ya anciano, nuestro autor retomará de buena gana este tema de la “unión fraterna”. Es el título de una de sus últimas cartas, la del 4 de mayo de 1872: en ella se compara al apóstol Juan que, hacia el final de su existencia centenaria, no hacía más repetir este lema: “Hijitos míos, ámense unos a otros”. Recuerda que el Sr. de La Salle, cercano a su muerte, recomendaba a sus discípulos “que tuviesen entre ellos una íntima unión”. Y él, el Superior de 80 años, que ve “el fin de su peregrinación”, se complace en repetir las mismas palabras: “Sí, hijos míos, mis hermanos muy queridos, ámense unos a otros; es el precepto del Señor, que resume toda su santa ley”.

Del mismo modo que la expresión de su fisonomía, con la mucha edad, deja transparentar más libremente su bondad profunda, el estilo del Hermano Philippe, en sus últimos años, se permite un mayor número de efusiones. Su prestigio, su popularidad en el Instituto así como en toda Francia y en toda la Iglesia, le permiten mostrarse “abuelo”, sin disminuir su inmensa autoridad de jefe. En 1852, durante una grave enfermedad, la adhesión de sus hijos, manifestada por su consternación, y por sus oraciones suplicantes, lo conmovió vivamente. Convaleciente, hizo llegar a las comunidades una hoja, de caluroso agradecimiento. Cuando él mismo ya no podía “ni rezar, ni meditar, un gran número de buenos Hermanos, de tiernos hermanos en Jesucristo, de verdaderos hijos del Venerable de La Salle” multiplicaba a su intención comuniones y novenas. De todos los rincones del mundo recibe los

parabienes por el año nuevo, felicitaciones por san Felipe: les da respuesta brevemente, pero con la más conmovedora cordialidad.

De su parte hacia los Hermanos, realiza ese ideal de amor mutuo que propone a la Congregación. Manifiesta particular solicitud hacia aquellos que van a morir. En su circular del 4 de enero de 1869, titulada “de la asistencia espiritual entre nosotros”, constata que, “como consecuencia de la extensión que ha tomado el Instituto” no hay un día en que “uno o varios religiosos entren en agonía”. En su favor, moviliza todas las fuerzas de imploración y de penitencia que les puedan socorrer en tan terrible paso. Por supuesto, los difuntos tienen su parte en esa Comunión de los Santos; lo sabemos por las noticias y las listas necrológicas: Hermanos, bienhechores y amigos de los Hermanos, personas afiliadas al Instituto, ninguno se queda olvidado. La piedad lasaliana se nutre de ese dogma de la reversibilidad de los méritos, tan querida por el sentimiento y a la filosofía católicos.

Los principales agentes de concordia y de unidad deben encontrarse entre los directores de escuelas y de pensionados. San Juan Bautista de La Salle afirmaba que todo su edificio descansaba sobre ellos. Sus sucesores, a ejemplo suyo, se han preocupado de formar y fortalecer el personal de élite. El Hermano Philippe, que los visita, preside los retiros en sus establecimientos, que les escribe a veces de su propia mano, les dirige, además, circulares especiales. Notemos que una de ellas — con fecha del 30 de junio de 1851— les recomienda la salud de sus inferiores y no duda en descender a los detalles más precisos, semejantes a los que encontramos en las recomendaciones de las madres de familia. Idéntica claridad, igual vigilancia, en los consejos de tipo administrativo: el 30 de noviembre de 1854, los directores son invitados a “regular bien sus gastos, con el fin de conservar siempre una pequeña reserva... Quien gasta todo lo que tiene a menudo gasta lo que no tiene. Al cambiar de casa, deja deudas, en perjuicio de la comunidad, y en detrimento de su reputación”.

“Ustedes son los hombres de confianza del Instituto”, reitera el General a sus lugartenientes. Esa expresión va mucho más allá de lo temporal. Los intereses a salvaguardar, son en primer lugar los intereses de las almas. Una rigurosa observancia se impone para los responsables; nadie, en su entorno inmediato, tiene la función de estimularles: razón determinante para no permitirse nada, no perdonarse nada a sí mismo. Las elevadas funciones establecen frecuentes relaciones con el mundo exterior; no obstante, el hombre que gobierna debe velar sobre su vida profunda, salirse de las rodadas de la rutina. Para realizar cabalmente todas sus tareas, no puede perder ni un minuto.

También aquí, la última palabra del anciano irá dirigida a la caridad fraterna. “Para que se pueda decir de los Hermanos como de los primeros fieles: ¡Vean cómo se aman!” es necesario que previamente se proclame el afecto del director con respecto a sus subordinados. “El amor procede del padre” para extenderse a los seres del hogar; “la unión es un perfume que, según el lenguaje del salmista, se extiende desde la cabeza sobre los vestidos”, es decir de los superiores a los miembros de la comunidad [940].

* * *

Tal es la manera como Matthieu Bransiet comprendió su función de jefe religioso. Al suscitar a san Juan Bautista de La Salle una posteridad numerosa, resucitaba en él al Ancestro.

Dos bustos de mármol, obras de Oliva en 1875 y en 1889, pertenecientes a la Casa Generalicia, incitan al paralelo entre el Fundador de la Congregación y su heredero más conocido. En primer lugar sorprenden los contrastes: el campesino junto al gentilhomme, una fealdad rústica junto a un rostro refinado: el artista ha captado, con toda realidad, las diferencias de clase social y formación inicial. ¿Que dimensión común, puede existir entre estos dos personajes? Por una parte, humanismo y teología, con todos los tesoros de civilización del siglo XVII; por la otra, la escuela primaria, el rápido noviciado, las tareas del maestro a partir de los dieciocho años, después de una revolución que desorganizó la enseñanza.

El Hermano Philippe ha vuelto a encontrar, mediante la reflexión y la humildad, algo del genio del Sr. de La Salle. Consideró que no era nada, fuera de la imitación de su Padre; captó las enseñanzas escritas del Pedagogo y del Místico; se adhirió a todas las tradiciones del Instituto. Y su inteligencia era tan viva, su sentido común tan infalible, su fe tan robusta que logró —lo hemos constatado ya con Mons. Roche— llegar a ser algo más que él mismo: un alma que se desarrolló, por así decir, hasta la dimensión de un molde que reproduce fielmente.

Pero no es el único en reproducir en su persona los rasgos esenciales de una admirable efigie. Entre sus antecesores, sus contemporáneos, sus sucesores, ¡cuántos son los religiosos que ostentan ese mismo cuño!

El Superior General conocerá los últimos años y podrá narrar las acciones de veteranos que ayudaron a restaurar la obra lasaliana, conservaron en ella “el espíritu primitivo, vida y alma de la Congregación”, [941] fundieron su corazón en el del santo canónigo de Reims: Jean-Michel-Philibert Brière, el Hermano Joseph, de Chartres, “muerto en París en 1839, santamente, como vivió”; [942] Jean-Baptiste Faure, el Hermano Servule, muerto en Toulouse el 25 de diciembre de 1843, después de más de medio siglo pasado al servicio de las escuelas cristianas y una existencia de 78 años fecunda de peripecias, de sufrimientos, de ejemplos de abnegación [943].

El Hermano Vivien, decano del Instituto, por tanto tiempo en la brecha, no entregó las armas hasta ser octogenario, como consecuencia de una parálisis que le privó del uso de sus miembros y de su lengua. De buena gana contaba a los novicios las viejas historias de la Antigua Francia, de la Revolución, del Imperio, le gustaba aún recordar sus relaciones con el Hermano Agathon, sus trabajos en Reims y Lyon, las felices circunstancias en las que salvó tantos documentos, tantas reliquias. Pero lo sobrenatural predominó en él: de 1834 a 1847, la oración llenaba sus días. Su pretende una ocupación exterior, no es más que para enseñar el catecismo a algunos niños. Obligado a permanecer definitivamente en su sillón, acepta el dolor con serenidad; doblega su natural orgullo, su naturaleza independiente, ante las molestias humillantes de la enfermedad y de la vejez. No quiere tratamientos especiales, ni régimen de favor. Cuando sucumbe, con 87 años, sus Hermanos ya no se acuerdan más que de su edificante conducta; le trenzan coronas a las cuales la posteridad aliviará de cierta sobrecarga, sin por ello pretender arrancarlas de esa frente augusta [944].

Antoine Radier, el Hermano Patrice, lo precedió en la tumba en siete meses. Sabemos cuánta afección el Hermano Guillaume-de-Jésus manifestaba hacia ese compañero de otros tiempos, profesor en el pensionado de Marsella de 1788 a 1791. [945] Las prisiones del Terror, el destierro, separaron a los dos maestros; luego Radier, “secularizado”, casado, aunque conserva con sus cohermanos numerosas, excelentes relaciones, no puede franquear el umbral de sus casas, incluso participar en sus ejercicios, en sus retiros, más que a título de amigo. Fue un “fervoroso cristiano, modelo de su parroquia”, después de haberse mostrado, por treinta años, un religioso sin reproche. “Finalmente, dice su biógrafo, Dios, escuchando sus oraciones, rompió los lazos que lo retenían en el mundo”. En 1834, de vuelta a la casa de Aviñón —que lo había acogido por primera vez en 1776— el septuagenario se convertía en simple novicio. Con sorprendente facilidad, suelda los dos extremos de su carrera; desde hacía tiempo, quienes se carteaban con él lo llamaban por su nombre de toma de hábito: pedagogo de valía, creador de un pensionado, Antoine Radier, no cesó nunca, en el fondo de su conciencia, de ser el Hermano Patrice. Una vez retomado el hábito, hechos los votos trienales, emitidos los votos perpetuos, se consagra en adelante a la enseñanza de los jóvenes del distrito de Aviñón y de Provenza. Los forma de maravilla, según la Regla antigua; su amplio saber, su buen humor languedociano, su amable piedad, dan a sus charlas “un gran encanto”. Merece representar a los ojos de sus discípulos, un pasado atrayente y glorioso. Cuando con veinte años pertenecía a la comunidad de Grenoble, se encontró con ancianos que, en su muy lejana infancia, se sentaron en los bancos de la escuela donde el Sr. de La Salle en persona enseñó el alfabeto; conoció al canónigo de Villars, un nonagenario, que pudo conversar con el santo Fundador, lo oyó decir su misa. Se encontró también, entre los Padres de la Grande Chartreuse, el recuerdo de la estancia de 1713. Luego en Marsella, conoció al Hermano Sixte, último superviviente de los tiempos heroicos. He ahí porqué, en 1844, el Hermano Patrice tuvo el honor de aportar su testimonio al proceso de beatificación: vino entonces a París y la casa del Santísimo Niño Jesús lo recibió como un enviado providencial. El 5 de febrero de 1847, se extinguía dulcemente entre sus Hermanos de Aviñón [946].

El primer novicio de 1802, el colaborador del Hermano Pigménion, Pierre Gambert —Hermano Augustin, “catequista infatigable”— dio, durante dos tercios de siglo, el ejemplo de su perseverancia y sus virtudes. No abandonará este mundo hasta 1870, en los momentos en que la comunidad de la calle Oudinot sufre los desastres de la guerra y del sitio alemán [947].

Por su parte el Hermano Gérard, compatriota y amigo de Jean-Marie Vianney, dejará por todas partes la fama de un religioso austero, para quien en 1873, el cielo debió abrirse para asociar eternamente a Jean-Marie Dumont y el Cura de Ars.

El Hermano Secondien, nacido en 1793 en un pueblo de Lorena, sobrevivirá doce años al Hermano Philippe. Reclutado desde 1813, tomó parte, con Napoleón, en las campañas de Alemania, de Francia y de Waterloo: soldado “angelical”, al igual que, antes que él, Joseph Darbignac y Louis-Arnaud Lafargue en los ejércitos de la República [948]. Un cierto tiempo separa su vida militar de su entrada al noviciado lasaliano. Pero su pura conciencia, su energía moral lo convierten en muy digno de dicha vocación. Practicará la Regla en todo su rigor. Lunéville y Reims dan testimonio de que se elevó muy alto hacia la perfección [949].

Otro protagonista de combates legendarios, otro religioso muy obediente, muy humilde, Dominique Martin, “el capitán”. Se trata también de un oriundo de las Marches de L’Est. Con 19 años, se licenciaba en ciencias, después de brillantes estudios. En 1830 lo encontramos como oficial de artillería. Explota la insurrección polaca: Dominique ofrece su espada por esa hermosa causa. Cae en manos de los rusos y se ve condenado a la deportación en Siberia. Destino terrible, verdadera sepultura. El hombre posee una fe muy viva: promete a la Santísima Virgen, si consigue la libertad, consagrarse, en una orden religiosa, a la educación de los niños. Un funcionario del zar, el príncipe Makeff, se fija en ese prisionero, le encarga instruir a sus hijos. Una vez terminada su función de preceptor, la madre de los jóvenes obtiene de Nicolás I amnistía total y plena, en favor del capitán Martin. Llegado a Francia: el 11 de octubre de 1842, se presenta en el noviciado lasaliano de París. Nadie conocerá su odisea, sus hazañas de armas, con excepción de sus superiores. Después de sus votos, dirige un establecimiento de aprendices de la capital; luego enseña en Tours, desde 1848 a 1865. Uno de sus antiguos camaradas, convertido en general, lo vuelve a encontrar en esa ciudad, revela a la comunidad el *curriculum vitae* del “Hermano Martin”. Y ahí tenemos al antiguo oficial ahora famoso: los habitantes de Tours lo saludan como a un héroe, un mártir. Algunos jefes de taller, contra maestres, obreros, al protestar —en número de 800— contra las alegaciones engañosas de un consejero municipal, enemigo de las escuelas cristianas, añadían casi todos a su firma el siguiente título de honor: “¡Alumno del Hermano Martín!”. Tanta popularidad inquieta la modestia del santo hombre: suplica ser enviado a una casa donde permanezca desconocido, tranquilo. El Hermano Philippe acepta favorablemente su petición. Hacia finales de 1865, el “capitán” pertenece al grupo de los profesores del hotel Rosmadec de Nantes. En ese lugar muere, gozando de la paz divina, el 2 de marzo de 1867. [950]

Ya hemos perfilado la carrera de algunos Hermanos Asistentes, de eminente sabiduría, y de algunos religiosos que vivieron como apóstoles y como ascetas, un Hermano Benildo, aquel pequeño campesino de la Limagne, de piel un tanto rugosa, de rostro severo, y cuyo porte se curva bajo el peso de los trabajos y las mortificaciones, acude a recibir su recompensa el 13 de agosto de 1862. Durante veinte años se ha sometido a una tarea dura, agotadora, en la Tebaida montañosa de la aldea de Saugues; desaparece al albor de una precoz vejez. Sus exequias, en la fiesta de la Asunción, adquieren un aspecto triunfal: sus antiguos alumnos portan el ataúd; la gente exclama: “¡Ha muerto el santo!” *Vox populi*; la decisión de la Iglesia confirmará que Pierre Romançon, que “estudió, amó, imitó, enseñó a Jesucristo”, e inició a tantos de sus alumnos en el servicio de Dios, [951] realizó el más completo ejemplar del Religioso educador, según las orientaciones de Juan Bautista de La salle [952].

Su émulo, Jean-Bernard Rousseau, catequista de los negros, elogiado, respetado por toda la Isla Borbón, ocasiona —el 13 de abril de 1867— la consternación de aquellos a quienes evangelizó. Pero después de aquel domingo de Ramos en que condujeron al cementerio de Santa María los restos mortales del Hermano Scubillion, criollos y antiguos esclavos se persuaden de que el alma beatífica vela siempre sobre la colonia. Se organizan peregrinaciones hacia la tumba; y maravillosas curaciones parecen testificar bien el crédito celeste del intercesor [953].

En la siguiente generación nos encontramos con una serie —muy variada— de Hermanos que son el legítimo orgullo y el consuelo de su Superior General: un

borgoñés, el Hermano Barmier, cuyo padre, un simple recadero de Pommard, pasaba ante la mirada de sus compatriotas más que por un fervoroso cristiano, por un verdadero místico. Él, Joseph Billard, tuvo algunos años de juventud un tanto frívola: entra en el Instituto en 1842 y en él no realizará ningún otro empleo más que los de cocinero, portero o ecónomo. Su piedad profunda sin embargo resplandece; su influencia se ejerce en la comunidad de Alençon, luego en París, en el barrio de Ternes, y después de 1864, de manera particularmente notable, sobre los hombres que acuden al patronato de Albert en Picardie. Su amor hacia la eucaristía le inspira páginas que el Hermano Exupérien no dudará en publicar [954].

Podemos encontrar un Hermano comparable a él en un montañés de los Alpes, el Hermano Sauveur-Marie. Éste, maestro público, en 1838, en Savines, después de los estudios en la escuela normal de Gap, se comportaba como un verdadero religioso en el mundo. Y, de acuerdo con un sacerdote, el P. Lagier, forma una pequeña congregación docente, reclutada principalmente entre sus antiguos alumnos. Toma entonces el nombre de Hermano Louis. En 1843, abre, en la capital de su departamento, un pensionado, que prospera. No se deja embriagar por sus éxitos pedagógicos y universitarios. Considera que para asegurar el porvenir de su obra y la perseverancia de sus súbditos, es necesaria una fusión con la Sociedad lasaliana. El Hermano Philippe acepta hacerse cargo del establecimiento de Gap. Y, poco a poco, “los Hermanos del P. Lagier” acuden al noviciado del distrito. También el mismo iniciador se somete, en 1851, a la ley del Instituto: desempeñará su papel en el ambiente provenzal, como subdirector de las escuelas de Arles, como director de Ciotat [955].

Antoine Pialoux [956], nacido el 13 de julio de 1836, en la aldea de Marion, en la Haute-Loire, es hijo de un tejedor. La educación familiar contribuyó poderosamente a la energía de su carácter, a la intensidad de su fe. Los Hermanos de Brioude le proveen con una sólida enseñanza. El alcalde de la ciudad, que se interesa mucho por ese joven lo coloca en las oficinas municipales. Algún tiempo después, Antoine se transforma en pasante de abogado. Pero a partir de entonces descubre su vocación; vencida la oposición materna, con 19 años se cuenta entre los novicios de Clermont. El nombre de Gabriel de la Croix, que llevará a partir del día de Navidad de 1855, simboliza, en cierto modo, toda su misión futura, bajo el patrocinio del arcángel “fuerza de Dios”, bajo el signo de la Pasión dolorosa y redentora. Diez años más tarde, comienza, en el pensionado de Clermont, un apostolado magnífico, destinado a poblar la Iglesia de excelentes sacerdotes y de religiosos fuera de lo común.

El Hermano Gabriel aparece en todo su esplendor. Dos de sus contemporáneos vivirán, como el Hermano Barmier, felizmente ignorados y, no obstante, ricos de inmensas gracias, dispensadores de la salvación para muchos: el Hermano Camille-de-Jésus, que —en su calidad de subalterno en la comunidad de Nantes— conquista las almas de los soldados de la guarnición [957]; el Hermano Julius-de-Jésus, un trabajador manual, admitido en el noviciado de Talence en agosto de 1860, cocinero, encargado del comedor, sacristán, en Périgueux, en Burdeos, en Marmande, tan puntual y tan diligente con sus deberes de estado, tan heroico en su vida interior, que se gana la veneración de su entorno, una fama de elevada santidad entre los fieles; algunos hechos conmovedores, palabras proféticas, favores señalados que obtiene rezando ante la estatua de Nuestra Señora venerada entre los ribereños del Garona, lo mostrarán en relación directa con el Cielo [958].

Todos estos Lasalianos permanecerán por mucho tiempo —y algunos de entre ellos hasta nuestros días— los testigos y los agentes de la protección divina sobre el Instituto. En su surco avanza una juventud igualmente decidida a la inmolación total, a secundar las sublimes actividades de Francisco de Asís, de Luis Gonzaga, de Juan Bautista de La Salle y del Hermano Irénée. Es cuando se forman en la Congregación el savoyardo Léon Tissot, el alsaciano Chrétien Motsch, el loreno Nicolas Rèche, el belga Louis-Joseph Wiaux, el ecuatoriano Francisco Febres Cordero; antes de 1870 se llaman ya, Hermanos Léon-de-Jésus, Alpert, Arnould, Mutien-Marie, Miguel... Nombres llamados al más vivo resplandor. Los encontraremos en la época de su esplendor. [959]

¿Nos atreveríamos a pensar que sus predecesores, sus guías, no fueron más que estrellas solitarias en una noche sombría? Los más antiguos discípulos del Fundador, durante el generalato del Hermano Philippe, brillan sobre un horizonte aunque no sin nubes, al menos sin espesas tinieblas. La claridad de sus almas se difunde sobre el conjunto del cuadro: atraviesa algunas brumas que flotan a ras del suelo, no se enfrenta a la rebelión de las sombras. De esas devociones ardientes, de esas vibrantes oraciones, de esas entregas que brotan bajo el sol de Dios, los matices de las virtudes ordinarias se reavivan. Nada choca demasiado llamativamente a la mirada; nada rompe irremediablemente la armonía; nada aparece indigno, a fin de cuentas, en la concepción y la obra del maestro, Sr. de La Salle. Algunos toques, algunas realizaciones más sorprendentes: y el final del siglo XIX verá las labores de un gran reino continuadas, perfeccionadas.

CAPÍTULO II

PRINCIPIOS Y ÉXITOS DE LA PEDAGOGÍA LASALIANA

Pedagogía e ideal cristiano. El programa fundamental; la geografía y el dibujo en las escuelas de los Hermanos; extensión de las lecciones de ciencias; la enseñanza del francés y el cultivo de la mente; la disciplina: supresión de las correcciones corporales; la vigilancia sobre las costumbres. Insuficiencia de material y de locales. — Las obras clásicas F. P. B.; colaboradores del Hermano Philippe: los Hermanos Angelum, Paphnucius, Alexis, Marianus, Victoris. — Rostros de pedagogos: el Hermano Ildefonse, en Rodez; los maestros de Gaillac, de Millau, de Montpellier; el Hermano Gabriel-Marie, en Brioude; el Hermano Corbinien, en Rennes. La formación musical. Los maestros de París. El Hermano Alphonse y sus herederos en la región de Burdeos. — El Hermano Cécilien, director de la escuela normal de Ruán; sus “informes” anuales. Sus auxiliares y sucesores: el Hermano Anthymius, el Hermano Lucard. — Jefes de pensionados: conexión entre estos establecimientos y las escuelas elementales; obra del Hermano Leufroy en Béziers; la Academia, la Congregación. Passy y sus grandes directores, el Hermano Théotique, el Hermano Libanos; la vida y los estudios en esta casa modelo. El sistema educativo del Hermano Joseph en los Francs-Bourgeois. El Pensionado Saint-Joseph de Rodez. Una personalidad relevante: el Hermano Annet, en Clermont-Ferrand. — Las “Obras de Juventud”; los círculos recreativos; círculos militares. La Casa de familia y el Círculo de los Francs-Bourgeois.

Unir la preocupación por la perfección religiosa a las actividades pedagógicas, tal fue —según las tradiciones del cristianismo— la clara y constante voluntad del santo Fundador del Instituto. Sus discípulos deben conformar su vida al ideal evangélico y, con el mismo esfuerzo, con la misma aplicación, dedicar perpetuamente esa vida al servicio de la infancia. No se consideran educadores completos sin la práctica de la meditación, del examen de conciencia, a la vez personal y profesional, sin el ejercicio diario de la purificación del alma. No conciben la enseñanza sin su fundamento, que es, en definitiva, una “filosofía”.

Uno de los errores de los burgueses positivistas que, durante los años 1880, crearon la escuela laica, consistió, muy evidentemente, en imaginar una enseñanza elemental desprovista de doctrina inspiradora. Pretendieron no comunicar a las inteligencias de la masa más que las “disciplinas útiles”: lectura, escritura, redacción, cálculo, un poco de dibujo, de canto, algunos conocimientos agrícolas o del hogar; “materiales, tan sólo materiales”. Sobre eso, una sencilla capa de vago espiritualismo, de vago deísmo, por otra parte provisional, transitorio, deliberada y necesariamente destinado a desmoronarse hasta el último pedazo. En el ambiente, sin explicarla, “la buena vieja moral de nuestros padres” como la llaman, el “imperativo categórico”, y misterioso, que, llamado a refrenar los apetitos, garantice la organización social, dé seguridad a los propietarios de las cajas fuertes. Se trata al pueblo como *minus habens*: sabrá trabajar; otros se ocuparan de pensar en su lugar.

Sucedió lo que se podía esperar. ¿Cómo prohibir al hombre el “realizar sus humanidades”? Una nueva generación de maestros, libre de toda creencia de tipo sobrenatural, y dejando de lado también la moral, convencional, encorsetada, exangüe por falta de alimentación divina, se forjó un sistema de ideas en relación con sus conocimientos. No había aprendido más que hechos, sin discusión, sin examen crítico de los fundamentos y de los resultados de la ciencia: no quiso ver nada más allá de los hechos. No podía desembocar más que en la erección como

dogma de una sociología materialista, de la cual extraería su concepción del mundo y sus máximas de conducta.

“Filosofía”, sí la palabra importa, pero antifilosófica, enemiga no solamente del pensamiento cristiano, sino igualmente de la cultura personal, del verdadero humanismo, circunscribiendo la educación a un adiestramiento, reduciendo los procesos del espíritu y de la voluntad a una búsqueda del bienestar, justificando la lucha implacable, el odio entre las clases, entre las naciones [960].

La fe de los Hermanos actúa sobre un plano completamente diferente: no encierra al joven maestro, al alumno, en los muros de una escuela, en las reglas de la aritmética; les da una visión de horizontes ilimitados: destino del alma, valor de la vida temporal y espiritual, relaciones del Creador y de la creación. Con la enseñanza religiosa, con un cristianismo que no se queda en letra muerta, enseñanza apresurada y facultativa tras un programa escolar, sino ley de todo esfuerzo intelectual y moral, la formación del niño supera siempre la fase “primaria”; llega a las raíces del ser; provoca el desarrollo de la personalidad; no da lugar a la molestia, al lamento de algo inacabado.

Los Lasalianos, a menudo, son conocidos bajo el nombre de “Hermanos de la *Doctrina Cristiana*”: término históricamente inexacto; definición, no obstante, que los honra y no carece de verdad. El catecismo, con el Decálogo y la Sagrada Escritura, constituye el objetivo primero, la esencia de sus lecciones; lo enseñan al pie de la letra, lo comentan, ellos mismos lo estudian cada día. El Evangelio regula su pedagogía, la adapta a las circunstancias, a las razas, a los individuos más diversos. De esa forma, como auxiliares del clero, profesores y misioneros, pertenecen a la estructura de una Iglesia que se proclama “docente”.

Misit me Deus evangelizare pauperibus: después de Nicolas Barré, después de Charles Demia, después de san Juan Bautista de La Salle, el Hermano va a distribuir la sustancia, sin la cual la inteligencia se siente famélica, la razón se vuelve mutilada: es decir, los elementos del saber, asociados a los datos de la Revelación. Sin salario, como ofrenda generosa: porque vender la verdad se parece al chalaneo, a la simonía; porque, más que el pan del cuerpo, el pan del espíritu no debe ser negado, a quien lo solicita.

Los límites de esa caridad no están en absoluto delimitados; se desplazan, con toda amplitud, según los tiempos, los países, las civilizaciones. Pero, en el espacio abierto, hay que continuar cultivando, en primer lugar, el campo primitivo. ¡Dios no quiera que los Hermanos cometan la más grave infidelidad, abandonando la humilde infancia, desdeñando las tareas ingratas que inclinan su frente sobre el alfabeto, un cuaderno de “palotes”, una pizarra con cifras torpemente trazadas!

El Hermano Philippe les recuerda ese deber en su circular del 19 de enero de 1851: los maestros fallarán en su vocación si no “se esfuerzan en ser excelentes” en todos los puntos del tradicional programa, lectura, escritura, ortografía, aritmética.

Que, sobre esos fundamentos, algunos construyan en altura y en amplitud, no encontrarán obstáculo en ello más que si su talento pretende liberarse de obediencia y prudencia. Los Hermanos enseñan bien porque, generalmente, según el deseo que expresaba Victor Cousin a propósito de los maestros, saben más de lo que

enseñan. Si de las consideraciones generales descendemos a las precisiones de detalle, notamos que con la gramática y las matemáticas, otras dos disciplinas aseguran, en el siglo XIX, la fama del Instituto lasaliano: el dibujo y la geografía.

Un universitario, al resumir la obra pedagógica del Hermano Philippe, escribe en 1874: “Exceptuadas algunas grandes ciudades que poseen escuelas especiales de dibujo, casi todo lo que nuestro personal obrero e industrial han adquirido [en esta materia], lo han conseguido en las clases de los Hermanos”. [961]

En lo que se refiere a la geografía, las iniciativas propuestas y los procedimientos en uso entre los mejores maestros de las escuelas cristianas son, por esa misma época, muy notables. Los jefes de la enseñanza pública se preocupaban, bajo el Segundo Imperio, por vivificar, mediante la observación directa, por la investigación científica, con la geología, la climatología, la historia, esa enseñanza geográfica demasiado a menudo reducida a las secas enumeraciones. Aprecian la buena voluntad, el éxito, con los cuales verdaderos especialistas, en los centros educativos lasalianos, los secundaron casi siempre, a veces los superaron. “Tomen nota de lo que se suele llamar la *geografía local*”, ordena el Hermano Philippe a sus religiosos en una circular de 1871; “elaboren una serie de preguntas que habitúen a sus alumnos a observar lo que tienen antes sus ojos”: el río, el camino, la colina, la aldea. Desde hace ya muchos años, se ha extendido el uso de mapas murales, de atlas baratos, de cuadernos en los que hay que reproducir con exactitud el contorno de las costas marítimas, la red fluvial, las líneas de los macizos montañosos. Los niños se han acostumbrado, además, a trazar esquemas en el encerado. Y a la Congregación de la calle Oudinot se debe el primer mapa hipsométrico (altimétrico) de Europa, a gran escala, salido de las prensas francesas.

Las necesidades del tiempo, el progreso social exigen un lugar en los programas para las ciencias físicas y naturales. El futuro agricultor, el futuro técnico de la fábrica, ¿podrían prescindir de ellas? La enseñanza primaria les proporciona, en adelante, las nociones, al menos en sus clases de fin de estudios, en sus cursos nocturnos accesibles a los jóvenes y a los adultos. En diversos lugares, para prepararse a profesiones ventajosas, los alumnos de los Hermanos encuentran, por añadidura, lecciones de agrimensura, de contabilidad, de arquitectura.

El Superior General no soporta ni la somnolencia ni la rutina. Pretende que, desde 1845, el Instituto mantenga su “brillante” fama. Se muestra atento al movimiento de las ideas.

En 1863, la carta-prefacio a una nueva edición de la *Guía de las escuelas* contiene esta observación: “La enseñanza ha tomado, en estos últimos tiempos, un carácter peculiar que tenemos que tener en cuenta. Al proponerse como meta principal formar el juicio, da menos importancia que antaño al cultivo de la memoria; se sirve sobre todo de métodos que ejercitan la inteligencia y fuerzan al niño a reflexionar”. Se echaba en cara a los Hermanos el dedicar mucho tiempo a los medios nemotécnicos: el Superior, sin pretender una posición de defensa, (dieciocho años antes, reprochaba el excesivo número de lecciones aprendidas “de memoria”, insistía sobre la utilidad de las preguntas y sobre la llamada a la conciencia en la enseñanza de la historia) da la señal para una marcha hacia adelante.

El 10 de enero, hace suyas las conclusiones del ministro de la Instrucción Pública. Duruy había comunicado, en julio de 1866, a los directores de las escuelas normales: “Muchos maestros abusan de la gramática y creen haberlo hecho todo cuando han puesto en las cabezas abundantes reglas... Hay que evitar, en ese estudio, las abstracciones y sutilezas, hay que dedicarse a los ejemplos que suministran la lectura y la explicación de los grandes escritores. Así se aprende mejor la lengua, con sus matices” que según los datos de las páginas gramaticales [962].

El Hermano Philippe dice, casi en idénticos términos: la enseñanza del francés debe servir, ante todo, al desarrollo de la mente. Conviene evitar las definiciones complicadas, un vocabulario abstracto. Los profesores, que tienen mayor confianza en la razón natural, en la lógica innata, deberán poner menos interés en los interminables análisis de las “partes del discurso”. El tiempo que se gana de ese modo se empleará en la lectura, en la explicación —literal, e incluso filosófica, “espiritual”— de los buenos autores.

La circular no olvidaba añadir que esas recomendaciones y esos principios pertenecían, explícita o implícitamente, a la esencia de la pedagogía lasaliana. Y, en verdad, la substitución del latín por el francés en el inicio de la enseñanza, el uso frecuente de las preguntas individuales, los ejercicios de redacción catequística, se habían contado entre el número de las más atrevidas y más exitosas innovaciones del Fundador, no sin beneficio en favor de la razón humana.

“Hagamos una lectura inteligente, prescribía el continuador del Sr. de La Salle. Para lo cual, interroguen a los alumnos, después de cada parte de la lección, para obligarles a reflexionar sobre lo expresado; pregúntenles de qué se habla, lo que se dice, los motivos para decirlo”.

“En las divisiones más avanzadas”, el análisis de las ideas, el análisis del estilo coronarán cualquier dictado ortográfico. Algunos “extractos de autores modelo” ofrecerán la materia de tales ejercicios. Hay que llamar la atención de los alumnos a la vez sobre el fondo y sobre la forma: “precisión o falsedad” del pensamiento, del razonamiento; “propiedad, pureza, energía” del lenguaje; empleo de las figuras, “de las inversiones, comparaciones, contrastes”; evitando, en todo caso, los comentarios que superen el entendimiento del auditorio.

Texto capital que parece resumir bien las directivas del Pedagogo. Demuestran ser semejantes a las de otro maestro del momento, Mons. Dupanloup: “Los primeros estudios, declara el prelado en su libro *El Niño*, no obligatorios, deben ser extremadamente sencillos... Consistirán en lectura, escritura, los primeros elementos del cálculo, algunas nociones de historia y de geografía y, por supuesto, la religión... Lo importante, es que todo ello [se enseñe, se aprenda, se retenga exactamente]: poco y bien; muy poco y muy bien: he ahí el principio” [963].

Desterrar los excesos; evitar la “coacción”; no tratar al alumno como receptáculo o como máquina: nuestros educadores concuerdan siempre en la expresión de estas leyes fundamentales. “Aquello que los niños aceptan con amor” —y nada más— “entra en su mente y en su corazón, ...se convierte en su propia sustancia... Si se quiere lograr que sean razonables; hay que hablarles con la razón”, y comprenden;

“si queremos hacer que sean virtuosos, hay que actuar con confianza hacia ellos, y se conmoverán, serán agradecidos, alegres”. [964]

El obispo de Orleáns aconseja a los profesores, buscar el alma, ganarse el afecto. El Superior de los Hermanos exhorta a sus subordinados a renunciar “completamente a las correcciones aflictivas”. Hablando como un fisiólogo y un psicólogo, recuerda que no se puede exigir la obediencia y la atención del alumno si no se cuidan sus nervios, si no se le evitan las fatigas inútiles y el trabajo excesivo.

El maestro, él el primero, debe observar la regla del silencio: en esa prescripción de la *Guía* lasaliana se formula la más sensata de las paradojas: signos y señales en lugar de gestos desordenados, palabras claras y breves en lugar de grandes gritos y largos discursos; un maestro que no se aleje de su cátedra y de la pizarra: y la clase bien vigilada, mantenida en vilo, y protegida contra el agotamiento de las lecciones y los deberes, permanecerá tranquila.

Asimismo, es preciso que los cuerpos infantiles conserven una cierta holgura de actitud: se favorecerán las mesas-reposabrazos y los bancos con respaldo, al menos para los más jóvenes. Si hay que castigar, y parece necesario imponer una *sanción*, el castigo deberá ser proporcionado a la falta; el juez no olvidará que el delincuente no puede ser privado del descanso, del sueño, y que entre la clase y el fin del día las horas pasan rápidas, poco numerosas.

Algunos maestros se resignaban difícilmente a la supresión de las penas corporales. ¡El látigo, la férula, habían desempeñado un papel tan grande en la antigua educación! *Ultima ratio*, cuando el razonamiento admitía su impotencia... A decir verdad, demasiado a menudo, y de prisa, se replegaba detrás de artillería pesada, tan fácilmente manipulada por la cólera. Finalmente, era importante tomar una idea más clara de la dignidad del niño, al igual que de la dignidad del maestro. Los malos tratos humillaban, degradaban, sin convencer, y podían llegar a ser peligrosos.

El Hermano Philippe debió reiterar sus órdenes sobre el particular. El 20 de enero de 1858, comunicaba a los directores de escuela que el ministro le había señalado abusos bastante graves. Los maestros concernidos alegaban que los “reglamentos” de su Congregación autorizaban las maneras de actuar con frecuencia condenadas. En términos particularmente enérgicos, su jefe protestó contra esas afirmaciones: ¿no sabían que el “uso de la férula, tolerada en otro tiempo” estaba prohibido por las decisiones de los Capítulos Generales? Había una “ignorancia imperdonable” o “profunda ineptitud” en dar pretexto a los poderes públicos para condenar las prescripciones de la *Guía* de las Escuelas Cristianas.

El 20 de julio de 1860, nuevas reprobaciones. El Hermano Superior invita a los Hermanos de mano demasiado fácil al respeto de sí mismos: “Un alumno podrá llegar a olvidar el dolor de una corrección aflictiva; pero un maestro reflexivo, religioso, no olvidará nunca que se equivocó al maltratar a un niño... Se sonrojaría más adelante si, encontrándose en presencia de un magistrado, de un sacerdote, de un jefe de taller, incluso de un obrero, éste le dijese: Usted me pegó, cuando estaba en su clase”.

¡Que el maestro recuerde sin cesar el *Maxima debetur pueris reverentia!* Ejerce, ante sus alumnos, “la función de visible ángel custodio”. Debe evitarles las

tentaciones, debe evitarlas él mismo. Que se santifique, santificando a las jóvenes almas. Que no sea “el agua que no puede limpiar sin ensuciarse”. Familiaridades, intimidades, “sensiblerías” son contrarias a la prudencia y a la sabiduría. El Hermano Philippe no duda en hablar muy claro. Las faltas que su conciencia delicada reprobaba, no se produjeron sino como casos de tristes excepciones en los centros lasalianos. Pero convenía advertir las fragilidades humanas: la naturaleza se deslizaba fácilmente por la pendiente, hasta las caídas lamentables. Había que temer el escándalo, y hasta las apariencias de escándalo: las mejores intenciones, una inocencia natural no preservaban de la malquerencia y de ciertas perversidades pueriles capaces de comprometer, de arruinar la reputación de un Hermano.

Para salvaguardar la pureza de los niños, de los adolescentes, los viejos métodos preventivos conservaban todo su valor: estricta disciplina en cada momento del día y de la noche, vigilancia paternal, prohibición de los conciliábulos secretos, perpetua presencia del maestro entre los alumnos; en todo lugar, el espíritu de familia; las conversaciones confiadas del pedagogo religioso y de sus discípulos, la oración en común, el juego en los recreos, los paseos, las sencillas y alegres fiestas que se entremezclan con los estudios, todo ese programa de vida bien organizado que observa la medida en el trabajo y no deja ningún lugar, ni siquiera, a la ociosidad; todo ese sistema educativo basado sobre la renuncia del Hermano a su independencia personal, a sus ambiciones de carrera, inaplicable, por consiguiente, en los establecimientos universitarios, en las instituciones dirigidas por los laicos.

Uno se pregunta, cómo los Lasalianos consiguen, en diversas escuelas municipales, crear un clima adecuado, mantener el orden, obtener el pleno rendimiento de las inteligencias. El marco parece lamentable; los medios concedidos a los maestros son de una flagrante insuficiencia. Pasemos sobre el salario, tan bajo antes de 1850 que aleja a muchos jóvenes, al salir de la escuela normal, de una larga perseverancia en los empleos de la instrucción pública [965]: los religiosos no manifiestan tantas exigencias como sus colegas en proceso de fundar un hogar o de asegurar el porvenir de una esposa y varios hijos. Pero el material escolar no responde, durante muchos años, a las necesidades más modestas: el Sr. de Salvandy lo reconoce en una circular de 1846, relativa a los gastos de la primera enseñanza [966]. A falta de útiles, los Hermanos deben recurrir a prodigios de ingenio: ellos mismos realizan los mapas murales, los modelos de dibujo, preparan los cuadernos y hasta las plumas de sus alumnos, suplen la ausencia de ciertos manuales por medio de redacciones personales o de pacíficas compilaciones [967].

En cuanto a las aulas y a los alojamientos, que tanto dejaban que desear en tiempos de Luis XVIII y de Carlos X, su mejora sigue siendo esperada bajo la monarquía de Julio y no se realizará, salvo excepciones en los pueblos pobres o en las regiones indiferentes a la higiene, más que bajo Napoleón III [968].

La descripción de los edificios ocupados por los Hermanos en Besançon, en 1843, [969] dará una idea de la situación demasiado generalizada en esa época: “Las clases, a las que no obstante acuden la mayor parte de los niños, están ubicadas entre cuatro muros sucios y deteriorados... Cuando se entra por la calle de Charmont, se descubre a la izquierda, por encima del pabellón de vigilancia, una especie de hangar, bastante triste, apéndice de la iglesia de Santa Magdalena. El aspecto de ese desván carcomido anuncia cualquier otra cosa menos su verdadera finalidad... Por medio de una pequeña y asquerosa escalera, oscura y estrecha, ...se

llega a lo que se ha convenido en llamar una casa de escuela municipal. Se entra en un primer cobertizo... allí todo está calado y la madera de las ventanas, que se caen de puro viejas, ya no recuerdan haber soportado vidrios. Apenas se descubren algunos vestigios de yeso y de cal, y cada día alguna vieja tabla se desprende del antiguo almacén... Esa habitación hace las veces de leñera: allí hay también una cubeta, que sirve de retrete para los alumnos... En el pasadizo que conduce a las clases, los Hermanos se ven obligados a recibir a las personas que tienen que hablarles.

“Las dos salas siguientes, cuyas ventanas son bastante pequeñas no han perdido todos sus cristales, están ocupadas por los alumnos menos adelantados. En una de ellas, se cuentan 130 niños a los cuales se les enseña a leer: están sencillamente colocados sobre once bancos pequeños, de 4 metros de largo cada uno de ellos. Esa sala tiene 6,50 m. de largo, 6,20 m. de ancho y 3 metros de alto. La otra, de la misma altura, tiene 8,60 m. por 5,10 m. Allí no hay habitualmente más que 85 a 90 alumnos...

“La iluminación proviene de cuatro ventanales en la primera habitación, de cinco, en la segunda... A los locales de los mayores se llega subiendo los cinco o seis peldaños de otra escalera... Esas dos buhardillas, a pesar de su pobreza, parecen aún pasables, en comparación con las precedentes: una familia indigente se atrevería a vivir en ellas... Contienen 72 y 86 alumnos”.

En la calle de Chateur, 200 jóvenes de Besançon se apretujan en las dos habitaciones de una casa pequeña, ventilada únicamente por la parte del patio. Finalmente, en la plaza del Palacio, la casa de la comunidad alberga el mismo número de niños, muy apretados, al igual que sus compañeros.

“De modo, que ocho habitaciones donde apenas se podría, una vez realizadas las reparaciones indispensables, alojar a cuatro familias de obreros,... esos son los locales que una ciudad próspera, Besançon, importante plaza de guerra y de comercio, concede como escuela, a los hijos de su numerosa población”. Parecería que nos encontramos en presencia de “unos presos en la más profunda miseria...”

En cuanto a sus maestros, se hallan reunidos en un edificio de la parroquia Saint-Jean. “Excepto la capilla y la sala de estudios..., las habitaciones son tan reducidas y en tal estado de deterioro que no se puede honrarlas con el nombre de habitaciones. En esas celdas sobre todo, la carencia es completa; para contentarse con ellas es necesario, verdaderamente, estar atado por el voto de pobreza... Al visitarlas, uno pensaría en los Trapenses. No hay más que una cama para equiparlas. Algunas veces se le añade una silla”.

Semejantes eremitorios no facilitan las tareas intelectuales. Sin duda, por su propia cuenta, los Hermanos “se acuerdan de Vaugirard” y se arman de paciencia. Pero el trabajo, la salud de los alumnos les imponen el deber de protestar, de quejarse. Un mínimo de bienestar, ¿no parece exigido por la buena educación como por la virtud? El Hermano Philippe defiende por todas partes ese principio; y poco a poco resultará vencedor.

Entonces, en locales apropiados, las obras lasalianas se desarrollan. Los alumnos ya no tienen la sensación de ser tratados como parias: bajo el impulso de sus

profesores, se civilizan, en cuerpo y alma, toman conciencia de una especie de dignidad social. En los medios populares, menos sometidos bajo el peso de la miseria, menos insensibles, menos pasivos, va apareciendo un progreso continuo. Se ve a todos los niños participar en las actividades del renacimiento católico: Propagación de la Fe, Apostolado de la Oración, Óbolo de san Pedro... El clero, las autoridades nacionales quedan sorprendidas de los resultados conseguidos no solamente en el orden de la enseñanza elemental, sino en el campo de la caridad, de las costumbres, del saber vivir, del patriotismo: "Nuestros mejores soldados, dirán los jefes del ejército francés, salen, de los establecimientos de los Hermanos". [970]

* * *

El Superior General se rodea de un equipo de colaboradores notables: ellos son quienes escriben o revisan las obras clásicas, célebres bajo las iniciales F. P. B (Hermano Philippe Bransiet) y rápidamente extendidas en toda la Congregación; incluso más allá, en muchas escuelas. El conjunto constituye una especie de enciclopedia para la enseñanza primaria. Los manuales de lengua francesa y de aritmética tienen el mayor de los éxitos: exactitud y sencillez, perfecto sentido común, carácter concreto, en los círculos pedagógicos se complacen en subrayar sus cualidades esenciales. Un alumno, de tal manera provisto, entra con todo derecho, al final de sus estudios, en una casa de comercio o de banca, en un despacho de geómetra.

En el primer lugar entre los autores figuran los Hermanos Angelum, Paphnucius, Marianus, Alexis, Pierre-Célestin y Victoris. El Hermano Angelum es un especialista del cálculo; pero se le puede atribuir también una *Historia Sagrada* o una *Cronología de la Historia de Francia* así como también una *Colección de problemas*. Para la composición de las páginas históricas, cuenta con la colaboración de los Hermanos Agoard y Mathieu.

Sabemos que recibió sólidas lecciones en el noviciado menor del arrabal Saint-Martin, al igual que su compatriota de Saint-Étienne Joseph Josserand. Completó su formación profesional en las mejores comunidades de París. En sus funciones de Visitador del distrito de la capital, se dedicará muy activamente a elevar el nivel de los estudios. De igual modo actuará su émulo, el Hermano Anthymius. El Hermano Paphnucius, antiguo obrero carpintero, entraba en el noviciado de Lyon en 1843, con veinte años de edad. Se inició en el pensionado llamado de los "Lazaristas", con los alumnos más pequeños. Rápidos progresos lo elevaron hasta las clases más altas. Su enseñanza, fruto del esfuerzo cotidiano y de investigaciones personales, se condensó primeramente en un curso para uso de sus alumnos: de las puras nociones de la gramática, él extraía juiciosas enseñanzas sobre el lenguaje y el estilo. Convertido en prefecto de estudios en el establecimiento lionés, el Hermano Paphnucius publicó el libro de los *Ejercicios ortográficos* y su *Método analítico*, que se presentan como obras de un gramático muy informado, y hasta de un escritor de raza. En 1859, el Hermano Philippe, al visitar las clases del pensionado, apreció las claras y vigorosas explicaciones, preparadas por medio de un esquema en la pizarra. Enseguida llamó al maestro a la capital: pensaba confiarle la atención de los futuros maestros reunidos en el escolasticado, que se llamaba entonces (la creación era, hasta nueva orden, única en su género) la "escuela normal" de la calle Oudinot. Luego, cada vez más maravillado por las aptitudes de este sorprendente autodidacta para la redacción, y por su flexibilidad intelectual, el Superior lo eligió como

secretario particular. Como tal, el carpintero de otro tiempo, trabajó, de acuerdo con el Jefe de los Lasalianos, en las *Meditaciones* que deberían acrecentar la cultura y el celo religioso de sus cohermanos, pero sin dejar de poner a punto la enseñanza del francés.

Ferdinand Buisson, en su informe sobre la Exposición universal de Viena, en 1873, hablaba con elogio de todo lo que los Hermanos de las Escuelas Cristianas habían aportado de original y de nuevo en el sector de la pedagogía: al Hermano Alexis, decía, “corresponde el honor” de haber transformado en un curso verdaderamente interesante y útil, la vieja lección de geografía y, no sin audacia, haber introducido “en la escuela popular un conjunto de procedimientos rigurosamente científicos”. La fama del Hermano Alexis se ampliaría, de la manera más halagadora y legítima, en Bélgica, su país natal, en Francia, en Austria.

Un “curso de lectura elemental, según el método combinado de lectura, escritura y ortografía” llamaba igualmente la atención del reportero: “Los cuadernos del Hermano Marianus han llegado a la undécima edición; no es más que un comienzo. Métodos creativos como éstos deben extenderse sin parar”.

Ese Hermano Marianus, alemán de Renania, pertenecía al Instituto desde 1851, después de una permanencia de seis años en las escuelas públicas de su país. Enviado desde Coblenz al noviciado de Namur, había permanecido entre el número de los Lasalianos de Bélgica. El Hermano Visitador Mémoire le encargó enseñar la pedagogía en la escuela normal de Carlsbourg. Y el maestro, inspirándose en los trabajos de sus compatriotas, había formado un personal excelente. En 1864, sucedía al Hermano Nonce en la dirección del noviciado de Namur: casi enseguida, provocaba la puesta en vigor de los exámenes prescritos, desde el Capítulo general de 1787, a los jóvenes de la Congregación. Además de uno escrito y otro oral, las pruebas suponían un “experimento”, una lección práctica dada en presencia de los demás candidatos y de los profesores, criticada luego en sus menores detalles. ¡Cuántos Hermanos se iniciaron así en el arte de elaborar un plan, y de encadenar metódicamente sus ideas! Encontramos esa lógica en las obras del Hermano Marianus: su sistema de enseñanza paralela de la lectura y la escritura procedía de una psicología muy inteligente, completaba las lagunas de los manuales y facilitó grandemente los progresos de las clases menores. El autor prestó también eminentes servicios con sus tratados de aritmética y de cálculo mental.

La exposición de Viena contribuyó, finalmente, a sacar a plena luz al discípulo predilecto del Hermano Pierre-Célestin [971], que bajo el nombre de Hermano Victoris, mereció ser considerado como una de las glorias de la pedagogía cristiana. Victor Mariage, nacido en 1831, se convertía en novicio menor en París en agosto de 1846; apasionado en el trabajo, humilde en los éxitos, amable y ejemplar, se ganaba las simpatías de sus superiores y de sus compañeros. El Hermano Pierre lo conservó junto a él, después de los votos. Se lo quitaron, en 1858, para que el Hermano Victoris se consagrara al perfeccionamiento y la difusión de un *Método de escritura* que había inaugurado para uso de sus alumnos de la calle Oudinot.

La caligrafía gozaba desde hacía siglo y medio de todos los favores de los Lasalianos: éstos, compitiendo antaño con los “maestros calígrafos”, habían triunfado sobre la antigua corporación sacudiendo rutinas, simplificando los

procedimientos, asociando a la preocupación por la elegancia una composición rápida y clara.

Después del periodo revolucionario, numerosos miembros de la Congregación se mostraron fieles a la tradición de las letras adornadas, de la hermosa “redondilla”, de la cómoda “bastardilla”, de los párrafos eruditos, de todas las virtuosidades de la pluma. El Hermano Léobert conquistó, sobre el particular, una gran fama. Enseñaba en la escuela Saint-Charles de Burdeos. Vino a París, en 1851, a recibir consejos del calígrafo Lesaëc. De regreso a la Gironde, continuó su carrera profesoral con el mayor de los éxitos. Su arte le inspiraba un verdadero culto; sus informes se llenaban de curiosos y espléndidos autógrafos, descubiertos hurgando en las bibliotecas. El alto comercio de Burdeos reclamaba los antiguos alumnos del Hermano Léobert para el cuidado de sus libros.

Este maestro daba mucho lugar al “calco” y a las demostraciones en la pizarra. El método del Hermano Victoris, más libre, más personal, mejor adaptado a las exigencias de una redacción cursiva, acabó por imponerse.

Hábil dibujante, maestro del lápiz al igual que del portaplumas, Victor Mariage publica en 1860, un *Curso elemental de dibujo ornamental*; algunos años más tarde le añade su *Curso metódico de dibujo lineal*: dos obras que contienen a la vez una colección de magníficos modelos y un conjunto de preciosas explicaciones. Las envía a la exposición universal del 1867; la Comisión internacional quiere concederle la medalla de oro: el Hermano Victoris declara que debe toda su ciencia a su Instituto y que, si sus métodos valen recompensa, el nombre de los Hermanos de las Escuelas Cristianas merece ser el único en figurar en el palmarés. Le dan satisfacción. Pero el jurado decide no dejar en el olvido al iniciador: la medalla de oro será para la Sociedad Lasaliana por entero; una medalla de plata permitirá mencionar, al menos discretamente, el talento que pretende ocultarse.

La virtud del religioso no le va en zaga ni a la autoridad del profesor ni a la justa fama del artista. Presa, durante diez años, a una enfermedad de languidez, el Hermano Victoris cumple con su tarea a pesar de los vómitos de sangre y de todas las demás miserias corporales. En 1862, tuvo que abandonar la casa de Saint-Nicolas des Champs, a donde los Superiores habían trasladado su enseñanza, y recibir en la enfermería de la Casa Madre los cuidados exigidos por su estado. Se abandona a la voluntad de Dios. Muere el 12 de febrero de 1870, a sus cuarenta años, objeto de veneración en la memoria de sus Hermanos. Su colaborador, el Hermano Bernard-Louis, destinado a una carrera mucho más larga, completará el trabajo [972].

Este paso por la galería de los autores, ¿no da la impresión de actividades ordenadas, de inteligencias siempre listas para la producción, de un movimiento que no es nunca retrógrado?

Cuando en 1870 el Hermano Philippe reedita una *Guía de las Escuelas* muy reelaborada, afirma sin ambages que “un libro de esta naturaleza no puede recibir una forma definitiva; nuevas experiencias, los progresos de la metodología, las prescripciones legislativas, nuevas necesidades” exigen refundiciones sucesivas, indefinidas [973]. He ahí una teoría claramente “evolucionista”, que respeta sin duda el *Magister dixit*, que no afecta, en verdad, a los principios fundamentales, a las

concepciones morales, religiosas, incluso psicológicas, del Sr. de La Salle, mas que con la garantía de las aportaciones de sus discípulos, en beneficio de todos los adelantos de la enseñanza popular.

* * *

En diversas escuelas se puede seguir esta voluntad de progreso, esa admirable perseverancia en los caminos del saber. François Fabié, que cantó con tanto acierto su país del Rouergue, y sumó a sus dotes de poeta honrosos éxitos en la enseñanza pública, trazó de su maestro, el Hermano Ildefonse, un retrato un poco humorístico, en realidad pleno de emoción y de gratitud: “Desde el primer día, escribe, me encontré —en Saint-Amans de Rodez— bajo la dirección de ese excelente hombre, que debería ejercer más tarde una tan grande influencia sobre mis gustos literarios... [Su aspecto] era tan atractivo: flaco y amarillento, precozmente arrugado... Un gusto inmoderado por las “morales”, las prédicas, con las que acompañaba la prolongada oración... Pero un buen maestro, inteligente y abnegado... ¡El trabajo que se tomaba para gobernar, avivar, formar! Los métodos eran aún imperfectos, los programas bien pobres [en 1856]... ¡La de páginas que hacíamos de inglesa, de redondilla, de bastardilla y de gótica! y ¡aquellos dictados de ortografía, que nos corregíamos mutuamente y con severidad!... Y ¡los problemas, que cada uno por turno acudía a razonar y resolver a la pizarra! Para estimularnos, el Hermano Ildefonse nos dividía en dos campos: Galos y Romanos; las batallas eran los dictados... Se proclamaba vencedor el campo que totalizaba el menor número de faltas... Combates encarnizados, derrotas dolorosas, revanchas entusiastas...” [974]

Así nacía a la vida del espíritu, y comenzaba a enardecerse el corazón, de un pequeño campesino muy apenado por haber abandonado su pueblo. El Hermano Ildefonse le abrirá a continuación, en el pensionado Saint-Joseph, más amplios horizontes. En adelante, una pedagogía paternal, un innegable talento para suscitar el interés, utilizar las energías de la edad joven, revelaban su eficacia. Al mismo tiempo, en la capital del Aveyron, la principal escuela ampliaba su clientela, formaba dibujantes, presentaba candidatos para Artes y Oficios, llamaba además a un buen número de maestros laicos, de acuerdo con el inspector de Academia, a venir, a sus clases, a ejercitarse en la práctica de la enseñanza [975].

Mientras en Rodez despunta un poeta, el Hermano Lucil prepara en Gaillac, un artista, Henri Fauré. Los archivos del distrito conservan un cuaderno de textos caligráficos, así como también soberbias hojas de dibujo a la aguada y a plumilla: el autor de esos trabajos se convertirá en uno de los mejores auxiliares del pintor vidriero Claudius Lavergne. Al regresar, posteriormente, a su lugar de origen, establecerá allí una fábrica de vidrieras artísticas [976].

En otras partes, si no aparecen nombres de alumnos particularmente notables en las filas de los alumnos, varios maestros —tales como el Hermano Kellac en Millau, el Hermano Tempier, en Montpellier— se imponen ante la atención pública. Amans Fabre, el Hermano Kellac, dirige durante treinta y seis años —de 1849 a 1885— la escuela de Millau. Su juicio claro, su carácter expansivo, su actividad que no cesa de parecer juvenil, su bondad contagiosa, le valen una popularidad de buena ley y una autoridad indiscutida entre sus conciudadanos de adopción. Procura rodearse de colaboradores instruidos: veintitrés de sus Hermanos obtienen el diploma. De ello

resultará un amplio impulso para el centro educativo: hasta 800 alumnos recibirán, a la vez, las directivas lasalianas [977].

Jacques Royet, una figura enérgica y altiva del Delfinado, profesor en Montpellier a partir de 1837, bajo el nombre de Hermano Tempier, merece —a causa de la notoriedad de sus lecciones científicas— el sobrenombre de “Hermano de la geometría”. Recompensas oficiales ratifican los sufragios de los discípulos: medalla de bronce, medalla de plata de la Instrucción Pública. Una decisión prefectoral del 28 de septiembre de 1854, coloca al Hermano Tempier al frente de las escuelas cristianas de la ciudad. El rector de la Academia lo invita, en 1858, a formar parte de la Comisión que examina a los candidatos a los puestos de inspectores primarios. El sabio religioso se manifiesta también como organizador; su actuación se extiende de diversas formas en la ciudad: cursos de adultos, clases de aprendices, actividades juveniles, creación de un huerto para experiencias de agricultura, gimnasio... El gobierno imperial le concede, el 15 de agosto de 1867, la cruz de caballero de la Legión de honor; en esas fechas una extraordinaria prueba de estima hacia un educador de una congregación. Y ahí tenemos, en el Instituto, treinta años después de la negativa dada a Guizot por el Hermano Anaclet, [978] un precedente que se perfila... [979] En 1874, el maestro, agotado por el esfuerzo, se declarará momentáneamente vencido. Recibirá del Consejo Municipal este testimonio de reconocimiento: “La asamblea lamenta vivamente la pérdida prematura de un funcionario que supo ganarse todas las simpatías... y prestar indiscutibles servicios” [980]. Pero, felizmente, el Hermano Tempier, no finalizará su carrera antes de 1905.

Otra inteligencia de matemático y de géometra comienza a dar algo más que promesas, en el último periodo del generalato del Hermano Philippe. Demostrará ser de una índole especial, al igual que la virtud del hombre, será de la condición más sólida. Edmond Brunhes, que encontraremos como Superior General de la Congregación, pertenece a una familia cuyos miembros ocuparán posiciones eminentes en la Universidad o en la Iglesia: Julien, hermano de Edmond, decano de la Facultad de Ciencias de Dijon; tres de los hijos de Julien, uno director del Observatorio del Puy-de-Dôme, otro, profesor en el Colegio de Francia, promotor de la “geografía humana”, otro, obispo de Montpellier. Fuerte raza intelectual, fuerte raza cristiana. Dos hermanas del futuro religioso entrarán en la Congregación de las “Damas Pobres” de Santa Clara. Él mismo, que, muy temprano ha perdido a su padre, se forma bajo la influencia de una madre valiente y piadosa, de un tío, el canónigo Jean-Baptiste Brunhes, capellán del colegio de Aurillac. En esa ciudad, donde nació el 16 de noviembre de 1834, recibe la enseñanza primaria en la escuela de los discípulos del Sr. de La Salle. “Se trabajaba bien bajo su impulso”, escribirá. En 1850, en el noviciado de Clermont, se convierte en el Hermano Gabriel-Marie. Dos años después, el alcalde de Brioude solicita “un Hermano joven muy capacitado, que pueda crear una seria enseñanza científica”. El Hermano director Héluin obtiene, no sin dificultad, del Hermano Arthème, el envío de Edmond Brunhes, en ese momento encargado de los cursos con los novicios auverñeses. El maestro, de dieciocho años, responde tan bien a los deseos de la municipalidad, a las expectativas del emprendedor Hermano Héluin, que las autoridades académicas aprueban todas sus iniciativas: el inspector Nicolas no escatima sus elogios a ese establecimiento de Brioude, verdadera escuela primaria superior, con un nivel claramente superior a las de las principales prefecturas. Empleados de Puentes y Calzadas, de los ferrocarriles, acuden, a partir de 1865, a escuchar las

lecciones del Hermano Gabriel-Marie. La modesta subprefectura de la Haute-Loire conserva hasta 1873 al matemático ya famoso: muy largo prelude para actividades más amplias, más realmente dignas del valor del personaje. Pero éste no se preocupa por su porvenir: con un celo y una asiduidad que no se doblegan nunca, no busca ningún éxito personal; ha colocado sus talentos bajo el sello indestructible de la obediencia [981].

Rostro diferente, saber más elemental, pedagogía no menos fecunda: un trasplantado del Sur de Francia, Étienne Barthe, consagrará sesenta y tres años de su vida a los niños de Rennes, en la parroquia de Toussaints [982]. Ese Hermano Corbinien sigue siendo famoso en Bretaña como un personaje de leyenda: en 1843, dirigía a 220 alumnos pequeños; la sala de clase no los podía contener. Colocaba a un cierto número de ellos en los pasillos, bajo techados improvisados, proporcionándoles monitores pacientemente adiestrados. Al llegar el buen tiempo, ubicaba a toda su gente en el Campo de Marte, donde antaño un Lasaliano había sufrido el martirio [983]: se trasladaban los bancos, los mapas, los libros, los cuadros. Escuela “al aire libre” que provocaba la sorpresa del público... El prestigio del maestro mantenía el orden, el silencio, a pesar de las distracciones del entorno, del paso de los coches, de las maniobras de la cercana tropa de soldados. A algún notable que pasaba, el Hermano Corbinien se atrevía a pedirle: “¿Quiere usted hacer leer a mis alumnos?” El interpelado se prestaba a menudo de buena gana a dicha colaboración. No había que esperar encontrarse allí una enseñanza muy original y muy variada. Pero las nociones impartidas se gravaban en las mentes mediante la repetición metódica. Las máximas y sentencias religiosas, recitadas con el acento sonoro de su región de Castres, no se olvidaban. Y el mismo Hermano Philippe —rara excepción— se dignaba felicitar por carta al buen catequista, infatigable guía de los principiantes bretones.

El programa de las escuelas incorpora, en la mayoría de los lugares, una elemental formación musical: solfeo, salmodia, cánticos. Se ve, con razón, en el canto, un necesario complemento de cultura; además, una expansión del alma. Sería importante llegar hasta la organización de corales y de “coros de música sacra”. Tal es el caso de Orleáns, donde Mons. Dupanloup confía al Hermano Basilide los niños cantores de su catedral. Forman una clase especial en Saint-Bonose y, a partir de 1862, un establecimiento autónomo [984]. Más adelante mencionaremos instituciones similares.

Francia no otorga a la música el lugar que sería de desear. En Passy, no obstante, el Hermano Léonce se hace famoso como compositor. Sus obras le merecen la estima y la amistad de Rossini. Cuando estudiemos el desarrollo en otras naciones, podremos señalar el papel de un Hermano Vincenzo, que organiza en San Salvatore in Lauro una *Schola* patrocinada por Pío IX y que garantiza a las “voces angélicas” de sus alumnos la buena fama en las iglesias de Roma [985].

París posee —por supuesto— una élite de maestros religiosos: en la orilla izquierda, calle de Fleurus, vive un director muy estimado, una hermosa fisonomía monástica, de mirada envolvente y tierna, de labios graves y finos, el Hermano Jean-l’Aumônier, cuyo espíritu de sabiduría y habilidad realizadora ya conocemos [986]. En la calle Lafayette, los Lasalianos se dedican particularmente a los alsacianos, a los lorenos de lengua germánica, capacitándolos para poder seguir con fruto la enseñanza que se da en francés, y para adaptarse a la existencia en la capital: en esa escuela de

Saint-Joseph, el santo Hermano Alpert, compatriota de sus discípulos, ejercerá su apostolado durante algún tiempo [987].

En la comunidad de Saint-Nicolas des Champs, el Hermano Arcadius, profesor de dibujo, imprime un poderoso impulso a los trabajos artísticos. Aconseja a los grabadores, a los estuquistas, a todos los obreros que, numerosos en ese barrio de Saint-Martin, fabrican “artículos de París”. Para ellos, y para sus alumnos más jóvenes, reúne y publica colecciones de modelos. Contribuye de ese modo a mantener, o a despertar, tradiciones de buen gusto. Cuando comienzan a extenderse los estudios según las aptitudes entre los asistentes a los cursos nocturnos, el Hermano Arcadius se va a tomar modelos en los monumentos públicos, en los hermosos palacetes del Marais; multiplica las reproducciones para uso de los parisinos. Se dedica también a litografiar detalles de arquitectura, y hasta esquemas de obras mecánicas. Victor Duruy, informado de esas felices iniciativas, visita, en 1866, la clase del Hermano: los modelos ejecutados por los jóvenes le interesan hasta tal punto, que un día de recepción oficial en el ministerio de la Instrucción Pública, invita a varios de ellos a realizar sus obras ante sus huéspedes [988].

Esta apreciación global, ¿no nos permite evidenciar la falsedad de las alegaciones de los historiadores que persisten en proclamar la clara inferioridad de los maestros de las congregaciones en el Segundo Imperio frente a sus competidores de la enseñanza laica? Los hombres cuyo recuerdo evocamos no se muestran cargados de prejuicios y rutinas, ni encadenados por las pretendidas limitaciones de su educación. Entre los Lasalianos, como entre los demás maestros primarios, hay sin duda una masa de operarios muy modestos, que limitan su ambición a cumplir con el deber cotidiano, sin pensar en ampliar una cultura personal bastante rudimentaria. Pero en todas partes los progresos no los realizan más que determinadas mentes. Esos emprendedores, esos innovadores no faltaron en la Sociedad religiosa que no olvida sus audaces comienzos, sus realizaciones antiguas; y no se ve en absoluto que sus jefes hayan frenado el movimiento.

Elijamos como últimos testigos a los pedagogos de Burdeos que se hallan vinculados por un lazo de parentesco espiritual con el Hermano Alphonse. El poderoso capitán sigue en la brecha en su edad avanzada; no se ha contentado con mantener intactas las posiciones conquistadas en la época de la monarquía borbónica. Después de 1830, las aperturas y ampliaciones no cesan; a partir de 1850, las creaciones toman un ritmo acelerado: clases nuevas en la calle Saint-Charles, calle Neuve, calle Saint-Bruno, calle del Mulet; establecimientos que surgen de todas partes calle de la Trésorerie, calle Billaudel, en Saint-Augustin, en Saint-Rémy, en Saint-André; fundación del noviciado de Talence. Los programas se han ampliado sobre sus bases siempre revisadas, siempre consolidadas, de enseñanza religiosa, ortografía, cálculo, caligrafía y dibujo. Cursos de adultos, círculos recreativos, sociedades de aprendices, salas parroquiales, asociaciones de antiguos alumnos han tejido sus redes sin rupturas en torno a la célula primitiva. Excelentes obreros, empleados modelo, notables comerciantes, representantes del colegio de abogados, de la magistratura, del clero, de todas las profesiones liberales proclaman, a millares, a su educador como “genial”. En sus exequias, en abril de 1876, diez mil hombres de las más diversas condiciones sociales, formarán el cortejo; sus delegados se sucederán para llevar el féretro. Émile Fourcaud, alcalde de la ciudad, honrará al gran cristiano “de quien todas sus acciones, durante su

prolongada carrera, no conocieron más motivos que el amor de Dios y del prójimo”. La estatua del Hermano Alphonse se elevará, por medio de una suscripción, sobre su tumba del cementerio de la Chartreuse.

En el estado mayor de los colaboradores figuran François-Marie Esquerre, Hermano Jurson, Urbain-Pierre Antoine, Hermano Jovien, Pierre-Michel Lallement, Hermano Amos, Pierre Carrière de Boneil, Hermano Judore, Asistentes o Visitadores [989]. Pero como cercanos herederos de Antoine-Guillaume Goudet, hay que señalar sobre todo, en línea directa, y durante dos generaciones, a los Hermanos Justinus-Marie y Justinus, éste —Hubert Bragayrac— retoma, junto con el nombre de su formador, los pensamientos y los métodos del Hermano Alphonse, el ancestro.

En 1852, el Hermano Justinus-Marie dirigía la comunidad recientemente establecida en Aiguillon (Lot-et-Garonne). Allí trabajó durante diecisiete años. Su discípulo predilecto escribió de él: “Este eminente pedagogo, entonces en todo el fervor de su misión educadora, había dado a su escuela una organización muy notable. La enseñanza de diversas materias del programa recibía amplios desarrollos; completada de manera inteligente, atraía a la clientela de las aldeas lejanas”.

Una congregación mariana, una academia literaria, un periódico que publicaba, bajo el título *Esperanza*, las mejores composiciones, así como crónicas y artículos de alto interés para los jóvenes estudiantes, [990] una *schola* y un orfeón situaban la casa de Aiguillon casi al mismo nivel que ciertos pensionados. Las solemnidades religiosas, las distribuciones de premios, las sesiones recreativas no cedían en brillo a las fiestas de los grandes establecimientos, con tal de no comprometer la marcha regular de las ocupaciones y los éxitos en los exámenes [991].

Hubert Bragayrac, alumno brillante, sale de Aiguillon, su ciudad natal, para entrar en el noviciado de Talence en septiembre de 1858. Bajo las órdenes del Hermano Alphonse, se inicia en el profesorado de las clases primarias en Saint-Nicolas de Burdeos. Sus dieciocho años fueron capaces de gobernar a 172 niños, con la ayuda de monitores, siguiendo el método mutuo. Además, da cursos de geometría a los muchachos mayores, y, al anochecer, lecciones de aritmética y de dibujo a los adultos. Su temperamento resiste a ese el trabajo excesivo; su valor lo eleva al nivel de sus maestros que son aplaudidos en la capital del Suroeste junto con su director general. En 1867, nos encontramos al Hermano Justinus como jefe de la comunidad de Sainte-Eulalie: Burdeos se beneficiará por mucho tiempo aún de su experiencia y de sus ejemplos [992]. La ciudad reconoce en este personaje de ojos vivaces, de cabeza “bien plantada” y bien llena, de labios rebosantes de dichos, —espíritu despierto en un cuerpo de pequeña estatura— a un hijo de su raza, un pequeño pariente de Michel Eyquem de Montaigne, deseoso de instruirse, apto para reflexionar, hábil para convencer, pero que no ha sido alcanzado por el escepticismo. No se podía esperar —porque le complacen sus servicios— en verlo llamado a otro escenario, donde acabará de revelarse ante su Congregación y su patria.

* * *

Hasta aquí no han aparecido más que los maestros de las “escuelas elementales”, definidas, ciertamente, no en *stricto sensu*, sino en la extensión que han tomado después de la ley Guizot. Su falange comprende también a los Hermanos directores

de escuelas normales; y es justo detenerse en éstos un instante, al menos para escuchar al principal de ellos, el Hermano Cécilien, en sus informes anuales sobre el establecimiento de Ruán [993].

El sucesor del Hermano Calixte enseñó, a los normalistas de la Seine-Inférieure, desde 1837 a 1867. Perseveró en las sendas de Nicolas Leduc: “La fórmula del bien que pueda realizar, afirmaba, me la dio mi predecesor”. Se mostró como un padre en medio de sus hijos; de ordinario, encontró entre los alumnos-maestros correspondencia a sus exigencias; los comprendió, como educador y como psicólogo; los juzgó, sin prevenciones, sin ceguera; defendió su causa, cuando se presentó la necesidad; les consiguió las simpatías, las atenciones del mundo oficial: prefecto, inspector de Academia, Comisión de vigilancia, cardenal-arzobispo [994].

Desde 1838, el reclutamiento gana en calidad. Los veinticuatro sujetos admitidos dieron satisfacción con sus rápidos progresos: sus antecesores, salidos de las manos del Hermano Calixte y provistos de puestos en la región, los habían “ejercitado en los estudios”. El ambiente moral se caracteriza en los siguientes términos: “Todos nuestros jóvenes se han dado muestras de la amistad que une a los miembros de una familia. Su comportamiento en clase, en la ciudad, en los oficios de la Iglesia, no ha satisfecho especialmente. Los deberes religiosos han sido cumplidos con gusto, con aquella sencillez y franqueza que denotan una buena conciencia”.

En 1840, “resultados notables” en el curso del tercer año, “sobre todo en matemáticas, en historia, en estilo epistolar”. Los cuatro candidatos al diploma superior obtuvieron éxito completo. El diploma elemental recompensó a los veintitrés alumnos del segundo ciclo, a pesar de las insuficiencias en física, en química, y sobre un programa de historia que conviene poner a punto.

El Hermano director no oculta cierta decepción, en noviembre de 1843, a propósito de los “alumnos recién llegados”. Los mismos tienen gran necesidad de “iniciarse en las reglas de la lengua francesa”. Los tres años de la escuela exigirán esfuerzos constantes. Gracias a Dios, el espíritu sigue siendo “excelente”: los normalistas rivalizan con sus predecesores en el terreno del respeto, del afecto, de la confianza hacia sus profesores. Les muestran una seria voluntad de trabajo y profundos sentimientos de fe. Entre ellos continúa reinando la concordia fraterna. Con respecto a algunos antiguos que ahora pertenecen a los directivos de la Instrucción Pública, la vigilancia del Hermano Cécilien no disminuye: adopta como medio de actuación la correspondencia, incluso las visitas a domicilio. “Nuestros maestros harán el bien... si son acompañados, animados”. Tres de esos maestros, que se habían hecho merecedores de una reprimenda, fueron llamados de nuevo a la escuela para una serie de ejercicios complementarios: “humillación” cuyo “efecto moral” fue percibido por los alumnos de Saint-Lô.

En 1849, se producen las discusiones de la comisión extraparlamentaria que prepara la nueva ley sobre la enseñanza: no son nada favorables con respecto a las escuelas normales. El director de Ruán se inquieta por ello: en consecuencia, en el mes de octubre, se toma la tarea de probar la utilidad de esos centros educativos mediante una larga exposición de los resultados obtenidos. Enumera y comenta los objetivos de los cursos: numerosos ejercicios de francés, dictados frecuentes, lecciones de aritmética, seguidas con agrado, con ardor; amplia práctica del dibujo,

incluyendo la copia adecuada, exacta, de modelos de máquinas y de muebles, realización de planos de edificios y de terrenos; aplicaciones de la geometría: “Ni un solo normalista ignora la agrimensura, la nivelación y la división de los campos”. Esta ciencia será preciosa para ellos en los municipios rurales. Son iniciados, además, en el trabajo de los “ayuntamientos”, con el fin de que puedan cumplir las funciones de secretario en las municipalidades.

Los conocimientos históricos “dejan algo que desear”. Para que lleguen tan lejos como sería preciso, habría que aligerar otras partes del programa. La física, la química, la historia natural no interesan más que a una élite de las mentes: la masa tiende a descuidar estas materias difíciles, cuyo estudio carece de sanción durante los exámenes.

En cambio, la horticultura suscita una viva atención. Los jóvenes atribuyen también importancia a la música vocal, desde que los poderes públicos, después de la Revolución de 1848, han prescrito su enseñanza obligatoria. Finalmente, la pedagogía, que el Hermano Cécilien mismo practica, da lugar a tantas conferencias teóricas sobre el papel del maestro de escuela como a fructíferos “ensayos” en las clases de adultos y con los niños del barrio.

La continuación del informe describe la historia de la casa de Ruán: 385 pensionistas fueron admitidos en ella, desde 1829 a 1849; 288 ejercen aún su misión en la enseñanza oficial o a título privado. Teniendo en cuenta los fallecimientos, diez suspensiones, algunos postulantes sin empleo, resulta que 59 normalistas han renunciado a la carrera de la enseñanza. La posición precaria de demasiados maestros —tema que, desde hace mucho tiempo, proporciona al valiente abogado justos motivos de aprensión y de quejas— explica muchas de esas deserciones. Pero, en veinte años, no se constatan más que seis amonestaciones, dos puestas a disposición provisionales: “débil proporción” en semejante medio; el aislamiento del maestro, las vejaciones a que se ve sometido a veces, los desaires que ciertos notables de pueblo le ocasionan, he ahí lo que pone a unas almas medianamente resistentes en tantos peligros.

“A menudo, continúa el Hermano Cécilien, he lamentado no poder conocer en el momento oportuno algunas desviaciones de conducta... Nunca me he disimulado a mí mismo —hasta tal punto conozco los lazos que unen, de manera definitiva, a un director de escuela normal con sus discípulos— el poder de un consejo dado en el momento apropiado. Ahí es donde hay que buscar la solución del problema relativo a la existencia de este tipo de establecimientos... Nuestros alumnos son nuestros hijos y, celosos de ese título, se esfuerzan por agradecer nuestros cuidados... El afecto recíproco es la clave del trabajo y del buen orden; inspira la vida de la escuela...”

Al dirigir estas páginas al prefecto, el director subraya que “los duros ataques” dirigidos contra las escuelas normales le han hecho decidirse a poner en claro la verdadera situación. Y los miembros de la comisión de vigilancia, el inspector honorario de Academia, el director del liceo, el cura de Saint-Ouen, el consejero del Tribunal de Apelación, el profesor de ciencias que representa en ese puesto a sus colegas de la Universidad, declaran aprobar íntegramente los puntos de vista del Hermano Cécilien. Sin duda, no se atreven a contradecir demasiado alto las opiniones reinantes: pero se manifiestan seguros del futuro, mientras los alumnos-

maestros sigan “confiados a un hombre hábil”, que sepa lograr la sabiduría, la concordia y el esfuerzo “mediante una disciplina muy paternal y dirigir la enseñanza metódica y completa”, sin nunca olvidar la función asignada en la sociedad a los maestros primarios.

El ejemplo dado en Ruán actúa, pues, sobre las determinaciones del régimen político con respecto a la formación de los normalistas. Y, después de todo, es en el marco ofrecido por la *Guía* de san Juan Bautista de La Salle donde el ministro Fortoul inserta, en el mes de febrero de 1853, los reglamentos destinados a guiar el trabajo pedagógico [995]. Prueba evidente del valor del viejo libro, de su influencia sobre la organización de las escuelas francesas, y de la capacidad de los religiosos educadores.

Éstos continuarán hasta 1879, junto a los maestros normandos, su enseñanza redoblada con el apostolado. Durante el año escolar 1856-1857, el Hermano Anthymius, que sustituye momentáneamente al Hermano Cécilien, presenta un “cuadro” muy sugestivo de los adolescentes reunidos en la calle Saint-Lô: define sus caracteres, sus motivos de actuación, en algunos rasgos que recuerdan la manera del Fundador y la del Hermano Agathon en las observaciones relativas a los diversos tipos de alumnos y en el comentario de las “Doce virtudes de un buen maestro”. Después de haber precisado lo que entiende por los calificativos: “muy bueno, bastante bueno, ligero, descuidado, pesado, lento, obstinado, poco abierto, disimulado”, coloca a cada uno bajo la rúbrica adecuada. Evita todo pesimismo, cree en la rectificación de la primera educación recibida, y concluye felicitándose por la “fisonomía general” del establecimiento.

Al Hermano Cécilien le sucederá otro oriundo de las regiones pirenaicas, el Hermano Lucard, Jean-Baptiste Larrondo, antiguo pupilo de los Lasalianos de Bayonne, antiguo profesor en el pensionado de Toulouse. Encargado de los cursos en la escuela normal a partir de 1858, conoce perfectamente el medio que va a dirigir. Es un gran trabajador, y un pedagogo en posesión de toda la doctrina del Padre, el autor de los “Anales” de la Congregación y de una “Vida” del Sr. de La Salle, rica en desarrollos de tipo técnico. Acrecentará los progresos de la obra de Ruán, hasta que el sectarismo le corte el camino: aumenta el número de alumnos, crea, para los soldados, que serán instruidos por los mejores normalistas, clases de dibujo, de topografía, de matemáticas, de historia, de lengua alemana; mendigará y preparará el traslado de la escuela a los pabellones, siempre añorados, de Saint-Yon [996]... Deberá renunciar a sus amplios proyectos, detenerse en pleno impulso. Con él cesará en territorio francés —hasta que luzcan, esperamos, nuevas albas— una función que conviene exactamente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas y responde a las intenciones de su Fundador.

* * *

Nos dirigiremos, sin cambiar de “clima”, hacia los jefes de los pensionados lasalianos y su personal de élite. El Instituto en todas sus empresas, conserva una fuerte unidad de principios, de métodos y de usos. Un Hermano puede pasar de una escuela primaria a una casa de estudios más amplios; o volver a ser maestro de los hijos del pueblo después de haber enseñado a los hijos de los “burgueses”: sigue siendo, en cada momento, el obediente religioso que emplea su saber según los planes de sus Superiores. Se especializa si recibe una orden para ello, en una de las

ramas de los programas escolares: adquiere, a veces, una verdadera fama, de matemático, tal como el Hermano Gabriel-Marie, de entomólogo agrícola, como el Hermano Milhau, de botánico, como el Hermano Héribaud [997]. Pero, en su bagaje intelectual, coloca siempre el catecismo, la gramática y el cálculo. En todas partes sigue las reglas de su Sociedad que le prescriben ocuparse de cada uno de sus alumnos con idéntica atención, “sin diferencia entre los ricos y los pobres” y — llegado el caso— reservar atenciones particulares para los menos brillantes, los menos dotados. Preparación de las clases, trabajo en la sala común, presencia casi constante, durante el día, entre los alumnos, consejos religiosos a ser distribuidos bajo la forma de la “reflexión”, que sirve de prelude a las lecciones de la mañana, desarrollo general de las enseñanzas, el conjunto de su vida pedagógica conserva una marcha dictada por el libro de la *Guía*. El éxito del Instituto depende de esa cohesión de energías, de esa tradicional disciplina, dentro de ese ritmo universal impreso en las mentes y en las almas. Los principiantes se apoyan sobre las viejas experiencias, los talentos medios sobre los grandes expertos. Algunas iniciativas, naturalmente, se sienten incómodas: pero el resultado colectivo compensa las pérdidas parciales.

Así, se van diseñando los planes del Hermano Philippe con respecto de los profesores de los grandes establecimientos. Si el Superior no reunió en un cuerpo de doctrina las directivas que presiden la organización y el programa de los pensionados, seguramente, es en primer lugar, porque la obra, bajo su generalato, no alcanza el punto de perfección en el que lo habíamos dejado al fin del siglo XVIII [998]; es, también, porque va ligada al sistema educativo de san Juan Bautista de La Salle, tal como lo exponen las obras del admirable fundador. En el fondo, los principales maestros se inspiran en los pensamientos, incluso directamente en los textos, en esa época poco conocidos, del Hermano Agathon. Los datos esenciales les llegan de los veteranos que sobrevivieron a la destrucción de Saint-Yon o de Marsella. La voluntad del Jefe incita a sus lugartenientes a restaurar el edificio derruido por el ciclón de 1792. Envía —como hemos dicho— a un buen número de Hermanos a instruirse, en Béziers, en Passy, sobre los procedimientos legados por los antiguos y adaptados a las exigencias de los tiempos nuevos. Luego, les confía la tarea de aplicar la ciencia adquirida, los descubrimientos acertados, a las fundaciones que se proyectan en otros lugares, de extender por toda Francia, y más allá de las fronteras, el espíritu que, sin desviarse de la línea lasaliana, caracterizará la “enseñanza especial” cristiana.

Esa es la razón por la cual volveremos a insistir una vez más sobre ese *primogenitus* que es el pensionado de la Inmaculada Concepción de Béziers. Aquí, un excelente realizador nos ha dado ya a conocer su nombre: el Hermano Leufroy, formado en la vida religiosa por el Hermano Emery bajo el generalato del Hermano Gerbaud, y en otro tiempo colaborador, en Burdeos, del Hermano Alphonse. Durante doce años, se da a conocer y se hace querer en Córcega. Dirige el establecimiento de Béziers desde 1834 hasta su muerte, en 1868, salvo una interrupción de cuatro años [999]. Los escritos que dejó nos informan sobre la exactitud y precisión de sus apreciaciones. En 1841, al considerar la educación bajo todos sus aspectos, no duda en declararse partidario de los ejercicios físicos; el desarrollo del cuerpo “debe comenzar, afirma, bajo la mirada de la madre, pero continuarse lejos de su presencia. Los miedos y los temores maternos no deben limitar la osadía de los movimientos e incluso la temeridad de los juegos de la infancia”. De hecho,

encontramos en su programa “concursos de juegos” que provocan la emulación, hacen vibrar la sangre, reposan el cerebro de sus alumnos. Quiere “hombres completos”: “la educación física, la educación intelectual, la educación moral”, equilibradas, mantenidas en relación y jerarquizadas según su valor respectivo, producirán ese resultado [1000].

El plan de estudios revela una mano no menos vigorosa. Para lograr su aprobación, el Hermano Leufroy ha mantenido luchas: hasta 1838, los miembros del Régimen parecían temer las ampliaciones ambiciosas. Y luego el Hermano Philippe, después de una visita al lugar, comprendió bien el problema, tal como el maestro educador lo planteará, lo explicará, ante la opinión pública: una enseñanza “moderna” conviene a muchos adolescentes que formarán más adelante la masa activa, y, en muchos sentidos, preponderante, en sus medios sociales.

El Hermano Leufroy estima que “el latín, el griego, esas dos lenguas a las que el mundo entero pedía, en otro tiempo, la civilización”, ya no responden a las “necesidades” de la mayor parte de las mentes. De buena gana admite que los estudios clásicos abren el acceso “a las carreras letradas y a los puestos eminentes”; pero ya no se “les puede atribuir el cetro exclusivo de la inteligencia” [1001]. El autor de esas líneas se muestra perfectamente consciente de la obra que hay que emprender.

“Dejando a parte religión y filosofía”, agrupa en tres categorías las materias que darán lugar a nueva cultura: las “letras”, a partir del humilde silabario y de las reglas gramaticales, hasta la composición francesa, a la “retórica” y a la “lógica”, a las que se suman la historia, e incluso, en lo que se refiere a la antigüedad greco-romana, algunas nociones sobre la mitología; —las “matemáticas”, que comprenden la geometría, la trigonometría, la mecánica, la cosmografía, la química, la física, la botánica, la mineralogía, la zoología—; las “lenguas vivas, el comercio y las artes”: italiano, español e inglés tienen derecho de ciudadanía en la casa del Languedoc; al igual que las lecciones sobre la teneduría de libros, facilitarán a los jóvenes los caminos de un enriquecimiento honesto. En cuanto al dibujo, la pintura, la música, —además de un saber utilitario— se encargarán de dar a las mentes una mayor distinción, de abrirles horizontes sobre los esplendores de la creación divina [1002].

No se enterrarán los talentos. Un cristiano no debe sentir ningún orgullo de ellos, sino ponerlos en circulación, ponerlos en relación, con el fin de obedecer a la ley del trabajo. Una “Sociedad literaria”, una pequeña “Academia”, reúne enseguida a los mejores alumnos de las primeras clases. Sabemos que existía antes de 1844 [1003]: ofrece, el 26 de julio de ese año, una sesión pública, y esta nota acompaña el discurso del presidente, Charles Caldié: “...Las reuniones tienen lugar una o dos veces por semana; cada miembro se compromete a componer, cada quince días, un fragmento en verso o en prosa. Los socios indican los temas a ser tratados. Las piezas seleccionadas figuran en las columnas de un diario manuscrito, leído en los dos comedores de la casa [1004]. Ese *Eco de la Juventud* presenta a los oídos de sus oyentes disertaciones, relatos históricos, poesías, y, bajo el título “Crónicas y acontecimientos diversos”, anécdotas que recuerdan a los alumnos algún incidente —divertido o notable— de la existencia del pensionado. De ese modo, pequeños y grandes son invitados a juzgar los ensayos de sus compañeros, académicos, o candidatos que aspiran a llevar sobre las solapas de su túnica las “palmas de plata”

o las “palmas de oro”. El espíritu de familia recibe alimento sustancial del diario escrito y destinado para todos [1005].

Pero, la Academia, incumpliría su objetivo, si no exigiese de sus miembros una conducta ejemplar. El Hermano director no soportará que se sitúe en primer plano a un niño que descuide añadir a los dones de la inteligencia la rectitud del corazón, la buena voluntad, la modestia. Ninguno podrá entrar en la “Sociedad literaria”, si no se muestra digno de pertenecer, al mismo tiempo, a la “Congregación”. La religión preside toda esa pedagogía. Y la piadosa élite formada por el Hermano Leufroy servirá de modelo a la mayoría de las agrupaciones del mismo tipo que van a organizarse en los demás pensionados.

Separado en 1844 de sus queridos Congregantes por diversas misiones en Francia y el extranjero, el organizador escribe, desde Nantes, a los jóvenes de Béziers: “Vuestros reglamentos serán copiados en París y adaptados en todas las casas existentes o que se van a crear”. [1006]

Se alegra al pensar que su establecimiento ha sido considerado por el Capítulo General como “el tipo” de las grandes fundaciones del Instituto. Esa prioridad reconocida a la obra de Béziers da aún mayor peso a las “recomendaciones” que el eminente religioso dirige a sus Hermanos en noviembre de 1849. He aquí algunos artículos, particularmente significativos, y que no cesarán de ser meditados por los directores y profesores de la enseñanza cristiana:

“Es muy esencial tener buenos y nobles modales con los niños, conservar la categoría de padre no haciendo nada indigno y no diciendo nada que no sea digno de una persona bien educada”. Hay que ver en los alumnos no unas conciencias embrionarias, sino unas almas que poseen ya su potencia y su individualidad. La razón humana se desarrolla rápidamente: el juicio de la juventud “es extraordinario con relación a sus maestros”, sus apreciaciones son “temibles para aquel que ocupa el puesto” de educador; su memoria parece casi “infallible” cuando se trata de cuanto se refiere a la personalidad de cada ser. No olvida ni una palabra, ni un gesto, tan pronto entran en juego el conocimiento de sí mismo, las íntimas aspiraciones, el sentimiento del valor original del hombre.

El “dar ánimos” debe ser la “palanca” habitual. “Es la expresión de un alma buena y va derecho al corazón. A ello hay que añadir, para el progreso de una colectividad, la llamada a la emulación”.

“Tener a los alumnos constantemente ocupados”, otro medio de lograr el orden, “de prevenir muchos males”. Ninguna precipitación, ninguna acumulación, en las órdenes: se puede exigir mucho, pero a condición de proceder por grados, de desarrollar metódica y sucesivamente, la inflexible “cadena” de las voluntades magistrales.

Finalmente, no se ganarán los ánimos, no se conquistarán los afectos más que suscitando un vivo interés hacia el trabajo, sabiendo “hacer llevadero el estudio”, ingeniándose para “quitar las asperezas” de la condición de “pensionista” [1007].

El Hermano Leufroy impregnará con esa sabiduría psicológica a sus ayudantes, el Hermano Siméon, el Hermano Exipère, su sucesor, el Hermano Théoctète,

Guillaume Rigaud. El Hermano Exupère que reemplaza momentáneamente al cabeza de la casa, desde 1844 a 1848, parece, desde el principio de su profesorado, haber realizado, en compañía de los Hermanos Théotique y Libanos, los grandes pensamientos del maestro. En Béziers se dice de ese notable trío: “*Tres testos dins un bonnet*” [1008]. André Claparède —el Hermano Théotique— y Antoine Veyrac —Hermano Libanos— aplicarán en Passy el sistema de Béziers.

Sabemos que el primero asume, a partir de septiembre de 1839, la dirección del internado establecido, el 8 de abril precedente, en el palacete de Valentinois, en el nº 30 de la calle Basse [1009]. En sus inicios cuenta con 56 alumnos, 253 en 1843, 351 en 1846, 600 en 1855. Los agrupa por categorías y divisiones según su desarrollo intelectual. Verifica sus progresos mediante exámenes periódicos. Crea tradiciones de piedad, de disciplina, de vigorosa emulación, que se convertirán en la característica de ese medio escolar. Tenaz en el cumplimiento de las leyes que, decretadas, no soporta ni que los ejecutantes las esquiven ni que le escatimen su colaboración, “su austera figura incita a la veneración, más que inspirar tierno respeto” [1010]. Un corazón muy paternal late, no obstante, bajo la ruda envoltura. A él se debe esta máxima que dirige toda la educación de Passy: “Comiencen por hacer felices, a aquellos que quieren hacer mejores”. [1011]

Elegido Asistente el 15 de diciembre de 1849, el Hermano Théotique realiza a la vez sus tareas de pedagogo y de administrador, de jefe de establecimiento y de consejero del Hermano Superior General. No abandona su querida casa hasta el 16 de abril de 1855; volverá a ella para morir en 1859. El Hermano Libanos, llamado de la Motte-Servolex, le sirve de auxiliar durante ese último año y le replaza a continuación. Ha domado su vivacidad, su exuberancia de oriundo de Millau, pero sin sacrificar nada de su entusiasmo, de su ardor generoso, de su naturaleza amable y sensible. Temperamento, modales, fisonomía, en sorprendente contraste con la manera de ser de su predecesor. La obra comenzada con una seriedad puntillosa alcanzará su pleno desarrollo con una alegría que no excluye la elevada conciencia del deber. El busto que adorna —frente al del Hermano Théotique— la entrada del pensionado de Passy-Froyennes, el hermoso retrato al óleo conservado en la habitación natal de Antoine Veyrac, en Millau, calle Peyrollerie, revelan la majestad de la actitud, la distinción de los rasgos, dejan fácilmente adivinar, bajo la amplia frente, que se desprende de unos cabellos rizados, una mirada afable, una noble inteligencia, un noble corazón. Uno de los conciudadanos del Hermano Libanos, el Padre Elie Celles, que ejercía el ministerio sacerdotal en la diócesis de París al final del Segundo Imperio, anotará en su diario íntimo: “Lo que me causó mayor agrado en mi nombramiento [de vicario de Passy], fue el verme colocado cerca del Hermano Libanos. Libanos viene de una palabra griega que significa perfume [1012]. Es difícil decir todo lo que hay en ese Hermano de agradable, de bueno, de simpático. Es una de esas naturalezas [dotadas] con las mejores cualidades... Su amistad me es muy preciosa; me ha mostrado... hasta qué punto puedo contar con él y con su colaboración”. [1013]

Alumnos y padres son, también ellos, conquistados. Basta citar el artículo publicado en 1883 por el *Universo* bajo la firma de A. Delaporte, colaborador de Veuillot: “Viendo cómo conoce a cada uno de los niños, cómo lo encanta con su ternura, cómo lo anima, cómo vela sobre él..., se diría que ése es, entre todos, su *Benjamín*... El Carísimo Hermano Libanos tiene tantos *benjamines* [1014] como alumnos. El tesoro de su corazón es inagotable; no solamente [el más insignificante

de los alumnos] es su hijo bienamado, sino que adopta también a las familias... Cuando las recibe en su gran sala de visitas, se diría un viejo amigo [de sus interlocutores]. Se recuerda del nombre de los hermanos y hermanas... se interesa por todo aquello que les concierne..." [1015]

Esa ternura en la acogida, se manifiesta —lo contrario sorprendería— con respecto a los súbditos del director. No le quita nada al ascendiente de un alma que une a las seducciones humanas el atractivo de una virtud enérgicamente adquirida. En 1862, el Hermano Auguste-Hubert, uno de los futuros continuadores de la obra, llegaba al noviciado: "El Hermano Libanos, escribirá, estaba entonces en el apogeo de su vida: ardiente, incansable, feliz, [realizando todas sus actividades] sin parecer sobrecargado... Se percibía en ese mundo juvenil que se llama Passy, la alegría, el trabajo, la piedad, la felicidad, florecer a la vez bajo su mirada... Para nosotros, jóvenes religiosos, tenía el talento de sobrenaturalizarlo todo, con el fin de engrandecernos a la altura de nuestra obligaciones". [1016]

Aunque la "vida familiar" sea un rasgo sobresaliente del pensionado, gracias a la colaboración de los profesores que buscan dar a las aulas de clase un aire de "hogar", y bajo el control de los "jefes de división", que imprimen a sus grupos autónomos el distintivo de sus personalidades respectivas, aunque las fiestas, religiosas, literarias, artísticas, se desarrollen "espléndidas", organizada por M. Limagne, embellecidas con la hermosa música del Hermano Léonce, luego del Hermano Albert-des-Anges, ambientadas por las voces de la coral, por los acordes de la fanfarria y de la pequeña orquesta, a la luz de los espectáculos, en el decorado de la capilla y de los monumentos, con la riqueza de los ornamentos sagrados y de los atuendos de los monaguillos, aunque las Primeras Comuniones se renuevan siempre en un ambiente conmovedor, la marcha de los estudios sigue siendo, inmediatamente después de la formación cristiana, el objeto de una atención indefectible. El director sigue paso a paso los trabajos de los alumnos y de los maestros, está al corriente de las notas semanales, preside los exámenes trimestrales.

Inicialmente, los programas se limitan a las enseñanzas de primaria y primaria superior. No obstante, a partir del 1840, el inspector universitario objeta que, sin autorización, el Hermano Théotique ha superado el foso que separa de los colegios secundarios a los pensionados sometidos a la ley de 1833. Se produce un *modus vivendi*. Passy interpretará con amplitud las definiciones oficiales y se esforzará por dar a la modesta composición francesa, y a las ciencias que se orientan hacia la práctica, un pleno valor educativo. En 1856, el ministerio de la Instrucción Pública comienza a manifestar una atención de simpatía hacia los "métodos que se siguen en esta casa"; Fortoul otorga entonces un primera "media beca" a uno de los alumnos, Louis Rodolphe; y en adelante semejantes muestras de "aliento" se renovarán cada año. Las "clases comerciales", creadas por su predecesor, reciben organización completa.

Los instrumentos científicos se vuelven importantes: el Sr. Lebrun, hermano de un Lasaliano, [1017] y también él alumno de Passy antes de ser profesor en Wazemmes, proporcionó los elementos básicos. La colección de instrumentos de física se enriquecerá pronto. En 1857 se inaugura un anfiteatro de química. Más o menos por esa misma fecha, tenemos a cuatro candidatos presentados y admitidos en la escuela de Artes y Manufacturas: éxito inicial del curso de matemáticas

especiales que van a impartir los Hermanos Albert-Marie, Aventin y Renaux; inicios prudentes —con un pequeño número de discípulos— pero sin olvido —a pesar de las trabas presentadas por la burocracia imperial— de la preparación de ingenieros que dará tanta fama a Passy.

El Hermano Renaux orienta, además, a varios jóvenes hacia la Escuela de Bellas Artes. Otros dos Lasalianos, el Hermano Aubin, el Hermano Athanase —éste proveniente de un taller de Horace Vernet— contribuyeron a formar buenos dibujantes.

¡Qué admirable foco de cultura, los pabellones de la calle Raynouard en vísperas de 1870! La Academia, ubicada bajo el patrocinio de san Juan Evangelista, presenta en sus miembros una verdadera élite de inteligencias. La anima un espíritu totalmente cristiano: aquí, como en Béziers, las primeras clases deben dar el ejemplo de la virtud. Pero no por eso se sienten menos responsables de extender el gusto por las “bellas artes”. El Padre Gaume que, en otro tiempo, condenaba en su famoso *Gusano roedor*, a los clásicos paganos y les reprochaba inocular la impiedad y la inmoralidad en la juventud, [1018] consideraría, sin duda, muy correctamente aplicados sus principios. A parte de la antigüedad greco-latina, los maestros de Passy —evidentemente sin pretender transformar a sus alumnos en grandes humanistas— logran desarrollar el sentimiento literario, el conocimiento de los mejores escritores, el amor por el lenguaje nacional, en unos medios hasta entonces más o menos alejados de esos *templa serena* [1019].

Sobre todo en materia de educación, el sistema del Hermano Joseph, en los Francs-Bourgeois, está emparentado con el del Hermano Libanos. Consiste en una colaboración del profesor con la libertad moral del niño, apoyada por la gracia divina. Prevenir para evitar castigar, proponer el esfuerzo intelectual como una virtud, el éxito como un homenaje al Espíritu Santo, colocar al culpable frente a su conciencia y llevarlo a juzgarse, a condenarse a sí mismo, repetir —con san Agustín— *ama et fac quod vis*, así es como se podría resumir los principios del futuro Superior General. Éste, en el plano de la enseñanza, invita a sus auxiliares a utilizar, con los alumnos más jóvenes, la frescura de la memoria, pero también poner en juego, de manera progresiva, las facultades del razonamiento. El llamamiento a la reflexión se acentúa frente a la adolescencia: es importante subrayar el encadenamiento de las ideas, la correlación de las ciencias. La gramática y las matemáticas no son solamente la indispensable llave maestra: bien aprendidas, bien profundizadas, encaminan el pensamiento hacia la filosofía. El programa de “primaria superior”, con los elementos de que dispone, debe entregar a la sociedad familiar y política hombres equilibrados, capaces de vivir sobre un fondo de doctrina personal. Una sensata dirección, una vigilancia que excluye la coacción, no atrofian ni el cerebro ni el corazón.

El educador cristiano está persuadido de que no sabría crear, con sus propias manos, con sus solas fuerzas, talentos, personalidades. Ese poder corresponde a Dios. No se transforman las almas si no es por medio de una especie de acción indirecta, mediante un proceso ante Aquel que, continuamente, crea, sostiene, renueva toda vida. La entrega, el sacrificio, la fatiga cotidiana aceptada, son otras tantas oraciones del maestro en favor de sus alumnos, con el fin de que la luz penetre en sus conciencias. Después de eso, ¿para qué multiplicar la dureza de las órdenes, por qué afligirse por los aparentes fracasos, por las resistencias que

parecen invencibles? “Creerse incapaz de una misión espiritual y, con esa convicción, dejar plena libertad a la actuación divina, no temiendo más que echar a perder su trabajo y a pesar de todo, seguir en la obra con humildad, eso es lo propio de los obreros amados por el Señor y Maestro”. [1020] Celo desinteresado, rectitud de intención, desconfianza de uno mismo que, por necesaria compensación, exige la confianza en la Fuerza soberana, según el Hermano Joseph, no existe mejor actitud para el pedagogo.

No se trata, bajo la apariencia de paciencia y de tacto, de encerrar el apostolado en tímidas reservas. Sólo se obtienen resultados cuando se está convencido de la capacidad de progreso y del deseo de perfección que subsiste en el alma humana. La primera meta conseguida debe convertirse en el punto de partida hacia una cumbre más alta; nuestra naturaleza no nos permite permanecer inmóviles. El director de los Fracs-Bourgeois tensa el arco de las energías individuales y deja que la flecha salga volando.

De buena gana, pone en juego el sentimiento del honor. Desdeña las “pequeñeces que fastidian, las minucias que ofenden, las sospechas que irritan, las penitencias que apenan”. El adolescente, más aún que los mayores ya cargados de experiencia, rechina contra el aguijón que pica su amor propio. Se rebela cuando es tratado como un crío o como un esclavo. No perdona en absoluto la injusticia. Palabras inconsideradas, palabras injuriosas bastan para producir los resultados más lamentables: “El herido, dirá a los Hermanos el experto psicólogo, esconde su herida. Pero su corazón se separa de ustedes... Y a veces, ustedes lo separan de la religión y de Dios... Cuiden sus palabras: la “excesiva familiaridad” no tiene cabida en educación”.

Hay que abstenerse, lo más a menudo, de reprimendas públicas. Una advertencia, cara a cara en una conversación, no aplasta “la mecha que aún humea”. El buen guía se esfuerza por amortiguar las caídas de sus compañeros de ruta. No creamos fácilmente en los desfallecimientos irremediables. Y, mientras no cabe temer ni contagio ni escándalo, prefiramos disculpar: ¿es una responsabilidad tan angustiosa el comprometer, quizás para siempre, el destino “de un joven que ha sido débil”!

El Hermano Joseph no soporta el vicio, insolente, perverso y pervertidor. Pero en cuanto a los defectos, no contento con soportarlos, les asigna un papel en la educación, considerando que uno se puede apoyar más que sobre aquello que resiste, y que se carece de apoyo sobre una naturaleza inconsistente, amorfa. Un defecto le parece una desviación, más que la ausencia de una cualidad: enderezada, reajustada con la armonía del alma, puede asegurar el equilibrio, servir de propulsor en el sentido del bien: “No se asusten de las travesuras del amor propio y de la vitalidad; necesitamos hombres de carácter. Ejerciten esos temperamentos fuertes en vencerse”. Los “blandos”, los “afeminados” corren el riesgo de caer mucho más bajo.

Toda carne es débil; y el aislamiento aumenta el peligro de la tentación. Por eso una solicitud afectuosa, francas camaraderías, puras y profundas amistades, rodean al niño de los Fracs-Bourgeois. Como se trata aquí, de una media-pensión, en pleno París, las familias pueden y deben intervenir cotidianamente en la educación de sus hijos. El jefe del establecimiento les asigna un lugar capital en los jóvenes corazones: sin cesar aviva en ellos el amor del hogar. Y, ya sea por medio de

entrevistas personales, sea mediante la correspondencia, ejerce su acción sobre los padres y las madres: pretende lograr una efectividad total de la pedagogía lasaliana cristianizando el medio social, salvaguardando, exaltando la obediencia, el respeto, el agradecimiento, la piedad filial, proclamando los derechos, afirmando el carácter sagrado del *paterfamilias*. Lo veremos extender ese apostolado con sus antiguos alumnos.

Los mismos procedimientos, los mismos principios encontraríamos en el Hermano Fidel, organizador del pensionado de Saint-Omer, en el Hermano Apollonis, director del pensionado de Dreux; en el Hermano Lambert, en Nantes, y su eminente auxiliar, el Hermano Idelphus; en el Hermano Serdieu, creador de un centro de trabajo y de fe, iniciador de un original movimiento agrícola en el pueblo de Laurac en el Ardèche; en el Hermano Alman, en Thonon, y en aquel otro savoyardo, el Hermano Vigbert-Louis, cuya enseñanza se adapta de maravilla a las posibilidades de cada individuo y suscita la fecunda curiosidad mental, las reflexiones morales y filosóficas.

La mayor parte de estos nombres, agrupados en torno a del Hermano Philippe, han aparecido ya en nuestra pluma. Otros merecerían una mención, si hiciésemos un palmarés. Los *Recuerdos* de François Fabié [1021] nos reconstruirían la vida del pensionado de Rodez en los tiempos del Hermano Inglevert y del Hermano Innocent: la clientela escolar que provenía no solamente del Rouergue, sino del Albigeois, del Quercy, de Auvergne; los oficios cantados en la “hermosa capilla”, los esplendores de la misa de medianoche; los cursos de lengua francesa, de sólido nivel, de un “carácter bastante general y desinteresado, ...muy adelantado con respecto a la mayoría de las escuelas de la época”; la Academia, cuyo secretario es Fabié y ante la cual el futuro poeta, animado por el Hermano Ildefonse, expone sus primeras páginas “descriptivas y narrativas”. [1022] La enseñanza religiosa pareció excesivamente prolija al joven hambriento de literatura; el memorialista atribuye el largo sueño de sus creencias al hastío que sintió; [1023] en cambio, algunos de sus condiscípulos —como Auguste Séguret, que se convertirá en misionero en Laos y allí morirá mártir— se sintieron “inflamados” ante las exhortaciones del Hermano Innocent [1024]. La fe de Fabié, enterrada bajo las cenizas, reaparecerá, como fuego vivo, al atardecer de la vida, y los alientos provenientes de su lejana juventud —la persistente amistad del Hermano Ildefonse— ayudarán a reanimarla.

Pero en lugar de recopilar notas dispersas, más vale sin duda colocar bajo un rayo de luz una personalidad de alto relieve, el gran director de la Casa de Clermont-Ferrand, Annet-François-Alexandre Lagrange, nacido el 27 de febrero de 1824 en Anzème, en la Creuse, realizó sus primeros estudios con los Hermanos de Guéret. En el noviciado menor de París, condiscípulo de Puerre Fumet y de Joseph Josserand, manifestaba ya sus tendencias literarias y su seductora elocuencia: en torno suyo se formaba el círculo de sus compañeros para escucharlo. Sale del noviciado en 1839, con su nombre de Annet. Después de una estancia en la parroquia de san Vicente de Paúl, pasa algún tiempo en el pensionado de Passy. La salud del joven profesor exige un cambio de aires: los Superiores asignan al Hermano Annet a la escuela de Aurillac, luego, en mayo de 1853, lo confían al pensionado de Clermont. Regalo precioso y definitivo. Amplios conocimientos, observaciones clarividentes, un gusto delicado, hacen singularmente atrayente el curso de letras del que está encargado el recién llegado. Éste se eleva

gradualmente hasta su justo puesto: el 22 de abril de 1862, es promovido a director; allí seguirá durante cuarenta años.

De estatura imponente, aspecto solemne, la cabeza inclinada hacia atrás sobre unos hombros robustos, con una cierta apariencia de tribuno, puede intimidar a primera vista. Pero el perfil del rostro, todo él finura y distinción, atrae; los ojos de la fisonomía revelan la inteligencia, la sonriente indulgencia, la buena gracia. Del conjunto se desprende una impresión de autoridad muy paternal: el apretón de manos, el abrazo, transmiten el calor del corazón. La voz es capaz de tomar unas inflexiones que conmueven las fibras de los oyentes [1025].

Desde el punto de vista escolar, el Hermano Annet se encontró ante un problema judicial y capaz de agravarse. Los estudios científicos superan en algunos puntos los de la sección correspondiente a los liceos. En la parte literaria, el maestro, desde sus inicios, está de acuerdo, evidentemente con el “cronista” de la casa, el Hermano René, que escribe en septiembre de 1856: “Si los alumnos no aprenden entre nosotros ni griego ni latín, ¿no tienen el derecho de desear un conocimiento más profundo del francés?”. Es conveniente extender y completar la enseñanza teórica, analizar los grandes clásicos. Y, a falta de la lengua, es necesaria una visión general de las obras de la antigüedad. No se está verdaderamente instruido cuando se desconocen los escritores de Grecia, de Roma y del siglo de Luis XIV. [1026]

El Consejo académico decide, en 1858, anexar algunas clases primarias superiores al liceo de Clermont. Nuevo motivo para llevar adelante osadamente el trabajo del pensionado: esa emulación entre los Hermanos y la Universidad “redundará en provecho” de toda la juventud [1027].

En consecuencia el prospecto del establecimiento anuncia que exceptuadas las lenguas antiguas, los cursos no descuidan nada de todo aquello que conduzca a los alumnos a cualquier carrera [1028]. Una vez en posesión de su cargo, el Hermano Annet realizará completamente sus planes de educador. “Su primer logro, anota uno de sus discípulos más vehementes y más calificados, el P. Mandonnet, fue el rodearse de un personal hábil y entregado, por intermedio del cual extendía su acción sin disminución y sin conflicto... Vimos reunidos en torno al Jefe, a hombres cuyo mérito iba a la par con su modestia, cuyas virtudes religiosas y saber [ilustraba] la vocación”. [1029] Reinaba un espíritu de orden y de obediencia, un espíritu de rectitud y de franqueza. La enseñanza, con finalidad práctica, se distingue por la claridad, la soltura, la sencillez que salvaguarda los elementos esenciales, una economía de disposiciones y de horarios que (en la medida, por otra parte nada despreciable, que lo permite el vigor auvernés) cuida mucho más las fuerzas de los alumnos que las de los profesores [1030].

Así es como gobierna el Hermano Annet, por la superioridad del talento, por la magnificencia del alma, y siempre también, por la potencia de su verbo. Se conservan un buen número de sus discursos: forma muy oratoria, fondo entusiasta, optimista y enérgico. Frase abundante, pensamiento muy elevado: en ellos se expresa toda la solicitud del religioso, del educador, del ciudadano. El honor, la fe, el retrato del joven cristiano, la distinción de los modales y del lenguaje, el trabajo y la lucha, el espíritu de apostolado, el renacer espiritual del país, le suministran los principales temas. Las citas no faltan: testimonio de asiduas lecturas, de un “clasicismo” de buena ley. En la serie de los guías de almas, de los propagadores de

una enseñanza sustancial, el director de Clermont-Ferrand —cuya vejez traspasará el umbral del siglo XX— sirve de transición entre los contemporáneos del Hermano Philippe y sus herederos de hoy.

* * *

Más allá de las escuelas y de los pensionados, la influencia de los Hermanos se prolongará mediante las “Obras de juventud”. Los cursos nocturnos, la sociedad de San Francisco Javier inducían ya a los directores de las comunidades lasalianas, principalmente en la capital, a organizar todo un apostolado en favor de los jóvenes: de ese modo guardaban contacto con sus antiguos alumnos; contribuían a la tranquilidad social; obtenían algunos regresos a la fe.

La fórmula de los “círculos recreativos cristianos” se esboza hacia 1843: en esa época, el Hermano Superior General, respondiendo a una solicitud del vizconde Armand de Melun, autoriza un ensayo en la parroquia de Santa Margarita. En 1847, los maestros de la escuela San Agustín, en 1852, los de Santo Tomás de Aquino y de san Ambrosio, en 1853, los de Saint-Denis siguen el movimiento [1031]. San Ambrosio posee el grupo más coherente y el más activo, que dirigen los Lasalianos del Carré Saint-Martin: los trabajos de esa gran comunidad han preparado verdaderos equipos de especialistas. Si el horario reserva seguramente mucho lugar a los ejercicios piadosos, también se ofrecen a los participantes diversas distracciones; el lugar de honor lo ocupa la gimnasia. En San Ambrosio, los ejercicios corporales suceden a la misa. A lo cual se añaden, a lo largo del año, algunas sesiones que ofrecen a los jóvenes atletas la ocasión de actuar [1032].

El círculo recreativo juvenil supone, según los hombres y las regiones, modalidades variadas. El que funda, en 1856, el arcipreste de la catedral de Albi, P. Chaminade, toma como modelo la obra marsellesa del Padre Timon-David: se llama la “Congregación del Sagrado Corazón de Jesús para la juventud cristiana”. Los afiliados participan en peregrinaciones y deben mostrarse comprometidos en sus parroquias respectivas. Más que una simple preservación de las costumbres, más que el honrado cumplimiento de los mandamientos de la Iglesia, parece buscarse en ello el reclutamiento de una élite. A partir de 1870, la autoridad diocesana confiará a los jóvenes de Albi, dirigidos anteriormente por eclesiásticos: no se cambiará nada del carácter esencialmente religioso de la fundación [1033].

En otros lugares, el Instituto presta sus hombres al clero para el buen funcionamiento de organismos cuyas palancas de mando permanecen fuera del control de los Lasalianos. Así sucede en Orleáns, en la Sociedad de San José, en la Obra de Perseverancia, establecida en 1850 por el Padre Miron d’Aussy, en la “Juventud Obrera”, donde el Padre Poterat solicita maestros de cuello blanco para enseñar, al atardecer [1034].

En diversos lugares, una “obra militar” se vincula al grupo de adolescentes cristianos, pero sin confundirse con él. Algunos soldados acudían, desde hacía tiempo, a los cursos de adultos de París, en Saint-Nicolas des Champs. Existen, en Saint-Joseph de Orleáns, desde 1857 a 1861, clases para los analfabetos de la guarnición. Primeros ensayos. El Hermano Adrias, director de la casa de Cherbourg, se une a un ensayo de las Conferencias de San Vicente de Paúl: se reúne a los miembros de la tropa, a la vez, para instruirlos y para distraerlos. Bajo el impulso del

religioso, el objetivo se consigue plenamente. Apóstol y organizador, el Hermano Adrias crea entonces, bajo la advocación de San José, una asociación de perseverancia reservada a sus antiguos alumnos; comprenderá varios centenares de miembros. Una capilla es su centro; la lectura y el comentario de la *Imitación* constituyen un componente fundamental del programa [1035].

También para los soldados, en el palacete Rosmadec de Nantes, en 1867, se acondicionan tres clases y un “Círculo”. El Sr. del Chalard, ingeniero de Marina, consiguió esa instalación; varios Hermanos actúan en ella; en primera fila, “el santo alegre”, el Hermano Camile-de-Jésus, quien, encargado de enseñar a leer a los muchachos mayores de uniforme, y de distribuir luego los libros, diarios, juegos, papel para cartas... y refrescos, se convierte en el amigo, el confidente, y — fácilmente— en el transformador de “sus buenos muchachos”. [1036]

Al terminar el generalato del Hermano Philippe, las Obras de Juventud han superado la línea de los trabajos de aproximación. Aunque avanzando, según la iniciativa de los jefes locales, un poco demasiado en orden disperso, suscitan, entre los militantes católicos, vivas esperanzas de conquistas. En 1873, el Capítulo de la Congregación lasaliana entrará resueltamente por esa senda [1037]. Lo que más adelante se llamará lo “post-escolar” aparece como el necesario complemento de la pedagogía.

Pero habrá que esperar, para visiones y realizaciones de conjunto, otra época, el generalato del Hermano Joseph. Este incomparable maestro dio, en su centro educativo de los Francs-Bourgeois, un modelo de lo que prescribirá emprender en todas partes: desde 1850, algunos jóvenes ocupan habitaciones en los edificios de la escuela; comienzos de una “Casa de familia”, donde empleados, estudiantes provenientes de las provincias respirarán un ambiente favorable a sus almas cristianas; donde un reglamento bastante flexible pero seriamente aplicado, respetará su legítima independencia y detendrá todo desorden.

Esa organización nacida de circunstancias fortuitas, se inserta pronto en un plan racional y armonioso. El Hermano Joseph, para agrupar a sus antiguos alumnos y para retener a los pensionistas en la casa de familia, sueña con una asociación estable, viva, injertada en la escuela. En 1854, el P. de Pontlevoy, provincial de los Jesuitas, le envía a Joseph Agnel, un viejo comerciante marsellés que, en agradecimiento por los bienes espirituales de su formador, el Padre Allemand, pretende consagrar sus ganancias a una “obra de perseverancia”.

Agnel se pone de acuerdo con el director de los Francs-Bourgeois. La nueva fundación, aún inspirándose en el espíritu muy apostólico del P. Allemand, deberá rechazar los medios anticuados, los procedimientos poco acordes con el talante de los parisienses. A los jóvenes que se trata de reunir, se les pedirán buenos modales, piedad, un sentido profundo de la moral católica. Pero no se les prohibirá en absoluto la sonrisa, una amable e inocente fantasía, incluso algunos ruidosos esparcimientos. El molde bastante rígido, ideado por el venerable eclesiástico en 1799, hubiera corrido el riesgo de deshacerse entre las manos de un pueblo ardiente y ágil. En París, el guante de terciopelo sigue siendo indispensable: las almas admiten la disciplina, pero se niegan a la coacción.

Durante una primera visita a los “salones” que el Hermano Joseph improvisaba en los estrechos locales, el Hermano Philippe pareció sorprendido, alterado: no se

esperaba tantos juegos, tantas risas: “Mi buen Hermano, dijo al fundador, ¿es eso una obra?” No obstante aceptó volver. Los “Francs-Bourgeois” celebraban una fiesta de la Santísima Virgen; el Superior los vio acercarse a la santa Mesa con recogimiento, se emocionó: “Su obra produce ya excelentes frutos; continúe”, dijo como despedida.

El título de “Obra de la Juventud”, adoptado después de la inauguración del 8 de diciembre de 1854, afirmaba el vínculo de parentesco con la institución marsellesa, muy querida para el Sr. Agnel. Hacia 1867, se le cambió el nombre por el de “Círculo”, que halaga el amor propio de los jóvenes. Escuela, círculo, casa de familia, el Hermano Joseph logra mantener la más eficaz conexión entre los tres elementos. Los antiguos semi-pensionistas eran los primeros en responder a las invitaciones de los miembros del Círculo. Se encontraban en esas veladas, o en esas jornadas dominicales, con sus maestros de antaño, dispuestos a remplazar la lección por el consejo, la dirección por la amistad. Así, cada año, mediante el aflujo de los jóvenes llegados al final de sus estudios, un reclutamiento regular se encontró garantizado para la élite “perseverancia”. Un espíritu colectivo, una tradición, se fueron formando rápidamente en semejante medio, donde unos y otros se conocían desde la infancia.

Los asociados provenientes del exterior, los pensionistas de la casa de familia — generalmente surgidos de los establecimientos lasalianos o de los colegios libres— entraron gustosamente en ese marco y en ese ambiente. En cuanto a los alumnos de la escuela comercial, ellos se acostumbraron a mirar las salas donde se reunían sus mayores como una especie de paraíso que sucedería al purgatorio de los trabajos de clase, como el lugar de la recompensa prometida para su decimoséptimo o decimoctavo año.

Paralelismo entre el desarrollo de la escuela y los progresos del Círculo; amalgama de todos los “Francs-Bourgeois”, fuera cual fuera su origen; colaboración de los profesores, de los capellanes, de los “consejeros” y de los “comisarios” elegidos, de los bienhechores y de los miembros honoríficos para el éxito de las sesiones, en la organización de los grupos de juegos, de música, de estudios literarios, de piedad y de caridad, en los esplendores materiales de las fiestas de Iglesia y en sus resultados espirituales: la paciencia, el tacto, el genio cordial del Hermano Joseph realizaron, después de algunos momentos difíciles, esta rara maravilla.

EPÍLOGO

ÚLTIMOS AÑOS DEL HERMANO PHILIPPE

La guerra de 1870; ambulancieros y camilleros; muerte del Hermano Néhelme; cartas del Superior General; su cruz de la Legión de honor. — La Comuna de 1871; cierre de las escuelas cristianas, en París; el Hermano Philippe amenazado de ser arrestado; Passy y los Francs-Bourgeois durante ese periodo. El Hermano Exupérien prisionero en Mazas; fin de la insurrección. — Francia después de los desastres. Homenajes, consideraciones y justicia otorgada a la Congregación lasaliana. — Angustias sobre el futuro: la circular del 4 de mayo de 1872. El partido republicano contra la Iglesia y contra la enseñanza cristiana. — Reanudación de las actividades del Instituto. Muerte y exequias del Hermano Philippe.

Si la guerra de 1870 no hubiera proyectado su duelo sobre la postrera vejez del Hermano Philippe y precipitado las convulsiones nacionales, sociales y religiosas que se anunciaban bajo el Segundo Imperio, el generalato hubiera parecido acabarse en la gloria del sol poniente. Sin embargo, los sombríos nubarrones se acumulaban en los confines del horizonte. Desde Sadowa y tras la lamentable culminación de la expedición a Méjico, Francia siente llegar la tormenta; por otra parte, sobre las almas creyentes pesan la tristeza del Papa progresivamente expoliado de sus Estados, las amenazas de sectas anticristianas, la hostilidad de un mundo dominado por los sofismas revolucionarios, por las doctrinas materialistas.

En la tragedia que sucede a los años fáciles y prósperos, los Hermanos de las Escuelas Cristianas no se abandonan al pesimismo; continúan dando ejemplo de abnegación; a lo cual añaden el del valor ante los peligros. Su Jefe queda inscrito, con toda justicia, sobre la placa de mármol de los héroes. Gozaba ya de una popularidad inmensa y de muy buena ley: sus compatriotas saludaban en él al buen ciudadano; lo reconocían como una personalidad nacional; una especie de plebiscito se formulaba sobre su nombre. Cuando, en medio de los desastres, se quiso salvar el honor, cuando se buscaron razones para vivir y esperar, la elevada, la serena fisonomía del Hermano Philippe atrajo todas las miradas. El Superior General, salvado de las persecuciones violentas, se vio coronado con la aureola de los grandes sufrimientos, sufridos con y por el país. Fue el intrépido anciano que consumía sus fuerzas al servicio de las víctimas de la guerra. Y tres años después de la acumulación de las desgracias y las ruinas, sus triunfales exequias adquirirán el aspecto de una de las manifestaciones donde la Francia vencida, humillada, pero decidida a volver a levantarse, lloraba sobre sus hijos, a la vez que afirmaba la inmortalidad de su alma, la supervivencia de su ideal, su confianza en sus destinos.

Tan pronto se produce la invasión del territorio, los Hermanos se ponen a disposición de las autoridades militares y civiles. Aunque las leyes en vigor dispensan a los maestros y religiosos de vestir el uniforme, aparecen otros medios de contribuir a la resistencia colectiva. La Casa Madre de la calle Oudinot, las escuelas de París y del interior se convierten en ambulatorios: “Los soldados aman a los Hermanos y nuestros Hermanos aman a los soldados, escribe el Superior al ministro de la Guerra; un gran número de combatientes han sido alumnos nuestros; serán felices de recibir los cuidados de sus antiguos maestros”.

El 10 de agosto, soldados de la guardia móvil bretona, acampan en el Noviciado Menor. El 17, los edificios conventuales alojan a 250 bomberos de Dinan y de Saint-Brieuc. El 4 de septiembre, tan pronto se conoció la catástrofe de Sedan, el Hermano Philippe dirige a los novicios menores hacia Moulins. Luego, como era de prever el rápido ataque a la capital, envía a siete de los Asistentes a organizar, en los departamentos, centros de administración.

Él no abandonará el puesto peligroso. No inmóvil ni impasible, como un senador en la Roma conquistada; sino, ocultando sus angustias, negándose a los lamentos; santamente estoico. Bajo su dirección, los Hermanos se convertirán en enfermeros, sin dejar de rezar y enseñar.

El “ambulatorio San Mauricio”, establecido en la Casa-Madre bajo la advocación del legionario mártir, no recibe inicialmente más que soldados contagiados de fiebres. Se puede ver al Hermano Philippe a la cabecera de esos enfermos, “consolándoles, fortificándoles con aquella sencillez, aquella bondad, aquella amenidad exquisita” que se gana todos los corazones [1038]. Sus auxiliares merecen del médico jefe, el doctor Horteloup, el siguiente testimonio: “Imposible mostrar mayor celo, mayor abnegación... El Hermano Archange, el Hermano Exupérien, y muchos otros, demostraron ser unos organizadores de un talento excepcional” [1039].

Particularmente notable aparece el trabajo del Hermano Asistente Exupérien. Este gran místico, al parecer, se quedaría de rodillas sobre las cimas del Sinaí: el 20 de agosto, comunicaba en una de sus correspondencias, que se encontraban en vísperas de “acontecimientos muy graves”; paz o guerra, éxito o fracaso, todo debía “redundar en la mayor gloria de Dios y en la salvación de las almas” [1040]. Por eso se prepara para probar que la virtud cristiana no esquiva la acción. Guiado por el patriotismo y la caridad, desciende a la llanura, sorprende a su entorno con un sentido práctico insospechado hasta entonces.

El Comité Central de la Prensa de París había dispuesto en Longchamp veintiún pabellones para los heridos. Solicitó la ayuda de los Hermanos: 75 de entre ellos acudieron a la llamada; se instalaron 420 camas; una capilla se ocupó de las necesidades espirituales. Se realizó un bien considerable, física y moralmente, durante los tres meses —del 19 de enero al 18 de abril de 1871— que funcionaron los servicios. Y el principal organizador, admirado por el cirujano Ricord, se llama Adrian Mas, el hijo del industrial Languedoc, el inteligente y prudente inspirador de las conciencias lasalianas [1041].

En otro lugar, el Hermano Nil-Marie se distingue por una entrega semejante a los gestos de san Francisco de Asís y de san Luis. Era conocido en el barrio de Grenelle, como el apóstol de los obreros, en colaboración con el santo sacerdote Planchat. Cura a los afectados de viruela en su escuela, donde han sido suspendidas las clases. El médico se acerca a un enfermo, cubierto de pústulas: “¿No ordena usted nada para el número 8? pregunta el Hermano Nil. —“Es inútil. Su cuerpo que se está pudriendo. La muerte llegará en unas 12 horas”. El enfermero vuelve a plantear la pregunta, cuando se acaba la visita. “¡Bueno! le responde, si alguien tiene el valor de perforar cada una de las pústulas y lavarlas a continuación con ácido carbólico, cabría alguna esperanza. Pero nadie correrá semejante riesgo”. El Hermano Nil ejecuta la prescripción, sabe que se expone a un contagio terrible. Un soldado declara: “Yo no haría esa tarea, ni aun que me pagasen cien francos la

hora". Y el religioso le replica "Yo no lo haría ni por un millón. Si llego hasta el final, es por amor a Dios" [1042].

Los "Francs-Bourgeois" acababan de trasladarse al palacete Mayenne, su nueva residencia de la calle Saint-Antoine, cuando el conflicto franco-alemán explota. Muchos alumnos faltaron al comienzo de las clases de septiembre, por que las familias habían abandonado París. El Hermano Joseph asignó una parte de su comunidad para el servicio de ambulancias y preparó camas en las salas recién preparadas para la escuela comercial.

El 15 de septiembre, escribía a su discípulo Georges Fontaine: "Las circunstancias son críticas e imponentes... Pero nuestra fe puede elevarnos a la altura de la situación, mostrándonos, en esas calamidades, el castigo del país culpable y del mártir glorioso para nosotros... El valor no nos es difícil, y consideramos un honor sufrir y morir por nuestra querida Francia... Mis muchachos, en gran número, están expuestos en las primeras filas... ¡Que la mano de Dios los proteja!"

Dos de ellos perecieron: Louis Sarazin, en el combate de Bagneux; Ernest Renaudière de Vaux, en la batalla de Loigny. De ese doble golpe, el maestro sintió tanto orgullo como dolor: su corazón, como el del Superior General, no quería latir, en esos momentos, más que por la causa de la patria.

De igual forma actuaba, en Passy, el Hermano Libanos; desde el 2 de septiembre, acogía a soldados de la guardia móvil. Luego, renunciando a reorganizar la vida escolar, abrió todo el establecimiento a los heridos y a los enfermos: 778 fueron hospitalizados allí; tan sólo 47 sucumbieron. El Hermano Léon veló a esos muertos, besando piadosamente sus cadáveres, "en nombre de sus madres". El director garantizó, no sin dificultad, el suministro de víveres, de remedios y de carbón: "Encontró usted el medio —testificaba el doctor Coutant en una carta del 1º de febrero de 1871— de ejercer su caridad inagotable... Nada ha faltado, ni la alimentación a pesar de su escasez, ni los medicamentos a menudo tan caros. Todos sus Hermanos han sido admirables... Siempre en la brecha, ...han prodigado día y noche a nuestros enfermos los cuidados más inteligentes". [1043]

París es el cuartel general de las actividades más conocidas. Pero cada región ve a los maestros de las escuelas, de los pensionados, de los noviciados, dedicarse a tareas muy similares. En Rethel, en el viejo Hospital, convertido en centro escolar desde 1855, los Hermanos reciben, durante la noche del 24 al 25 de agosto de 1870, el ambulatorio de la Prensa, dirigido por el doctor Sée. El emperador Napoleón III acaba de llegar, con el ejército de Mac-Mahon; 45 soldados son acogidos por la comunidad; un dibujo de la época nos muestra a los cocineros atareados bajo la galería del establecimiento, cerca de la silueta del capellán, el Padre Domenech [1044]. A partir, del 26, las tropas francesas reanudan su marcha, que finalizará, en una semana, en Sedan, fatal abismo sin fondo... Cuando el enemigo victorioso penetra en Rethel, unos cincuenta heridos se encuentran aún como huéspedes de los Lasalianos: les espera la cautividad, si se curan. Varios se evaden, con la colaboración de sus enfermeros. Los alemanes ubican en las aulas a 180 de sus hombres, víctimas de diversas enfermedades, principalmente del tifus. La caridad cristiana aplaca todo sufrimiento, alivia toda tristeza, desafía las fatigas y la epidemia [1045].

En Bretaña, el Likès de Quimper alberga sucesivamente 1.800 militares, llamados a la movilización, luego reclutados por el gobierno de Defensa Nacional. Los profesores ejercen en esa ocasión, un apostolado que da frutos: sin por ello dejar de continuar con sus tareas habituales, con los 400 niños cuyos estudios no sufren interrupción [1046].

Los departamentos del Sur de Francia aprovechan su seguridad para socorrer a las víctimas que la guerra les envía. El pensionado Saint-Joseph de Toulouse cuenta entre lo que llamaríamos hoy día los hospitales auxiliares: su director, el Hermano Hector, preside el momento de levantarse, de acostarse, las comidas de sus nuevos administrados; se gana su confianza, los induce a la oración. El noviciado vecino tiene, también, su contingente de heridos y de enfermos; seis Hermanos jóvenes se reparten el cuidado de las salas, ayudados por los demás miembros de la comunidad. Los novicios han cedido su dormitorio a los soldados y se contentan con jergones en la sala de los ejercicios de Regla. Más adelante, numerosas cartas expresarán el agradecimiento que conservan los beneficiarios de tal acogida [1047].

Los mismos hechos se repiten por todas partes. Sería pesado extenderse. Se ha calculado que durante ese lúgubre periodo, los Hermanos de las Escuelas Cristianas cuidaron a más de 10.000 heridos y de 30.000 enfermos [1048]. Algunos de esos buenos samaritanos sacrificaron con ello su vida: en Rethel, el Hermano Bénonien; en Mer; el Hermano Abercien-Joseph; en Clamecy, el Hermano Honorius-Martyr; en París, el Hermano Berrier, sucumbieron a la viruela o a la fiebre tifoidea. Otros quince murieron, extenuados de trabajo, segados por múltiples contagios [1049].

Ninguna forma de valor faltó a los hijos de san Juan Bautista de La Salle. El Hermano Athanasius, director del pensionado de Beauregard, se hizo conducir con los ojos vendados, ante el general prusiano von Kamcke para parlamentar; pide la autorización de ofrecer a las mujeres y a los niños de Thionville, asilo en su establecimiento. Habla con calma, con energía. Pero su solicitud no consigue conmover al jefe enemigo [1050].

No es suficiente sacrificarse a la cabecera de los soldados, enfrentarse al adversario en pleno triunfo. Los religiosos, sin armas, desafían la metralla. En el combate de Dijon, el 30 de octubre, los Hermanos Pol-de-Léon, Régis y Rufin, acompañados por el Padre Collenet, acudieron junto a la puerta San Pedro; allí, bajo el más vivo fuego, recogieron a los que caían [1051].

Primera aparición en los campos de batalla de los camilleros, cubiertos con el tricornio. Serán 150 en Cahmpigny, el 30 de noviembre y el 1º de diciembre; después de haber salvado a los heridos, enterrarán a los muertos. Se los volverá a ver en Bourget, en Buzenval. Los achaques de la edad no permiten a su Superior General dar ejemplo: al menos le dejan en pie para organizar esos equipos de voluntarios, para acudir a visitarlos y bendecirlos en el momento de partir. Inmediatamente después de Buzenval, acudirá, sobre el camino de Malmaison a Granches, a recitar el *De profundis* ante las tumbas cavadas por sus Hermanos. Contemplando, en el negro decorado del invierno, de las ruinas calcinadas, del suelo donde yacen los cadáveres, aquel rostro augusto, aquella mirada recta y firme, uno recuerda —como lo dirá el doctor Horteloup— los versos del poeta latino: *Justum ac tenacem propositi virum...*

¿Y quién, entre los médicos mayores, los oficiales, la tropa, no admira a esos héroes “sin jactancia, sin miedo”, corriendo “en medio de las explosiones de los obuses”, con su molesto hábito en medio de la refriega... más adelante, declara el general Ducrot, de lo que exige su deber? El Hermano Vaudima, su guía, “no palidece” ante el cañón [1052]. Igualmente intrépidos, el Hermano Paphnucius, el gramático que ahora ostenta la insignia de la Cruz Roja [1053], el Hermano Albert-Marie escoltado por sus compañeros de Passy y caminando, con la frente alta, mientras que, entorno al valiente equipo, algunos soldados buscan protegerse de una lluvia de balas [1054]. Con el capellán del Mont-Valérien, el Hermano Paphnucius es delegado por las autoridades francesas para ir a reclamar a los alemanes el cuerpo del pintor Herí Renault, caído en los bosques de Buzenval [1055].

El Instituto lasaliano puede sentirse enaltecido en uno de sus miembros mortalmente herido el 21 de diciembre. Ese día, en el momento en que el fuego cesaba del lado de la Courneuve, una escuadra de Hermanos recorría los campos ensangrentados. Enarbolaba la bandera de la Convención de Ginebra, que deben respetar las partes contendientes. No obstante, una descarga parte de las filas de los prusianos; un camillero cae, con el pecho traspasado: se llama Jean-Baptiste Baffie, el Hermano Néthelme, de la comunidad de Saint-Nicolas de Vaugirard. Es transportado al ambulatorio de Saint-Denis, en la casa de la Legión de Honor. Allí espira el 24 de diciembre [1056].

Dos cartas del Hermano Philippe, dirigidas al Hermano Asistente Judore, una tercera destinada a toda la Congregación, y la circular del 21 de Junio de 1871 son, para la historia de esos momentos, documentos esenciales. El personaje principal no habla para nada de sí mismo; su modestia se lo impide. Y ordinariamente, se complace en relatar los hechos como en tono menor. Pero la emoción contenida conmueve más que la elocuencia. Dolores y honores se dejan entrever en un simple relato.

La misiva del 20 de octubre de 1870 fue confiada a uno de los aerostatos que franquearon el círculo de la invasión. Llegó el 2 de noviembre a Toulouse.

“Estas palabras, ¿correrán la misma suerte que varias otras? se pregunta el Superior... Si les llegan, les dirán que nosotros estamos muy tranquilos aquí. Salimos y entramos como hace seis meses... Nuestros Hermanos hacen mucho bien en las ambulancias. Las clases están llenas, excepto las de Saint-Ambroise y de Sainte-Marguerite, donde los religiosos, han sido remplazados por maestros que no son aceptados... No tenemos batallas, sino pequeños combates que no tienen más resultado que algunos muertos, algunos heridos... En nuestra Casa Madre, se cuentan habitualmente entre 70 y 75 enfermos. Ninguno muere sin sacramentos... Casi todos se confiesan y comulgan antes de partir. El domingo, teníamos diez a la Santa Mesa, y seis al día siguiente. Lo que nos afecta, es no recibir ninguna noticia... No nos llega nada, ni siquiera de Versailles o de Saint-Cloud...”

Segunda carta al fin de noviembre, antes de la batalla de Champigny: “Seguimos siempre tranquilos en nuestro círculo de dos o tres leguas de radio... Nuestros carísimos Hermanos están empleados en un gran número de ambulancias y hacen el bien bajo un triple aspecto: caridad, piedad y renombre para el Instituto... París se fortifica cada día de una manera sorprendente y cada uno se prepara como mejor puede... La carne y las legumbres frescas son raras; el pan, el vino, el arroz, las legumbres secas, las pastas de Italia muy abundantes... Podemos decir de nuestros

Hermanos que su valor y su dedicación están perfectamente a la altura de las circunstancias”. [1057]

Una vez finalizado el sitio, las comunicaciones reanudadas, el Superior agradece a sus hijos, de la provincia y del extranjero, el 14 de marzo, por sus cartas “llenas de sentimientos afectuosos”. Las mismas “le compensan por las pequeñas pruebas soportadas”; no sería “sin duda exacto expresar que no hemos tenido nuestra parte en los sufrimientos comunes a todos aquellos que se encontraban férreamente rodeados. No obstante, carísimos Hermanos, estén bien persuadidos que nuestra mayor pena, nuestra preocupación día y noche, era vivir privados de toda comunicación con ustedes”.

Esta carta se anunciaba como preliminar de una exposición sobre el “comportamiento de los Hermanos durante la guerra”. Pero, cuatro días después, explotaba la insurrección de la Comuna. El Hermano Philippe se veía sometido a unas inquietudes más atroces que las de los meses precedentes. La circular del 21 de junio de 1871 fue el histórico de los acontecimientos de la lucha franco-alemana y de las desgracias de la capital.

Una declaración de cristiana confianza y una acción de gracias componen su preámbulo. El autor vislumbra, al fondo del pasillo sinistro una luz, unos tiempos “de progreso, de triunfo” para la Iglesia. La catástrofe no ha abatido las almas grandes: al contrario, las ha enaltecido, sobre todas las ruinas de aquí abajo. Y muchos corazones, que la seguridad, la prosperidad habían adormecido, han vuelto a encontrar, en el peligro y en el duelo, el ritmo de las vitalidades dinámicas. “La Cruz se alzó para el Instituto”; los Hermanos saben por qué manos: las del “divino Maestro”. Jesús, “al llamarlos a su Calvario”, no los ha dejado ni sin ayudas especiales ni sin consuelos.

En cualquier lugar por donde han pasado las miserias de la guerra, los hijos del Venerable La Salle se mostraron dignos de su ascendencia espiritual. Los de los departamentos invadidos, organizando los ambulatorios, transportando los heridos en los terrenos de la masacre; los de Bélgica, acogiendo a los fugitivos con una bondad que conmovió hasta las lágrimas a la nación vencida, y de la cual conservará perpetua memoria.

Al recordar el papel de los 300 Lasalianos enfermeros o camilleros en París, el Superior General rinde un particular homenaje al joven Hermano Néthelme, víctima pura elegida por el Cielo: “Acudí junto a él, le expresé los sentimientos de la Congregación; su destino, muy triste, si se considera con los ojos de la naturaleza, aparecía hermoso y sublime, considerado con los ojos de la fe. Se mostró agradecido por mi visita y perfectamente sumiso a la voluntad de Dios”. El 26 de diciembre, el cuerpo fue llevado a la iglesia de Saint-Sulpice, para unas exequias muy solemnes.

Se encontraban entonces en la última fase del asedio. El frío intenso, la carencia de alimentos provocaron numerosas enfermedades en las filas de los religiosos extenuados. El 9 de enero de 1871, un obús alemán alcanzó a diez alumnos en el establecimiento de la calle Vaugirard: cuatro expiraron enseguida, seis fueron heridos, dos de ellos mortalmente. El Hermano Philippe siguió los féretros en Notre-Dame des Champs, en el cementerio Montparnasse. El bombardeo no perdonó en

absoluto la Casa Madre: obús en la sala del Régimen, obús en los dormitorios, obús en el jardín. Uno de los proyectiles explotó cerca de una quincena de Hermanos ocupados en extraer arena: los trabajadores no recibieron más que un chorro de arena, que los hirió ligeramente.

Inmediatamente después del armisticio, los enfermos o heridos que estaban a cargo de la Congregación fueron reunidos en dos centros: calle Oudinot y calle de Longchamp. El gobierno de la Defensa Nacional quiso, en aquel momento, reconocer los servicios de los Lasalianos nombrando a su Jefe caballero de la Legión de Honor. Sobre ese gesto, el Hermano Philippe guarda silencio. Sin embargo no rechazó la condecoración, como lo hizo bajo el reinado de Louis-Philippe. En la Segunda República, las circunstancias ya no se lo permitían. La patria quería recompensar, en la persona del Superior, a los héroes del Instituto: no se puede rechazar el reconocimiento de una madre que llora. El doctor Ricord acudió a prender la cruz sobre el hábito negro. En un reflejo de humildad, el religioso cubrió con su mano la insignia...

Su narración concluye con una sola frase el capítulo de la guerra: “¡Cuántas personas sufrieron, más que nosotros, de frío y de hambre y fueron víctimas de dolorosas ansiedades!” Y pasa a tratar de las efemérides de la Comuna.

* * *

Terrible imagen, “París sitiada, París sin aire, oprimido tras sus fuertes, en su cinturón de murallas, asfixiándose en su orgullo y en sus cóleras inútiles”. “Dos millones quinientos mil hombres presos durante cinco meses”. Una capital “ahogada por sí misma, por la masa de su gente, por su cantidad, su inactividad...” Voluntariamente, había soportado esa pena: “pero al precio de un desgaste nervioso que la había enloquecido”.

Gabriel Hanotaux explica, en esa cita, la rudeza y la violencia de la insurrección [1058]. Sin duda, no piensa en justificar de esa forma el carácter criminal, en presencia del enemigo acampado en torno a la ciudad, sometiendo la nación bajo su yugo. No excusa tampoco a los hombres que desencadenaron la guerra civil a continuación de la guerra extranjera y, saturados de sofismas —o bien embriagados de groseros placeres—, volvieron enseguida sus odios contra la fe cristiana, antes de saciarlos, entre los incendios, en la sangre de sus conciudadanos.

El 8 de febrero de 1871, Francia eligió su “Asamblea Nacional”. El 17, Adolphe Thiers se convertía en “jefe del poder ejecutivo de la República Francesa”. [1059] El 1º de marzo, los diputados reunidos en Burdeos ratificaban los preliminares de la paz; y el ejército prusiano penetraba en París, únicamente durante tres días. Los cabecillas de la extrema izquierda, que ya durante el asedio habían provocado graves disturbios, incitaron a la revuelta a una población trastornada por los sufrimientos, por la ociosidad, por la vergüenza. El 18 de marzo, los generales Lecomte y Clément Thomas eran asesinados; el 26, tenían lugar las elecciones que asegurarían el poder a los autores del desorden, a los inventores de la “Comuna de París”. Thiers, por motivos políticos y estratégicos de los cuales es responsable, creyó necesario abandonar la ciudad a esos energúmenos y replegar todo el personal gubernamental hacia Versailles, donde se establecía la Asamblea

soberana: era aceptar la perspectiva de un nuevo asedio, llevado a cabo por nuestras tropas, bajo los ojos de los alemanes.

Un ejército, rápida y sólidamente reorganizado, va a tener en jaque, a partir del 3 de abril, a los “comuneros”, y, a partir del 8 de mayo, abrir fuego sobre la capital. El 9, ocupa el fuerte de Issy; el 14 el de Vanves; el 21, entra, sin pegar un tiro, por la puerta de Saint-Cloud. Y, del 22 al 28 se desarrollarán en las calles unas luchas imperdonables: “semana trágica” en la que crepitan los tiroteos y las llamas, en la que los “rehenes” son masacrados, en la que sus verdugos sucumben también, donde las más terribles represalias abaten sobre el terreno a miles de insurgentes; luego, después de juicios sumarios, llevan a los demás, en mayor número aún, a los paredones de ejecución... [1060]

La pasión antirreligiosa se desencadenó, inmediatamente después de la revolución del 18 de marzo. Se estaba incubando en París, en los últimos años del Imperio. Se manifestó una vez proclamada la República, en ciertos distritos, con la complicidad o bajo la mirada indiferente de los hombres del 4 de septiembre. El Hermano Philippe, en su primera carta al Hermano Judore, habla de la exclusión pronunciada contra los Lasalianos de Sainte-Marguerite y de Saint-Ambroise.

Dueños de la situación, los sectarios desterraron de las escuelas los crucifijos; prohibieron a los maestros llevar a los alumnos a las iglesias. Decretaron la confiscación de los bienes inalienables: a los miembros de las congregaciones, los trataron como sospechosos, antes de ponerlos fuera de la ley.

El lunes de Pascua, 10 de abril, el Superior General de los Hermanos se enteró de que figuraba en una lista de proscripción. El padre de un alumno de Passy conocía la información de fuente muy segura; y el Hermano Libanos, también él en la mira, acudía a la Casa Madre, con el fin de proporcionar al Hermano Philippe todos los medios de escapar. Los Asistentes suplicaron al Jefe del Instituto que tuviera en cuenta su ancianidad, las preocupaciones y las necesidades de sus subordinados. Pudo abandonar París sin problemas.

Un delegado de la Comuna, un comisario de policía y cuarenta guardias nacionales se presentaron en la calle Oudinot, el 11 por la mañana. Preguntaron por aquel que tenían misión de detener. “Está ausente”, respondió el Hermano Calixte. Los guardias cercaron los edificios; el delegado y el comisario penetraron en el interior, se apoderaron del dinero encontrado en la caja, se llevaron también dos copones, una custodia, dos cálices. Y puesto que faltaba el Superior, ordenaron al Hermano primer Asistente seguirlos.

La multitud indignada se aglomeró. Los guardias nacionales sintieron también ellos cierta emoción. ¿Se podía creer que los Hermanos fueran los enemigos del pueblo? El comisario afirmó que no quedaría preso el suplente del Hermano Philippe. Efectivamente, el Hermano Calixte, después de una breve comparecencia en la prefectura de Policía, volvió libre entre sus colegas.

El Superior llegaba a Epernay cuando la lectura de un periódico le sugirió cierta alarma sobre la suerte de su amigo muy querido. Se apresuró a desandar camino, muy decidido a no permitir una sustitución de persona. Pero, en Saint-Denis, supo el

final del incidente. Estaba en su derecho a no exponerse a nuevos peligros y se dirigió hacia las comunidades del interior.

En Dijon, donde permaneció inicialmente, luego a Clermont-Ferrand —donde se reencontró con los novicios menores— le llegaron noticias de la capital. Desde el 10 al 13 de abril, los Hermanos de Montrouge, de Bellville, de Saint-Nicolas des Champs, habían sufrido la expulsión. El 15, todas las escuelas eran laicizadas. Del 17 al 22, fueron retenidos los maestros de Ménilmontand en su domicilio. El 18, enfermeros militares remplazaban a los religiosos en el ambulatorio de Longchamp. Quedaba prohibido a los camilleros del cuello blanco aparecer sobre el terreno de los combates.

Los establecimientos lasalianos terminaron de vaciarse entre el 19 de abril y el 7 de mayo. En Saint-Sulpice, los miembros de la comunidad, cuya casa estaba custodiada, bajaron una noche, por la ventana y se escabulleron fuera de la ciudad.

El Hermano Libanos, después de haber asegurado la partida del Superior General, se alejó de Passy disfrazado. El subdirector, Hermano Albert-Marie, ayudado por dos profesores se convirtió en el guardián del pensionado; desplegó tal intrepidez, actuó, ante los representantes y los oficiales de la Comuna, con tanta sangre fría que logró salvar el establecimiento del pillaje, y en el momento de las victorias del ejército asaltante, de todos los riesgos de la guerra civil [1061].

En la calle Saint-Antoine, el Hermano Joseph tomó las medidas necesarias para que la mayor parte de su personal se refugiase en Méaux, o bien en Mortefontaine. Él se quedó en el palacete Mayenne, con traje civil, en espera del desarrollo de los acontecimientos. “Aquí, nada preocupante, escribía, el 1º de mayo, a dos jóvenes, Adrien y Eugène Délivré; he cerrado el Círculo, dispersado a los Hermanos, y un gerente me remplaza oficialmente ante la Comuna... Ese gerente, amigo mío, ha venido a alojarse en mi casa con su mujer. El resto del edificio, totalmente inutilizado, me cobija, junto con dos de mis auxiliares”.

Uno de esos valientes se llamaba Hermano Austregilde, más conocido en los Francs-Bourgeois bajo la designación familiar de “Hermano Guillaume”. “Hombre achaparrado y rechoncho, de mirada vivaracha, de fisonomía inquieta, de ordinario vestido con un pantalón de dril y una blusa gris”, cuenta uno de los miembros del Círculo, M. Pinta. El Hermano Guillaume poseía diversos talentos prácticos: “cocinero, pintor, cristalero, albañil, carpintero”; en el “recinto del mercado” su “bondad brusca” y sus “réplicas ingeniosas” le valían “preciosas simpatías”. Desde hacía siete meses, se encargaba por entero de una cantina creada para los habitantes del barrio. En pie a las 3 de la mañana, comenzaba las distribuciones a las 8, y servía tres mil comidas al día. El Hermano Joseph obtuvo de la Comuna el mantenimiento de esa institución muy popular. Pero sucedió que los todopoderosos señores del barrio pretendieron despedir al monje-cocinero: una matrona del partido debería encargarse de la dirección de los hornos. Llegó sin apurarse; el Hermano Guillaume la miró de arriba abajo: “¡Ciudadana, vaya a decir a quienes la envían que, si se quiere tener listo el servicio de tres mil personas, hay que estar aquí a las 3 de la mañana!” Fulminada al verse increpada al estilo Mirabeau, la intrusa desapareció. No se oyó hablar más de ella.

Así, se vivían a veces momentos de buen humor y de calma. El Hermano Nil-Marie, el admirable enfermero de Grenelle, no dudaba, a pesar de las prohibiciones oficiales, en seguir dedicándose a los heridos. Se toleró momentáneamente su celo, los “rojos” se contentaban con cargarlo con el mote de “pequeño jesuita”. Devuelto luego a su escuela desierta, se quedó allí tranquilo. No sin audacia, acudió una vez, con el hábito lasaliano, a protestar, al ministerio de Finanzas contra un saqueo de los fondos. Imponía respeto. Utilizaba sus relaciones: el federado Jean-Baptiste Clément, que había asistido a un curso de adultos con los Hermanos, parece haberle proporcionado ciertas ayudas, principalmente para la entrega de pasaportes [1062].

El 2 de abril, Saint-Nicolas de Issy, se vieron rostros sospechosos, se oyeron amenazas de muerte. El director exclamó que allí se recogía a los hijos del pueblo. Los invasores se retiraron sin otro tipo de procedimientos. Y la casa, privada, en el mes de mayo, de su jefe, el Hermano Pothius, subsistió bajo la custodia de cuatro Hermanos y nueve empleados. Por su parte Saint-Nicolas de Vaugirard, tuvo el privilegio de no interrumpir nunca completamente sus actividades: “en los días peores, contaba aún con más de treinta Hermanos y de trescientos alumnos”. [1063]

Según las órdenes de la Comuna, todos los ciudadanos válidos de entre 19 y 40 años de edad, debían incorporarse en las “compañías de marcha” destinadas a contener el avance del ejército de Versailles. Ese requerimiento no perdonaba, por supuesto, a los religiosos maestros. La evasión, por tanto, se volvía más urgente. Muchos parisinos ofrecieron su colaboración para ello: suministrando a los Hermanos ropas de civil, proporcionándoles documentos de identidad, ayudándoles a franquear las murallas.

De todos modos, veintiséis de esos “emigrantes” fueron capturados en la estación del Norte. El Hermano Exupérien los guiaba; había tomado todas las precauciones útiles. Pero, mientras reunía a su gente, uno de los jóvenes viajeros lo llamó atolondradamente: “Hermano Director, ¿dónde tenemos que ir?” Preocupante pregunta que atrapada al vuelo por los policías, condujo al arresto del pequeño grupo y de su guía. Fueron enviados ante Raoul Rigault, aquel “tipo con úlcera”, aquel “individuo gordo, de apariencia insolente, que pasaba de la francachela al terror..., loco desencadenado en la Prefectura de Policía” [1064] y muy dispuesto a representar a Fouquier-Tinville. Estaba rabioso en presencia del Lasaliano de actitud firme, de fisonomía austera: “Hace ya trescientos años que ustedes nos dominan... ¡Son ustedes unos criminales, porque adoctrinan al pueblo!” ¡Comunicar la “doctrina” a las almas”!, ¡hermoso reproche! dirá más adelante el Hermano Exupérien: ¡qué triste sería no merecerlo más!” Por el momento, considera superfluo honrar con una respuesta a tan pobre señor. Cruza los brazos y reza en silencio...

Es encarcelado, “como el más peligroso” de todos los acusados, en la celda nº 35. Allí escribe algunas “notas de retiro”: “Desde toda la eternidad, ¡oh! Dios mío, has decretado, en tu sabiduría, los acontecimientos actuales y la conmoción que yo siento. Concédeme la gracia de aceptar tus designios, de reconocer y adorar tus voluntades... Que mi celda, que ahora me es estimable al pensar que en ella estoy detenido a causa de tu nombre, sea para mí un cenáculo y un cielo... Deseo —creo que con la sinceridad de mi alma —quiero a partir de hoy sufrir en toda la extensión de tus deseos...”

A los *socci* del santo religioso se añaden —en la sala común que, durante tres días, les sirve de prisión— algunos Hermanos de la escuela Sainte-Marguerite, luego el Hermano Pothius y sus auxiliares de Saint-Nicolas de Issy, capturados más allá de Vanves, mientras trataban de escapar.

El 11 de mayo, llega la orden de un traslado general a Mazas. El Hermano Exupérien se encontrará allí muy cerca del P. Caubert, su director de conciencia, del P. Olivaint... No podrá comunicar con ellos. Pero un carcelero animado de excelentes intenciones se encarga de un intercambio de misivas entre el director del noviciado de París y sus jóvenes discípulos. El Instituto conserva algunas de esas exhortaciones, dirigidas a los cautivos que se esforzaban por vivir al modo de los cristianos destinados al martirio... “¡Amigo mío! escribe el Hermano Exupérien a uno de sus vecinos de celda, ¡qué gran gracia nos ha hecho el buen Dios! Recemos mucho para que este “retiro” marque época en nuestra existencia religiosa... Supliquemos a Nuestro Señor que bendiga a nuestro querido Instituto y a Francia...”

El prisionero puede, además, dirigir cuatro cartas a su auxiliar, el Hermano Alban-Joseph, que no ha abandonado la calle Oudinot. Le agradece un “convoy de abastecimiento”; se lamenta por sus “pobres jóvenes”, sometidos, en Mazas, “a una reclusión tan severa”. Él por su parte, se declara “tan feliz como es posible... El Señor... se digna hacer sobreabundar el consuelo allí donde, naturalmente, tristeza y aflicción” deberían dominar. “La felicidad” para el hombre de Dios, “sería plenamente colmada, si liberaran” a todos sus hijos espirituales, “dejándole a él solo como rehén”.

En la Congregación aumenta la ansiedad. El Superior General, que recorre la Haute-Loire, informa a 27 Hermanos reunidos en Apinac, del arresto de los religiosos de París: “Si el Hermano Exupérien es asesinado, ¡qué pérdida!” [1065]

No obstante las tropas regulares acentúan su avance. Al haber alcanzado sus obuses el ambulatorio que subsistía en Long-champ, nuevos heridos son recibidos en la Casa Madre, por orden del Comité de Salvación Pública. Pero los miembros de esa organización revolucionaria no han admitido la presencia de los Hermanos a la cabecera de sus partidarios: los ancianos y enfermos del Instituto han encontrado asilo en la casa de San Juan de Dios; los demás Lasalianos logran desaparecer hasta el fin de la tormenta. La vigilancia de los administradores de la Cruz Roja salva los edificios, el mobiliario, la capilla.

El 22 de mayo, el ejército asaltante toma posesión del barrio de los Invalides. La Casa Madre se ve liberada. En ese momento, Mons. Darboy y sus compañeros son trasladados a la Roquette. “Vinieron a buscarlos para fusilarlos, comunica el Hermano Exupérien a uno de sus co-detenidos. ¡Qué suerte han tenido! Quizás nuestro destino está cercano... ¡Recemos, recemos! Ejercitémonos en la contrición perfecta...”

Al día siguiente, anuncia a un Hermano joven, “su buen pequeño Page”, [1066] que los “de Versailles han entrado en París”. De hecho la Comuna es rechazada de ambos lados del Sena, expulsados de las alturas de Montmartre. Pero entonces el humo y las chispas de las inmensas hogueras invaden la capital. “Noche aterradora” del 23 al 24 de mayo: la calle Royale, la calle de Rivoli, las Tuileries, el Palacio Real, el Ayuntamiento, el Palacio de Justicia están en llamas, bajo un viento violento.

Delirio de la desesperación y de las venganzas: los miserables incendiarios pretenden enterrarse bajo las ruinas de la ciudad.

Los rehenes caen bajo las balas: primero los de Sainte-Pélagie; luego el arzobispo, el presidente Bonjean, el Padre Deguerry, el Padre Allard, los Padres Jesuitas Ducoudray y Alexis Clerc, los Dominicos de Arcueil; finalmente el Padre Planchat, aquel “gran servidor del pueblo”, un seminarista de Saint-Sulpice, Paul Seigneret, los Padres Olivaint, Caubert y de Bengy y varios Picpusianos, el 26 de mayo, en las postreras y horribles masacres de la calle Haxo [1067].

¿Qué sucede con los hijos de San Juan Bautista de La Salle? También ellos, destinados a ser víctimas, se disponían al sacrificio. Durante los días 23, 24 y 25, las luchas continúan en torno a Mazas. Garreau, el director de la prisión, recibe la orden de fusilar a todos, de quemarlo todo. Ya ha tomado sus medidas con miras a la ejecución. Pero, en la mañana del jueves 25, un obús explota en la cercanía de las celdas; resuena el grito de “¡sálvese quien pueda!” Se abren las puertas. Los Hermanos escapan. Varios, a la salida, se encuentran comprometidos en medio del combate. Los federados se apoderan de ellos, los obligan a trabajar en las barricadas. Así fue como el Hermano Néomède-Justin, de la comunidad de Issy, encuentra la muerte, en el puente de Austerlitz.

Al Hermano Exupérien y otros nueve evadidos [1068], les ofrecen asilo en una casa de la avenida de Saint-Mandé. El propietario del edificio los esconde durante treinta horas. El cañoneo se prolonga, en los alrededores explota un polvorín. El viernes por la noche, después de la caída de la barricada, el pequeño grupo se arriesga por París, llega, sano y salvo, a la Casa Madre. “¡Compadézcanme, dice su jefe a los cohermanos de la calle Oudinot, compadézcanme por no haber sido juzgado digno del martirio!” El domingo, los dos últimos cautivos de Mazas se incorporan a la comunidad: faltó poco para que, mezclados entre las filas de los insurrectos, no incurrieran, ante la corte marcial, en una condena implacable; su rosario, su escapulario dieron testimonio en favor de su inocencia y provocaron una rápida y decisiva aclaración [1069].

El Hermano Philippe regresó el 9 de junio, entre los escombros de la capital. Su sobrecogimiento, sus lágrimas, su alegría, las confiesa con su habitual sencillez, al terminar la historia de ese periodo: “Al ser la hora de la exposición del Santísimo Sacramento, fuimos a postrarnos a los pies del divino Salvador y poder descansar con su bendición, agradeciéndole por la asistencia providencial que de él habíamos recibido. Después de la exposición, cantamos el salmo *Ecce quam bonum*. ¡Cómo me impresionó escuchar, en semejante circunstancia, las admirables palabras del profeta!...

Y su pluma formulaba las esperanzas de un alma invenciblemente confiada: “El divino Maestro nos ha guiado como de la mano a través de las mayores dificultades... Entremos resueltamente en la lid que se nos presenta. Dios quiere la salvación de la sociedad, y particularmente la salvación de Francia; quiere realizarla sobre todo mediante la educación cristiana de la juventud” [1070].

* * *

La tarea de recuperación, ¿con qué obstáculos no chocará? De los bajos fondos había brotado el odio: odio contra la autoridad, odio contra la religión. Albert de Mun, al cual los espectáculos de la Comuna acababan de revelar su “vocación social”, observaba, en la iglesia de Belleville, las cruces derribadas, los altares profanados; descubría, en los rostros de los culpables que comparecían ante la jurisdicción militar, una resignación feroz, una rabia insolente, la expresión de las almas irreductibles [1071]. Se había cavado “el abismo entre patronos y obreros, entre “burgueses” y pueblo, y ¡lastimosamente! entre la iglesia y los descendientes de cristianos auténticos. Demasiados “dirigentes” se habían desinteresado de las masas, demasiados industriales no habían pensado más que a la ganancia, sin tener en cuenta la miseria y los sufrimientos de sus asalariados. Cuando dirigían sus pensamientos hacia la Iglesia, no era más que para pedirle que frenara las apetencias de los pobres. Ellos mismos ya no nutrían su conciencia con el jugo evangélico; cristianos superficiales, y, en mayor número, indiferentes, y, a menudo, establecidos en el ateísmo. La “apostasía” de las clases altas —en regresión, sin duda, desde hacía un cuarto de siglo, pero aún muy extendida— había llegado a la multitudes. Continuaba dominando particularmente en los medios intelectuales, en las profesiones liberales. Más de un “notable” de ciudades pequeñas daba en torno suyo el ejemplo de un “anticlericalismo” militante. Se seguía diciendo que la mayoría de los franceses seguían apegados a los dogmas y a los ritos del catolicismo: había que valorar la parte de rutina, de un persistente y prudente respeto humano. La propaganda masónica, socialista, revolucionaria, socavaba ya la fe, en muchas provincias. En París, en las aglomeraciones importantes, obtenía fulminantes resultados. Las tendencias anárquicas inherentes a la naturaleza humana se conjugaban con las amarguras y las humillaciones del “proletario” para asegurar el éxito de las lecciones de materialismo. Cuando una enseñanza religiosa había, en pocos años, plantado los gérmenes del bien, bastaba, para marchitarlos, el ambiente de la fábrica, de la calle, de las reuniones públicas.

El ilustre obispo de Poitiers, Mons. Pie, en 1870, declaraba con toda claridad a Mons. Guibert: “No cabe esperar nada de los hombres... No queda en pie ningún principio... No solamente se ha aniquilado el sentido religioso, sino el sentido moral. No creo que se hayan dicho jamás tantas verdades como yo siembro todos los días en torno mío: se escucha con atención, pero no se entiende. Nosotros los cristianos, formamos una sociedad, un pueblo a parte, que ya no está en comunión de ideas con la inmensa sociedad que nos rodea, que se disgrega, o más bien que está en plena disolución”. [1072]

Pesimismo, ciertamente, rectificado por la virtud de la esperanza: “Si Dios borra, es para volver a escribir”, añadía el prelado. Sin pretender dictar órdenes a la Providencia, las buenas voluntades se ofrecían para llenar la página en blanco. Un “despertar a la vez angustioso y relajado” sucedía —en esa primavera de 1871— a la “pesadilla” de la guerra, de la invasión, de los degüellos mutuos [1073]. Tal es la constatación de uno de aquellos que trabajaron en volver a acercar los corazones. Lastimado, amputado, el país quería revivir; verificaba el balance de sus energías: ¿no había practicado el heroísmo bajo todas sus formas? Bravura militar, paciencia en la aflicción, constancia tras las derrotas insospechadas, dignidad frente al invasor, esperanza en Dios cuando todas las potencias terrestres lo abandonaban. Incluso los mártires, de la Roquette, de Arcueil, de la calle Haxo, abogaban en su

favor: su sangre de buena Francia ¿no se convertiría en semilla de nuevos cristianos?

En Versalles, tenía su sede una Asamblea de personas honestas, entre las cuales los católicos eran numerosos. Hambrientos de orden y de paz, los electores — olvidando algunos prejuicios, aplazando sus reivindicaciones sociales— se habían vuelto hacia una élite de caballeros terratenientes, de sabios administradores, de padres de familia leales, discretos y probos. Lejos de entorpecer la actuación de la Iglesia, esos diputados ¿no le prestarían su ayuda? Veremos a los más celosos participar en grandes manifestaciones religiosas: peregrinaciones a Nuestra Señora de Chartres, en 1873; a Paray-le-Monial donde, desde el mes de junio siguiente, el obispo de Autun y el Sr. de Belcastel leerán el texto de la consagración de la patria al Corazón de Jesús. Luego, el 24 de julio, la Asamblea Nacional declarará “de utilidad pública” la erección de una basílica votiva sobre la colina de Montmartre [1074].

Desgraciadamente, ni las disposiciones profundas de los espíritus, ni el estado general de Europa respondían a los impulsos de la fe, no ayudaban a la restauración de los valores espirituales y morales. Sin duda, en el Interior de la Iglesia, el Concilio del Vaticano acababa de confirmar, mediante sus definiciones dogmáticas, las verdades esenciales y, por la proclamación de la infalibilidad del Soberano Pontífice, de ajustar la autoridad de la jerarquía, la unidad de los fieles. Pero, considerando la situación externa, ¿qué no cabía temer? Pío IX, despojado del “patrimonio de San Pedro” no conservaba más que una precaria independencia en un palacio vigilado por soldados italianos. Las naciones católicas, vencidas, perturbadas o tráfugas, cedían la preeminencia a los países protestantes o cismáticos, Prusia, Inglaterra, Rusia. Los gobiernos se comportaban con el Papa con desenvoltura, arrogancia, enemistad. Francia, ya no se atrevía a levantar la voz: y todo lo que ofrecía al augusto prisionero, antaño socorrido por sus ejércitos, se reducía a la presencia, en la aguas mediterráneas, de la fragata *Orénoque*, encargada de trasladarlo hacia orillas libres en caso en que decidiese alejarse de Roma [1075]. Los no creyentes, incluso los simpatizantes, estimaban que la “intransigencia doctrinal” del anciano plantaba unas barreras insuperables entre la Iglesia y la “sociedad moderna”. Si, menos temerarios que sus antepasados de 1830, no predecían el final del cristianismo, esperaban el inevitable retroceso de esa gran fuerza [1076].

Y, ciertamente, la actitud de los jefes de fila mostraba timidez, desconcierto. Un personaje como el duque de Broglie, aristócrata de nacimiento y de temperamento, influyente en el ambiente parlamentario, desconocía el arte de convencer, de conmover, de arrastrar a las masas. A la firmeza del carácter se unía, en él, una relativa “maleabilidad” de principios. En el fondo, seguía siendo un político, más que el realizador de un ideal; conservaba un “liberalismo” en el que entraba más la confianza en sí mismo que la sumisión a las exigencias de la verdad [1077]. En torno a él, los mejores carecían de disciplina. Cada uno se atenía, con alma sincera pero obstinada, a sus ideas personales, a su pasado, a sus intereses. Hubiera sido difícil descubrir a quién aplicar el dicho de Talleyrand: “Hay mucho futuro en el espíritu”. Ese individualismo, esa estrechez de horizontes, iban a comprometer, acortar, ubicar en una posición incómoda, la obra de reconstrucción, emprendida, no obstante, con una tan elevada conciencia, una perseverancia tan meritoria y —en los resultados inmediatos— un incontestable éxito [1078].

Durante los años en los que se mantendrá la mayoría “conservadora”, los Hermanos de las Escuelas Cristianas se beneficiarán de una amplia libertad, de respeto, a menudo de la especial consideración de los poderes públicos. Una vez derribada la Comuna, el Consejo de ministros decide que los religiosos reanudarán su tarea en las escuelas oficiales, en todos aquellos lugares donde gozaban, antes del 4 de septiembre de 1870, de una posesión de estado. “Estamos nuevamente en situación de realizar lo que es el objetivo de nuestra vocación”, comunica el Hermano Philippe a su Instituto.

Un gesto de la Academia Francesa subraya la popularidad de los Lasalianos. En los Estados Unidos, la ciudad de Boston, durante la guerra franco-alemana, había abierto una suscripción para ayudar a París amenazado por el hambre. El *Worcester*, lleno de víveres, zarpó hacia Europa. Pero su capitán, al conocer el armisticio, luego la insurrección de marzo y el segundo asedio, consideró su comisión caducada y se fue a vender su cargamento a los ingleses. Obtuvo 800.000 francos, cantidad imponente para la época: ese dinero fue “repartido por toda la Francia sufriente”. Quedaban 2.000 francos después de pago de las cuentas. El comité de Boston invitó a los “Cuarenta Académicos” a sumar el modesto remanente a los anuales “premios al valor”: una manera, declaraba, “de expresar la simpatía americana hacia el valor, la generosidad, la entrega, el desprendimiento de los franceses” en los momentos trágicos.

El destinar la recompensa a una colectividad facilitaría su atribución y pondría el acento sobre el significado moral de la gestión del Nuevo Mundo. El Instituto de los Hermanos atrajo la atención de los académicos. “Homenaje rendido, proclamó el duque de Noailles en su informe, a una corporación... que había hecho merecedora de una verdadera gloria”. El premio de la ciudad de Boston equivaldría a la “cruz de honor” sobre el asta de la bandera.

Esa comparación militar acudía con toda naturalidad a los labios después de los meses en los que el hábito dado por el Sr. de La Salle a sus discípulos había servido de “uniforme” a los enfermeros de los ambulatorios de Champirgny, del Burget, de Buzenval. Pero no tardaría mucho tiempo en plantearse la cuestión de saber si tendrían que cambiar sus hábitos por los uniformes del cuartel. Respetuosa con las inmunidades religiosas, la ley del 27 de julio de 1872 determinará que “todo miembro o novicio de una asociación consagrada a la enseñanza y reconocida de utilidad pública, queda exento del servicio [de las armas], con tal de que haya contraído un compromiso decenal antes del sorteo”.

Otra señal de consideración, otro testimonio de estima, el gobierno llamaba, en 1873, al Hermano Joseph, director de la escuela comercial de la calle Saint-Antoine, a formar parte del Consejo Superior de la Instrucción Pública, en calidad de representante de la enseñanza libre. En ese puesto, el eminente educador pondrá sus competencias a plena luz, se hará oír por sus colegas, ganará su afecto, hasta los años en que comiencen a arrear las persecuciones de la Tercera República.

* * *

Los apaciguamientos obtenidos no ocultan a los ojos del Superior General la visión de un duro porvenir. Sus temores se expresan con fuerza en la circular del 4 de mayo de 1872. Nos parece oír un lenguaje profético: “Los ataques de la impiedad,

escribe el Hermano Philippe, parecen concentrarse sobre un solo punto: la educación de los niños. La consigna se repite en todas partes y en todos los tonos: desterrar de la escuela todo lo que se refiere a la religión... Jeremías, al expresar la desolación de Jerusalén, exclamaba: “Los niños han pedido pan, y no había nadie que se lo diese. En su hambre y su sed, decían: ¿dónde está el trigo, dónde está el vino?... Luego perecían de inanición”. (*Lamentaciones*, II, 12, 19; IV, 4).

Desgraciadamente, si los proyectos de los enemigos de la Iglesia se realizasen, sucedería lo mismo en el orden de las cosas sobrenaturales. Se podría decir...: Las almas de los niños han pedido el pan de la verdad, y no había nadie para repartírselo. Se han quedado en la ignorancia de Dios y de sus obras, y en la indiferencia hacia su ley; y han caído en el error y en el vicio; han sido presa del demonio. La Iglesia como Raquel en Ramá, llora a sus hijos y no quiere consolarse, porque ya no se hallan en el camino de la vida”.

Al acusar recibo a Eugène Rendu, el 7 de noviembre siguiente, de un artículo publicado en el *Constitucional*, el Hermano Asistente Calixte agradece al autor, el haberse alzado contra el voto del Consejo General de la Seine: “El Hermano Superior y yo, le hemos leído con el más vivo interés. Reconocemos en esas páginas el espíritu radicalmente religioso que usted heredó de su respetable padre... Deseamos grandemente, Señor Inspector General, que su doctrina se propague, para contrabalancear las ideas perversas que desbordan por todas partes. Esperamos incluso que una multitud de hombres, naturalmente honestos, acabarán por reconocer, como lo dice usted con tanto acierto, que, con la enseñanza laica, los que la defienden quieren llegar a la enseñanza atea, y que retrocederán ante esa consecuencia”. [1079]

El ateísmo, en efecto, se uniría al laicismo a la vuelta de la esquina. Quien atacaba a la Iglesia acabaría por tomarla contra Dios. Para llegar ahí, se procedería por etapas. Los cabecillas de la izquierda comienzan por reclamar una progresiva eliminación de los maestros de las congregaciones. Ven en el clero regular o secular, primero un adversario político: los reorganizadores de Francia, entre 1871 y 1875, consideran que “el apoyo espontáneo, activo, ardiente, universal” del episcopado, de los sacerdotes y de los fieles les permitirá conseguir la victoria. “El catolicismo” aparece como “la preocupación suprema”. [1080] “Las almas más generosas y las más clarividentes, confiesan que el derrumbamiento de 1870 fue un castigo y puede convertirse en una expiación”, que la vuelta hacia Cristo se plantea “como la condición primera de la recuperación” de la patria [1081]. Pero la minoría republicana, decidida a echar abajo la Asamblea Nacional, no duda de que en esa alianza de los “clericales” y de los monárquicos, reside el gran obstáculo a sus ambiciones. Veuillot, Pie, Dupanloup quieren restablecer el trono adosándolo al altar. Sus enemigos llegan a la conclusión de que minando el altar, harán imposible la restauración del trono.

Y, en la mayor parte de ellos, esta táctica se inspira en un fuerte odio contra el sistema filosófico y moral que se encarna en el Pontífice Romano. Denuncian el *Syllabus*, la encíclica *Quanta cura*, el dogma de la infalibilidad, como la negación de todo “pensamiento libre”, de todo progreso de la inteligencia humana. Positivistas, evolucionistas, discípulos de Darwin, de Herbert Spencer, o del monismo germánico, herederos de Voltaire y de Diderot, pretenden construir una ciudad donde la religión esté descartada. Su República se constituirá bajo la forma de una “Anti-Iglesia”.

Semejante proyecto se traza a partir de 1872 en el famoso discurso dirigido por Gambetta, el 20 de octubre, a los Savoyardos de Saint-Julien: “No hablemos más de partidos monárquicos. Sigue existiendo un partido que ustedes conocen bien, un partido que es el enemigo de toda independencia, de toda luz y de toda estabilidad, ...de todo lo que hay de sano y de benéfico en la organización de las sociedades modernas. Ese enemigo, ustedes lo han nombrado: es el clericalismo”. [1082]

Para asestarle el golpe en el corazón, primeramente es necesario ampararse de la escuela. Retomando el dicho de Danton, continuando la campaña de Jean Macé, se proclama que el pueblo necesita enseñanza. Las escuelas son demasiado poco numerosas: solamente en el departamento de la Seine, 67.500 niños siguen en la ignorancia [1083]. Esa situación tiene un remedio: ¡que la ley decrete la obligación y la gratuidad de la enseñanza!

Conservadores y católicos cometieron la equivocación de asustarse ante esas dos palabras. Hubieran sido más hábiles, más sensatos, si, no olvidando ni a Luis XIV ni a san Juan Bautista de La Salle, se hubiesen apresurado en adoptar un amplio plan de educación nacional, muy compatible con el mantenimiento de las directivas cristianas. Fueron víctimas de sus prejuicios sociales, de sus concepciones burguesas. La francmasonería se instaló en el terreno que ellos se negaban a ocupar; emprendió la lucha en las condiciones más favorables, en nombre de la democracia: “escuela obligatoria, escuela gratuita... y laica”, los tres términos parecieron encadenarse. Se demostró al pueblo que la República, al revés que la Iglesia, no temería ilustrarlo; que establecimientos no confesionales respetarían la libertad de conciencia, derecho inalienable en relación con el deber, que incumbiría a toda familia, de no privarse del cultivo de las inteligencias. Y la gratuidad revistió el carácter de un cebo ofrecido a las dudas de la gente sencilla, a la indiferencia del campesinado.

Los realizadores de la enseñanza laica serán elegidos entre doctrinarios protestantes o kantianos, como Pécaut, Ferdinand Buisson, Jules Steeg. Sus máximas de moral, su “imperativo categórico”, su vago deísmo, su evangelismo sin dogmas y profundamente hostil a la Iglesia Romana, suavizarán las transiciones. Así se abrirán los caminos a los ateos. Desde el origen, el objetivo es patente: en cada municipio de Francia se convertirá en dueña esa “francmasonería a plena luz” que se encuentra anunciada en una carta escrita el 10 de julio de 1869, a Victor Hugo, por el joven Buisson [1084]. Duruy quedará ampliamente superado: además, la abstracta filosofía de los nuevos pedagogos hace ascos a todo aquello que daba valor práctico a las reformas del ministro de Napoleón III: no existe ninguna cohesión entre la escuela y el “oficio”; el artesanado podrá marchitarse, la mano de obra degradarse en calidad, enrarecerse en el mundo rural. El maestro no recibe más misión que la de extender una ciencia libresca, “un fin en sí mismo”, contribución extraña a las tradiciones al igual que a las convicciones de nuestros ancestros [1085].

Privadas de los bienes sobrenaturales, las almas no buscarán más que las satisfacciones de aquí abajo, obtenidos al precio del menor esfuerzo. Gusto excesivo por el ahorro y la seguridad, sed de riqueza, y sentimientos de envidia con respecto a los ricos; abandono de la profesión paterna, desarrollo del funcionariado y del proletariado urbano. La civilización, basada sobre el “economismo”, se

desequilibra, desemboca en cálculos egoístas, en la lucha de clases, en la disminución del patriotismo, tras la ruina de la caridad fraterna [1086].

En un proyecto de ley presentado a la Asamblea Nacional, Jules Simon —que más adelante reclamaría ante el Senado la enseñanza de los “deberes para con Dios”— tendía a regular la enseñanza primaria según los principios de la neutralidad. Invocaba el ejemplo de Prusia, cuyos maestros de escuela habían, según se decía entonces, preparado una generación de vencedores. “Estoy tentado de creer, respondió Mons. Dupanloup, que el ministro no conoce a fondo la legislación prusiana: sino, no hubiera guardado silencio sobre la religión”. Y el prelado demostró, con informaciones personales y documentos oficiales, que el cristianismo contribuye, entre los todopoderosos vecinos que se pretende imitar, a la formación de los maestros, a la inspiración de las lecciones, a la dirección de las escuelas”. [1087] Su autoridad logra fácilmente los sufragios de sus colegas. Hasta la llegada definitiva del partido republicano, el régimen pedagógico de 1850 continúa prevaleciendo.

* * *

Igual que cuando Carlomagno divisaba los barcos de los normandos no lejos de las costas de su imperio, el Hermano Philippe presentía la amenaza que planeaba sobre su obra francesa. Pero Dios le concederá aún dos años de buen trabajo y dejará morir en paz a su servidor.

Las perturbaciones provocadas por la guerra y la Comuna se disipan. La casa de Caluire, saqueada en 1870 por amotinados lioneses, ha recuperado a sus novicios y a sus ancianos [1088]. En Toulouse, una decisión gubernativa del prefecto, consecutiva a la revolución del 4 de septiembre, había ordenado la salida de los Hermanos de las parroquias de Saint-Étienne, Saint-Sernin, Saint-Nicolas, la Daurade, la Dalbade, Saint-Michel, Saint-Jérôme, y del barrio de los Mínimos. Un procedimiento de urgencia del Tribunal civil permitió a los maestros religiosos prolongar su ocupación, pero sin más recursos que las donaciones voluntarias de los ciudadanos. Prórroga tras prórroga, se llegó al 19 de enero de 1872, fecha en la cual el ministro de la Instrucción Pública anuló la decisión ilegal del prefecto Duportal. El 23 de marzo siguiente, la municipalidad de Toulouse veía desestimada su instancia ante el Consejo de Estado. Un juicio del 10 de marzo de 1873 la condenaba a abonar a los Hermanos los honorarios retenidos desde el intento de laicización.

Las clases nunca fueron suspendidas. Aún más; el cura de Saint-Sylve abría algunas nuevas en el barrio mismo de su iglesia en construcción. Los maestros se entregaron allí, viviendo en la más profunda privación. Y la ciudad, habiendo cambiado de principios, aceptó tomarlos a su cargo, en un local menos desprovisto.

Otros municipios también adoptaban escuelas libres: La Besse, por ejemplo, en el Aveyron, en 1872. Castres, que votaba la creación de establecimientos laicos, se comprometía sin embargo a pagar un quinto Hermano para la sucursal de Villegoudou y negociaba la ubicación de una nueva sala, que se hacía necesaria por la afluencia de niños.

En Puy l'Évêque se anexa un pensionado a la escuela municipal. Mediante un contrato realizado, el 10 de septiembre de 1873, entre el alcalde y el Hermano

Asistente Judore, la pequeña ciudad del Quercy asume el mantenimiento de los edificios [1089].

Fue necesario insistir mucho para lograr el consentimiento del Superior General. Éste querría un tiempo de pausa en la multiplicación de las casas: sabe muy bien que el Instituto, después de cuarenta años de rápido crecimiento, necesita recogerse, hacer balance de sus éxitos terrestres y de sus pérdidas espirituales. Suena la hora en que los Hermanos, con toda legitimidad, estiman que su apostolado pedagógico debe subordinarse a la intensidad de la vida religiosa; realizarían mucho menos bien, se arriesgarían a decepcionar a las almas, si, por aceptar en todas partes las funciones de maestros, se mostrasen poco exigentes en la elección de sus nuevos candidatos, apresurasen su formación interior, su preparación técnica, se negasen a sí mismos los tiempos de la oración, de los retiros, de todos los ejercicios conformes con el ideal de su vocación. El Capítulo que se reunió en esa época prescribe no lanzarse a iniciativas insuficientemente estudiadas. Incluso, se cerrarán los establecimientos que exigen un número de profesores con poca relación con la escasa densidad de la población escolar [1090]. El Hermano Philippe, prevenido por una larga —y a veces dolorosa— experiencia, indica a sus próximos sucesores las condiciones de un trabajo útil, hasta de una reforma que no tardará mucho en producir sus frutos.

por eso, aunque las casas bien organizadas no cesan de incrementar su clientela, no se constatan, hasta el año 1874, los inicios de un solo centro importante de educación cristiana: el pensionado llamado “de Saint-Genès”, en Burdeos. Semejante ciudad había carecido ya por mucho tiempo de esa fundación. Y Normandía, menos favorecida aún que la Guyenne, no poseerá uno semejante a Ruán, antes de 1880. El dueño del campo ha almacenado ya abundantes cosechas: pero ¡cuántos campos quedan por cultivar en una propiedad casi sin límites! Roturadores, sembradores y segadores responderán a la llamada de nuevos guías.

El patriarca ha llegado al fin de su carrera. En los primeros meses de 1873, su salud había provocado alarmas. El arzobispo de París, sabiéndolo en peligro, vino a sentarse a la cabecera del enfermo. Pero cuando se abrió en junio, el XXIII Capítulo General, el Hermano Philippe lo presidió. Ofreció su dimisión, que los capitulares rechazaron. El capellán de la Casa Madre le escuchó suspirar: “¡Vamos! ¡Habrà que continuar hasta el final!”. En julio, el Superior acudió a rezar ante las reliquias del Sr. de La Salle, en la capilla de Ruán. En octubre y noviembre, realizó su última peregrinación al Vaticano.

De vuelta a París, recibía las felicitaciones con motivo del treinta y cinco aniversario de su elección al Generalato. El 7 de diciembre, daba el hábito a 54 postulantes. Les habló como abuelo, deseándoles que llegasen a su misma edad, animándoles a la tarea bajo la guía de Jesús, el amigo fiel, comparándoles a los “trozos de cera” moldeados para servir de cirios en el santuario, a los “lingotes de oro” destinados a transformarse en “custodias, copones y cálices”. Su alocución se iluminó con todas las esperanzas del cielo: “las alegrías, las glorias” de la eternidad, las veía prefiguradas en las de la existencia monástica.

El 30 de diciembre, se sintió enfermo, después de una visita al pensionado de Passy. El 31, se levantó al mismo tiempo que la comunidad, asistió a los primeros ejercicios. Aún dominado por escalofríos, quiso, no obstante, acudir a la sala del

Régimen donde le esperaba una delegación de los alumnos de Saint-Nicolas: “Mis queridos niños, murmuró su voz temblorosa, les agradezco que se hayan molestado tan temprano para desearme buen año; quizás no lo terminaré... Continúen sirviendo bien al buen Dios... Amen a sus padres... Amen bien a los carísimos Hermanos... ¡Adiós!”

El 1º de enero de 1874, comulgó, una vez más, en la capilla de la calle Oudinot, luego se acostó para no levantarse más. La neumonía lo oprimía. Toda la Congregación, alertada por el Hermano Calixte, se unió a las “súplicas” del entorno inmediato. El 6, una segunda carta del Primer Asistente declaraba que el Superior General se estaba debilitando.

Murió al día siguiente. El 9 de enero, una circular del Régimen relataba sus últimos momentos. En la fiesta de la Epifanía, se le habían llevado los Últimos Sacramentos al moribundo. “Siguió las ceremonias y las oraciones con aquella fe viva que todos le conocíamos”. A petición del capellán, dio una conmovedora bendición paternal. Hacia las 11 de la noche, se recitó la liturgia de los agonizantes: él se asoció a ella, formulándola él mismo en parte, y respondiendo a las invocaciones sugeridas. Cuando se le comunicó que el Soberano Pontífice le enviaba la bendición apostólica, un “gracias” surgió, varias veces, de sus labios. A las 5 y media de la mañana, recibió de nuevo la indulgencia plenaria *in artículo mortis*. Hacia las 7 y tres cuartos, mientras los Hermanos desgranaban el rosario, llegaron los estertores de la muerte. Uno de los religiosos presentes, el Hermano Irlide, dijo las oraciones que deben saludar la partida del alma. El Hermano Philippe aún las seguía; se esforzaba por articular las palabras. Quiso también responder a la invocación lasaliana: “¡Viva Jesús en nuestros corazones!” La respuesta “Por siempre” se escapaba con su último aliento, marcaba el comienzo de su eternidad...

Dejaba este mundo “a sus ochenta y dos años de edad, sus sesenta y cuatro de vida religiosa, treinta y seis de Generalato”. El servicio fúnebre se celebró, el sábado 10 de enero de 1874, en Saint-Sulpice, y el entierro tuvo lugar en el cementerio del Père-Lachaise [1091].

Visitantes, a millares, acudieron a contemplar sobre su lecho de muerte, el rostro venerable, y meditar en la capilla ardiente. En Saint-Sulpice, la Iglesia y el Estado rodearon el catafalco: el cardenal Guibert hizo el responso; el presidente de la Asamblea Nacional, Sr. Buffet, se adelantó el primero para hacer la aspersion del agua bendita. El convoy atravesó París en medio de una gran multitud, que se descubría y se santiguaba. A cada lado de la carroza fúnebre, caminaban los alumnos de las escuelas cristianas, relevándose barrio tras barrio. Un representante del ministro de la Instrucción Pública, el alcalde del VIIº distrito, el presidente del Consejo municipal hablaron ante la tumba.

“El Hermano Philippe se había consagrado por entero al servicio del pueblo”, escribió el cardenal-arzobispo a sus curas: “ha podido muy bien decir... que su misión era enseñar a los pobres... Podía añadir, dirigiéndose a la juventud, lo que declaraba san Pablo a los Corintios: “Aún cuando les diesen diez mil maestros, no tendrían muchos padres que les amen como yo, *nam si decem millia paedagogorum habeatis, sed non multos patres*”.

El 5 de febrero de 1874, Pío IX envió “al Hermano Calixte y a los demás Asistentes de la Congregación de las Escuelas Cristianas” un breve de pésame y de alabanzas. “Inteligencia recta en un cuerpo sano, espíritu de fe y de caridad, humilde veneración y ardiente amor hacia la Santa Sede, diligente vigilancia en todas las cosas, virtud fecunda, patriotismo”, así definía el Papa la personalidad del “excelente Superior”.

Es el juicio de la historia. Lo único que nos queda por decir de la obra universal del Hermano Philippe no hará más que confirmarlo: el educador, el apóstol que, cerca de medio siglo, representó, en el Instituto de san Juan Bautista de La Salle, un papel preponderante, acabará por presentársenos como el instrumento de la Providencia, como un bienhechor de los pueblos, como un noble ejemplar de la humanidad.

1 Nota para esta edición digital. Actualmente, Departamento y Región de Ultramar: La Reunión. La Convención Nacional decidió, el 19 de marzo de 1793, cambiar el antiguo nombre por el de “Isla de La Reunión”.

Georges Rigault utiliza, reiteradamente el nombre antiguo, aunque cuando escribió este tomo de la *Historia General* hacía mucho tiempo (152 años) que había cambiado.

2 *Le Frère Philippe*, París, Bloud y Gay, 1932.

3 Una excelente *Selección* de esas Noticias oficiales fue editada, en tres series, por la Procura del Instituto, en 1933, 1934 y 1935.

4 *L'Oeuvre d'un siècle*, 1937.

5 Namur, 1912 y 1914.

6 Se podrá encontrar el origen de esas “actas” en las páginas 299 y 300 del presente volumen.

7 En las notas que acompañan a cada uno de nuestros capítulos y en el ÍNDICE final, aportamos referencias más numerosas y más precisas.

8 Sombreros eclesiásticos, de bordes colgantes.

9 Thureau-Dangin, *Histoire de la Monarchie de Juillet*, tomo I, 1884, p. 208.

10 Thureau-Dangin, *Histoire de la Monarchie de Juillet*, tomo I, 1884, p. 210.

11 Goyau, *Histoire religieuse de la Nation française*, p. 565.

12 Lecanuet, *Montalembert*, t. I. 1898. p. 260.

13 Thureau-Dangin, *op. cit.*, pp. 238 a 242.

14 Ver Hanotaux, *Histoire politique de la Nation française*, t. III, p. 342.

15 Thureau-Dangin, *op. cit.*, p. 358.

16 Thureau-Dangin, *op. cit.*, p. 367.

17 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. I, pp. 62 y 67-68.

18 Thureau-Dangin, *op. cit.*, pp. 83-84.

19 Thureau-Dangin, *op. cit.*, pp. 415-416.

20 Veuillot, *Rome et Lorette*, 1841, Introducción, p. 17.

21 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. IV, pp. 47-48.

22 Ver S. Charléty, *La monarchie de Juillet* (t. V de la *Histoire de France*, de Lavise, 1921), pp. 25-26 y 90-91.

23 Con Madame de Montespan.

24 Hanotaux, *op. cit.*, p. 347.

-
- 25 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. I, pp. 83-84 y 215.
- 26 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. I, p. 213.
- 27 Carta del 29 de marzo de 1831.
- 28 Circular del 13 de diciembre de 1831. Ver A. des Cilleuls, *Histoire de l'Enseignement libre dans l'ordre primaire en France*, 1898, p. 141.
- 29 Goyau, *op. cit.*, p. 567.
- 30 Lecanuet, t. I, pp. 132-133.
- 31 Lecanuet, t. I, pp. 230-231. — Goyau, *op. cit.*, p. 568.
- 32 Lecanuet, t. I, pp. 233-252. — Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. I, p. 268. — Des Cilleuls, *op. cit.*, p. 305.
- 33 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 387, 392, 446.
- 34 Del 15 de agosto de 1832.
- 35 Goyau, *op. cit.*, p. 569.
- 36 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. II, p. 355.
- 37 Goyau, *op. cit.*, p. 574.
- 38 *Archivos del Arzobispado de París*, fondo Quélen.
- 39 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. II, p. 233.
- 40 Des Cilleuls, *op. cit.*, pp. 217-218.
- 41 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. II, pp. 87 a 89.
- 42 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. II, p. 85.
- 43 Ver *Histoire générale*, t. III, p. 378.
- 44 Ver *Histoire générale*, t. III, pp. 181-182 y 378.
- 45 Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. II, pp. 85-86.
- 46 Fosseyeux, *Les Écoles de charité à Paris*, 1912, p. 134.
- 47 Hartman, *Le Frère Joseph*, p. 3.
- 48 Veuillot, *op. cit.*, p. 13.
- 49 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b7.
- 50 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b6.
- 51 Atestado del 8 de noviembre de 1830; archivos de la Casa Generalicia, dossier BE p1.
- 52 Ver *Histoire générale*, t. III, p. 478.
- 53 Archivos de la Casa Generalicia, dossier CC Fm.

54 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

55 Ver *Histoire générale*, t. IV, Índice.

56 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b6, fórmula de votos del Hermano Anaclet, firmada por su propia mano y ratificada por el Rev. Hermano Gerbaud.

57 Circular del 25 de septiembre de 1838. — Archivos de la Casa Generalicia.

58 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b6, notas biográficas sobre el Hermano Anaclet, y, especialmente, notas del Hermano Asistente Calixte.

59 Ver sobre el Hermano Éloi (Louis Lafargue) los Índices de nuestros t. III y IV.

60 Archivos de la Casa Generalicia, dossier CC Fm. — Sobre esta reedición ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 513-514.

61 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b6, circular del 13 de septiembre de 1830.

62 *Essai historique sur la Maison-Mère*, 1905, p. 182.

63 Archivos de la Casa Generalicia, dossier ID k1, carta al Hermano Carloman, director de Cayenne.

64 *Relations mortuaires*, t. I, pp. 199-200.

65 Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b7.

66 Archivos Nacionales, F17 12.461, “cuadro general de los Hermanos de las Escuelas Cristianas”, en 1830, 1832, 1833, firmado por el Hermano Philippe, en representación del Superior General.

67 Archivos Nacionales, F17 12.461.

68 *Essai historique sur la Maison-Mère*, p. 188.

69 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 378 y 390.

70 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1927, pp. 305-306.

71 Citado por A. des Cilleuls, p. 142.

72 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1924, pp. 226 a 228.

73 Ver *Histoire générale*, t. IV, 2ª parte.

74 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 343-344.

75 En 1818, la oposición de los Hermanos al método mutuo contribuyó en mucho al fracaso de sus negociaciones iniciales para recuperar la casa de Saint-Yon; el prefecto de la Seine-Inférieure comunicó al ministro del Interior que esa restitución manifestaría en su favor una “predilección demasiado clara como para no causar, en poco tiempo, la ruina del establecimiento lancasteriano”. (Carta del 20 de octubre de 1818). El ministro declaró “ser” del parecer del prefecto. (Archivos Nacionales, F17 12.456).

76 Arch. departamentales del Loiret, T, 220.

77 Bled, *Les Frères des Écoles chrétiennes à Saint-Omer*, 1906, pp. 70 a 85.

78 Archivos del distrito de Cambrai-Lille.

79 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1907, p. 13; y Arnould, *Notes et documents sur les établissements d'instruction primaire de la ville de Reims*, 1848, pp. 257 y siguientes.

80 Archivos de los Hermanos de Rodez, Histórico de la comunidad de Notre-Dame.

81 Archivos de la Casa Generalicia, dossier JF b1, copias de los registros de las deliberaciones municipales y de otros documentos lioneses.

82 Des Cilleuls, p. 143.

83 Georges de Lhomel, *Les Frères des Écoles chrétiennes à Montreuil-sur-Mer*, 1905, p. 20.

84 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1926, p. 302.

85 Archivos de los Hermanos de Hérouville, Histórico de las casas de Normandía.

86 Histórico de la casa de Cahors.

87 Archivos de los Hermanos de Toulouse, cuaderno de Saint-Sernin; y Lémandus, *Histoire des Frères de Toulouse*, 1909, pp. 295 a 300.

88 Archivos de los Hermanos de Hérouville, Histórico de Normandía y copia de los documentos relativos a las escuelas de Ruán. — *Relations mortuaires*, noticia necrológica del Hermano Calixte.

89 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 348 a 350, ordenanza del 29 de febrero de 1816.

90 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1927, pp. 305-306.

91 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1926, p. 302.

92 Des Cilleuls, p. 143.

93 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1924, p. 228.

94 Archivos del distrito de Cambrai-Lille.

95 Arnould, *op. cit.*, pp. 251 a 274. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1907, p. 13.

96 Archivos de los Hermanos de Hérouville, Histórico de Normandía. — Noticia necrológica del Hermano Calixte.

97 En Valenciennes, el Sr. Dubois-Fournier, padre de una familia muy numerosa, se dedicó, sin contar esfuerzos, a la organización de una escuela libre. “Ustedes me lo agradecerán, les decía a sus conciudadanos, por haberles conservado a los Hermanos” (Arch. del distrito de Cambrai-Lille).

98 Archivos Nacionales, F17 12.461.

99 Histórico de Normandía, carta al Sr. Huillard d'Aigneaux, antiguo alcalde de Vire. — La “Casa del Refugio”, en París (Ver *Histoire générale*, t. III, pp. 454-455), no sobrevivió al antiguo estado de cosas. Sus protectores se encontraban entre las personalidades de la Restauración. Al ocultarse, los recursos escasearon. En 1832, no quedaban más que siete jóvenes detenidos en el establecimiento. De acuerdo con los administradores, el Hermano Anaclet, ordenó a los maestros —entonces dirigidos por el Hermano Ezéchias— retirarse. Los niños fueron transferidos a [la prisión de] las Madelonnettes. (*Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1911, p. 256).

100 Ambroise Rendu, *De la Association en général et spécialement de la Association charitable des Frères des Écoles chrétiennes*, 2ª ed. 1845, p. 156.

-
- 101 Del 8 de diciembre de 1830.
- 102 Citado por A. des Cilleuls, pp. 142-143.
- 103 Bled, *op. cit.*, pp. 71 y siguientes.
- 104 Archivos departamentales de la Seine-Inférieure, T1, 40, carta del 30 de diciembre de 1833.
- 105 Histórico de Normandía.
- 106 Arch. de los Hermanos de Toulouse, cuaderno de Saint-Sernin.
- 107 Arch. de los Hermanos de Lisieux.
- 108 Carta del 22 de septiembre. *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1933, p. 231.
- 109 Archivos departamentales del Loiret T, 22º, nota al margen de una carta, con fecha del 9 de junio de 1831, por la cual el Sr. Hème, el alcalde, se manifestaba dispuesto a secundar la voluntad del prefecto.
- 110 Registro de las deliberaciones del Consejo Municipal de Orléans, sesiones del 1º de abril de 1831 y del 17 de enero de 1832.
- 111 Ver *Histoire générale*, t. IV, p. 352.
- 112 Arch. departamentales del Loiret, Orléans, IR 19 2, testamento del P. Athanase René Mérault, con fecha del 10 de agosto de 1833. El testador murió en 1835.
- 113 Registro de las deliberaciones municipales, sesiones del 26 de septiembre de 1832 y del 13 de agosto de 1833.
- 114 Des Cilleuls, pp. 432 a 435 y 440-441.
- 115 Ver *Histoire générale*, t. II, p. 522.
- 116 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1935, pp. 14-15.
- 117 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1934, p. 216.
- 118 Arch. de los Hermanos de Toulouse, Históricos de los establecimientos.
- 119 Lémandus, *op. cit.*, pp. 278 a 282.
- 120 Arch. de los Hermanos de Toulouse, Históricos de los establecimientos.
- 121 Arch. de los Hermanos de Rodez, Histórico de Albi.
- 122 Arch. de los Hermanos de Toulouse, Históricos.
- 123 Ver Castres, en el Índice de nuestro t. IV.
- 124 Arch. de los Hermanos de Rodez, Histórico de Castres, sesión del Consejo municipal del 4 de octubre de 1830.
- 125 *Ibid.*, sesión del 13 de mayo de 1832.
- 126 Arch. de los Hermanos de Brive y número del diario *Le Petit Gaillard*, con fecha del 2 de octubre de 1940.

-
- 127 *Choix de Notices nécrologiques*, 1933, t. I, pp. 12 a 14.
- 128 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1.
- 129 Ver anteriormente, p. 28.
- 130 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1. Carta del Hermano Éloi, 20 de agosto de 1831.
- 131 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1. Carta del 27 de agosto de 1831.
- 132 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1, orden del gobernador de la Guyana Francesa.
- 133 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1. Carta del 30 de enero de 1832, al Hermano Anaclet.
- 134 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1.
- 135 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1. Carta del 2 de julio de 1832.
- 136 Ver el libro de Georges Goyau, *Un "Gran Hombre": Madre Javouhey, apóstol de los Negros*, 1929; y también en la obra del canónigo Vaudon (París, 1922-1931), los trabajos y los sufrimientos de las Hermanas de la Comunidad de Saint-Paul de Chartres en nuestra colonia sudamericana.
- 137 Goyau, *op. cit.*, p. 110.
- 138 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1. Carta del 12 de octubre de 1833.
- 139 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 437-438.
- 140 Ver *Histoire générale*, t. IV, p. 496.
- 141 Arch. de la Casa Generalicia, dossier ID k1.
- 142 Carta del Hermano Anaclet al Ministro, en Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, 1902, p. 33.
- 143 *Choix de notices nécrologiques*, t. II, pp. 411-412.
- 144 *Relations mortuaires*, t. I, pp. 282 a 284, circular del 30 de enero de 1838.
- 145 Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, 1902, pp. 1 a 29.
- 146 Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, 1902, pp. 37-38 y *Choix de notices nécrologiques*, t. II, pp. 410 y siguientes. — Ver *Historire générale*, t. IV, pp. 435-436 y 497-498.
- 147 Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, 1902, p. 51.
- 148 Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, 1902, p. 52.
- 149 Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, 1902, p. 53.
- 150 Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, 1902, p. 55.
- 151 Ver *Histoire générale*, t. IV, 3ª parte, capítulo IV.
- 152 Tales son los términos de la Encíclica del Papa Pío XI, con fecha del 31 de diciembre de 1929, sobre la *Educación cristiana de la juventud*. Ver más adelante, pp. 327-328.
- 153 Segundo párrafo del artículo 17.

154 Félix Hutin, *L'Institut des Frères en Belgique*, t. II, los establecimientos de los Hermanos bajo el régimen de la libertad constitucional y bajo la ley del 23 de septiembre de 1842, Namur, 1912, pp. 15 a 18.

155 Ver *Histoire générale*, t. IV, p. 583.

156 Hutin, *L'Institut des Frères en Belgique*, t. II, p. 78.

157 Hutin, *L'Institut des Frères en Belgique*. Carta del 15 de noviembre 1830.

158 Hutin, *L'Institut des Frères en Belgique*, t. II, pp. 80 a 85. Cartas del Sr. Danheux al Hermano Superior General, 17 y 22 de diciembre de 1830.

159 Hutin, *L'Institut des Frères en Belgique*, t. II, pp. 85 a 87.

160 El cual morirá el 25 de marzo siguiente.

161 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 567 a 580.

162 Hutin, *L'Institut des Frères en Belgique*, t. II, pp. 90 a 93.

163 Canónigo Claessens, *La Belgique chrétienne*, p. 178. Citado por F. Hutin, t. II, p. 381.

164 Hutin, t. II, pp. 100 a 108 y 351 a 355.

165 Donde las clases comenzaron en marzo de 1831.

166 Ver *Histoire générale*, t. III, pp. 432 a 434.

167 Hutin, t. II, pp. 202 y siguientes.

168 *Histoire générale*, t. IV, p. 582.

169 Hutin, t. II, pp. 276 y siguientes.

170 Morirá en su querida ciudad de Lieja, el 7 de mayo de 1863.

171 Hutin, t. II, pp. 365-366 y 393.

172 Hutin, t. II, pp. 358 a 364.

173 Carta del P. T'sas, firmada también por los Sres. de Coninck, de Man y de Sécus, 21 de febrero de 1832, Hutin, t. II, pp. 411 a 413.

174 Carta del Sr. Danheux al Hermano Anaclet, 25 de febrero de 1832. Hutin, t. II, pp. 411 a 413.

175 Carta del Sr. Peyrot, pariente del obispo de Lieja, 28 de febrero de 1832. (Citada en un artículo de la *Rivista Lasalliana*, firmado por F. Clementino, nº de junio de 1937, p. 321. *Mons. C. Van Bommel, Vescovo di Liegi, grande amico dei Fratelli*). El personaje en cuestión envía 2.000 francos "para ayudar a esa santa empresa" [la extensión del Instituto en Bélgica] "más gloriosa, añade, que la, también hermosa y cristiana, de socorrer a los pobres polacos conducidos a la esclavitud".

176 Cartas del hermano Anaclet al Sr. Danheux y al Sr. T'sas, 2 de marzo de 1832. Hutin, t. II, pp. 413 a 315.

177 Ver *Histoire générale*, t. III, pp. 193 a 196.

178 Retrato fuera del texto en el t. II de la obra de F. Hutin, p. 432.

-
- 179 *Choix de Notices nécrologiques*, t. III, pp. 317 y siguientes.
- 180 Hutin, t. II, pp. 417 a 419.
- 181 Ver sobre estos dos personajes el Índice de nuestro tomo III.
- 182 Hutin, t. II, pp. 526-527.
- 183 Hutin, t. I, pp. 472 y siguientes.
- 184 Hutin, t. II, pp. 13 a 34 y t. III, pp. 17-18.
- 185 Hutin, t. II, pp. 76 y siguientes.
- 186 Arch. de la Casa Generalicia, dossier HA n11, carta del Sr. Léguÿ, concejal de la Regencia de Saint-Hubert, al Hermano Anaclet, 29 de septiembre de 1834.
- 187 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KHA n1, *Relazione delle visite annuali*. — Sobre los Hermanos Rieul y Félicissime, ver *Histoire générale*, t. IV, 3ª parte, cap. III.
- 188 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n1, carta del Hermano Rieul al Hermano Anaclet, 16 de diciembre de 1830.
- 189 “Mi visita, en vez de ser útil, habría sido más bien perjudicial”. Carta citada, del 16 de diciembre de 1830.
- 190 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n1, carta del Hermano Anaclet al Hermano Félicissime, 8 de enero de 1831.
- 191 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 528 a 533.
- 192 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n1.
- 193 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n1, misma carta.
- 194 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n9, nota sobre el final del vicariato del Hermano Rieul.
- 195 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6, carta del 16 de junio de 1832.
- 196 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.
- 197 André, *Notice sur Joseph Agnez* [el Hermano Rieul], 1902.
- 198 Archivo de la Casa de San Salvatore in Lauro.
- 199 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6, documento sin fecha.
- 200 Ver Thureau-Dangin, *op. cit.*, t. I, pp. 405 a 408.
- 201 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n9 y *Rivista Lasalliana*, nº de junio de 1936, artículo del Hno. Clementino, *Fratel Hervé-de-la-Croix*, pp. 232-233.
- 202 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de noviembre de 1907, p. 344.
- 203 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n9.
- 204 *Relations mortuaires*, t. I, circular del 5 de agosto de 1834, pp. 224 a 226.

205 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n8.

206 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n9. No poseemos informaciones más detalladas sobre la misión del Hermano Abdon. Pero parece muy cierto que, de todos modos, el Asistente del Superior General contribuyó en gran medida a esclarecer la situación, tanto ante la Santa Sede como entre los Hermanos del otro lado de los montes.

207 En 1838, los Hermanos de Bolsena perderían a su querido conde Joseph Cozza-Luzzi, al cual, la circular del 2 de abril, recomienda a las oraciones en calidad de "afiliado a nuestro Instituto".

208 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH q3, donación de un bien proveniente de María Lambruschini, hermana del Cardenal Luigi y del obispo de Orvieto, Giovanni-Battista; acta con fecha del 21 de mayo de 1833.

209 *Relations mortuaires*, circular del 1º de julio de 1846.

210 En Ripesanginesio.

211 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH s2.

212 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n1, carta citada, del 18 de junio de 1831, al Hermano Anaclet.

213 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH p1, carta del cardenal Fiorenza, administrador del *Monte dei Tetti*, 25 de agosto de 1834.

214 Inscripción que figura en la abadía, a la memoria del Cardenal Bussi; y carta en latín del arzobispo de Benevento: "*dilecto in Christo filio, Fratri Joachim*". Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH p1.

215 *Diario Romano* del 2 de septiembre de 1835, hoja conservada en los Archivos de la Casa Generalicia, dossier citado.

216 Ratificado el 19 de diciembre por la Sagrada Congregación de los Obispos y de los Regulares; una copia del acta figura en el dossier.

217 *Histoire générale*, t. IV, p. 550.

218 *Rivista Lasalliana*, nº de junio de 1937, artículo del Hno. Giovannino, *Inizi scolastici dei Fratelli in Piemonte*, p. 233. — Y *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1925, p. 209.

219 *Rivista Lasalliana*, nº de junio de 1937, artículo citado.

220 *Rivista Lasalliana*, nº de septiembre de 1934, artículo del Hno. Aquilino, *Le prime scuole serali a Torino*, p. 448; nº de junio de 1937, artículo citado, pp. 234-235.

221 *Rivista Lasalliana*, nº de junio de 1936, artículo citado, del Hno. Clementino, pp. 231 a 234. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1925, pp. 209-210.

222 *Rivista Lasalliana*, nº de septiembre de 1937, artículo del Hno. Giovannino, *L'opera dei Fratelli nelle scuole elementari di Torino*; pp. 95 a 100. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1925, pp. 211-212.

223 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6. — Cf. Lémandus, *op. cit.*, p. 321.

224 Cf. Gossot, *Essai critique sur l'enseignement primaire en France*, 1902, p. 140.

225 Daniel Halévy, *Trois Épreuves*, 1941, p. 77.

226 Que se incorporarán al texto definitivo, votado por las Cámaras.

227 El comité de distrito tiene como miembros al alcalde de la capital del distrito, el juez de paz, uno de los curas, un ministro de cada uno de los otros cultos, un miembro de la enseñanza designado por el ministro, un maestro de primaria, tres personalidades elegidas por el Consejo de Distrito, finalmente los consejeros generales domiciliados en el distrito.

228 Se puede encontrar un análisis de esa obra en el artículo del vizconde d'Avenel, *Le goût de l'instruction et son prix depuis trois siècles*, *Revue des Deux-Mondes*, nº del 15 de agosto de 1929.

229 Citado por A. des Cilleuls, p. 138.

230 Chassagnon, *op. cit.*, pp. 7 a 10.

231 Ver el libro del canónigo Adrien Garnier, *L'Église et l'Éducation du peuple*, 1933.

232 Citado por A. des Cilleuls, p. 141.

233 Citado por A. des Cilleuls, pp. 137-138.

234 Citado por A. des Cilleuls, p. 603.

235 Citado por Thureau-Dangin, II, p. 338.

236 Citado por Thureau-Dangin, II, pp. 336 a 338.

237 Ley del 28 de junio de 1833, título I, artículo 2.

238 *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, 1860, t. III, pp. 67-68.

239 Del título IV.

240 Thureau-Dangin, II, pp. 337-338.

241 *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, 1860, t. III, p. 67.

242 Exposición de los motivos del proyecto de ley, 2 de enero de 1833.

243 Gossot, *op. cit.*, pp. 88 a 90.

244 Gossot, *op. cit.*, pp. 88 a 90.

245 Hanotaux, *Histoire politique de la Nation française*, volumen III, 1929, p. 385.

246 Título I, artículo 1º.

247 Exposición de motivos, 2 de enero de 1833.

248 Ejemplar conservado en los Archivos de la Seine-Inférieure, T I-2.

249 Circular del 15 de noviembre de 1833.

250 Exposición de los motivos, 2 de enero de 1833.

251 Ver *Histoire générale*, t. III, pp. 378 y 451.

252 Gossot, p. 110. — Los dossiers de los Archivos de la Seine-Inférieure serie T, XI, contienen las observaciones, y las quejas, sobre ese particular, del Hermano Calixte, director de la escuela normal de Ruán.

253 Arch. departamentales, del Loiret, T, 209.

254 Citado por Gossot, p. 103. — Cf. Guizot, *Mémoires*, pp. 344 a 351.

255 Guizot, *Mémoires*. El moralista hace recaer sobre su antiguo colaborador, Sr. de Rémusat, el honor de estos consejos.

256 Eugenio Rendu, *M. Ambroise Rendu et l'Université de France*, 1861, p. 126.

257 Arch. de la Seine-Inférieure, T I-2.

258 En 1829, solamente el 45 % de los reclutas saben leer; se contará el 64 % veinte años más tarde. (S. Charléty, *La Monarchie de Juillet*, t. V de la *Histoire de France*, de E. Lavissee, p. 220).

259 Ver *Histoire générale* t. IV, pp. 397 a 399.

260 Arch. departamentales del Loiret, T, 210.

261 A. des Cilleuls, p. 363.

262 Circular a los rectores, 20 de junio de 1831, Arch. departamentales del Loiret, T, 210.

263 Carta del 23 de junio de 1831 al rector de la Academia de Orleáns. Arch. dep. del Loiret, T, 210.

264 Título de capacitación entregado, en Besançon, el 4 de diciembre de 1832, al señor Jean-Constant Lucas, Hermano de las Escuelas Cristianas, y presentado por él en la Academia de Orleáns (Mismo archivo, Orleáns, IR 19-2).

265 Citado por Ambroise Rendu, 2ª edic. de su obra, 1845, p. 139.

266 Decisión del 24 de abril de 1832; carta del ministro al rector de la Academia de Ruán, 1º de junio de 1832 (Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 40); y Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b6, carta del inspector general Rousselle al Hermano Anaclét, 5 de junio 1832.

267 Gossot, pp. 145-146.

268 Arch. Nacionales, F17 12.455, carta del Superior General al ministro de la Instrucción pública, 11 de julio de 1833.

269 Arch. Nacionales, F17 12.455, respuesta del ministro, 25 de julio de 1833.

270 Arch. Nacionales, F17 12.455, carta del Hermano Anaclét al ministro, 5 de agosto de 1833.

271 Decisión del 19 de julio de 1833. Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

272 Arch. Nacionales, F17 12.455, decisión del Consejo Real de la Instrucción Pública, 3 de septiembre de 1833. Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

273 Ver A. des Cilleuls, pp. 376-377.

274 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

275 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

276 Arch. departamentales del Loiret, Orleáns, IR 19-2, fórmula de institución del señor Jean-Louis Chatelain, llamado Hermano Odillard, y que lleva las firmas de Guizot, Gran Maestro de la Universidad, de Ambroise Rendu, canciller del Consejo Real de la Instrucción Pública, y de Orfila, secretario de dicho Consejo (30 de septiembre de 1834).

277 Arch. Nacionales, F17 12.455, carta del Hermano Anaclét al ministro de la Instrucción Pública, 11 de julio de 1833 y respuesta del ministro, 25 de julio.

278 Arch. Nacionales, F17 12.459.

279 Arch. Nacionales, F17 12.455 y Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6, decisión del 3 de septiembre de 1833.

280 Arch. Nacionales, F17 12.459.

281 Arch. Nacionales, F17 12.459, carta del ministro al rector de Douai, 16 de mayo de 1834.

282 Arch. Nacionales, F17 12.459, carta del ministro de la Instrucción Pública al presidente del Consejo, ministro de la Guerra, 19 de mayo de 1834.

283 A. des Cilleuls, pp. 380 a 383.

284 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

285 En el informe indicado más adelante, el Superior General proporcionó algunos ejemplos: sobre los 1.400 alumnos de una gran ciudad, tan sólo 200 son declarados aptos para pagar la retribución; en otros lugares, la cantidad desciende a 60 sobre 2.000.

286 Dossier BE b6, sin fecha indicada; el documento está firmado por el Hermano Anaclét.

287 *Messagero delle Scuole cristiane*, nº de octubre-diciembre de 1931, pp. 130-131; y Hutin, t. II, p. 313. No obstante, el Superior General quiere que se proceda, en esa materia, con discreción. En Bélgica, los miembros de la "Asociación para el mantenimiento de las escuelas cristianas establecidas en Nivelles" habían pensado en colectas en las familias. El Hermano Anaclét les hará saber que tales colectas "no pueden compaginarse con la gratuidad", tal y como ha sido "constantemente entendida" en el Instituto. "En efecto, sucede necesariamente que algunas personas cuyos niños acuden a las escuelas de los Hermanos no se atreven a negar su ofrenda, por temor de ser notados, o por cualquier otro motivo. Desde ese momento, dicha ofrenda ya no es perfectamente libre, puesto que es entregada en consideración de las lecciones que los alumnos reciben". Por lo tanto conviene remplazar la colecta domiciliaria por un sistema de suscripciones depositadas en manos de uno de los varios tesoreros. (Carta del 29 de enero de 1838, en Hutin, II, pp. 537-538).

288 Lorain, *op. cit.*, p. 83.

289 Carta el 10 de enero de 1834: el Hermano Abdon se encontraba entonces en Italia. Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

290 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1927, p. 114.

291 *Messagero*, nº de octubre-diciembre de 1931, pp. 131-132.

292 Ver anteriormente capítulo I.

293 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

294 Bled, *Les Frères des Écoles chrétiennes à Saint-Omer*, 1906, p. 91.

295 Archivos departamentales del Loiret, Orleáns IR 20.

296 Este problema de la enseñanza gratuita, en el fondo tan importante, no se planteó únicamente en Francia: la municipalidad de Turín, percibía en sus escuelas, una tasa anual de 3 liras, llamada "minerval"; al principio negó a los Hermanos su supresión. A fuerza de insistencias, los Lasalianos salieron vencedores en 1835. (*Rivista Lasalliana*, nº de septiembre de 1937, p. 102).

297 Lorain, *op. cit.*, p. 79.

298 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

299 Lorain, *op. cit.*, p. 79.

300 Lorain llama así al "Hermano del temporal" que, a veces, no renovaba sus votos y era conocido en el Instituto con el nombre de "novicio empleado".

301 Lorain, *op. cit.*, pp. 80-81.

302 En una carta del 30 de octubre de 1836, fechada en Monceau, Lamartine acepta volver a intervenir a propósito del Instituto Lasaliano. Su lenguaje denota cierta prevención: "No tienes más que enviarme un informe *sincero* y bien presentado sobre la cuestión de los Hermanos, le escribe a su amigo, el conde de Virieu. Yo me encargo en la tribuna y en el despacho, ...con una condición, y es que no pidan más que lo que nos debemos los unos a los otros en materia de enseñanza religiosa y civil, la libertad y sólo la libertad. Es la forma humana de la tolerancia divina. Si como los seminarios menores y como los fabricantes de azúcar indígena, solicitan no solamente la libertad de enseñar y de educar al pueblo en sus ideas corporativas e individuales, sino también privilegios reales y excepcionales, tales como que la igualdad, sin la cual la libertad no es más que una palabra vana, sea efectivamente violada, yo no estoy por la labor. Quiero la libertad y la igualdad intelectuales absolutas para mí y contra mí. No quiero poner un pensamiento en lugar del pensamiento desconocido de Dios... *Ecce dixi*". Nos parece percibir bajo esas frases grandilocuentes el futuro autor de los *Girondins*. No obstante, el 10 de marzo de 1837, añade que "cuidará" la reclamación de Virieu en favor de los Hermanos. Pero no la cree *legalmente* fundamentada.

303 *Mémoires*, de Guizot, t. III, p. 79.

304 Guizot, *op. cit.*, pp. 79-80. — *Essai historique sur la Maison-Mère*, pp. 188-189. — Ravelet, *Saint Jean-Baptiste de La Salle*, ed. de 1933, pp. 450-451. Sin embargo, veremos, que bajo el Segundo Imperio, el Hermano Alphonse, ilustre director de las Escuelas Cristianas de Burdeos, pudo aceptar la cinta roja.

305 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

306 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6. Carta del Inspector general Rousselle al Hermano Anaclet, 18 de julio de 1832.

307 Histórico de la casa de Lisieux.

308 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1926, p. 302.

309 Lémandus, p. 295.

310 Thureau-Dangin, II, p. 341.

311 Arnould, pp. 284 a 297 y 304 a 315. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1907, p. 12.

312 Arch. Nacionales, F17 12.455, carta del Ministro de la Instrucción Pública al alcalde de Saint-Denis, 17 de junio de 1833.

313 Thureau-Dangin, II, p. 341.

314 Arch. Nacionales, F17 12.452.

315 Ver A. Garnier, *L'Église et l'Éducation du peuple*, París, 1933, p. 66.

316 Un segundo documento, del mismo dossier, menciona a los Hermanos de San José, creados para los municipios rurales de la Somme, y a los Hermanos de la Cruz en los departamentos de Oise, Eure, Seine-et-Oise, Eure-et-Loir, y de Seine-et-Marne. Los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Nancy, autorizados mediante la ordenanza del 17 de julio de 1822, habrían dejado de enseñar después de 1830.

No se alude ni a los Clérigos de San Viator, fundados en Vourles (Rhône) por el Padre Guerbes, en 1829, ni a los Hermanos del Sagrado Corazón, del P. Coindre, a pesar de estar aprobados desde 1825, ni a los Hermanos de la Sagrada Familia, de Gabriel de Tabourín, ni a los Hermanos de la Cruz de Jesús, que deben su origen al Sr. Bochard. (Ver Guibert, *Saint Jean-Baptiste de La Salle*, pp. 665 a 669).

317 Victor Cousin, *De l'Intruction publique en Hollande*, París, 1837, pp. 68 y siguientes. Citado por Chevalier, pp. XXXIII a XXXVI.

318 Desarrollamos aquí el texto de Cousin pero sin ir más allá de su argumentación.

319 Arch. departamentales del Loiret, T, 220, ejemplar de esa circular impresa.

320 Registro de las deliberaciones del Consejo Municipal de Orleáns, sesión del 19 de enero de 1831: de acuerdo con el prefecto Sr. de Riccé, el alcalde obtuvo para la escuela normal primaria (dirigida por un lancasteriano) una asignación de 1.200 francos. Permitirá crear dos medias becas de alumnos y también acoger gratuitamente un mayor número de niños en los bancos de la escuela mutua elemental.

321 Ver anteriormente, pp. 31 a 34.

322 Citado por Ambroise Rendu, edición de 1845, p. 217.

323 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6, carta del 3 de enero de 1831.

324 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T 1, 40, carta del Hermano Calixte al barón Dupont-Delporte, prefecto del departamento, 17 de octubre del 1831.

325 *Messagero*, nº de enero-febrero de 1932, p. 7.

326 Ver Ravelet, edición 1933, p. 345.

327 Lorain, p. 321.

328 Lorain, p. 320.

329 Lorain, p. 320.

330 Lorain, p. 321.

331 Lorain, p. 321.

332 Vizconde d'Avenel, artículo citado, p. 844.

333 Lorain, p. 82. — Podemos quedar sorprendidos que después de estas confesiones, y las páginas, donde se expresa una simpatía de buena ley, el encuestador da por supuesto un cercano futuro en el que "las escuelas normales proporcionarán maestros más hábiles que los Hermanos". Pero las razones que alega son de tipo completamente subjetivo. En ellas, el funcionario se deja ver

mucho más que el pedagogo. Se alegra pensando que los normalistas, alumnos en un establecimiento departamental, reservarán a sus ciudadanos “los frutos de sus estudios”; “hijos del país, serán en él mejor conocidos y más estables” que los de las congregaciones; se someterán sin apremio a las exigencias de la ley: tratarán de complacer a los magistrados municipales de los cuales puede depender su futuro; no conocerán más jefes que sus superiores [civiles]; cuando el municipio crea contar con sus servicios, no se los verá de repente llamados por cartas de obediencia (Lorain, p. 85). Lorain se hace aquí eco de las quejas administrativas a propósito de los cambios de los maestros considerados inoportunos y demasiado frecuentes.

334 Registro de las deliberaciones, sesión del 2 de septiembre de 1834.

335 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6, notas del Hermano Calixte. Ver también *Essai sur la Maison-Mère*, p. 188.

336 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

337 Arch. de la Seine-Inférieure, T, I, 2.

338 Lorain, *op. cit.*, cuadro general de las casas del Instituto en Francia, pp. 87 y siguientes. — En Douai, la admirable obra del Sr. Deforest de Lewarde —gran bienhechor de la ciudad, un “san Vicente de Paúl laico”— conserva todo su valor original: sus administradores continúan siguiendo a los antiguos alumnos más allá de los años escolares y preparando su futuro profesional. El fundador morirá en enero de 1838. (Arch. del Distrito de Cambrai-Lille).

339 Lémandus, pp. 319-320.

340 Noticia necrológica del Hermano Calixte, p. 181.

341 Lémandus, pp. 319-320.

342 Registro de las deliberaciones, sesión del 27 de junio de 1834.

343 Arch. departamentales del Loiret, Orleáns I R 19 2. Petición de los Hermanos, 22 de abril de 1835. — El Padre Mérault de Bizy, que morirá el 13 de junio siguiente, añade con una escritura temblorosa, insegura: “Estoy vivamente interesado en una obra tan hermosa de la cual uno se siente feliz de enriquecerse [¿?] al final de su vida”.

344 Arch. departamentales del Loiret, Orleáns I R 19 2, y registro de las deliberaciones del Consejo Municipal, sesión del 1º de marzo de 1836. — Anteriormente, la ciudad ha otorgado una asignación al Sr. Salmon, profesor civil, destinado desde el 1º de octubre de 1835 a la clase de adultos, para enseñar el dibujo y la arquitectura.

345 Arch. departamentales del Loiret, Orleáns I R 19 2, carta del Hermano Euloge al alcalde de Orleáns, 13 de marzo de 1838.

346 Hutin, t. III, p. 104. — Los “cursos nocturnos” se multiplicarán bajo el generalato del Hermano Philippe, particularmente en la región industrial del norte, en Saint-Omer, Arras, Valenciennes, Roubaix, Calais, Amiens (Histórico del distrito de Saint-Omer).

347 Arnould, p. 233.

348 Arch. departamentales del Loiret, Orleáns I R 19 2, carta del alcalde al rector de la Academia, 15 de octubre de 1832.

349 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, I, 40.

350 Comprende entre sus miembros al prefecto del Loiret, al alcalde de la ciudad, el cura de la catedral, otro eclesiástico, dos pastores protestantes, algunos ricos de Orleáns conocidos por sus gustos intelectuales. (Arch. departamentales del Loiret, T, 220).

351 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 186. — *Rivista Lasalliana*, nº de marzo de 1938, artículo del Hno. Giovannino: *il sistema metrico decimale e i Fratelli*. El autor muestra el papel primordial que desempeñaron los Lasalianos en la introducción del sistema métrico en el Piamonte. — El Hermano Rieul emprendió en Roma, la refundición de los viejos manuales de aritmética; pasó luego la tarea al Hermano Félicissime, que no se preocupó mucho de culminar el trabajo. La publicación, en 1833, vino a sacar de problemas al director de Trinità dei Monti. Por otra parte, sabemos que el Hermano Rieul fue el responsable de la traducción de las obras de la Congregación, para Italia. (Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n1).

352 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 186.

353 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.

354 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.

355 Sobre estos dos religiosos, ver el Índice de nuestro tomo IV.

356 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm. — Cf. Lémandus, p. 318.

357 Oración del Oficio de san Juan Bautista de La Salle.

358 Sobre esa edición ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 513-514.

359 *Choix de notices*, 1ª serie, p. 230.

360 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.

361 Edición 1838, pp. III – IV.

362 Prefacio, p. II

363 Prefacio, p. III

364 Lámina fuera de texto de la edición de 1838, exacta reproducción del dibujo de 1828. El maestro no dispone de ningún pupitre.

365 Edición 1838, p. 13.

366 Edición 1838, 1ª parte, cap. V, X, XI, XII.

367 Edición 1838, 1ª parte, cap. XIII.

368 Edición 1838, cap. XV.

369 Edición 1838, 2ª parte, cap. VII.

370 Pero ya no se alude a aquellos vigilantes secretos que, antiguamente, contaban al maestro los hechos y hazañas de los vigilantes encargados. Ese sistema de espionaje, vestigio de una época poco exigente sobre la elección de los medios, había provocado la justa crítica de Ambroise Rendu en su *Ensayo sobre la Instrucción Pública*, de 1819.

371 El Capítulo de 1787 había prohibido los castigos corporales. A pesar de esa prohibición, muchos maestros los seguían creyendo necesarios. En 1834, durante una visita a Toulouse, el Hermano Asistente Abdon da la orden de “disminuir su número” y “moderar su rigor”. (Lémandus, pp. 337-338).

-
- 372 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 272-273.
- 373 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 503 a 505.
- 374 Gossot, pp. 85 a 92.
- 375 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 40.
- 376 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 40.
- 377 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 40.
- 378 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 40, informe del Hermano Calixte para 1833 – 1834.
- 379 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 40, informe para 1834 – 1835, aprobado por la Comisión de supervisión y por el Inspector de Academia, que se declaran satisfechos con los resultados obtenidos.
- 380 Arch. de la Casa de Hérouville, Histórico de Normandía, t. II.
- 381 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 40, informe del 6 de septiembre de 1836.
- 382 Nacido en Limoux (Aude) el 28 de agosto de 1800 (Archivos citados, cuadro del personal, 12 de septiembre de 1837).
- 383 Noticia necrológica del Hermano Calixte.
- 384 Informe de 1836.
- 385 Informe del 6 de septiembre de 1837.
- 386 Cuadro del personal de la escuela, 12 de septiembre de 1837.
- 387 Noticia necrológica del Hermano Calixte.
- 388 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 3, 40.
- 389 Ver *Histoire générale*, t. I, pp. 233 a 237 y 248 a 253.
- 390 Hutin, *op. cit.*, II, pp. 14-15.
- 391 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1910, pp. 100-101.
- 392 Hutin, pp. 128 a 132.
- 393 Lémandus, p. 319.
- 394 Lémandus, pp. 319-320.
- 395 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.
- 396 Volvemos a retomar aquí algunas consideraciones importantes, desarrolladas en nuestros tomos I y IV.
- 397 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm. — *Essai sur la Maison-Mère*, p. 182 y *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1910, p. 239.

398 Lémandus, p. 319. — El noviciado menor de Aviñón contó, en sus comienzos con 30 alumnos; el noviciado menor de Lyon tuvo 15. (Archivos Nacionales, F17 12.462, situación del Instituto en 1837).

399 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, artículo citado, pp. 240-241.

400 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, artículo citado, p. 245. Al Hermano Pierre-Célestin se debe un hermoso plano de la Casa del Arrabal Saint-Martin, reproducido en el *Essai sur la Maison-Mère*.

401 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1910, pp. 327-328. — *Essai sur la Maison-Mère*, p. 183. — La cifra de 77 novicios menores figura en un cuadro del Instituto en 1837 (Arch. nacionales, F17 12.462). El *Bulletin* citado habla de 121 personas. Pero eso es el total de la población escolar para los tres noviciados menores existentes en aquel momento.

402 Ver *Histoire générale*, t. IV, p. 470.

403 S. Charléty, *La Monarchie de Juillet*, p. 219.

404 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 506 a 511.

405 Chevalier, p. 583.

406 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 549 a 562.

407 Ver sobre el Hermano Paul-de-Jésus el Índice de nuestros tomos III y IV.

408 *Relations mortuaires*, t. III, pp. 400 a 408, noticia necrológica del Hermano Théotique.

409 Arch. del pensionado de Béziers, Histórico del establecimiento.

410 Noticia necrológica.

411 Histórico citado. — Se contarán un centenar de alumnos en 1834. (*Bulletin des Écoles chrétiennes*. nº de enero de 1932, p. 28).

412 Archivos de la Casa Generalicia, dossier JE j1 (Béziers).

413 Archivos de la Casa Generalicia, dossier JE j1, carta del Hermano Leufroy al Sr. Victor Bessin, presidente del Comité superior de la circunscripción de Béziers, 30 de agosto de 1836.

414 Archivos de la Casa Generalicia, dossier JE j1.

415 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1932, pp. 29-30.

416 Archivos de la Casa Generalicia, dossier JE j1, carta firmada por los tres Hermanos, el 24 de noviembre de 1836.

417 Archivos de la Casa Generalicia, dossier JE j1, prospecto de 1836.

418 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1932, p. 32.

419 Archivos de la Casa Generalicia, dossier JE j1.

420 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 187.

421 Pensionado de Passy, álbum del año Jubilar 1838-1839, París-Tournai, 1939, pp. 20 a 22. — Entre la fundación de Béziers y los orígenes de Passy se ubica la creación, entonces efímera, de un medio pensionado en Reims. La antigua Francia había conocido un establecimiento del mismo tipo en la ciudad de san Juan Bautista de La Salle; los medios cristianos y los Hermanos deseaban

resucitarlo. Algunas clases se abrieron el 1º de octubre de 1831. El comité de enseñanza primaria de la circunscripción quiso impedirlos. Montalivet pareció poco dispuesto a confirmar esa medida arbitraria. Pero surgieron quejas por parte de los maestros laicos; los Lasalianos, según esas personas, “confiscaban en provecho suyo la libertad de enseñanza prometido por la Constitución”. El Consejo Municipal intervino, negó a los Hermanos el derecho de mantener su ensayo en un local perteneciente a la ciudad. A pesar de la petición de los padres de familia y de las gestiones del Hermano Director Andoche, hubo que cerrar el medio pensionado en 1832. (Archivos nacionales, F17, 12.461; Arnould, pp. 234 a 250. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1907, p. 13)

422 Thureau-Dangin, *op. cit.*, p. 400.

423 Thureau-Dangin, *op. cit.*, pp. 332-333.

424 Carta del 26 de agosto de 1839, citada por Thureau-Dangin, III., p. 403.

425 Thureau-Dangin, III, pp. 405-406.

426 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1939, pp. 60-61.

427 Thureau-Dangin, III, pp. 400-401.

428 Thureau-Dangin, III, pp. 413-414.

429 Thureau-Dangin, III, p. 411.

430 Thureau-Dangin, III, pp. 443-444.

431 Thureau-Dangin, III, pp. 443-444.

432 Thureau-Dangin, III, p. 450.

433 Thureau-Dangin, III, pp. 415 a 424.

434 Thureau-Dangin, III, p. 425.

435 Citado por A. des Cilleuls, p. 698.

436 Cuadro de las Escuelas Cristianas de París, 1º de enero de 1837: *Choix de notices*, t. II, p. 24.

437 *Histoire générale*, t. IV, pp. 130 a 137, 143 a 151.

438 Des Cilleuls, pp. 431-432.

439 Fosseyeux, *op. cit.*, p. 140.

440 Respuesta de Guizot al Comité del Interior, 9 de marzo de 1837, en A. des Cilleuls, p. 439.

441 Arnould, pp. 319 y 338.

442 Arch. de la casa de Hérouville, histórico manuscrito.

443 Registro de las deliberaciones del Consejo municipal de Orleáns, sesiones del 7 y 23 de junio de 1836. La capilla de los Hermanos, bendecida el 8 de noviembre de 1838, recibió, el año siguiente, las reliquias del mártir san Bonose, cuyo nombre será el del establecimiento. Ver el folleto de Henri Turba, *L'École Saint-Bonose*, Orleáns, 1937.

444 Artícuo de I. de Cicé, en el periódico de Nantes *La famille catholique*, nº de junio de 1839.

-
- 445 Arch. de los Hermanos de Lisieux, histórico del establecimiento.
- 446 *Choix de notices*, t. II, pp. 17 a 21.
- 447 Lhomel, *Les Frères à Montreuil-sur-Mer*, pp. 28 a 30.
- 448 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1930, p. 326.
- 449 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1937, pp. 44-45.
- 450 Arch. de los distritos de Saint-Omer y de Cambrai-Lille.
- 451 Arch. de la Casa Generalicia, dossier JF b1.
- 452 Arch. de la Casa Generalicia, dossier JF b1, carta del 15 de agosto de 1835 al alcalde y a los consejeros municipales.
- 453 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 170 y *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1931, p. 118.
- 454 Arch. de la Casa Generalicia, dossier JF b1.
- 455 Junio de 1836.
- 456 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 170.
- 457 Arch. de la Casa Generalicia, dossier JFb1.
- 458 *Essai sur la Maison-Mère*.
- 459 Arch. de la Casa Generalicia, dossier JF b1, "cuadro con el número de niños que acuden a las escuelas cristianas en la ciudad de Lyon"
- 460 Arch. de los Hermanos de Clermont-Ferrand, histórico de los establecimientos.
- 461 Arch. del distrito de Rodez, histórico.
- 462 Arch. del distrito de Rodez, dossier de Millau; y *Annales de Millau*, por Jules Artières, Millau, 1899, pp. 280-281.
- 463 Arch. del distrito de Rodez, histórico de Castres.
- 464 Arch. del distrito de Toulouse, histórico de Cahors.
- 465 Lémandus, pp. 298-299.
- 466 Hutin, II, pp. 27-28.
- 467 Hutin, III, pp. 98 a 103.
- 468 Hutin, II, p. 419.
- 469 Hutin, II, p. 529.
- 470 Hutin, II, pp. 127-128.
- 471 Hutin, III, pp. 131 a 138.
- 472 Hutin, II, pp. 366 a 369 y 385.

473 Hutin, III, pp. 42 a 45.

474 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.

475 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n1.

476 *Relations mortuaires*, t. I, circular del 2 de abril de 1838.

477 Arch. de la Casa Generalicia, dossier KH n4. — Documento sin fecha.

478 Ver sobre el Hermano Pio di Santa Maria, *Histoire générale*, t. IV. pp. 536-537 y anteriormente aquí, p. 69.

479 El Hermano Chrysologe, desempeñó, en ese momento, la función de procurador general del Instituto ante la Santa Sede. (Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm).

480 Todos los documentos citados, con relación a los Hermanos del Estado Pontificio, han sido extraídos de los Archivos de la Casa Generalicia, dossiers KH n4, n9, n10, p1, BE B6. Comprenden principalmente preciosas indicaciones, de mano del Hermano Philippe, sobre el asunto del Hermano Pio, informes relativos al orfanato de las Termas (ver también, sobre el particular, el *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1911, pp. 99-100), la correspondencia del Hermano Anaclet durante la intervención de Mons. de Quélen, los decretos de la Sagrada Congregación de los Obispos y de los Regulares, en una palabra todo lo que permite dilucidar un conjunto de hechos preocupantes. Se encuentra también, en el dossier KH n9, copia de un documento referente a las Damas del Sagrado Corazón y de la comunidad lasaliana de Notre-Dame des Monts: se trata de una "declaración" del 10 de mayo de 1836, convalidando el acuerdo entre el embajador de Francia, marqués de Latour-Maubourg, el cardenal Luigi Lambruschini, prefecto de la Congregación de Estudios, y el cardenal Pedicini, protector de las religiosas de la Trinità dei Monti; éstas se comprometen a pagar el atraso que debían a los Hermanos franceses y a entregarles en adelante cien escudos cada mes. (Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 539 a 546).

481 De todos modos, nos sorprende, no ver figurar el nombre del cardenal Fesch en las *Relations mortuaires* donde están inscritos los bienhechores difuntos. El artífice de la restauración lasaliana no podía ser olvidado en el arrabal Saint-Martin, donde se conservaba, según parece, el retrato actualmente expuesto en la Casa Generalicia.

482 Carta de Maria Luisa a la Sra. de Crenneville, 12 de septiembre de 1833, citada por Octave Aubry, *La Traición de María Luisa*, París, 1933.

483 Aubry, pp. 108 a 111.

484 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1934, pp. 16 a 18. — *Rivista lasalliana*, nº de junio de 1936. *Carteggio inedito relativo all'azione scolastica dei Fratelli negli Stati della duchessa Maria-Luigia di Parma* (documentos publicados por el Hermano Goffredo), pp. 268 a 287.

485 *Rivista lasalliana*, nº de marzo de 1938, artículo del Hermano Clementino, *Cento anni di attività lasalliana nel Canada*, pp. 107-108.

486 Ver Goyau, *Une Épopée mystique, les Origines religieuses du Canada*, París, 1924, pp. 206 a 209, 211 a 213, 219 a 223.

487 Artículo del Hermano Marie-Victorin, p. 34, en el volumen publicado en Montréal, en 1937, con motivo del centenario del Instituto en Canadá, bajo el título *L'Oeuvre d'un Siècle*.

488 *Rivista lasalliana*, nº de marzo de 1938, artículo citado.

489 Ver *Histoire du Canada*, de François-Xavier Garneau (5ª edición publicada por su nieto Hector Garneau, bajo los auspicios del Comité France-Amérique, 2 vol., 1913 y 1920).

490 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 429 a 433.

491 Goyau, *op. cit.*, pp. 124 a 135, 147 a 168.

492 *Rivista lasalliana*, nº de marzo de 1938, artículo citado. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1938, p. 142. — En 1846, el P. Quiblier será nombrado párroco en Londres; morirá en 1852, en el Seminario de Issy-les-Moulineaux de París.

493 *L'Oeuvre d'un siècle*, carta citada en el artículo del Hermano Barthélemy, pp. 55-56. Cf. *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1938, p. 142.

494 *L'Oeuvre d'un siècle*, artículo citado, p. 56.

495 *L'Oeuvre d'un siècle*, pp. 56-57. Cf. *Rivista lasalliana*, nº de marzo de 1938, pp. 111-112.

496 *L'Oeuvre d'un siècle*, pp. 34, 57, 62 a 69, 75. *Rivista lasalliana*, nº de marzo de 1938, pp. 112 a 114. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1910, p. 292; nº de abril de 1911, pp. 123-124; nº de julio de 1928, p. 235; nº de abril de 1938, pp. 142-143.

497 Ver principalmente la circular del 17 de abril de 1819, *Histoire générale*, IV, pp. 425-426.

498 J. Guivert, *Histoire de Saint Jean-Baptiste de La Salle*, 1901, enumeración y análisis de las fuentes, pp. 693-694.

499 Lémandus, p. 319.

500 Guibert, *op.cit.*, p. 694.

501 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BEb6.

502 Ver *Histoire générale*, IV, p. 60.

503 Pariente del conde de Chaptal, colaborador del periódico *Le Conservateur*, bajo la Restauración, inspector general de los estudios, durante el ministerio de Mons. Frayssinous, el P. Fayet llegará a ser párroco de Saint-Roch, en París, de 1841 a 1843, luego obispo de Orleáns desde 1843 hasta su muerte, en 1849.

504 Noticia necrológica del Hermano Calixte; folleto de 1913 sobre el Pensionado de Ruán; y *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1935, pp. 109 a 112.

505 Lémandus, p. 323.

506 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 186. — Y Arch. de la Casa Generalicia, dossier BEb6, notas del Hermano Calixte.

507 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 186. — Y Arch. de la Casa Generalicia, dossier BEb6, notas del Hermano Calixte.

508 Arch. Nacionales F17 12.461, carta del Hermano Anaclet al Ministro de la Instrucción Pública, 1º de abril de 1837.

509 Arch. Nacionales F17 12.461, carta del Hermano Anaclet al Ministro de la Instrucción Pública, 25 de agosto de 1837. Sobre los 260 jóvenes "50, como mucho, pagan sus gastos [400 francos de pensión anual]; 45 pagan 300 francos, lo cual supone un déficit de 4.500 francos. Los otros 165 no aportan más de 150 francos, alguno que otro", es decir un déficit global de 45.750 francos. El ministro asigna 10.000 francos sobre los fondos presupuestarios de 1838, con miras a sufragar las cargas de los noviciados. (Carta del 26 de septiembre de 1837, al Superior General).

510 Ambroise Rendu, *op. cit.*, p. 155. — El documento de 1834 (citado anteriormente, p. 121) daba cuenta de 374 novicios. Pero, fuera de las casas principales, ciertas comunidades preparaban a algunos jóvenes para la vida religiosa y la enseñanza.

511 Chevalier, p. 584; A. des Cilleuls, p. 697

512 Ambroise Rendu, p. 139. — El autor suministra el detalle siguiente: 119.906 niños de las escuelas, 260 aprendices, 4.330 adultos, 220 pensionistas, 43 normalistas.

513 Ambroise Rendu, p. 139.

514 Lémandus, p. 321.

515 El 6 de marzo de 1821, el príncipe de Croÿ, entonces obispo de Estrasburgo, escribió al ministro del Interior: "Pensaba proponerme solicitar para mi diócesis Hermanos de las Escuelas Cristianas...: pero me han hecho la justa observación de que al no conocer el alemán, que es aún la lengua del pueblo en este país, y al no poder ir menos de tres, dichos Hermanos no podrían ser empleados". (Arch. Nacionales F17 12.456). Fue para responder a los deseos del prelado por lo que se creó la asociación de los "Hermanos de la Doctrina Cristiana de la diócesis de Estrasburgo", más tarde reunidos con los Hermanos de María. (Ver anteriormente p. 120)

516 Lémandus, p. 321.

517 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.

518 Rescripto del 21 de abril de 1837, Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.

519 Arch. de la Casa Generalicia, dossier CCFm.

520 Primero del mismo nombre: no hay que confundirlo con Agustín Béranger, el gran apóstol de la isla Borbón.

521 Ver sobre el Hermano Philippe-Joseph los Índices de nuestros tomos III y IV.

522 *Relations mortuaires*, t. I, pp. 261-262.

523 *Relations mortuaires*, t. I, p. 175.

524 *Relations mortuaires*, t. I, p. 182.

525 *Relations mortuaires*, t. I, circular del 24 de marzo de 1836.

526 *Relations mortuaires*, t. I, pp. 275 a 280.

527 *Relations mortuaires*, t. I, pp. 241 a 243.

528 *Relations mortuaires*, t. I, p. 205. Circular del 4 de marzo de 1833. Ver, sobre el Hermano Boniface, el Índice de nuestros tomos III y IV.

529 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6. En el sello de la carta se lee: "Italia, por el puente de Beauvoisin".

530 Arch. de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

531 Reproducida en la contraportada del presente volumen.

532 Taine, *Les Origines de la France contemporaine. Régime moderne*, t. II, p. 107 (ed. de 1894).

533 Sobre el Hermano Laure ver el *Índice* de nuestros tomos III y IV.

534 Poujoulat, *Vie du Frère Philippe*, 1874, p. 89. — Se publicó otra biografía, en 1913, por Paul Escard. Nos permitimos remitir también a nuestro pequeño volumen: *Un grand éducateur apostolique, le Frère Philippe*, París, 1932, del cual, por supuesto, tomamos prestados más de un párrafo.

535 No se podría comprender ni juzgar la ley de 1850 sin estudiar atentamente sus lejanos preludios. En una obra dedicada a la historia de la enseñanza cristiana, no pensamos, pues, tener que excusarnos por páginas que, a primera vista, podrían parecer ajenas a la obra.

536 Thureau-Dangin, t. V. p. 465.

537 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 153-154.

538 Ver *Histoire générale*, t. IV, p. 412.

539 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 163-164.

540 Goyau, *op. cit.*, p. 576

541 Título del folleto publicado en 1843.

542 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 169 a 171. — Goyau, p. 577.

543 Lecanuet, *op. cit.*, II. p. 574.

544 Goyau, p. 578.

545 Como, por ejemplo, el Colegio Stanislas, de París.

546 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 178 a 192.

547 Thureau-Dangin, t. V. pp. 536-537.

548 Thureau-Dangin, t. V. p. 545.

549 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 193 a 216.

550 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 217 a 245.

551 Baunard, *Un siècle de l'Église de France*, París, 1901, p. 155.

552 Baunard, *Un siècle de l'Église de France*, París, 1901, p. 155.

553 Lecanuet, *op. cit.*, II. p. 218.

554 Baunard, *Un siècle de l'Église de France*, París, 1901, p. 155.

555 Baunard, *Un siècle de l'Église de France*, París, 1901, p. 156.

556 Mons. Lagrange, citado por Lecanuet, *op. cit.*, II. p. 308.

557 Lecanuet, *op. cit.*, II. p. 308.

558 Goyau, *op. cit.*, pp. 580-581.

559 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 303-304; Goyau, p. 581.

560 Lecanuet, *op. cit.*, II. p. 316.

561 Lecanuet, *op. cit.*, II. pp. 324 y siguientes.

562 Thureau-Dangin, t. V. pp. 470-471.

563 Lecanuet, *op. cit.*, II. p. 316.

564 Thureau-Dangin, t. V. p. 515.

565 Lecanuet, *op. cit.*, II. p. 177.

566 Thureau-Dangin, t. V. p. 525.

567 Thureau-Dangin, t. V. p. 481.

568 Thureau-Dangin, t. V. p. 497.

569 En 1839, la familia Mérode, a la cual Montalembert acaba de asociarse gracias a su matrimonio, abre una escuela lasaliana en Trélon. En ella se reserva una clase especial para los jóvenes obreros del vidrio, durante las horas que deja disponibles la cocción de la pasta a ser soplada. El joven par de Francia se interesa por esta obra eminentemente social. (*Historico del distrito de Saint-Omer*).

570 Citado por Lémandus, pp. 324-325.

571 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 394 a 396. Y sobre Ambroise Rendu consultar el Índice de dicho volumen.

572 *De l'Association*, pp. 104 a 109. El autor toma el ejemplo de los *Deberes de un cristiano*, que contienen aún en esa fecha prescripciones relativas a los "diezmos" y a los "señores" y hablan del matrimonio en unos términos que a Rendu le parecen poco "canónicos" así como "inútiles en una escuela primaria".

573 Arch. Nacionales, F17 12.426. Parecer del Consejo Real de la Instrucción pública.

574 Arch. Nacionales, F17 12.426. Informe del 2 de mayo de 1839.

575 Informe ministerial citado por Lémandus, p. 699.

576 Carta del 20 de octubre de 1838; Archivos de la Casa Generalicia, dossier BE b6.

577 Arch. Nacionales, F17 12.461.

578 Arch. Nacionales, F17 12.460.

579 Arch. Nacionales, F17 12.455.

580 H. Turba, *L'École Saint-Bonose*, Orleáns, 1937.

581 Arnould, *op. cit.*, pp. 348 a 360.

582 Ver Ravelet, ed. de 1933, cuadros de las pp. 449 y 457.

583 *Choix de Notices*, biografía del Hermano Jean l'Aumônier, p. 27.

584 Digamos incluso: toda la región del Norte. Apertura de escuelas en Armentières en 1836, en Orchies en 1838, en La Basse en 1839, en Merville y Saint-Amand-les-Eaux en 1840, en Quesnoy en 1843, en Wambrechies en 1846.

585 Arch. de la casa de Hérouville, Histórico manuscrito.

586 I. de Cicé, *Vie du Frère Camille-de-Jésus*, Nantes, 1927, p. 39.

587 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1923, pp. 311 a 318.

588 Lémandus, pp. 301 a 309 y 328. — Archivos del distrito de Toulouse: centenario de la Casas Saint-Aubin.

589 Arch. de los Hermanos del distrito del Puy. — *Vie du Vénérable Frère Bénilde*, París, 1926.

Nota para esta edición digital. El H. Benildo fue beatificado el 4 de abril de 1948 por el papa Pío XII y canonizado el 29 de octubre de 1967 por el papa Pablo VI. Ver: Rodolfo Cosimo Meoli, FSC (*Postulador General*), 2020, *Santos Lasalianos de ayer y de... mañana*, Roma, Casa Generalicia FSC.

590 Arch. del distrito del Puy.

591 Arch. del distrito de Rodez, histórico de Villefranche-du-Rouergue.

592 Arch. del distrito de Rodez.

593 *Los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Gaillac*, notas y recuerdos por un antiguo alumno [El Hermano Ildefonse-Gabriel], 1938.

594 Montastruc debió su escuela a Pierre Barthe, cuyo nieto político, el general Edouard de Castelnaud, continuó las tradiciones de dedicación caballeresca y de beneficencia cristiana.

595 Arch. del distrito de Toulouse. — En Puy-laurens, en el Tarn, el ministro de la Instrucción Pública había exigido que la escuela recibiese indistintamente a los protestantes y a los católicos. Esa decisión retrasó la llegada de los Hermanos. Éstos abrieron, en 1835, un establecimiento libre. Luego, conforme a los deseos de la población, cada uno de los cultos fue autorizado a gozar de una escuela primaria confesional. A partir de ese momento, los Lasalianos recibieron el título de maestros municipales.

596 Ver *Histoire générale*, t. IV. pp. 457-458.

597 Arch. de Hérouville, Histórico de Normandía.

598 Juan, I, 47.

599 Arch. de Hérouville, Histórico de Normandía.

600 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1930, pp. 327 a 332.

601 Arch. Nacionales, F17 12.460, carta del subprefecto Tinel.

602 Arch. Nacionales, F17 12.460, carta del prefecto del Haut-Rhin al ministro de la Instrucción Pública, 5 de diciembre de 1845.

603 Arch. del distrito de Clermont-Ferrand, histórico de Aurillac.

604 Arch. Nacionales, F17 12.456, carta del 10 de julio de 1842 al ministro de la Instrucción Pública.

605 Arch. Nacionales, F17 12.456, carta del 5 de agosto.

606 Arch. Nacionales, F17 12.456, carta del 16 de agosto de 1842.

-
- 607 Thureau-Dangin, t. V, pp. 176 y 180.
- 608 Thureau-Dangin, t. V, p. 92.
- 609 Ambroise Rendu, *op. cit.*, pp. 169 a 171.
- 610 Ambroise Rendu, pp. 213 a 215. Y *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1921, pp. 337 a 343.
- 611 Ambroise Rendu, *op. cit.*, pp. 167-168.
- 612 No es seguro que los Hermanos ensalzados por Rendu hayan pertenecido a la Sociedad Lasaliana.
- 613 Arch. de la Casa de Béziers; histórico manuscrito.
- 614 Arch. del pensionado Saint-Joseph, resumen histórico; artículo del diario *La Garonne*, "Un Centenario", nº del 25 de noviembre de 1940 e *Historique du Pensionnat*, de Pierre Espinasse [Hermano Léon-Hilaire].
- 615 Ver anteriormente, p. 178.
- 616 *Le Frère Alman, fondateur du pensionat Saint-Joseph*, por uno de sus amigos [El Hermano Vigbert-Louis], Thonon, 1878. — Y G. Rigault, *Le Frère Louis*, educador y poeta, París, 1929.
- 617 G. Rigault, *Le Frère Louis*, pp. 43 a 45.
- 618 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1934, p. 267.
- 619 Un embrión de pensionado se creará, a pesar de todo, en Poitiers a partir de esta época, junto a las clases primarias instaladas en el hotel de la Prévoté. El Hermano Stephanus se hará cargo de la dirección. El establecimiento acabará por desarrollarse. Reunirá 243 alumnos en 1846. Trasladado, en 1869, al antiguo convento de los dominicos, en tiempos del Hermano Cyrus, prosperará hasta la persecución de 1905. (Collon, *Le Pensionat des Frères des Écoles chrétiennes à Poitiers*, 1905).
- 620 Noticia sobre el pensionado de Bel-Air; y *Vie du Frère Camille-de-Jésus*, por I. de Cicé, Nantes, 1927.
- 621 Libro del *Centenaire de l'École Sainte-Marie (Likès)*, Ancenis, 1938; y *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1911, pp. 194 a 196.
- 622 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1907, pp. 13 a 16.
- 623 G. Rigault, *Un Éducateur social, le Frère Joseph*, París, 1925.
- 624 Actualmente, nº 26.
- 625 *Essai sur la Maison-Mère*, pp.187-188 y folleto de *L'Année Jubilaire*, 1939.
- 626 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1909, pp. 54 a 62.
- 627 Ver *Historia General*, t. II y III.
- 628 El *Bulletin des Écoles chrétiennes*, en su nº de enero de 1909, pp. 35 a 62, ha publicado un importantísimo artículo sobre la función de los Hermanos en las prisiones, que es la base de nuestro estudio.
- 629 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 191.

630 “Carece absolutamente de estilo”, observará de manera un tanto severa, Edmond About, algunos años después. (Paul Escard, *Le Frère Philippe*, París, 1913, p. 53). El pintor no quiso percibir sus honorarios: sondeado, para la ejecución de la obra, por el Hermano Jean-l’Aumônier, su antiguo alumno y su amigo, Vernet habría dado esta respuesta: “Yo no hago retratos, pero no se trata de una figura ordinaria. Además, ¡soldado más, soldado menos! Ustedes, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, son el ejército de la enseñanza popular y tienen un general: tráiganmelo... Ustedes me garantizan sus oraciones, yo les ofreceré mis pinceles”. (Escard, pp. 51-52). La Sra. Vernet quiso pagar el cuadro, esculpido en madera de roble.

631 Abroise Rendu, *op. cit.*, p. 193, estadísticas de 1840.

632 Abroise Rendu, *op. cit.*, p. 193, estadísticas de 1840, cuadro anexo.

633 En 1844, el de Saint-Omer, se ha quedado pequeño en la calle Sainte-Margherite, y se traslada a la calle de Tanneurs, donde los novicios disfrutaban de un amplio jardín adosado a las murallas.

634 Se adquirieron inicialmente algunas construcciones y un terreno en los alrededores de Mont-Parnasse. Pero el Hermano Philippe, advertido de un proyecto de expropiación que perseguía la Compañía de Ferrocarriles del Oeste, los hizo revender. Luego la ciudad le ofreció un cuartel del arrabal Saint-Antoine: una comunidad religiosa no podía encontrar en él su conveniencia.

635 *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 192 a 203. — G. rigault, *Le Frère Philippe*, pp. 73 a 76.

636 Folleto del *Centenaire*, p. 34.

637 A petición de la “Comisión para los trabajadores”, con sede en el palacio del Luxembourg, el gobierno provisional había decretado: “Considerando que un trabajo manual excesivamente prolongado no solamente arruina la salud del trabajador, sino que le impide cultivar su inteligencia y atenta contra la dignidad humana... la jornada de trabajo será disminuida de una hora”. Debería reducirse a diez horas en la capital, a once en las provincias.

638 Por orden del Superior, el Hermano Asclépiades —uno de los más valiosos colaboradores del Hermano Théotique— retocó los libros de historia “para una exposición más objetiva de los hechos” (Passy, *Album de l’année jubilaire*, 1939, p. 63).

639 P. de La Gorce, *Histoire de la Seconde République française*, París, 1898, t. I, pp. 120-121. — G. Hanotaux, *Histoire de la Nation française*, París, 1929, t. V, p. 425.

640 Goyau, *Histoire religieuse de Nation Française*, p. 581.

641 Hanotaux, *op. cit.*, p. 425.

642 Goyau, *Histoire religieuse de Nation Française*, p. 582.

643 Álbum del *Centenaire*, p. 36.

644 Hanotaux, *op. cit.*, p. 421.

645 Hanotaux, *op. cit.*, p. 424.

646 Hanotaux, *op. cit.*, p. 429

647 Ver anteriormente pp. 114-115.

648 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 322-323.

649 Gossot, *Essai critique sur l’enseignement primaire en France*, p. 212.

650 Gossot, *Essai critique sur l'enseignement primaire en France*, p. 217.

651 Lécanuet, *op. cit.*, t. II, p. 409.

652 Lécanuet, *op. cit.*, t. II, pp. 406-407.

653 Mons. Affre era esperado en Passy para impartir el sacramento de la Confirmación. El cronista del pensionado anota la ausencia del arzobispo; y relata la intervención del prelado en la calle de la Roquette, su grave herida; y, finalmente su muerte, el 27 de junio. (Álbum del *Centenaire*, pp. 38-39).

654 Lécanuet, *op. cit.*, t. II, pp. 408 a 413.

655 Hanotaux, *op. cit.*, p. 440.

656 En Rodez, a partir de 1848, esos cursos tienen lugar cuatro veces por semana, de noviembre a finales de febrero, entre las 7 y las 9 de la tarde. (Archivos de los Hermanos de Rodez, notas del Hermano Ildéfonse-Gabriel).

657 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, artículo citado, pp. 41 a 53.

658 Durante la Revolución de 1830, esa obediencia puso al Hermano en extremo peligro: por orden de su subdirector, iba de Saint-Cloud, su residencia, a París en plena lucha civil. Su hábito le valió abucheos y algunos golpes; sus agresores amenazaban con ahogarlo, arrastrándolo ya hacia el Sena; un panadero, gracias a su presencia de ánimo, lo salvó. (*Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1909, p. 102).

659 Anteriormente, p. 51.

660 El mismo Sarda-Garriga jugó en 1852 un papel mucho menos acertado en la Guyana durante el traslado de los forzados y se mostró como un personaje indigno. (Vaudon, *op. cit.*, pp. 51-52 y 72-73).

661 Chassagnon, *Le Frère Scubilion*, Paris, 1902, pp. 84 a 143. — *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 176-177. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1909, pp. 105 a 126. — *Choix de Notices nécrologiques*, t. II, p. 425. — Goyau, *Histoire religieuse de la Nation française*, p. 425.

662 Lémandus, pp. 364 a 433. — El historiador de los Hermanos de Toulouse dedica, como se ve, una buena parte de su obra al relato, muy minucioso, de este extraño y lamentable asunto, en el que cristalizaron, por así decir, los odios, los prejuicios, las obsesiones acumulados, desde 1815 especialmente, contra el Instituto lasaliano.

En el libro aludido (pp. 431 a 433) se puede encontrar la relación, escrita por el capellán del penal, el Padre Marín, de los últimos instantes del condenado: testimonio particularmente conmovedor, verdaderamente decisivo. He aquí los principales pasajes:

“[El Hermano Léotade] solicitó personalmente los Sacramentos; se confesó [el 23 de enero] y, a la tarde, al sentir un cierto alivio, dejaron para el día siguiente, el santo viático y la extremaunción... La noche fue mala; por la mañana, muy temprano, en el momento en que iba a subir al altar, vinieron a llamarme de parte del enfermo; acudí junto a él y me encontré a su cabecera con el Comisario de la República ante los tribunales marítimos... [Éste] le preguntó con qué finalidad lo había llamado: “Ante el momento de comparecer ante Dios, he querido declarar por última vez ante ustedes lo que declaré ante mis jueces: que soy inocente y que ignoro completamente cómo y por quién fue cometido el doble crimen por el que estoy condenado...”

“El Sr. Comisario encontró palabras enérgicas para asustar al moribundo, si se atrevía a mentir a los hombres ante el tribunal de Dios. Yo apoyé con todas mis fuerzas la autoridad del magistrado... El hombre al que me dirigía se hallaba en una posición excepcional; creí deber hablarle como nunca un sacerdote habla a un moribundo: “El médico afirmó esta mañana que mañana habrá usted cesado de vivir; tenga cuidado con mentir ante el umbral de la eternidad”. —“Sé que voy a morir; por eso quiero repetir que soy inocente; al morir, se dice la verdad. Voy hacia aquel que recompensa la prueba y

[repara] la injusticia; si he querido manifestar por última vez mi inocencia, es para consuelo de mi familia y por el honor de mi Instituto”.

“... Yo lo preparé a recibir el Santo Viático. En el momento en que iba a unirse con Dios, le dije en voz alta: “En presencia de Aquel que se entrega a ti y que pronto será tu juez, ¿se mantiene usted en la declaración que ha hecho...?” —“Sí, me mantengo; no he dicho más que la verdad...”

“El hombre que expresó solemnemente su inocencia, ante los jueces y en su lecho de muerte, no había sido educado en la incredulidad. Había conocido y practicado la ley divina. Ante su condenación, se mostró buen cristiano y buen religioso. Su conducta fue irreprochable desde el momento en que fue condenado. Sus compañeros de infortunio no recibieron de él más que sabios consejos y virtuosos ejemplos. Obediente a sus jefes, lleno de resignación ante su desgracia, fiel a sus deberes para con Dios, se sentía también lleno de agradecimiento hacia sus bienhechores; y nunca tuvo una palabra de odio contra aquellos que contribuyeron a su condena.

“En presencia de estos hechos, ¿no cabe preguntarse si el condenado Léotade no fue víctima de uno de esos errores judiciales que sólo la justicia divina puede permitirse evitar siempre?”

663 Este adjetivo no se refiere, evidentemente, más que a las dificultades nacidas de la Revolución. Sobre el asunto de Toulouse, el Superior General consideró prudente y sabio —en esa fecha— guardar silencio.

664 En Lisieux, en 1849, un consejero municipal propone pedir a las familias una “contribución libre, voluntaria” que servirá para los trabajos de ampliación de la escuela. No tiene el apoyo de la mayoría de sus colegas. (*Histórico de la Casa*).

665 Arch. Nacionales, F17 12.461.

666 Las actas no habían sido consideradas como documentos públicos. Thiers se opuso vivamente a su impresión, porque no le gustaba que se conociesen sus ideas sin maquillar sobre los hombres y las instituciones. El manuscrito permaneció como propiedad de uno de los secretarios de la Comisión, François Housset (abogado del Tribunal de Apelación de París), que fue quien lo redactó casi por completo. (El otro secretario fue Alexis Chevalier, al que le debemos la obra sobre *Los Hermanos de las Escuelas Cristianas en la enseñanza primaria después de la Revolución*, editado por Poussielgue en 1887: hay que atribuirle, sin duda ninguna, el resumen de la única sesión celebrada por aquellos miembros del comité que, antes de reunirse con sus colegas, se habían, originalmente, encargado de elaborar, ellos solos, las reglas de la enseñanza popular).

El Sr. Housset conservó el original de las actas, un voluminoso registro de 719 páginas en el que su firma se lee al final de cada acta de sesión. Por otra parte, retocó y abrevió una “versión” de 163 hojas, para uso de Mons. Dupanloup, de quien era feligrés, en Saint-Ay (Loiret). (Esa versión, comprendida entre los papeles legados por el obispo de Orleans al Seminario de Saint-Sulpice, entró en las expoliaciones de 1905, en el fondo de “adquisiciones nuevas” en la Biblioteca Nacional, ms. n.º 11.059).

Además, el poseedor del texto no se negó a la ejecución de ciertas copias. Una de ella perteneció al Sr. de Falloux. Otra, que figuró igual que el resumen, en los archivos de Mons. Dupanloup, fue descubierta en 1936, por el Sr. Bernard de Lacombe, entre los volúmenes de un librero de los “quais” de París.

En 1879, el Sr. Hilaire de Lacombe, padre del anterior, y gran amigo del prelado, había dado a la revista *Le Correspondant* una serie de artículos que posteriormente reunió en una publicación titulada: “Libertad de enseñanza, los debates de la Comisión de 1849, discusión parlamentaria de la ley de 1850”, y reeditada por Téqui en 1899. Es un trabajo de circunstancia y de polémica: el autor, para defender la causa religiosa, eligió en las actas los pasajes más significativos; no se privó de ciertas modificaciones, transposiciones, recortes; y añadió a los extractos del manuscrito un estudio sobre los debates parlamentarios, en el que acaba de subrayar la función asumida por Thiers en favor de las soluciones liberales.

Hasta estos últimos años, se hacía referencia a ese librito para contar los preliminares de la “ley Falloux”. El Sr. Henry Michel al comentar, no sin mordacidad, esa ley en un volumen escrito en 1906, no pudo evitar utilizar —además de los informes proporcionados por Hilaire Lacombe— las notas personales de uno de los comisarios de 1849, el Sr. Dubois, director de la escuela Normal Superior.

Finalmente el texto íntegro —comunicado por el Sr. René Housset, heredero de los archivos paternos— fue publicado en 1937, por Gigord, gracias a la Sociedad de Agricultura, Ciencias, Bellas Artes y Artes, de Orleáns. El canónigo Georges Chenesseau, profesor del Instituto Católico de París, le hizo una introducción a la que debemos todos los datos de nuestro análisis.

667 Novena sesión, pp. 85 a 104 del texto publicado en 1937.

668 Lécanuet, II, p. 457.

669 El acta añade: “Se necesitaría un Capítulo General para modificar esa regla”. Un capítulo no hubiese sido suficiente, sin acudir a la Santa Sede. El Secretario de la Comisión quizás anotó de forma incompleta la respuesta del Hermano Philippe.

670 Sabemos que el actual derecho canónico ya no admite, más allá de los 25 años, esa situación híbrida entre los miembros de votos temporales de las congregaciones o, con mayor razón, sin votos.

671 Actas, 10ª sesión, 7 de febrero de 1849, pp. 105, 112-113, 118 a 120.

672 Actas, pp. 114 a 125.

673 Actas, 13ª sesión, 24 de febrero de 1849, pp. 160-161.

674 Actas, p. 140.

675 Actas, pp. 177-178, 183.

676 Actas, p. 194.

677 Actas, p. 228.

678 Sesión 22ª, 21 de abril de 1849, actas, pp. 275 a 278. En definitiva, las escuelas normales continuaron existiendo.

679 25ª sesión, 5 de mayo, actas, p. 313.

680 Actas, 17ª sesión, pp. 202-203.

681 Actas, 19ª sesión, p. 241.

682 Ver anteriormente, pp. 233 y 238.

683 Lécanuet, t. II, pp. 459 a 462.

684 Duvergier, *Lois et décrets*, t. L. pp. 54 a 57.

685 Lécanuet, t. II, p. 463.

686 Hanotaux, *op. cit.*, p. 455.

687 Discurso a la Asamblea, durante la discusión del proyecto. Citado por P. de La Gorce, *Histoire de la Seconde République*, t. II, p. 293.

688 Lécanuet, t. II, pp. 465 y siguientes.

689 Hilaire de Lacombe, *op. cit.*, p. 307.

690 Bournichon, *La Compagnie de Jésus en France. Histoire d'un siècle (1814 – 1914)*, t. III, p. 366.

691 Lacombe, *op. cit.*, pp. 308 y 310 a 332. — Lécanuet, t. II, pp. 486-487 y 492.

692 Ley del 15 de marzo de 1850, título 1º “de las autoridades designadas para la enseñanza”, capítulo 1º “del Consejo Superior de la Instrucción Pública”. Los cultos protestante e israelita tienen también sus representantes.

693 Ley del 15 de marzo de 1850, título 1º, cap. II.

694 Ley del 15 de marzo de 1850, título 1º, cap. III.

695 Ley del 15 de marzo de 1850, título 2º, “de la enseñanza primaria”, cap. 1º “disposiciones generales”.

696 Tiene como equivalente el bachillerato o un certificado que dé constancia de que el candidato al puesto de maestro ha sido admitido en una de las escuelas especiales del Estado.

697 Ley del 15 de marzo de 1850, título 2º, cap. 1º, art. 34.

698 Ley del 15 de marzo de 1850, título 2º, cap. 1º, art. 25.

699 Ley del 15 de marzo de 1850, título II, cap. II, Sección III.

700 Ley del 15 de marzo de 1850, título II, cap. II, art. 27 y 28.

701 Ley del 15 de marzo de 1850, título II, cap. IV “de los delegados cantonales, y demás autoridades, empleados en la enseñanza primaria”.

702 Art. 46.

703 Art. 53. Los maestros municipales debían, además, obtener el consentimiento del Consejo Académico.

704 Lécanuet, t. II, pp. 493-494.

705 Goyau, *Histoire religieuse*, pp. 584-585.

706 Goyau, *Histoire religieuse*, pp. 584-585.

707 La Gorce, *Histoire de la Seconde République*, t. II, p. 293.

708 En su libro *De la Pacification religieuse*; ver anteriormente p. 237.

709 *Le Testament du P. Lacordaire*, publicado por el conde de Montalembert en 1870, pp. 147 y siguientes. Citado por H. de Lacombe, pp. 340-341.

710 Carta encíclica sobre la educación cristiana de la juventud, 31 de diciembre de 1929, ed. de la *Bonne Presse*.

711 La Gorce, *op. cit.*, II, p. 301.

712 Lacombe, pp. 141-142.

713 Baunard, *op. cit.*, pp. 119-120.

-
- 714 Actas de la Comisión de 1849, sesión del 8 de enero de 1849.
- 715 Arch. de Hérouville, Histórico manuscrito.
- 716 Arch. de Hérouville, Histórico manuscrito.
- 717 *Historique de la fondation*, por el Padre Gautrand.
- 718 Arch. del distrito de Toulouse.
- 719 Arch. del distrito de Toulouse.
- 720 Arch. del distrito de Toulouse.
- 721 Arch. del distrito de Toulouse.
- 722 *Le Pensionnat Saint-Pierre de Dreux*, [por el Hermano Albert-Valentin], 1914, pp. 72 a 86.
- 723 Arch. del distrito de Clermont; y Léon Prugnard, *Historique du pensionnat Godefroy de Bouillon*.
- 724 Hanotaux, *Histoire politique de la Nation française*, III volumen, pp. 518 a 521 y 524 a 526.
- 725 Hanotaux, *op. cit.*, pp. 483-484.
- 726 Hanotaux, *op. cit.*, pp. 479-480.
- 727 Citado por Hanotaux, pp. 541.
- 728 Lécanuet, III, pp. 97-98, carta al Padre Döllinger.
- 729 Baunard, *Un Siècle de l'Église de France*, p. 159.
- 730 Baunard, pp. 160 a 167.
- 731 A propósito de *La política eclesiástica del Segundo Imperio*, se puede consultar la obra muy importante (pero, ciertamente, de ideología muy laica) de Jean Maurain (tesis doctoral, publicada en 1930, en París, bajo el título que acabamos de indicar).
- 732 A partir de entonces el número de rectores es reducido de 86 a 16. Su situación, en consecuencia, se ve fortalecida.
- 733 Arch. de la Seine-Inférieure, T, 1, 3.
- 734 Dupanloup, *Oeuvres choisies*, 1874, t. III, pp. 97-98.
- 735 Baunard, *op. cit.*, pp. 171 a 199.
- 736 Hanotaux, *op. cit.*, p. 535.
- 737 P. de la Gorce, *Histoire du Second Empire*, t. IV, pp. 138 a 140.
- 738 P. de la Gorce, *Histoire du Second Empire*, t. IV, pp. 122-123.
- 739 P. de la Gorce, *Histoire du Second Empire*, t. IV, pp. 124-125.
- 740 A. des Cilleuls, p. 673.
- 741 P. de la Gorce, *Histoire du Second Empire*, t. IV, p. 131.

-
- 742 Arch. de la Casa de los Francs-Bourgeois, documentos del Hermano Amédée.
- 743 Baunard, *op. cit.*, p. 122.
- 744 Dupanloup, *op. cit.*, pp. 187, 191, 197.
- 745 *Notice sur M. Duruy*, citada por P. de la Gorce, IV, p. 287.
- 746 P. de la Gorce, IV, p. 274.
- 747 P. de la Gorce, IV, p. 274.
- 748 Hanotaux, *op. cit.*, p. 508.
- 749 P. de la Gorce, IV, p. 284.
- 750 P. de la Gorce, IV, p. 287.
- 751 Daniel Halévy, *Trois Épreuves: 1814, 1871, 1940*, París 1941, pp. 68 a 70.
- 752 Carta del 30 de noviembre de 1867, inserta en las *Oeuvres choisies* de Mons. Dupanloup, III, pp. 417 a 419.
- 753 P. de la Gorce, IV, p. 274.
- 754 Gossot, pp. 68 a 70.
- 755 Halévy, *op. cit.*, pp. 74-75 y 158-159.
- 756 P. de la Gorce, IV, pp. 277 a 279.
- 757 El 22 de marzo de 1864, Duruy escribe a Napoleón III: "He tenido con el Hermano Philippe una larga entrevista, de la cual hemos salidos los dos muy contentos, y a continuación de la cual yo visité durante tres cuartos de hora su gran casa de Passy. La ley relativa a la enseñanza especial, ...esta entrevista, esta visita y nuestras sinceras explicaciones serán, a mi parecer, un tratado de paz firmado definitivamente entre la Congregación y mi ministerio, en el cual es tradición hacer a los Hermanos una guerra de triquiñuelas que encuentro indigna del gobierno del Emperador..." (Duruy, *Notes et Souvenirs*, citado por Jean Maurain, *La Politique ecclésiastique du Second Empire*, p. 685).
- 758 *Centenaire du pensionnat de Passy*, pp. 50-51.
- 759 Duvergier, t. LXV, pp. 277 a 279; *Centenaire de Passy*, pp. 51-52.
- 760 Las lenguas vivas, las nociones de legislación, de economía industrial y rural, de higiene, de dibujo artístico y de imitación, la música vocal, la gimnasia.
- 761 Duvergier, t. LXV, pp. 279-280.
- 762 Duvergier, t. LXV, pp. 280 a 285.
- 763 P. de la Gorce, IV, p. 279.
- 764 P. de la Gorce, IV, pp. 281 a 285. — Des Cilleuls, pp. 544 a 557.
- 765 Duvergier, t. LXVI, pp. 435 a 437.
- 766 Duvergier, t. LXVII, p. 66. Informe de la comisión encargada de examinar el proyecto de ley sobre la enseñanza primaria.

767 “Se podría, en las ciudades con una población considerable y en una de sus escuelas, hacer predominar —dice la circular— los estudios que conducen al comercio, tales como la caligrafía, el cálculo mental, la contabilidad, algunas nociones de legislación usual; en otras clases, el dibujo artístico, o el dibujo geométrico, el dibujo de máquinas, algunos conocimientos químicos o mecánicos, necesarios para las industrias locales”. Maestros, formados en el establecimiento de Cluny, serán capaces de impartir este tipo de enseñanza. Para las jóvenes, el ministro, propone las nociones de agricultura y de economía rural, la costura, el dibujo, las artes profesionales, pintura sobre porcelana, grabado sobre madera, bordados... (Texto citado en las *Oeuvres choisies* de Mons. Dupanloup, III, pp. 231 a 234). Hay todo un programa del cual, desdichadamente, los gobernantes franceses no hicieron uso, y que permanece singularmente actual.

768 En 1867, Mons. Dupanloup publica sus “Cartas sobre el Sr. Duruy y la Educación de las niñas”. Recibe felicitaciones de Pío IX a propósito de la lucha que el episcopado sostiene “en favor de la educación religiosa de las jóvenes francesas”. (*Oeuvres choisies*, t. III, pp. 25, 74 y 452 a 455).

769 Y con la colaboración económica del Instituto.

770 *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 200 a 202.

771 Carta a Ambroise Rendu, 10 de diciembre de 1852. Texto comunicado por el Hermano Adrien-Charles.

772 Anexa al volumen de las circulares de dicho año.

773 Ver *Histoire générale*, t. I, pp 197-198, 208 a 213, 219 a 228; t. II, pp. 327 a 332; t. IV, 2ª parte, cap. II.

774 Anotaciones contenidas en la monografía del distrito de Rodez, Archivos de los Hermanos del distrito.

775 Des Cilleuls, pp. 446-447.

776 Arch. Nacionales, F17 12.467. — En la calle de Enfer, en el hospicio de los Niños Asistidos, dos Hermanos pertenecientes a la comunidad de Saint-Étienne du Mont, dirigen clases elementales; no se relacionan más que con la Administración de la Asistencia Pública.

777 *Choix de notices*, II, pp. 43-44.

778 Arch. de Hérouville, Histórico de Normandía.

779 Arch. de Hérouville. Copias de los documentos municipales. — Folleto sobre el pensionado de Ruán, 1913.

780 Carta del 7 de noviembre de 1866, cuyo original tuvimos entre manos.

781 Notas comunicadas por M. Lefrancq, de Rethel.

782 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1939, pp. 105 a 107.

783 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1935, pp. 206 a 211.

784 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1934, pp. 228-229 y nº de octubre, pp. 344 a 346.

785 Sobre los inicios de la Congregación en la Isla, acudir al *Índice* de nuestros tomos III y IV.

786 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1935, pp. 313 a 322.

787 Hanotaux, *op. cit.*, p. 523.

788 Arch. del distrito de Clermont-Ferrand.

789 Histórico del Puy.

790 Arch. del distrito. — Notas del Hermano Ildephonse-Gabriel. — No obstante, parece que Mons. Delalle, queriendo fundar una congregación de maestros para el mundo rural, trató de separar del Instituto al Hermano director Fortunat, cuya colaboración le parecía necesaria para el éxito de su empresa. Con esa finalidad, le habría propuesto guiarlo hacia el sacerdocio. “Monseñor, respondió el religioso, ve usted este cuello blanco; quiero morir con él”.

791 Monografía del distrito de Rodez.

792 Histórico del distrito.

793 Arch. del distrito; dossier de Decazeville.

794 Arch. del distrito; dossier de Villefranche.

795 Padre de J.-L. Malvy, que fue ministro del Interior en 1914.

796 Arch. del distrito, histórico de Cahors y dossier de Souillac.

797 Histórico de Figeac y memento mortuario de B. Alibert (Hermano Ildéphorien).

798 Histórico de Gramat.

799 Histórico de Puy-l'Évêque.

800 Arch. del distrito de Rodez, histórico de Castres y memoria explicativa del arquitecto Barthe, aprobada por el prefecto del Tarn, el 6 de octubre de 1862.

801 Arch. del distrito de Rodez, dossier Lisle-sur-Tarn.

802 Histórico de Sémalens.

803 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1910, pp. 33 a 40.

804 He aquí, de 1851 a 1872 —y por orden alfabético— las lista de las fundaciones en el antiguo distrito de Saint-Omer (departamentos de Pas-de-Calais, del Nord y de la Somme): Albert, Aniche, Avesnes, Bouchain, Bourbourg, Bray-sur-Somme, Cassel, Etaples, Epéhy, Flixecourt, Guines, Ham, Haplincourt, Hazebrouck, Landrecies, Le Quesnel, Marcq-en-Baroeul, Marquette, Neiville Saint-Rémy, Nieppe, Raismes, Saint-Druon, Saint-Valéry, Saint-Venant, Sebourg, Vignacourt, Wattrelos. En 1867, el distrito de Cambrai se formó por derivación del de Saint-Omer.

805 Las escuelas municipales de Lille fueron precozmente laicizadas, en junio de 1868.

806 Ver en Ravelet, *Saint Jean-Baptiste de La Salle*, edición de 1933, el cuadro de la página 457. La cifra global proporcionada por él, asciende a 734 comunidades (8 de las cuales en Alsace-Lorraine). Conviene dejar aparte aquellas que no tuvieron más que una breve existencia.

807 Hutin, II, p. 451.

808 Arch. de la Casa Generalicia, *Nota sobre la gratuidad*, inserta en el volumen de las circulares de 1857 a 1858.

809 Arch. Nacionales, F17 12.461.

810 Arch. Nacionales, F17 12.461, carta del 21 de junio de 1875.

811 Carta citada, del Hermano Firmilien.

812 Anteriormente, p. 355.

813 En 1863 – 1864, 852 alumnos gratuitos, 448 de pago; ingresos previstos: 10.800 francos, cantidades percibidas: 6.426 francos.

En 1864 – 1865, 921 alumnos gratuitos, 396 de pago; ingresos previstos 10.800 francos, cantidades percibidas: 5.096 francos.

En 1865 – 1866, 987 alumnos gratuitos, 308 de pago: ingresos previstos 10.800 francos, cantidades percibidas: 3.584 francos.

(Arch. del distrito, Histórico de los establecimientos).

814 Es lo que sucedió en Clermont, a partir del 1º de enero de 1867.

815 Para facilitar la práctica de la gratuidad, para conciliar su principio, incluso el de la obligación, con la libertad de los ciudadanos, el Hermano Rogatianos, director de Chalon-sur-Saône, esbozó, en 1864, el sistema de un “bono escolar. “Si la ciudad, en lugar de otorgar subvenciones o dar sueldos, creaba para cada familia el “bono escolar, cada padre de familia podría elegir el maestro para sus hijos”. El Hermano comunicó su idea a algunos periodistas que la aprobaron. Un diputado bonapartista objetó: “¡Pero si se realiza semejante proyecto, las escuelas de la Congregación tendrían pronto a todos los niños!”.

Después de 1870, el bono escolar suscitó en la región lionesa ardientes discusiones. “Rogamos a los padres de familia, escribieron los organizadores de una petición, que se unan a nosotros para solicitar a los poderes públicos que en adelante toda asignación votada por el Estado o por el municipio para la enseñanza primaria sea concedida a la familia y no a tal o cual escuela; que un certificado o *título* sea entregado a cada niño destinado a seguir los cursos elementales y lo acompañe a la escuela en la que su padre lo haya colocado: que el cajero municipal entregue en manos del maestros la suma representadas por tales títulos”.

(*Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1911, pp. 354-355).

Encontramos una propuesta análoga en un artículo de Denis Guibert, citado por Arsac en su *Album: “Frères des Écoles chrétiennes pendant la guerre de 1870 – 1871”*, pp. 22-23: “No hay más que un sólo medio de quitar a la aplicación de la gratuidad y a la obligación de la enseñanza primaria [todo carácter de injusticia]: es declarar... que el padre de familia es libre de elegir el establecimiento en el que su hijo deberá recibir dicha enseñanza y que el Estado pagará la cuota legal y proporcional [correspondiente] a la educación de un niño”.

Nos ha parecido interesante señalar estas sugerencias que preludian las reivindicaciones de nuestros contemporáneos.

816 *Actas*, p. 176, sesión del 3 de marzo de 1849.

817 Carta citada en la discusión de la ley del 10 de abril de 1867, Duvergier, LXVII, p. 92.

818 Duvergier, LXVII, p. 93.

819 “Artículo 17. — Quedan sometidas a inspección, al igual que las escuelas públicas, las escuelas libres que hacen las funciones de escuelas públicas, en los términos del 4º párrafo del artículo 36 de la ley de 1850 o que reciben subvención del municipio, del departamento o del estado.

“Artículo 18. — El compromiso de dedicarse, durante diez años a la enseñanza pública, previsto por el artículo 79 de la misma ley, puede ser realizado, tanto por los maestros como por los auxiliares, *en aquellas escuelas mencionadas en el artículo precedente*, que están destinadas para dicho efecto por

el ministro de la Instrucción Pública, tras el parecer del Consejo departamental. El compromiso decenal puede ser contraído, antes del sorteo, por los maestros auxiliares de las escuelas [anteriormente referidas]”.

820 No sometidas a la inspección o no asimiladas a las escuelas municipales, según los términos de los artículos, anteriormente mencionados, de la ley del 10 de abril de 1867.

821 Circular del 10 de febrero de 1868.

822 J. Bavencove, *L'Institut Agricole de Beauvais*, 1921, p. 28.

823 Histórico de Normandía. — En Saint-Omer, la primera clase de la escuela Sainte-Marguerite agrupa, hacia 1854, alumnos de los cursos que preparan al diploma de maestro. Así se extienden por el mundo rural unos maestros profundamente cristianos y formados según los métodos de la pedagogía lasaliana (Histórico del distrito).

824 Arch. Nacionales, F17 12.465 y 12.466, dossiers de las becas de Estado para el pensionado de los Hermanos de Passy, de 1857 a 1880.

825 Álbum de Passy, 1939, pp. 29 a 41.

826 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1911, pp. 198 a 204. — *Centenaire de l'École Sainte-Marie*, pp. 47 a 57.

827 *Centenaire*, pp. 63 a 65.

828 Sobre el barón Boullé, ver anteriormente, pp. 261 y siguientes.

829 *Centenaire*, p. 72.

830 Arch. del distrito, crónica del pensionado de Clermont. — La casa de Toulouse no tiene aún como capilla más que la modesta, pero bastante elegante, construcción edificada en 1863 – 1864, en la calle Caraman y consagrada por Mons. Desprez, bajo la advocación de la Sagrada Familia. En ella cabe notar las pinturas del Hermano Jaxilé-Marie que trabajó bajo la inspiración de su cohermano de Béziers, el Hermano Samuel.

831 *Centenaire du pensionnat de Béziers* y Folleto sobre el establecimiento.

832 La primera mención que hemos encontrado de ese vocablo figura en el “libro que contiene los nombres de los niños de la primera comunión y de los confirmandos” (1841 – 1911), en los archivos del pensionado.

“En el año mil ochocientos sesenta y cinco, y el diez del mes de mayo, recibieron el sacramento de confirmación de manos del Mons. Ramadié, obispo de Perpignan, en la capilla del pensionado de la Inmaculada Concepción, dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los alumnos cuyos nombres vienen a continuación...” (Lista firmada por el capellán, P. Regimbaud, y el Hermano Leufroy). El nombre, a partir de entonces oficial, del establecimiento reaparece casi siempre en los documentos posteriores.

No obstante, a continuación de una gestión del Hermano director Théoctène, con miras a obtener que la capilla, ubicada bajo la advocación de “Santa María Magdalena” en tiempos de las Clarisas, antes de la Revolución, sea, sin contradicho, dedicada a la Inmaculada Concepción, se lee en el decreto promulgado el 4 de septiembre de 1873 por la Santa Sede que, después de la “renovación” del altar mayor, “unos treinta años antes”, la fiesta patronal del santuario fuese la de María Inmaculada. Pío IX confirma solemnemente lo establecido. De ese documento podemos concluir que la denominación de la capilla provocó, en tiempo oportuno, incluso la del establecimiento. (Archivos del pensionado de Béziers).

833 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1936, pp. 21 a 37.

834 Notas sobre el pensionado de Saint-Joseph de Dijon. — Rouland ciertamente intentó poner trabas al progreso de los pensionados. En una Comisión reunida al principio de 1861, bajo la presidencia de Walewski y compuesta por el ministro del Interior Persigny, el presidente del Consejo de Estado Baroche y el ministro de la Instrucción Pública, éste pregunta así a sus colegas: ¿Conviene dejar a esa comunidad [los Hermanos de las Escuelas Cristianas], que ha invadido ya todas las buenas escuelas de Francia, fundar grandes pensionados en los cuales enseña, excepto el griego y el latín, las ciencias aplicadas, la historia y las letras, de donde obtiene amplios beneficios?

La comisión toma la siguiente resolución: "...Conviene no permitir una extensión demasiado grande a una comunidad que, sin duda, presta servicios al pueblo, pero no reconoce más jefes que su Superior General y su procurador de Roma". (Jean Maurain, *op. cit.*, p. 469). Duruy, felizmente, como él mismo lo dijo (ver anteriormente, p. 350) pondrá fin a esas "triquiñuelas".

835 Folleto sobre Saint-Gilles, 1933, pp. 9 y 10.

836 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1926, pp. 15-16. — Y *Choix de notices nécrologiques*, t. II, pp. 107-108. — En el Norte, se abren, en Tourcoing, el semipensionado Saint-Michel (pensionado en 1867), en Cambrai, después de 1866, el pequeño pensionado de la Santa Cruz. — En Lille, el futuro pensionado San Pedro se inicia modestamente, bajo la dirección del Hermano Eleuthérius, en 1860. (Histórico del distrito).

837 Nota para esta edición digital. *Ponots*, gentilicio para los habitantes de Le Puy-en-Velay. No existe castellanización.

838 Arch. del pensionado de Nuestra Señora de Francia.

839 F. Albert-Valentin, *op. cit.*, pp. 100 a 113. — Y *Vie du Frère Léon-de-Jésus*, 1933.

840 *Historique de Saint-Euverte*, 1930, pp. 4 a 22. — Y Henri Tourba, folleto sobre los orígenes del pensionado Saint-Euverte en el *Historique de l'École Saint-Bonose d'Orléans*, 1937.

841 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1909, pp. 36 a 38.

842 Arch. del distrito de Rodez, copia de la carta del Sr. Grailles en el Histórico del pensionado Saint-Joseph (según el original comunicado al Hermano Ildefonse-Gabriel por el Hermano Baptiste-Albert, jefe de las oficinas del Secretariado General).

843 El Hermano Inglevert, precedentemente director de la comunidad de Albi, enseñó durante mucho tiempo en el pensionado de Toulouse.

844 Monografía del pensionado, por M. Albagnac (Hermano Irlide-Bernard)

845 Arch. del distrito del Puy. Deliberación del Consejo departamental de la Instrucción Pública, 26 de febrero de 1862.

846 Folleto sobre Saint-Louis de Saint-Étienne, 1929. Y el Padre J.-M. George, *Achille Sogno, en religion Frère Rodolfo*, 1925, pp. 35 a 41, 46 y 47.

847 Nacido en 1804 en Romazy (Ille-et-Vilaine)

848 J. Bavencove, *L'Institut agricole de Beauvais*, pp. 15 a 21, 23, 27 a 33.

849 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1930, pp. 227 a 253, nº de octubre, pp. 317-318.

850 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1909, pp. 197 a 216.

851 La familia de Noailles no cesa, desde hace más de un siglo, de interesarse activamente en los destinos de Saint-Nicolas.

852 Morirá, en 1865, como canónigo de la basílica de Saint-Denis. Su cuerpo reposa, como debía ser, en la capilla de Issy-les-Moulineaux, erigida gracias a él en 1853.

853 El decreto imperial tendrá fecha del 27 de agosto de 1859.

854 Decreto imperial, del 12 de agosto de 1863.

855 Citado en Gossot, pp. 287-288.

856 Notas sobre la obra de Saint-Nicolas, comunicadas por el M. Vaubailon (Hermano Annobert-Joseph). — Hermano Albert-Valentin, *Un demi-siècle sous le signe de Saint-Nicolas, Frère Basile-Joseph* (Henri Levesque), 1933, pp. 92 a 114. — G. Rigault, *Le Frère Philippe*, pp. 93 a 96. — Arch. Nacionales, F17 12.465 y 12.466, dossiers de Saint-Nicolas.

857 *Essai sur la Maison Mère*, pp. 197-198.

858 *Choix de Notices*, t. I, pp. 14 a 21. — Y monografía del distrito de Rodez.

859 *Choix de Notices*, t. II, pp. 51 a 63.

860 *Notices nécrologiques*, 5 de noviembre de 1870 y 2 de noviembre de 1877.

861 *Notice nécrologique*, 15 de abril de 1873.

862 *Notices nécrologiques*, 1880.

863 *Notices nécrologiques*, 25 de julio de 1877.

864 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1933, p. 313, cita de las *Mémoires* manuscritas del Hermano Pierre-Chrysologue.

865 En otro lugar hemos hablado del Hermano Mamert, director y visitador de Lyon, creador del pensionado de los "Lazaristas", Asistente del Hermano Philippe a partir de 1858. Estaba dotado de "poderosas facultades intelectuales y morales", dice su noticia necrológica (1882).

866 *Choix de notices*, t. I, pp. 32 a 47. — El Hermano Floride fue el tío del célebre capuchino de Toulouse, el P. Marie-Antoine.

867 *Essai sur la Maison-Mère*, gráfico fuera de texto, p. 228. Y Ravelet, ed. 1933, cuadro de la p. 457.

868 Ver *Histoire générale*, t. II, pp. 348 y 349.

869 Ver *Histoire générale*, t. IV, pp. 562 y siguientes.

870 Sin embargo los límites de un distrito no necesariamente coinciden con los de las circunscripciones políticas; razones particulares pueden provocar la adhesión de algunas comunidades a una capital que no es la del departamento. Así, Toulouse, tiene autoridad en el Aude, sobre Belpech y Castenmadary, y en el Tarn, sobre Lautrec y Lavaur. (*Histórico del Noviciado de Toulouse*).

871 *Monografía del distrito de Rodez*.

872 *Históricos de Clermont y del Puy*.

873 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1935, p. 205.

874 *Histórico del distrito de Normandía*. — El Eure no pertenecerá hasta 1876 a ese distrito; el Orne, tras una anexión efímera, quedará vinculado a Mans. Más adelante, las comunidades del Oise dependerán del Visitador de Normandía.

875 *Notices*, t. I, pp. 14 a 21.

876 Notas, nº 3 y nº 8, apéndice a la biografía del *Frère Camille-de-Jésus*, por I. de Cicé, 1927.

877 I. de Cicé, *op. cit.*, nota nº 5.

878 *Histórico de Clermont*.

879 *Histórico del distrito del Puy*.

880 *Armand Le Lièvre, Frère Aucte* (por el Hermano Albert-Valentin), 1931, p. 29.

881 *Le Pensionnat Saint-Pierre de Dreux* (por el mismo autor), 1914, p. 418.

882 Nota para esta edición digital. Las quitas “Marie-Louise” se nutrieron de levas de adolescentes. Salvadas las distancias, podría traducirse por “*la quinta del biberón*” francés de la época napoleónica.

883 En 1858 aparece una nueva edición de las Reglas del Instituto. (Ver *Rivista lasalliana*, nº de marzo de 1934).

884 Ver anteriormente, p. 309.

885 Arch. nacionales, F17 12.461.

886 Vemos, en ese sentido, cómo paga, en Caen, la pensión del joven Hermano Aucte, cuya gratitud se traducirá “en un culto admirativo, y un tanto exclusivo” con respecto al Emperador. (Hno. Albert-Valentin, *op. cit.*, p. 25).

887 El padre y el hermano menor de ese director del noviciado de Toulouse pertenecieron, también ellos, a la Congregación. El primero —soldado de los ejércitos imperiales— caído en manos de los españoles durante el sitio de Zaragoza, hizo voto de entrar en religión si recuperaba la libertad. Con 45 años, se convirtió en el Hermano Roger-de-Jésus en la casa de dirigió su hijo. En 1820, el Hermano Sylvius se unió allí a los dos miembros de su familia. Los tres fueron, por turno, directores de la comunidad de Fronton. (*Histórico del noviciado de Toulouse*).

888 *Ibid* y *Choix de Notices*, t. III, pp. 306 a 316.

889 *Le Frère Exupérien*, por el Hermano Paul-Joseph, 1916, pp. 15-16.

890 Arch. del distrito: *El Noviciado de Toulouse, de 1850 a 1904*.

891 Lémandus, p. 492.

892 *Histórico del Noviciado de Toulouse*.

893 *El Noviciado de Toulouse, de 1850 a 1904*.

894 *Histórico del distrito de Rodez*.

895 *Memento* necrológico del Hermano Xiste (M. Martin Aussel).

896 *Notice sur le T. H. Frère Imier-de-Jésus*, 1929.

897 *Vie du Frère Gonzalvien*, por el Hermano Gustave-Marie, 1935, pp. 11-12; y Arch. del distrito. — Subrayemos bien que la mayoría de los Hermanos que se retiran son o “novicios empleados”, que permanecen sin votos en el Instituto por un cierto número de años, o jóvenes religiosos que no habían emitido más que “votos temporales”: a la expiración de sus compromisos, podían —en conciencia— recuperar su libertad. Esos abandonos, molestos, muy lamentables, pero no escandalosos, seguramente hubiesen sido más raros si las necesidades de la situación no hubieran hecho abreviar la duración del noviciado y entregado demasiado pronto a la fatiga, a todas las preocupaciones humanas de la enseñanza, la fragilidad espiritual de varios candidatos.

898 *Vie du Frère Louis*, pp. 35 a 37.

899 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de abril de 1927, p. 117.

900 *Histórico de Normandía*. En 1861, los noviciados del Instituto en Francia son: París, Lyon, Aviñón, Marsella, Toulouse, Clermont-Ferrand, Nantes, Saint-Omer, Bordeaux, Besançon, Le Puy, Rodez, Caen, Thionville, Quimper, Moulins, Béziers, Chambéry. (*Notice historique sur l'Institut des Frères des Écoles chrétiennes*, Versailles, 1861).

901 *Essai sur la Maison Mère*, gráfico, p. 215.

902 Nos remitimos, de una sola vez, a la biografía escrita por el Hermano Paul-Joseph.

903 Arch. del pensionado de la Inmaculada Concepción.

904 El 8 de enero de 1848, el Hermano Exupérien escribe, desde Toulouse, a los Congregantes, una carta cuya copia está inserta en el mismo registro: declara que “fue en la capilla de la Congregación de la Santísima Virgen donde recibió todas las gracias” para entrar en religión.

905 G. Rigault, *Le Frère Joseph*, p. 271.

906 Salmo, XXIII, 4.

907 *Reseña biográfica sobre el Hermano Bérain-Denis*, por el Padre Auguste Carion, 1875; y *Vie du Frère Exupérien*, pp. 33 a 35.

908 Circular del Superior General, con fecha del 26 de mayo de 1840.

909 Ver, sobre el tema, *Histoire générale*, t. I, pp. 435-436, 469, 479-480, 498-499.

910 Del 14 de noviembre de 1872.

911 “No le falta nada, escribía Emile Ollivier; es hermoso; su voz es fuerte, potente, musical; su mirada es fascinadora; su alma muy tierna, abierta a las sensaciones, vibrante, comunicativa y resonante”. (*L'Église et l'État au Concile du Vatican*, t. I, p. 308. Citado por F. Mourret, *Le Concile du Vatican*, 1919, p. 182).

912 *Un siècle de l'Église en France*, p. 99.

913 Citado por Baunard, p. 99.

914 Nota para esta edición digital. “Zuavo”, soldado, bereber, argelino de infantería, al servicio de Francia. Sirvieron en la mayoría de las campañas militares del ejército francés entre 1830 y 1962.

915 El Hermano Exupérien tuvo la alegría de recibir, en el noviciado de París, un zuavo pontificio auténtico, encaminado hacia el Instituto por el director del pensionado romano de San Giuseppe: el Hermano Adéolien entró en 1869 en la gran casa de Passy; profesor competente y grave, realizó toda su carrera en ese centro educativo.

916 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de noviembre de 1907, p. 346.

917 P. de La Gorce, *Histoire du Second Empire*, t. IV, pp. 170-171.

918 Juan, VI, 5.

919 Baunard, *op. cit.*, pp. 223 a 235.

920 *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 191 y 228.

921 Ese libro sigue siendo precioso para la familia lasaliana y para todas las Congregaciones que quieran inspirarse en una espiritualidad a la vez sencilla y fuerte. Una nueva edición se publicó en 1929.

922 Baunard, *op. cit.*, pp. 249 y siguientes.

923 Decisión del Capítulo General de 1853. *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de mayo de 1907, pp. 134-135.

924 Circular del 14 de enero de 1846.

925 Circular del 14 de enero de 1846.

926 Circular del 3 de enero de 1857.

927 Circular del 5 de enero de 1865.

928 Circular del 5 de enero de 1866.

929 Circular del 5 de enero de 1865.

930 Circular del 15 de enero de 1847.

931 Circulares del 15 de enero de 1849 y de 5 de enero de 1866.

932 Circular del 5 de enero de 1864.

933 Circulares del 11 de junio de 1854, 22 de mayo de 1857 y 3 de enero de 1862.

934 Nota para esta edición digital. Es necesario hacer una observación sobre las palabras oración / plegaria. En francés: *Prière / Oraison*. En francés "Oraison" se refiere siempre a la "oración mental / silenciosa", "meditación". Mientras que "*Prière*" se refiere a la "oración vocal", "oración recitada", plegaria. El castellano no tiene, pues, estos matices tan marcados.

935 *Post-scriptum* de la circular del 12 de agosto de 1859.

936 Circular del 22 de mayo de 1857.

937 Circular del 15 de enero de 1845.

938 Circular del 19 de enero de 1851.

939 Circular del 28 de junio de 1856.

940 Circular a los Hermanos directores, 4 de mayo de 1872.

941 Circular del 2 de enero de 1861.

942 Arch. de la Casa Generalicia, dossier FJ j. Ver, sobre este Hermano Joseph, los ÍNDICES de nuestros tomos III y IV.

943 Ver los mismos ÍNDICES.

944 Circulares, t. I, 1822 – 1847, noticia sobre el Hermano Vivien. — *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 196-197. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1922, pp. 232-233.

945 Ver, sobre el Hermano Patrice, *Histoire générale*, t. III, pp. 422 a 424 y t. IV, pp. 494 a 496.

946 *Relations mortuaires*, t. II. pp. 10 a 12. — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1932, pp. 57 a 70.

947 *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 224-225.

948 Ver *Histoire générale*, t. III. pp. 477 a 481.

949 *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 178 a 180.

950 I. de Cicé, nota nº 24, a continuación de la biografía del Hermano Camille-de-Jésus, pp. 182 a 185.

951 El primer invierno que el Hermano Benildo pasa en Saugues le basta para enviar a cinco jóvenes al noviciado. En 1867, el Padre Raveyre, su antiguo confesor, encuentra en la calle Oudinot, treinta y dos novicios originarios del cantón de Saugues, casi todos provenientes de manos del santo religioso. En 1869, se contaban doscientos cuarenta y cinco Hermanos de las Escuelas Cristianas en cuya vocación había influido su actuación. Otros Institutos y el clero secular también le debían varios de sus miembros. Cada año, el Hermano Benildo llevaba al seminario menor tres o cuatro niños. (*Vida*, p. 175).

952 El proceso informativo para la Causa del Hermano Benildo fue instruido por el obispado del Puy desde 1896 a 1899. El 22 de abril de 1903, la Sagrada Congregación de los Ritos firmaba el “decreto de introducción” y a partir de entonces el Hermano tenía derecho al título de “Venerable”. Sus milagros, al ser reconocidos como auténticos, todo permite augurar que próximamente se contará entre el número de los “Beatos”.

Para esta edición digital. Ver la nota 589 sobre la beatificación y canonización del H. Benildo.

953 Chassagnon, *op. cit.*, pp. 264 a 291.

Nota para esta edición digital. El H. Escubilión Rouseau fue beatificado el 2 de mayo de 1989 por el papa Juan Pablo II en la Isla de la Reunión. Ver: Rodolfo Cosimo Meoli, FSC (*Postulador General*), 2020, *Santos Lasalianos de ayer y de... mañana*, Roma, Casa Generalicia FSC.

954 *Choix de Notices*, t. III, pp. 7 a 47.

955 *Choix de Notices*, t. III, pp. 346 a 350.

956 *Frère Gabriel de la Croix* (1836 – 1887), por el Hno. Paul-Joseph, Lembecq, 1914.

957 I. de Cicé, *Frère Camille-de-Jésus*, Nantes, 1927.

958 Canónigo Olgiwolski, *Frère Julius-de-Jésus*, Burdeos, 1939.

959 Nota para esta edición digital. El H. Miguel Febres, fue beatificado el 30 de octubre de 1977 y canonizado el 21 de octubre de 1984. El H. Arnoldo Rèche fue beatificado el 1 de noviembre de 1987.

Ver notas en el mismo sentido sobre los Hermanos Muciano María y Escubilión.

960 André Girard, *La Sociología en las Escuelas normales primarias*, nº de la revista *Politique*, 15 de febrero de 1931.

961 *Le correspondant*, nº del 25 de enero de 1874.

962 Gossot, *op. cit.*, p. 311.

963 Citado por Herment, *Historia de la Pedagogía*.

964 Dupanloup, *op. cit.*, p. 413.

965 Lo mismo sucede bajo el Segundo Imperio en muchas localidades, puesto que el Hermano Cécilien, director de Ruán, escribe al prefecto de la Seine-Inférieure, el 8 de febrero de 1853, que “no es raro ver a los antiguos normalistas intentar retirarse de la enseñanza” (Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 3, 40).

966 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 2.

967 *Choix de notices*, III, p. 389; biografía del Hermano Siméon.

968 El poeta de Rodez, François Fabié, anota en sus *Recuerdos de infancia y de estudios* (Rodez, 1925) que, hacia 1860, la escuela de Saint-Amans “estaba situada en la “Torre de la Ciudad”, en un edificio pobre y contiguo a la escuela normal de los maestros, separada de la calle por un pequeño patio empedrado...” (p. 59).

969 *Observaciones sobre las escuelas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana en Besançon*, 1843, folleto sin nombre del autor.

970 Baunard, *op. cit.*, pp. 112 a 114.

971 Sobre el Hermano Pierre-Célestin, ver anteriormente, pp. 449 a 451.

972 *Essai sur la Maison-Mère*, pp. 206-207. — *Choix de notices*, I, pp. 117 a 124 (el Hermano Marianus), pp. 322 a 339 (el Hermano Victoris), III, pp. 495 a 498 (el Hermano Paphnucius). — *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1908, pp. 237 a 243, y de octubre 1910, p. 337. — Maurice Croisé, *L'Institut des Frères des Écoles chrétiennes*, Versailles, 1903, pp. 10 y 11.

973 Prefacio a la edición de 1870.

974 Fabié, *op. cit.*, pp. 59 a 61.

975 Arch. del distrito de Rodez, Histórico de la escuela Notre-Dame.

976 F. Ildefonse-Gabriel, *op. cit.*, pp. 30 a 32.

977 Arch. del distrito, Histórico de Millau.

978 Ver anteriormente, pp. 115-116.

979 Se constata otro en Burdeos, donde el Hermano Alphonse recibe la cruz y la cinta roja de manos del astrónomo Le Verrier.

980 L. Mercier, *Les Frères des Écoles chrétiennes à Montpellier*, 1931, pp. 27 a 46.

981 *Notices nécrologiques* del Rev. Hno. Gabriel-Marie, pp. 11 a 35.

982 Artículo de I. de Cicé, en *Le Nouvelliste de Bretagne*, 23 de febrero de 1938.

-
- 983 El Hermano Moniteur: ver *Histoire générale*, t. III, p. 325.
- 984 H. Turba, *op. cit.*, p. 4.
- 985 *Choix de Notices*, I, pp. 314-315. Cursos de música existen, desde 1852, entre los Hermanos de Amiens y de Dunkerque.
- 986 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de enero de 1914, p. 61.
- 987 *Vie du Frère Alpert*, p. 20.
- 988 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1921, pp. 334 a 336. — El curso de dibujo industrial, creado en Saint-Omer en 1853 y al que se dedicaban los Hermanos Fulgence y Englemond, recibe la visita de Duruy en 1867: el ministro cautivado por los resultados obtenidos, dota a esa institución lasaliana con una colección de modelos en yeso. (Histórico del distrito).
- 989 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de octubre de 1923, pp. 311 a 320.
- 990 El museo pedagógico de la Casa Generalicia posee una colección de varios años de ese periódico, con álbumes de dibujos a plumilla y a la aguada.
- 991 *Choix de notices*, III, pp. 57 a 59.
- 992 *Notice nécrologique* del Hermano Justinus, 1923, pp. 11 a 15.
- 993 Dossier de los archivos departamentales de la Seine-Inférieure, T, I, 40 y T, XI, 3.
- 994 *Choix de notices*, III, pp. 155-156.
- 995 Arch. departamentales de la Seine-Inférieure, T, 1, 3.
- 996 Lémandus, *op. cit.*, pp. 496 a 498; e *Histórico de Normandía*.
- 997 Añadamos: de geólogo, como el Hermano Ogérien.
- 998 Ver *Historia General*, t. II, parte IV, cap. III y IV.
- 999 *Choix de notices*, I, pp. 134 y siguientes.
- 1000 Arch. del pensionado de Béziers, artículo del *Indicateur de l'Hérault*, 27 de agosto de 1841, probablemente escrito, o en todo caso inspirado, por el Hermano director.
- 1001 *Ibid.*
- 1002 Arch. del pensionado de Béziers, programa de estudios de 1841. — Un español, Miguel Nadal, antiguo alumno de la casa, convertido en miembro del Instituto lasaliano bajo el nombre de Hermano Lactance, contribuirá notablemente a partir de 1850, a desarrollar la enseñanza de la música y de las lenguas vivas.
- 1003 En Passy, la Academia se estableció en 1842, bajo la inspiración del Padre Gabriel.
- 1004 Arch. del pensionado, folleto de 1844.
- 1005 Reseña sobre el “Centenario del Establecimiento”, 1931.
- 1006 Arch. del pensionado, libro de la Congregación, carta del 1 de marzo de 1844.
- 1007 Arch. del pensionado, recomendaciones del 20 de noviembre de 1849.

-
- 1008 Nota para esta edición digital. En occitano vendría a ser: “*tres cabezas para un jefe*”.
- 1009 Convertido luego en el nº 68 de la calle Raynouard.
- 1010 Hno. Paul-Joseph, *Vie du Frère Auguste-Hubert*, p. 21.
- 1011 Álbum del Centenario, p. 32.
- 1012 Λίβανος, árbol de incienso (en *Herodoto y Sófocles*) incienso, resina odorante (en *Eurípides*).
- 1013 Papeles de la familia Lugan-Celles, en Creissels, cerca de Millau.
- 1014 Nota para esta edición digital. Hay que entender “*Benjamín*”, “*Benjamines*” como “*alumno preferido*”, en el mismo sentido que Jacob tenía como “*hijo preferido*” al más pequeño de sus hijos: Bejamín (Cf. Gn 44, 1 – 34).
- 1015 *Choix de notices*, II, p. 169 y comunicación del Sr. Jules Artières, director del *Mensajero de Millau*, hoja local que reprodujo el artículo del *Universo*, el 22 de septiembre de 1883.
- 1016 *Vie du Frère Auguste-Hubert*, p. 21.
- 1017 El Hermano Fidèle, director del pensionado de Saint-Omer.
- 1018 Es sabido que en 1852, vivos debates se cruzaron, sobre ese particular, entre él y Mons. Dupanloup.
- 1019 Sobre todo lo referente a Passy, ver la biografía, ya citada, del Hermano Auguste-Hubert, y el álbum del *Centenario*, 1939.
- 1020 Citas de la correspondencia del Hermano Joseph. Nos permitimos remitir a nuestro volumen de 1925: *Un educador social, el Hermano Joseph*.
- 1021 *Op. cit.*, pp. 109 a 118.
- 1022 Arch. del pensionado Saint-Joseph, actas e Histórico de la “Sociedad literaria”.
- 1023 *Souvenirs*, p. 172.
- 1024 Albagnac, Histórico manuscrito del pensionado.
- 1025 Canónigo Régis Grégut, *Biographie du Frère Annet*, 1902, pp. 2 a 14.
- 1026 Arch. del pensionado Godefroy-de-Bouillon, crónica manuscrita.
- 1027 Arch. del pensionado Godefroy-de-Bouillon, crónica manuscrita.
- 1028 “El régimen normal es el internado”. Se admiten sin embargo medio-pensionistas ¡“que deben presentarse, por la mañana a la 5 en verano, a las 6 en invierno”! (*Prospectus* firmado por el Hermano director Hermenfroy).
- 1029 Citado en la biografía del Hermano Annet, p. 18.
- 1030 Citado en la biografía del Hermano Annet, pp. 10 a 20.
- 1031 *Vie du Frère Exupérien*, p. 118.
- 1032 *Bulletin des Écoles chrétiennes*, ed. 1921, p. 340. — En Lille, los Hermanos establecen, en 1849, el primer círculo recreativo de muchachos, en su escuela de los Urbanistas. El Padre Bernar

obtiene de la ingeniería militar una parte de las murallas, donde se acondicionan terrenos de juego (Arch. del distrito). En Armentières, el círculo recreativo anexo a la escuela, reúne, hacia 1865, unos 400 niños.

1033 Arch. del distrito de Rodez; dossier Albi.

1034 Turba, *op. cit.*, p. 354. — En Dunkerque se funda, en 1855, la Sociedad de Ayuda Mutua San Eloi: sus miembros se reúnen para jugar y charlar; practican la ayuda mutua más cristiana a la cabecera de los enfermos y de los moribundos. Sus cotizaciones permiten el aporte de medio-salario, a los socios momentáneamente sin trabajo. “Es la más hermosa organización de mi diócesis”, decía el cardenal Regnier. (*Histórico del distrito*).

1035 Arch. de Hérouville; *Histórico del distrito de Normandía*.

1036 I. de Cicé, *op. cit.*

1037 *Essai sur la Maison-Mère*, p. 227.

1038 J. d'Arsac, *Les Frères des Écoles chrétiennes pendant la guerre de 1870 – 1871*, París, 1872, p. 207.

1039 J. d'Arsac, p. 215.

1040 *Vie du Frère Exupérien*, p. 47.

1041 *Vie du Frère Exupérien*, p. 50 a 52.

1042 *Choix de notices*, III, pp. 255 a 260.

1043 *Passy, 1838 – 1939, Souvenir de l'anné jubilaire*, pp. 52 a 55.

1044 Dibujo de Lançon, fechado el 27 de agosto de 1870; comunicación del Sr. Lefrancq, de Rethel.

1045 Notas del Sr. Lefrancq. Después de la batalla de Sedan, el Hermano Anicetus, que dirigía las escuelas de la ciudad, recogió a numerosos heridos. Luego se dirigió a Bélgica y de allí trajo víveres para la población. (Henry Rouy, *Les Frères des Écoles chrétiennes à Sedan, 1892*)

1046 *Le Likès, 1838 – 1938*, pp. 68 y 69.

1047 Arch. del distrito, histórico del noviciado.

1048 *Album de la guerre de 1870 – 1871*, p. 8.

1049 *Album de la guerre de 1870 – 1871*, p. 7 y Ravelet, edición de 1933, p. 469.

1050 *Album de la guerre de 1870 – 1871*, p. 27

1051 J. d'Arsac, p. 398.

1052 Carta citada, del doctor Horteloup.

1053 *Choix de notices*, III, p. 499.

1054 *Passy, op. cit.*, pp. 54-55.

1055 *Choix de notices*, III, p. 499.

1056 Ravelet, *op. cit.*, pp. 472 a 474.

-
- 1057 La carta del 20 de octubre fue policopiada, la carta de noviembre impresa; el Hermano Judore distribuyó ejemplares a las comunidades de las provincias.
- 1058 *Histoire de la fondation de la Troisième République*, edición de 1925, t. I, p. 24.
- 1059 Hanotaux, *Histoire de la Nation Française*, t. V, p. 565.
- 1060 Hanotaux, *Histoire de la Nation Française*, t. V, pp. 565 a 571.
- 1061 *Passy*, 1838 – 1939, p. 57. — *Choix de notices*, II, p. 174.
- 1062 *Choix de notices*, II, p. 174.
- 1063 *L'Oeuvre de Saint-Nicolas*, París, 1922.
- 1064 Hanotaux, *Histoire de la fondation de la III République*, I. p. 181.
- 1065 *Vie du Frère Exupérien*, pp. 56 a 64.
- 1066 Apellido del interesado.
- 1067 Hanotaux, *op. cit.*, pp. 198 a 201. — Baunard, pp. 442 a 448. — Burnichon, *La Compagnie de Jésus en France, Histoire d'un siècle*, 1814 – 1914, t. IV, pp. 375 a 378.
- 1068 Entre ellos figuraba el Hermano Altigien-Louis, posteriormente director en el Puy, luego director del escolasticado de París. Conservaba el recuerdo emocionado de los ejercicios religiosos y de las conversaciones organizadas por el Hermano Exupérien, con la mayor calma, en esas horas críticas. (*Bulletin des Écoles chrétiennes*, nº de julio de 1912, pp. 217 a 233).
- 1069 *Vie du Frère Exupérien*, pp. 67 a 69.
- 1070 El Hermano Exupérien reunió los documentos relativos a la historia de los años 1870 – 1871. Inspiró la composición de las obras *Los Hermanos de las Escuelas Cristianas durante la guerra franco-alemana, Episodios de la Comuna, Recuerdos de un rehén*.
- 1071 Albert de Mun, *Ma vocation sociale*, 1908, pp. 23, 24 y 35.
- 1072 Paguella de Follenay, *Vie du Cardinal Guibert*, II, p. 442; citado por Hanotaux, *op. cit.*, pp. 330-331.
- 1073 Albert de Mun, *op. cit.*, p. 1.
- 1074 Hanotaux, *op. cit.*, III, pp. 68 a 74.
- 1075 Halévy, *op. cit.*, p. 71. — Hanotaux, *op. cit.*, II, pp. 225 a 229.
- 1076 Halévy, *op. cit.*, p. 71.
- 1077 Hanotaux, *Histoire de la Nation française*, V, p. 580.
- 1078 Halévy, *op. cit.*, p. 91.
- 1079 Comunicación del Hermano Adrien-Charles.
- 1080 Hanotaux, *op. cit.*, III, p. 41.
- 1081 A. de Margerie, *Pages d'histoire contemporaine*, 1873, p. 4. Citado por Hanotaux, III, p. 41.

1082 Hanotaux, *op. cit.*, III, p. 168.

1083 Nota de Gérard, director de la enseñanza primaria de la Seine, al prefecto, 1º de septiembre de 1871. Citado por Gossot, p. 276.

1084 Halévy, pp. 155-156.

1085 Halévy, *op. cit.*

1086 Hanotaux, *op. cit.*, IV, p. 347.

1087 Dupanloup, *op. cit.*, III, pp. 457 y siguientes.

1088 A. des Cilleuls, *op. cit.*, p. 161.

1089 Arch. del distrito de Rodez.

1090 Decisiones del Capítulo de 1873.

1091 El Hermano Joseph hizo trasportar, posteriormente, los restos de su predecesor a la propiedad de Athis-Mons.